

La saga que ha conquistado a más de 50.000 lectores

**BAJO EL  
CIELO  
PÚRPURA  
DE ROMA**

ALESSANDRA  
**NEYMAR**

PRIMERA ENTREGA

**BAJO EL  
CIELO  
PÚRPURA  
DE ROMA**

ALESSANDRA  
NEYMAR

PRIMERA ENTREGA  
**PASIÓN**

Copyright © 2019 Alessandra Neymar  
Todos los derechos reservados.

¡Gracias por adquirir este libro!  
Únete a mi comunidad y comparte tu opinión con otros lectores.  
¡Te estamos esperando!



Te invito también a que leas otras de mis historias.



Espero que disfrutes de la lectura.

# · ÍNDICE ·

ÍNDICE

SINOPSIS

Capítulo · 1  
Capítulo · 2  
Capítulo · 3  
Capítulo · 4  
Capítulo · 5  
Capítulo · 6  
Capítulo · 7  
Capítulo · 8  
Capítulo · 9  
Capítulo · 10  
Capítulo · 11  
Capítulo · 12  
Capítulo · 13  
Capítulo · 14  
Capítulo · 15  
Capítulo · 16  
Capítulo · 17  
Capítulo · 18  
Capítulo · 19  
Capítulo · 20  
Capítulo · 21  
Capítulo · 22  
Capítulo · 23  
Capítulo · 24  
Capítulo · 25  
Capítulo · 26  
Capítulo · 27  
Capítulo · 28  
Capítulo · 29  
Capítulo · 30  
Capítulo · 31  
Capítulo · 32  
Capítulo · 33  
Capítulo · 34  
Capítulo · 35  
Capítulo · 36  
Capítulo · 37  
Capítulo · 38  
Capítulo · 39

[Capítulo · 40](#)

[Capítulo · 41](#)

[Capítulo · 42](#)

[Capítulo · 43](#)

[Capítulo · 44](#)

[Capítulo · 45](#)

[Capítulo · 46](#)

[Capítulo · 47](#)

[Capítulo · 48](#)

[Capítulo · 49](#)

[Capítulo · 50](#)

[Capítulo · 51](#)

[Capítulo · 52](#)

[Capítulo · 53](#)

[Capítulo · 54](#)

[Capítulo · 55](#)

[Capítulo · 56](#)

[Capítulo · 57](#)

[CRÉDITOS](#)

[¿QUIERES SEGUIR DISFRUTANDO DE TU LECTURA?](#)

## · SINOPSIS ·

Tras varios años encerrada en un internado, Kathia Carusso regresa a Roma sin imaginar qué tan diferente será su vida en la ciudad.

Del modo más inesperado, se reencuentra con Cristianno Gabbana, un joven conocido de la familia, terriblemente atractivo e insolente, con quien nunca tuvo una buena relación.

Kathia pronto verá que su encontronazo con Cristianno no ha sido algo fortuito y que no solo comparten la misma clase, sino también el mismo grupo de amigos. Están condenados a tolerarse, pero ambos se adentrarán en una corriente de resentimiento y continuas disputas que irá desembocando en una tensión cada vez más latente.

Cuando finalmente se atrevan a aceptar sus verdaderos sentimientos, descubrirán que pertenecen a un mundo donde no hay espacio para el amor y deberán sortear obstáculos que pueden costarles la vida.

Matar o morir. No existe otra opción.

## Capítulo · 1

Kathia

---

Hay situaciones en la vida en las que uno no se da cuenta de cuándo sobrepasa la línea entre lo emocionante y lo realmente peligroso. Aquel momento era buena prueba de ello.

Ahí estaba yo, sentada en el último rincón de un apestoso y húmedo calabozo, esperando a que Enrico Materazzi viniera a buscarme.

De fondo, las voces de dos guardias se entremezclaban con la retransmisión de un partido de fútbol. Les había llamado incontables veces, pero lo único que recibí por respuesta fueron quejidos y golpes secos contra la mesa.

Estaba hecha un desastre. Mis blancos pantalones de firma habían pasado a ser grises, mi preciosa y carísima chaqueta de cuero negro tenía un enorme rasguño en el codo, me había roto una maldita uña y tenía unos pelos de loca.

Por si no fuera suficiente, estaba acompañada. Compartía espacio con una escalofriante dama de las cavernas que no dejaba de mirarme. Cubierta de tatuajes y *piercings*, desprendiendo un repugnante aroma a alcohol y masticando un palillo de dientes, la abominable mujer parecía querer comerme. Casi podía verla babear.

Pero había alguien más. Alguien a quien parecía divertirle toda aquella situación y que, además, se notaba acostumbrado.

Sí, era él. El puñetero causante que me había arrastrado a ese repugnante lugar, la antípoda de los ambientes privilegiados en los que solía moverme.

El tipo más desconcertante y agresivo que había conocido jamás.

«Mi primera maldita noche en Roma y la paso en un calabozo. ¡Y todo por su culpa! Pienso descuartizar a ese desgraciado con mis propias manos». No había dejado de tener el mismo pensamiento una y otra vez. Pero esa ocasión en concreto le miré furibunda. Y aunque reconociera que era el chico más extraordinariamente atractivo que había visto, eso no disminuyó lo mucho que le detestaba.

—¿Por qué me miras así? —preguntó con fingida timidez. Tuvo que ser

un vistazo muy violento si conseguí incomodarlo.

—Porque te odio.

—Oye, chihuahua, si no te hubieras cruzado en mi camino, ahora estaría haciéndome un bonito collar con los piños de ese tío.

«¿Me ha llamado chihuahua?».

—¿En serio me estás echando la culpa? Ah, por favor...

—«Ah, por favor». —Me imitó, y yo me puse en pie de un salto.

—¡Tú eres quién se metió en mi taxi! ¡Por tu culpa casi me parto la cabeza!

—No creo que la lesión te hubiera empeorado.

—¡Serás canalla!

No solo me había insultado (¡dos veces!), sino que además me culpaba de haber interrumpido su misión.

Me lancé a él y le clavé las uñas en la cabeza.

—¡Giorgio! *Help!* ¡Quieren matarme! —exclamó tratando de esquivarme sin mucho éxito.

—¡Espero que lo consiga! —respondió el nombrado.

En cambio, su segundo sintió la obligación de intervenir ante mi obstinada decisión de arrancarle la piel a mi compañero de celda. Entró, me cogió de la cintura y me apartó soportando mis embestidas.

—¿Es que no vais a parar?!

—¡Pero es que yo no he hecho nada! —repetí por enésima vez.

En realidad, me liberarían de inmediato si utilizaba el nombre de mi padre. Pero avisar al juez Angelo Carusso suponía contarle la verdad, y sabiendo que de todas formas iba a caerme una buena, prefería menguar los daños todo lo posible.

—Que sí... Tranquila. —El pobre agente estaba hasta las narices de mí —. Tú, vamos, fuera. —Le ordenó al muchacho, que salió rápidamente de la celda.

—¿Vas a azotarme? —Hizo una mueca chulesca.

—Qué más quisiera... —Le empujó el agente.

—Hasta luego, rubia.

—¡Maldito cabronazo! ¡Pienso matarte en cuanto salga de aquí!

Cometí el error de olvidarme de la cavernícola, y para cuando la recordé, ella ya se había acomodado a mi lado.

—Hola —susurró con voz ronca.

Me alejé todo lo que pude y me encogí en mi asiento.

La cosa pareció calmarse un poco, pero sentía el tictac del reloj perforándome el cerebro; el tiempo pasaba muy lento. Instintivamente sacudí mis pantalones, como si el color blanco pudiera volver a aparecer. Cuando caí en aquel charco, supe que me había cargado un modelito de lo mejor de la temporada, además de mi propia paciencia.

—Oye, rubia, ¿cómo te llamas? —La voz del maldito niño volvió a sonar, ahora ahuecada por la pared que nos separaba.

—¿Y a ti qué te importa? —refunfuñé.

—¿Tienes novio? ¿Edad? ¿Estudias o trabajas?

«Me jode la noche y encima trata de ligar conmigo... ¡Por favor!».

—Púdrete.

—Qué malhablada.

—¿Qué coño esperas, que te trate de usía? Por tu culpa me castigarán toda la semana. Vaya mierda de regreso... —terminé susurrando.

—Lo repetiré de nuevo. ¡Yo no quise cruzarme contigo!

—¡Pero tienes que ver con que haya terminado aquí!

—¡Callaos de una puta vez! —se quejó el tal Giorgio.

—¡Ha sido ella!

—Se acabó. Separados y punto.

No pude verlo, pero sí escuché cómo se llevaban al maldito «loco del taxi» a una sala independiente y le esposaban a la silla.

Liberé el aliento con resignación.

«¿Dónde te has metido, Enrico?», pensé cuando de pronto la cavernícola soltó un escupitajo bien cargado.

Con el objetivo de ignorar la probabilidad de que aquel espumarajo criara pollos en unas horas, traté de concentrarme en cualquier otra cosa. Como en cada instante que me había llevado hasta allí.

\*\*\*

La gélida brisa de la noche romana me envolvió al abrir la puerta del balcón de mi habitación. Le di la bienvenida a la exuberante panorámica de los jardines de la casa de mis padres, la mansión Carusso.

Me abrumó saberme allí, lejos del internado, en mi propia casa, rodeada por un entorno tan diferente. A esas alturas del invierno, Viena ya estaba toda nevada. Recordé cómo las ramas de los árboles acariciaban mi pequeño balcón y dejaban que la nieve cayera espolvoreada cuando se mecían por la

brisa. El estanque del patio comenzaba a congelarse, pronto se utilizaría como pista de patinaje y abarcaría el festival del colegio.

Ese año ya no estaría allí para verlo.

Casi toda mi infancia y buena parte de mi adolescencia se habían desarrollado en el seno del internado Saint Patrick, que ocupaba un antiguo castillo del siglo XVII arquitectónicamente fascinante. Pero una cosa era admirar su belleza y otra muy distinta vivir allí, algo que odiaba profundamente.

Ausencia total de chicos, quienes residían en una institución que había a unos kilómetros colina abajo. Prohibido pasear sin el maldito y horroroso uniforme, y férrea disciplina con la que se calculaba hasta la hora de ir al baño.

Una estaba perdida si no respetaba esas normas. Lo cual resumía condenadamente bien lo aburrida que había sido mi vida.

Tenía tan asumido que me pudriría allí hasta graduarme que cuando mi padre apareció casi me da un shock.

Irrumpió rodeado de guardaespaldas y me ordenó preparar mi equipaje desglosando su sonora egolatría, además de un dilatado vocabulario impetuoso. Ya había hablado con el director y lo tenía todo preparado para mi regreso.

Así que, tras nueve años volvía a Roma sin saber muy bien qué demonios había hecho que mis padres tomaran tal decisión.

Dieciséis horas más tarde y conteniendo una desbordante alegría, me encontraba delante de un enorme vestidor decidiendo qué chaqueta ponerme. Al fin había llegado mi oportunidad de vestir como me diera la gana, aunque por el momento debiera conformarme con lo que mi hermana Marzia me había prestado.

Me decanté por experimentar qué se sentía enfundada en unos pantalones ceñidos y subida a unos bonitos zapatos negros de tacón alto. ¡Mi primera vez vestida con ropa escogida por mí misma!

Estaba tan ilusionada que incluso me puse a posar, contemplando mi imagen en el espejo, mientras sonaba una atrevida música de fondo. Realmente me sentía capaz de cualquier cosa, hermosa y sexy como nunca antes.

Ahuequé mi largo cabello, me lo coloqué a un lado y salí del vestidor con un bolso de firma colgando de mi brazo, ansiosa por adornarlo con una buena cantidad de dinero. Oteé mi impresionante habitación, apagué el reproductor de música y salí de allí con paso firme y sonoro.

Me parecía estar flotando en el ambiente. Era feliz, muy feliz. Y sabía que ese sentimiento crecería en un rato. Tras más de un año sin vernos, iba al encuentro de Erika, mi mejor amiga.

La conocía nada más entrar en el internado. También era romana y nuestras familias se conocían. Conectamos de inmediato y pronto se convirtió en alguien muy importante en mi vida. La consideraba una hermana. Pero tras el fallecimiento de su madre regresó a Roma con su padre.

Desde entonces, apenas nos comunicábamos por teléfono y tan solo los sábados durante unos minutos. ¿Cuántas cosas podían decirse en ese tiempo? Pocas, muy pocas, pero me confortaba oír su voz.

Terminé de bajar las escaleras y eché un vistazo hacia atrás. Agradecí que mi habitación estuviera en el pasillo principal. De lo contrario, me habría perdido. La mansión Carusso era descomunal. Ni siquiera en el internado se veían salas como aquellas, y eso que hospedaba a unas doscientas niñas.

Al llegar al vestíbulo, tuve que hacer memoria para recordar que el despacho de mi padre quedaba cerca del comedor.

Giancarlo, el mayordomo, me abrió la puerta. Era alto y delgado, y sus ojos negros resaltaban impetuosamente por la falta de cabello.

El hombre me sonrió y me invitó a pasar con un gesto. Sin poder contener mi naturaleza espontánea, di un pequeño salto y besé su mejilla. Su cohibida reacción hizo que me diera cuenta de que teníamos compañía de más. Mi padre se había reunido con el tío Carlo, Adriano Bianchi y su hijo, Valentino.

Traté de disimular mi repentina cortedad y forcé una sonrisa. Pero esta se fue apagando en cuanto descubrí al hijo del Bianchi observándome como si fuera una magdalena en la puerta de un colegio. No mentiría, siempre me había gustado que me miraran, pero no de ese modo.

Fruncí los labios y le desafié en silencio. Sabía que mis ojos podían actuar como un huracán devastador, y eso ocurría la mayoría de las veces.

—Mi pequeña provocadora... —se mofó mi padre—. Deberías guardar tus arrebatos para quien los merezca, hija mía. —Puse los ojos en blanco—. ¿Deseas algo, querida?

—Sí, verás, he quedado con Erika y... me preguntaba si...

—Necesitas dinero. —Me cortó a la vez que echaba mano al cajón de la mesa y sacaba su cartera. Plantó una tarjeta negra sobre la madera todo orgulloso del gesto—. Aquí tienes.

Enarqué las cejas y contuve el aliento. Aquello no era la paga de un adolescente, era el puto premio gordo de la lotería. Solo él y Dios sabían

cuánto dinero podía haber en aquel trozo de plástico.

—¿Me das una tarjeta de crédito? —pregunté asfixiada.

—¿No debería fiarme? —repuso, soberbio.

—No he dicho eso... —susurré—. Pero, si fuera tú, dudaría. Es peligroso entregarle una tarjeta a una adolescente.

Se recostó sobre el asiento y cruzó los dedos sin dejar de observarme. Después, desvió su mirada hacia Valentino, que estaba apoyado en el mini bar en una postura tan sugerente como turbulenta.

El menor de los Bianchi se presentaba como un ser bastante misterioso y curiosamente peligroso. Era alto, cerca del metro noventa, y podía presumir de un cuerpo bien marcado y corpulento. Su cabello, de un rubio intenso, hacía resaltar unos ojos increíblemente verdes. Sí, era muy guapo, pero del tipo de belleza que no muestra quién se es en realidad.

No era honesto, y ambos lo sabíamos.

—Tu madre puede llegar a ser más peligrosa y no es una adolescente. Además, me temo que es muy difícil que gastes todo el saldo de esa tarjeta en unas horas.

Los presentes sonrieron ante el comentario bravucón de mi padre. Algo que me estimuló bastante.

—No deberías tentarme. —Cogí la tarjeta mirando de soslayo a Valentino, que frunció los labios al fijarse en la curva de mis caderas—. Se me ocurren un millón de formas de reventarme todo este dinero, papá. Podría necesitar, no sé... ¿Un coche? Siempre me han gustado los Audi. Un R8 estaría bien. A ser posible, rojo.

Mi tío Carlo se echó a reír.

—Buen gusto, Kathia —murmuró Adriano.

—Gracias —sonreí.

Increíble. Acababa de descubrir que yo también podía ser de lo más prepotente, y me encantaba. Me pasé un dedo por los labios. No era una mala idea aparecer en el grandioso jardín de mi casa con un vehículo de esas características. Pero a mi padre no le parecía tan divertido como a mí jugar a las niñas ricas.

—Vuelve a las doce —gruñó—. Y cuidado con lo que compras. No me gusta que seas tan... —Frunció el ceño en busca del adjetivo más adecuado—. Provocativa.

—¿Te molesta que provoque? —le pregunté en tono irritado.

—Me molesta que te guste provocar.

—A mí me gusta... —intervino Valentino guiñándome un ojo.

Hice una mueca de rechazo que le provocó una carcajada.

—Intentaré ser buena, pero no te aseguro nada. *Ciao!*

Salí de allí antes de que mi padre pudiera recriminarme, y un poco asqueada con el deseo que habitaba en la mirada de Valentino.

Miré la tarjeta y la presioné contra mi pecho sonriente.

«Dinero ilimitado. ¡Genial!».

Tan entusiasmada iba hacia el vestíbulo que no pude evitar chocar bruscamente contra alguien. Al recomponernos, descubrí a mi hermana mirándome con el ceño fruncido. El molesto clon de mi madre tenía los labios preparados para soltar un impropio, mientras que yo activaba todos mis reflejos para esquivar su aliento a vodka.

—¿Qué coño estás haciendo, estúpida? ¿En ese maldito internado no te han enseñado a caminar mirando hacia delante? —Su media melena de color castaño claro se agitó crispada.

Supe que había bebido bastante porque empezaba a vomitar tacos cuando sobrepasaba la tercera copa.

—Hola, Marzia —repuse con desdén.

—Te he hecho una pregunta.

—No me parece trascendental responder. Sabes de sobra que sé caminar. Lo que deberías preguntarte es si tú puedes hacerlo.

Estampó sus manos contra mi pecho empujándome hacia una de las columnas de la escalera. Me zafé con rapidez.

—¿Qué te pasa? —Eché cara—. ¿Necesitas joder a alguien porque no te queda nada que beber?

—¡Serás zorra!

Puestas a discutir, qué más daba soltar algún que otro trapo sucio. Estaba claro que nada podía solucionar la poca empatía que había entre las dos.

—Supongo que eso es lo que Marcello te dice cuando estáis en la cama —le espeté sin pensar.

Su pálida cara se tensó al escuchar el nombre de su amante que, curiosamente, era nuestro primo materno. Apretó los labios con fuerza y levantó la mano con la intención de darme una bofetada.

—¿Piensas pegarme? —pregunté expectante.

—Pienso que te faltan palizas, niña. ¿Por qué no te has quedado en Viena?

Pretendió hacerme daño ignorando que me importaba un comino lo que

pensara. Nadie dijo que sería sencillo regresar.

—Pregúntaselo a papá. —Di por zanjada la conversación.

—Volverás allí, lo sé. Me encargaré de ello —añadió, sin saber que tras ella aguardaba su esposo.

—¡Marzia! —exclamó él—. Deja de comportarte como si fueras una malcriada, ¿quieres? —Frunció los labios guardándose las manos en el pantalón.

Sin duda, Enrico Materazzi era la mejor persona que había en aquella casa.

—Vete a la mierda, cariño —repuso ella, y desapareció.

—Como siempre, cielo —murmuró Enrico con un suspiro.

No soportaba verle triste por culpa de mi hermana, más aún sabiendo lo maravillosamente bien que la trataba. Ella era demasiado ingrata para darse cuenta, mientras que las demás soñábamos con encontrar un hombre como él.

Salté a su lado, me enrosqué a su brazo y le regalé una sonrisa.

—Siempre tan oportuno, cuñado —comenté alegre, pensando que, si me llevaba hasta la Piazza Navona, dejaría de pensar un rato en la relación de mierda que tenía con su esposa.

—¿Qué buscas? —Alzó las cejas, sonriente—. Voy a empezar a pensar que solo me quieres por interés.

—Bueno, aún soy menor y no puedo coger tu coche...

Enrico lo sabía todo de mí. Pero temía decepcionarle si le contaba que una noche me escapé del internado para ir a la capital con unos compañeros, y que fui yo quien condujo, después de haber robado, el pequeño Fiat de nuestra «simpática» profesora de alemán.

«Ese mismo día besé a Edgar por primera vez...».

—Te multarían y yo iría a un centro de menores por ser una delincuente juvenil... —Fingí preocupación mientras observaba su rostro suspicaz—. Piensa que mi futuro puede irse al traste por este pequeño inconveniente.

—Eres una descarada exagerada. —Me despeinó.

—¡Auch! —protesté.

—Y cuéntame, ¿adónde vas?

Empezamos a caminar hacia la puerta.

—Bueno, he quedado con una amiga. ¿Recuerdas a Erika?

—¿Erika Bruni? ¿La hija de Emiliano?

—¡Sí! ¡Esa es! —Di una palmada. Emiliano Bruni era el dueño de una de las compañías aéreas más importantes del país—. Tengo muchas ganas de

verla. Ya sabes, hablaremos de ropa, de chicos y de cómo es San Angelo. Ella también va a ese colegio, así que espero que me ayude con la adaptación.

—Me parece estupendo. Aunque, ¿realmente crees que te costará adaptarte? —preguntó entrando en su coche.

—No mucho —sonreí mientras me ponía el cinturón—. ¿Cuándo te has comprado este coche? Es una pasada.

—Es un Bentley recién estrenado. Acaba de cumplir su primer trimestre —dijo todo orgulloso de su pequeño.

—Vaya, aquí se podría vivir cómodamente. No sabía que ganaras tanto siendo inspector de policía.

—Inspector jefe, además de comisario de Trevi, guapa —me corrigió con un dedo tieso.

—Oh, perdona —me carcajeé—. Supongo que los jefes cobran un poco más.

Su mirada adoptó un matiz extraño que me estremeció. No duró demasiado, ni siquiera estuve segura de si fue real. Pero tenía claro que mi cuerpo lo había notado.

Enrico y yo éramos confidentes, pero en ese instante pareció que yo era la única que lo creía.

«O tal vez me estoy volviendo una paranoica... Quién sabe».

Mi cuñado suspiró y comenzó a acelerar lentamente. El sonido del motor me envolvió, sutil y vibrante. Cerré los ojos mientras la brisa romana se deslizaba por mi cabello. Fue suficiente para perderme en la euforia que me embargaba el inminente reencuentro con Erika.

## Capítulo · 2

Cristianno

---

Las dotes clarividentes de mi primo Mauro a veces me aturdían. Sobre todo, cuando acertaba con apenas minutos de diferencia. Ante ese tipo de circunstancias, su sonrisa más bravucona era lo primero que escuchaba.

Justo como en ese momento.

Al terminar de abrir la puerta del garaje descubrimos las finas y morenas piernas de Mia Fiorentini apoyadas en una de las columnas que franqueaban la entrada al edificio Gabbana.

Miré a Mauro con el ceño fruncido.

Joder, acabábamos de debatir sobre las probabilidades que tenía de encontrarme con la chica. Él barajaba dos opciones. La primera, que apareciera fingiendo casualidad y recato; la segunda, que se presentara en mi casa con un modelito de infarto más que dispuesta a cualquier cosa. Yo no esperaba ninguna de las dos y Mauro se decantaba por la segunda opción.

El muy condenado llevaba razón.

Ahí estaba Mia, dejando que sus caderas se dibujaran provocativas bajo una corta falda azul. Me observaba tan emocionada como expectante a mi reacción, que no fue otra que mirarla de arriba abajo, todavía un poco asombrado con su presencia.

Tenía que admitir que estaba buenísima y que aquellas piernas no eran aptas para cardíacos, pero sabía que todas esas sensaciones un tanto libidinosas se desvanecerían en el momento que dejara entrever su elocuencia.

Teníamos un acuerdo. Nos habíamos prometido ausencia de emociones, que nuestra relación solo sería sexual. Ambos así lo queríamos, y ella parecía aceptarlo dichosa. Era lo único que deseaba de mí y lo máximo que yo podía entregarle.

Balanceé las llaves de mi moto entre los dedos observando de reojo los movimientos de mi primo, que se acercó a su Honda CBR roja, arrancó y dio un pequeño saltó al sentarse. De nuevo liberaba una sonrisa, esta vez mucho

más molesta que la anterior.

—Te espero en la Piazza de la Marina...

Dio un acelerón en mi dirección con la intención de asustarme, pero ni siquiera me moví, y aproveché el gesto para devolverle la sonrisa. Debería haber recordado que nos conocíamos demasiado bien. Sabíamos descifrar cualquier señal que nos diéramos en silencio, no había secretos entre nosotros, no existía nada que no supiéramos el uno del otro.

Aquel exasperante capullo era mi primo, mi inseparable y querido compañero.

—Sé bueno, Cristianno —se burló antes de salir del garaje—. Y tú, no seas demasiado dura, Mia.

Desapareció entre la gente que se agolpaba delante de la Fontana di Trevi. Mia no esperó demasiado. Me abordó colgándose de mi cuello para empujarme contra la pared. Sabía bien cómo moverse para retenerme y capear mis intentos por apartarla.

—¿Por qué no has contestado a mis llamadas? —preguntó besándome la mandíbula.

—No sabía que tuviera que hacerlo —dije mientras ella me acariciaba el vientre bajo el jersey—. Oye, tengo que irme. Me están esperando.

—Pero ahora estás conmigo —susurró rozando mi oreja con su lengua.

«Mierda, me estoy excitando», pensé.

Mia se aferró con más fuerza a mi cuello. Sus pechos turgentes se frotaban contra mi tórax. Me quería dentro de ella y yo no pude evitar apretarla entre mis brazos, cada vez más ansioso. Ambos sabíamos lo rápido que me descontrolaba, y me molestaba reconocerme tan sometido por el sexo que me prometían sus movimientos.

«No aquí, no en el garaje, Cristianno», me dije al tiempo que trincaba sus nalgas y las oprimía contra la notable dureza de mi miembro.

La invité a moverse y recorrimos enganchados el uno al otro cada espacio que nos llevaba al vestíbulo del edificio. Ella conocía vagamente la distribución, pero sabía que vivía en el último piso y su intención fue dirigirnos al ascensor. Pude evitarlo orientando su cuerpo hacia una de las salas que había junto a las escaleras.

Entre tumbos, besos jadeantes y caricias precipitadas, la senté sobre la mesa y me alejé un instante para quitarme la chaqueta antes de regresar de nuevo a su boca. A su vez, mis manos se apoyaron en sus rodillas y comenzaron a abrirse camino bajo la falda. Acaricié sus muslos. Sus jadeos

desbocados inundaron la sala y sus uñas se clavaron en mi espalda cuando mis dedos se apoyaron en el húmedo centro de su cuerpo. Me atrajo aún más hacia ella.

Mis besos se alejaron de sus labios para deslizarse por su cuello, y después su clavícula, y por su escote... Hasta llegar a su vientre. Quería continuar el camino hacia abajo, quería perderme entre sus piernas y saborearla hasta provocar sus gritos. Sabía que aquello la volvía loca. Pero no olvidaba el tiempo, y aquel momento debía ser algo fugaz.

La intriga le arrancó un ligero gemido y yo sonreí al devolverle la atención a su cuello. Me escondí tras su ondulado cabello rojo.

—¿Por qué me haces esto? —preguntó buscando mi boca.

—Me querías aquí, ¿no? Pues ya me tienes. —Aquel suave e intrigante susurro terminó de encenderla.

Se quitó la camisa y tomó mis manos para llevarlas a su pecho. Volví a besarla una vez más mientras me deshacía de su falda. Ella contorsionó su cintura frotándose contra mi dureza. Apreté los dientes ante el placer.

Ni la amaba ni quería nada serio con ella, y así era con todas. Pero eso no me impedía disfrutar libremente de momentos como ese.

—Deja que yo lo haga —jadeó.

—Mia, tengo que irme...

Deslizó una mano hacia mi miembro y lo capturó sin tapujos.

Fue difícil decirle que no al sexo oral, pero lo cierto era que sentía la urgencia por hundirme en ella.

—Prefiero hacerte gritar —dije bajito, sobre su boca.

Ella nos contagió a ambos con su sonrisa y me atrapó con las piernas. Prometía ser un sexo rápido y quizá un tanto rudo.

Pero la melodía de mi teléfono móvil no estaba de acuerdo en dejarme culminar.

Resoplé e intenté alejarme para coger el aparato, pero ella tiró de mí con furia.

—No es el mejor momento, Cristianno —masculló.

Miré la pantalla del móvil con el rabillo del ojo cuando ya dejaba de sonar. Era mi primo.

—Así está mejor.

De nuevo, un beso que se entremezcló con otra llamada. Mauro insistía y él no era del tipo de persona que disfrutaba interrumpiendo. Respetábamos nuestras conquistas.

—¡Joder! —clamó Mia, empujándome.

En otras circunstancias, la hubiera mandado a la mierda, pero en realidad me importaba un carajo lo que pensara. Estaba empezando a preocuparme lo que aguardaba tras aquella insistente melodía.

Descolgué.

—¿Qué pasa?

—Franco tiene ganas de pelea.

Sobran las palabras. Si ese capullo, amiguito de Valentino Bianchi, y su grupito de putitas querían pelea, se habían topado con las personas idóneas para conseguirlo.

Me vestí rápidamente y cogí las llaves de mi moto haciendo caso omiso a los insultos que profería la aguda y cabreada voz de Mia tras de mí. Al parecer, ya se había olvidado de lo bien que se lo estaba pasando hacía unos minutos, o probablemente por eso estaba enfadada.

Llegué al garaje y me subí a la moto casi al mismo tiempo que la arrancaba. Mia me dio un ridículo puñetazo en el hombro al ver que no la escuchaba.

—¡Te estoy hablando, estúpido gilipollas!

—Escúchame bien —gruñí—. No eres nadie para controlarme. No te pertenezco y tampoco quiero pertenecerte. No quiero nada contigo. Solo es sexo, ya lo hablamos. No hay sentimientos que me aten a ti, no hay nada entre tú y yo. Así que deja de joderme, ¿quieres?

Encorvé los hombros y le indiqué la puerta con un suave gesto de barbilla. Ella me miró encolerizada.

—Eres un cabrón.

—Lo sé —murmuré como si me lo dijera a mí mismo.

Mia debió de interpretarlo como una tentativa de arrepentimiento porque enseguida se dio la vuelta y me miró socarrona. Una vez más, se confundía.

—Pero no me preocupa que alguien como tú lo crea.

En cuanto salí a la Via del Tritone y pude acelerar, el frío impactó punzante en mi rostro. Era molesto y me dificultaba la tarea de ver el asfalto, pero no disminuí la velocidad.

Cualquier problema que pudiera tener con los carabinieri, ya lo solucionarían mi padre o Enrico. Para eso eran los dueños de la policía de Roma, nadie cuestionaría la decisión de Silvano Gabbana, el comisario general.

Las luces de las farolas formaban una línea recta y brillante debido a la

aceleración, aunque tuve el control suficiente para percibir las miradas e improperios de los transeúntes que paseaban por las aceras. No dejaba indiferente a nadie, eso ya lo sabía, pero si no hubiera tenido tanta prisa, me habría recreado en mandarles a la mierda.

De repente, las luces comenzaron a distorsionarse formando pequeños destellos. Había alcanzado una pequeña caravana de coches que circulaban tranquilos por la avenida y tuve que ralentizar mi marcha para poder esquivarlos. Adelanté a varios vehículos rozando los retrovisores. Algunos de los conductores asomaron sus cabezas por la ventanilla, pero contuvieron sus reproches al reconocirme.

No me gustaba causar miedo en la gente, pero en ocasiones como aquella era bienvenido.

El semáforo cambió de verde a ámbar y, enseguida, a rojo. La avenida que tenía enfrente ya se había llenado de coches que pasaban a toda velocidad. Detenerse era un hecho que no respeté en absoluto.

Aceleré y crucé la calle dejando atrás un acalorado alboroto.

## Capítulo · 3

Kathia

---

Suspiré y retoqué el maquillaje de mis ojos con un dedo mientras Enrico detenía el coche en doble fila. Sentía el pulso acelerado, tanto como si hubiera llegado hasta allí corriendo. Un temblor se había instalado en mi vientre. Estaba nerviosa, no solo por el reencuentro, sino también por estar en la ciudad, por sentir Roma como nunca antes.

Me observé en el pequeño espejo retrovisor. Sabía que Enrico se había acomodado en su asiento y me miraba sonriente.

—Deja de retocarte, ya sabes que estás preciosa.

—¿Tú crees? —pregunté indecisa.

—Estarlo más sería un delito, créeme.

Resoplé una sonrisa. Recibir cumplidos de alguien como Enrico me volvería loca. Terminaría enamorándome de él.

—¿Por qué no dejas a mi hermana y te vienes conmigo? —murmuré como si fuera un secreto.

Él soltó una carcajada echando la cabeza hacia atrás y me mostró una versión maravillosa de su rostro. Era increíble lo asombrosamente bello que era.

—Lo he pensado, en serio —admitió todavía risueño. Se acercó a mí y susurró—: Podríamos irnos lejos, tú y yo. Aunque la diferencia de edad...

—¡Solo tienes veintisiete años, Enrico!

—Bien, entonces, escapémonos. Ahora mismo. —Sus ojos adquirieron un hermoso brillo capaz de iluminar el interior de aquel coche.

—A una remota isla... —Le seguí el juego.

—Tendrías que pescar con tus manos desnudas y dormir bajo un cocotero.

—Y tú tendrías que llevar taparrabos.

—No me veo. —Fui yo quien ahora no pudo contener una carcajada—. Pásalo bien y sé buena con los muchachos. —Me besó en la mejilla.

—Ya veremos.

Salí del vehículo llamando de inmediato la atención de un grupo de tres chicos. Eran de mi edad y parecían unos *hippies* que se pasan la tarde fumando maría y bebiendo té con algún aditivo extra.

Sonreí traviesa y decidí divertirme un poco. Cerré la puerta del coche y apoyé los codos en el borde de la ventana mientras insinuaba mis piernas. Dios mío, estaba flipando. No podía creer que estuviera ligando con tanta libertad.

Enrico sacudió la cabeza.

—¡No seas mala!

Me reí al tiempo en que la brisa me agitaba el cabello. Supuse que la imagen había sido de lo más prometedor por las miradas embobadas de aquellos chicos.

—Será mejor que me marche —dije repentinamente avergonzada.

—Si necesitas algo, llámame, ¿de acuerdo?

—Por supuesto. Ve con cuidado. Te quiero.

—Yo también te quiero, mocosa.

Observé la estela que dejó Enrico hasta que desapareció entre la multitud de coches y por un instante creí que el corazón se me saldría por la boca.

Estaba sola rodeada de decenas de personas moviéndose de un lado a otro. Risas, reclamos, murmullos, las canciones que surgían de las tiendas, el ruido del tráfico, de la brisa, de las pisadas. Las luces, los escaparates. El aroma a ciudad, a vida. Y todo aquello bajo un cielo que atardecía y empezaba a tornarse púrpura.

«Roma... Mi hogar... Estoy en casa».

Podía repetírmelo cientos de veces y aun así no ser consciente de que aquella era la primera vez que experimentaba una soledad tan entusiasta y alborotadora.

Mi vida. Mi libertad. Lejos de las paredes de aquel internado. Pudiendo al fin sentir la adolescencia recorriendo mis brazos y piernas. Se me había dado la oportunidad de vivir como una persona normal y corriente y no desaprovecharía esa ocasión.

De pronto, mi recién estrenado móvil comenzó a sonar. Abrí mi bolso aprisa y encontré el nombre de Erika parpadeando en el centro de la pantalla. Descolgué acelerada.

—Si te dijera que eres la tía más guapa de todo Roma y que me muero de envidia por ese maldito cuerpazo que tienes, ¿me creerías?

—Por supuesto que sí.

—¡Bien! ¡Sigues siendo la misma estúpida creída de siempre! —La escuché detrás de mí.

No me dio tiempo ni a reaccionar cuando ya la tenía sobre mí. Comenzó a gritar mi nombre y a dar saltos como una loca. La gente que pasaba por allí se nos quedó mirando, y no era de extrañar, parecíamos dos histéricas sin pudor alguno.

—¡Kathia! —volvió a gritar aferrándose a mi cuello.

—¡Erika! —La abracé disfrutando de aquel aroma fresco a limón y jazmín.

—Joder, la espera se me ha hecho eterna. ¿Tú sabes lo que me has hecho pasar?

—No hace falta que me lo jures. No veía la hora de verte.

Percibí un extraño cambio de apariencia en ella. Tenía el cabello igual de largo, pero desmontado y con unas suaves mechas cobrizas sobre su color castaño. El flequillo también estaba retocado, a la altura de las cejas, lo que hacía que sus dulces facciones y sus ojos caramelo fueran más intensos.

—¿Qué te has hecho en el pelo? —pregunté después de examinarla—. ¡Estás guapísima!

Ella se echó a reír toda escandalosa.

—¿De verdad te gusta?

—¡Te queda genial!

—Quería cambiar de imagen, y Luca y Daniela me aconsejaron.

—Han acertado, estás preciosa.

—Nos están esperando en el Giordana's. Tengo muchas ganas de que los conozcas.

No me di cuenta de que habíamos comenzado a caminar y ya estábamos atravesando la Piazza Navona.

Me explicó un montón de cosas en los pocos minutos que tardamos en llegar a la cafetería. No dejaba de parlotear sobre todos los amigos que había hecho, los chicos que había conquistado o los problemas con su padre y su nueva novia. Aunque en ese tema tampoco quiso explayarse demasiado, supongo que por la ocasión.

Se detuvo frente a una cafetería de lo más variopinta y adoptó una pose típica de azafata de vuelo.

—Es un placer poder darte la bienvenida al Giordana's. Punto de encuentro para los reyes del chismorreo y los amantes de los tocamientos bajo

la mesa. —Me eché a reír antes de que ella tirara de mi brazo—. Está genial, seguro que te gusta —me aseguró entrando en el local.

Nos dio la bienvenida un ambiente yanqui. Suelo de cuadros negros y blancos, barra blanca iluminada de bordes redondeados y dispensadores de helado. Paredes rojas, sillas forradas de cuero, una música de fondo a cargo de la gran Stevie Nicks. Daba la impresión de estar en la versión medio moderna de Regreso al futuro.

Me fascinó de tal manera que empecé a tatarrear por lo bajo. Erika me miró extrañada y sonrió.

—Me gusta esta canción. —Casi sonó a excusa.

—¿Por qué no le metes algo de rollo mientras caminas?

La miré con los ojos entrecerrados sabiendo que ella me respondería de la misma manera. En el internado, aprendimos a darle vidilla a nuestros días jugando a los retos. Así que conocía a la perfección la intención que escondía aquella pregunta.

—¿Estás desafiándome?

—Por supuesto que sí. —Hizo una mueca de lo más petulante.

—Sabes que lo haré. Ya debatiremos después la recompensa.

—Zorra —sonrió ella.

Aunque en el local había gente, no me corté a la hora de caminar al ritmo de la melodía. No hice mucho, tan solo mover un poco los hombros y dejar que el cuerpo oscilara con suavidad de un lado a otro. Pero aquello debió animar al chico que había en la última mesa, que se levantó y vino a mi encuentro bailando sin pudor.

Erika soltó una carcajada, y así de sencillo fue asumir que se trataba de Luca.

Iba bien peripuesto. Con el cabello engominado, unos pequeños aros adornando sus orejas y un suave carmín rosado en los labios.

—¡Kathia! —clamó con una voz estridente—. ¡Guau, chica! ¡Eres más guapa que en las fotos! Y créeme que eso es muy difícil, encanto —añadió tocando cada curva de mi cara—. ¿Has pensando en trabajar como modelo?

—Eres muy amable, pero no me va ese mundillo.

—Ella es más de números —añadió Erika, sonriente—. Concretamente, de ciencias. Quiere estudiar Bioquímica clínica.

—Vaya, nena, con la cantidad de carreras que hay en medicina, y tú escoges la más sencilla. —La ironía provino de la que supuse debía ser Daniela.

—¡Qué lástima! Podría hacer una gran campaña contigo —continuó Luca. Supe enseguida que aquel muchacho no dejaría de hablar—. ¡Y qué ojos! ¿Son lentillas?

—No... —murmuré tímida mientras él me escudriñaba.

—Jamás he visto un gris tan deslumbrante. ¡Es increíble!

—Poca gente tiene ese color... —añadió Erika.

—Muy poca.

La escena no podía ser más peculiar. La chica que suponía era Daniela observando cómo Luca y Erika conversaban sobre mis ojos mientras que yo me sumía en el rubor. Puede que fuera un tanto narcisista, pero quererse a uno mismo nada tenía que ver con lo que la gente creyera de mi belleza.

—Aunque ahora que lo pienso, no sé cómo se me ha podido olvidar —comentó Erika golpeándose la frente—. Por supuesto que sé de alguien...

—¿Quién? —preguntó Luca.

—Cristianno.

—¿Cristianno?

—Nuestro Cristianno. Cristianno Gabbana. Ciertamente él los tiene azules...

No esperaba que el hijo pequeño de Silvano Gabbana entrara en nuestra conversación; mejor dicho, en su conversación.

—¡Oh, sí! Cristianno Gabbana. Está tan... —Luca levantó los ojos al techo, soñando con quién sabe qué fantasías.

—Bueno, ya basta... —interrumpió Daniela, pestañeando—. Soy Daniela Ferro, y sí, Luca siempre es así —comentó antes de darme un beso—. Encantada de conocerte al fin.

—Ten cuidado, Kathia. Daniela proviene del rottweiler —dijo Luca, bromeando con ella.

—¡Cállate! —Le propinó un empujón.

La Ferro tenía una media melena de color negro azabache. Su largo flequillo dejaba entrever unos ojos aguamarina que me deslumbraron. Me encantaba su estilo. Vestía de una forma más urbana, aunque resultaba sensual y de un femenino atrevido. Se le notaba una personalidad fuerte y resolutiva, con seguridad en sí misma, sin duda una anomalía entre los adolescentes.

—Bueno, Kathia, ¿has probado los helados del Giordana's? —preguntó aferrándose con un tono de voz maravillosamente cálido.

—Esperaba hacerlo ahora mismo.

Conectamos de inmediato.

## Cristianno

---

Vi la Piazza de la Marina en cuanto tomé la última curva. La pelea ya había comenzado, y con más gente de la que esperaba. Franco y su grupito de muñequitas se habían encargado de traer compañía, o quizá habían sido ellos los causantes. No lo sabía, pero lo cierto era que nos triplicaban en número.

Y, para colmo, teníamos público.

Unas ancianas que pasaban por allí salieron escopeteadas ante el espectáculo de patadas y puñetazos. Me dio tiempo a ver que una de ellas se disponía a telefonar, así que seguramente pronto tendríamos la visita de los carabinieri.

Detuve mi Yamaha hincando con rudeza la rueda delantera en el asfalto. Soltó un chirrido que vino acompañado de una débil humareda blanca que no me impidió ver cómo uno de los gemelos Carusso sujetaba los brazos de Mauro mientras Franco le daba un golpe en el estómago.

Mi amigo Alex, en cambio, tenía la cabeza de Claudio bien aferrada entre su brazo y las costillas y no dejaba de darle puñetazos. Otro muchacho saltó sobre él, pero este enseguida se zafó, y es que nadie quería pelearse con Alex. Era un tío de metro noventa, grande y muy fuerte. Costaba adivinar que tuviera dieciocho años.

Otro de los gemelos Carusso y dos niños más intentaban retener a Eric. Este sonreía mientras los esquivaba. Era pequeño y muy escurridizo, así que en una pelea lo único que su contrincante podía hacer era correr tras él.

Estaba más que dispuesto a meterme de lleno en la pelea. Sin embargo, me molestó mucho más ver a un muchacho rezagado del meollo grabándolo todo con su móvil. Si eso se filtraba en la prensa, papá nos descuartizaría.

Apreté los dientes mientras me bajaba de la moto, tirándola a un lado. El tipo aún no me había visto, por tanto, pude acercarme a él sin problemas. Le arranqué el móvil, lo encerré en un puño y le di un puñetazo con él en la cara. El aparato se hizo trizas entre mis dedos y el chico cayó al suelo fulminado; ya no molestaría más.

Ahora Franco era mi objetivo y fui a por él con decisión. Levanté la pierna y la lancé contra su pecho con tal fuerza que lo tiré al suelo. Al caer, pude oír un pequeño gemido.

No le permití levantarse y enseguida le di un puñetazo en la mandíbula. Su cabeza rebotó contra el asfalto, el labio y la nariz comenzaron a sangrarle.

Aun así, sacó fuerzas de donde no las tenía para revolverse y empujarme. El tipo aprovechó mi caída para colocarse sobre mí y contraatacar, pero Mauro desvió el impacto con una patada, gesto que me permitió arremeter de nuevo.

Sin embargo, no conté con que Claudio se zafara de los brazos de Alex y me diera un golpe en la ceja. Noté como la sangre se deslizaba por mi cara.

Lleno de furia, me puse en pie y me lancé a por él. Hice el amago de patearle antes de estamparle un puñetazo en el estómago seguido de varios más en la cara.

El sonido de las sirenas de la policía rugía en el ambiente. Se acercaban. La jodida llamada de las abuelas había surtido efecto. Era el momento de salir cagando leches, y la moto no era buena opción porque venían en esa dirección.

Mauro tiró de mí con fuerza, obligándome a moverme.

—¡Vamos, tenemos que irnos, Cristianno! —gritó Alex comenzando a correr.

Eric le siguió y, tras ellos, los gemelos y el muchacho del móvil, que iba sangrando. Los demás se desperdigaron por los alrededores de la plaza.

—¡Cristianno! —chilló Mauro.

Franco, ya de lejos, me observó con una sonrisa fanfarrona y mirada interrogante. Sabía que ahí no terminaba la cosa. Se había atrevido a tocar a mi primo y a mis amigos y eso no podía consentirlo. Me encargaría de él en cuanto se volviera a cruzar en mi camino.

—¡Estás muerto, hijo de puta! —clamé antes de que Mauro me obligara a correr.

Un coche de los carabinieri apareció cortándonos el paso justo cuando íbamos a cruzar la calle. Reboté contra él y me impulsé hacia delante saltando sobre el capó. Retomé la velocidad y dejé al policía saliendo del vehículo.

Mauro retrocedió y se perdió entre los árboles. Y fue una suerte porque la atención no estaba puesta en él, sino en mí.

## Capítulo · 4

Kathia

---

Coger un taxi en el Corso del Rinascimento debería haber sido fácil, en teoría. Pero cuando lo conseguí, más que felicidad, lo único en lo que podía pensar era en la bronca que iba a caerme. Solo faltaban diez minutos para las doce.

—A Viale delle Magnolie, lo más rápido posible, por favor —le dije al conductor sabiendo que llegaría con retraso.

Por si fuera poco, me topé con un vehículo que parecía rodar de puro milagro. Al acomodarme, me clavé las bolitas de la funda del asiento. La voz de una cantante con problemas de garganta surgía de la radio. Me llevó un rato reconocer que se trataba de música árabe. Debía admitir que el aroma a kebab rancio que cubría todo el interior ayudó bastante.

—Dios, tendré que volver a ducharme en cuanto llegue —pensé en voz alta al descubrir que había grasa por todos lados. No quise imaginar cómo demonios había llegado ahí—. Dígame, ¿ha pensado en lavar este trasto en algún momento?

El hombre sonrió y aceleró de golpe provocando que me estampara contra el asiento delantero. Lo hizo a propósito, de eso estaba segura. Pero curiosamente me hizo gracia, y es que yo sabía que a veces podía ser demasiado impertinente.

—Señorita, se hace lo que se puede —comentó el hombre.

—Si usted lo dice...

Para ser casi medianoche, el tráfico era insufrible. En solo tres calles, ya habíamos consumidos los diez minutos que tenía de límite, y ahora nos encontrábamos en otro atasco en la Via del Corso.

—¿Está usted seguro de que este es el camino más corto? —pregunté un poco nerviosa.

—En Roma no hay atajos, señorita. Debería saberlo.

—Ya, claro... Usted solo busca una suculenta propina —resoplé mientras

el hombre sonreía.

—Por supuesto. Tengo que alimentar a mis tres esposas.

—¿No lo dirá en serio? —Le miré estupefacta.

Mi comentario le hizo aún más gracia.

—Solo bromeaba. —Negó con una mano.

—En fin, si acepta tarjeta, podemos llegar a un acuerdo. Siempre y cuando no lleguemos más tarde de las doce y cuarto. De lo contrario, me habré convertido en un cadáver —dije dramática.

—¿Dónde vive exactamente?

—En la mansión Carusso.

El taxista no pudo disimular la mueca de asombro. Después me observó por el retrovisor. Sin duda, no se esperaba mi respuesta. Conocía bien la popularidad de mi familia en la ciudad, pero no creí que causara tanta impresión.

—¿Y qué hace cogiendo un taxi? —preguntó al tiempo que avanzaba unos metros para volver a detenerse. Por suerte, ya estábamos en la Piazza del Popolo.

—Quiero independencia...

—¿Lo está logrando?

—Digamos que esto es más de lo que podía esperar. Acabo de llegar a la ciudad.

—Ya veo... Pues déjeme que le diga algo, señorita.

—Adelante.

—Bienvenida a Roma. —Me extendió una tarjeta con una sonrisa en la boca—. Cuente conmigo para cualquiera de sus traslados como chica independiente.

Risueña, acepté la tarjeta. Aquel hombre era realmente amable y estaba amenizando la mar de bien el terrible trayecto.

—¡Oh, lo tendré en cuenta, señor Abdul! —exclamé tras leer su nombre.

Estaba más que dispuesta a seguir con aquella conversación trivial y entretenida. Pero, de repente, se abrió una puerta.

Un instante después, un muchacho apareció de la nada, trincó al taxista del cuello del jersey y lo arrancó del asiento de un tirón. Solté un chillido al verle rodar por el suelo entre quejas y maldiciones que el agresor ignoró. Enseguida se subió al coche, cerró la puerta y comenzó a maniobrar bruscamente.

—¡Señorita! —gritó el taxista.

—¡Abdul!

Ni siquiera pude terminar el chillido, me estampé contra el cristal cayendo entre los asientos. El muchacho aceleró sin importar los obstáculos y giró violentamente. No pude verle la cara, tan solo las manos que no dejaban de moverse. Pronto escuché el caos que causamos al chocar contra varios vehículos, los embates me llevaron de un lado a otro. Hasta que al fin logré incorporarme entre gritos.

«¡Que no sea un secuestro, que no sea un secuestro!», me iba diciendo a mí misma para tranquilizarme.

Las ruedas chirriaron cuando el chico viró para entrar en la Piazza del Popolo sin el mayor temor a atropellar a algún peatón. ¡Dios, estaba convencida de que iba a morir!

Con las uñas clavadas en el reposacabezas del asiento copiloto, miré al muchacho. Lo único que mi cordura asimiló en ese momento fue que se trataba de alguien joven, de mi edad más o menos. Y, al parecer, no tenía ni pajolera idea de cómo pulsar un botón.

—¡Me cago en la puta! ¡¿Cómo coño se apaga este trasto?! —gritó sofocado, intentando silenciar la radio.

«Será gilipollas... Ha ido a tocarme el secuestrador más inútil».

Soltó el volante y se puso a darle patadas como si se le fuera la vida en ello. ¡Estaba loco!

«Adiós a la independencia y a estrenar ropa de firma. Voy a morir. ¡Voy a morir a manos de un estúpido!», sollocé en mis pensamientos.

Finalmente, la chica con problemas de garganta dejó de sonar, pero la música fue sustituida por las sirenas de la policía. Se nos estaban acercando.

—¡Maldita mierda de coche, hostia! ¿Por qué demonios no he cogido el Fiat? —gritó, a la vez que se percataba, al fin, de que no estaba solo—. ¡Joder! ¿Quién coño eres tú?

Debía aprovechar ese instante de duda.

Así que atacé lanzándome a él entre patadas y arañazos.

—¡No me secuestres, capullo! ¡Déjame bajar! —chillé con fuerza mientras él esquivaba mis golpes.

—¡¿Quieres estate quieta?! ¡Deliras!

El coche perdió el control y empezó a dar tumbos de un lado a otro hasta que chocamos contra un muro. La fuerza del impacto me proyectó hacia delante y me estrellé contra el salpicadero. Los cristales del parabrisas se hicieron añicos y tenían como objetivo caer sobre mí.

Realmente lo esperaba.

Pero lejos de percibir los cortes, sentí como el chico se lanzaba a por mí y me cubría con su cuerpo.

Siendo honesta, creo que la adrenalina no me habría dejado notar el dolor provocado por las incisiones. Pero reparé a la perfección cómo las manos de aquel chico se enroscaban a mi cintura. Por un corto instante, quise aferrarme a él.

Al abrir los ojos, me topé con el rostro de mi secuestrador/asesino a tan solo unos centímetros del mío. Mi aliento entrecortado se mezclaba con el suyo acelerado. Nos miramos con los ojos bien abiertos. Hasta que él adoptó una expresión de curiosidad.

Supongo que aquella mueca fue lo que me hizo reaccionar. Lo empujé y me arrastré hacia la puerta notando pinzamientos hasta en las pestañas. Caí al suelo sin medir las consecuencias y casi agradecí terminar en un charco en vez de partirme los dientes contra el asfalto.

Durante un momento creí que todo había acabado, que podría ponerme en pie, aunque fuera torpemente, y salir de allí. Pero de la nada apareció otro chico.

¿Era un cómplice? ¿Iban a matarme entre los dos? Mierda, llamarían a mi padre en mitad de la madrugada para pedir un rescate y, después de lograrlo, me meterían en una bolsa de basura de esas enormes y me lanzarían por algún peñasco de Fuimicino. ¡Se me comerían los putos cuervos de la zona!

—¿Vienes a por más, Franco? —dijo mi presunto secuestrador/asesino.

—Me subestimas.

La mofa con la que habló anunció, para mi alivio, que ni de coña eran cómplices.

El tal Franco se lanzó a por el otro muchacho y comenzaron a pegarse prácticamente sobre mí. Intenté escapar, pero cayeron al suelo y recibí un puñetazo en el hombro.

—¡Quita de aquí, joder!

«¡Ya me gustaría, imbécil!», pensé.

Le di una patada justo cuando un policía me sujetó por la espalda para arrastrarme fuera de allí. El acero caliente del capó fue lo que sentí en mi cara mientras unas esposas me inmovilizaban las muñecas. Había que ser gilipollas para no darse cuenta de que ¡era la víctima!

«¡Yo solo quiero llegar a mi puta casa, hostia!». Acababa de descubrir que podía ser muy malhablada en la intimidad de mi pensamiento.

De creer que iba a morir, pasé a imaginar cómo sería mi vida en la cárcel.

Estaba detenida.

## Cristianno

---

El canalla de Franco escapó de mis garras justo antes de que le diera un puñetazo, aprovechando que los guardias estaban centrados en detener a la chica. Quise hacer lo mismo y creí que lo conseguiría, pero calculé mal y no conté con que una segunda patrulla se incorporaría. Aquel agente fue mucho más hábil de lo que imaginé.

Me cazó del cogote, me estampó contra la pared y apoyó todo su cuerpo contra el mío con la fuerza de una bestia. Tanto así que me robó el aliento.

—Me estás asfixiado... —gimoteé mientras la piedra de la fachada me raspaba la mejilla.

—Pues te jodes —me dijo al oído. Lo que me produjo un desagradable escalofrío.

—¿Has probado a cambiar de dentífrico, vaca burra?

Pero mi broma sobre su aliento no le hizo ni puta gracia y terminó dándome con la rodilla un toquecito en las pelotas.

—Ay, pequeño Cristianno, ¿cuándo aprenderás?

—Tú no podrás ver ese día porque estarás de guardia de seguridad en un centro comercial. —Me encargaría de ello en cuanto me librara de las esposas.

—Qué gracioso. —Hizo una mueca antes de empujarme hacia el coche—. Vamos, esta noche dormirás en el calabozo.

La muchacha no dejaba de gritar resistiéndose a entrar en el vehículo. Era toda una guerrera de curvas increíbles. Pero si obviaba la magnífica forma de su trasero, descubría a una persona de lo más ágil.

Colocó una pierna en la puerta e hizo fuerza hacia atrás provocando que dos policías tuvieran que reducirla. Finalmente lograron que entrara en el vehículo, no sin dar un par de patadas al asiento.

Me sobrevino un travieso interés y sonreí notando como una ceja se me disparaba hacia arriba. En esta ocasión, ser detenido no estuvo nada mal.

—¡Señorita, cálmese o tendrá problemas! —exclamó uno de los policías.

—¡Ya los tengo! ¡Le juro que se arrepentirán de esto! —les gritó y yo opinaba lo mismo—. Soy la víctima. Yo solo iba hacia mi casa cuando este... gilipollas sacó al taxista del coche y comenzó a conducir como un loco. —Pestañeeé incrédulo cuando me señaló con la cabeza—. ¡He estado a punto de morir!

«Vaya, vaya, guapa y dramática...», pensé sin quitarle ojo.

—Todo eso podrá contarlo en comisaría.

—¡¿Qué?! ¡Oh, Dios mío!

Resignada, se desplomó en el asiento.

Dejando a un lado sus exageraciones, me centré en observarla con tranquilidad. Debía corroborar si aquella belleza que intuía en ella era solo fruto de mi imaginación. Pero, segundos más tarde, supe que no. Tenía ante mí a una chica increíblemente hermosa, un maldito sueño del que no querría despertar.

Piel pálida y tersa, mejillas acentuadas, labios carnosos y unos ojos grises deslumbrantes que resaltaban en la penumbra del vehículo. El cabello acariciaba el hueso de sus caderas, de un castaño claro, lacio y muy muy largo.

Del cuerpo no pude distinguir demasiado, pero teniendo en cuenta lo bonito que tenía el trasero, el resto apuntaba maneras. Mucho más si me concentraba en el inicio de sus pechos y en la forma de sus muslos. Inevitablemente los imaginé atrapando mi cintura.

—¿Qué coño estás mirando, imbécil? —me preguntó clavando aquellos ojos en los míos.

Fruncí el ceño. Me costó digerir el comentario teniendo en cuenta cómo era su rostro. Jamás había visto una belleza igual.

Carraspeé. Debía mantener el tipo.

—¡Eh, tranquila, monada! Estás muy tensa.

—Serás... —Se lanzó a por mí.

Poco haría con las manos detrás de la espalda, pero un mordisco podía hacer daño. Y basándome en la fiereza que se gastaba, seguramente me arrancarían una mejilla.

—¡Giorgio, esta chica intenta matarme a mordiscos! —exclamé jocoso.

—Si lo consigues, le estaré eternamente agradecido.

—¡Ja, qué gracioso! —Empujé a mi compañera con el hombro—. Hagamos una tregua, ¿vale? —No se quedó muy convencida, pero regresó a su postura inicial. Lo que me dio la oportunidad de preguntar—. Y dime, Giorgio,

querido, ¿a qué comisaría vamos?

El nombrado me observó con cara de pocos amigos mientras la muchacha me enviaba miradas asesinas. Percibí demasiada inquina en el interior de aquel vehículo. Se me odiaba y no sabía por qué. ¡Yo era un pastelillo! De guindilla, pero pastelillo, al fin y al cabo.

—Ya lo sabes —gruñó Giorgio.

—No, no lo recuerdo. —Sabía exactamente a dónde nos dirigíamos, pero tenía ganas de mofarme.

—A Trevi, maldito engreído, y ahora cállate.

«Trevi, ¿eh?». Perfecto. En una hora estaría en la calle.

## Capítulo · 5

Cristianno

---

Enrico me miró escéptico. Había tomado asiento a mi lado, se había cruzado de piernas y adoptado una pose de concentración que cerca estuvo de intimidarme. Cuando actuaba como el comisario que era, el Materazzi podía dar bastante miedo.

Me había contado que Mauro, Alex y Eric estaban a salvo en mi casa y que mi padre había empezado a sentir fuertes deseos de arrancarme la cabeza. Lo que significaba que me aguardaba una buena bronca en cuanto llegara y, en realidad, con motivos. Era la cuarta vez que visitaba los calabozos de la comisaría de Trevi en lo que iba de año, y apenas habían pasado ocho días de su inicio.

—Y eso es todo lo que ha pasado...

Terminé mi relato ahorrándome las partes que incluían a la diosa con la que había compartido celda.

—Ya veo... —Enrico chasqueó la lengua y se puso en pie ajustándose la chaqueta de su traje gris oscuro.

Comenzó a avanzar hacia la puerta sin molestarse en cruzar palabra conmigo.

—¿Enrico? ¿A dónde vas? —Quise seguirle, pero había olvidado que me habían esposado a la silla.

—Lejos, muy lejos. —Me miró por encima del hombro—. Necesito contener las ganas que tengo de matarte ahora mismo.

—No pensarás dejarme aquí toda la noche, ¿no? —sonreí.

—Cuánto me gustaría...

—Venga ya, déjate de coñas...

Se acercó de nuevo y dio un golpe en la mesa.

—Eres... eres... —Miró al techo. Sí, Enrico estaba cabreado—. ¿Cómo se te ocurre meterte en una pelea en pleno centro de la ciudad, joder? Te tengo dicho que te llesves tus movidas a un lugar donde no haya ciento cuatro

testigos. Con sus ciento cuatro putos teléfonos móviles.

Hice una mueca.

—Me han grabado, ¿no?

—Desde todas las perspectivas, capullo.

Esa era una mala noticia que me aseguraba una buena colleja. Ya no de mi padre, sino de mi madre, que a veces era mucho más peligrosa. Mierda, iban a colgarme boca abajo.

—Tengo a todo el maldito departamento echando horas extras por tu culpa.

El Materazzi volvió a retomar su camino hacia la puerta y mis esposas tintinearón de nuevo.

—Enrico, pero no te vayas. Habla conmigo. ¡Desahógate!

—¡Vete a la mierda! —Le escuché decir.

Me desplomé en mi asiento.

## Kathia

—

Mi compañera de celda me observó con una avidez que me puso los pelos como escarpas. Dios santo, esperaba que Enrico apareciera cuanto antes. ¡Mi integridad corría peligro!

Al llamarle, me había dicho que no tardaría demasiado. La verdad es que parecía bastante tranquilo, como si ya supiera lo que había ocurrido. Aunque no me extrañó demasiado dado que mi maravilloso cuñado era el comisario de aquel distrito.

Desconocía si el niño chulo y engreído había hecho su llamada o si le dejarían salir pronto. Pero esperaba que no y se pudriera en una celda.

La mujer cavernícola decidió invadir mi espacio vital al ver que la ignoraba premeditadamente.

Tragué saliva.

—¿No sería mejor que habláramos un rato? —comenté miedosa—. Podríamos... ser amigas. —No me lo creía ni yo.

Su boca dibujó algo parecido a una sonrisa y de repente estampó su nariz en mi mejilla e inhaló mi aroma ruidosamente. Me quedé quieta, con los ojos como platos y sin saber qué hacer.

—Hueles muy bien...

—Jean Paul Gautier —dije asfixiada—. Si quieres puedo regalártelo.

—Lo prefiero en tu piel...

Aquello era lo más raro que me había pasado en la vida. Todos los males me estaban sucediendo al mismo tiempo. No estaba preparada para vivir al límite.

—No lo creas. Yo no suelo ducharme, de hecho, he tenido que gastar un bote entero para ocultar la pestilencia.

—Mentirosa.

—Espera...

—Me gusta ese cuello... Es estilizado, hace que quiera morderlo.

«Mierda, va a matarme. Me comerá viva...», sollocé internamente.

—Kathia Carusso. —La condenada voz del policía fue música celestial para mis oídos.

Me levanté *ipso facto* y me lancé a los barrotes entre los que ya veía la tranquilizadora figura de Enrico junto al agente que respondía al nombre de Giorgio.

—¡Gracias al cielo! —exclamé antes de que la puerta se abriera—. Quita de en medio. —Empujé al policía y me tiré al cuello de mi adorado cuñado.

Sus brazos me rodearon suavemente, apretándome contra su cuerpo. El calor que desprendía me calmó, pero solo unos segundos. Cuando volví en mí, me aparté de él y comencé a despoticar.

—Mi primera noche en Roma y acabo en el calabozo por culpa de un capullo que está loco. Créeme, Enrico, temí por mi vida. Por Dios, deberían encerrarlo en un manicomio. Comenzó a pegarse con otro tío y me aplastaron. Sin contar que minutos antes nos estrellamos contra un muro. ¡Mira mi ropa! ¡Papá va a matarme!

Extrañamente, a Enrico parecía divertirle mi declaración. Me cogió de los hombros y me obligó a mirarle.

—Cálmate, Kathia, mi amor. No hay de qué preocuparse.

—¿Que no hay de qué preocuparse? ¡He dicho que mi padre me matará!

—Angelo cree que duermes en casa de Erika. Ya está todo listo, ella te está esperando allí.

Un inevitable alivio me invadió con violencia.

—¿En serio?

—Te lo prometo.

—Entonces, ¿no corro peligro?

Todavía tenía una oportunidad para disfrutar de mi libertad.

—Pienso dejarme la piel para que así sea.

Tuve un escalofrío, intenso y desconcertante. Porque no estuve segura de si lo dijo por la situación o por algo más.

—Eres mi ángel. Te quiero tanto... —Volví a abrazarle.

Justo entonces la reclusa estiró el brazo, cogió un mechón de mi cabello y comenzó a olisquearlo entre los barrotes como si fuera un animal carroñero hambriento. El espanto me sobrevino hasta que Giorgio la alejó.

—Quieta, Rosa —dijo el policía—. Que no se puede comer, hija.

—Sácame de aquí ahora mismo —jadeé afónica antes de que Enrico me alejara de la celda, sonriente.

—Tengo que quedarme, pero fuera te espera un coche que te llevará a casa de los Bruni, ¿de acuerdo?

Me besó en la frente y me resigné a irme sin él aguantando el contacto de su mano hasta que la distancia se impuso.

Un segundo guardia, el mismo al que había intentado arañar durante mi detención, me acompañó afuera y se despidió de mí con una mueca. Era evidente que no le había caído bien, pero esperaba que comprendiera cuán recíproco era el sentimiento.

A unos metros de la entrada, apoyado en un coche negro, me esperaba un hombre alto y bien parecido, que sonrió nada más verme.

—Buenas noches, señorita revolucionaria.

—Hola... —dije algo tímida al tiempo que él extendía una mano.

—Thiago Bossi, a tu servicio, monada. —Acepté el cariñoso apretón—. Tienes mala cara.

—¿No me digas...? He estado a punto de morir. ¿Cómo estarías tú?

—Piensa en la adrenalina de la aventura.

—Muy gracioso.

—Anda, vamos. —Me abrió la puerta trasera para que subiera al coche.

## Cristianno

---

Comenzaron los escalofríos conforme nos acercábamos al edificio Gabbana, y es que la última vez que me detuvieron le dije a mi padre que no volvería a suceder. Y como apenas habían pasado dos días, pues no estaba muy seguro de por dónde me vendrían las hostias.

—Dime una cosa, Enrico, guapetón. ¿Papá...?

—Como un loco. Tiene más ganas de matarte que yo, fíjate cuánto.

Vale, confirmado. Me iban a encadenar a una piedra y a lanzarme al río Tíber.

—Bueno, no parece que sea para tanto —sonreí nervioso.

—No parece, dice. —Se rio a carcajadas—. ¿Tú sabes a quién demonios has arrastrado contigo a comisaría?

Después de haberle explicado el motivo de mi detención, él no admitiría tener una opinión favorable sobre mis reacciones. Pero ambos sabíamos que de haber estado en mi lugar, le habría partido algún que otro hueso al capullo de Franco.

—Y tanto que lo sé. Esa chica estaba buenísima. —Recordé sus largas piernas y pechos turgentes—. En serio, Enrico, tendrías que haberla visto, incluso tú habrías alucinado.

—Ya veo —sonrió de nuevo—. En realidad, sí, es muy guapa.

—Hostia, ¿pudiste verla?

—La saqué del calabozo, Cristianno.

Fruncí el ceño. Por un momento, el pulso se me detuvo.

—¿Cómo...?

Ahora estaba todavía más perdido, pero a él le importó un carajo.

Detuvo el coche frente al garaje. Cogió un pequeño mando, lo sacó por la ventanilla y pulsó el botón. La puerta comenzó a elevarse, instante que Enrico aprovechó para mirarme. Al muy cabronazo le gustaba jugar a sacar de quicio a las personas. Era un puto sádico con cara de ángel.

—Esa «chica» que estaba buenísima es Kathia Carusso.

Si esperaba sorprenderme, lo había conseguido.

Le miré boquiabierto, con los ojos desencajados y al borde de vomitar el corazón. Joder, si Angelo se enteraba de que una de sus hijas había estado en el calabozo por mi culpa, me mataría. Bueno, me remataría, que no es lo mismo, porque mi padre se encargaría de lo primero.

«Con la de vehículos que había en la Vía del Corso y tuve que coger el taxi que llevaba a Kathia», pensé, y tragué saliva.

—¿Y... lo sabe Angelo? —pregunté temeroso.

—No, pero te recuerdo que lo sabe Silvano y eso ya es más que suficiente, ¿no crees? Yo que tú me iba despidiendo de esa bonita cara que tienes.

Unos minutos después esquivé una colleja marcándome un quiebro de

cintura que ni yo me creía. Pero no sirvió de mucho porque el gran Silvano Gabbana tenía recursos para todo y decidió pasar directamente a las patadas.

Por suerte, mis hermanos lo alejaron de mí echando mano de toda su fortaleza física. Y es que cuando papá se enfadaba temblaban hasta los cimientos de aquel edificio.

Al final, terminé sentado en el sillón adoptando una expresión de no haber roto un plato en mi vida mientras mi padre caminaba de un lado a otro, fumando sin parar.

—¡Es increíble, Cristianno! Sabes que no puedes ir por ahí pegándote con el grupito del Bianchi. No dejas de estar en boca de todo el mundo. ¡Tu maldito temperamento nos traerá problemas! —exclamó alterado, pero evitando gritar para no despertar a mi madre—. Por si no fuera poco, has metido a Kathia Carusso de por medio. ¿Sabes que hará la prensa si se entera? ¡Jesús! ¿Qué voy a hacer contigo? ¿Cuándo cambiarás?

—Lo sentimos mucho, tío Silvano. De verdad que no volverá a ocurrir —dijo Mauro optando por una expresión de perrito mojado.

Mis amigos, Alex y Eric, prefirieron agachar la cabeza y hacerse los inocentes.

—¿Que no volverá a ocurrir? ¿Te estás burlando de mí?

—En absoluto.

—Yo creo que sí porque te recuerdo que mantuvimos esta maldita conversación hace un par de noches.

Mi tío Fabio le hizo señas a Mauro para que se callara.

—Llevas razón y no sabes cuánto me disgusta todo esto...

Joder, la estaba cagando mucho.

Mi padre se pellizcó el entrecejo y dio un traspié hacia atrás que sostuvo mi hermano Valerio.

—Quitádmelo de en medio que lo mato.

—Pero tío...

—Tú a callar, que ya te hemos calado —intervino su padre, mi tío Alessio—. Y vosotros... —Miró a Alex y a Eric—. ¿Les disteis duro?

Todos nos miramos algo confundidos, pero terminamos riendo.

Ciertamente mi padre odiaba ese tipo de problemas, él era un hombre bastante comedido en ese aspecto. Pero al ver que sus hermanos sonreían y le quitaban hierro al asunto, poco a poco fue animándose e incluso contó anécdotas de cuando era un chavalín provocador que tiraba piedrecillas a la ventana de mi madre en plena madrugada.

Estuvimos parloteando sobre la pelea, que Eric representó en el centro del salón avivando las risas de los presentes y utilizando a un Diego asqueado como ayudante; y es que mi hermano mayor no era muy extrovertido que digamos. Lo que había empezado como una reprimenda, terminó siendo algo parecido a una reunión muy divertida.

Sin embargo, hubo más. Algo en lo que no dejé de pensar.

Esos ojos grises...

Su recuerdo incontrolable inundó mi mente y se apoderó de mí.

«Kathia Carusso... Qué pérdida estabas, compañera», pensé. «Al fin regresas».

## Capítulo · 6

Kathia

---

El silencio fue lo primero que me dio la bienvenida. Como bien planeó Enrico, mi padre no se había enterado de nada de lo ocurrido. Tanto que ni siquiera estaba en casa.

Giancarlo me había dicho que mis padres y Marzia se habían ido a misa y que después comerían con mis tías en no sé dónde. Llegados a esa parte ya no prestaba atención.

En cierto modo, me molestó que no hubieran contado conmigo. Ni siquiera habían pasado setenta y dos horas de mi regreso a Roma y ellos no parecían en absoluto emocionados.

Sin embargo, al ver que tenía la casa para mí sola y que podía hacer lo que me diera la gana ya no lo vi tan negativo. Así que me fui a la cocina, me preparé un gran desayuno y me lo serví en la terraza para disfrutar de unas vistas imponentes. La hierba fresca resplandeciendo bajo un sol que coronaba un cielo despejado mientras la fría brisa de enero acariciaba el agua de la piscina.

Estuve tan en paz que no imaginé que tendría visita.

—Tardarías unas tres horas en recorrer todo el perímetro. — Sobresaltada, me giré para descubrir a un Valentino Bianchi bien sonriente—. A no ser que te guste correr, lo que reduciría considerablemente el tiempo.

—Oh, Valentino. No te he oído llegar.

—Soy muy sigiloso cuando quiero.

Lo observé un instante. Estaba radiante bajo aquel gabán color ámbar. El verde de sus ojos destacaba más de lo normal.

—¿Y... qué haces aquí? —carraspeé.

—Bueno, me parece mejor lugar que estar en una iglesia.

Sonreí. Valentino era un hombre increíblemente atractivo y parecía amable, pero apenas lo conocía y tenía un curioso punto que me ponía un poco nerviosa. Estar a solas con él, por el momento, me resultaba incómodo. Tal

vez también porque no estaba acostumbrada a compartir intimidad con un chico.

—¿Sois muy católicos por aquí? —pregunté.

—Dímelo tú, que has estado en un internado católico.

Y como ya había tenido suficiente, no quería seguir soportándolo. No me imaginaba yendo a misa en familia cada domingo, la verdad.

—Ya... Mejor, no volvamos a mencionarlo.

—Van a misa cada semana. Es como una... tradición, por así decirlo. Pero la realidad es que lo utilizan de excusa para comer y beber como cerdos.

Volví a sonreír y me obligué a darle un sorbo a mi taza de café. No sabía qué hacer, si invitarle a desayunar conmigo o poner una excusa para largarme de allí.

Sin embargo, Valentino leyó mis intenciones y se adelantó a ellas.

—¿Te apetece ver el jardín? Me gustaría mostrártelo.

Me pareció descortés negarme.

—Vale...

Con la actitud digna de un caballero, el menor de los Bianchi sujetó mi silla, echándome una mano a ponerme en pie, y me guio hacia las escaleras de la terraza dando así comienzo al paseo.

Me mostró un rincón que no conocías, donde unos exuberantes arbustos rodeaban un estanque de piedra en el que desembocaba una pequeña cascada. En esa zona, los árboles se ensanchaban creando unas sombras increíblemente mágicas.

—¿Vienes mucho por aquí? —quise saber. Era curioso lo bien que conocía el lugar.

—Ahora intentaré venir incluso más a menudo —me confesó.

—Vaya... Ganarías tiempo si te trasladaras definitivamente. De ese modo, te ahorrarías el paseo.

—Cuidado con lo que dices, podría tomarte la palabra.

Era extraño. Quizá Valentino no se estaba dando cuenta de mis ironías o tal vez quería ignorarlas premeditadamente.

—¿Tú también vas a San Angelo? —continuó.

—Qué va. Terminé el instituto hace dos años. Ahora voy a la universidad de economía.

«Todo un cerebritito, ¿eh?».

—¿En serio?

—Los imperios deben administrarse desde el conocimiento.

Lo dijo con tanta autoridad y confianza en sí mismo que cerca estuve de imaginarle con la corona láurea que llevaban los emperadores romanos.

—Y ahora es cuando hablamos sobre la gloria de Roma.

—Algo así, sí.

Desvié la vista hacia el frente topándome con un cenador de hierro blanco que me cortó el aliento de pura fascinación.

—Oh, vaya... —Pude decir, pero al tratar de avanzar tropecé con una piedra.

Estaba segura que iba a caer de morros, pero inesperadamente Valentino rodeó mi cintura y me empujó contra su pecho. Al mirarle de frente apenas pude evitar recordar el rostro del loco con el que me había cruzado. El modo en que sus ojos conectaron con los míos y ese extraño temblor que me invadió al verme envuelta por su cuerpo.

Desde luego era una situación similar, pero solo en apariencia. La sensación de tener a Valentino tan cerca de mí no fue agradable.

—Lo siento, yo...

Me aparté al tiempo que Enrico aparecía de pronto.

—Kathia.

El modo en que me nombró me sonó a reprimenda.

—¡Enrico! ¿De dónde vienes? —pregunté descubriendo que tenía la misma ropa que la noche anterior.

—Tenía trabajo pendiente en comisaría. —Eché un serio vistazo al Bianchi—. Valentino.

—Buenos días, señor Materazzi.

—¿Qué haces aquí? Tengo entendido que estabas con tu familia en Santa María.

—Tenía ganas de cambiar de aires.

No era necesario gozar de demasiada inteligencia para percibir la tensión que había entre los dos. Se hablaban con diplomacia, pero tras aquellas amables cuchillas, existía inquina, no me cabía duda.

—Gran idea, pero Kathia debe prepararse para mañana, y yo estoy cansado, así que no hay nadie en la casa que pueda atenderte.

Aquello fue una bomba que Valentino aceptó con una sonrisa.

—Entiendo. En fin... Será mejor que me vaya. —Se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla—. Kathia, avísame si en algún momento quieres dar un paseo. Estaría encantado con mostrarte la ciudad.

—Lo tendré en cuenta. —De nuevo, no supe qué más decir.

Me guiñó un ojo y comenzó a alejarse cuando de pronto Enrico le cogió del brazo con suavidad. Tratando de parecer lo más calmado posible, miró a Valentino como si fuera a ofrecerle participar en una inocente broma.

—Dile a tus amigos que aprendan a contenerse —murmuró bajito, esperando que yo no pudiera escucharle.

Valentino torció el gesto, fingiendo enfado.

—¿No deberías decirle lo mismo al Gabbana y sus estúpidos perritos falderos?

Fruncí el ceño mientras observaba cómo se alejaba.

—¿Gabbana? ¿Qué ha querido decir? —pregunté a Enrico.

—Nada, no te preocupes —me evadió—. Veamos, compras, comida, un poco de turismo. Decide el orden.

—¿De verdad?!

—Soy todo tuyo.

Esa preciosa mueca de arrogante guaperas hizo que saltara sobre sus brazos.

—¡Pero has estado toda la noche trabajando! Debes descansar.

—Tienes diez minutos para cambiarte de ropa antes de que me arrepienta. Tú misma. —Eché a correr sin tener en cuenta que volvería a tropezar, esta vez para caerme al suelo—. ¡Ten cuidado con las piedras!

—¡Estoy bien! —exclamé, poniéndome en pie, y entré en la casa como una loca.

## Cristianno

—

—¡*Porca puttana!* ¡¿Kathia?! ¡¿Kathia Carusso?! ¿En serio? —gritó Mauro completamente alucinado.

Eric, mientras tanto, no dejaba de morderse las uñas y Alex tenía la boca abierta. Y es que la noticia sobre el regreso de Kathia les había impactado tanto como a mí.

—Os lo juro. Yo me enteré después —admití.

—Mierda, eso sí que es casualidad —comentó Alex.

—¿Cómo es? ¿Ha cambiado mucho?

A Eric le emocionaba más la idea de ver a la pequeña de los Carusso que el encontronazo en sí.

—¿Y cómo quieres que esté?! —añadió Alex, de nuevo—. ¡Han pasado nueve años, imbécil!

—Es que me cuesta imaginármela como una adulta, joder. Hace siglos que no la vemos.

Continuaron parloteando, pero una vez más perdía el hilo al pensar en Kathia. Mentiría si no admitiera que una parte de mí deseaba saber si ella era conocedora de con quién había compartido celda. Una cuestión que empezaba a carcomerme.

—Cristianno... —Mauro chasqueó sus dedos frente a mi cara—. ¿Te has quedado pillado o qué?

—Venga, cuéntanos —exigió Eric.

Querían detalles y tenía de sobra, pero...

—Es... No sabría cómo describirla. —Era la realidad y, mierda, me molestaba muchísimo.

—Porque es un callo —dijo Alex—. Estaba previsto. Todas las niñas que son guapas de pequeñas, la cagan al crecer, te lo digo yo.

—Porque es exactamente lo que te ha ocurrido a ti, ¿no? —bromeó mi primo.

—Te voy a dar una somanta de palos, Mauro, que no te va a reconocer ni tu madre.

La cuestión es que se liaron a manotazos mientras se dedicaban un extenso repertorio de impropiedades sin tener en cuenta que Eric y yo estábamos en medio. Ni la fuerza de la costumbre sirvió para contenerles.

—Bueno, se acabó —interrumpió Eric—. Vamos a dar una vuelta.

—¡Ah, no! ¡Ni de coña! —se quejó Mauro recomponiendo su ropa—. Le he prometido a mamá que no me metería en líos y pienso mantener mi palabra, aunque sea esta semana. Así que nos quedamos aquí.

—¿Hace un FIFA? —sugirió Alex.

—Dame el mando.

—Voy a por unas patatillas. —Eric saltó del sofá y se encaminó a la cocina todo feliz con el plan.

—Cristianno, cariño, deja de pensar en la Carusso y observa la humillación que le va a caer a este panoli.

—¿Panoli yo? —Se quejó el grandullón antes de volver a saltar sobre mi primo—. ¡Me cago en tu estampa!

Los dejé allí, pegándose, y seguí a Eric, que para eso era el más tranquilo del grupo. Hice lo que pude por echarle una mano, de verdad que estaba

completamente decidido.

Pero...

—Estás pensando en ella, ¿verdad?

«En efecto, sí, estoy pensando en ella porque a veces soy un poco gilipollas. Pero solo a veces, ¿eh?».

—No la reconocí —me sinceré—. La tuve a unos centímetros de mí y no pude imaginar que se trataba de ella.

—Te ha gustado...

Eric sonrió con malicia y yo tuve un escalofrío.

—¿Qué dices?! Está muy buena, pero no imaginas lo dramática y exagerada que es. Pensó que quería secuestrarla.

—Bueno, mañana saldremos de dudas. Enrico ha dicho que se incorpora a San Angelo, ¿no?

—Sí...

Más me valía no compartir clase con ella. Pero como había cabreado tantísimo al karma, seguramente ya estaba condenado.

Así que regresé al salón, me puse a jugar a los videojuegos como un chiquillo y disfruté de las pocas horas de tranquilidad que me quedaban.

## Capítulo · 7

Kathia

---

A primera hora del lunes me reuní con Erika, Daniela y Luca en la entrada del San Angelo, la institución en la que cursaría mi último ciclo de enseñanza superior antes de ir a la universidad.

En realidad, hacía pocas horas que nos habíamos visto. Tras pasar parte del día junto a Enrico, quedé con ellos. Disfrutamos de lo que quedaba de domingo dando largos paseos por la ciudad y gastando dinero de la tarjeta.

Por supuesto, fuimos caminando a todas partes. No podía arriesgarme a tener otro tropiezo. Estaba segura de que pasaría algún un tiempo hasta que volviera a coger un taxi.

Cuando les expliqué lo sucedido, se partieron de la risa. No entendí qué les hacía tanta gracia, la verdad. Pero supuse que con el tiempo distinguiría el humor italiano y terminaría riendo como ellos.

Contuve el aliento y entré al edificio. Me sorprendió que fuera tan grande, incluso tenía aparcamiento. Ayudada por Luca, nos abrimos paso hacia la secretaría. Vamos, que para cuando entré, medio colegio sabía que yo era la nueva.

Por suerte, ellos se quedaron fuera y, aunque estaba bastante nerviosa, me alegré de tener unos minutos para recuperarme.

Miré a mi alrededor. La decoración del lugar me recordó a la consulta privada de un médico, con unos sillones oscuros junto a una mesa de cristal adornada con unas flores rojas. No me extrañaría que esos colores estuvieran pensados para combinar con nuestros uniformes.

La pared estaba llena de cuadros de alumnos ya graduados y artículos de periódico. San Angelo era la mejor institución educativa de Roma y sus becas eran muy sonadas. Había una lista de espera de casi dos años para poder entrar, que algunos, como mi padre, se la saltaban utilizando las influencias de su poder.

Contemplé mi imagen ataviada con el uniforme en el reflejo de la

ventana. Camisa blanca, chaqueta de pinzas con el escudo grabado y típica falda de pliegues acariciando el inicio de mis rodillas, algo que en mi antiguo uniforme era impensable. De hecho, aquel conjunto era atrevido e incluso sexy. Y rojo, muy rojo.

Lo más discreto, por así decirlo, era la corbata, las medias y los zapatos, que llevaban algo de tacón. Además de tener la opción de utilizar el polo que, por supuesto, mi madre me había obligado a llevar. Eso sí, me lo quité en cuanto salí de casa.

Dejé mi análisis a un lado y me acerqué a la secretaria.

—Buenos días, soy Kathia Carusso.

La mujer se levantó sonriente y se puso a rebuscar mi matrícula en los archivos que había tras ella. Extrajo mi carpeta, la abrió y cogió un folio que no tardó en sellar y firmar.

—Bien, estás en Ciencias, ¿verdad?

—Espero que sí. —Nunca se sabía lo que pasaba en la mente de mi padre.

—Tu clase es cuarto D. —La compartiría con Daniela—. Aquí tienes el horario. ¿Quieres que te acompañe?

—No, no se preocupe... Tengo una amiga que va a la misma clase.

Desvié la mirada hacia la puerta. Me saludaron de forma escandalosa desde fuera.

—Genial. Una chica sociable, me alegro —añadió—. Bueno, pues que tengas un buen día de clase, Kathia.

—Muchas gracias.

—Si necesitas algo, aquí estaré. Por cierto, me llamo Antonieta.

—Estupendo, Antonieta. Que tenga un buen día. —Salí de la secretaría analizando el horario.

—¿Y bien...? ¿Cuál es tu clase? —preguntó Luca, expectante, en cuanto solté la puerta de cristal.

—Cuarto D.

Erika resopló algo decepcionada. Ya sabíamos que no podríamos ir juntas porque ella se había decantado por Humanidades, pero esperaba que me hubieran puesto en la clase más pegada a la suya para compartir los descansos.

—En fin, nos veremos a la hora del recreo —dijo ella, resignada—. Mi clase está en el otro extremo del pasillo. La comparto con tu querida prima.

—¡Y conmigo! Que no se te olvide —añadió Luca.

—¿Quién es tu prima? —preguntó Daniela, curiosa.

—Giovanna Carusso.

—¡Joder! ¡Qué desgracia!

Justo entonces, Erika dejó de prestar atención y sus ojos se perdieron tras de mí. Su rostro enseguida reflejó una aturdidora fascinación que jamás había visto. Desbordaba amor por todos los poros de su piel, y necesitaba saber quién lo causaba. Pero no hizo falta que echara un vistazo porque de pronto apareció un muchacho moreno de ojos azules.

Supuse que se trataba de él al ver que Erika le saludaba toda embobada. Gesto al que el chico respondió con un frío movimiento de cabeza.

Pestañeeé sorprendida. Por un pequeño instante creí que se trataba del maldito «loco del taxi». Debía de estar obsesionada.

—¿Qué tal estás Mauro? —sonrió Erika, coqueta—. No me has llamado en todo el fin de semana. —Se acercó a él y le dio un suave beso en los labios.

Sin duda, aquel debía de ser el chico del que tanto me había hablado. El amigo con derecho a roce en el que estaba interesada. Algo que no parecía ser recíproco.

El tal Mauro aceptó el beso por compromiso y enseguida me clavó la mirada. Tardó un rato en analizarme, con sus respectivas muecas, tales como fruncir el ceño y los labios, como si estuviera atando cabos. Y entonces, me sonrió, ignorando lo mucho que a Erika le estaba molestando su actitud.

—Vaya, vaya... Hola, Kathia Carusso —dijo arrastrando mi nombre en tono sexy.

—Hola... ¿Y tú eres...? —pregunté incrédula. ¿De qué puñetas me conocía?

Erika le lanzó una mirada aniquiladora al ver que él se acercaba a mí y me estampaba dos sonoros besos en las mejillas. Me dejó tan desconcertada que creí que me ahogaría en mi propio rubor.

—Soy Mauro Gabbana. Si haces memoria, te acordarás bien de mí —sonrió con malicia—. Mi primo y yo solíamos enterrarte en la arena cuando veraneábamos en Cerdeña. Ah, qué tiempos aquellos...

«¡Mierda, es verdad!», lo recordé de golpe, como si me hubieran dado un puñetazo. La de veces que había escupido arena por culpa de esos dos gilipollas. Suerte que su tío Fabio y mi Enrico me protegían.

—¡Vaya, cuánto tiempo! Casi no me acordaba, lo siento —exclamé sonriente antes de darle un abrazo. La verdad es que me alegraba mucho de verle.

Había cambiado muchísimo. El recuerdo que tenía de él y de su primo era en forma de unos niñitos de apenas un metro de altura, que vestían un pequeño pantaloncillo y se pasaban el día haciendo trastadas.

Sin embargo, la belleza se había visto incrementada con la edad. Debía de ser el gen Gabbana. No había miembro de esa familia que no fuera atractivo. Absolutamente todos eran apuestos. Aunque a veces la naturaleza se excedía más con unos que con otros.

Se me vino a la mente el rostro del condenado Cristianno Gabbana. La última vez que le vi tenía nueve años, pero ya era el más guapo de todos... Y también el más travieso y molesto. Esperaba no tener que cruzármelo. Aunque bien pensado, quizá los años le habían convertido en un ser más amable. Quién sabía...

—¿Cuándo has vuelto? —me preguntó.

—Llegué el sábado por la mañana.

—Lo tuyo es suerte, Kathia. Al final conocerás a todo el instituto en menos de una hora —dijo sonriente Daniela—. ¿Qué pasa, Mauro? ¿A mí no me saludas?

El nombrado fue a por ella a la vez que Luca le daba un codazo simulando enfado.

—Para ti también hay, hermosura.

—No me llames así. —Luca fingió molestarse. —Seré gay, pero me gusta mi nombre.

El timbre interrumpió nuestra conversación, lo que hizo que también me fijara en que Erika se había quedado un poco apartada y nos miraba de brazos cruzados. La señal indicadora de que el medidor de enfado estaba al máximo.

«¿Será por mi culpa?».

Estuve a punto de preguntárselo, pero se despidió de mí con un gruñido nada más llegar al segundo piso y se alejó caminando aprisa mientras Luca la seguía gritando su nombre.

Miré a Daniela, desconcertada. No era la mejor forma de empezar mi primer día de clase.

—Tranquila. Es por Mauro. Erika detesta hasta el viento que le toca, y él, para colmo, no le hace mucho caso —explicó antes de cogerme del brazo y comenzar a caminar—. No te preocupes, no es la primera vez que pasa.

—En cierto modo me alivia —suspiré—. Tenía miedo de haber cometido algún error.

—Y si lo cometes, ¿cuál es el problema? —espetó Dani.

—Pues que no quiero que se enfade conmigo. —Erika podía llegar a ser demasiado rencorosa.

—Llegado ese momento, solo tienes que mencionar las palabras mágicas. Atiende, novata: «Qué te den». Dilo conmigo, vamos.

—Pero ¡¿qué dices?! —exclamé sonriente.

—Nena, no tienes que estar tan tensa. Se supone que sois íntimas, así que, si se molesta contigo, será porque es tonta. Venga, que te pondré al día.

Se encargó de borrar mi desasosiego en un instante al cotillearme curiosidades sobre los alumnos con los que nos cruzábamos de camino a clase. Incluida mi prima Giovanna, que apareció de pronto y no dudó en dejar su sello.

—Dios las cría y ellas se juntan —dijo topándose con mi hombro.

—¿Quizá por eso somos primas, Giovanna? —ironicé.

En respuesta, me echó un vistazo de arriba abajo antes de marcharse ofendida.

—¡Ja! Creo que he encontrado a mi alma gemela —comentó Daniela—. Con la diferencia de que tú eres sexy de natural y yo tengo que luchar por serlo. —Meneó la cabeza de un lado a otro.

—No desesperes.

—Lo intentaré. —Reímos como unas crías traviesas antes de proseguir con sus fugaces y agudos retratos—. Esa es Nikki y la larguirucha es Mia. Son las secuaces de tu primita. Igual de zorras, créeme.

—Mira que eso ya es difícil.

Daniela soltó una carcajada.

Nikki era una morena bajita y peripuesta. Pero la llamativa, por así decirlo, era Mia, una pelirroja estirada que enseguida me recordó a una llama.

—Y esa que está apoyada en la pared es Laura. —Daniela se acercó a mí para susurrarme—: No te fíes de ella, es una chismosa. También es la encargada del periódico de la escuela.

Era una chica rubia bastante atractiva. De lejos se podía confundir con una *Barbie* de edición limitada, no por el prestigio, sino por lo pronto que se hartarían de ella.

Con el dedo índice se enroscaba un mechón de su cabello mientras coqueteaba con un chico, quien captó inevitablemente toda mi atención.

Me aventuré a recorrer su atrayente cuerpo, algo confundida con la seducción que desprendía. De todos los alumnos con los que me había cruzado, no había visto a nadie llevar el uniforme como él, tan desenfadado

como elegante y atrevido, y supuse que sabía perfectamente lo bien que le quedaba. Pero, en mi caso, admirarlo me hizo sentir de lo más estúpida.

Era desgarbado y alto, de espalda ancha y marcada. La maldita visión de sus hombros ya incitaba a fantasear. Piernas firmes, trasero turgente y apretado... Enseguida imaginé la de cosas que hubiera hecho de haber estado en la posición de Laura; para empezar, no entrar en clase.

Tragué saliva y aparté la mirada. Se me estaba yendo la olla y era demasiado temprano. Para colmo, yo jamás había tenido pensamientos tan subidos de tono. Ciertamente era que tampoco había tenido la oportunidad, pero no supe cómo gestionar una emoción tan nueva para mí. Además, todo apuntaba a que compartiría clase con aquel chico, dado que estaba en el borde de la puerta. El muy seductor tenía un brazo apoyado en la madera y le susurraba palabras al oído a la tal Laura mientras deslizaba sus labios por la mejilla.

«¿De dónde demonios se ha escapado este?», me dije pensando que era demasiado joven para cautivar de esa manera.

Suspiré cayendo en la cuenta de que Daniela solo me había ido informando sobre las chicas. Creí que había llegado el momento de interesarme por el sector masculino del colegio. Pero cuando me arranqué a hablar, el chico desvió su rostro y me clavó la mirada.

Todos los recuerdos sobre mi nefasto sábado me abordaron de nuevo e hicieron que empezara a boquear como un pececillo. Aquel chico era el mismísimo ¡loco del taxi!

Sobresaltada y engullendo un gritito, di un salto que me llevó a estamparme contra los ventanales que limitaban la clase. ¡No daba crédito a lo que estaba viendo, joder!

Él, mientras tanto, se tomó su tiempo en analizarme con lentitud antes de regresar a mis ojos. Realmente esperé que también se sorprendiera. Pero ocurrió todo lo contrario. Sonrió sin perder su natural y condenada sensualidad, logrando que por un maldito instante me quedara embobada mirando su boca.

«Kathia, amiga, acabas de llegar al sótano de tu estupidez», me reprendí conteniendo un escalofrío. Sabía que, si hubiera visto mi expresión en un espejo, seguramente me habría vuelto loca.

Debía reaccionar y tratar de disimular aquellas emociones de pura atracción, así que le devolví una mirada de repulsa. A lo que él respondió ensanchando su sonrisa.

—¡Tú, maldito loco! —susurré impactada.

—¡Bienvenida al San Angelo, pequeña y revoltosa Carusso!  
Fruncí el ceño. El tono de su voz me recordó muchísimo al de Mauro.  
«Pero no puedo ser tan desgraciada, ¿cierto? No, ¿verdad?».

El tipo se alejó un poco de Laura y adoptó una pose atrevida al guardarse las manos en los bolsillos y torcer el gesto. Me devoró en el mayor de los silencios.

«Piensa en gatitos, Kathia. En pequeños gatitos, y en chocolate. ¡No, chocolate mejor no! Piensa en... cacahuetses, sí. Tú odias los cacahuetses». Mierda, me estaba fallando hasta el razonamiento.

—Debo decir que has superado mis expectativas. —Esa maldita voz, sugerente y cautivadora que tanto me molestaba—. El uniforme te queda de escándalo.

—Anda, cállate —interrumpió Daniela tapándole la boca. Quizá lo hizo para protegerme, pero en realidad era imposible escapar a la complicidad que había entre los dos—. La estás asustando.

—Ah, ¿sí? ¿Te estoy asustando, Kathia?

Lo ignoré y seguí a Daniela hacia el interior de la clase sin apenas darme cuenta de cómo llegamos a nuestro pupitre.

—¿Estás bien? Te has puesto pálida.

—¡Ese es el capullo que robó el taxi! —dije exaltada, señalándole.

«Mierda, viene hacia aquí. ¡Socorro!», exclamé en mi mente. «Tranquila, Kathia, hay demasiada gente. No creo que haga nada con tantos testigos de por medio».

Tomé asiento rápidamente.

—¿Cristianno Gabbana? —preguntó Dani, extrañada—. ¡Coño, lo sabía!  
—Chasqueó los dedos.

—¿Cristianno Gabbana?! —grité.

Cristianno

---

—¿Me llamabas?

Tomé asiento a su lado con la vista fija en un botón de su camisa que andaba suelto. Pude ver el inicio de su pecho.

Laura me miró desde el otro lado del cristal y me hizo un corte de mangas antes de entrar en su clase.

«*Ciao, bella*», pensé acercándome aún más a Kathia.

—¿Qué estás haciendo? —inquirió ella con voz ahogada.

Se había encogido en su asiento y llevado los brazos al pecho formando un escudo. Me acerqué un poco más hasta arrinconarla. No dejaba de observarme como si fuera un fantasma. No era que estuviera asustada, pero sí intimidada y sorprendida. Era demasiado divertida, y había encontrado en ella una extraña motivación.

—Todo tu cuerpo —lo dibujé haciendo un gesto al aire con las manos— me reclama.

Mauro contuvo una risa y Daniela resopló.

—¿Qué? Lárgate de aquí —masculló Kathia con aquellos labios carnosos...

«No pienses en cochinas, Cristianno. Ahora no».

—Es mi clase —carraspeé.

—Pues vete de este pupitre.

—Es mi sitio.

Ella miró a Daniela con ojos interrogantes.

—Es cierto... Es su sitio —dijo Daniela, con expresión de disculpa.

La verdad es que no me hubiera importado sentarme en otro lado, pero no tenía ninguna intención de alejarme, y a eso tampoco podía darle un motivo.

Kathia suspiró, seguramente, pensando que ya habíamos tenido demasiadas casualidades. Supongo que el destino quería unirnos, quizá hasta matarnos o devorarnos, quién coño lo sabía. Pero desde luego no iba a negarme a las oportunidades que me daba para hostigar a aquella chica.

—Mauro, ¿te importa sentarte con Dani? —Ni siquiera le miré, solo tenía ojos para intimidar a Kathia.

Estaba comenzando a divertirme. Muchísimo.

—¡No! Yo me sentaré con ella —protestó ignorando lo mucho que se acercó a mí.

El aroma de su piel me acarició los labios, provocándome un molesto escalofrío. Kathia quiso aprovechar mi desconcierto y trató de levantarse, pero se lo impedí y le guiñé un ojo. Esperaba que resoplara o que hiciera cualquier gesto de desesperación, pero no hizo nada. Solo me observó fijamente mientras apretaba la mandíbula. Me estaba desafiando, así que le concedí el placer aceptando el reto con una sonrisa.

—Soy Cristianno Gabbana. —Extendí una mano—. Me alegro muuucho de verte.

—Kathia Carusso —masculló aceptando, para mi sorpresa, el apretón de manos—. Yo no puedo decir lo mismo. ¿Te han comentado alguna vez lo exasperante y violento que eres?

—Continuamente.

Todavía unidos por nuestras manos, nos observamos. Ella intentado trasmitirme todo el odio que me tenía; yo tratando de comprender por qué demonios no quería alejarme.

Pero, así como me embargaron las dudas, estas de pronto se congelaron, y simplemente caí preso del contacto. Percibía las extrañas miradas de mis amigos y el típico murmullo de los compañeros previo al comienzo de la clase. Hasta dejé de escuchar y sentir nada, más que aquella temblorosa y suave mano.

Kathia tragó saliva y permitió que su mirada titubeara. Estaba diseñada para odiarme, pero le extrañó que pudiera haber más. Tal vez ella también notaba la misma absoluta energía que nos invadía como una fría caricia.

Fui yo quien se apartó coincidiendo con la llegada de la profesora de biología.

Debía controlar aquello como fuera y apartar toda posibilidad de adoptar emociones desconocidas. Así que decidí hablar.

—Buenos días, señora Sbaraglia —dije con sorna recostándome en el asiento—. Me alegra informarle de que tenemos una nueva alumna.

Kathia frunció los labios antes de enviarle una falsa sonrisa a la profesora.

—¡Oh, sí! —Se alegró la mujer—. Es cierto.

—Propongo que se presente. ¿Qué le parece?

Miré a mi nueva compañera de forma chulesca y comprendí por su gesto que, en efecto, me odiaba terriblemente.

«¡Perfecto! Un nuevo récord».

—¡Es una gran idea, Gabbana! —ratificó la profesora—. Kathia, querida, ¿por qué no vienes aquí para que todos tus compañeros puedan conocerte?

## Capítulo · 8

Kathia

---

Tomé asiento en la cafetería con un café bien cargado entre las manos. Esperaba que los treinta minutos de recreo me sirvieran para calmarme después de haber estado sufriendo la jodida presencia de Cristianno durante las tres primeras horas. Y mucho me temía que insistiría en las tres próximas.

Saqué mis apuntes de química y comencé a realizar unas fórmulas. En San Angelo iban un poco más adelantados que en el internado, así que debía ponerme al día rápidamente si quería mantener mis calificaciones. Pero no creí que pudiera conseguirlo estando junto a mis amigos.

—Me parece increíble —dijo Luca risueño—. Cristianno nunca se sienta con nadie que no sea Mauro. —Al parecer, sus otros amigos iban a otra clase—. Y de todas formas tampoco le gusta perder el tiempo puteando a la gente.

—Eso es cierto —corroboró Dani—. Él suele pasar bastante de todo. Es todo un misterio que se esté comportando así.

Intenté no distraerme con la conversación, pero no lo logré. Era muy difícil ignorar a alguien que no dejaba de molestar.

—Bueno, Kathia, dinos. ¿Qué pensaste cuando reconociste que era el «loco del taxi»? —añadió Luca provocando las risas de mis amigas.

Resoplé y puse los ojos en blanco. Estaba más que dispuesta a despotricar como una loca y de hecho quería empezar por el espantoso garabato con su nombre que me había dibujado en uno de los libros.

Pero de nuevo su presencia me robaba la voz.

Me quedé petrificada al ver cómo se acercaba hasta mi posición con total decisión y seguido por sus amigos.

Fui una estúpida al creer que pasarían de largo. Nada más lejos. Cristianno cogió una silla de una mesa cercana, la colocó justo a mi lado y tomó asiento de la manera más condenadamente sexy que había visto en mi vida. Apoyó sus codos sobre las rodillas entreabiertas y me contempló con el

gesto torcido.

Maldita sea, todo en él me provocaba. Entendí que, si me quedaba mirándole más tiempo del debido, perdería la cabeza.

«Lo que me faltaba, encima. Que empiece a gustarme un imbécil como él. ¡Jamás!».

Saludó a los demás dedicándoles su mejor sonrisa, que terminó cuando me miró a mí. Así que, como ambos reconocíamos la poca empatía que nos teníamos, pasé de él desviando la vista.

Su primo, Mauro, prácticamente se vio obligado a sentarse al lado de Erika, pero ella fingió no prestarle atención; se estaba haciendo la ofendida. Al mismo tiempo, otro muchacho alto y fornido acarició el cuello de Daniela haciendo que esta se estremeciera y cerrara los ojos. Cuando él tomó asiento, se observaron. Se dijeron millones de cosas sin que nadie pudiera escucharles. Era fácil percibir que allí había algo más que amistad.

El último de los cuatro, un muchacho menudo y risueño, fue quien mejor me cayó a simple vista. Parecía alegre y divertido, un buen chico. No me creía que pudiera ser amigo de Cristianno.

Se acercó hasta mí arrastrando su versión más rapera del uniforme. Era extraño que los profesores no le regañaran por llevar la indumentaria de aquella manera. Pero lo cierto era que tenía su encanto, y me parecía del tipo de chicos que enternecían.

—¡Kathia! —exclamó, dándome un fuerte beso en la mejilla que me dejó descolocada—. Soy Eric, ¿me recuerdas? Una vez te hice un dibujo de SailorMoon —añadió provocando la sonrisa de Cristianno.

Aparté un momento la vista de Eric para fulminar a su amigo con la mirada. Él alzó las manos negando con la cabeza, como si me tuviera miedo y quisiera protegerse. Seguía burlándose de mí, el muy canalla.

Volví a Eric. Por supuesto que le recordaba, era el menor de los Albori, una familia que también veraneaba con nosotros. Nos pasábamos las tardes enteras dibujando... Siempre que Mauro y el puñetero Cristianno no nos molestaran, claro estaba.

—¡Sí que me acuerdo! —exclamé dándole un pequeño abrazo.

Eso desató mis recuerdos sobre el joven fornido al que llamaban Alex. Era el mediano de los de Rossi, y alargó su mano para pellizcarme la mejilla en un gesto muy cariñoso.

—Me alegra que estés de vuelta —dijo.

—Gracias. Es agradable recibir algo de cortesía después del día que

llevo —repuse mirando de reojo a Cristianno.

Él suspiró y provocó que su rodilla tocara la mía. Intenté que no se notara mi sobresalto.

—Tampoco seas tan dramática —dijo apoyándose en la mesa—. ¿Sabéis que aquí nuestra nueva compañera tiene matrículas de honor y todo sobresaliente? ¡No sabe lo que es un notable! —Puso cara de fingido asombro.

Alex, Eric y Luca me observaron curiosos. Erika lo sabía de sobra y Dani y Mauro lo habían descubierto en clase a la par que Cristianno. Y es que la profesora Sbaraglia, aprovechando mi obligada presentación, había ido mencionando lo buena estudiante que era, acompañándose de vez en cuando de algún «¡A ver si aprendéis!».

—¿En serio?! Vaya, nena, podrías haberlo dicho —dijo Luca acariciando mis manos—. Me vendría bien alguna que otra clase extra.

Ojeé a Cristianno. Tenía intención de recriminarle, pero... De nuevo me invadía el frío y esa vez se transformó en un cálido estremecimiento que recorrió toda mi piel.

Por un instante, no vi ni oí nada más. Como si solo estuviéramos él y yo en aquella cafetería.

Cristianno deslizó su mirada hacia mis labios y entrecerró los ojos mientras apretaba la mandíbula. Yo solía descifrar a las personas enseguida, pero no podía hacerme una idea de qué se le pasaba por la cabeza.

Ese chico se me escapaba. Me contemplaba de una forma tan intensa que hasta me costaba respirar.

Traté de recomponerme e intenté hacer lo mismo.

Observé su cuerpo con parsimonia, como él había estado haciendo todo el día.

Era cierto que su físico incitaba a todo menos a pensar con cordura. Pero su maldito rostro era el que cualquier mujer vería en sus sueños. Y podía sonar exagerado, tal vez incluso lo era, pero no podía parar de pensar en su asombrosa belleza. En efecto, como cuando éramos niños, seguía siendo el más apuesto de los Gabbana, con diferencia.

Algunos mechones de su pelo azabache le caían sobre los ojos, algo que lejos de ocultarlos, los hacía más penetrantes. Su mirada azul zafiro, inmensamente clara y resplandeciente, embrujaba de tal forma que podía olvidarme de todo lo demás. Y para colmo sabía utilizarla, de igual modo que sus labios. Reposaban sobre una piel pálida y tersa.

Estaba fascinada por su atractivo y por un instante (uno muy pequeño) fui

incapaz de sentir el odio que me había despertado.

Cristianno se humedeció los labios con pausa antes de volver a hablar y romper la magia de aquel momento.

—Es toda una empollona. —Tocó mis apuntes sin que yo le quitara ojo de encima—. Quién lo diría... —Se acercó a mí con la intención de intimidarme, y lo consiguió, pero no quise demostrárselo—. En realidad, pareces una de esas modelos frías y vanidosas que se creen insuperables físicamente, pero que tienen el cerebro de un pez.

Quería ofenderme y dejarme en ridículo. No entendía por qué o en qué momento me había ganado su odio. El mío estaba justificado, casi me mata en aquel maldito taxi e hizo que pasara dos horas de mi vida encerrada en un calabozo.

Pero, en su caso, ¿cuáles eran las malditas razones?

Estaba irritada.

—La belleza no está reñida con la inteligencia. Y yo tengo la suerte de disponer de ambas —respondí casi pegada a su cara y me mordí el labio sabiendo que él no podría evitar mirar mi boca. Conseguí percibir una reacción que fluyó con impotencia y deseo—. Pero hablemos de ti. En tu caso la belleza te ha sido concedida... —Me levanté de la mesa, recogí mis apuntes y el café y añadí—: Pero la inteligencia brilla por su ausencia.

Al instante, sonó el timbre y Cristianno se irguió brusco, de modo que el café se derramó sobre mi camisa.

—¿En qué estás pensando?! ¡Tenías espacio suficiente para esquivarme, imbécil!

Con furia, tiré al suelo el vaso de cartón.

El poco líquido que quedaba terminó salpicando nuestros zapatos, pero él echó a caminar como si nada. Ni siquiera hizo el intento de disculparse.

Solté los apuntes y le seguí dando zancadas, completamente enfurecida. Le cogí del hombro obligándole a darse la vuelta. Mantenía su actitud arrogante, pero esta vez frunció el ceño y los labios. Estaba molesto.

Se apartó con un gesto déspota. Por primera vez en mi vida me vencía la sensación de inferioridad. Media cafetería observaba expectante y un tanto asombrada con que alguien tuviera valor de retar a un Gabbana. Pero a mí me importaba un carajo quién fuera, no iba a retractarme.

—¿Es que ni siquiera piensas pedir perdón? —pregunté inventándome una seguridad que no existía. Él suspiró y comenzó a negar con la cabeza, lentamente.

—Dudo que lo merezcas.

Pestañeé varias veces mientras digería lo que acababa de escuchar. Aquel tío dejaba de ser un imbécil para convertirse en el capullo más grande que había conocido.

—No solo te falta inteligencia sino también vergüenza.

Apretó la mandíbula y acortó la poca distancia que nos separaba con un decidido paso.

—Si no te hubieras interpuesto en mi camino no estarías aquí esperando una disculpa —susurró pegado a mi mejilla—. Créeme, no voy a dártela. Y con esta ya sería la segunda vez. Solo se pide perdón cuando es realmente necesario.

Su nariz rozó mi mandíbula.

—¿Crees que me acobardas con esa fachada de tipo duro, chulo y descarado? —Le aparté de un empujón—. No podrías estar más equivocado.

Cristianno se recuperó del traspié y volvió a atacarme.

—Lo único que sé es que eres una jodida jaqueca.

¿Cómo? ¿Acababa de llamarme jaqueca?

«Sí, eso ha dicho... Me cago en... ¡Maldito!».

—Repítelo si tienes pelotas.

—Por supuesto y además te lo diré de otra forma. Estás comenzando a crearme dolor de cabeza. —Habló como si yo fuera una niña de tres años.

—¡No lo tendrías si no hubieras metido tus narices en esta mesa!

Estaba más que dispuesta a darle una patada en los huevos, la distancia y las ganas me lo permitían. Pero Daniela me cogió del brazo y me apartó con suavidad.

—Para ya, Cristianno. Estáis llamando demasiado la atención.

El nombrado suspiró, sonrió a su amiga y le guiñó un ojo. No comprendía cómo demonios lograba Daniela llevarse así de bien con él. Parecía incluso tener la habilidad de dominarle.

Asqueada y muy indignada, me alejé de ellos y salí de allí a toda prisa. Necesitaba unos minutos a solas antes de entrar en clase. Así que subí al segundo piso, recorrí el pasillo y salí a las escaleras de emergencia en busca de un poco de aire.

Siendo honesta tenía ganas de llorar y probablemente lo hubiera hecho de no haber sido porque alguien me había seguido. Escuché la puerta cerrarse justo cuando miré. Pensé que sería Erika o Dani, pero me encontré con la presencia un poco tímida de Mauro Gabbana. Llevaba una camisa pulcramente

doblada entre las manos.

—¿Estás bien? —preguntó vacilante.

—¿A ti qué te parece?

—Que no.

Al tomarme un instante en mirarle con detenimiento, descubrí que sus intenciones eran quitarle hierro al asunto.

—No me malinterpretes, Mauro, pero ahora mismo no quiero hablar con nadie que tenga el mismo apellido que ese capullo —confesé—. Y créeme que no me voy a mi casa porque tendría que dar muchas explicaciones, pero... si por mí fuera, ahora mismo desaparecería.

—¿Te vale si me disculpo en su nombre?

—No y tampoco es que haya nada que disculpar. —Y en todo caso no era él quien debía hacerlo—. Existen muchos tipos de personas, y tu primo pertenece al grupo de los cabrones integrales. Eso no se puede controlar y mucho menos cambiar.

Mauro sonrió de un modo tan lindo que terminó por contagiarme. Levantó una mano y rodeó mis hombros.

—Te traído una camisa para que puedas cambiarte. No es buen plan ir por ahí manchada de café.

Acepté la prenda conmovida por el gesto y enseguida me dirigí al baño para cambiarme. Al salir, pensé que Mauro ya no estaría, pero me equivoqué. Se había apoyado en la pared de brazos cruzados y esperaba tranquilamente.

Le di un toquecito en el hombro al que me respondió con una sonrisa.

—¿Vamos a clase?

—Qué remedio...

—Te prometo que lo controlaré.

Estábamos a punto de cambiar de pasillo, cuando de pronto Erika se acercó a nosotros bastante enfurecida.

—¿Qué estabais haciendo? —aseveró.

Fruncí el ceño. ¿Qué demonios estaba insinuando?

—He ido a buscar a la nueva. ¿Algún problema? —Mauro le desafió con rudeza. Algo que ella no recibió bien.

—Erika... —Traté de detenerla, pero ella me esquivó.

—Va a empezar la clase...

—Menuda mierda de día, joder —pensé en voz alta observando cómo mi mejor amiga entraba en su aula.

## Cristianno

---

—Te has pasado —me reprendió Daniela al tomar asiento en nuestros pupitres.

Yo había regresado a mi lugar de origen, junto a Mauro. Era lo menos que podía hacer y tampoco tenía ganas de compartir demasiada cercanía con la Carusso.

—¿Tú crees?

—Sabes que sí.

Por supuesto que lo sabía. Pero...

—Me saca de quicio.

—Sea como sea, deberías tratar de controlarte —susurró Daniela apoyando su mano en la mía—. Es su primer día, no se lo pongas más difícil. Y además tú no eres así.

—Tampoco es que quiera caerle bien —admití.

—Cristianno.

—De acuerdo. Lo siento.

—No es a mí a quien deberías pedir disculpas.

—Ah, no. Entre arrogantes anda el juego, Ferro.

Un juego al que no le había puesto nombre e ignoraba por completo las reglas. Pero me había propuesto jugar sin preguntarme por qué. Simplemente me nacía una necesidad tan visceral como incontrolable. El regreso de la Carusso no le había sentado bien a mi cordura.

—Creo que has encontrado la horma de tu zapato —se mofó consciente de la amable soberbia de Kathia.

—Pues aprieta que no veas.

—Los misterios del destino.

—Espero que no... —Más me valía, joder.

Sin embargo, supe que había perdido el juego nada más empezar la partida en cuanto vi a Kathia entrar en la clase junto a Mauro.

## Kathia

---

Cuando escuché el último timbre del día, recogí mis cosas aprisa y salí del aula a toda hostia. No soportaba permanecer un instante más en aquella

clase, así que lo mejor era desaparecer cuanto antes.

La pobre Daniela me siguió arrastrando su cartera a medio cerrar.

—¡Espera! —exclamó al alcanzarme—. Chica, qué veloz.

—No quiero compartir ni un minuto más con Cristianno.

—Pues todavía te queda medio curso.

—Pienso pedir un traslado de clase.

—Vamos, tranquila.

Se aferró a mi brazo y trató de consolarme con un bonito arrumaco más típico de las amigas de infancia que de personas que se acaban de conocer.

—En realidad, Cristianno no es tan capullo como crees.

Puse los ojos en blanco, acomodándome en el contacto de mi compañera.

—Habla por ti. Cada vez que nos vemos, siento como si una bomba estuviera a punto de estallarme en las manos, y eso es súper incómodo, ¿sabes? Es muy difícil estar cerca de él. Ya ni te cuento si se sienta a mi lado.

Dani se quedó pensativa mientras bajábamos las escaleras. No vi a Erika ni a Luca; seguramente ya estarían abajo.

—Es cierto que todo esto es muy extraño. Él nunca se había comportado así con una chica... —comentó como si siguiera una conversación con ella misma—. No es alguien que se ande con rodeos. Si le gusta alguien, lo dice y después... Bueno, después...

—Después se la lleva a la cama, ¿no es así? —Terminé por ella—. Supongo que ni siquiera hay primera cita. No le imagino siendo cortés y amable.

—Con Cristianno las cosas no funcionan así, es diferente. No se compromete. Nunca ha tenido novia y tampoco quiere tenerla. Eso lo saben todas las chicas del instituto.

La miré incrédula. En realidad, no terminaba de comprenderla. No entendía muy bien a dónde quería llegar.

—¿Qué intentas decirme, Dani?

—Pues... que es raro que Cristianno te esté molestando. Él pasa de esas cosas. Es el antipopular, ¿entiendes?

¿Yo era la excepción? ¿Una puñetera anomalía o qué?

Contuve el aliento.

—¿Crees que trama algo? —pregunté.

—Es capaz de cualquier cosa, así que no me extrañaría. —Entrecerró los ojos—. Está claro que tú eres diferente, Kathia.

Arqueé una ceja antes de que se acercara a mí con una sonrisa tímida. Me

miró meditabunda y tomó aire antes de volver a hablar.

—Mira, Kathia... Conozco a Cristiano mejor que a nadie. Sé de sus rollos, de sus peleas, de sus problemas... Lo sé todo de él y de sus amigos porque son los míos, además de las personas más increíbles que he conocido nunca... —Lo explicó todo arrastrando un dulce toque de nostalgia—. Pero, aunque no tenga ni la menor idea de por qué se está comportando así contigo, tampoco creo que él lo sepa.

Desvié la mirada, indecisa. No conocía a Daniela, pero lo último que necesitaba era hacerla sentir incómoda con mis batallas contra su mejor amigo, porque era más que evidente que se querían. Realmente aspiraba convertirme en alguien tan importante en su vida como lo era el Gabbana.

—Lo siento, Dani. —Acaricié su brazo y agaché la cabeza—. No quería importunarte con mis tonterías.

—Pero ¡¿qué dices?! ¡No estoy enfadada! Mierda, perdóname si te he dado esa sensación, no era mi intención. —Me agarró antes de darme un beso—. Solo intentaba ayudarte. Ese capullo nos está volviendo loca a ambas.

Nos reímos abiertamente, hasta que ella frunció el ceño y se llevó un dedo a los labios.

—A menos que...

—¿Qué? ¿Qué pasa? —pregunté sobresaltada.

Su sonrisita juguetona me desquició un poco. Daba a entender infinidad de cosas, y todas ellas asustaban.

—Te diré una cosa y espero que no te moleste. —Humedeció sus labios—. Te he estado analizando...

—No sé muy bien cómo tomármelo.

—De ninguna manera. Solo digo que me recuerdas a él. Bueno, en realidad sois exactamente iguales, pero en versión femenina y algo menos chula. ¿Tendrá eso algo que ver?

«¡¿Iguales?! Joder, lo que me faltaba, parecerme a ese capullo», pensé.

—¡Venga ya! —le dije espantada.

Daniela soltó una carcajada. Ni siquiera nos dimos cuenta de que habíamos llegado a la entrada del colegio.

Bajé las escaleras y salí al patio exterior donde me despedí de mis amigas. Erika continuaba seria, pero decidí llamarla después para hablar con tranquilidad. Le guiñé un ojo antes de ver a Valentino apoyado en uno de sus impecables coches. Vestía unos vaqueros y un polo blanco que marcaba cada músculo de su cuerpo.

Pestañeé sorprendida cuando mi prima pasó por mi lado.

—¡Qué tierno! Valentino ha venido a recogerte —se mofó con voz de estúpida malcriada—. Es una pena que no sepas complacerle.

La miré y forcé una sonrisa.

—¡Qué lástima! Me prefiere a mí en vez de a ti. Así que algo tendré que le complazca, ¿no crees?

Me marché caminando con paso firme. Giovanna vivía enamorada de Valentino desde hacía unos años, pero, por lo que sabía, no había logrado nada serio con él. Así que mi comentario le tenía que haber hecho daño.

«Te aguantas, pequeña víbora», pensé.

Ciertamente no tenía ni una pizca de ganas de cruzarme con el Bianchi. Pero encontré un motivo muy sustancioso. Vi a Cristianno al final del jardín. Hablaba con Mauro y Eric tras haber despedido a Alex y Daniela, que se habían ido juntos.

El Gabbana me envió una mirada severa e intensamente enigmática. Seguía parlotando, pero su interés estaba sobre mí. Los metros que nos separaban no fueron suficientes como para bloquear su intenso y acusador análisis.

Suspiró y se quitó la chaqueta del uniforme con cierta furia. Para él, un ademán típico; para mí, un gesto de lo más excitante. La cintura del pantalón se le ceñía a la cadera y marcaba sus piernas.

¿Por qué demonios estaba tan bueno?

Llegué al vehículo donde Valentino me esperaba con una encantadora sonrisa.

—¡Hola! ¿Cómo tú por aquí? —dije mientras él me cogía de la cintura y me daba un abrazo propio de las parejas de enamorados.

Además, nosotros solo éramos conocidos. Apenas habíamos tenido trato, y Valentino ya se tomaba ciertas confianzas. Me incomodaba bastante. Pero a Cristianno parecía que también; pude ver cómo se mordía el labio molesto con la idea de verme en brazos de Valentino.

«¿Será que le atraigo lo suficiente?». Sonreí perversa y decidí estirar el momento.

Dejé caer la cartera y rodeé el cuello de Valentino con lentitud. Este cerró los ojos y me dio un beso en la mejilla.

—Quería darte una sorpresa. ¿Te apetece que comamos juntos? —me propuso, resistiéndose a soltarme. Cristianno ya había desaparecido de mi campo de visión.

Era demasiado tarde para volver atrás, le había utilizado para molestar al Gabbana, así que no me quedó más remedio que acceder a la invitación.

Me monté en el coche y bajé la ventanilla. Valentino, mientras tanto, arrancó el motor y la música de su reproductor saltó donde la había dejado al parar el vehículo. Sonaba una de las famosas canciones de Shakira.

—¿Te gusta Shakira? —Alcé las cejas, incrédula.

—No más que tú.

Forcé una sonrisa que cerca estuvo de provocarme un cortocircuito. Pero tampoco quise darle más importancia de la debida, y desvié la vista hacia la calle al tiempo que el rugido de un motor inconfundible llamaba la atención de todos.

Avisté la silueta de un Bugatti Veyron negro y, no sé por qué, pero supe que al volante de esa maravilla se hallaba Cristianno.

No tardó en colocarse a mi lado mostrando una vez más aquella mirada tan impresionante como inescrutable. Un cigarro colgaba de sus labios enfatizando su postura chulesca.

«¿Y yo soy la que dice que jamás podrá gustarme este cretino? ¡Mierda, estoy jodida!».

—¡Rabiosa! —exclamó mientras echaba la cabeza hacia atrás y empezaba a mover los hombros de un lado al otro. Ni siquiera el cachondeo restaba sensualidad a sus movimientos, perfectamente acompasados con la melodía—. Dime, Kathia, ¿me morderías la boca?

Un extraño fuego a medio camino entre el odio y la excitación me recorrió el cuerpo. Se instaló en mi vientre y me provocó un temblor que me llevó a mirarle encolerizada.

—Tendrás que descubrirlo tú mismo —mascullé.

¡Maldita sea! Fue imposible no imaginar la situación. Por supuesto que quería, joder. Entre otras muchas cosas. Todas ellas demasiado calientes, que me dejaban al borde del precipicio.

«¡Estoy loca! Esto no puede ser. ¡Mándalo a la mierda, Kathia! Es un imbécil», me decía a mí misma tratando de poner cordura a mis pensamientos.

Mauro comenzó a aullar desde el asiento del copiloto. Se estaba divirtiendo.

—Bianchi, deberías saludar, ¿no crees? —dijo Cristianno.

El nombrado se echó para adelante y le lanzó una mirada iracunda, pero Cristianno siguió mofándose. Ya había oído que ellos dos se odiaban, pero no me imaginé que uno de sus piques me pillaría a mí en medio. Teniendo en

cuenta cómo se las gastaba el «loco del taxi», deseé locamente salir de allí.

—Eres demasiado iluso, Gabbana.

Cristianno apretó el acelerador retando a Valentino. Al menos eso parecía cuando el Bianchi le imitó. Le miré con los ojos abiertos de par en par. La risa de Mauro llegaba clara. Al parecer, él sabía quién iba a ganar aquella extraña competición; confiaba en su primo casi tanto como en aquel pedazo de coche.

—Ni se te ocurra, Valentino —le pedí algo timorata. Eran vehículos muy potentes y la calle muy estrecha.

—Haznos un favor a los dos y ¡cállate! —gritó acelerando.

No me dio tiempo a enfadarme por el comentario. Me estampé contra el asiento antes de ver cómo Cristianno nos adelantaba magistralmente antes de salir disparado.

Valentino tuvo que frenar y comenzó a maldecir una y otra vez mientras el Bugatti negro se perdía rugiendo como solo él podía hacerlo.

—¡Joder!

Curiosamente, sonreí para mis adentros. Sin saber muy bien por qué, me alegraba que Cristianno hubiera ganado aquella tonta competición.

## Capítulo · 9

Cristianno

---

Había decidido pasar de Kathia y de hecho lo logré durante un par de días. Pero, cuando el jueves aparecí en el pasillo del instituto y la vi apoyada en la pared hablando con Giulio, me entraron ganas de...

—¿Estoy viendo bien? —gruñí por lo bajo.

—Mierda, le ha faltado tiempo al muy hijo de puta —masculló Alex.

Respiré hondo y convertí mis manos en puños. Los chicos enseguida leyeron mis intenciones, y entre sus propósitos no estaba detenerme. Así que pude acercarme a Kathia y Giulio caminando con total libertad mientras fijaba mi atención en las preciosas piernas de la Carusso. Esa vez, las medias le ocultaban las rodillas y hacían más espectacular el inicio de sus muslos. Lástima que aquella puñetera falda tapara lo más interesante.

La niñata se había propuesto amargarme la vida llevando el uniforme de aquel modo. Pero eso no debía ser lo importante.

«Tengo que alejar a ese canalla de Kathia...».

Mientras tanto, ella, toda inocente y dulce, se atusó su bonita coleta alta y jugueteó con las puntas ajena a que yo me acercaba.

Me encargué de tocar su hombro al apoyarme justo a su lado.

«Veamos cómo salgo de esta».

—Dice mucho de ti que la primera semana de clase ya estés coqueteando —sonreí, desviando la mirada hacia su pecho.

Humedecí mis labios, expectante por la contestación. Si algo sabía hacer Kathia (aparte de ponerme muy, pero que muy cachondo) era ser ingeniosa a la hora de hablar.

—¿Qué insinúas? —preguntó entre dientes, desviando el rostro hacia mí hasta rozar mi frente con la suya.

Dios, estábamos muy cerca. Tanto que podía sentir su aliento apresurado sobre mis labios.

Forcé una sonrisa. Dijera lo que dijera, ya había logrado captar su

atención y apartar a Giulio de ella. Ahora debía mantener el ritmo. Si había dado pie a un enfrentamiento, tenía que resolverlo. Así me aseguraría de zanzar el coqueteo entre ese monstruo y Kathia.

—Estoy diciendo que te pueden confundir con una chica... fácil. Pero, vaya, si lo eres no tienes de qué preocuparte.

Ambos sabíamos que no lo era, estaba más que claro. No debía confundirse ser descarada y atrevida con ser una fulana. Pero de eso iba el juego. Tenía que cabrearla y centrar su atención en mí.

—¡Serás capullo! —exclamó antes de tirárseme al cuello.

Le permití un par de empujones hasta que la cosa pasó a los arañazos y la tentativa de mordiscos. Entonces, la esquivé cogiendo sus brazos y girándola. Su espalda impactó con fuerza en mi pecho y los dos nos estampamos contra la pared.

—¡¡¡Suéltame!!! —gritó mientras los demás alumnos se iban agolpando a nuestro alrededor.

—Así que también eres histérica, ¿eh? Además de exagerada —le susurré al oído—. Tienes el lote completo, Carusso.

La solté en cuanto vi al señor Peruzzi, el profesor de matemáticas. Ella tropezó con el hombre.

—¿¿Qué es lo que está ocurriendo aquí?!

—Este niñato me ha insultado delante de todo el mundo. ¡Me ha llamado zorra! —dijo sin poder retener su desconcierto.

—¡Eh, eh! He dicho fácil, chica fácil. No tergiverses.

No era momento de explicarle por qué lo había hecho. Quizá algún día tuviera ocasión de hacerlo, pero por ahora Giulio no volvería a acercarse a ella. No lo permitiría.

—¡Es prácticamente lo mismo!

—Los dos al despacho, ahora.

—¡Pero yo no he hecho nada! —protestó.

—¡He dicho ahora, señorita Carusso! —repitió el profesor Peruzzi—. Y en silencio. ¡Los demás, a clase!

Kathia

—

Iba caminando aprisa y enfurecida por el pasillo. Sabía que Cristianno

me seguía, pero era prudente. Si se me ponía a tiro, acabaría matándole. ¡Estaba viviendo la misma situación de nuevo!

¿Por qué hacía esas cosas? Daniela me había dicho que era extraño que se comportara así con las chicas. ¿Qué tenía yo de especial, maldita sea? Si no me soportaba no tenía más que ignorarme, justo como llevábamos haciendo los últimos días.

Era cierto que nos veíamos hasta en el recreo debido a que compartíamos amigos, pero apenas nos mirábamos o nos dirigíamos la palabra. No teníamos ningún tipo de contacto. Nada. Cero. Y habían sido unos días tranquilos.

«Hasta ahora...».

Cristianno terminó alcanzándome y caminó a mi lado. Tenía las manos en los bolsillos y me observaba de reojo; por suerte, sin sonreír. Ya lo había hecho demasiado en lo que llevábamos de mañana.

Intenté controlarme apretando los puños, pero ni por esas. Al terminar de bajar las escaleras, me sobrevino un fuerte escalofrío y salté sobre Cristianno. Tropezó, pero supo mantenerse, y se volvió hacia mí con seriedad.

Me observó durante unos segundos antes de coger mis muñecas y empujarme contra la pared. La inercia hizo que su nariz rozara la mía. Pero no se apartó, y extrañaba aún más su respiración. Surgía entrecortada de sus labios e impactaba en los míos. Fue una sensación muy cercana al beso.

Noté como mi cuerpo perdía las fuerzas cuando dejó caer sus manos por mis brazos. Sus dedos rozaron mi cintura. Podía retirarme, escapar, sabía que él no lo impediría. Pero me quedé allí, muy quieta, sintiendo la electricidad que nos envolvía y la incomodidad que me produjo desear una maldita caricia suya.

—¿No piensas apartarte? —mascullé bajito.

—No... —susurró él—. Podría haber seguido con normalidad. Pero tú has querido esto.

Debía admitir que conociendo la impetuosidad del Gabbana, un ataque podía terminar de esa manera.

«Por tanto, soy quien ahora tiene la culpa...».

—Yo no quiero nada que venga de ti.

Cristianno sonrió con cierta nostalgia.

—En un futuro no muy lejano, muy probablemente me agradecerás lo que ha pasado hace un momento.

Terminé apartándole de un empujón.

—Sin embargo, ese futuro todavía no ha llegado. Así que ahora lo único

que quiero de ti es verte desaparecer. —Retomé el camino hacia la secretaría notando su mirada penetrante tras de mí.

El director solo nos dio dos alternativas.

La primera: expulsión.

La segunda: una semana sin recreo haciendo un trabajo de cincuenta folios para la clase de física. Compartido.

Resultado final: Castigada.

Pero, al parecer, yo era la única preocupada. A Cristiano no parecía importarle optar por la primera alternativa, seguramente por lo acostumbrado que estaba a que le expulsaran.

Para mi desgracia, terminó aceptando el trabajo de física.

### Cristiano

—¿Vas contarme de una vez qué te ronda por la cabeza? —preguntó Mauro antes de coger el café que le tendía la camarera.

Me habían concedido unos pocos minutos para comer algo antes de encerrarme con Kathia en la maldita biblioteca durante todo el recreo.

Justo entonces me di cuenta de que ella insistía en mirarme como si quisiera verme atrapado en un edificio en llamas. Durante las clases había hecho lo mismo. Motivo suficiente para desear plantarme frente a su bonita cara y decirle que nada de lo que estuviera pensando podría conseguirlo. Estaba harto de que se creyera capaz de enfrentarse a mí, de que me desafiara. No había dejado de hacerlo desde el primer momento, joder.

¿Por qué coño me miraba de aquella forma? ¿No se daba cuenta de que me enfurecía? Seguramente sí y por eso lo hacía.

—No me pasa nada, Mauro. Me voy, tengo que hacer un jodido trabajo de física —expliqué intentando esquivar más preguntas.

La biblioteca. El trabajo. Los dos solos. Eso era más de lo que podía soportar.

—Te importa una mierda ese trabajo. —Mauro se interpuso en mi camino anteponiendo su café.

Kathia seguía cada uno de mis movimientos. La miré frunciendo los labios y supe que fue un error en cuanto mi primo siguió la dirección de mi mirada.

—¿Qué ocurre con ella? ¿Qué te está pasando, Cristianno?

—Ya lo sabes. Estaba con Giulio...

—Sí, es cierto, lo sé —me interrumpió—. Y estoy completamente de acuerdo con lo que has hecho. Pero esa no es la respuesta adecuada a la pregunta.

Si alguien sabía soltar verdades como puños, aunque jodiera, ese era Mauro.

—¿Qué quieres oír entonces? —Le planté cara.

—La verdad. ¿Qué te pasa con Kathia Carusso?

—No lo sé.

Fui sincero. No sabía qué me estaba ocurriendo. Aquella niña me estaba volviendo loco. No hacía falta que hablara, ni siquiera que me mirara, para sentirme atraído como si fuera un imán. Me absorbía y dominaba y no me gustaba nada esa sensación. Era incontrolable y muy exasperante.

—Es evidente que te pone... y mucho —añadió con sorna.

—Lo que tú digas —dije haciendo una mueca.

—¡Me lo contarás, compañero! ¡Incluso antes de que tú mismo lo sepas!

—¡Que te den!

En el fondo, sabía que llevaba razón. Había estado con bastantes chicas, me había acostado con todas ellas. Pero ninguna me había descontrolado tanto como lo hacía Kathia; mucho menos sin tocarme. No, ninguna era como ella.

Su forma de caminar, la manera que tenía de pasarse la lengua por los labios antes de hablar, cómo se retiraba el cabello, su mirada color plata, el modo en que llevaba el uniforme, su maldita sonrisa...

Maldita sea, le habría hecho el amor un millón de veces, de un millón de formas, en cualquier lugar. No sería simplemente follar. Ella me suscitaba algo más que eso. Y, aun así, supe que no tendría suficiente, que necesitaría mucho más. Necesitaría que me lo entregara todo. Absolutamente.

Odiaba anhelarla de aquella manera tan urgente.

Y solo era el principio.

¿Qué me estaba sucediendo?

«Maldita niña engreída. Podría haberse quedado en el internado», me dije. «De lo contrario, no estaría perdiendo la puta cabeza».

Kathia

—

Cristianno salió de la cafetería sin quitarme los ojos de encima. Se me hacía un nudo en la garganta de pensar que compartiría tiempo a solas con él.

El profesor Peruzzi me miró y me hizo señas para que fuera a la biblioteca. Suspiré resignada.

—Bueno, chicas, os dejo...

—Qué fastidio —se quejó Luca.

«Dímelo a mí», pensé.

—La culpa la tiene ese insensible al que adoráis.

Era cierto que mis amigos adoraban a Cristianno. Por supuesto, Luca estaba loco por él, pero también tenían muy buena relación. Me extrañaba que un chico como él protegiera y tratara de una forma tan sensible al Calvani. Tal vez sí que tenía algo de corazón, aunque no lo utilizara conmigo.

Daniela se echó a reír. Era la cuarta vez en solo cinco minutos que mencionaba a Cristianno. Aquello comenzaba a ser preocupante.

—Espera, te daré algo que te ayudará —me dijo sin dejar de chupetear el caramelo que tenía en la boca.

Abrió su cartera y rebuscó entre los libros. Cogió una libreta naranja donde había una foto de todos ellos como portada. Estaban abrazados y tirados en la hierba de algún parque. Erika besaba a Mauro en la mejilla; Luca sentado sobre el regazo de Cristianno con la mano apoyada en el hombro de Eric, que sonreía a la cámara con las piernas cruzadas; Daniela tenía los brazos de Alex rodeando su cintura. Se les veía felices.

Noté sus miradas sobre mí, y es que me había quedado pasmada observando aquel recuerdo.

—Fue en el cumpleaños de Cristianno, el año pasado —dijo Erika—. Ahora faltas tú, así que tendremos que obligarte a posar junto a él.

Forcé una sonrisa detectando su artificial comentario. Me pareció que no le gustaba tanto la idea que acababa de proponer.

—Y lo más difícil de todo, tendrás que sonreír —añadió Luca.

—No creo que lo consigáis —bromeé.

—Bueno, el cumpleaños de Cristianno es en julio. Aún quedan unos meses para que cambies de opinión sobre él —sentenció Daniela, soltando el dato como si nada—. Bien, aquí están todos los apuntes de física que necesitas.

—Muchas gracias, Dani. —Le di un beso antes de guardar la libreta en la cartera.

Me despedí de todos y me dirigí a la biblioteca, toda alicaída. Al entrar allí, no encontré a nadie, tan solo a la encargada, que ni siquiera me saludó. Me indicó que tomara asiento con la mirada y un dedo tieso. Dejé la cartera sobre la mesa y me acerqué hasta ella. Por el momento, no había señal de Cristianno.

—¿Dónde están los libros de física? —susurré por inercia.

—Final del pasillo a la derecha. —Sí, existían personas tan estúpidas como ella.

—Muy amable.

Seguí sus indicaciones y me adentré entre las estanterías. Comencé a mirar sin saber muy bien qué buscaba. En realidad, solo quería estar sola un rato y poder despejarme. Habían sido unos días muy duros para mí, todavía tenía que adaptarme y reponerme del viaje. Era una vida muy diferente a la que llevaba en el internado, mucho más frenética. Si no hubiera sido por mis amigos y Enrico, habría deseado volver a Viena.

«Aunque Cristianno...». Negué con la cabeza. Estaba empezando a desarrollar un instinto un tanto perturbador.

Absorta en mis pensamientos, ni siquiera oí la puerta y los pasos que se me acercaban. Segundos después, noté un escalofrío en la espalda y tragué saliva. No quise girarme. Me quedé muy quieta esperando a ver qué ocurría.

Desando que fuera...

«Cállate. Deja de pensar en él, atontada».

Una mano se acomodó suavemente en mi cintura. Contuve la respiración un instante sin saber que volvería de forma entrecortada y agitada. Cristianno apartó mi cabello, acariciando mi nuca con la punta de sus dedos, y se acercó aún más. Tanto que pude percibir el calor de su pecho.

—Eres tú la culpable de que me comporte de este modo. —Aquel susurro vagó por mi cuello.

Me topé con su pecho al girarme de súbito. Sus ojos se clavaron en los míos con gran intensidad. Permanecía serio, más de lo que había visto en anteriores ocasiones, más de lo que me esperaba.

—¿Por qué? —pregunté bajito.

Se acercó hasta mi mejilla, vacilante, y acarició mi piel con sus labios. Solo durante unos segundos. Cristianno estaba perdiendo la cabeza con la misma rapidez que yo. O al menos eso quise creer.

—Ni yo mismo lo sé.

Quiso marcharse, pero instintivamente le retuve. Tiré de él con tanta

fuerza que terminamos estrellándonos contra la estantería. Colocó los brazos a cada lado de mi cabeza y me engulló con la mirada.

—Si me detienes es porque necesitas algo... —mencionó. Su rostro a pocos centímetros del mío—. Adelante y di lo que sea.

—Yo... —Era el momento.

—Tú...

«No mires su boca, Kathia, y céntrate en lo que quieres decirle...», me ordené mentalmente.

—Te pido que... que dejes de... molestarme. —Traté en vano de sonar confiada—. Creo que... si hacemos el esfuerzo, podríamos... llevarnos bien.

Sonrió incrédulo.

—¿De verdad lo crees? ¿Tú y yo?

—Sí...

—Déjame decirte que yo no estoy tan de acuerdo, Carusso.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que tanto odias de mí? —De algún modo me molestó encontrarme con que me detestaba.

—Yo no te odio...

Maldita sea, sentí alivio. Pronto se convirtió en una ardiente emoción cuando le vi acercar una mano a mi mejilla. Temblé a la espera de una caricia que no llegó, porque alejó sus dedos con resignación.

—Simplemente creo que tú y yo jamás podríamos ser amigos. Es imposible... que te vea de esa forma. Aunque lo quiera. —Terminó mirando mis labios.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Evitarnos...

Nos miramos con fijeza, deseando cosas que ninguno de los dos entendíamos y, mucho menos, estábamos dispuestos a admitir.

A continuación, se marchó dejándome con el deseo ardiendo en mi pecho.

Llevaba razón. Nunca podríamos ser amigos. Siempre habría algo que reprocharnos, algo que nos excitara, cualquier excusa que nos lanzara uno a los brazos del otro, para bien o para mal. Lo que fuera que tuviéramos, nunca podría resolverse como una amistad cualquiera.

Entre Cristianno y yo existía esa energía imposible de ignorar. La misma capaz de enredarse a nuestros tobillos y arrastrarnos por un precipicio sin fin. Caer no era lo peor que podía ocurrir. Sino ignorar qué tan hondo era el abismo.

La pregunta era: ¿estaba dispuesta a caer?

«Yo creo que ya he empezado...».

## Capítulo · 10

Cristianno

---

Recorrí el aparcamiento con la voz de Eric tras de mí explicándonos algo sobre una chica de primero. En realidad, no le gustaba demasiado, pero sí lo suficiente como para tener algo con ella más allá de los besos.

A Luca, sin embargo, no le hizo gracia que nuestro gran amigo estuviera tan entusiasmado. Un entusiasmo que, por cierto, me parecía algo exagerado. A mí no me la daba, yo sabía que Eric sentía algo por Luca, aunque se empeñara en fingir.

Alex le dio algunos consejos sobre cómo lanzarse a por todas y le animó a que quedara con ella para conseguir estrenarse, al fin.

Llegué a mi moto y lancé la cartera sobre el sillín. Estaba lloviznando y pronto caería una buena tormenta. Pensé que hubiera sido mejor traer mi coche.

Al girarme, vi que Mauro se acercaba discutiendo con Erika.

Tras ellos, Daniela tarareaba una canción. Alex se puso tenso en cuanto ella le miró por debajo de su flequillo negro. Esos dos llevaban demasiado tiempo reprimiéndose. Parecía no llegar nunca el día en que ambos se atrevieran a declararse.

Suspiré y sonreí antes de darme cuenta de que Kathia no estaba con ellos. Inesperadamente me tensé, pero, por suerte, pude disimularlo apoyándome en la moto, cruzado de brazos.

Sentí la urgencia de saber dónde estaba.

—Creo que os habéis olvidado a la «jaqueca» —bromeé mientras Luca se colocaba a mi lado.

—No la llares así. —Daniela me dio un pequeño palmetazo en el brazo.

Era increíble lo bien que había encajado con Kathia. Erika llevaba casi un año en el grupo y no habían terminado de intimar. Siempre había creído que Luca era quien mantenía la relación entre ellas. Pero con la Carusso era muy diferente. Verlas a las dos resultaba algo natural, como si llevaran toda la vida

juntas.

—Se ha ido con Valentino —anunció sabedora de lo mal que me caería el comentario.

Quería indagar más. Así que la cogí de la mano y la arrastré hacia un lado; ella soltó un pequeño grito a modo de broma. La rodeé con mis brazos y la abracé mientras sentía su risa pegada a mi hombro. Adoraba a esa niña. Era como la hermana que nunca tuve, y ella lo sabía desde que éramos niños. Fue la única chica de nuestro grupo hasta que descubrimos que Luca era una más, y bien alocada.

—¿Cuándo se ha ido? —le pregunté sin separarla de mis brazos. Nadie se estaba dando cuenta. —Hace unos minutos. Esta tarde vendrá a estudiar a la biblioteca. Sobre las seis o las siete. Sé bueno con ella, ¿quieres? —Se apartó de mí unos centímetros, pero no me soltó—. Dímelo...

—¿El qué? —Fruncí el ceño.

—No te hagas el loco. —Pellizcó la punta de mi nariz. Risueño, desvió un poco la mirada—. ¿Ha llegado el día?

—¿Puede? ¡Ah, deja de tirarme de la lengua! —exclamé despeinándola, y ella volvió a abrazarme—. Te prometo que cuando lo averigüe serás la primera en saberlo —le susurré al oído.

—La primera no. Mauro siempre se adelanta.

Luca se acercó a nosotros.

—¿Qué cotorreáis?

—Nada. Le decía a Cristianno que debería aprender de Kathia. —Su mirada se dirigió a Luca, pero enseguida volvió hacia mí para añadir—: Tú también estás castigado.

—Lo sé, pero ¿cuándo me ha importado? —comenté mientras subía a mi moto—. Me voy, nos vemos luego.

—

Eran casi las ocho de la tarde y aún estaba decidiendo si ir o no al colegio. En realidad, no tenía motivos para aparecer por allí, pero me moría de ganas de hacerlo.

Repantigado en mi cama, había llegado incluso a mantener una ilustrativa conversación con mis partes bajas. Estas, todas desvergonzadas, se habían armado al recordar los labios entreabiertos de Kathia durante nuestro encuentro en la biblioteca. Me había prometido a mí mismo que esa niña no

destrozaría mi sentido común, pero estaba logrando el efecto contrario.

Súbitamente, salté de la cama, abandoné la habitación y me lancé escaleras abajo. Cogí mi moto y salí de la Fontana di Trevi sintiendo la lluvia mientras el maldito nombre de Kathia latía en mi pecho.

¿Por qué demonios ocupaba todos mis pensamientos? ¿Por qué no era capaz de estar un minuto sin pensar en ella?

Tanto me esforcé en evitar pensarla que ni siquiera me di cuenta de que ya había llegado al colegio. Las ruedas chirriaron sobre el asfalto al detenerme. Me bajé de la moto decidiendo que lo mejor sería entrar por la parte de atrás. Ya no quedaba casi nadie en el colegio, pero no quería que alguien me viera haciendo el imbécil por primera vez al ir en busca de una chica.

Y es que necesitaba... verla.

Joder, estaba peor de lo que imaginaba.

Con un brinco, salté la verja y recorrí la pista de fútbol. Atravesé el patio y entré en el gimnasio. Las luces estaban apagadas y se colaba una fuerte penumbra del exterior. Ya había caído la noche y me había dejado el móvil en casa, pero conocía bien el lugar, así que no me costó cruzarlo. Enseguida atravesé el pasillo y subí aprisa las escaleras para evitar toparme con alguna de las limpiadoras.

No era la primera vez que me colaba y tampoco la primera que me descubría. De hecho, la última me expulsaron una semana por hurgar en los archivos del despacho del director; por ese motivo repetí segundo junto a Mauro y a Alex. Hay que hacer constar que ellos tuvieron la idea.

No encontré a nadie al llegar al primer piso, pero sí percibí el sonido de unos folios. Venían de la biblioteca. Me acerqué sigiloso y asomé la cabeza por la puerta.

Allí estaba Kathia, concentrada en escribir un fragmento. Su cabello se extendía por la espalda y algunos mechones reposaban sobre la mesa. La cacé humedeciéndose los labios.

No quise hacer ruido al entrar y me acerqué lentamente hasta apoyarme en la mesa que había frente a ella. Crucé las piernas e hice lo mismo con los brazos. Fue entonces cuando Kathia se dio cuenta de mi presencia.

Frunció el ceño y me miró de arriba abajo. Esperé que me fulminara, pero su mirada me recorrió suave y lentamente. Demasiado despacio. Y me gustó. Era el tipo de mirada que yo empleaba cuando algo me atraía lo suficiente y, hasta el momento, no había visto a nadie hacerlo tan bien.

Apreté los labios y Kathia torció el gesto. Nos examinamos sin tapujos. A ella le gustaba mi cuerpo y a mí me enloquecía gustarle.

—¿Disfrutas? —pregunté aun sabiendo la respuesta.

Volvió a humedecerse los labios confirmándome lo tentador que resultaba cualquiera de sus movimientos, demasiado para alguien como yo. Era muy difícil alejar de mi imaginación actos más subidos de tono que una simple mirada.

—¿Te gustaría que así fuera?

«Genial», pensé. «Concéntrate, Cristianno. No queremos una erección prematura. No será fácil de controlar después».

—¿Y bien? ¿Qué haces aquí?

—Daba un paseo —contesté echándole un vistazo.

Golpeó la mesa con el bolígrafo.

—Si no has venido a hacer el trabajo, sería de gran ayuda que te largaras.

Se estaba controlando y eso era exactamente lo que no quería que hiciera. Comenzaba a extrañarme la ausencia de su prepotencia.

—No me apetece ayudarte. Quiero decir que no pienso irme.

—Te he entendido. —Alzó un poco la voz—. Pero me da igual lo que te apetezca o no. Vete, por favor. Acordamos ignorarnos.

Cerró los ojos y suspiró.

—¿Quién viene a recogerte? —Más preguntas.

Esa misma mañana había dicho que jamás podríamos ser amigos y, sin embargo, me estaba preocupando por ella.

—¿A ti qué te importa?

Por su tono de voz supe que comenzaba a ofuscarse. Mi presencia la incomodaba tanto como a mí la suya.

—No me importa, es solo que te vas a mojar —le informé.

Aunque mentí. Sí que me importaba si era Valentino quien venía a buscarla. Pero me molestó aún más que me mortificara imaginar que Kathia tuviera vida sentimental.

Miró la ventana y maldijo algo que solo ella comprendió, alemán o algo parecido. Suspiró y se volvió hacia mí fingiendo que no le había importado la noticia sobre el clima.

—No sabía que el agua comiera. Además, puedo coger un taxi.

Entrecerró los ojos y se le escapó una sonrisa insinuante. Joder, ¿por qué tuvo que decir eso? Kathia no sabía el valor de la palabra «comer» en aquel momento.

Me mordí el labio.

—¡Genial! Que te vaya bien con la física.

Me encaminé hacia la salida.

—Cristianno, te recuerdo que este trabajo es un castigo y que tú también lo tienes.

Me encogí de hombros al tiempo que la puerta se cerraba a cal y canto. Una de las limpiadoras había echado la llave. Tal vez llevara los auriculares puestos o quizá fuera un poco corta, pero el caso es que no se había dado cuenta de que había gente dentro.

Kathia me observó, expectante.

—Espero que no sea lo que creo que es.

Se levantó de la mesa y caminó hacia mí.

—Me temo que sí.

—¿Qué? ¡No! —Empezó a dar golpes.

La cogí de la cintura y la retiré de la puerta.

—Tranquila. No pueden escucharte.

—¿Cómo lo sabes?

—Ya te habrían contestado, ¿no crees? Además, deberían saber que estamos aquí.

Kathia resopló y se retiró el cabello de la cara.

—Mierda, tengo que estar en casa a las nueve sin falta.

En eso coincidíamos. Yo también tenía que estar en su casa, aunque un poco más tarde. Angelo nos había invitado a cenar para ultimar la fiesta de Adriano Bianchi y hablar de «negocios». Pero, al parecer, Kathia no lo sabía.

Se detuvo para mirarme. Parecía frustrada.

—¿Por qué siempre que estás cerca me meto en un lío?

—¡Eh, que yo ahora no he tenido la culpa! —En ninguna de las ocasiones, en verdad.

Miró a su alrededor algo desesperada. Yo sabía qué ocurriría si llegaba tarde a su casa. Conocía a Angelo tan bien como a mi padre y sabía cómo se las gastaba. Además, siempre había tenido la sensación de que a Kathia no le tenía la misma estima que a su otra hija.

—Tengo que salir de aquí como sea.

Me mordí el labio contemplando su figura, pero no era el mejor momento para detenerse a pensar en lo buenísima que estaba. Me acerqué a la mesa y registré su mochila en busca de algún móvil.

—¿No has traído teléfono? —pregunté y ella negó con la cabeza—.

Mierda, yo tampoco.

—¿Cómo puedes olvidar algo así?!

—¿Y tú qué?!

—¡Yo ni siquiera estoy acostumbrada a llevarlo encima, sabes! Pero tú...

—Tenía cosas más importantes en las que pensar...

«En ti, por ejemplo».

Comencé a recoger sus libros. Cerré la cartera y la escondí en una estantería. Kathia me observó extrañada.

—¿Qué haces?

—Quieres salir de aquí, ¿no? Pues no podemos dejar huellas. De lo contrario, podrían expulsarte y ninguno de los dos queremos que eso suceda.

—Pero ellos saben que estoy aquí.

—Al parecer, no es así. —Miré hacia la ventana. Llovía con fuerza.

—De acuerdo. ¿Y qué plan tienes, genio?

—Saltar por la ventana.

—¿Qué?! ¡Estás loco!

Me dirigí al ventanal y abrí las puertas de par en par. Solo había unos metros, así que no nos costaría bajar ayudándonos del alféizar. Me acerqué a Kathia, la cogí del brazo y la arrastré conmigo.

—Escúchame, me apoyaré en ese saliente de ahí. —Le señalé la distancia—. Después, sales tú, te ayudaré. Vamos.

—Ni de coña. Llevo falda, ¿sabes?

Me reí al girarme para observar la prenda.

—Ya he visto unas braguitas antes. No voy a asustarme.

—Pero nunca has visto las mías.

«Qué más quisiera yo».

Me descolgué sin problemas mientras Kathia observaba.

—Te prometo que no miraré. —Le extendí la mano.

—Mentiroso.

—Confía en mí, Kathia —le dije. Mi voz sonó dulce y relajada.

Ella me miró dudosa, pero terminó aceptando el contacto. A continuación, descolgó una pierna y se apoyó en el bordillo de la ventana, permitiéndome cogerla de las caderas para ayudarla a mantener el equilibrio.

—Eres demasiado problemático, Gabbana —admitió.

—Eso también me lo dicen mucho.

—¿Qué más cosas te dicen?

—Lo más común es «CCCDG».

—¿Y eso qué demonios significa? —Fue curioso descubrir una tentativa de sonrisa en su boca, teniendo en cuenta la situación.

—Cabrón, canalla, capullo, desgraciado y gilipollas —me sinceré.

—Vaya, cuánto te quiere la gente.

—Dímelo tú. —La sostuve contra mi pecho cuando terminó de pasar—. Bien, ahora me descolgaré. Tú tan solo tienes que seguir mis pasos, te sujetaré, ¿entendido?

En ese momento, descubrí que las limpiadoras ya estaban saliendo del colegio, lo que significaba que pronto se activaría la seguridad. Concretamente, en cuanto el encargado cerrara la verja principal.

—No tenemos tiempo, la alarma saltará en cualquier momento.

Así fue. El sistema empezó a aullar por culpa del portazo de la ventana. El mismo que nos empujó hasta desequilibrarnos. Kathia se llevó la peor parte y resbaló dejándome sin apenas alternativas. La cogí del brazo como pude al tiempo que me sujetaba de la ventana.

A ella se le escapó un chillido de puro terror.

—¡No me sueltes, Cristianno!

—¡No lo haré, Kathia, pero si te mueves de esa forma no podré sujetarte! —grité nervioso ante la posibilidad de que cayera. No había mucha altura, pero tampoco estaba dispuesto a verla herida.

Nuestras manos estaban empapadas y se iban escurriendo lentamente. Debía pensar rápido. Pero no me di tiempo, y levanté su cuerpo a pulso para lanzarla contra mis brazos. Kathia se aferró con fuerza a mi chaqueta, jadeante.

Busqué su mirada al capturar su rostro entre mis manos.

—¿Estás bien? ¿Te he hecho daño?

—No... Estoy bien —gimoteó ella.

—Vamos, tenemos que salir de aquí.

## Kathia

---

Bien enganchada al alfeizar, observé cómo Cristianno clavaba sus pies en el suelo. Enseguida me miró, dándome la señal para iniciar mi propio descenso. Ambos sabíamos que sería complicado, cualquier maniobra se tornaba mucho más peligrosa debido a la lluvia. Pero no tenía opción, así que imité cada uno de los pasos que había dado el Gabbana, empezando por

apoyar un pie en el soporte de la tubería.

Me deslicé muy despacio, sabiendo que Cristianno podía ver la totalidad de mis piernas a la perfección. Aunque, en aquel momento, a ninguno de los dos nos importaba mis bragas negras. Debíamos darnos prisa si queríamos evitar un problema mayor, la alarma no dejaba de sonar.

Cristianno me cogió de la cintura y salté al suelo. Apenas tuve tiempo de asimilar que estaba en tierra firme, enseguida empezamos a correr hacia la pista de fútbol. La cruzamos hasta la verja trasera y, de nuevo, tuvimos que trepar. Esta vez, sin dudar.

Vale, tampoco había tres metros de altura, pero en una situación menos caótica, probablemente ni siquiera me había planteado franquearla.

Salté con decisión creyendo que había sido muy rápida, pero Cristianno ya arrancaba su moto.

—¡Vamos, sube!

Tampoco dudé al tomar asiento y encadenarme a su cintura. Segundos después, abandonábamos los alrededores de San Angelo con el corazón todavía en la garganta.

Sabía que las manos no dejaban de temblarme y que Cristianno era capaz de sentir los atolondrados latidos de mi corazón. Pero me dio igual. Apoyé la cabeza en su espalda y cerré los ojos, consciente de la adrenalina. Cuando volví a abrirlos, la mansión Carusso ya se dibujaba al final de la calle.

Cristianno detuvo su moto con suavidad, apoyó los pies en el asfalto y esperó unos segundos a que yo reaccionara. Tardé en hacerlo, y tampoco fue un acto que fuera más allá de tragar saliva.

—¿Sigues ahí, Carusso? —preguntó él mirándome de reojo.

—Puede. No estoy segura. —No tenía por qué mentir. No había pasado más miedo en toda mi vida.

Cristianno sonrió honesto.

—Mira la parte positiva. Ahora ya tienes una anécdota que contar a tus hijos.

«Como si hubiera sido algo divertido...».

—¡Ja! Muy gracioso.

Me bajé de la moto y me re Coloqué la falda preocupada ahora por cómo iba a justificar el hecho de estar empapada hasta las cejas. Había salido de mi casa con mochila y chaqueta, y regresaba toda desaliñada.

Sin embargo, al toparme con los ojos de Cristianno, que no dejaban de analizarme, no supe qué me preocupaba más, si la reacción de mis padres o

haber compartido un momento como aquel a su lado.

Fuera como fuese, e ignorando sus métodos nada ortodoxos, Cristianno Gabbana me había ayudado y eso era de agradecer.

—Yo... —Sus ojos estaban engulléndome—. Será mejor que entre.

Le di la espalda y eché a andar todo lo rápido que pude. Ya le daría las gracias cuando me sintiera un poco menos expuesta.

Uno de los guardias me abrió la verja principal y recorrí el jardín a toda prisa creyendo que si entraba por la cocina nadie me vería. Pero fui a toparme con Enrico. Me echó un vistazo de pies a cabeza y después se llevó un dedo a la boca.

—No me lo digas. Cristianno Gabbana, ¿verdad?

Era bueno que lo hubiera deducido tan rápido. Me ahorrraba explicaciones, y es que el Materazzi sabía bien del repertorio de sucesos en los que me había visto envuelta por su culpa.

Asentí con la cabeza y él alzó las cejas. Al parecer, Cristianno era un travieso de cuidado.

—Dame un titular.

—«Dos adolescentes encerrados en la biblioteca de San Angelo saltan por la ventana y huyen por la parte de atrás».

—Este niño... —resopló antes de acariciarme la mejilla—. Anda, cámbiate, cariño. Tenemos visita esta noche.

—¿Quién?

—Lo conoces bien... —dijo en un tono jocoso.

Enseguida subí a mi habitación, entré en la ducha y traté de disfrutar del agua ardiente cayendo por mi cuerpo. Necesitaba relajarme y olvidarme por un instante de todo lo que tuviera que ver con Cristianno y su tremendo imán para los problemas. Pero daba igual cuánto insistiera, no podía quitarme de la cabeza sus manos rodeando mi cintura y apretándome contra su cuerpo.

«¿Estás bien? ¿Te he hecho daño?», me había dicho todo preocupado. Le había respondido por pura inercia, tratando de ignorar lo bello que estaba en ese momento.

¿Qué esperaba que hiciera? ¿Que me abrazara? ¿Que me... besara?

«Para mi desdicha, no me hubiera negado».

Frustrada, cerré el grifo, salí de la ducha y me encaminé al vestidor. Opté por un atuendo sencillo, me maquillé un poco y me recogí el cabello tras secarlo. Al menos durante todo el proceso logré despejar la mente.

Pero todo cambió cuando decidí bajar.

## Cristianno

---

Observaba la iluminación del jardín de la mansión Carusso con las manos en los bolsillos de mi pantalón. Me había escabullido para aclarar mis pensamientos, pero en realidad era lo último que estaba logrando.

Me sentía confundido. No dejaba de pensar en Kathia. Mi mente ya no solo insistía en ella, sino que, para colmo, me acorralaba con el recuerdo de su contacto. Había tenido a Kathia entre mis brazos por un instante y, maldita sea, deseaba que sucediera de nuevo.

Esa insoportable contradicción era lo que estaba volviéndome loco. No me caía bien, pero la necesitaba cerca. No podía tenerla cerca, pero odiaba pensar que estuviera lejos. Y continuaba con un sinfín de estupideces del estilo.

Estar en su casa magnificaba todo. Lo último que quería era cruzármela. Me abrumaba la idea de tenerla enfrente toda la cena.

Me giré de inmediato al sentir unos pasos. Como si la hubiera invocado, Kathia apareció. Su silueta recortada por la penumbra de la galería. Parecía sorprendida de verme, tanto que miró a su alrededor pensando en cómo salir de allí.

Tímida, se recogió un mechón de cabello y se lo enroscó a la oreja. Yo tragué saliva. No quería hablar con ella ni escucharla. Habíamos tenido más que suficiente con lo sucedido durante el día.

Sin embargo, me quedé allí, quieto, deseando oír su voz.

—¿Qué haces aquí? —preguntó en un susurro.

La observé, urgido por mis instintos. Y esta vez lo hice de una forma diferente, un poco más intensa. Esa chica era tan maravillosa que parecía un sueño.

—Tu padre nos ha invitado a cenar.

—No me refiero a eso...

—Intentaba... pensar.

Sonrió débilmente, como queriendo mofarse. Pero no lo logró y yo no supe interpretar el gesto.

—Quería... Antes... —No sabía cómo hablarme—. Quería darte las gracias por... salvarme en el colegio.

Ahora era yo quien sonreía. Volví la mirada hacia el jardín.

—Sé hacer muchas cosas aparte de provocar que me odien.

Quise decirlo con sorna, pero, como ella, tampoco lo conseguí. Más bien, me salió un tono triste... y gilipollas.

Kathia se tensó. Supo que intentaba ignorarla, que quería evitarla con todas mis fuerzas.

—No sé qué más cosas sabes hacer, pero debo felicitarte por salvarme de una gran caída y por hacer que... te odie.

Hizo ademán de marcharse.

—¿Me odias? —Mi pregunta la detuvo.

En realidad, y siendo asquerosamente sincero, era lo último que quería oír.

«Maldito imbécil. Deja de babear por ella y lárgate», pensé.

—Es lo que tú quieres —susurró arrastrando cada palabra—. No debería sorprenderte a estas alturas.

## Kathia

---

Quise irme, pero, sin poder evitarlo, esperé. Esperé a que viniera hacia mí aun sabiendo que no lo haría; Cristianno era demasiado orgulloso para rebajarse de aquella forma. Además, ninguno de los dos sabíamos qué hacer.

Contra todo pronóstico, el Gabbana se acercó y apoyó sus dedos en uno de mis hombros. Perfiló mi piel con precisión antes de deslizar su mano hacia abajo. Dejó que reposara tímida en mi cadera. Me estremecí y cerré los ojos al percibir su aliento en la nuca y sus labios tan cerca.

—Si me odias, dame algún motivo para que yo pueda sentir lo mismo —me murmuró al oído.

Me desvié para colocarme frente a él. Pensé que me soltaría o que se alejaría de mí. Pero esa noche parecía dispuesto a contradecirme, y se apretó aún más dejándome ver aquellos ojos azules más cerca que nunca.

—¿Lo necesitas? —jadeé timorata.

—Muchísimo.

Alzó su mano y acarició mis labios con las yemas de sus dedos. Volví a cerrar los ojos y me deleité con aquella sensación.

—¿Qué podría hacer?

—Empujarme, por ejemplo.

Le di un pequeño empujón. Él sonrió.

—¿Qué más? —continué.

—¿Insultar?

—Eres un canalla...

Sí, Cristianno era un canalla que empezaba a colarse en mi piel.

—No se te da tan bien como creía. —Volvió a sonreír, contagiándome—.

Me odias, ¿eh?

—Sí. Bastante... —Su aliento acariciando mis labios.

—No lo hagas... Por favor... —murmuró bajito.

Cristianno soltó un suspiró entrecortado y yo temblé. Iba a besarme. Por Dios, iba a besarme y yo le respondería. Respondería a ese beso porque... lo deseaba.

—¡Aléjate de ella! —gritó una voz, sobresaltándome. Cristianno ni siquiera se movió.

Descubrimos casi al mismo tiempo a un furioso Valentino al otro lado del pasillo.

Iracundo, se acercó a nosotros y empujó a Cristianno antes de retarle con la mirada. Contuve un gemido y traté de interponerme entre los dos, pero me preocupó mucho más la sonrisilla del Gabbana.

## Capítulo · 11

Cristianno

---

Incomprensiblemente, había estado a punto de besar a Kathia. Maldita sea, si no hubiera sido por Valentino, en ese instante habría estado saboreando su boca sin censuras. Y debía admitir que el Bianchi no solo me irritó de inmediato con su presencia, sino que además interrumpió el momento que más nervioso me había puesto en mi vida.

Había tenido a Kathia a solo unos milímetros de mis labios y me frustraba muchísimo no haber culminado por culpa de aquel asqueroso arrogante.

Me acerqué a él sin quitarle ojo de encima. Si quería pelea la tendría, aunque estuviéramos en terreno Carusso.

—Piensas que es de tu propiedad, ¿ah? —pregunté.

Deseaba que cayera en la provocación. De ese modo, podría partirla la cara. Pero no esperé que Kathia contestara en su lugar.

—No le pertenezco a nadie —dijo orgullosa.

—Tú, cállate —ordenó Valentino, señalándola.

Retiré su mano de un manotazo.

—Un caballero no le habla así a una dama, ¿no crees?

Le guiñé un ojo y escondí mis manos en los bolsillos, retándole, sabedor de lo mucho que odiaba cualquier característica de mí.

—¿Te atreves a echarme cara aquí, lejos de tu maldito edificio?

—En realidad, me importa un carajo el escenario.

Me di la vuelta para mirar a Kathia.

—Y tú no deberías emocionarte. De haberte besado, habría sido solo eso, un simple beso, como otro cualquiera. Eres tan fácil de conseguir como todas las demás, Carusso —mentí. Mentí tan desgraciadamente que incluso a mí me enfureció.

El rostro de Kathia se tensó y abrió los ojos sorprendida. Por un segundo, ambos compartimos el mismo desorden emocional, ambos odiamos que yo

hubiera dicho semejante gilipollez en voz alta. Pero el ego se había apoderado de mí y a eso no podía darle una explicación coherente.

Me soltó una dura bofetada.

Bien, eso estaba bien. Era exactamente lo que merecía.

—Eres un cabrón y te mereces estar solo —masculló antes de marcharse.

Valentino la siguió, no sin antes tocar mi hombro con el suyo, y yo cerré los ojos sintiendo como aquellas palabras retumbaban en mi pecho. Sí que lo era, era cualquier cosa que me dijera. Pero no debía permitir que me dominara el remordimiento.

«Lo has conseguido, Cristianno. Se ha acabado...».

—Qué mala cara. —Me topé con Enrico de camino al comedor.

—Me he cruzado con tu cuñada... —admití consolándome la mejilla.

Aún escocía.

No hizo falta que dijera mucho más. Enrico ya imaginaba qué había sucedido y, exceptuando el intento de beso, la bofetada podía detectarla cualquiera.

—Cristianno... —Trató de reprenderme.

—Lo sé, ¿vale? —le interrumpí encogiéndome de hombros—. Pero qué puedo hacer... —Si cada vez que la veía perdía la razón.

—Eres mucho más inteligente que un simple matón de instituto. Podrías empezar por dejar de meterla en líos —me recomendó—. Si Angelo se entera, sabes que se enfadará. Y yo no puedo pasarme el día cubriendo tus fechorías.

Cierto. Tenía mi fama, para qué íbamos a engañarnos, pero yo era alguien bastante pasota en clase. Si llamaba la atención se debía a quién era y no a los problemas que causaba. Al menos no en el colegio. Simplemente iba, estudiaba lo que se me ordenaba, con el objetivo de enorgullecer a mis padres, y volvía a casa. Punto.

Pero en vez de aceptar lo que Enrico había dicho, me centré en el hecho de que lo supiera.

—Qué rápido te lo ha contado.

Él se acercó un poco más y apoyó su mano en mi hombro.

—Escucha, ambos sabemos que tú no eres así. —No, no lo era—. Es cierto que eres un camorrista, pero no va en tu naturaleza ser un capullo. Así que deja que ella se dé cuenta de quién es el verdadero Cristianno Gabbana. Y, de paso, me ahorras disgustos.

Sonreí hasta que un rincón de mi mente se imaginó siendo amigo de aquella insufrible chica.

—¿Y si no quisiera mostrárselo? —pregunté.

—¿Seguro? —Enrico alzó las cejas. No me creía en absoluto.

—No la soporto, Materazzi.

—No se te da bien mentirme, Gabbana...

El muy malnacido se guardó las manos en los bolsillos, hizo una sátira mueca con la boca y comenzó a alejarse de mí.

—¡Oye, estamos hablando! —exclamé, y él negó con la mano al aire.

—Yo no hablo con estúpidos, Gabbana.

—¡Enrico!

«Qué hombre tan frustrante... ¿Cómo coño es posible que pueda quererlo tanto?».

## Kathia

—

Eché a correr con las lágrimas amenazando con salir. Necesitaba encerrarme en mi habitación y olvidar lo estúpida que había sido al creer que Cristiano me deseaba.

Era una suerte que no se hubiera dado un beso entre ese bruto y yo. No quería ser una de las tantas chicas que poblaban su asquerosa lista de conquistas.

Pero lo que verdaderamente me había herido era saber que todo lo que había dicho se debía simplemente al hecho de quedarse encima de Valentino. Me había utilizado para encontrar una excusa con la que patearse con el Bianchi.

Odiar a Cristiano no era fácil, pero había alcanzado un punto en que hacerlo formaba casi parte de mi sistema.

Tenía que encontrar el modo de hacerle vomitar cada una de las palabras que había dicho.

Intenté subir las escaleras, pero Valentino me había seguido y me detuvo furibundo. Me arrastró hacia la pared, apoyándome en ella bruscamente.

—No vuelvas a acercarte a él. No quiero que le hables, ni siquiera que le mires. ¿Entendido? —me exigió, encolerizado—. Si tengo que volver a repetírtelo, emplearé otro modo.

«¿Qué demonios significa todo esto?».

—¿Qué...? —Apenas surgió un hilo de voz.

—Harás lo que te digo, Kathia.

No daba crédito. No podía creer que el mismo chico que tan bien me había tratado hasta el momento estuviera cruzando la línea de esa manera. Le creí capaz de cualquier cosa, razón suficiente para amilanarme.

Sin embargo, apreté los dientes y dejé que la influencia de rabia en mi cuerpo tomara partido.

—¿Quién te has creído que eres? —le encaré.

—Tú simplemente obedece.

—¡Haré lo que me dé la gana!

Quise irme, pero volvió a estamparme contra la pared, acorralándome con su cuerpo. Golpeó el muro con el puño, justo al lado de mi cabeza.

—¡No! ¡No con él! No con Cristiano Gabbana. ¡¿Me oyes?!

Temblé. Me recorrió un escalofrío tan violento que me aterrorizó.

—Déjame fuera de tus malditas tonterías de niño caprichoso, Valentino. ¡No tengo nada que ver con ellas!

—Esto no va de caprichos, Kathia. Son decisiones y tú estás aquí para acatarlas. —Acarició mi mentón—. Aléjate de él o me veré obligado a hacer cosas que no deseo. Ese tío no es de fiar. No es un buen hombre.

Me liberó con toda la intención de marcharse de allí. Pero mi voz le detuvo.

—¿Y tú sí? ¿Eres un buen hombre, Valentino?

Me miró por encima del hombro.

—No hagas que mantengamos esta conversación de nuevo.

Me dejó sola, aturdida y completamente estupefacta.

Hacía unos minutos, ni siquiera hubiera podido imaginar tal situación. Sabía que Valentino no era alguien honesto, me lo decían mis instintos, pero nunca lo imaginé capaz de llegar a esos extremos. Había estado a punto de agredirme, lo había deseado.

Lentamente, me acuclillé en el suelo y cerré los ojos.

## Capítulo · 12

Kathia

---

Decidí que lo mejor que podía hacer era disfrutar de mi introversión y soledad. No tenía ánimos para mucho más después de un regreso tan frenético y necesitaba que mi mente volviera a la normalidad.

Todavía me costaba asimilar la extraña y retorcida relación que me unía a Cristianno, y es que nos habíamos visto envueltos en ella sin apenas darnos cuenta. De lo que sí estaba segura era de que ambos nos detestábamos con firmeza y dudaba que eso pudiera cambiar.

Al principio, creí que podría conseguirlo; de hecho, hasta se lo había sugerido. Pero tras recibir su negativa y, para colmo, haber estado a punto de caer en sus malditas garras de conquistador ingrato, ya no tenía ningún interés en tratar de ser su amiga.

Dejando al margen al Gabbana, el fin de semana se preveía tranquilo. Estaba convencida de ello, hasta la tarde del sábado. Tuve un pequeño enfrentamiento con Erika.

—No puedo cambiar mis planes solo porque tú hayas regresado a Roma. Entiende que tengo una vida más allá de ti, Kathia —me había dicho, indicándome que no me equivocaba al pensar que ya no era la misma chica de antes.

Aun así, traté de no desesperarme. Hablaría con ella desde la calma cuando se le pasara aquel extraño episodio de insolencia.

Pero conforme avanzaba la semana, Erika insistió en el desapego entre las dos. Algo que comenzó a desconcertarme.

Según Daniela, la versión que yo conocía de mi mejor amiga no era la misma que ella había visto durante el último año. Así que estábamos ante la posibilidad de que Erika fuera en realidad una estúpida insufrible.

Hice malabarismos para controlar todos aquellos pensamientos en cuanto la señora Sbaraglia colocó ante mis narices un bonito examen sorpresa de biología, el remedio ideal para un miércoles. Esa manía persecutoria de joder

al alumno se llevaba a cabo incluso en Roma.

Sin embargo, no se me dio mal. De hecho, incluso disfruté.

Aunque no todo el mundo opinaba lo mismo.

A punto de cumplirse la primera media hora de examen, Mauro decidió llamar mi atención de un modo bastante peculiar. Pellizcaba con dos dedos tiesos una pequeña nota y la agitó frente a mis narices.

Extrañada, miré de reojo hacia atrás. Él se estaba haciendo el loco y su primo fingía escribir.

Terminé aceptando el papelito mientras Dani contenía una risa.

«Te veo inspirada, que rulen las respuestas. No te cortes», leí, y puse los ojos en blanco.

No podía creer que estuvieran pidiéndome copiar. Desde luego, eran unos macarras de cuidado.

Apoyé el bolígrafo y escribí un «no» bien grande antes de lanzar la nota hacia atrás sin miramiento alguno. Fue Cristianno quien primero la leyó, bajo la inevitable sonrisa de Daniela.

—Te lo he dicho, no tiene corazón—susurró el Gabbana.

—Estoy completamente de acuerdo. —Mauro le dio la razón—. Todos los inteligentes son igual de pedantes y egoístas.

Así fue como empezaron a criticarme entre cuchicheos, de modo que yo pudiera escucharles.

—Busca excusas porque vamos a suspender y a nuestros padres no les hará ni puta gracia.

—No servirá de nada, mi padre me matará de todas formas. Con suerte, estaré una semana sin ver la luz del sol, encerrado en un zulo comiendo un simple cacho de pan duro. —Mauro era incluso más exagerado que yo. Un teatral de cuidado que, para colmo, fingía llorar—. Para cuando volvamos a vernos, me habré convertido en un insignificante brote de soja. Se me marcarán las costillas, y todo porque un alma cruel no quiso ayudarnos.

—Mierda, Mauro... Joder, intentaré llevarte algo. Si es que no termino contigo ahí dentro. —Por si fuera poco, Cristianno le siguió el juego.

—Al menos, nos consumiremos juntos, compañero.

—Te quiero, tío.

—Y yo a ti.

Los muy cabronazos se dieron un pequeño abrazo.

Les clavé una mirada furibunda. No sirvió de nada porque ambos insistieron en continuar haciendo pucheros desconsolados, y más críticas.

Al final, miré a Dani. Ella se encogió de hombros, dándome a entender que aquella no era ni mucho menos la primera vez que sucedía algo así.

Eché un vistazo a su examen. Lograría, como mucho, un aprobado raspado. Quería ayudarla, y entonces tuve la gran idea. Puestos a sufrir las trastadas de Cristianno, no estaba nada mal devolvérselas.

Intercambié mi examen con el de Dani, asombrándola, y empecé a susurrarles las respuestas equivocadas a los Gabbana. Ellos, ajenos a todo, marcaron cada casilla que yo les indicaba como si fueran preescolares obedientes.

Me estaba descojonando internamente, acto del que enseguida se contagió Dani. Pero, por desgracia, no pude terminar.

La señora Sbaraglia nos caló.

### Cristianno

---

No era la primera vez que a Mauro y a mí nos sacaban de clase y nos obligaban a quedarnos quietecitos en medio del pasillo. Era un castigo bastante popular en San Angelo, creado para concienciar a través de una sutil humillación. Se suponía que nos enderezaría estar expuestos ante los alumnos que sí sabían mantener la boca cerrada.

Sin embargo, aquella experiencia era bien diferente para Kathia y Daniela. Ambas permanecían cabizbajas y con las mejillas encendidas en rubor, plenamente avergonzadas.

En el fondo, me arrepentía un poco de haberlas arrastrado hasta allí, pero era demasiado tarde para pedir disculpas, y de todas formas no iban a ser aceptadas. El odio que Kathia me procesaba estaba en su punto más encantadoramente álgido.

La campana sonó y todos los alumnos empezaron a recoger sus cosas y salir de clase. La señora Sbaraglia no quiso esperar a que el pasillo se quedara vacío. Enseguida se acercó a nosotros y nos echó un feo vistazo.

—Ferro y Carusso, no me lo puedo creer —dijo alterada—. De estos dos me lo espero todo, incluso el evidente suspenso que tienen. Pero ¿de vosotras? Habéis tirado a la basura un extraordinario sobresaliente. —Golpeó su carpeta con frustración.

Fruncí el ceño. Había un detalle que no me había quedado muy claro.

—Un momento, señora Sbaraglia. —Levanté un dedo tieso, captando la atención de la mujer—. ¿Hemos suspendido?

Ella alzó una ceja.

—¿Acaso lo dudas? No habéis acertado ni una.

Eché un vistazo a Kathia, que seguía cabizbaja, pero esta vez con una sonrisa mal disimulada en los labios. La muy puñetera nos había dado las respuestas falsas y en realidad no debería haberme extrañado. Esa chica era un demonio disfrazado de diosa.

—Esto no quedará así, chicos —continuó la profesora mientras el flujo de alumnos iba disminuyendo—. Los cuatro estáis castigados. Tenéis veinte minutos para comer, después iréis a la biblioteca y escribiréis una carta de disculpa de diez páginas. La quiero en mi mesa mañana a primera hora, ¿entendido?

—¿Una carta de disculpa? —preguntó Mauro.

—¿Tengo que explicarle lo que es pedir disculpas, Gabbana?

—¿No podemos hacer el trabajo en casa? —se quejó Dani.

—Un castigo no tiene gracia si no molesta, Ferro. —Curiosamente, Mauro asintió con la cabeza—. Y usted, Carusso, céntrese de una vez. Es el segundo castigo que recibe en menos de un mes. No haga que la incluya en la lista de alumnos no gratos. No es un buen lugar, créame.

Se marchó con pasos enfurecidos. Estaba tan concentrado en comprender cómo demonios una mujer de su edad se mantenía en pie sobre aquellos zapatos que no fui capaz de predecir la reacción de Kathia.

Se acercó a mí y me dio una fuerte patada en la espinilla.

—¡Coño! —exclamé echando mano a la zona dolorida. Mientras tanto, la maldita Carusso se alejaba junto a Dani.

—La tienes loca, ¿eh? —se mofó Mauro.

—Por suerte, no me ha dado en los huevos.

—¡Lo tendré en cuenta la próxima vez! —gritó ella haciéndome un corte de mangas.

—Recuérdame que no sea tan bueno dando ideas.

Kathia

—

No llegué a casa hasta el anochecer, y sabía que no sería una noche

tranquila porque todavía tenía que terminar el trabajo de física y corregir la maldita carta de disculpa. Mi venganza con Cristianno había tenido un efecto rebote, y no dejaba de acumular castigos.

Resignada, me encaminé hacia las escaleras cuando de pronto se oyó un golpe seco y contundente. Me detuve y miré en rededor tratando de asimilar qué había podido ser.

A continuación, escuché algo siendo arrastrado. Ese sonido en concreto me puso la piel de gallina. No lo había escuchado antes.

Tragué saliva y empecé a caminar lentamente en dirección al lugar de donde provenía el rumor. Quise ignorarlo, pero mis pies no dejaban de moverse.

La oscuridad se hizo muy evidente cuando me adentré en el pasillo y hallé una franja de luz que provenía de una sala adjunta al despacho de mi padre, una en la que nunca había entrado. La puerta estaba entornada, apenas permitía una corta visión del interior. La suficiente para ver el rastro de sangre que había en el suelo.

Mis piernas se congelaron. Mi mente dejó de procesar y el corazón empezó a latirme desbocado. Aquello no tenía sentido, debía de estar desvariando, fruto quizá del estrés de los últimos días. Tal vez, el cambio de vida tan drástico que había sufrido en tan poco tiempo había influenciado en mi capacidad de imaginar cosas que no existían.

Sin embargo, mi padre se encargó de darle un mayor realismo a la situación. Lo vi saltar el rastro de sangre mientras se limpiaba las manos con un pañuelo.

—Deshaceos de esto, y encontrad esa fórmula, la necesitamos de inmediato.

Tragué saliva y contuve como pude un fuerte escalofrío. Mi fuero interno me gritaba que saliera de allí cuanto antes, pero mi cuerpo seguía paralizado.

Si había sangre, debía de existir un cuerpo.

«No, no... No pienses en esas cosas. Necesitas descansar», me dije a mí misma.

Tanto me centré en ese mantra que no percibí a Carmina.

Nuestra amable ama de llaves capturó el pomo de la puerta y cerró con gran sigilo. Después apoyó una mano en mi hombro y me miró con su habitual dulzura.

—Vamos, ve a tu habitación —me dijo cariñosa—. Te subiré algo caliente, ¿te parece bien?

Solo pude asentir con la cabeza.

## Capítulo · 13

Cristianno

---

Al ver a Kathia aquella mañana, sospeché que su cambio de humor tan drástico quizá se debía a algún tipo de trastorno bipolar. No era la misma. Apenas prestó atención en clase, estaba desconcentrada e incluso descubrí unas ojeras bajo aquella sutil y bonita capa de maquillaje que llevaba.

Ni siquiera respondió a mis provocaciones.

Sin embargo, su repentina actitud decaída no era lo importante, sino el hecho de estar preocupado por lo que fuera que le pasara.

«Mierda, Cristianno, qué mal vas...». Y pude confirmarlo cuando me vi a mí mismo cogiendo a Daniela para apartarla del grupo.

—Oye... ¿Kathia te ha contado algo? —pregunté con un mal disimulado interés.

Mientras tanto, la Carusso se perdía en el interior del coche de su chófer. Se había ido sin apenas cruzar un gesto de despedida con nosotros.

—¿Sobre qué?

—No sé... —Me rasqué la cabeza—. Hoy parecía bastante deprimida, ¿no? ¿Tú le has visto las ojeras?

Dani levantó las cejas en un gesto de incredulidad. Sí, aquello era tan inédito en mí que incluso tenía ganas de pegarme de hostias.

—Ojeras, ¿eh?

—Deja de burlarte, ¿quieres? —Le di un suave empujón.

—No te prometo nada. Pero, bueno, yendo a lo importante, no, no me ha contado nada, y es evidente que algo le pasa. —Me consoló no ser el único que lo notara.

Comentamos la posibilidad de llamarla y preguntarle directamente, pero ninguno de los dos nos creíamos con la suficiente confianza como para hacerlo. Kathia apenas nos conocía y no estábamos seguros de si se atrevería a sincerarse con nosotros.

También había que tener en cuenta que yo no podía presumir de compartir

una buena relación con ella. Después de haber dicho que era una «chica fácil», no creí que le gustara ver mi nombre reflejado en la pantalla de su teléfono móvil.

Pero la perspectiva cambió cuando Dani saltó de la mesa.

Habíamos ido a comer a un *buffet* cercano al edificio. A Erika apenas le veíamos el pelo últimamente, Alex debía cuidar de sus sobrinas un par de horas, Eric se había ido con él y Luca tenía no sé qué historias pendientes por hacer. Así que solo estábamos Mauro, la Ferro y yo.

—Vale, callaos, ¿sí? —nos ordenó Dani agitando las manos—. Como mencionéis alguna palabra os juro que os mutilo la entrepierna.

—Cuánta violencia, joder —repuso Mauro. Comentario que hizo que se ganara un par de manotazos.

—¡Calla, calla!

—¡Auch! —exclamó tratando de esquivar los pescozones.

—¡Kathia, hola, cariño!

No podía negar que escuchar su nombre me entiesó y comencé a sentir un molesto cosquilleo en el vientre al imaginarme a la Carusso pegada a su teléfono.

—¡Ey, hola, Dani! —escuché decir a Kathia.

Mauro y yo nos acercamos un poco más.

—Te has ido muy rápido hoy.

—Lo siento... Yo... Bueno, ah... Me preguntaba si tienes algo que hacer ahora.

—¿Ahora? No, ¿por?

—¿Te apetecería quedar conmigo?

Estaba claro que le sucedía algo, era demasiado obvio.

—¿Para contarme por qué has estado todo el día tan callada?

Qué acertada estuvo Dani al mencionar aquello.

—¿Tanto se me ha notado? —sonrió Kathia.

—Un poco.

—Es que...

—Tranquila, ¿vale? ¿Te parece bien que nos veamos en la parada de Spagna en media hora?

—Sí, estupendo. Ah, oye, Dani... Gracias.

—Bla, bla... Ahora nos vemos, bombón. —Colgó y se puso a recoger sus cosas—. Iré sola.

—Ni de coña —dije.

—¿Y desde cuándo te interesa tanto la Carusso, eh? ¿Dónde está ese tío que dice pasar de la estirada de mierda? —Maldita fuera, la muy condenada —. Tú también te quedas —añadió obligando a Mauro a que se sentara de nuevo.

—Pero...

—*Ciao!* —Se largó toda emocionada.

—Mierda, voy a quedarme con la intriga —aseguró mi primo.

Me metí un trozo de queso en la boca, me puse la chaqueta, cogí mi mochila y me acerqué a la caja.

—Nico, quédate con el cambio —le dije al camarero tras haberle soltado un par de billetes.

—Hasta otra, Gabbana.

Salimos del restaurante, encogiéndome de hombros. Corría un viento helado que me produjo un escalofrío.

—¿A dónde vamos?

—¿Tú que crees? —sonreí.

Por supuesto, no iba a quedarme con la duda. Seguiríamos a Dani y averiguaría qué demonios le pasaba a la chihuahua estirada.

—Joder, me encanta cuando te pones en modo chismosa.

—Paso demasiado tiempo contigo.

—Capullo...

## Kathia

—

Salí de casa a hurtadillas.

Mi madre quería que informara de mis salidas con antelación y que recurriera a los servicios de nuestro chófer. Pero no tenía ganas de dar explicaciones. Simplemente cogí mi móvil, un poco de dinero en efectivo, me abrigué bien y me escabullí como pude.

Había quedado con Daniela en la parada de metro de Spagna, así que aquella se convertiría en la primera vez que subiría a un tren subterráneo, y sola.

De camino al lugar de encuentro, los nervios incrementaron. Dani ya se había dado cuenta de mi estado ausente durante el día, y es que no había dejado de pensar en lo sucedido la tarde anterior. Aquel maldito rastro de

sangre aparecía continuamente en mi cabeza y no sabía muy bien cómo razonarlo.

La Ferro se había convertido en la mejor opción con quien hablar. Por supuesto, me hubiera gustado llamar a Erika, pero las cosas no eran como antes entre las dos.

Al salir de la parada, Dani ya me esperaba, arrebujada en su bufanda. Me regaló una sonrisa espléndida antes de sugerir entrar a una cafetería que había cerca.

—¿Seguro que no tenías nada que hacer? —pregunté en cuanto nos sirvieron el café y tomamos asiento en una de las mesas.

—¿Por qué andas tan tímida conmigo? No deberías preocuparte tanto, Kathia.

Llevaba razón. No había motivos para sentirse incómoda junto a una persona tan maravillosa como ella.

—De acuerdo —sonreí. Y enseguida cogí aire y me preparé para hablar—. Verás, ayer, cuando llegué a casa... —Negué con la cabeza—. Es que ni siquiera sé si he perdido la cabeza por culpa de ese capullo.

Dani soltó una carcajada, sabía perfectamente a quién me refería.

—No sería de extrañar. —Me acarició una mano—. ¿Qué pasó?

—Pues... Escuché un golpe. Al principio, no le di mucha importancia. Solo me pareció raro. Pero un rato después..., le siguió un sonido, como algo siendo arrastrado... Algo pesado.

El rostro amable de Daniela se fue tensando conforme comprendía mis palabras.

—¿Qué crees que fue?

—No es que lo crea, Dani —suspiré entrecortada—. Me acerqué... Lo vi... Vi sangre en el suelo.

—¿Sangre? Oh, Dios mío. —Se llevó una mano a la boca y yo tragué saliva. Ahora que estaba comentando lo sucedido en voz alta, cobraba aún más protagonismo—. ¿Te vieron? ¿Tú estás bien?

—No, no me vieron. Apareció Carmina y me dijo que subiera a mi cuarto. Parecía... ¿acostumbrada, quizá? No sé cómo interpretarlo. Además, esta mañana he intentado preguntarle, pero ha esquivado el tema.

—Qué interesante, ¿no? —Esa voz...

—Mierda, ¿qué hacéis aquí? —se quejó Dani justo al tiempo que aparecían los Gabbana. Mauro tomó asiento un poco cortado. Pero su primo derrochó descaro.

—No interrumpas el relato, Dani —comentó Cristianno—. Adelante, continúa, por favor.

Debería haberme cohibido su presencia, la de ambos. Sin embargo, no me contuve.

—No sé más. Pero... no he dejado de darle vueltas. Me pareció un... ajuste de cuentas o algo así. Estaban comentando algo sobre una fórmula o no sé qué historias.

Cristianno le echó un rápido vistazo a Mauro, solo ellos comprendieron el verdadero significado de aquella mirada. Pero al ver que el Gabbana clavaba su atención en mí de nuevo, casi me sentí un poco estúpida.

—¿Has pensado en convertirte en escritora? ¿Cineasta tal vez? Tienes mucha imaginación.

—¡Cristianno! —exclamó Dani, dándole un manotazo.

—Solo bromeaba. —Levantó las manos quitándole importancia.

—Pues no tiene gracia. Kathia, ¿has hablado con Enrico?

—¡No! No pienso hacerlo.

—Pero él es inspector de policía.

—Lo sé, pero no quiero preocuparle. Además, si fuera algo grave, lo pondría en peligro. No quiero cargar con esa responsabilidad.

Ni siquiera estaba segura de lo sucedido. ¿Cómo demonios iba a inmiscuir a Enrico en algo que tal vez tenía explicación?

—Hay algo que no dejo de barruntarme —habló Cristianno—. ¿Por qué no has llamado a Erika?

—¡Para de una vez! —Volvió a quejarse Daniela.

—¿Qué?! Ella es su mejor amiga. Cuando a mí me sucede algo se lo cuento a este. —Señaló a Mauro.

—Cierto.

—Ella... —Tragué saliva—. Está un poco rara últimamente. No quiero molestarla.

Aquello se había convertido en el sumun de las contradicciones. Estaba desahogándome con un tipo que apenas soportaba.

—Además yo soy mejor compañía —bromeó Dani—. Y esta reunión es solo para chicas, así que largaos de una vez. Vamos. —Les empujó.

—¿Y por qué no vamos a tomar algo al edificio? —intervino Mauro, llevándose el móvil a la oreja.

—He dicho que este es un momento de chicas.

—Alex, grandullón, ¿has terminado de hacer de niñera? Bien, nos vemos

en el edificio.

El rostro de Dani pasó de mosqueo total a devoción infinita. No pude evitar sonreír.

—Anda, ve con ellos. —Me puse en pie—. Estaré bien, y ya has hecho más de lo que cualquiera esperaría.

—Tú también estás incluida en la invitación, Carusso —aclaró Mauro consciente de que su primo no se había movido del lugar.

Me tensé un poco. Ir al epicentro Gabbana no era el mejor plan del mundo.

—No creo que sea buena idea. Además, tengo que terminar el trabajo de física.

—Cristianno también, ¿verdad? —se burló Dani, y entonces el nombrado se puso en pie y se ajustó la chaqueta sin quitarme ojo de encima.

—Haced lo que os dé la gana.

—Venga, vamos, te vendrá bien. —Dani me cogió del brazo y tiró de mí—. Así te despejas.

### Cristianno

---

Me parecía increíble que la Carusso estuviera bajo mi maldito techo, con sus altivos dedos enroscados a una taza de café y una sonrisilla pedante en esa tonta boca. Para colmo, sabía muy bien que no había dejado de observarla desde que habíamos llegado y la muy arrogante se hacía la loca.

Había empezado a atardecer. Los últimos rayos del sol se colaban por los ventanales y tintaban el agua de la piscina cubierta de un tono anaranjado y púrpura.

Solíamos subir allí a pasar la tarde. Nos echábamos unas risas y jugábamos a alguna tontería que se le ocurriera a Eric o Mauro. A veces incluso hacíamos el gilipollas siendo los modelos de Luca. Todavía estaba luchando por borrar la foto que me había hecho con una boa de plumas rosas del tamaño del circuito de Mugello.

No sabía bien cómo tomarme que Kathia estuviera peligrosamente cerca de pasar a formar parte de esos momentos. De hecho, ni siquiera sabía por qué coño le daba tantas vueltas.

«Una tía que no aguantas está profanando tu templo», me hostigué a mí

mismo, y era una suerte que no le hiciera mucho caso a esa voz interior.

Kathia suspiró y sonrió ante la estúpida caída de Mauro. Habían improvisado una partida de tenis de mesa y Dani hacía de árbitro.

Pero por mucho que mi primo le hiciera reír, no terminaba de sentirse cómoda y no me parecía que fuera porque estuviera en el edificio Gabbana.

—¿Todavía estás pensando en lo de ayer? —pregunté de súbito.

Mierda, eso fue una gran tontería. Pero ya no había vuelta atrás, había captado su atención.

—En realidad no —me aseguró—. Observaba a los chicos... Son divertidos.

—¿Te llevas bien con el Bianchi?

«Te estás culminando, imbécil». Y Kathia también lo sabía. Frunció el ceño y tragó saliva, sin saber muy bien cómo salir de aquella situación.

—¿Tratas de mantener una conversación civilizada conmigo?

Lo único que pude hacer fue encogerme de hombros. Tal vez porque una parte de mí necesitaba con urgencia saber qué mierda pintaba Valentino en su vida. Una espina clavada, por así decirlo.

—No es que me lleve bien... —se sinceró—. No tengo más remedio.

—¿Por qué?

—Bueno, se ha autoproclamado mi protector, además de mi chófer y yo qué sé qué más... No me lo quito de encima.

—¿Por qué no le dices que no quieres su compañía?

—No es tan sencillo...

—¿Por qué?

Madre mía, aquello parecía un puto interrogatorio en vez de una conversación normal entre adolescentes.

—Mi padre... lo tiene en alta estima. Siempre insiste que esté con él y esas cosas... Es un poco molesto, pero bien mirado, Valentino normalmente es amable conmigo...

Fruncí el ceño. ¿Acaso Angelo Carusso buscaba algo? ¿Quizá emparentarse con los Bianchi a través de Kathia?

—¿Te gusta? —Sí, definitivamente estaba perdiendo la cabeza.

—¿El qué?

—Ese hijo de... Quiero decir, Valentino. ¿Te gusta?

—¡Por supuesto que no!

Justo entonces, el nombre del maldito Bianchi comenzó a palpar en la pantalla del móvil de Kathia.

## Kathia

---

Tenía que admitir que, aunque el tema de conversación no era del todo atractivo, me entusiasmó bastante poder hablar con el Gabbana sin sentir deseos de matarle.

Pero todo buen momento tiene su final, y no importaron las ganas que tuviera de seguir conversando con él.

Ambos echamos un rápido vistazo a mi teléfono antes de volver a clavarnos la mirada. Yo ya sabía que Cristianno era imposible de leer para mí, pero en ese instante me pareció entrever un pequeño rastro de fiereza en sus ojos, como si no le hubiera hecho ni pizca de gracia que el Bianchi interrumpiera nuestra tertulia.

No supe cómo sentirme ante esa aparente reacción. Pero él se encogió de hombros y me indicó con un gesto de barbilla que respondiera de una maldita vez. Detalle que tiró por tierra mis suposiciones.

«Tal vez porque yo he sido la única que creía estar disfrutando de este momento».

Me levanté de la silla, con el teléfono en la mano, y descolgué acercándome a los ventanales.

—Valentino... —murmuré.

Cristianno no me quitaba ojo de encima y yo por poco me quedo embobada analizando la exuberancia de su rostro, ahora recortada por las luces del atardecer. Sus pupilas terriblemente azules refulgiendo, como si fueran dos piedras mágicas.

—¿Dónde estás? —gruñó Valentino al otro lado de la línea, empujándome a la realidad, a ese abismo que me separaba de Cristianno.

—Hola a ti también —ironicé.

—Kathia, tu madre está preocupada por ti. Te dejó bien claro que avisaras si decidías salir.

Resoplé. La actitud de mi madre bien podía parecer la de una niñata impresentable y consentida sin ningún tipo de empatía por nada que no fuera exclusivo.

«Más bien porque ella es así, Kathia, querida».

—Y si tan preocupada está, ¿por qué no es ella quien llama?

—¿Dónde estás? —Me ordenó él.

Lo de que era amable se me estaba empezando a olvidar.

—Cálmate, Valentino. He ido a San Angelo a estudiar...

—He estado allí y me han dicho que no has pisado el colegio en toda la tarde.

Fruncí el ceño. Cristianno seguía observándome y, aunque no escuchaba nada, pudo ver el escalofrío que me recorrió, y es que el Bianchi estaba vigilándome.

—Valentino.

—Si mientes comenzaré a preocuparme...

—Estoy dando un paseo con Daniela —protesté—. ¿Por qué demonios tengo que darte tantas explicaciones?

—Entonces, ¿por qué me mientes? —exclamó él.

—No me grites.

—Voy a buscarte. ¿Dónde estás ahora mismo?

Santo cielo, aquello se estaba convirtiendo en un maldito acoso.

—Iré yo misma.

—Kathia... —me advirtió.

—Estoy de camino, ¿vale?

—Dime de una maldita vez dónde estás, joder.

El tono de voz de Valentino no prometía nada bueno. Más que enfadado conmigo, parecía obsesionado por tenerme a su alcance.

Miré a Cristianno. No sé muy bien qué pretendía, pero mi cuerpo fue incapaz de controlar la tensión que me embargaba en cuanto di con sus ojos. La fuerza que desprendían penetró en mí como un huracán. No creo que él supiera del poder que ejerció, pero desde luego tuvo que suponerlo si no dejó de contemplarme.

Tragué saliva, nerviosa ante el escrutinio y también porque la respiración de Valentino se estrellaba contra el micro, erizándome la piel de puro rechazo. No podía decirle que estaba en el edificio, no cuando él mismo me había ordenado que jamás me acercara a Cristianno.

Ciertamente no le debía nada ni tenía por qué obedecer, pero temí las consecuencias, y Cristianno se dio cuenta. No hicieron falta las palabras para que supiera que me encontraba en una encrucijada.

Él se recompuso en su asiento, frunció los labios e inesperadamente asintió con la cabeza, invitándome así a responder.

Yo cogí aire, volví a tragar saliva y agaché la cabeza.

—En el edificio Gabbana —declaré.

—¿¿Qué?! ¿¿Pero qué...?! —gritó Valentino—. Mira, voy para allá, y

espero que tengas una buena explicación, Kathia. De lo contrario...

Colgué. No lo soportaba. No tenía ni idea de qué demonios pasaba, por qué tanto control sobre mí. Me trataban como si fuera una cría estúpida, como si tuvieran que protegerme de todos los males del universo, cuando en realidad ni siquiera habían aparecido por el internado los días de Navidad.

Estaba furiosa. Sentía la indignación recorriendo todos los rincones de mi cuerpo. Empecé a recoger mis cosas sin cortarme ni un pelo en demostrar ese enfado.

—¿Te vas? —preguntó Cristianno con un matiz de ironía.

—Sí. Despídeme de los chicos.

Me puse el abrigo.

—¿Desde cuándo te controla?

—No lo sé, ¿vale? —clamé dejando que mis brazos cayeran sin fuerza.

Sé que Cristianno se contuvo, que no respondió como hubiera deseado. Pero el modo en que ahora me observaba habló por él y me molestó percibir mordacidad. Me acerqué y le miré desde arriba.

—Acabas de ver lo asquerosamente insoportable que a veces es mi vida. Te pediría que, si tienes una pizca de empatía por algo ajeno a tu pene, me dejaras en paz y mantuvieras quieta esa lengua viperina que tienes.

Alzó las cejas incrédulo, y asintió con la cabeza.

—Porque en realidad ninguno de los dos necesitamos esto, ¿no?

—Es bueno que lo sepas.

—Bien. ¿Sabrás salir sola? —No me estaba echando de su casa, pero sonó como tal.

—Sí.

Traté de encaminarme hacia la puerta, pero Cristianno me detuvo capturándome de la mano. Con sus dedos rodeando mi muñeca, lentamente, se puso en pie y se encargó de mantener una distancia muy corta entre los dos.

No me atreví a mirarle.

—Cuídate, Carusso —susurró antes de liberarme.

Salí de allí sin saber muy bien qué había querido decir. Supongo que los latidos de mi corazón no me permitieron razonar como era debido.

## Capítulo · 14

Cristianno

---

No dejé de mirar a Kathia hasta que desapareció por la puerta. Justo entonces descubrí la división que sentía. Por un lado, no me importaba lo que pudiera llegar a pasarle, no me interesaba nada de ella y mucho menos sus malditos escarceos obligados con el canalla del Bianchi.

Esa era la parte que yo creía que vencía.

Sin embargo, existía un pequeño rincón en mi mente que insistía en Kathia y me despertaba un desquiciante instinto de protección, que llegaba incluso a equipararse a la irremediable atracción que sentía por ella. Detestaba ambos sentimientos. Odiaba la influencia que tenían sobre mí. Pero era absolutamente estúpido negar que llevaban conmigo más tiempo del que estaba dispuesto admitir.

«Nadie tiene por qué saberlo. Al menos hasta que yo mismo esté seguro de qué hacer», me dije.

Mauro, Dani, Alex, Eric. Ellos no preguntarían por qué demonios insistía en ser un maldito imbécil con Kathia. Me conocían demasiado y entendía que mi naturaleza no era la de un miserable.

Así que ninguno de ellos me juzgaría para bien o mal si les pedía algo, cualquier cosa, por extraña que fuera.

Me acerqué y rodeé la cintura de Daniela apegando su espalda a mi pecho. Aquella preciosa chica se acomodó entre mis brazos y comenzó a reír cuando decidí hacerle cosquillas con la punta de la nariz.

—No me distraigas con tus caricias —exclamó antes de que Alex me tirara una pelota a la cabeza. Le saque la lengua para mofarme de él.

—Dime, Dani... —comenté y todos se detuvieron a prestarme atención—. ¿Qué opinan tus padres sobre pasar una noche fuera de casa en mitad de la semana?

Ni siquiera Mauro disimuló la extrañeza.

—Son liberales, ya lo sabes. Pero controlan bastante bien —admitió mi

amiga.

—Eso quiere decir...

—Que tendría que dar miles de explicaciones para que me lo permitieran.

—¿Se te ocurre alguna?

—¿Un examen en el que necesito ayuda?

—Suenan bien.

—Y ahora es el momento en que me dices por qué he de mentir a mis padres.

Valentino era la razón.

No había escuchado su voz, tan solo un ininteligible murmullo. Pero las respuestas de Kathia me lo dijeron todo. El Bianchi no aceptaría una simple discusión. Lo conocía tan bien como a la palma de mi mano y sabía qué reacciones tenía ante algo que escapaba a su control.

Muy probablemente, Kathia dormiría esa noche con algo más que un simple disgusto en el cuerpo, teniendo en cuenta que Enrico llegaba tarde de trabajar.

Creo que todos empezaron a sospechar lo que sucedía en cuanto detectaron la ausencia de la Caruso. Dani frunció el ceño al volver a mirarme.

—Parece ser que al pequeño Bianchi no le ha sentado nada bien que nuestra nueva amiguita nos visite —les revelé.

—Mierda... —masculló mi amiga antes de coger su móvil y llevárselo a la oreja—. Mamá... Verás, tengo un pequeño problema...

Kathia

—

Pasaron diez minutos hasta que el coche de Valentino se detuvo a los pies del edificio Gabbana como alma que lleva el diablo; incluso las ruedas chirriaron al frenar.

Se bajó a toda prisa del coche y se lanzó a mí con paso acelerado. Durante el poco tiempo que le llevó alcanzarme analicé dos cosas: su rostro y el ácido temor que invadió mi pecho.

Siendo honesta, yo era una chica demasiado insolente como para acobardarme por un detalle tan estúpido. Pero la actitud de Valentino prometía

mucho más que un simple enfrentamiento o incluso una tentativa de agresión. Supe entonces que mi habilidad para leer a las personas había dado en el blanco al sospechar que el Bianchi no era de fiar.

Lo confirmé cuando me cogió de los brazos y me empujó hacia el interior del portal para que nadie pudiera vernos.

—¿Qué demonios dije, eh? ¿Qué te dije, Kathia?

Comenzó a zarandearme, hasta que aparté sus brazos y le miré estupefacta.

—¿Tú te estás viendo? ¿En serio vas a tratarme de esta manera simplemente porque he salido a dar un paseo con mis amigos?

—Creí habértelo dejado claro y confié en que me harías caso.

—Es que no sé por qué debo hacerte caso, Valentino.

Mostró tanta furia que no daba crédito. Sus dedos se clavaron en mis brazos con rudeza.

—Tú...

—No —le interrumpí—. Puedo entender que tengas intenciones conmigo. Incluso que te creas en la obligación de protegerme. Pero eso no te da derecho a tratarme así, ni mucho menos a creerme de tu propiedad.

No le consentiría a nadie que me convirtiera en su muñeca de porcelana dispuesta a sus intenciones, fueran cuales fueran.

—No creo que sea tan difícil hacer lo que te digo.

—¿Y por qué debería? ¿Acaso te conozco mejor que a ellos?

—Te he permitido...

—¿Permitido?

Me asombró su elección de palabras. Pero al ver que él retomaba la frase como si jamás le hubiera interrumpido supe que eran perfectamente deliberadas.

—Tienes permitido hablar en los momentos en que sea necesario, pero debes aprender a manejar los límites.

—¿Y cuáles son los míos?

—Llegan hasta donde te dije. —Acatar lo que él y mi familia ordenara—. Y si no eres capaz de obedecer, tendré que buscar el modo de hacerlo.

—Obligándome.

—Sí, si es necesario.

Sonreí atónita. Era tan chocante lo que me estaba sucediendo que incluso comencé a ver borroso. No imaginé que la dominación y el sometimiento fueran así.

—¿Qué es esto? ¿Qué significa?

—Acabo de decírtelo. Esto es Roma, Kathia.

—¡Ey, Carusso! —exclamó Daniela, desconcertándonos—. ¡No me has esperado! ¡Te dije que iba al baño y cuando salgo me encuentro con que ya no estás!

Fruncí el ceño. No tenía ni idea de lo que se proponía y me extrañó aún más verla con aquella mochila de piel marrón. Ella tan solo había traído un pequeño bolsito negro en el que apenas cogía su teléfono y monedero.

—Yo... —No sabía qué decir, pero ella no dejaba de sonreír.

—Hola, Valentino —saludó.

—Hola.

—Kathia y yo hemos quedado para estudiar.

«¿Está tratando de protegerme?».

—¿Aquí?

A Valentino le extrañó el lugar y yo creí que Daniela no sabría responder, pero me sorprendió descubrir que esa chica tenía salida para todo.

—Fabio tiene una biblioteca personal que es la envidia del país. Tú mismo te has nutrido de ella.

—Ya. ¿Y tus libros, Kathia?

«Mierda, nos va a pillar».

Sin embargo, Daniela abrió su mochila y mostró su interior. Fue fácil deducir las libretas de Mauro y Cristianno. Pero ese era un detalle que Valentino desconocía.

—Aquí. Como no ha traído bolso, he guardado sus libretas en el mío. Tiene una letra preciosa.

El Bianchi empezaba a convencerse.

—Entiendo. ¿Cristianno...?

—Supongo que estará con Alex —atajó Daniela—. Hoy tenía que cuidar de sus sobrinos o eso dijeron a la salida del colegio. ¿Verdad, Kathia?

—Algo así, sí —comenté, todavía desconcertada.

—En fin... ¿Nos llevas, Valentino? Voy a quedarme con Kathia esta noche, mañana tenemos un examen y debemos empollar.

—Sí, ah... Se nos están atascando ciertas fórmulas —especifiqué ante la incredulidad de Valentino.

—¿Examen en pleno inicio del trimestre?

—¿Tú recuerdas a la «terminator»? —Inesperadamente, Daniela se enroscó a su brazo y comenzó a parlotear mientras le animaba a caminar hacia

el coche—. Esa mujer es un diablo. No te imaginas la cantidad de tarea que nos pone cada día. Una locura. ¿Ya era así cuando tú estabas en cuarto?

—Sí...

Dejé de escuchar al detenerme en el filo del portal. Sabía que Daniela continuaba dándole conversación a Valentino y que este trataba de parecer cordial. Pero yo estaba más pendiente de la sensación en mi nuca.

Desvié la vista hacia las escaleras convencida de que allí no habría nadie y que todo serían imaginaciones mías. Pero mis instintos no se equivocaron. Cristianno lo había visto todo, allí escondido.

Me miró con fijeza.

Hubiera querido sostener aquellos ojos por más tiempo, pero suspiré y me alejé de allí sintiendo un extraño resquemor en la boca del estómago.

Más tarde, después de cenar, ducharnos y acomodarnos en mi habitación, me encogí de piernas en mi cama y miré a Daniela.

—¿Te lo ha pedido él? —pregunté y ella sonrió.

—Ya te dije que no es tan cabrón como parece.

—Lo parece, eso desde luego.

—Es un chulo de gran corazón. —Ambas soltamos una carcajada—. ¿Tienes problemas con el Bianchi?

—Y ni siquiera sé el motivo. ¿Te lo puedes creer?

—Oye... —Se acercó a mí y cuchicheó—: ¿Crees que si nos pasamos la noche entera parloteando y comiendo como cerdas seremos capaces de rendir mañana?

—No sería la primera vez que me duermo en clase —le confesé.

—¡No te creo!

—En serio.

—¡Cuenta, cuenta!

—Estábamos en plena clase de alemán...

Cristianno

---

—¿Por qué la has protegido? —me preguntó Mauro.

Estaba repantigado en el suelo, con la espalda apoyada en mi cama mientras trasteaba su móvil. Yo, en cambio, me había acomodado ya sobre el colchón y observaba el techo consciente de lo mucho que me costaría dormir

esa noche.

—No tiene la culpa del tipo de hombre que es Valentino —admití.

Basándome en la personalidad de Kathia, su forzada ignorancia era algo que con el tiempo le traería problemas. El Bianchi no era ni de lejos alguien honesto.

—¿Solo por eso? No, Cristianno. Sé que hay más. —A Mauro no le valían las verdades a medias.

—Estoy pensando en la manera de protegerla de mí mismo.

Llevaba unos días tratando de encontrar un método eficaz que arrancara a Kathia de mi pensamiento y estaba empezando a pensar que lo mejor sería un absoluto rechazo. Pero no sabía cómo llevarlo a cabo.

—¿Es necesario para ti?

—Muchísimo.

—¿Por qué?

—Porque ninguno de los dos necesitamos este maldito desconcierto. Terminará por volvernos locos.

No podía perder el tiempo pensando en todo lo que Kathia me hacía sentir. No quería y, mierda, tampoco estaba preparado.

Pero a Mauro no le sirvieron de mucho mis metáforas. Para él todo lo que no fuera exacto apenas tenía sentido, y opinaba igual, pero ahora no sabía cómo ser realista conmigo mismo.

—Ha pasado algo más que no me has contado, ¿verdad? —indagó y yo lo miré incrédulo.

—Eso es acoso, Mauro. Si no dejas que piense tranquilo, entonces, ¿qué me queda?

—Nada, y ahora desembucha.

No tuve más remedio.

—Creo que la cagué un poco cuando fuimos a su casa.

Le conté lo que pasó, que estuve a punto de besarla y que después la llamé chica fácil por segunda vez, ganándome así un muy certero revés en toda la boca.

—Vaya... —Mauro pestañeó cuando terminé de hablar—. Así que... ¿Buscabas resarcirte con lo de esta tarde?

—No, exactamente... O, tal vez, sí. Yo que sé... Me estoy volviendo loco, joder.

—Tendrás que ser consecuente con lo que hagas —me recomendó consciente de mis intenciones—. Una simple broma pesada no hará que te odie

profundamente.

—Según ella, ya lo hace.

—Es tan mentirosa como tú.

—¿Por qué no te vas un rato a la mierda? —Le di un pescozón que lo animó a subirse a mi cama.

—Uf, qué pereza. Está muy lejos y tengo sueño. Echa tu culo pesado para allá y dame un poco de manta. Eres demasiado egoísta.

—Joder, porque esta no es tu cama. Lárgate de aquí.

Se acomodó a mi lado, dejándome apenas medio metro de colchón y un trocito de sábana. Aquella maldita costumbre suya de dormir conmigo... Dios, cuánto me molestaba. Sobre todo, cuando fingía unos ronquidos.

—Mauro. ¿Mauro...? Mierda... —Me resigné, justo como él quería.

—Buenas noches, bizcochito mío —me susurró colando su mano bajo mi jersey.

Le di un manotazo.

—¡No me pellizques los pezones, capullo!

—Están suavécitos...

—¡Auch! ¡Mauro!

## Capítulo · 15

Kathia

---

Fue una semana considerablemente más amable que la anterior.

Me había acostumbrado a mis compañeros, ya casi nadie me miraba como la nueva. La relación con mis amigos iba viento en popa. Daniela era una chica increíble, me divertía mucho con Luca y sus ideas y Erika parecía un poco más accesible.

Con respecto a los cuatro jinetes del apocalipsis, podía decir que eran encantadoramente brutos y divertidos.

Sin embargo, con Cristianno la cosa seguía sin avanzar. Apenas cruzábamos palabra, siempre tratábamos de esquivarnos y, aunque sus insoportables puyas habían menguado considerablemente, de vez en cuando dejaba su sello.

Pero siendo un poco más precisa, era cierto que le había notado más retraído y distante con todo el mundo. Según Daniela, no era algo habitual en él, pero tampoco quise preocuparme demasiado. Además, llevábamos unos días preparando una salida, y ahora era tiempo de disfrutar.

Bajé del vehículo del chófer de Erika cuando llegamos a nuestro destino. Esa tardé decidí venir a casa y prepararnos juntas, así que me sentía radiante de alegría. La cosa parecía que volvía a funcionar entre nosotras, o eso quería creer.

Una exuberante Daniela nos esperaba en la puerta del local junto a Luca. Eternia era un club muy selecto en Roma. Allí iba gente famosa y rica y las colas para entrar podían durar toda la noche; algunos siquiera conseguían poner un pie dentro. Por suerte, nosotros éramos invitados privilegiados al ser amigos directos de los hijos de los dueños.

Daniela se enganchó a mí y me habló al oído después de saludar al portero, un tal Nicole.

—No es por amargarte la noche, pero quiero que sepas que este club pertenece a los Gabbana.

—Lo sé... ¿Por qué?

Comenzamos a bajar unas escaleras de cristal. La pared era de tela blanca y se podía ver, en forma de sombra, a unas bailarinas mecerse al son de la música.

—Pues que no es de extrañar que te encuentres al coco.

Suspiré. Daniela era la única que sabía lo ocurrido entre Cristianno y yo. Se lo había contado la noche que se quedó a dormir en casa, cuando el amanecer asomaba.

Era algo que debería haber hablado con mi mejor amiga, pero extrañamente preferí no decirle nada. Teniendo en cuenta el poco tiempo que habíamos compartido juntas y lo rara que Erika estaba, no me sentía cómoda hablándole como si nada.

Nos acercamos a un retirado vip y Luca se colocó delante de mí impidiendo que me sentara.

—Espero ansioso por ver ese modelito que me suena a... —Se acercó a mí y comenzó a olisquear—. ¿Es un Dolce & Gabbana?

—¿Cómo lo has sabido?! —exclamé quitándome el abrigo al tiempo que caía en el nombre de la marca.

¿Cómo demonios había podido ser tan estúpida?

Trate de disimularlo mientras Luca comenzada a hacer aspavientos a mi alrededor.

—¡Oh, cielos! —exclamó—. Estás asquerosamente sexy. ¡Deja que te haga una foto, nena! Pienso subirla a mi blog.

## Cristianno

---

—No comprendo por qué hemos tenido que venir —dije resoplando mientras una de las gogó de la barra del primer piso me acariciaba el mentón.

Cogí su mano y tiré de ella. Su atuendo de ángel negro me hizo divagar tanto que nos imaginé echando un polvo sobre la tarima.

—¿Serás mala conmigo esta noche? —le susurré en los labios al acercar un dedo a su boca.

La muchacha sonrió antes de lamerlo.

—Mucho... —Retomó su baile metiéndose mano indiscretamente.

La observé sonriente antes de que Mauro me arrastrara.

—¿Es que no piensas dejar nada para los demás?

—¿Qué me dices de Erika? —Sabía que aquello le molestaría.

Mauro apretó la mandíbula y me dio un puñetazo en el hombro.

—¿Y tú? ¿Qué me dices de Kathia?

Me quedé inmóvil mientras digería aquel golpe bajo. Para mi desgracia, sabía que se encontraba allí. Alex nos había arrastrado a todos porque quería estar con Daniela. Y como todos queríamos que se liaran de una maldita vez, pues allí estábamos, de amables y bondadosos aguantavelas.

De repente, Mauro se detuvo en seco provocando que me chocara con su espalda. Le miré preparado para soltarle un improperio, pero me lo tuve que tragar en cuanto vi que Eric y Alex estaban igual de alucinados que mi primo, siendo los primeros en iniciar aquel estúpido choque en cadena.

Mi primo me dio un manotazo en el pecho para que mirase hacia el mismo lugar que ellos. Y allí estaba. Llevando un vestido tortuosamente corto de brillantes azules, mangas largas y espalda al aire, escondida bajo su largo cabello. Aquellas piernas de infarto calzaban unos zapatos de un tacón que prolongaban su esplendor.

Kathia se colocó el cabello a un lado, liberando su piel de cualquier obstáculo. Sensual, provocativa... Era imposible no pensar en... sexo.

«Mierda... Estoy muy jodido», pensé antes de tragar saliva. Mis amigos iban a machacarme durante toda la noche.

—¿Todo eso es suyo? —preguntó Alex.

—Me temo que sí —respondió Eric.

—¡Dios santísimo! Está... —Mauro ni siquiera pudo terminar.

—Me cago en la puta... —resoplé antes de que Laura tirara de mí y me arrastrara a la pista de baile.

No puse impedimentos porque no me encontraba en plenas facultades. Todas ellas se las había llevado Kathia y su puñetero vestidito.

Laura me apoyó en la pared y comenzó a bailarme al son de la música que seleccionaba nuestro querido Joni, uno de los mejores dj de toda Italia.

No pude apartar la vista de Kathia, ahora encaminándose hacia la barra ignorando lo mucho que llamaba la atención de los hombres que había en la zona. Me entraron ganas de saltar sobre sus cabezas, pero de haberlo hecho tendría que dar muchas explicaciones.

Me contuve, por mi bien mental, y lo conseguí. Hasta que ella se detuvo y me clavó la mirada. Desde luego, pude apreciar muchas cosas en aquellos ojazos grises y una de ellas era un profundo odio.

## Kathia

---

Miré a Cristianno mientras Laura danzaba pegada a él, insinuante y atrevida. Se restregaba contra su pecho, moviendo las caderas sobre su pelvis con toda la intención de incitar al Gabbana. Me fastidiaba tener que admitirlo, pero lo cierto fue que me molestó verles tan cerca el uno del otro.

El humo comenzó a salir de las máquinas del techo y parecía brillar gracias a los focos y a las bolas de cristal. La imagen de Cristianno se difuminó, pero seguía latente.

Nos contemplábamos con intensidad, como si esperásemos que ocurriera algo. Una lucha encarnizada entre los dos, quién sabía. Entonces, la música se hizo más vehemente y Cristianno la empleó de excusa para acercarse aún más a Laura, por si no fuera suficiente. Colocó sus manos en las caderas de la chica y la hizo seguir el auténtico ritmo de la canción.

Rebosaba sensualidad, bailaba como todas las mujeres desean que baile su hombre, al ritmo perfecto. Sus pelvis se topaban y sus rodillas se entrelazaban, como antesala de lo que estaba por venir.

Cristianno, finalmente, besó a Laura sin dejar de mirarme. Me observaba jocosamente, disfrutando de que yo estuviera presenciando aquello, y Dios sabe cuánto deseé encontrar la valentía para ir hasta allí y arrancarle los ojos. Pero, por suerte, pude controlar la marea de cólera que rugió en mi pecho y retomé mi camino hacia la mesa. Solo dejé de mirarle cuando la gente lo impidió. Podría vengarme de eso, estaba segura.

«¿Por qué deberías hacerlo? No te ha hecho nada», me dije y era cierto. Sin embargo, no le daría explicación a la mala hostia que sentía, y punto.

Cuando llegué a la mesa, me encontré con que se nos habían unido los chicos. Eric me abordó dándome un abrazo. Mauro me observó de arriba abajo sonriente y Alex me guiñó un ojo.

—¡Eres lo mejor que hay en este club, hermosura! —gritó Eric.

Lo empujé modesta y un poco tímida.

—Parece que nunca has visto a una chica con un vestido. —Me senté al lado de Mauro.

Este me dio un beso en la mejilla.

—Estás impresionante. —Me llamó la atención su forma de hablarme. Se acercó aún más a mí—. No hagas caso a nada de lo que diga Cristianno. Ni él sabe que le pasa —me susurró al oído antes de volver su atención a Erika, que

ya parecía algo frustrada por que todo el protagonismo recayera en mí.

¿Qué quería decir Mauro con aquello?

Ahora sonaba Rihanna, una versión actualizada de uno de sus grandes temas. Eric tomó las manos de Luca y las comenzó a mover de un lado a otro. No pude contener la risa.

—Me encanta cuando dice «Esta noche estoy caliente, te dejo ser el capitán» —canturreó Luca mirando de reojo a Eric con cara de felicidad—. En general, me encanta Rihanna.

—A mí me gusta que hable de sexo de esa manera tan desenfadada. —Reconocí esa voz, estaba demasiado cerca. Cristianno tomó asiento justo a mi lado mientras sus amigos cruzaban miradas cómplices—. Resulta tan... incitador. —Se acercó a mí creyendo que me alejaría—. Además, al parecer, le gusta hacerlo en la calle. ¿Tú qué opinas, Kathia?

No dejé de mirarle ni un instante.

—¿De Rihanna o del sexo en la calle? —le desafié y atraje aún más su atención cuando me humedecí los labios con la punta de la lengua.

Supe que le había hipnotizado porque ni siquiera se atrevió a tragar saliva. Pero solo duró hasta que moví las piernas. Ellas enseguida captaron su atención.

—Preferiría que contestaras a lo último —sonrió morbosamente.

—Creo que cuando se trata de hacerlo da igual el lugar y eso tú lo sabes bien, ¿no, Cristianno?

Soltó una carcajada. Me removí en mi asiento al percibir su aroma tan cerca de mí. Me había puesto nerviosa.

—En fin, ¿por qué no bailamos un poco? —dijo Daniela rompiendo la tensión que se había producido. Me guiñó un ojo.

—Hmm, de acuerdo —aceptó Cristianno levantándose. Se bebió el contenido de su copa y me miró de nuevo—. Dime, Kathia, ¿sabes bailar?

Comenzaba a fastidiarme que quisiera cabrearme con tanta insistencia. Pero no iba a darme por vencida.

—Depende del estilo.

—Elige el que sea. Sabes moverte, ¿no?

Luca aplaudió entusiasmado y Mauro resopló mientras negaba con la cabeza. Él sabía lo que se avecinaba, a diferencia de mí.

—¡Me encanta! Ojalá pudiera bailar decentemente y no como un pato —dijo Luca con una voz un tanto nostálgica.

—No bailas tan mal. —Le animó Eric.

Erika se removió en su asiento y por fin participó en la conversación. Aunque lo hizo de una forma que nunca me hubiera esperado.

—No sabe bailar y mucho menos a tu ritmo. Es demasiado complicado para ella.

Se tiró en el sofá, cruzó los brazos y soportó las miradas extrañadas que Dani y yo le lanzamos. ¿Acaso intentaba humillarme?

—Bah, tonterías —sentenció Cristianno. Antes de desaparecer.

Creí que por fin podría descansar de él, cuando de repente la música dejó de sonar y se oyó su condenada voz en todo el local. La gente se volvió loca y rompió a aplaudir como si de su ídolo se tratara.

—Bien, quiero que hagáis un círculo en la pista de baile y que Kathia Carusso salga de su escondite. ¡Vamos, da la cara, chihuahua! —Al escuchar mi nombre casi me desmayo. ¡No podía creerlo!—. Venga, Kathia, ¿dónde estás? ¡Allí, por favor, enfocad allí! —clamó hasta que el foco me encontró.

Daniela se quiso morir, sentimiento que enseguida compartí con ella, y los demás rompieron a reír, excepto Erika, que ni siquiera parecía estar allí.

—Supongo que no me queda otra, ¿no? —dije resignada.

Nadie respondió. Al menos, no con palabras. Todos sabían que, si no aceptaba, Cristianno me arrastraría a la pista de baile.

Mierda, ¿por qué tenían que pasarme esas cosas? ¿Es que no podía disfrutar de una noche normal y corriente?

—¡Oh, vamos, Kathia! ¡No te hagas de rogar! ¡Joni, dale la caña, *baby*! —Bajó de la tarima y corrió hacia mí mientras yo me adentraba en el círculo entre los vítores de la gente.

Estaba completamente avergonzada. En definitiva, mis venas dejaron de transportar sangre, toda ella se había congregado en mi rostro.

—¡Marchando algo bien caliente! —aulló el dj animando aún más el cotarro.

La gente estalló en gritos cuando Cristianno me cogió del brazo y me arrastró al centro. Al menos, cien personas nos contemplaban.

—A ver cómo sales de esta, cariño —susurró antes de que me deshiciera de sus brazos dándole un empujón.

—Pienso matarte en cuanto acabemos con esto.

—Espero ansioso.

Comenzó a mover la pelvis en cuanto la música retumbó en todos los rincones de la discoteca. Efectivamente, era un buen bailarín, además de importarle un comino que todo el mundo le estuviera mirando. Tan seguro de sí

mismo, Cristiano se movía lento, suave, sexy. Excitaba a cualquiera. Incluso a mí, para qué mentir.

Le observé presuntuosa y esperé mi momento mientras me acercaba a él. Ya estaba metida en el asunto, no había vuelta atrás. Así que lo mejor era hacerlo tan bien como él y jugar como era debido.

—No sabes con quién te has metido, Gabbana —le murmuré antes de arrancarle una exclamación.

Al final, terminaría dándole la razón a Daniela. Resultaba que sí éramos iguales.

### Cristiano

---

De todas las cosas que podía esperar, aquella fue la más impensable. Kathia no solo bailaba bien, sino que lo hacía enviándome un mensaje: «¿Qué opinas ahora, gilipollas?».

Pero si esperaba fastidiarme, más bien logró todo lo contrario. Me provocó y mucho. Así que me crucé de brazos y observé cómo se contoneaba para el deleite de muchos.

Movía las caderas hipnóticamente, deslizándose por la pista hasta llegar a mí y encargarse de estremecerme con su cercanía. Se inclinó un poco y me oteó desde abajo antes de enderezarse rozando mis piernas con sus muslos.

Pegó sus caderas a mi pelvis. Sus ojos a unos centímetros de los míos, separación que no existía entre nuestros cuerpos.

—Deberías mantener tu cuerpo algo más relajado —dijo frunciendo los labios.

Miré hacia abajo arqueando las cejas y negué con la cabeza al chasquear la lengua.

—Eso es imposible si tú estás cerca, cariño.

La cogí de las caderas y la empujé contra mí.

Nos movimos al unísono, provocándonos el uno al otro. Ella incluso rodeó mi cuello y yo pude hacerme con el control completo de su cintura.

El círculo rompió a aplaudir y vitorear conforme se deshacía, consciente de que aquello era un buen empate técnico.

Rodeados de gente saltando y gritando, nos detuvimos a contemplarnos. Pensé que podía durar, que estaríamos así de pegados toda la noche. Pensé

incluso en lo mucho que me gustaba tenerla entre mis brazos, en lo bien que su precioso cuerpo se adaptaba al mío.

Pero Kathia despertó de aquella momentánea tregua.

Me empujó y se escabulló entre la gente, dejándome como un estúpido en medio de la pista.

Suspiré y sonreí al mordirme el labio. Para ella, seguramente, era sencillo, pero yo tardaría horas en recuperarme. Una maldita erección como aquella no desaparecería así como así.

## Kathia

---

Salimos de la discoteca alrededor de las dos de la madrugada. No había visto a Cristianno desde nuestro peculiar baile, había sido como si se lo tragara la tierra.

Erika fingió encontrarse mal y se marchó en un abrir y cerrar de ojos, dejándome con la palabra en la boca tras indicarme que me buscara la vida, y es que esa noche iba a dormir en su casa.

—Bah, que le den. Es una estirada de mierda. Te quedas conmigo y punto —me dijo Daniela, sentenciando mi amor por ella.

Silbó para llamar la atención de un taxi que venía por la calle. El coche se detuvo enfrente antes de que ella me mirara.

—¿Podrás soportarlo? —preguntó mientras yo rememoraba el incidente con Cristianno.

Nos echamos a reír como locas al cruzar la calle. Entonces el Bugatti de Cristianno frenó en seco a unos centímetros de mis piernas con toda la intención de asustarnos.

A Daniela se le escapó un grito intentando alejarme, pero yo me quedé quieta observando el rostro risueño del Gabbana, que torció el gesto y me envió un beso.

—¡Puto Cristianno! ¡Voy a cortarte las pelotas, imbécil! —gritó nuestra amiga.

—*Sorry!* —exclamó él sacando medio pescuezo por la ventana.

Cogí aire antes de unirme a su sonrisa al tiempo que una idea cobraba fuerza en mi mente. No le haría daño real, eso desde luego, pero le molestaría horrores. Con todo el dolor de mi alma (por el coche, claro), clavé mi tacón

en el faro delantero y lo hice estallar en mil pedazos dejando a Cristianno noqueado.

Salió del coche hecho una furia, se dirigió hacia mí, me cogió de los brazos y me estampó contra el capó. Mi espalda desnuda percibió el calor que manaba la chapa y maldije no haberme puesto el abrigo, que ahora debía de estar en el suelo.

Cristianno se recostó sobre mi cuerpo, después de empujar mis rodillas, y se acercó flexionando sus brazos lentamente, amenazante.

Joder, estaba tan cabreado que me encantó.

—Si buscabas tocarme los cojones, déjame decirte que lo has conseguido —masculló sin perder el maravilloso brillo de sus ojos.

En realidad, no estaba tan enfadado como quería aparentar.

—Es la segunda vez que lo «percibo» esta noche.

No pude evitar sonreír. Pero dejé de hacerlo cuando sentí que su cuerpo presionaba el mío, despacio, muy despacio.

Cristianno me desafió con la mirada y un silencio cargado de intenciones. Él esperaba que lo empujara, que incluso gritara. Pero no lo hice, no pude, y mis instintos más primarios tomaron el control al separar suavemente las piernas, permitiéndole más espacio a su dura presencia.

Él frunció el ceño.

—¿Qué estás haciendo?

—Podemos estar toda la noche así, si lo deseas —le desafié.

—Sería demasiado para ti —refunfuñó dándome el triunfo al lograr que él fuera quien primero marcara distancia.

Se separó, deslizando sus manos por mis caderas. Tiró de mi falda con delicadeza, ayudándome a que no se viera más de lo debido. Me incorporé bravucona y recogí mi abrigo.

—Qué detalle por tu parte... —dije en referencia al gesto.

—Sí, sí. ¿Piensas pagarlo?

—Espera sentado. —Eché un vistazo al faro antes de volver a mirarle—. Te veo mañana en la fiesta, encanto. —Arrastré las palabras cerca de su mejilla.

—Cuento las putas horas...

Cristianno

—

Me desplomé en la cama sabiendo que la oscuridad de mi habitación me consumiría. El silencio de la madrugada lo invadió todo y dejó vía libre a mis pensamientos.

Su nombre retumbaba en mi cabeza como si alguien me lo estuviera susurrando al oído una y otra vez.

Cerré los ojos, desesperado, pero entonces vi su imagen. Parecía dibujarse entre la bruma. Tan delicada y atractiva. Tan pálida y sensual. Deseé tenerla delante de mí. No dejaría que hablara, solo le pediría que me permitiera observarla hasta que me venciera el sueño.

Y cuando despertara...

«Pero ¡¿qué coño...?! ¿Eres estúpido o qué? Esa tía es insufrible, joder... ¡Espabila de una vez, pringao!», me reproché.

No podía permitirme caer, no con ella. No podía... enamorarme.

«Oh, por Dios. Y, para colmo, estoy mencionando la palabra amor. Me estoy amuermando...».

Suspiré vencido por el sueño. Me quedaba poco tiempo de conciencia. Pronto mi subconsciente sería el dueño y ahí no tendría nada que hacer. Así que me dejé llevar, convencido de que Kathia sería la protagonista de mis malditos sueños.

Empezó con un cielo azul resplandeciente. Poco a poco, fue decayendo, dejándose absorber por un púrpura vigoroso que estremeció hasta el último rincón de mi cuerpo.

«¿Acaso crees que puedes escapar de mí, Cristianno?», dijo una voz femenina tras de mí, pero al darme la vuelta no vi nada más que el propio cielo y un enorme sendero de piedras franqueado por una maleza intensamente esmeralda.

«Eres mío... Pienso devorarte... Eres mío...». De nuevo aquella escalofriante voz.

La busqué.

La busqué incansable hasta que mis pies olvidaron mantenerme erguido. Y cuando mi desplomé en las piedras, apareció su extraordinario rostro sobre mí. El cabello le caía a un lado, me acariciaba el cuello.

Kathia sonrió como si realmente tuviera sentimientos por mí, y eso me animó a acariciarla. Elevé mis dedos en dirección a su mejilla. Deseé ahuecarla en mi mano, poseerla en un abrazo intenso. Tal vez besarla, abrirme paso hacia el centro de su cuerpo.

Sin embargo, ella comenzó a alejarse, hasta que una intensa niebla la engulló.

Abrí los ojos de súbito. Una fina capa de sudor perlaba mi rostro. El amanecer se derramaba por los ventanales de mi habitación.

Maldita sea, aquel insignificante sueño apenas había durado unos minutos. Tan solo unos miserables minutos.

«¿Crees que puedes escapar de mí?», recordé. «No, pero haré lo que sea por evitarlo...», me dije.

Haría lo que fuera... Sí, lo haría. Debía.

## Capítulo · 16

Cristianno

---

Mi padre golpeteaba su rodilla con los dedos. El aroma de su habano había impregnado toda la limusina y mi madre hacía todo lo posible por disimular lo mucho que le molestaba. Hasta que él vio que su esposa arrugaba la nariz. Abrió el cenicero y apagó con decisión el puro mientras ahuyentaba la pequeña humareda que se había formado alrededor de su cabeza.

—Cornelio, ¿podrías abrir la ventana? —preguntó mi padre al chófer.

—Enseguida, señor.

La ventanilla comenzó a bajar lentamente y dejó entrar unas gotas de lluvia acompañadas de una brisa helada. No llovía demasiado, pero era suficiente para estropear la entrada triunfal que Adriano había planeado.

Sí, el cabeza de la familia Bianchi había convocado a todos los medios de comunicación de la ciudad para que divulgaran su sonada fiesta benéfica. Asistía toda la aristocracia, así como los políticos más importantes del país.

Se suponía que la recaudación iría destinada a los más desfavorecidos: centros de acogida, albergues, hospitales, familias sin trabajo...

Pero, en realidad, era una enorme tapadera que ocultaba la intención de conseguir escaños en su campaña política y así alejarse de Umberto Petrucci, su mayor contrincante en la batalla por la alcaldía de Roma.

Simple artimañas políticas para obtener el favor del pueblo. Aunque si no lo lograba, siempre podía recurrir al mercado negro y comprar votos.

—¿Así está bien? —preguntó Cornelio.

—Perfecto, gracias —contestó mi padre, que enseguida cogió la mano de su esposa y añadió—: Disculpa, querida, he olvidado lo mucho que te incomodaba el aroma del cigarro.

Ella sonrió y se acercó para darle un beso en la mejilla. Desvió la mirada hacia la calle a la par que mis hermanos.

—No pasa nada, mi amor.

Después de más de veinticinco años juntos, seguían igual de enamorados.

Todos los recuerdos que tenía de ellos eran amándose como el primer día, y así había crecido, rodeado de un amor profundo y honesto que, en ocasiones, me hacía preguntarme si yo alguna vez lograría sentirlo.

Con el tiempo comprendí que no, que ese tipo de sentimiento solo estaba reservado a un pequeño grupo de privilegiados o estúpidos, según se quiera ver. No había sido diseñado para compartir con alguien ese tipo de amor, pero estaba orgulloso de que mis padres, aún hoy, disfrutaran de él.

—¿Crees que la prensa se enterará? —preguntó Diego, conteniendo el tic de sus piernas.

El mayor de mis hermanos no llevaba bien la tensión de los despachos. Prefería la violencia y se sentía mucho más cómodo en ella que en cualquier otro lugar.

—Tranquilízate, hijo. Contamos con más de cien personas velando por la seguridad de nuestra «fiesta benéfica». Deja que hagan su trabajo —le cortó mi padre con aquel tono de voz tan sarcástico y seguro.

—Estoy tranquilo, papá. Pero no creo que se lo traguen. ¡Por favor! Si así fuera, entrarían los medios. Sé que sospecharán —remarcó.

Diego tenía razón; si se descubría que Adriano Bianchi había organizado un evento que no existía, tendríamos problemas con su campaña y todo el proyecto se iría a la mierda. Porque lo que menos nos convenía era que Umberto Petrucci fuera alcalde.

—Diego, ¿es que no has aprendido nada, muchacho? ¿Crees que dejaríamos que lo descubrieran? —Mi padre se incorporó y yo me crucé de piernas mientras me mordisqueaba un nudillo—. Tengo a tres comisarías vigilando la zona y a toda nuestra seguridad controlando el hotel. Necesitamos esos votos sea como sea y tú lo sabes. —Su voz subió ligeramente de tono—. Así que deja de importunar con tus estúpidos miedos de cobarde, ¿quieres?

—No soy un cobarde, papá. Es solo que... estoy algo nervioso. Son demasiados millones los que podrían perderse. Solo quiero que salga bien esta maldita locura.

—Pues entonces comienza por relajarte, hermano —le dijo Valerio tocando su hombro—. Todo saldrá como lo planeamos la semana pasada en la mansión Carusso.

Ahí estaba el único de los tres hijos de mi padre que sabía mantener la templanza. Y es que mi hermano Valerio, en contraposición con Diego, era carismático y tranquilo. Alguien a quien se le confiaría una vida.

El vehículo se detuvo frente al hotel Bellucci. Ese enorme edificio de

cinco estrellas era propiedad de mis abuelos maternos. Así que, en total, contábamos con la seguridad del lugar y la propia de los más de veinte clanes familiares que allí se daban cita. Parecía suficiente.

—Hemos llegado, señor Gabbana —informó Cornelio.

En la entrada, se agolpaban algunos medios equipados con sus cámaras y unos chubasqueros de plástico para evitar que el agua calara su ropa y enseres. La seguridad personal de mi padre se colocó junto a su puerta para evitar el agolpamiento de los fotógrafos.

—Bien, vamos allá. —Dibujó su mejor sonrisa y golpeó suavemente el cristal tintado de aquella limusina.

Emilio, jefe de personal, se colocó la muñeca cerca de su boca y murmuró algo por el dispositivo que llevaba. Abrió la puerta y se inclinó.

—Todo controlado, Silvano. Podemos entrar cuando quieras.

—¿Han llegado todos? —preguntó mi padre colocando un pie fuera del coche.

—Sí, solo falta Valentino Bianchi, que vendrá acompañado de la señorita Caruso.

Sentí un escalofrío al escuchar su nombre. No sabía que Kathia iría acompañada del maldito Bianchi y se me revolvieron las tripas al imaginarlos juntos.

«¿Cómo podía estar con él?», me pregunté. «¿No decía ella que no le gustaba?».

Valentino no era suficiente hombre para ir al lado de Kathia. Era un capullo que se las daba de inteligente, una asquerosa víbora sanguinaria y vanidosa.

¿Eso era lo que ella quería? ¿No era capaz de soportarme y, en cambio, lo aguantaba a él? O tal vez estaba exagerando. Me había contado que no se sentía del todo cómoda junto al Bianchi, pero que debía estar con él por exigencias de su padre. Fuera como fuese, ¿qué más daba?

Negué con la cabeza intentando disipar mis pensamientos. No quería que Kathia estuviera en ellos, mucho menos después del sueño que había tenido. Solo deseaba que desapareciera esa ardiente quemazón que me producía.

Mi padre salió de la limusina derrochando el carisma que le caracterizaba. Le siguió mi madre y mis hermanos. Mientras la prensa les perseguía hacia el hotel sin apenas dejarles caminar, yo me quedé en el vehículo esperando para salir sin ser visto.

Me coloqué bien la chaqueta de mi traje de firma y escondí la cabeza

entre los hombros encaminándome hacia los árboles que guardaban la fachada del hotel. Entraría por la parte de atrás.

## Kathia

---

Valentino.

Su mano tomó la mía y se la llevó a los labios para darme un suave beso en los nudillos. Me fastidió sentirle tan cerca, a pesar de la dulce y delicada caricia. Las cosas entre el Bianchi y yo no estaban funcionando. De hecho, cada vez que me encontraba con él se me formaba un nudo de malestar e inquietud en el estómago. Pero al parecer yo era la única que lo sentía.

No le había dado permiso para gozar de esas confianzas, ni tampoco para que tomara decisiones por mí. Sin embargo, allí estaba, sentada a su lado en aquella limusina de camino a la fiesta benéfica de su padre.

Estaba nerviosa. Me habían dicho que acudiría la prensa, además de las grandes personalidades de la política y la aristocracia italiana. Por culpa de su actitud cariñosa, todo el mundo pensaría que Valentino y yo éramos pareja y eso quedaba muy lejos de la realidad.

No era ni quería ser su novia, por mucho que a mis padres les enloqueciera la idea y él tratara de imponerlo continuamente. Ajeno a mis pensamientos, le dio un sorbo a su copa de champán y yo apreté los labios para tratar de controlar la repentina ira que me invadió.

«Tampoco es para tanto, Kathia... Trata de calmarte», pensé, pero mis instintos no estaban tan de acuerdo. Ellos siempre me empujaban a huir de Valentino. Entenderlo o no me daba igual.

Solo nos quedaban unas calles para llegar al hotel, travesía que me pareció interminable. Me concentré en la lluvia. En ese momento caía con más fuerza y arrastraba una corriente que agitaba todo a su paso. Tuve la sensación de que estábamos en noviembre y no en enero.

—Mi madre tiene unas ganas enormes de verte —me dijo Valentino. Arrastré la mirada hasta él y forcé una sonrisa—. No deja de hablar de ti a todas sus amigas...

Había coincidido con Annalisa Costa en una sola ocasión desde que había regresado a Roma. Fue la noche en que los Bianchi y los Gabbana asistieron a la cena que se organizó en mi casa. Al parecer, aquellas veladas

se repetían con frecuencia.

—Si habla de mí es porque, seguramente, alguien le ha dado motivos, ¿no crees? —comenté un tanto molesta.

—Bueno, debo admitir que soy un poco culpable, y a mi madre le ha resultado fascinante.

—¿Puedo saber por qué?

—Es obvio, ¿no? —Volvió a coger mi mano después de soltar la copa. Yo desvié el rostro hacia la ventana intentando controlarme—. Kathia, creo que eres lo suficientemente lista como para saber que me siento atraído por ti. Y, al parecer, por la reacción de tu piel cuando te toco, tú también sientes lo mismo por mí. —Retiré la mano.

—Creo que... es pronto para hablar de estas cosas, Valentino.

Intenté ser respetuosa a la par que evitaba tartamudear; solía hacerlo cuando estaba demasiado enfurecida.

—¿Pronto? ¿Te refieres al tiempo?

—Apenas nos conocemos.

El coche se detuvo. La luz anaranjada del hotel Bellucci se coló en el interior de la limusina y salpicó nuestros rostros.

—No necesito conocerte, Kathia. Yo sé lo que quiero y con eso me basta. No soy buen amigo del tiempo.

—No te gusta esperar.

«Definitivamente, es un maldito gusano asqueroso», me dije.

Estaba echado sobre mí, soltándome todas aquellas patrañas como si tal cosa. Era como si me estuviera preparando para lo que me esperaba dentro.

—Sencillamente, hay gente que tiene la suerte de no encontrarse con esa palabra. Suena mal, ¿no te parece? —Se hizo el interesante—. No, sin duda la espera no está diseñada para gente como nosotros, Kathia —concluyó.

Mi puerta se abrió y el chófer me ofreció una mano mientras sostenía un paraguas con la otra. Justo entonces, unas frías gotas salpicaron mis piernas, humedeciendo las medias.

Suspiré y le di la mano para impulsarme hacia afuera. No tardé en percatarme de los fotógrafos que esperaban en la entrada. Había estado tan absorta en la palabrería de Valentino que no les había visto.

Como si fueran lobos hambrientos, se agolparon a mi alrededor, envolviéndome con *flashes* y preguntas indiscretas mientras repetían una y otra vez mi nombre. Fue una suerte que el chófer no me hubiera soltado ni un segundo.

—Señorita Carusso, le aconsejo no hablar de la fiesta —me previno.

—¿Por qué? —Fruncí el ceño.

—Verá...

—Ricardo, eso no es asunto suyo, ¿no cree? —masculló Valentino, rodeado ya por dos de sus guardaespaldas.

—Lo siento, señor Bianchi —se disculpó.

¿Qué no era asunto suyo? ¿Qué quería ocultarme Valentino? ¿Qué ocurría con aquella fiesta?

—Por favor, dejen pasar. —El perfilado rostro de Valentino intentaba dar una imagen agradable a los medios.

—Señor Bianchi, ¿viene acompañado de su novia? ¿Kathia Carusso es su pareja? ¿Desde cuándo están juntos? —Comenzaron a preguntar todos a la vez.

Yo no salía de mi asombro, pero me impresionó aún más que Valentino no negara nada. Solo sonreía mientras me arrastraba hacia el hotel.

Una vez dentro, lejos del gentío de la prensa, suspiré. No estaba acostumbrada a ese tipo de cosas, era la primera vez en mi vida que me abordaban los medios de comunicación, y ahora sería portada de todos los malditos periódicos de la ciudad porque Valentino no había sido capaz de desmentir unos rumores que él mismo había creado sobre nosotros.

Era muy conocido en la ciudad. Venía de una familia importante y famosa en el mundo de la política. No sería la primera vez que un Bianchi se convertía en alcalde de Roma.

Estar allí, a su lado, me convertía en carnaza de primera calidad para los chismorreos de la prensa.

—¿Sabes que estás espléndida esta noche? —susurró Valentino rozando la curva de mi cuello con sus dedos para quitarme el abrigo—. ¿Cómo lo consigues, Kathia?

Me retiré furiosa para enfrentarme a él, cara a cara.

—No somos novios —mascullé.

—No estaban pidiendo tu opinión.

—Pero debiste darles la respuesta correcta.

—Puede que esa fuera la respuesta correcta, Kathia. No tomes decisiones tan rápido. —Me acarició el mentón.

Volví a apartarme, irritada por su comportamiento. ¿Qué quería conseguir? Si esto se trataba de un capricho de niño rico, no tenía gracia.

—Tengo elección, Valentino. Soy capaz de tomar mis propias decisiones. —Levanté un dedo para señalarle—. Y créeme, sé cuándo son definitivas.

Quise irme, pero me cogió del brazo con fuerza y tiró de mí ajeno a la presencia del recepcionista. Este contuvo la respiración, hecho que alertó a Valentino, que enseguida trató de disimular su furia fingiendo una actitud dulce y delicada.

—Yo decido si es definitivo o no. ¿Te queda claro?

—¡No!

—No me grites —me amenazó.

—No me trates como si fuera una estúpida, y mucho menos de tu propiedad.

Él torció el gesto, extrañado y un tanto desorientado. Ambos sabíamos que nuestra relación hasta el momento se había ceñido a la cordialidad, a veces salpicada con sus arranques de violento posesivo. Fueron precisamente esos arrebatos los que hicieron que su compañía se tornara insufrible.

—¿En qué momento has empezado a desarrollar ese rechazo hacia mí? — quiso saber.

—En cuanto has liberado al arrogante gilipollas que llevas dentro.

Fue lo último que dije antes de dejarle atrás.

Abandoné el vestíbulo con decisión y me encaminé al gran salón donde se estaba dando la velada. Pero cuando llegué a la entrada, y tras haberme tomado un instante en observar a los invitados, Valentino tomó mi mano y entrelazó sus dedos con los míos mostrando su mejor sonrisa. Gesto que captó la atención de varias personas.

El muy cretino supo bien qué hacer para conseguir lo que quería, sabedor de mis limitaciones, y es que no montaría un numerito delante de todo el mundo cuando mi padre me observaba de lejos con tanta hostilidad.

Lo único que pude hacer fue mirarle con desprecio apenas unos segundos y tragarme todo mi orgullo.

## Cristianno

---

No pude apartar la mirada de ella. Cada intento resultaba un fracaso, porque de nuevo volvía a mirarla como si no hubiera nadie más en aquel enorme salón poblado de gente.

Kathia atendía sin entusiasmo la, seguramente, estúpida conversación que su madre y su hermana mantenían a su alrededor.

No les faltó compañía. Pronto se les acopló Annalisa Costa y otras cuatro mujeres, todo ello sin que Valentino dejara un instante de tocar su espalda, cubierta concretamente por un vestido de cóctel color marfil que aumentaba la línea esbelta de su figura. Era sensual sin ser atrevido. Aunque, en realidad, poco importaba cómo vistiera. Siempre me causaba la misma maldita impresión, ese insoportable fuego arrollador.

Parecía incómoda. Escuchaba parlotear a Annalisa fingiendo muecas de agrado, nadie parecía advertirlo.

Excepto yo.

Comenzaba a conocerla bien, lo que no dejaba de ser preocupante porque significaba que la observaba demasiado.

Enrico fue quien me sacó de mi ensimismamiento al tocarme el hombro. Se colocó frente a mí con una sonrisa en los labios un tanto incrédula, señal de lo bien que conocía mis pensamientos.

—Es extraño verte tan solo en este tipo de fiestas. Normalmente sueles estar acompañado de alguna chica, a veces incluso de dos. ¿Qué ocurre?

Cogió una copa de una de las bandejas y se apoyó en la barra esperando a que yo contestara.

Me intimidaba que Enrico me contemplara de aquel modo, no me convenía en absoluto. Él podía leer mi mente, era capaz de advertir cualquier detalle. Me conocía tan bien como Mauro, o incluso más.

Suspiré y tomé un sorbo de mi copa. Mis ojos volaron hacia Kathia, otra vez.

«Mierda», pensé y Enrico sonrió de nuevo.

—Pequeño travieso. —Se acercó a mí.

—Enrico, si me quieres un poco, no vayas por ahí.

Tras emitir una carcajada, miró con ternura a su cuñada. Yo ya sabía que la amaba como a una hermana. De hecho, la quería tanto que, en ocasiones, me extrañaba.

—Es una niña maravillosa.

—De niña tiene bien poco, créeme. —No pude contenerme.

—¿Por qué lo crees?

Traté de borrar de mi mente la imagen de su boca entreabierta a unos pocos centímetros de la mía. Todavía sentía la maldita erección que me provocó tener su cuerpo tan cerca la noche anterior.

—Porque es una insensible provocadora —gruñí.

—¿Acaso tú no eres igual?

—Bueno, yo no trato de disimularlo.

—Podrías contarme de una vez qué pasa entre vosotros. Porque no me negarás que algo sucede. Os conozco, Cristianno. A los dos.

—No lo sé, Enrico —me sinceré—. No has sido el único en preguntar, y hasta ahora siempre he respondido lo mismo. Lo único que puedo confirmar es que no soporto tenerla cerca. Hace que me sienta... No sé... Confundido... Inseguro.

Enrico frunció el ceño. Seguramente él ya había dado con la respuesta a todos mis males. Pero ni mucho menos me esperé que la mencionara en voz alta.

—¿Amor?

Me tensé y pasé a observarle con dureza, negando con la cabeza. Me exasperaba que la gente creyera que esas tonterías podían sucederme a mí.

¿Tan estúpido les parecía? ¿Tan prendado estaba de Kathia que me creían capaz de amarla?

¡Maldita sea!

—No menciones esa palabra —espeté bastante más irascible de lo que esperaba—. Ya sabes lo que significa para mí. El amor son meras gilipolleces.

—Eso no quiere decir que alguna vez lo sientas.

—¿Como tú? —contraataqué arrepiñiéndome casi de inmediato.

Enrico estaba casado con Marzia, pero no la amaba. Y aunque era un hombre contundente y seguro de sí mismo, eso no le ahorraba que deseara un amor sincero. Era el tipo de persona que, si caía en el amor, daría cualquier cosa.

Pero eso no se aplicaba en mí. Ni siquiera creía que yo pudiera enamorarme hasta perder la razón y mucho menos me imaginaba obrando milagros con tal de estar junto a esa persona.

«Quizá... no estaría nada mal sentirlo...». Negué de nuevo con la cabeza. Esta vez para rebatirme a mí mismo. Amar no era un maldito objetivo. Tenía perspectivas mucho mejores que follar con cariño.

—No puedo... tener esa clase de sentimientos, Enrico. No si voy a ser el dueño del imperio Gabbana. —Me sorprendió el titubeo que surgió en mi voz—. Los hombres como nosotros no pueden ni deben enamorarse.

Enrico resopló ofuscado y puso los ojos en blanco.

—Acabas de batir el récord de la cantidad de estupideces que pueden decirse en una sola frase. ¿Hablas en serio? ¿Qué me dices de tus padres, eh? ¿De tus abuelos? ¿Tus tíos...? Dime. Por Dios, Cristianno, ¿te das cuenta de lo

contrariado que estás? Puedes manejar un imperio y amar a tu esposa al mismo tiempo. —Me señaló con un dedo—. Lo que a ti te pasa es que tienes miedo de asumir que has perdido la cabeza por una mujer. Tu orgullo no te lo permite. Miéntete si quieres, pero no caigas en la inmadurez. Esa faceta dejaste de tenerla hace mucho tiempo, aunque a veces no lo parezca.

Si no le hubiera conocido, habría creído que se había enfadado conmigo. Pero aquello era mucho más que un simple sermón. Enrico buscaba darme una lección. Algo que, aunque me jodiera admitirlo, tenía razón.

Me quedé observando el hielo que había dentro de mi copa. Hubiera dado lo que fuera por convertirme en uno de ellos.

—¿A ti te lo parece? —dije bajito—. ¿Que he caído por... ella?

Mierda, no podía creer que estuviera planteándomelo.

—Será problemático si resulta ser cierto. Pero sí. Me lo parece. — Aunque dudó un poco, lo aseguró rotundo.

Chasquéé la lengua y miré hacia otro lado. Sentía una conmoción muy molesta correteándome por el cuerpo.

Kathia continuaba soportando los chismes de su entorno ajena a las ganas que yo sentía de ir hacia ella. Le habría gritado, le habría hecho llorar y después me arrancarían lo que fuera que estuviera empezando a sentir por ella, porque lo odiaba con todas mis fuerzas.

Pero mis pies no se movieron y en mi interior supe que, de haberlo hecho, no hubiera sido un acto con el que estuviera plenamente de acuerdo.

—Hagamos como si nunca hubiéramos mantenido esta conversación, ¿vale? —admití—. No lo soporto.

Enrico se rio de mí.

—¡Estás en plena transición, eh! —Terminó su copa y adecentó su chaqueta—. Te dejo con tus pensamientos. Debo ir a saludar.

—Anda, vete, sí. Déjame aquí, tirado como una mierda, carcomiéndome con toda la porquería que me has dicho.

—No dramatices tanto.

—Tengo una buena profesora.

—Al final va a ser cierto, que los amantes terminan pareciéndose entre sí —se burló de mí.

—Vete a la mierda, Materazzi —le dije con una sonrisa.

—Lo que tú digas, Gabbana.

## Kathia

---

Annalisa no dejaba de cotorrear mientras intentaba moverse dentro de aquel vestido tres tallas más pequeño. Era una mujer recia, apasionada por las joyas y una cotilla de mucho cuidado. Conocía los movimientos de todas las personas que se encontraban en aquel hotel.

Era la típica cincuentona de cabello rubio oxigenado, cubierta de silicona y malgastadora compulsiva que no se daba cuenta del millón de problemas que tenía en casa, pero sí de los pequeños contratiempos de los demás.

Por supuesto, era íntima amiga de mi madre. Tanto, que ambas eran fundadoras del club de campo Costa di Castro, también conocido como «El club de las arpías». Las muy arrogantes incluso emplearon sus propios apellidos para nombrarlo.

¿Qué se podía esperar de personas como ellas? Tomaban té, jugaban al golf y criticaban a sus maridos sin pensar que todo aquello era posible gracias a la fortuna de ellos. Resultaba muy patético.

—Debo confesarte que eres la perfecta compañera de mi hijo —me dijo Annalisa, ajena a mi molestia.

—No somos...

—Llevas razón, mamá. Le he dicho que estaba preciosa justo antes de entrar —interrumpió Valentino, adrede.

No me dio tiempo a protestar. Se nos acababa de unir más amigas/arpías, y mis tripas comenzaron a removerse. A esas alturas, mi sonrisa prácticamente solo servía como anuncio de dentífrico.

Valentino se aferró aún más a mi cintura aprovechando que la gente me observaba maravillada. Solo me faltaba un letrero de luces de neón sobre mi cabeza que pregonara «la hija de Angelo Carusso ha vuelto».

La tortura de estar allí subió de nivel cuando mi hermana comenzó a comportarse como una adolescente malcriada. Fue una suerte que todavía estuviera sobria.

—Marzia, debo decir que estás fabulosa esta noche —añadió mi madre.

—¿A que sí? —reiteró, haciendo aspavientos.

—¡Por supuesto que sí!

«Encima de falsa, mentirosa», pensé.

La miré de arriba abajo. Llevaba un vestido rosa pálido de cuya falda le colgaban una especie de plumas. ¡Por favor, aquella prenda era horrorosa!

—Pero no podemos olvidarnos de la gran Olimpia. Estás realmente hermosa, querida mía —Valentino tomó la mano de mi madre y la besó sin dejar de mirarla a los ojos—. No pasan los años por tu bello aspecto.

—¡Valentino! Tú siempre tan encantador —coqueteó ella.

—En fin... ¿Alguien puede decirme dónde está Enrico? —Cambié drásticamente de tema.

—¿Le necesitas para algo? —masculló Marzia.

—Bueno, él siempre hace falta.

—Habla por ti, niña.

—Eso es lo que hago.

De pronto, noté unos dedos deslizándose por mi brazo.

—¿Me buscabas? —preguntó Enrico.

Me lancé a sus brazos como si hubiera estado siglos sin verle mientras nuestro entorno nos observaba escéptico. Lo que sea que opinaran sobre mi devoción por el Materazzi me importaba un carajo. Lo amaría de todas las formas.

—Sálvame, por favor —le susurré al oído.

—Vaya, Enrico. No sabía que podías ser tan cariñoso —interrumpió mi hermana con un extraño ataque de celos, como si yo fuera a arrebatarse a su marido.

Por Dios, era mi cuñado, un hermano para mí. Siempre habíamos estado unidos y ella lo sabía. No comprendía por qué se extrañaba de nuestras muestras de cariño.

Enrico se acercó a ella guardándose una mano en el bolsillo, más que consciente de lo arrebatadoramente sensual que era. Estaba tan guapo que apenas se podía dejar de mirar.

Resopló y retiró un mechón de cabello de Marzia para colocarlo tras su oreja. Ella se tensó al sentirlo tan cerca. Llevaban casi cinco años casados y todavía no se habituaba al maravilloso contacto de su esposo.

—Mi carencia de cariño hacia ti se debe a tu comportamiento esquivo, Marzia. No me ignores como lo haces y tendrás todo lo que quieras —le susurró sabiendo que todos podíamos escucharle.

—¿Lo que quiero? —preguntó incrédula.

—Así es.

—Dudo mucho que tú seas capaz de darme lo que quiero, Enrico.

—Puedo entenderlo dado que aborrezco ese aroma a alcohol que siempre llevas impregnado en la ropa. Tal vez Marcello lo soporta mejor que yo. —Se

aniquilaron con la mirada antes de que Enrico la arrastrara hacia mí—. Kathia, mi vida, estaré rondando por aquí.

Se marchó dejando a los presentes sin saber cómo reaccionar.

Me costó digerir que Enrico supiera que mi primo era el amante de su esposa. Y no solo eso, sino que lo soportara. ¿Por qué hacía una cosa así?

«Yo hubiera escapado hace tiempo».

Después de más de una hora recibiendo halagos de todas aquellas mujeres, sus maridos, sus hijos, y con la sombra de Valentino pisando mis talones constantemente, me topé con alguien que me despertó un enorme bienestar.

Silvano me abrazó con dulzura. Traté de hacer lo mismo con Fabio, obteniendo un beso suyo en la frente. El gran Gabbana y su maravilloso hermano menor eran lo más parecido a Enrico que había en aquella sala.

—Kathia, tan maravillosa como siempre, chiquilla. No sabes el placer que me da verte por aquí. La otra noche no pude decirte que espero sea por mucho tiempo —dijo Silvano acariciando mi mejilla.

Adoré aquel contacto. El Gabbana era tan amable y cariñoso que sentí envidia de sus hijos.

En contraposición, debía decir que imponía. Saber a qué familia pertenecían ambos ayudaba bastante, pero sus presencias hablaban por sí solas. Los Gabbana eran extraordinariamente respetados por todo el mundo. Tanto que hasta Valentino dejó de hablar. No intervino ni para saludar. Hecho que yo agradecí, ya que podría prescindir de su voz durante un rato.

—He vuelto para quedarme, Silvano. Además, falta poco para que cumpla la mayoría de edad y ya podré decidir —anuncié.

La reacción de Valentino se limitó a mirarme con cierto desafío en los ojos, sin atreverse a contradecirme. Justo entonces, Fabio le ojeó de forma exigente. El Bianchi apartó la mirada con rapidez. Deduje tensión entre ellos, quizá secretos demasiado crueles.

—Enseguida vuelvo —dijo para acercarse a mi padre.

Sonreí volviendo la mirada a los Gabbana.

—¡Por fin! Creí que nunca se marcharía.

—Desde luego, no se aparta de ti ni un instante —comentó Silvano.

—¿Se hacen idea de lo insufrible que es?

Ambos sonrieron, pero percibí que Fabio no parecía cómodo conmigo allí. Me observaba atento, inescrutable.

—No deberías fiarte de él —dijo en tono autoritario—. No es bueno para

ti.

—Lo sé, pero mi madre está loca por él y podéis imaginar lo que eso significa.

Fabio masculló algo antes de soltar la copa sobre la bandeja que portaba un camarero.

—Olimpia no sabe lo que hace. —Estiró las mangas de su chaqueta y se acercó a mí para coger mi mano—. Ha sido un placer hablar contigo, Kathia. —Se alejó dejándome completamente aturdida.

—Lamento si he cometido algún error...

—¡Oh, no! Tranquila. Fabio solo está algo nervioso y cansado —dijo Silvano frotando mis brazos—. ¿Qué te parece si me pones al día con tu primera semana en Roma? Ardo en deseos de escucharte.

La repentina inquietud que había sentido segundos antes se evaporó de inmediato, y sonreí al verme caminando hacia un rincón poblado de cómodos asientos.

—¿En serio no le parecerá aburrido? —inquirí asombrada.

—En absoluto —dijo Silvano tomando asiento.

—Mire que ha sido un desastre por culpa de su hijo. ¿De verdad quiere escuchar cómo le pongo a parir?

—Si eliminamos el usted, estoy más que listo.

Me acomodé y comencé a despotricar bajo las sonrisas contagiosas del Gabbana.

Sabía que estábamos en un evento en el que un hombre de su talla debía estar compartiendo su tiempo con el resto de las personalidades presentes. Sin embargo, eligió estar conmigo y regalarme uno de los mejores instantes que había vivido en Roma.

Él, siendo apenas un amigo de mi familia, llevando años sin verme, hizo que me sintiera confortada y querida, como si estuviera en casa, una de verdad.

Un largo rato después, Valentino se atrevió a interrumpir nuestra conversación con la excusa de arrastrarme a la pista de baile. Prácticamente, me obligó a movernos al ritmo del vals que sonaba. Lo hicimos tan pegados que apenas podía respirar sin sentir su aliento. Su maldita actitud arruinó el buen momento que había compartido con Silvano.

A todo ello, se le añadía el hecho de no haber visto a Cristianno. No podía darle una explicación, pero algo de mí necesitaba verle. Con urgencia. Echaba de menos su mirada intimidatoria sobre mí o esas muecas casi

nostálgicas que ponía cuando creía que no podía verle.

Supongo que, en cierto modo, aquel sentimiento se debía a que no había dejado de hablar de él con su propio padre.

Era preocupante, sí. Comenzaba a tener síntomas de masoquista.

La canción terminó y el público rompió a aplaudir emocionado. Quise hacer lo mismo, para guardar las formas, pero Valentino escogió aquel instante para actuar.

Me soltó un beso en los labios obligándome a sentir todo el esplendor de su maldita lengua sobre la mía al apretar mi cintura contra su cuerpo.

El primer instante fue para controlar el espasmo de rechazo que recorrió mi espalda. Después, y olvidando por completo qué pensaría la gente, lo empujé furiosa.

—¿Qué demonios haces?

Era preocupante, sí. Comenzaba a tener síntomas de masoquista.

La canción terminó y todo el mundo aplaudió. Quise hacer lo mismo, pero Valentino me soltó un beso en los labios, apretando mi cintura contra su cuerpo.

Me deshice de él de un empujón y le miré furiosa.

—¿Qué demonios haces?

—Si me apetece besarte, debo hacerlo, ¿no crees?

—Podría decir lo mismo si decido arrancarte los labios a mordiscos. —  
Le señalé con el dedo—. Ni se te ocurra volver a hacerlo, ¿me has entendido?

Me alejé de allí caminando a trote, notando una indignación que por poco me empuja a echar a correr. Tan intensa fue que apenas me di cuenta de hacia dónde iba, hasta que vi el indicador de la puerta del baño.

Un nuevo escalofrío me invadió cuando quise entrar. Fue el aviso que me dio mi cuerpo antes de reconocer las voces de mi madre y mi abuela compartiendo una acalorada conversación.

Retrocedí lo suficiente para escucharlas sin ser vista.

—¿Podrías bajar la voz? —clamó la mayor entre susurros—. Me alteras los nervios cuando te comportas de ese modo. Obligándola no conseguirás nada.

—Pues si hace falta, lo haré —impugnó mi madre—. Quiero que su relación se formalice lo antes posible. No he estado esperando tanto tiempo

para que los caprichos de una niña nos impidan lograr nuestro objetivo. Kathia acatará mis deseos, lo quiera o no.

Fruncí el ceño. ¿Acaso era la protagonista de aquella conversación?

—Deberías ser más paciente. Tú eres la que tiene el as en la manga. No lo desperdicias ahora por tu codicia y sed de venganza, Olimpia. Todo llegará, pero a su debido momento.

—El momento se dio cuando volvió a pisar Roma. Hablaré con Angelo para que agilice los preparativos.

Me sobrevino un fuerte escalofrío. No entendía bien el verdadero contexto del comentario, pero tampoco quería esperar a averiguarlo.

Sentí miedo. Un intenso temor acariciando mi nuca

Conocía a mi madre, sabía cómo era.

Olimpia di Castro, la esposa del famoso juez Angelo Carusso. La mujer fría, despiadada e insensible que no fue al funeral de su padre porque no pudo ponerse sus zapatos de Versace debido a la hinchazón de sus pies tras el velatorio.

Un momento al que siquiera me dejaron asistir.

Aun así, jamás imaginé que hablaría de su propia hija de una forma tan perversa.

Unas pujantes lágrimas amenazaron con salir. La respiración brotando errática.

Lo que sea que tuvieran preparado para mí, no sería agradable ni tampoco honesto. Sino más bien ruin y egoísta. Algo para lo que mi fuero interno comenzó a prepararse, evitando pensar en lo sola que me sentía en aquel momento.

Lentamente, retrocedí y abandoné el pasillo dando tumbos.

Creí que si me iba nadie lo notaría.

«Pero si me marchó, no podré verle...».

Y con ese pensamiento me adentré en el cenador.

En el fondo, la parte más ilusa de mí supuso que Cristianno podría contener toda la confusión que habitaba en mi cabeza.

Aunque fuera con una sola mirada.

## Capítulo · 17

Cristianno

---

Había estado sobrellevando la velada charlando con mis amigos y esquivando sus puyas cada vez que oteaba a Kathia de reajo.

—Miradle, se le cae la baba —se burló Alex sentado en el sofá como si alguien le hubiera tirado del techo.

—¿Qué baba, gilipollas? —Le di un manotazo en el pecho.

—¡Uy, cuidado, que se pica!

—Parad de una vez, ¿vale?

Era un asco tener que soportarles. Mierda, estaba perdiendo el respeto que me tenían.

—Sé sincero —comentó Mauro—. Te has imaginado haciendo cochinadas con ella, ¿verdad?

Creo que la mirada enfurecida que le envié respondió con creces, pero, por si acaso, quise dejárselo claro.

—Una broma más y tendremos que hacer una visita a urgencias.

Pero los muy cabrones continuaron. Así que me hundí en mi asiento y observé a la Carusso con total descaro.

Llevaba un buen rato hablando con mi padre, provocándole una carcajada tras otra. En más de una ocasión, estuve a punto de contagiarme. No tenía idea de qué estaban hablando, pero parecían cómodos el uno con el otro. Fue el momento que más relajada había visto a Kathia en toda la noche.

Sin embargo, duró hasta que el puto Valentino la obligó a bailar con él. Me molestó verles tan pegados, meciéndose de un lado a otro al son de la música, con el Bianchi insistiendo en parecer amantes.

Kathia se esforzó en mantener la calma. Sabía de ella lo suficiente como para imaginar que estaba al borde de arrancarle los ojos a su forzoso compañero de baile; era una chica bastante impetuosa.

«Muy impetuosa...».

Analicé cada detalle de su silueta recordando lo que sentí al estar en la

posición de Valentino la noche anterior en Eternia. La esbelta línea de su pequeña cintura bajo la sutil presión de mis manos. Esa espléndida tensión flotando en el corto espacio que nos separaba.

Sonreí como un estúpido, porque en ese momento ambos fuimos conscientes de lo arrogante que a veces resulta el orgullo.

La música terminó. La gente se puso a aplaudir. Todo parecía normal. Artificial e hipócrita, pero normal.

Hasta que la normalidad se convirtió en un virulento arrebató de ira que no tardó en cubrir cada rincón de mi cuerpo.

Valentino le estampó a Kathia un beso en los labios que me pareció eterno.

—¿¿Qué coño...?! ¿¿Acaba de besarla?! —exclamó Eric.

Me levanté de súbito, con las manos convertidas en puños y apretando los dientes tan fuertemente que creí que me partiría la mandíbula. Darle explicación a esas ganas de matar al Bianchi dejó de tener importancia en cuanto vi a Kathia enfrentarse a él para después perderse por el pasillo.

Valentino, mientras tanto, sonrió tratando de disimular el encontronazo que había llamado la atención de muchos. Enseguida se puso a hablar con sus colegas como si tal cosa.

—¿A dónde vas, Cristianno? —escuché a Mauro, pero no fui capaz de contestar. De pronto había empezado a moverme.

Tampoco quise entender por qué lo hacía. Estaba más preocupado en averiguar a dónde se había ido Kathia.

Unos minutos después, la vi salir de un pasillo. Suspiré y la seguí sabiendo que ella no era consciente de mi presencia. Caminaba entre la gente intentando ocultar su rostro.

¿Acaso estaba llorando? No lo sabía, pero me propuse descubrirlo.

Se adentró en el cenador rodeado de forja y exóticas plantas trepadoras. Algunas gotas de agua se colaban por el tejado de parras y madera, aumentando la belleza de aquel rincón.

Me detuve un momento a observarla dentro de aquel entorno tan mágico. El viento agitó su largo cabello dejándome ver la curva de su espalda; se perfilaba perfecta sobre unas caderas insinuantes.

Entonces, Kathia inclinó la cabeza hacia atrás y soltó un suspiro ahogado. Algunas gotas cayeron sobre su pálido rostro y se deslizaron por su cuello. Fue una imagen tan asombrosa que deseé abrazarla y aliviar la sensación de angustia que expresaba.

Cierto, lloraba. Tímida y temblorosa.

Humedecí mis labios, tratando de retener mis delirantes pensamientos, y entré en el cenador sintiendo como el viento también me envolvía.

—Vaya, vaya. ¿Qué tenemos aquí? —bromeé atrayendo su mirada asombrada—. ¿Estos son los residuos que deja un beso del Bianchi? Debe de ser increíble besando, al parecer —cuchicheé.

—No estoy para tus tonterías, Cristianno. Déjame sola, por favor.

No me enfrentó, no reaccionó imperiosa como siempre. Sino que parecía abatida. Y, ante eso, ya no supe cómo actuar ni qué decir.

—¿Estás bien? —pregunté de súbito.

—Como si a ti te importara...

Kathia enseguida eliminó las lágrimas de su rostro.

—Para una vez que intento ser amable...

—No tengo el día para tus juegos, Cristianno. Ya te lo he dicho.

—Ayer tampoco, ¿no? —sonreí recordando cómo se había cargado el faro de mi Bugatti.

Me miró entre enfadada y desilusionada.

—¿Esa es tu forma de ser amable? —Cogió aire y se colocó frente a mí—. Para de una vez, Cristianno. Déjame tranquila. Ya me he cansado de este juego inútil y sin fundamento. Y sé que a ti también te aburre. Así que terminemos con esto de una vez. Evitemos hablarnos. Tú mismo lo exigiste —remató con un tono seco y bajo, pero cargado de decisión.

Kathia había zanjado lo que yo había intentado cerrar desde que la vi en San Angelo por primera vez. Sin embargo, no me gustó que aquella charla tuviera ese aroma a final. Además, sabía que le ocurría algo más.

La detuve al ver que se disponía a abandonar el cenador.

## Kathia

—

En verdad, no sentía lo que acaba de decirle; era toda frustración. Pero había dos razones por las que me había comportado de aquel modo. La primera, estaba harta de estar allí; la segunda, me había quedado por él y no tenía fuerzas para pelear después de lo que acababa de escuchar.

«Tan solo deseo que encuentres el modo de... reconfortarme. Maldita sea, necesito que lo hagas», admití porque mis pensamientos no conocían el

orgullo.

No tuve valor a mirarle cuando sus dedos se enroscaron a mi brazo. El calor que me invadió lo superó todo, con creces.

—¿Qué ocurre, Kathia? —inquirió bajito, muy cerca de mi mejilla.

«No seas arrogante».

—¿No sabes leer entre líneas? No quiero hablar contigo, Gabbana.

«Mierda».

Sin embargo, Cristianno insistió y yo terminé rindiéndome. Desvié la vista hacia él y esperé encontrarme con esa actitud suya que tanto me crispaba. Pero hallé algo muy diferente. Una indulgencia cargada de armonía.

Cristianno realmente estaba preocupado por mí, pero no había sabido acercarse y preguntar como era debido. Quizá porque no estaba acostumbrado.

—Yo... No lo soporto —confesé cabizbaja—. Puede que tú hayas nacido para toda esta tontería, pero yo... Parece que no se me da bien...

No sabía cómo actuar en un entorno tan desconocido para mí.

—¿Realmente piensas que todo esto me gusta? —susurró y yo sonreí sin humor.

—Lo demuestra tu actitud de soberbio engreído.

Puso los ojos en blanco y se cruzó de brazos.

—Para cuando te des cuenta de la verdad tendrás, que soportar que me ría de ti.

—¿Acaso no lo haces ahora? Siempre actúas como te da la gana. Si decides reírte, adelante y hazlo.

Me dispuse a salir de allí antes de sucumbir a las ganas de lanzarme a él y perderme entre sus brazos. No entendía por qué necesitaba que me abrazara y estaba segura de que, de haber sucedido, habría obtenido respuesta. Pero no quería tentar, no quería abandonarme a mis impulsos. Ellos no me traerían nada bueno.

Cristianno no había nacido para amar honestamente, y yo no quería convertirme en su juguete.

—Kathia...

Lo vi desde el cristal, cabizbajo y pensativo. Por un instante, no parecía el Cristianno que conocía. Más bien se veía afligido.

—¿Qué? —repuse de espaldas a él.

—Tú sabrías detenerlo, ¿verdad? ¿Lo harías, cierto?

—Ya no estoy tan segura...

«Porque tú eres lo primero que busco cada mañana».

—Entonces, ¿qué hacemos?

—No lo sé...

Puede que los dos estuviéramos confundidos y que si nos esforzábamos lograríamos una relación de amistad aceptable y sincera. Puede también que nuestra impetuosidad fuera la culpable de nuestros arrebatos. No lo sabía.

Pero tampoco tuve tiempo de razonarlo.

—Podríamos... irnos de aquí. Ahora —aventuró de súbito.

—Ahora...

No me costó imaginarme yéndome con él o atrapando su boca con la mía, porque deseaba ambas cosas. Y, por un instante, no me importó que Cristianno pudiera descubrirlo. Su modo de otear mis labios, la repentina tensión de sus hombros, el disimulado temblor de sus mejillas, todo aquello me indicó lo mucho que él también lo esperaba.

—No soy tu amiga —murmuré muy bajito.

—No, no lo eres... Nunca lo serás.

Se acercó un poco más. La punta de sus dedos rozó mis nudillos. Sus ojos clavados en mí, engulléndome. Podía notar el calor de sus labios a centímetros de los míos, borrando el rastro de Valentino.

Contuve el aliento. Cerré los ojos.

Y entonces un sonido seco y atronador llegó desde la sala principal. Me quedé paralizada cuando, tras al primer silencio, le siguieron algunos gritos.

Parecía un disparo.

## Cristianno

—

Me abalancé a por Kathia y abracé sus temblores al empujarla tras de mí. Aunque atemorizada, ella se dejó manejar, liviana en mis manos, y se aferró a mi brazo.

A continuación, nos llegó una voz desgarradora. Un hombre gritaba el nombre de mi padre y el de Angelo. Estaba en el centro del salón apuntando con una pistola. Por su forma de hablar, parecía estar borracho, pero no alcancé a verle por completo porque los invitados tapaban su imagen. Sí avisté como los guardias se preparaban para capturarlo.

Volvió a disparar cerca de mi padre.

Apreté la mandíbula y me adelanté echando mano a mi espalda. Sujeté el mango de mi pistola con fuerza. Me daba igual lo lejos que pudiera estar de

aquel hombre, mi puntería era perfecta. No vacilaría.

Pero Kathia entrelazó sus dedos a los míos, como si aquello bastara para protegernos a los dos. Ella no sabía que jamás permitiría que le ocurriera algo malo, no si estaba en mí evitarlo.

Acerqué mis labios a su oído.

—Estoy aquí —le susurré.

Kathia cerró los ojos al sentir mi voz cerca de su cuello. No sé qué hubiese ocurrido en otras circunstancias. Casi con toda probabilidad la habría besado aprovechando que mi ego me había abandonado unos segundos.

Los guardias capturaron al hombre y se lo llevaron. Tras ellos, fueron mi padre, Enrico y mis tíos, además de Angelo y Valentino; la llamada comitiva central. Tan solo faltaba que yo me uniera.

Di un paso al frente. Tenía que irme y no podía decirle adónde.

Su mano se resistió y me observó suplicante. Pero finalmente me liberó, supongo que al ver que me devoraban las ganas de lanzarme a ella.

Le eché un último vistazo antes de mezclarme con la gente que cuchicheaba asustada y desconcertada.

Seguí la estela del grupo hacia un pequeño despacho que había al final de un pasillo. Saludé a Thiago y entré en la sala bajo la mirada atenta de mi padre, que sonrió cuando vio que me apoyaba en la puerta y cruzaba de brazos.

—Vaya, Cristianno, creía que me habías abandonado —dijo con ironía mientras se encendía uno de sus cigarros.

—Sabes que eso no ocurrirá, papá —sonreí atento a cómo ataban al hombre a una silla. Lo reconocí enseguida. Era Luigi Scarone—. ¿Dónde están mis hermanos? —Me extrañó no ver a Diego, siquiera.

—He preferido que no asistan. Ellos y Adriano se encargarán de tranquilizar a los invitados.

Asentí con la cabeza al tiempo que Fabio se colocaba a mi lado. Ambos habíamos visto como Valentino me observaba asqueado. Pero no le prestamos atención porque Luigi comenzó a patalear cuando Angelo Carusso tomó asiento. El juez prefería observar a formar parte de la acción, y dicha acción ya la había iniciado su yerno, Enrico Materazzi.

Empezó apoyando sus manos en los hombros del tipo, quien tragó saliva al ver que dos escoltas desenfundaban sus armas.

—Irrumpes en la fiesta con un arma y estás a punto de herir a alguien... ¿A qué se debe ese arrebató, Scarone? ¿Es que no hemos sido buenos contigo?

—preguntó Enrico, rodeándole.

Fabio me alargó un cigarrillo después de encender el suyo. Lo prendí a la vez que mi tío Alessio retiraba de un tirón la mordaza a Luigi. Este gimió por el calor en sus mejillas.

—Mi mujer no tiene nada que ver con esto y vuestros hombres la atacaron —masculló.

—¿Cómo? ¿Atacaron a Carla? —Ya me extrañaba que mi padre no hubiese empleado su sarcasmo. Señaló a los guardias con su puro—. Dios, sois unos hijos de puta. —Todos comenzaron a reír.

—Como volváis a tocarla, os juro...

—Tenemos un acuerdo, Luigi —interrumpió mi padre caminando decidido hacia él—. El ochenta por ciento de tus ganancias son nuestras a cambio de tu libertad, ¿lo recuerdas? —Pellizcó una de sus mejillas—. Sin embargo, me has cruzado la cara. A mí, que he sido tan bueno contigo. Para colmo, irrumpes en mi fiesta y me amenazas. Desde luego que eres una mala persona, Luigi. Pero tu mujer es peor...

—¡No la metas en esto!

—¿Quieres, entonces, que hablemos de los niños que tú mismo metiste en esto? —intervine provocándole un escalofrío—. ¿O prefieres comentar lo zorra que fue tu esposa al jugar con todas las familias de esas pobres criaturas? ¿Cuánto fue lo que estafasteis? Oh, sí, unos doscientos mil.

El depredador de San Basilio. El caso del que nadie quiso hacerse eco porque no podía creerse que el bueno de Luigi fuera protagonista de tal hazaña. Su esposa, profesora de la escuela de primaria del suburbio, se encargó de crear una asociación en pos de proteger la integridad de los menores del barrio tras aquella extraña oleada de acosos.

Pero uno de los padres comenzó a sospechar y recurrió a nosotros. Todavía recuerdo el día en que la mujer de Luigi nos rogó. Creo que ese instante fue lo que me convirtió en alguien un poco más violento, porque apenas había cumplido los diecisiete años.

—No digas que ella no tiene nada que ver, porque justificó lo cabrón que eres, y además decidió hacer un trato con nosotros —continué—. Ella te libró de la cárcel. Evitó que te despellejaran vivo allí dentro, sabedora del odio que se os tiene a los putos pedófilos. Así que cuida lo que dices y no amenazas lo que no puedes vencer.

Mi padre me observó con solemnidad. Nunca estuvo de acuerdo con dejarle vivir, ninguno lo estuvimos. Pero cuando el asunto amenazó con

desmoronar la inocencia de los agraviados, no nos quedó más remedio que aceptar un pacto. Ahora no tenía por qué cumplirse.

—Me has desafiado ahí fuera. Lamento que hayas olvidado a quién te enfrentas. Yo soy Roma, amigo mío, y nadie podría cambiar ese hecho.

Hizo un gesto a Emilio, su jefe de seguridad. Este echó mano a su bolsillo y sacó el silenciador de su arma. Alessio volvió a tapar la boca de Luigi.

—Que tus hombres se encarguen de él en cuanto termine Emilio —ordenó mi padre a Valentino. Él frunció los labios para responderle—. Haz lo que te digo, muchacho, y borra a esa zorra del mapa.

Emilio se colocó frente a Luigi y, sin dudar, disparó provocando que la cabeza del hombre se meciera de atrás a adelante, violentamente. La sangre resbaló del agujero de su frente y comenzó a derramarse en su regazo.

Mientras tanto, Valentino siguió órdenes. Marcó un número en su móvil y avisó a sus guardias para que vinieran.

Empezamos a salir del despacho, para dejar a los esbirros trabajar en deshacerse del cadáver de Luigi sin que nadie se diera cuenta. Justo entonces, mi padre pasó un brazo por mis hombros.

—Caminaré entre vosotros marcado por la vergüenza —dijo irónico, refiriéndose a cómo el tipo había burlado la seguridad del hotel.

—No seas tan teatral, papá —bromeé dándole un codazo.

—En fin, tomaré un trago, cogeré a tu madre y bailaré un par de canciones. Me lo merezco, ¿no crees?

—Puede.

—Mocoso. —Se adelantó sonriente.

De repente, di un traspié que pude controlar aferrándome a la barandilla de las escaleras. Valentino me había empujado y ahora sonreía con las manos guardadas en sus bolsillos y animando a otros a que también lo hicieran. Estuvo bien que lo evitaran porque aquello no era el patio del recreo donde se abusa del tímido. Yo era mucho más que eso y todos lo sabían. Por eso me temían.

Sin embargo, el Bianchi parecía más que dispuesto a pasar por encima.

—Te crees indispensable, pero un buen discurso no hace al hombre.

Torcí el gesto y lo miré de arriba abajo. Se me ocurría decenas de comentarios con los que atacarle, pero me robaría un tiempo que prefería invertir con Kathia. Así que pasé de él y traté de continuar con mi camino. Acto que, al parecer, lo enervó. Valentino odiaba que la gente le ignorara.

—Dime, Gabbana, ¿lo has visto? Sus labios eran tan suaves y esponjosos —comentó acercándose los dedos a la boca.

Apreté los dientes. Tenía que largarme de allí, pero el muy cabrón insistió y se acercó a mí.

—No he podido evitar pensar en cómo quedarían alrededor de mi polla —me susurró al oído.

Sin dudarlo, me lancé a por él, lo cogí del cuello y lo estampé contra la pared. La sorpresa cruzó su rostro por un instante, pero enseguida volvió a sonreír. Casi me pareció emocionado con mi idea de matarle allí mismo.

—¿Crees que sabrá hacer una mamada, Cristianno? —se burló, cada vez más asfixiado—. Qué más da, ¿no? Siempre puedo enseñarle.

Eché mano a mi pistola y coloqué el gatillo en su cabeza. Dios, iba a matarlo.

—No lo harás —sonrió, mientras los demás reaccionaban intentando separarnos—. Ni siquiera está cargada.

Hice retroceder el martillo del arma sin dejar de presionar con fuerza. Maldita sea, el muy canalla no dejaba de sonreír.

—Ahora, sí. Voy a matarte si vuelves a referirte a ella de ese modo. Ni siquiera tienes permitido pensarla, maldito hijo de puta.

—El pequeño Cristianno tiene un objetivo. Quieres ser el primero en follártela, ¿eh?

Grité antes de soltarle un golpe en la cara con la culata. Valentino se contorsionó, aquejado por el dolor, pero le obligué a enderezarse y me preparé para volver a golpearle.

—¡Basta, chicos! —clamó mi tío Alessio.

«Algún día acabaré con él», pensé observando cómo se alejaba.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Enrico extrañado.

Era una suerte que no hubiera estado para escuchar las cosas que el Bianchi había dicho sobre su preciosa cuñada.

—Nada. —Traté de irme.

—Cristianno...

—Ha mencionado a Kathia. Solo eso. —Era mejor ser imprecisos. Pero bastó para que Enrico entendiera y luchara por disimular la mueca de furia que cruzó su boca.

—Deberías andarte con ojo —se esforzó en decir—. Sabes que hay negocios por medio...

Asentí con la cabeza. Pero creo que fue más por el asombro que me causó oírle hablar de negocios cuando Kathia había sido la causante de todo. Enrico no era un ser frívolo. ¿Qué demonios sucedía?

—Lo sé... y acabo de ver que son más importantes que cualquier otra cosa —comenté frustrado, justo cuando mi tío Fabio me cogió del brazo.

Ya no quedaba nadie en el pasillo.

—Quiero verte en mi despacho esta madrugada. Tenemos que hablar de algo que te interesa. —Se marchó a paso ligero.

## Capítulo · 18

Cristianno

---

Era más de las tres de la madrugada cuando entré en el despacho de Fabio.

—La madrugada es la mejor aliada de un secreto —dije dándole un toque de misterio a mi voz.

Ambos hombres sonrieron. Y es que el mayor confidente de Fabio no podía faltar en aquella extraña reunión. Enrico había tomado asiento frente a mi tío y me observó travieso.

—¿Qué te lleva a pensar que es eso? —preguntó.

—Si no es un secreto, entonces es que te han echado de casa.

Cerré la puerta y caminé hacia ellos, arrogante.

—Siempre tan irónico. —Enrico tomó un sorbo de su bebida.

Estaba claro que ocultaban algo, además de que mi tío solo confiaba sus secretos al Materazzi. Solo ellos sabían el porqué.

—¿Qué has estado haciendo todo este tiempo? —preguntó mi tío, curioso.

—Bueno, he tenido un pequeño escarceo.

Cuando regresé al salón, Kathia ya no estaba. Según me dijeron los chicos, la vieron discutir con Olimpia hasta que su abuela se interpuso y decidió que lo mejor que era que ambas se fueran.

Así que me invadió una frustración que Valentino se encargó de aumentar con sus malditas miraditas desde el otro lado de la sala. Al menos hasta que apareció la bonita camarera.

Morena, metro setenta y cinco, ojazos castaños, grandes pechos, atrevida y bastante resuelta en la cama.

En cierto modo, y aunque me hiciera ver como un canalla, el encuentro me vino bastante bien.

—¿Pequeño? —Le siguió el Materazzi.

—Tan solo me ha llevado un par de horas. Por supuesto que ha sido

pequeño.

Principalmente porque solía pasar la noche entera con mis ligues, así no me quedaba con ganas de repetir; de paso, descansaba un poco.

—Ah, cuándo cambiarás... —sonrió Enrico, animando a Fabio.

—En fin, Cristianno, ¿por qué no te sientas? Tenemos que hablar de temas serios —dijo mi tío.

Ignoraba si la conversación que habían estado manteniendo antes de mi llegada sería la misma en la que estaba a punto de participar. Pero, aun así, me moría de ganas por saber lo que me deparaban las palabras de Fabio.

—Le comentaba a Enrico cómo podemos introducir en Europa una falsificación de *La belle ferronière* valorada en ciento veinte millones —soltó con descaro, quizá creyendo que me escandalizaría.

Su media sonrisa era alarmantemente retadora. Al más puro estilo Gabbana. Algo que me animó bastante y contuvo con rotundidad mis divagaciones sobre Kathia.

Apoyé mi tobillo en la rodilla y me mordí el nudillo pensando en la mejor respuesta.

—Digamos que el cuadro no importa. Lo que interesa es el contenido, y empiezo a deducir que dicho contenido no se detecta, ¿me equivoco?

Fabio dio varias palmadas, orgulloso del resultado, mientras Enrico sonreía antes de verter más licor en su vaso. Aprovechó el gesto para servirme una copa. Al parecer, acababan de hacerme una prueba y la había pasado con sobresaliente.

—A menos que pase un examen radiactivo muy exhaustivo —añadió el Materazzi arqueando las cejas.

—Algo que, por supuesto, no va a ocurrir.

Estaba empezando a interesarme muchísimo aquella conversación. Le di un sorbo a mi vaso.

—Excelente, sin duda —admitió mi tío, presuntuoso.

Mi familia sabía bien que yo era un estratega por excelencia. Cualidades heredadas de dos grandes familias. Los Gabbana, pura imperiosidad, y los Bellucci, considerados los reyes de la quimera. Con una mirada podían someter a cualquiera, por muy terco que fuera, y a mí se me daba muy bien explotar ese poder.

Estrategia y dominio.

Maestría y persuasión.

La perfecta mezcla para el perfecto mafioso.

Dejé el vaso sobre la mesa y rescaté la última gota de licor de mis labios.

—Contadme, ¿de dónde procede? —pregunté, imaginando de pronto la boca de Kathia apoyada en mi cuello. Pestañeé asombrado.

—Hong Kong —contestó Enrico, que me observaba extrañado. Él ya sabía quién se había cruzado por mi mente.

—¿Cuándo?

—Viajo la próxima semana. Yo mismo traeré el cuadro. Debo comprobarlo —anunció mi tío.

—¿Por qué no antes? Si ya está listo, no hay motivos para esperar. Podríamos viajar este mismo lunes.

—Eso mismo pensaba yo. —Enrico me apoyó—. No me gusta que Wang Xiang tenga el cuadro tanto tiempo ahora que está terminado, y más sabiendo lo que contiene.

—No creo que Wang esté interesado en perder tantos millones. Si yo pierdo, él pierde conmigo. En esta operación, ambos pertenecemos al mismo bando. De ello dependen sus intereses.

Como siempre, a Fabio se le escapaba una mueca cuando mencionaba la palabra «intereses».

—Aun así, creo que no deberíamos jugar con el tiempo.

—¿Por qué tanta prisa?

—No es por la prisa, Fabio, sino por los problemas que puede provocar la espera —declaré—. Cuanto antes terminemos con esto, antes obtendrás los resultados que buscas. Un simple día puede variar el transcurso de la operación, y después de todo, me da que hay demasiadas cosas en juego, ¿no?

Mientras hablaba caí en la cuenta. Si mi padre no sabía de aquella reunión clandestina entre mi tío y Enrico, menos debían saber los Carusso y los Bianchi.

—¿No vas a preguntar sobre esas cosas? —Se interesó Fabio al ver que no le cuestionaba.

—¿Quieres contármelas?

—¿Y si no? —Me desafió.

—Pensaba apoyaros de todas formas.

Fabio se acomodó en su asiento y asintió con la cabeza acariciándose el labio inferior con su dedo índice. Solía hacer ese gesto cuando barruntaba en exceso.

—Sin embargo, no estaría bien hacerte venir simplemente para ser testigo

de algo que no voy a explicarte —admitió con firmeza—. Yo mismo he llegado a tus conclusiones, lo que significa que tu ayuda aquí no es significativa.

—Entiendo —afirmé antes de incorporarme un poco—. Pero no soy yo quien ha metido sus narices en esto. He sido invitado por ti, con un objetivo. De lo contrario, ni siquiera te habrías molestado en insinuar algo que ni siquiera mi padre sabe. Lo que me lleva a preguntarme algo más allá de lo que estáis tramando.

—¿Qué es...? —me animó a seguir, muy interesado en mi soliloquio.

—¿Por qué querrías que yo estuviera aquí?

Enrico sonrió un poco antes que Fabio. Ciertamente mis palabras habían llegado al punto que ellos querían. No me estaban evaluando, como hacía unos segundos, sino permitiéndome analizar la situación, libre de indicios. Táctica que comprendí bien, pues era evidente que no querían involucrarme en algo de lo que no estaba seguro.

—Conoces estupendamente bien la respuesta —confesó Enrico.

Sí, lo sabía. Sabía que, aunque siendo joven, gozaba de la inteligencia como para estar en aquella habitación. También disponía de las opiniones necesarias, además del rechazo. Nunca le había procesado cariño a los Carusso o a los Bianchi. Sus presencias eran habituales en mi vida por la fuerza de la costumbre, nada más. Con el tiempo, saqué mis conclusiones sobre ellos. La más concreta, no me fiaba de ningún miembro de esas familias.

«Por eso estoy aquí. Porque entenderé cualquier cosa que se diga y estaré de acuerdo con todo lo que se pretenda».

—Una de las cosas que hay en juego es evitar que los Carusso se enteren de todo esto. Los Bianchi no son un problema, apenas son tres —expuse. Ellos me observaban atentos. Ya sabían que podía llegar a ser demasiado calculador para que se me escapara algo así—. Puedo confirmar que no están en esto, ¿verdad?

—Demasiado beneficio bajo el mínimo esfuerzo. Es un porcentaje alto el que obtienen los Carusso y los Bianchi, y llevo demasiado tiempo consintiendo algo así. —Fabio derramó la misma persuasión que mi padre, esa que a veces incluso intimidaba—. Ya es hora de demostrar quién manda aquí. Yo soy el jefe de esta operación. No trabajo para nadie —sentenció con seriedad.

Durante más de veinte años, Fabio había tenido que soportar cómo Angelo y Carlo Carusso se llenaba los bolsillos gracias a su trabajo. Mucho

de lo que tenían se lo debían a mi familia.

Más tarde, se nos unieron los Bianchi. Adriano sería alcalde de Roma gracias a las gestiones maestras del gran Silvano y el resto de mi familia.

—Por eso vosotros sois los únicos que sabéis esto —confirmó mi tío Fabio—. No quiero involucrar a más gente. No es un tema de extorsión cualquiera.

Enrico no era un Gabbana, sino un Materazzi, hijo de un clan hermanado con nosotros desde hacía décadas. Otro clan, Los Mirelli, acabaron con todos ellos cuando Enrico apenas tenía diez años. Él fue el único superviviente de aquella fatídica noche. Mi padre prácticamente lo adoptó, todos lo aceptamos como uno más, era parte de la familia. Y él se consideraba un auténtico Gabbana.

—Nadie más debe saberlo. No quiero que mis hermanos se involucren. Este es un asunto que yo mismo debo resolver. —Fruncí el ceño al ver que mi tío nos ocultaba su mirada azul plateada.

Percibí su tensión y también que aquella frase contenía algo mucho más enrevesado de lo que parecía.

Con el tiempo quizá lo descubriría. Era un hecho que mi tío prefería callar por el momento, seguramente por nuestro propio bien. Así que me decanté por tratar de eliminar la súbita tirantez que se había instalado diciendo lo primero que se me vino a la mente.

—Iré contigo, tío Fabio. Te acompañaré.

Enrico me miró escéptico. El muy cabronazo había deducido incluso antes que yo las intenciones de mis impulsos, y es que alejarme unos días de Roma me vendría genial para sacar a Kathia de mi puñetera cabeza.

—Me alegro de oírlo —sonrió mi tío—. El imperio Gabbana espera ansioso tu reinado.

—Hablas como mi padre. —A él también le salía el carácter teatral.

—Es mi hermano mayor. He tomado buenas lecciones de él —dijo a la vez que cogía su agenda electrónica y marcaba un número de teléfono. Me miró de nuevo y añadió—: Saldremos la madrugada del martes. Así que será mejor que aproveches el día para dormir lo máximo posible. El *jet lag* es insoportable. Iremos en el *jet* privado.

—¿Cuántos días estaremos fuera? —pregunté.

—Dos. No soportaría más.

«Dos días podrían valer, ¿no?», pensé asediado por las miraditas del Materazzi.

## Capítulo · 19

Cristianno

---

Por muy buen estudiante que fuera, jamás me había gustado ir a clase. Especialmente desde que compartía espacio con aquella maldita ingrata.

El bello rostro de Kathia se estaba convirtiendo en mi tortura, no mayor que la condena que suponía ser el receptor que sus miraditas furtivas por entre el flequillo.

Ella creía estar observándome con disimulo, esperando inconscientemente a que yo mencionara cualquier cosa que le pudiera dar la opción de preguntarme por lo sucedido el sábado en la fiesta de Adriano. Al parecer, nadie le había explicado nada. Y yo tampoco lo haría.

Una chica tan ingenua como ella no merecía verdades tan amargas. Al menos por el momento.

Así que decidí esquivarla. De verdad que traté de mantenerme todo lo distante posible. Pero no pude evitar emocionarme como un estúpido al ver la notita que me pasó en mitad de la clase de física.

«¿Podemos hablar después de clase?», leí y, mierda, hubiera preferido que escribiera cualquier otra cosa.

Me deshice del papel y me esforcé en ignorarla. Hasta que me llegó una nueva nota.

«¿Puedes al menos responder? Aunque sea un no, maldita sea».

Eso hice. Le escribí un «no» bien grande, similar al que ella me había entregado hacía unos días.

—Gilipollas —murmuró por lo bajo.

Lo que ninguno de los dos esperamos fue que el profesor también lo escuchara, y si al menos hubiera sido otro, no habría estado tan seguro de la reprimenda que nos caería.

—¿Tiene algo que compartir con nosotros, señorita Carusso? —dijo el tipo, echando sus hombros hacia atrás con la intención de ocultar su enorme barriga bajo aquella horrenda camisa de cuadros amarillos.

—No, señor Peruzzi —respondió Kathia, solemne.

—Pues, miré usted por donde, yo sí quiero decir algo, aprovechando su desvergonzada intrusión.

Apreté los dientes. Aquel tío le tenía mucha inquina a Kathia y no entendía muy bien el porqué. Tal vez el hecho de estar en mi grupo de amigos tenía algo que ver.

—No se corte, adelante —le espetó, provocándome una sonrisa.

—Por Dios, no pensé que sería tan maleducada. Deme esa nota.

Extendió un brazo en su dirección sin dejar de desafiarla con la mirada.

—¿Qué nota?

—No se haga la estúpida, Carusso. Deme la nota.

Mierda, se estaba ganando la expulsión y Angelo se pondría hecho una furia.

Sin cuestionarme el porqué, rápidamente escribí lo primero que se me vino a la mente. Arranqué el trocito de papel, al tiempo que Mauro fingía toser, y me puse en pie.

—Aquí tiene, señor —intervine entregándole la puñetera nota.

El tipo hizo una mueca de fastidio y desprecio.

—Oh, por supuesto, siempre tiene que haber un Gabbana de por medio —comentó echándole un vistazo a la nota—. Veamos, «No te hagas la estrecha».—Leyó y toda la clase sonrió mientras Kathia me enviaba una mirada asesina. Me encogí de hombros—. Muy ilustrativo. Supuse que tendríais suficiente con el castigo que os impuse la semana pasada. Pero, al parecer, fui muy iluso. Mis clases no son ningún salón de ligue, Gabbana y Carusso. Si no pueden contenerse, mejor no vengan. —Chasqueó con los dedos—. Resumen de los doce temas que hemos tocado hasta el momento. Para el lunes. Y durante los recreos, por supuesto.

—¡Pero señor! —protestó Kathia.

—¿Prefiere la expulsión, querida? Puedo comunicárselo a su padre yo mismo.

«Puto gilipollas...».

Nos resignamos, y gracias al inciso, Kathia me facilitó el pasar de ella al no querer ni mirarme. Estaba cabreadísima.

Y confié en que le durara hasta la salida, ya que de nuevo debíamos compartir biblioteca.

## Kathia

---

Cristianno desapareció escaleras abajo nada más sonar el timbre que anunciaba el recreo. Ni siquiera esperó a su primo.

Mauro me miró, como había estado haciendo durante toda la mañana. Esa timidez y el comportamiento esquivo de Cristianno no hicieron más que aumentar la incertidumbre. Me había acostumbrado a la tóxica situación de soportar las tonterías del Gabbana, así que recibir todo lo contrario era raro.

Aunque más extraño era relacionarlo con lo sucedido en la fiesta de Adriano. El disparo, la conversación entre mi madre y mi abuela... El beso de Valentino.

Lo cierto era que no podía soportar la idea de que Cristianno me hubiera visto recibir un beso del Bianchi. Pensamiento que estaba ligado a la preciosa mirada del Gabbana siendo interrumpida por una bala.

Quería explicaciones. Quería saber cómo demonios había irrumpido en la fiesta alguien capaz de disparar y también entender por qué era la única que parecía intrigada y asustada por ello.

Ni siquiera Dani le había dado importancia. Fue como si todos estuvieran acostumbrados o trataran de ocultarme algo. Puede que ambas cosas a la vez.

Aparté aquello de mi mente y me resigné a acatar las órdenes del maldito señor Peruzzi. Creí que estaría sola en la biblioteca, que Cristianno no soportaría compartir tiempo conmigo, mucho menos para hacer un trabajo que le importaba un comino.

Pero allí estaba, sentado en la mesa, escribiendo en su cuaderno.

Contuve el aliento un instante. Maldita sea, era tan increíblemente guapo que no podía dejar de mirarle.

Me adentré caminando lenta, la puerta chirrió al cerrarse. Cristianno ni siquiera levantó la vista. Insistía en actuar como si yo no existiera.

Avancé hasta él y solté los libros sobre la mesa. Si hubiese estado la bibliotecaria me habría lanzado una mirada asesina, pero estábamos solos. Era el momento perfecto para que me explicara por qué se comportaba de aquella manera.

No encontraba motivos para que estuviera así. El sábado incluso me protegió con cariño durante el altercado en el salón.

Respiré hondo y tomé asiento mirándole de forma acusatoria. Él continuó sin responder, sabedor de que yo no le quitaba ojo.

## Cristianno

---

El aroma de su perfume me envolvió y apreté la mandíbula con furia, recriminándome por que me gustara tanto.

Kathia carraspeó y abrió su libro por la mitad sin interés alguno. Yo era el centro de su atención en aquel momento y sabía que no tardaría en hablarme.

—¡Vaya! Es un regalo de los dioses que Cristianno Gabbana esté tan callado esta mañana —dijo con sarcasmo—. Pero sería de mucha utilidad que aparcaras tus diferencias conmigo un momento y hablásemos como personas civilizadas.

Me proponía una tregua sin abandonar su característica ironía.

Siendo honesto me tentó un poco. Hablar con Kathia se había convertido en toda una experiencia. Su elocuencia a veces me noqueaba, y eso me gustaba demasiado. Pero no podía concederle ni un minuto. No quería ser quien respondiera sus dudas.

Mantuve el tipo, no la miré, no entraría en su juego... Por ahora.

—Oh, vamos, ¿no piensas hablar? ¿Ni siquiera un poco? —No le gustó que me comportara como si ella fuera un fantasma al que no podía ver.

Alargó sus manos con parsimonia y me quitó la libreta.

Consiguió lo que se había propuesto. Levanté la vista lentamente, ella se recostó en la silla y se llevó el lápiz a la boca tratando de disimular lo mucho que le intimidaron mis ojos.

En contraposición, su natural erotismo afloró cuando se cruzó de piernas lentamente, mostrándome parte de sus muslos.

Volví a apretar la mandíbula, esta vez por motivos un poco más vehementes.

—No creí que fuera tan difícil mirar a las personas cuando te hablan —sonrió—. Cristianno, vienes de una buena familia. Muestra más educación, querido.

Sabía lo que quería, no tenía intenciones ocultas. Simplemente utilizaba toda su arrogancia para poder acercarse a mí, del mismo modo en que yo lo había hecho la noche del sábado, antes del incidente.

—Vamos, cuéntame qué ocurre. ¿No has logrado nada este fin de semana? ¿La abstinencia te convierte en mudo?

No lo soporté mucho más. Me levanté de la silla y me incliné hacia ella, contemplándola fijamente. Kathia se encogió en su asiento.

—¿Qué pretendes, Carusso? ¿Calentarme la bragueta? ¿Quieres jugar? Porque esa es la impresión que me estás dando.

No comprendía por qué había dicho aquello, pero en ese mismo instante recordé el beso que le dio Valentino, y ahora me parecía estar viéndolo de nuevo.

Tras tomarme un instante para recapacitar, entendí algo. Kathia me estaba dando la excusa perfecta para alejarla de mí.

Después de haberla visto reaccionar ante el disparo, lo indefensa y asustada que estaba, lo mucho que desconocía dónde estaba metida y por quiénes estaba rodeada, pensé que mi mundo no era para ella, aunque ambos hubiéramos nacido en él.

Si era preciso, podía ganarme su odio definitivo y ahorrarme sus preguntas. Todo al mismo tiempo, y con el viaje a Hong Kong a mi favor.

Me encaminé hacia las estanterías del final de la sala y esperé que ella me siguiera notando un extraño temblor en el vientre. Algo de mí no estaba listo para lo que iba a hacer, pero era el único modo de sentenciarlo que se me ocurrió.

«Hazlo ahora, Cristianno. Alejarla es todo lo que necesitas», me ordené.

Sí, era cierto. Ya no solo por las emociones, sino también por su seguridad.

Sus pasos se acercaron a mí. Yo cerré los ojos.

## Kathia

—

Le seguí furiosa. Reconozco que no fui elegante al hablarle de aquel modo y que había empleado los métodos erróneos para conversar con él, pero eso no le daba derecho a ofenderme. Yo solo quería que alguien me diera explicaciones y pensé que Cristianno era el adecuado, que comprendería mis inquietudes.

Era evidente que me había equivocado.

—¿Qué has querido decir, eh? —pregunté tirando de su brazo para que me mirara. Él se dejó llevar, flácido en mis manos, como si hubiera estado preparándose para ese momento.

—Lo has comprendido perfectamente.

—Repítelo si tienes pelotas. —Le eché cara.

—¿Acaso no eres nada de lo que insinúo? —Me echó un vistazo completo—. Hasta ahora es lo que has demostrado.

Negué con la cabeza, estupefacta.

—Yo solo quería hablar contigo.

—¿De qué? —Se cruzó de brazos—. Adelante, vamos.

Tragué saliva. Ahora que me daba la oportunidad, aunque fuera de aquella manera, no sabía cómo empezar.

—El sábado...

—Venga, Kathia. No seas tímida, no te pega nada —se mofó, y yo apreté los dientes.

—¿Quién era ese hombre? ¿Qué quería? ¿Por qué disparó? Y lo que es peor, ¿a dónde os lo llevasteis? ¿Qué hicisteis con él?

Lejos de impresionarle, Cristianno alzó las cejas y contuvo una sonrisa malvada. Su figura adquirió con el gesto una autoridad que nunca antes había visto en él. Ni la edad ni el carisma pueril que a veces tenían, ni siquiera las bromas o su actitud de tipo duro. No había rastro del Cristianno que conocía. Aquel chico era peligroso de verdad y no solo por ser capaz de robar un taxi.

—Ya veo. Y todas esas preguntas tienen algo que ver con tu interés en mis conquistas, ¿no? —Sonó cínico.

—Ni mucho menos.

Dio un paso al frente y yo me mantuve insurrecta en el lugar. No le mostraría lo contrariada que estaba.

—Entonces, ¿por qué no has empezado directamente por ahí si es lo que te interesa? —contraatacó—. No, la señorita Carusso ha preferido exhibir sus muslos y comentar mis líos.

—¿Estás frustrado porque no voy tras de ti como cualquiera de tus fulanitas? —Era mi turno de mostrar desprecio—. Lástima, pero esta vez te toca perder.

Chasqueó la lengua.

—Te equivocas. Mis fulanas, como tú dices, me dejan bien satisfecho. Puedes hablar con la camarera del hotel que me tiré el sábado. Dudo que tú sepas calentar mi cama como lo hizo ella.

—Eres tan...

No me salieron las palabras. Quizá porque una parte de mí, tan pequeña como poderosa, sintió un infeccioso malestar al imaginarle retozando con una desconocida.

Cristianno, al parecer, se dio cuenta y soltó una breve carcajada antes de

volver a clavarme sus ojos azules. Algo extraño titubeó en ellos confirmando una versión de él que estaba completamente fuera de mi alcance.

—¿Qué soy? Vamos, Kathia, dilo de una vez. —Guardé silencio—. ¿No? ¿No encuentras las palabras? Eso sí que es raro, maldita reina de la retórica. —Terminó hablando entre dientes.

—Creí que podría hablar contigo, que quizá bajo toda esa fachada de canalla insensible, existía ese buen tipo del que tanto hablan tus amigos. Pero o bien ellos se equivocan o tú eres un gran mentiroso.

—Buena conclusión, pero un poco ambigua, ¿no crees?

—Tal vez lo sea para ti. Yo, en cambio, he entendido algo. No te odio. Ese es un sentimiento que te queda grande.

—Qué cosas más bonitas me dices —susurró.

—Te tengo pena —rezongué acercándome un poco a él—. Sí, eso es. Pena. Por saber que nunca llegarás a ser un hombre de verdad, aunque dispongas de todas las características.

Fui muy severa y realmente creí que Cristianno reaccionaría, pero habíamos perdido el rumbo. Ya ni siquiera sabía por qué discutíamos, qué pretendíamos lograr. Tan solo me había lanzado a aquella feroz necesidad de herirle.

—¿Todo eso lo estás diciendo porque no quiero responder algo que no entenderías, Kathia? —repuso dejándome entrever lo mucho que ocultaba—. Tratas de hacerte la interesante tomándote licencias sobre mi estilo de vida. Voy a empezar a pensar que de verdad aspiras a entrar en mi cama. De lo contrario, ¿por qué te preocuparía tanto? No es pena lo que sientes por mí, cariño. Sino frustración.

—Vete a la mierda.

Irme no era una opción. Cristianno me había acorralado contra las estanterías.

—No te ofusques, puedo hacer una excepción. —Se acercó a mí en actitud despiadada.

Sin embargo, advertí que algo había cambiado. Era evidente que deseaba herirme, pero intuí que le costaba, que en el fondo se sentía obligado a hacerlo.

La razón, solo él la sabía.

Pero llegados a ese punto, ya no podía evitar lo que estaba a punto de pasar.

—Si Valentino no te deja satisfecha, puedo buscarte un hueco en mi

apretada agenda. —Me golpeó el aturdimiento y apreté los puños como si eso bastara para protegerme—. No sufras por eso, puedo aliviarte. Tan solo necesito que me digas si puedes llegar hasta el final. Dime, Kathia... ¿podrás? ¿Eres lo suficientemente atrevida, cariño?

Mi mano impactó en su cara de porcelana. Deseaba verle sangrar. Quería hacerle daño, aunque mi fuerza no fuera la suficiente para una persona acostumbrada a dar y recibir.

Cristianno giró la cara con brusquedad y enseguida me miró severo. Duró un corto instante en que cientos de cosas se cruzaron por sus ojos. No esperé que vencieran su versión más cruel.

Súbitamente, se lanzó sobre mí.

Cogió mis muñecas y me empujó sin pensar en el ímpetu que empleaba. Mi espalda crujió al impactar contra la pared y sentí un dolor punzante en el costado.

Me colocó los brazos por encima de la cabeza sin dejar de apretar la piel. Pensé en darle una patada, pero estaba completamente inmovilizada. Aquello terminaría cuando Cristianno lo decidiera.

—No sabes cuánto te detesto —masculló rozando mis labios con los suyos.

—Es recíproco —susurré asfixiada—. Ahora, suéltame.

—Nadie me da órdenes, Kathia. Hago lo que quiero, cuando quiero y con quien quiero. —Lo último terminó resbalando por mi cuello.

Deslizó sus manos por mis brazos rodeando mi pecho hasta la cintura. Me envolvió con fuerte rudeza.

—¿Qué estás haciendo? —dije atemorizada. Pero él me ignoró y continuó acariciándome severo—. Cristianno, por favor, déjame.

Intenté empujarle, pero sus brazos me tenían bien sujeta.

—No. No lo haré —dijo algo sofocado, trémulo. Extrañamente indeciso—. Tú misma has dicho que soy un canalla. No razones conmigo, Kathia.

Acarició mi cuello con sus labios. Notaba como el corazón le latía desbocado y respiraba entrecortado. Sus manos bajaron hasta mis caderas para envolverme los muslos. Logré esquivar un poco del contacto cuando empezó a subir sus dedos de nuevo.

—Cristianno, por favor. ¡Para! —sollocé—. Estate quieto.

—¿Por qué lo haría? —preguntó volviendo a rozar sus labios con los míos. Una contradictoria descarga me atravesó—. ¿Acaso no fue esto lo que te hizo Valentino anoche? Dijiste que no te gustaba, mentirosa —jadeó y yo

temblé bajo sus manos.

¿Era eso? ¿Tan solo quería herirme por unos estúpidos celos? ¿Era alguien tan simple? ¿No se daba cuenta de que la atracción entre los dos podía desembocar en algo más grande? ¿Que él reunía todas las condiciones para convertirse en lo que yo deseaba? ¿Que quizá era cierto que le... necesitaba?

Su voz tembló de ira al pronunciar el nombre de Valentino, y sus manos apretaron mi piel con más fuerza, llegando a herirme un poco. —¡¡¡Aléjate de mí, no quiero que me toques!!! —grité empujándole.

### Cristianno

---

Ahí estaba la confirmación que lo más profundo de mi ser deseaba oír. Había conseguido mi propósito, estaba orgulloso de haber logrado la reacción precisa. Su rencor y repulsa me alejarían de ella. Dejaría de darme motivos para adorarla y yo no haría lo posible para atraerla. Por tanto, nunca se convertiría en la compañera de un hombre que había escogido un destino tan corrompido.

Ahora, ambos podríamos olvidar, detener esa locura que lentamente se instalaba entre nosotros. Ya no tendría que temer por los secretos que le rodeaban. Ni tampoco buscar excusas con las que justificarlos.

Había sido una decisión demasiado tirana, pero una buena decisión, al fin y al cabo. Porque Kathia no estaba hecha para la infamia.

Sollozante, me empujó y se echó las manos a la cara. Su pecho subía y bajaba acelerado, respiraba descontrolada. Le había herido y, joder, me sentía el hombre más detestable del mundo.

¿Qué clase de monstruo podía hacerle aquello a una mujer?

«Yo...».

Mierda, empecé a lamentarme. Era demasiado contradictorio sentir arrepentimiento cuando yo mismo había insistido en ello.

Però verla llorar... Fue insoportable.

Quise acercarme, pero Kathia me apartó de nuevo.

—¡¡¡No me toques!!! —chilló enfurecida, aterrorizada—. ¡Ni se te ocurra volver a acercarte a mí, maldito hijo de puta!

Pude ver la decepción en sus ojos. Ya no había vuelta atrás.

Lentamente, se deslizó hacia el suelo y se hincó de rodillas para liberar

su llanto sin control.

La campana de fin de recreo comenzó a sonar estridente.

Di un par de pasos indecisos hacia atrás.

No soportaba ser el causante de su dolor.

«Es lo mejor, Cristianno. Has hecho bien ahora que todavía estás a tiempo». De lo contrario, hubiera caído en ella, descontroladamente.

Nunca había dejado que un sentimiento me sometiera y, sin embargo, Kathia había logrado despertar una emoción que empezaba a dominarme.

—Voy a estar fuera unos días —le confesé al tiempo que ella me clavaba una dura mirada. Tragué saliva—. Aprovecha ese tiempo para ponerle fin a esta estúpida locura hay entre los dos, ya que es evidente que yo no puedo.

Me largué de allí sintiendo una fuerte presión en la cabeza y una extraña inestabilidad en el cuerpo.

## Capítulo · 20

Cristianno

---

Estar en Hong Kong un par de días me vendría genial. La distancia me ayudaría a poner en orden mis pensamientos y asentar la enemistad entre Kathia y yo, hecho que facilitaría mucho mi regreso a Roma. O no, quién coño lo sabía.

Mi tío Fabio había decidido justificar el viaje anunciando una visita a Londres a un evento sobre ciencia. Como él tenía cierto apego a la capital inglesa debido a los años que había estado allí, a nadie le extrañó la precipitación, y mucho menos que yo le acompañara.

Pero Mauro...

Mauro no creyó ni una palabra.

Me observó incrédulo y no dejó de darme pataditas debajo de la mesa durante la cena. La mueca instalada en su boca ya me advertía de las explicaciones que tendría que darle en cuanto nos quedáramos a solas.

Así que, cuando entró en mi habitación, no me anduve con rodeos. Le conté lo ocurrido con Kathia sin necesidad de ser demasiado explícito; Mauro sabía muy bien leer entrelíneas.

Salimos a la terraza, nos encendimos un cigarro y guardamos silencio unos minutos. Mi primo jamás me juzgaría, me apoyaría en cualquiera de las decisiones que tomara, por muy ilícitas que fueran. Pero ambos sabíamos que lo que había hecho no era algo de lo que estar orgulloso. El Cristianno Gabbana que conocíamos no solía hacer el gilipollas de aquella manera.

—Entonces, ¿esa ha sido tu forma de ser consecuente? —dijo al cabo de un rato, recordándome la conversación que tuvimos días atrás.

—En realidad, se me fue un poco de las manos.

—Cristianno...

—Lo sé, pero ya está hecho, ¿vale? Es mejor así.

—¿Por qué? —Mauro me miró fijamente y esperó a que hablara, sin éxito —. Cristianno, responde.

—No. —Si lo decía en voz alta, me metería de lleno en un problema interno que no quería ni necesitaba—. Ya está. De este modo, he cerrado el maldito capítulo de Kathia Carusso y cualquiera de sus influencias sobre mí.

—Mientes como un bellaco.

«Eso está claro», pensé. Pero había otra cosa que me preocupaba, y era cómo demonios estaría sintiéndose Kathia después de lo sucedido.

—Mauro... ¿Podrías... cuidar de ella?

Incluso a mí me sorprendió pedirle aquello.

—¿La desprecias hasta hacer que te odie y ahora me pides que la proteja? —La suspicacia de Mauro por poco me sonrojó—. Cristianno, querido, puedes decírmelo, ¿necesitas ayuda de un especialista?

—Vete a la mierda.

Apagué el cigarro y entré en la habitación sabiendo que él me seguiría.

—Hablo en serio.

—No sé ni por qué te quiero.

—Por mi indudable carisma y mi extraordinaria lealtad.

—Puede ser... Sí...

## Kathia

—

No fui al colegio ese día. Mis ojeras y el malestar general ayudaron bastante a que mi madre permitiera la ausencia. Así que me quedé en la cama hasta bien entrado el día, encogida bajo las sábanas con la mirada perdida.

Mi mente decidió acosarme con los recuerdos sobre el incidente con Cristianno y, desde luego, me martiricé hasta decir basta con las diversas reacciones que tuvo mi cuerpo.

Una parte de mí deseaba que la situación hubiera llegado a ese punto por otro motivo. Pero ni Cristianno me apreciaba, ni yo sabía cómo hacerle cambiar de opinión.

Era demasiado descabellado pensar en ello cuando él mismo había puesto tanto empeño en que le odiara.

Sin embargo, la realidad de sus actos era bien distinta.

Lo había mirado a los ojos y había descubierto controversia en ellos. Cristianno no quería herirme, de eso estaba segura. Pero no conocía los motivos que le habían llevado a hacerlo, y hablar con él no era una opción. No

me lo permitiría.

Así que estábamos en ese instante en que odiarnos era un acto tan natural como aceptable.

Mis pensamientos enmudecieron cuando la puerta de mi habitación se abrió. Enrico se acercó a mí y tomó asiento al filo de la cama con una sonrisa dulce en la boca.

—Ey, pequeña. ¿Estás bien?

Frotó mi cintura antes de envolverme con sus brazos. Me aferré a él y disfruté de su magnífico aroma hasta tenerlo impregnado en mi propia piel.

—No demasiado. Creo que me sentó mal la cena —mentí, pero él se dio cuenta.

—¿Seguro que no hay nada más? —Negué con la cabeza—. De acuerdo... Tengo que ir a la comisaría, pero si para el mediodía te encuentras mejor, podríamos comer juntos en algún sitio bonito.

—Es una gran idea.

Tras su marcha, me quedé un rato más en la cama. Pude ver que el clima se mareaba y comenzaron a caer algunas gotas iniciando así un chispeo constante que nunca terminó de arrancar.

Después, tomé una ducha, me vestí y abandoné mi habitación esperando que mi madre aceptara mi salida. Pero como no estaba, simplemente le pedí a Ricardo que me acercara a la comisaría de Enrico.

Menos de una hora más tarde estaba sentada frente a mi cuñado en un bonito restaurante a unas calles de la Fontana di Trevi.

—Esto está delicioso —dije engullendo un trozo de pasta. El plato se presentaba como un alimento similar a los canelones.

—*Schiaffoni*. Relleno de carne de ave, setas y salsa de queso —me anunció Enrico con una sonrisa—. Mi madre solía acompañarlos con una sopa castellana.

Le miré con nostalgia. No solía hablar de su familia. De hecho, apenas sabía nada de ellos. Pero no podía ignorar el ramalazo de dulzura triste que aparecía en su mirada siempre que los mencionaba.

—Parece que tu malestar no es tan grave como creía —comentó mirándome travieso—. No estás obligada a contármelo todo, pero sabes bien que estoy aquí para escucharte.

Tragué saliva. Confiaba absolutamente en Enrico, no tenía ninguna duda. Sabía que entendería cualquier cosa que le contara por controvertida que fuera. Pero él conocía a Cristianno y ambos compartían una relación bastante

fraternal. Podía ser cualquier cosa, pero no era una difamadora, siquiera aun llevando razón.

Sin embargo, mi cuñado intuía lo que pasaba.

—He tenido un... pequeño encontronazo con... Cristianno. —Decidí guardarme los detalles más escabrosos.

—¿Otro más? —No le extrañó, se estaba acostumbrando a nuestros enfrentamientos.

—Discutimos. Ayer.

Suspiramos al mismo tiempo.

—¿Quieres contarme más?

«No...».

—Llegamos... a las manos.

—Por Dios... —Soltó los cubiertos y se cruzó de manos.

—No fue para tanto, en serio.

—¿Qué no lo fue? Dime, ¿has faltado a clase por eso? —No supe qué decir, pero mi silencio le valió como respuesta—. ¿Cuál fue el motivo?

—¿Incompatibilidad de caracteres?

—Hablaré con él.

—Yo también actué mal.

—Pues te diré a ti lo mismo que le diré a él. No podéis estar discutiendo a cada momento. Ni mucho menos llegar a un enfrentamiento físico, Kathia. Ya sois mayorcitos. Deberíais saber controlarlos.

—Lo sé...

En realidad, Enrico ya no tenía de qué preocuparse. Entre Cristianno y yo, cualquier sentimiento, incluso el de aversión, estaba completamente muerto.

—Si os detestáis tanto como decís, será mejor que mantengáis las distancias.

Agaché la cabeza. De pronto se me había ido el hambre y todo lo que había comido hasta el momento me había revuelto el estómago.

—¿Tú crees que Cristianno me odia? —pregunté bajito.

—En absoluto.

—Entonces... —Miré a Enrico, confundida, desconcertada con lo que estaba sintiendo. Caótica.

—Supongo que está algo confundido.

—¿Por qué?

—Eso es lo que voy a preguntarle en cuanto lo vea.

## Cristianno

---

Llegamos al aeródromo a eso de las dos de la madrugada. Era mejor viajar de noche para no alzar sospechas. Pero antes de subir al *jet* privado, Enrico me cogió del brazo y me apartó unos metros.

—Aclara esa cabeza tuya estos días —masculló entre susurros—. Y cuando vuelvas a pisar esta ciudad, empieza a comportarte como eres en realidad, ¿me has entendido?

—¿Ya te ha ido con el cuento? —dije irónico.

—Respóndeme, ¿me has entendido?

—Sí —le desafié.

Pero Enrico era mucho más listo que la simple rabieta de un niño confundido. Torció el gesto y entrecerró los ojos. Había empezado a hurgar en mis pensamientos y temí bastante.

—Cristianno.

—He dicho que sí. Yo... no... sé qué me pasa.

—Reflexiona. Hablaremos cuando regreses —dijo un poco más calmado.

Asentí con la cabeza y cogí aire.

—Vale.

Después de eso, mi tío y yo nos despedimos de él. Subimos al avión, nos abrochamos el cinturón y mantuvimos el silencio hasta que terminamos de despegar.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó Fabio, aceptando la copa que la azafata le servía.

—Que tu sobrino, a veces, es un estúpido gilipollas —me sinceré provocándole una sonrisa.

—¿Tiene arreglo?

—No lo sé. Creo que no.

—Entonces, simplifica.

Le miré atento. Estaba a punto de darme uno de sus tantos consejos. Recomendaciones que siempre me habían facilitado la vida.

—Un sí o un no puede marcar la diferencia.

—¿Tan sencillo te parece? ¿Decir sí o no?

—El mundo es demasiado complicado como para enredarlo aún más. Sí o no. Solo existen esas dos respuestas. Tómame tu tiempo antes de mencionarlas y no hagas nada de lo que no estés seguro.

«Sí o no».

¿Estaba enamorándome de Kathia? Darle una respuesta tan sencilla era mucho más difícil de lo que parecía. Pero mi tío había sido muy preciso. Supo que mis introversiones tan solo necesitaban un rigor que yo no conocía. Así que me entregó la posibilidad de facilitar mi propio camino. Tan solo me quedaba decidir qué inclinación tomar.

—Gracias, tío Fabio —le sonreí.

—Voy a dormir un rato. Odio los aviones.

Me dejó solo en aquel espacio lujoso, que pronto me pareció un pequeño zulo mugriento.

Ya habían pasado dos horas desde que habíamos emprendido el vuelo y por mi cuerpo navegaban varias copas de licor. Fabio dormía al final del pasillo, refugiado en sus sábanas de seda blanca, tal vez soñando con el acuerdo del negocio que tanto ansiaba. Él era capaz de manipular sus sueños. Yo no.

Continuaba desconcertado y mi cabeza daba tumbos queriendo conciliar el sueño, sin éxito. Traté de concentrarme en el exterior y contemplé el cielo sin poder retener mis puñeteros pensamientos. Supongo que las palabras de mi tío habían surtido mucho más efecto del que imaginaba.

Navegué hasta ella. Y acaricié las estrellas. Si Kathia hubiera estado allí la habría sentado en mi regazo y susurrado el nombre de cada una de ellas.

Habría envuelto su cuerpo con mis brazos hasta lograr que se durmiera en mi pecho. Después, quizá, terminaría sumiéndome en un letargo, con ella a mi lado, motivo suficiente para estar en paz.

Mis sentimientos jamás habían llegado tan lejos, nunca les había dado la oportunidad. Llevaba varios años viviendo aventuras desenfrenadas y me contentaba porque realmente las disfrutaba.

Maldita sea, estaba orgulloso de mi forma de vivir el amor, precisamente, porque no lo era. No existían presiones, no tenía que dar explicaciones. Pero ya no estaba tan seguro. Supongo que uno mismo no puede decidir sobre lo que siente.

Kathia era lo primero que pensaba nada más despertar. Era la única mujer que me había provocado tal necesidad. Y, aunque yo mismo lo había decidido, odiaba pensar que a mi regreso no volvería a cruzar palabra con ella.

«No podría llegar a ser más estúpido ni aunque me esforzara».

—¿No logra dormir? —Giselle, la azafata, apareció de pronto,

hablándome bajito.

—Supongo que volar no me sienta bien —musité logrando ver su sonrisa.

—¿Quiere que le traiga algo?

La contemplé de arriba abajo. Era hermosa, de melena ondulada y rubia y unos ojos caramelo, dulces y tranquilos. Su cuerpo era esbelto y se movía coqueta, con estilo. Giselle reunía todas las características. Con un poco de suerte silenciaría a la Kathia que habitaba en mi mente.

Señalé el sillón que tenía enfrente. Ella asintió y tomó asiento cruzando las piernas. Hacía poco que había visto aquel movimiento en alguien mucho más cautivador.

Humedecí mis labios y me obligué a centrarme en ella.

El *jet* estaba sumido en un profundo silencio que se aliaba a la oscuridad; solo la luz verdosa de la cabina alumbraba. Tenía la suficiente intimidad para iniciar los preliminares.

Me incliné hacia delante y comencé por acariciar su rodilla, pidiéndole permiso. No estaba bien dar por hecho una aventura.

Ella consintió al cerrar los ojos e inclinó la cabeza hacia atrás. Ascendí un poco más, llegando a tocar la cara interna de su muslo. La yema de mis dedos sintió el calor que desprendía aquella parte de su cuerpo.

Sin embargo, Giselle se removió y retiró mi mano. Pensé que se lo había pensado mejor, pero se acercó a mí, cogió mi rostro y me besó, suave, erótica y lentamente. Su lengua se enredó a la mía con parsimonia. La acepté controlando las ganas de arrancarle la ropa y pasar a la acción.

Me estaba gustando, besaba bien. Pero, aunque mi erección no dejaba de crecer y exigía atención, mi cuerpo no estaba tan listo como debería. Mi maldito pensamiento estaba en Roma. Con ella.

Deseaba que Giselle fuera Kathia.

Gruñí. Un calor asfixiante me invadió y me llenó de rabia. No quería que la Carusso formara parte de aquel sucio momento, porque ella no merecía follar como animales.

La furia me llevó a coger a Giselle de los brazos y a empujarla hacia mí. Tomó asiento sobre mi regazo presionando su centro contra mi duro miembro. Le arranqué la chaqueta y después la camisa y capturé sus pechos con rudeza antes de llevármelos a la boca. Aparté el sujetador con mis propios dientes. Quería absorber sus endurecidos pezones.

Giselle no ponía resistencia a mis movimientos bruscos como lo había hecho Kathia. Ella me dejaría hacer lo que quisiera.

—¿Piensa follarme aquí, señor Gabbana? —preguntó entre gemidos. Sus senos se contraían dentro de mi boca.

Volví a gruñir y la sujeté con fuerza antes de arrastrarnos a la habitación. Realmente creí que sería capaz de tumbarla en la cama y extender las caricias antes de abrirme paso hacia su interior. Pero ni ella lo exigió ni yo lo quise.

La besé una vez más antes de darle la vuelta y apoyarla contra el mueble. Fue sencillo echar mano de mi cartera y capturar un condón. Y lo fue mucho más desabrocharme el cinturón, tirar de mis pantalones y colocarme la goma. Quizá porque Giselle me había facilitado todo al quitarse las bragas y exponer su trasero.

La penetré con fuerza, deslizando una de mis manos hacia su boca para enterrar sus gemidos, mientras la otra se ensartaba en uno de sus glúteos. Empecé a moverme, primero lento y seco, y después más rápido y hosco.

El interior de Giselle se apretaba en torno a mí, cada vez más húmedo. No dejaba de mover sus caderas, llegando al punto en que ella parecía ser la dueña del ritmo.

Aquel sexo fue amargo, odioso y áspero y alcanzó su punto más álgido cuando culminé en su interior con una profunda estocada. Giselle tembló y enseguida se echó a reír. Se dio la vuelta, me rodeó los hombros y me besó ajena a la pasividad de mi cuerpo.

«He vuelto a equivocarme...», pensé, pero estaba empezando a acostumbrarme a ese hecho.

## Kathia

—

Ese día no tenía excusa y llegué a San Angelo sintiéndome como si aquel fuera el auténtico primer día de clase.

Disimulé todo lo posible. Erika apenas me prestaba atención y Luca era un chico demasiado jubiloso como para atender a algo que no fuera moda o ligues. Pero Dani...

—Dios, nena, parece que un oso pardo te ha engullido y cagado al mismo tiempo —me dijo conforme subíamos al segundo piso.

—Qué interesante objeción, y gráfica. —Puse los ojos en blanco.

—Mi madre dice que debería estudiar arte. Pero ese no es el punto. Quiero información. Ahora.

Era tan maravillosa como intuitiva. Teniendo en cuenta que no había podido escapar de lo primero, mucho menos lo haría de lo segundo. Así que no me quedó más remedio que resignarme a contárselo.

Sin embargo, Mauro se colgó de nuestros cuellos y nos besó a ambas en la mejilla dando por finiquitada mi valentía.

—¿Qué chismorreáis? —curioseó al tiempo que una de las profesoras se detenía a pie de las escaleras cargada de documentos.

Nos echó un vistazo.

—Ferro, écheme una mano, por favor.

—Mierda, siempre me lo pide a mí —nos susurró antes de poner su mejor sonrisa—. ¡Enseguida voy!

Dani subió dando un par de brincos, cogió la mitad de la pila de papeles y siguió a la profesora, dejándonos a Mauro y a mí a solas. Al mirar en rededor me di cuenta de que el Gabbana no tenía la habitual compañía de su primo.

—No ha venido —supuse cabizbaja, retomando mi camino.

—No...

Apenas pudo cruzar una corta mirada conmigo. Me observaba de una forma respetuosa, como si estuviera pidiendo perdón en favor de Cristianno.

—Lo sabes, ¿verdad?

Cogió aire y lo liberó con aplomo.

—Kathia, verás...

—Tú no tienes la culpa, Mauro —le interrumpí—. Fue algo... completamente inesperado, incluso para él, creo... En realidad, quiero pedirte un favor.

—Por supuesto, adelante.

—Me gustaría hablar con él. Tengo derecho a saber por qué.

—Estará unos días fuera.

Por lo que sabía de Cristianno, él no era un chico que huyera de los problemas, por muy complejos que estos fueran. Honorable y protector, así le describían sus íntimos amigos. No le veía escondiéndose de una niñita recién llegada.

—Eso me dijo... ¿A dónde ha ido?

Mauro adoptó una expresión de reserva. Por supuesto quería ayudarme, pero no confesaría.

—No puedo decírtelo.

—¿Puedo al menos llamarle o algo?

—Kathia, será mejor...

—Lo necesito, Mauro.

—Entonces, espera a que vuelva. Es lo mejor para los dos. Estos días os vendrán bien.

—Supongo que sí...

De ese modo, cuando volviéramos a vernos, quizá podríamos dialogar como no lo habíamos hecho hasta el momento.

—¡Vosotros dos! ¡A clase, vamos! —gritó nuestra profesora.

Dani no apareció hasta la hora del recreo. Así que Mauro y yo compartimos pupitre. Algo que le vino de perlas porque pudo copiar a la perfección todas mis tareas y ahorrarse alguna que otra bronca.

El resto de la mañana estuvo bien, incluso me dio tiempo a terminar el trabajo del profesor Peruzzi. Por tanto, gozaría de un fin de semana bastante tranquilo y sin tarea acumulada.

Sin embargo, toda la tranquilidad que fui acumulando durante la mañana, se evaporó en cuanto reconocí el vehículo de Valentino.

—Dani. Bianchi a la vista —le murmuré a mi amiga, aferrándome a su brazo.

Ella rápidamente echó un vistazo.

—Entendido. Vamos.

Me guio hacia la salida y nos escabullimos entre la marea roja de alumnos antes de echar a correr hacia el final de la calle. No fue hasta que nos sentamos en la parada de autobús que sonó mi teléfono.

—Es él —le advertí a Dani antes de descolgar—. ¿Sí?

—¿Dónde estás?

—Voy a comer a casa de Dani. Tenemos mucha tarea acumulada y estudiaremos juntas. ¿Necesitas algo? —Me hice la disimulada.

Pero no coló. Valentino no era del tipo tolerante.

—¿Te ha colgado? —preguntó Dani, asombrada.

—Así es.

—Qué gilipollas. En fin..., comida y tarde libre. Nena, de esta no te escapas. —Tuve que sonreír.

## Capítulo · 21

Cristianno

---

Giselle abrió la puerta del avión en cuanto las escaleras terminaron de acercarse. Ajusté mi corbata y me retoqué el pelo. Me sentía bien, atractivo, mucho más que en otras ocasiones. Era un traje sobrio y muy oscuro, pero favorecía mi piel pálida.

Me acerqué hasta la puerta y miré a la azafata. Ella contempló mi atuendo y se detuvo bajo la hebilla de mi cinturón. Fue una mirada rápida, pero suficiente para saber que le gustaría tenerme de nuevo.

—Bien, disfrutemos de la cena y mañana hablaremos de negocios. ¿Qué te parece, Cristianno? —me dijo Fabio, antes de bajar el primer escalón.

En Hong Kong eran pasadas las diez de la noche.

—Genial —comenté acercándome a Giselle.

Fabio contuvo la risa e inició su descenso. Sabía bien lo que había pasado entre la azafata y yo, principalmente porque había escuchado los gemidos.

Giselle se apoyó en la pared al notar mi cercanía. Retiré el cabello de su cuello y lo besé, alejándome a tiempo de ver el deseo ardiéndole en los ojos.

Oh, sí, aquel era el verdadero Cristianno. El que lograba a cualquier mujer y no el que suspiraba por una de ellas. Quizá a la vuelta, repetiría.

Ya en suelo firme, el chino Wang Xiang nos esperaba rodeado por su escolta personal, que parecía un cortejo fúnebre. Había dos coches negros y una limusina. El tipo era demasiado perfeccionista para esas cosas. Dueño de la mayor farmacéutica de Asia. Y como buen empresario, siempre quería abarcar más.

Traficante conciso, según él, dominaba la entrada de estupefacientes en la costa de Hong Kong. Después, creaba compuestos con ellos y los probaba en convictos o en personas que vivían en aldeas olvidadas de Tailandia y Filipinas. De ese modo, se aseguraba que nadie reclamara por ellos y que todo cayera en el olvido. El resto de la droga se la entregaba a grandes

narcotraficantes, no sin antes llevarse un buen porcentaje. Nada que ver con el importante pellizco que se llevaría al negociar con Fabio.

Wang abrió sus brazos en cuanto mi tío se acercó. Tuvo que agacharse para quedar a la altura del chino, y se fundieron en un abrazo lleno de palmadas en la espalda.

—Querido Wang, deja que te presente a mi sobrino, Cristianno. Es un pequeño maestro —dijo mientras yo me acercaba.

—Señor Wang, es un placer. —Nos dimos un apretón de manos.

—El placer es mío. Fabio me ha hablado mucho de ti. Te admira profundamente. —Le costaba hablar en inglés, pero le comprendí bien.

—Ya sabe cómo es, un poco exagerado. —Fabio me rodeó con un brazo.

—Bien, tengo mesa reservada en El Manantial y vamos con una hora de retraso —nos apremió antes de entrar en la limusina.

Según me había contado Fabio, El Manantial era un exótico restaurante que frecuentaban los hombres multimillonarios. En él, uno podía disponer de la mujer que quisiera, de cualquiera de las etnias. Casi todas eran modelos o actrices que comenzaban a abrirse camino en ese mundo.

En realidad, nos repugnaban esos lugares. Éramos del tipo de hombre que, de necesitar el calor de una mujer, tenía suficiente encanto como para conseguirlo sin estipendios. No fomentaríamos la prostitución ni obligaríamos a nadie a que ejerciera, ese era uno de nuestros mayores lemas.

Pero debíamos quedar bien y para eso tendríamos que soportar cómo denigraban a esas pobres chicas llenándolas de ilusiones, que en el noventa y nueve por ciento de los casos verían frustradas.

De nuevo, me vino a la cabeza el momento en que acaricié a Kathia. Dios, cómo me arrepentía. Quizá si hubiera empleado otros métodos...

Entré en la limusina detrás de mi tío, descubriendo a cuatro chicas. Eran occidentales y vestían unos cortos y ceñidos vestidos.

Tuve que sentarme al lado de una de ellas, que para mi desgracia tenía los ojos grises. Fabio dio por hecho que me quedaba con ella y la muchacha no se alejó de mí, ni siquiera cuando llegamos al restaurante.

El local estaba ambientado con la tenue luz de las velas y tenía un ligero aroma a sándalo y té, mucho té, y es que en cada mesa había dispuesta una tetera de forja plateadas, apoyada sobre una especie de brasero de ascuas. Además de unos canapés típicos de la zona.

Cenamos al lado de la enorme fuente de piedra.

—¿Qué os parece vuestra sorpresa? —preguntó Wang, señalando a las

chicas—. Pensé que llegaríais cansados del viaje y querríais relajaros.

Se retiró la servilleta, cubierta de manchas, del cuello de su camisa y le acarició el muslo a una de nuestras acompañantes. La chica sonrió y yo tuve que apartar la mirada descubriendo que todo el maldito local estaba plagado de hombres haciendo lo mismo que Wang.

Miré a la mujer que tenía a mi lado. Parecía tímida, demasiado retraída en comparación con las demás. Guardaba parecido con Kathia, pero tenía una belleza mucho más dulce, no tan impactante y agresiva.

—¿Cómo puedo llamarte? —preguntó Fabio a su acompañante, una muchacha morena, de pelo corto, muy joven. Calculé que debía tener mi edad, quizá menos.

La inocencia de la chica la empujó a responder, pero Wang se le adelantó.

—Yo las llamo por el nombre de su país. Esta es Rusia y esta Bielorrusia. —Las señaló despectivo—. Aquellas son Francia y Grecia.

Él mismo se rio de su propio chiste. No tenía ni puta gracia

Por tanto, la joven era Francia y la mujer de ojos grises, Grecia. La misma que ahogó un suspiro. Sin duda, se había ofendido por el comentario, tanto como mi tío y yo. Aunque ellos supieron disimular mucho mejor.

Me acerqué a su oído.

—¿Cómo te llamas? —inquirí sin que nadie percibiera nuestro acercamiento.

Fingió una sonrisa algo tensa debido a mi cercanía.

—Mayla.

—Tu nombre real —ordené.

Se lo pensó unos segundos antes de contestar.

—Sarah...

—¡Bien, es hora de retirarnos! Rusia y Bielorrusia comienzan a volverme loco —soltó Wang.

Daba la casualidad de que El Manantial también era un hotel y uno de los más lujosos de Hong Kong.

Fabio me entregó la llave de mi *suite*. Dispondría de ciento treinta metros cuadrados para mí solo. Un espacio enorme que se vería reducido en cuanto comenzara a pensar en... ella.

Al llegar al vestíbulo, Fabio se acercó a mí. Francia aguardaba tras él toda tímida.

—Por Dios, podría ser mi hija. Solo tiene dieciocho años, ¡tu edad! —me

susurró acalorado.

Fabio no tenía hijos. Tal vez por eso nos trataba como tal a mis primos, a mis hermanos y a mí.

Resoplé y miré a la joven de reajo. Tenía los brazos cruzados sobre el regazo. Parecía tan inocente.

—Acabemos con esto, entonces, tío Fabio. No te costará ponerla a salvo, además lo estás deseando.

—Por supuesto que sí.

Me despedí de él, observando como se alejaba pensativo mientras la chica lo seguía obediente.

Unos minutos después, llegué a mi planta y caminé por el pasillo en dirección a mi habitación. Tan ensimismado iba que no reparé en que alguien me seguía hasta que abrí la puerta.

Sarah me observó tímida. Se había apoyado en la pared debido seguramente al dolor de pies.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

—Debo estar aquí —dijo bajito.

Se esforzaba por resultar complaciente.

—¿Debes?

Torcí el gesto antes de darle paso al interior de la habitación. El lugar ya estaba iluminado con luz muy tenue, justo como a Wang le gustaba. Casi parecíamos sombras.

Sarah cerró la puerta y se apoyó en la madera cruzando las piernas. Yo hice lo mismo, frente a ella. Descansé mi espalda sobre aquel muro liso, a unos metros de la chica, y nos contemplamos sin decir nada, durante un largo tiempo.

Tenía la piel pálida y el cabello oscuro y largo. Su cuerpo era esbelto y sensual.

«¿Por qué me haces esto Kathia? Estás a miles de kilómetros y te siento tan cerca». Apreté la mandíbula y traté de borrar ese pensamiento.

—¿Sabes hablar italiano?

—Sí... aunque, a veces, me cuesta.

Eso estaba bien. Para llevar a cabo lo que tenía en mente, debíamos hablar en mi idioma.

Instintivamente, volví a tensar la mandíbula. Sarah parecía una chica inteligente y en absoluto alguien que estuviera allí por propia elección.

Me adentré en la habitación y me encaminé a los ventanales. La ciudad se

alzaba entre miles de luces centelleantes bajo un cielo nocturno intenso. La línea del océano marcaba un horizonte que me gritó lo lejos que estaba de casa.

—¿Puedo... puedo ir al baño? —preguntó Sarah.

—Por supuesto.

La vi perderse en el interior del dormitorio y yo tomé asiento en el sofá, completamente agotado. Ni siquiera recuerdo el tiempo que pasó hasta que Sarah regresó. Pero no lo hizo como creía.

Se había cambiado de ropa y ahora cubría su cuerpo con un albornoz blanco. Se acercó al mini bar, caminando renovada, como si se hubiera mentalizado del papel que le tocaba interpretar. Cogió un vaso, sirvió hielo y seleccionó el mejor licor de aquella exclusiva colección.

Ella sabía que yo observaba cada uno de sus movimientos, pero creyó disimular el temblor de sus dedos.

Suspiró, se dio la vuelta y caminó hacia mí para entregarme el vaso. No negaré que acepté el trago un poco hipnotizado con su presencia. Era una mujer bella y delicada, de una sensualidad muy cautivadora y serena.

Dio un par de pasos hacia atrás sin dejar de observar como yo sorbía de mi vaso. Me desconcertó verla tan segura de sí misma y, a la vez, tan avergonzada. Como si estuviera agotada de la experiencia que tenía en su trabajo.

Apretó los labios, capturó el nudo de su albornoz y tiró de él. Me costó asimilar lo que se proponía, incluso cuando empecé a ver sus pechos y el delicado balcón de su sexo.

Sarah no quería aquello, pero, aun así, dejó caer la bata al suelo y se mostró completamente desnuda ante mí, en todo su esplendor.

Agradecí haber tragado, porque de lo contrario me habría atragantado. No supe qué hacer, ni siquiera fui capaz de apartar la vista por respeto. Aquella había sido una reacción inesperada, algo que jamás me hubiera imaginado, aunque supiera qué hacía y por qué estaba allí.

Creí que mi repulsa hacia ese tipo de servicios bastaría para cumplir. Pero, claro, había olvidado decirlo en voz alta, y Sarah se puso a trabajar demasiado rápido.

—Pareces sorprendido... —murmuró ella, inventándose una entereza que, en realidad, no sentía.

—Lo estoy —admití centrado en sus ojos.

—No aparentas ser alguien que ignora este tipo de cosas.

—Dicho así, resulta un poco ofensivo.

—Tendré que disculparme.

—Con una especificación basta...

Sabía que Sarah estaba interpretando un papel, que aquello no era algo que ella deseara. Se le notaba, por mucho que tratara de disimularlo manteniendo una postura atrayente y una mirada casi felina.

Otro hombre quizá la hubiera devorado, atraído por su suave magnetismo.

Con lentitud, Sarah comenzó a avanzar hasta colocarse a unos centímetros de mí. Su cuerpo, terso y delgado, mostraba una piel preciosa, peligrosamente salpicada de pequeñas cicatrices. Conté seis. Una de ellas se escondía en la cara interna del muslo izquierdo. Por un corto instante, deseé acariciarla, como si eso fuera a hacerla desaparecer.

Se acuclilló en el suelo, capturó mis rodillas y las empujó para dar espacio a que sus dedos treparan hacia mi cinturón, no sin antes acariciar mi miembro. Me encogí en el asiento.

—¿Qué estás haciendo? —inquirí asfixiado.

—Mi... trabajo.

«Esto sí que no...», me dije y detuve la maniobra a tiempo.

—En pie.

—¿Qué? —Se había ruborizado.

—Ya me has oído. En pie. —Recalqué severo.

Sarah obedeció temblorosa y convirtió sus manos en puños sin saber muy bien qué hacer con ellos.

—Si requiere de servicios más exclusivos puedo llamar a Rusia. Yo no hago...

La callé con un gesto, dejé el vaso en la mesilla y me incorporé hasta dejar apenas unos centímetros de distancia entre los dos. Lentamente, me agaché, acobardándola, y cogí el albornoz. Evité tocar su piel cuando cubrí su cuerpo con la tela.

Jamás olvidaré el modo en que sus pupilas se dilataron asombradas por el gesto. Estaba acostumbrada a que la desnudaran, no a que la vistieran.

—No te he pedido que te quites la ropa.

Tragó saliva, sus ojos se empañaron. Capturé el vaso y le di otro sorbo antes de encaminarme al mini bar para llenarlo de nuevo.

—¿Qué haces en Hong Kong? —continué preguntando.

—Trabajar...

—Ya... ¿Eres griega?

La vi fruncir los labios. No le apetecía hablar de cosas íntimas, pero se dio cuenta de que le insistiría.

—Señor...

—Responde.

—Sí... Soy de... Atenas —tartamudeó.

—Y tu familia. ¿Dónde está?

—Creo que... no estoy aquí para hablar de mí.

Volví a beber mientras observaba lo incómoda que se sentía.

—Bueno, soy tu cliente y debes complacerme, ¿no? Es por eso que se te paga. —Sarah apretó la mandíbula y agachó la cabeza—. Háblame de tu familia —exigí.

De pronto, abandonó aquel salón para ir al baño. Tras el portazo, sonreí orgulloso de su carácter y de lo bien que iba a pasármelo cuando volviera a salir. Tardó unos minutos en regresar, ya vestida y aferrada a su bolso.

—Mis servicios incluyen hablar de cualquier cosa relacionada con el cliente. En este caso, usted. Ir a cenar, beber y follar si es que la borrachera os da para aguantar. Si usted no va a hacer ninguna de esas cosas, págume mis honorarios y deje que me vaya porque no pienso meter a mi familia en esto. ¿Le queda claro? —Estaba cabreada—. Por cierto, son tres mil dólares. Acepto propina.

Su rotundidad me había facilitado mucho la conversación.

Todavía sonriente, me guardé las manos en los bolsillos de mi pantalón y observé la suya extendida, esperando sus honorarios.

—¿Efectivo o tarjeta?

—¿Se está burlando de mí? —Negué con el cabeza, antes de acercarme al teléfono—. ¿Qué está haciendo? —preguntó confusa.

Le indiqué con señas que guardara silencio en cuanto contestaron.

—Sí, soy el cliente de la habitación 3113 y necesito un vehículo. ¿Es eso posible?

El hombre me enumeró los modelos de los que disponían.

—Sí, me quedaré con ese, gracias. Ahora, pásame con información.

Mientras esperaba, me quité la chaqueta y se la lancé a Sarah. La cogió extrañada, sin quitarme ojo de encima. Resignada, obedeció mi petición y se colocó la prenda.

—¿Qué demonios está haciendo? Responda, por favor.

—Has dicho Atenas, ¿verdad? —Asintió tímida—. Buenas noches. Necesito un vuelo urgente con destino a Atenas.

Sarah empalideció bruscamente, abrió los ojos y la boca y me observó titubeante. Expresaba miedo, sorpresa, alegría, decepción... Su rostro decía tantas cosas que no pude evitar sonreír.

—Oh, no se preocupe por el coste.

La operadora enseguida dispuso un vuelo con una salida prevista para las cinco de la mañana, en primera clase.

Colgué el teléfono y me dirigí a la puerta.

—¿Piensas complacer a tu cliente o tengo que obligarte? —Le guiñé un ojo cuando me sonrió trémula.

Al salir de la habitación, me di cuenta de que intentaba disimular las lágrimas. Cogí su mano y la envolví con la mía.

—¿Por qué hace esto? Ni siquiera me conoce.

—Porque este no es tu lugar. Y quiero creer que la abnegación todavía existe en este mundo.

«Aunque, a veces, no lo parezca».

Debería haberle dicho también que deseaba enmendar el error que había cometido con Kathia. No era lo mismo y aquel gesto no arreglaría nada. Pero, por un instante, necesitaba sentir que podía hacer feliz a alguien.

## Kathia

—

Con la llegada del taxi, me despedí de Daniela a los pies del edificio donde vivía. Había tirado de tarjeta y llamado a Abdul, el amable chófer con quien viví uno de los momentos más horribles de mi vida.

—¡Señor Abdul! —Le saludé con la mano—. ¿Coche nuevo?

—Así es, señorita —sonrió desde su ventanilla—. El mismísimo loco que nos atacó hizo que me lo enviaran al día siguiente. ¡Puedo encenderlo con huella dactilar! Todavía no puedo creérmelo. Es lo primero que estreno en mi vida.

Fruncí el ceño, asimilando que Cristianno había tenido tal gesto.

—¡Vaya, al final resultará que no estaba tan loco!

—¡Debe de estarlo si me ha comprado esta joya!

—No sabe cuánto me alegro.

—Gracias, señorita. ¿La llevo a casa?

—¡Adelante!

Me dio tiempo a abrir mi puerta e incluso a meter un pie dentro. Pero me quedé congelada al ver el vehículo de mi padre. Segundos después, hizo su aparición ajustando los puños de su gabán negro mientras se acercaba a mí.

—Papá. —Forcé una sonrisa. De pronto me sentí terriblemente nerviosa —. ¿Qué haces aquí?

—¿Piensas que esta ciudad es tu maldito salón de juegos?

—No entiendo...

—Es que no hay nada que entender, solo se te pide obedecer unas simples normas.

Apreté los dientes y cogí aire. Mi padre había seleccionado el tipo de tono que me anunciaba problemas. Que yo supiera, no había hecho nada para merecerlo.

—¿Puedo saber qué normas he desobedecido?

—Sube al coche. —Me dio la espalda.

—¡Papá!

—¡He dicho que subas al coche!

Resignada, me despedí de Abdul y seguí a mi padre.

Por suerte, no mencionamos nada durante el trayecto, pero tampoco fue necesario. Su actitud ya lo decía todo, y enseguida recordé a Valentino. Era evidente que le había ido con el cuento, como si fuera un maldito crío de preescolar. Pero era mucho peor que un hombre como Angelo Carusso se dejara enredar por cosas tan estúpidas como aquellas.

El coche se adentró en el jardín y se detuvo a pie de la entrada. Me bajé enseguida y entré en la casa más que dispuesta a encerrarme en mi habitación y mandarlos a todos al infierno.

Sin embargo, mi madre lo evitó.

—¡Kathia! Querida, tienes visita. —Su maldita sonrisa, consciente de todo, iluminaba su rostro—. Deberías saludar.

Junto a ella, estaba Valentino, confirmándome así que él mismo había provocado a mi padre.

—Estoy cansada, así que subiré.

—Había pensado en ir a cenar. Mañana —interrumpió Valentino, avanzando hacia mí—. He preparado un encuentro romántico. Es lo que quería decirte a la salida del colegio, pero ya te habías ido.

Me hubiera encantado poder decirle que se fuera a la puta mierda y dejara de acosarme, que estaba consiguiendo que lo detestara. Pero de haberlo hecho seguramente habría liado una buena.

—Podrías haber aprovechado mejor tu llamada, en vez de colgarme, ¿no crees? —dije, en cambio, olvidando su expresión amable.

—Valentino no ha sido quien ha cometido el error —masculló mi padre.

—Oh, ya veo. ¿Y cuál es el error que he cometido, papá? Porque aún no me lo has dicho.

—¡No avisar de tus salidas!

—¡Estaba con Daniela!

—Esa es otra. ¡¿Qué demonios haces con esa impresentable?!

Eso fue el colmo y di un paso al frente plantándole cara.

—¡No te consiento que la insultes!

—¿Qué no me consientes...?

—Angelo, cálmate. —Su voz me anunció la presencia de Enrico. Acababa de llegar.

—Ella no ha hecho nada —mascullé—. Teníamos tarea que hacer. Nada más.

—¡No permitiré que mi hija se convierta en una de sus sucias furcias! —Contuve el aliento al verme empujada por un dedo tieso—. ¡¿Crees que no sé de tus castigos en San Angelo?! ¡Ni siquiera llevas un mes en el centro y ya me has dejado en ridículo! —No estaba dispuesta a continuar con aquello—. ¡¿A dónde crees que vas?!

—¡Angelo! —gritó Enrico.

De pronto, tiró de mí, me giró hacia él y me soltó un bofetón que me cortó la respiración. Me quedé mirándole estupefacta, con unas ácidas lágrimas amenazando con salir.

—Por Dios, ¿estás bien? —dijo Valentino, falsamente preocupado.

—Suéltame. —Me alejé de él y eché a correr hacia mi habitación.

## Capítulo · 22

Cristianno

---

El amanecer hongkonés despuntaba en el horizonte bajo la mirada atenta de Fabio, que observaba desde la ventana de nuestro vehículo. En mi reloj, las agujas marcaban el horario romano; era medianoche.

Acabábamos de llegar a la zona más aislada del puerto local, donde las naves se alzaban mugrientas y grisáceas. Esparcidos por el suelo, aumentando el aspecto deteriorado, había trozos de cristales rotos y restos de pescado y fruta podridos. Aún no había llegado a nosotros el olor nauseabundo que seguramente desprendían, pero la imaginación hizo un buen trabajo.

Pudimos avistar incluso la presencia de vagabundos, cubiertos por unas mantas sucias. Algunos de ellos se aventuraban a escudriñar la basura en busca de alimento. Otros preferían seguir durmiendo, presas del sopor originado por la heroína, pues había jeringuillas desperdigadas por los rincones.

Ese tipo de imágenes solía causarme desconcierto y un malestar general muy difícil de describir. A veces me preguntaba cómo demonios habían llegado a ese punto. Pero la mente es muy compleja y, así como ellos se resignaban a vivir de aquella manera, yo trataba de esquivarlo y convencerme de que no podría hacer nada para evitarlo.

Así fue como caí en el recuerdo de Sarah y en la preciosa sonrisa que me regaló antes de embarcar.

—¿Cómo puedo agradecértelo? —me dijo aferrada a mis manos, con lágrimas en los ojos.

—Subiendo a ese avión.

—Cristianno Gabbana. No negaré que estoy cagada de miedo, pero acabas de darme el mayor regalo.

Me cautivó saber que había logrado proteger a aquella chica. Pero la libertad no debería haber sido un regalo. Era por ley un derecho que todos merecíamos.

—Espero verte de nuevo algún día —comentó.

—Si la vida decide volver a juntarnos, entonces te abrazaré bien fuerte.

Y aquellas palabras fue lo último que nos dijimos antes de que ella desapareciera en el interior del pasillo que conectaba con su vuelo. Le había dado dinero en efectivo y mi número de teléfono por si alguna vez necesitaba algo.

Al salir del aeropuerto, me topé con mi tío Fabio, que se había apoyado en mi coche. Sonrió al ver mi expresión de sorpresa.

—Natalie cogió su avión con destino a Marsella a las cuatro de la madrugada—me dijo—. Y podría haberme marchado, pero tus hombros me alertaron. Así que decidí esperarte y, de paso, ahorrarme el taxi. Me han sajado cien malditos dólares.

Solté una carcajada silenciosa.

—En mi caso, Sarah está a punto de despegar con destino a Atenas.

—Qué noche más ajetreada, querido.

—Todavía nos quedan un par de horas hasta la reunión. ¿Te hace un café?

—Y unos pastelillos de luna. Dicen que son sabrosos.

De vuelta a mi escenario actual, eché un vistazo a mi tío. Él era un hombre de negocios, estaba acostumbrado a ese tipo de encuentros. Pero se desenvolvía mucho mejor en un laboratorio. Quizá porque sus escrúpulos no le permitían deambular con tanta libertad por los bajos fondos.

La limusina de Wang se detuvo a pie de una de las naves. Aquel sería el lugar para la transacción que estábamos a punto de llevar a cabo. La zona perfecta para ocultarnos de miradas indiscretas.

Al bajar, mis zapatos de piel pisaron un pequeño surco de agua mugrienta. Tragué saliva y deseé terminar con aquello de una vez. Necesitaba volver. Me urgía, aunque Kathia fuera el primer inconveniente con el que me topara nada más llegar.

Había decidido acercarme a ella y explicarle la verdad, que había sido un gilipollas y lamentaba muchísimo haberla conocido. Que no soportaba que se hubiera convertido en la reina de mis sueños y que me carcomía haber tenido que recurrir a métodos tan retorcidos para alejarla de mí.

Tenía que hacerlo, ambos lo merecíamos.

Me coloqué bien la gabardina y estiré el cuello hacia arriba para cubrirme. Fabio hizo lo mismo, solo que mostrando una sonrisa. Wang ya nos esperaba y, para nuestra sorpresa, Rusia continuaba con él, vestida con el mismo atuendo que el día anterior.

—¿Qué tal ha ido la noche, mis queridos Gabbana? —preguntó Wang, mostrando una vez más su repugnante sentido del humor.

Le clavé una mirada asqueada.

—Bueno, no me puedo quejar. La chica sabe hacer muy bien su trabajo —mintió mi tío, pero ese detalle no lo entendió nadie.

Fabio no había sido un hombre fiel a su esposa, Virginia Liotti. Aunque no a menudo, los más allegados sabíamos que pocas mujeres se resistían a sus dotes de magnífico conquistador. Pero era precisamente eso, una copa en algún local selecto y una buena conversación que terminaba en la *suite* de un hotel.

Nada de retribuciones y mucho menos agravios. Todo era a golpe de seducción. Por eso estaba seguro de que Fabio, aunque sonriente, odiaba aquel tipo de situaciones.

—¿Qué me dice el joven Gabbana? Espero que Grecia no te haya decepcionado. De lo contrario, tendré que castigarla.

«Maldito cabrón. Grecia está sobrevolando nuestras cabezas», me hubiera gustado decirle. En cambio, cerré los puños, ocultos en mis bolsillos, y apreté la mandíbula.

—He estado con ella hasta hace unos minutos —dije regodeándome. Fabio me miró de soslayo—. Créame, sabe cómo satisfacer a un hombre.

Al parecer, Wang no supo apreciar la sorna de mi voz.

—Bien, después del placer vienen los negocios. Entremos, caballeros. Tenemos un trato que cerrar.

—Claro, debemos coger el avión antes de las nueve, ¿cierto, tío Fabio? —me apresuré a decir.

Se echó a reír.

Me sorprendió que la nave estuviera más desangelada de lo que imaginaba; tan solo había una mesa en el centro, sobre la que esperaba una caja de metal negro oculta por una sábana y alumbrada por la potente luz de una lamparilla que seguramente utilizaban para examinar la droga. La misma que había bien ordenada y amontonada en un rincón sobre unos paneles, lista para entregar.

También había un portátil conectado a un pequeño aparato que impedía el rastreo.

Miré a Rusia antes de apoyar mi maletín en la mesa. Parecía disfrutar con lo que se estaba cocinando allí dentro. Ella sí había nacido para ese mundo, me lo decían sus ojos y la forma tan evidente de exhibirse. Mientras que uno de los secuaces de Wang introducía una contraseña en el ordenador, la mujer se

acercó a mí y acarició mi cinturón.

—No sabes las ganas que tengo de probarte. Yo puedo ser mejor que Grecia, ¿sabes? —me susurró mientras Wang disfrutaba de la escenita.

Sabía que podía ser un hombre de lo más atrayente y que empleaba muy bien mis cualidades, pero no me gustaba que la gente diera por sentado que me tenía a su alcance. Así que me decanté por explotar mi encanto para darle una lección.

Me pasé la lengua por los labios para humedecerlos antes de tocar el hueso de su cadera. Me acerqué y ella soltó un suspiro muy parecido a un gemido. Era como si estuviese esperando que la empujara sobre aquella mesa y me la follara delante de todos.

Joder, una cosa era ser atrevido y otra bien distinta lanzarme a mostrar mis intimidades como si no me importara. Además, tendía a ser muy selectivo con mis conquistas, no todo valía.

—No sabes la cantidad de mujeres que me dicen lo mismo. —Rocé sus labios con los míos—. Pero ninguna de las que se parecían a ti lo consiguieron. Así que deja tus manos quietas. Aunque fueras explícita tocándome no conseguirías nada.

—No sabes lo que te pierdes —refunfuñó molesta al alejarse.

—Lo que tú digas.

Las carcajadas de Wang se entremezclaron con las protestas en ruso de aquella mujer, que abandonó la nave toda encolerizada.

—¡Maravilloso! Desde luego, eres un auténtico Gabbana —dijo el chino, dando palmas.

Lo ignoré, abrí mi maletín y extraje mi portátil. Sería el encargado de hacer la transferencia. Sesenta millones de euros para ser exactos. La otra mitad se la había entregado Fabio semanas antes. Marqué la contraseña y entré en las cuentas bancarias de mi tío en Suiza.

Uno de los guardias retiró la sábana en cuanto Wang se lo indicó. Fabio aguardaba con los brazos cruzados sobre el pecho y el gesto torcido mostrando aquel talante suyo tan inquebrantable, firme y atractivo. Sin duda, la persona más inteligente y astuta que yo hubiera conocido nunca.

Wang también lo sabía, por eso le guardaba el aire y le complacía en todo lo que podía. Era el dueño de Hong Kong, uno de los comerciantes más importantes de China y quizá el rey de cualquier negocio oscuro que existiera, pero nada de eso le valía contra un Gabbana.

Con solo un chasquido de dedos desde Italia, Wang podía acabar en las

profundidades del océano Pacífico con treinta kilos de piedra maciza aferrada a sus tobillos. Más le valía ser honesto con nosotros.

Sin embargo, en esa ocasión, él era el único que podía proporcionarnos el material que buscábamos y debíamos ser corteses. Al menos, un mínimo. Sonreí plácidamente antes de marcar el número de millones que debía transferir.

Abrieron la caja con un cúter y extrajeron el envoltorio de plástico que protegía aquella réplica perfecta de la obra de *La belle ferronière*. Mi tío asintió admirado la perfección del plagio, lo acarició y se recompuso echando mano al bolsillo interior de su chaqueta.

—Por favor... —ordenó al guardia que sacara el cuadro de la caja.

Tomó un pequeño dispositivo del bolsillo interior de su chaqueta, un invento suyo, de uso personal, que no podía encontrarse en el mercado y Fabio no quería patentar.

Mientras tanto, en la pantalla de mi portátil apareció una pequeña pestaña que ponía «Aceptar». En cuanto mi tío confirmara, solo tendría que clicar ahí para completar la transferencia.

Fabio extendió el aparato por todo el cuadro. En uno de los extremos, pudo verse el contenido real de aquella obra. Él sonrió al ver que se hallaba en las fibras.

—La pintura no es tóxica. No dañará el compuesto y no se detecta. Es un trabajo perfecto —dijo Wang queriendo tocar el cuadro.

—¿Dónde está lo que hablamos? —preguntó Fabio a la vez que retiraba la mano de Wang.

—Están unidos.

Fruncí el ceño. No comprendía qué otra cosa se traían entre manos. Pero lo ignoré porque Fabio me miró y asintió con la cabeza. Acepté la operación y esperé a que una línea verde se cargara, dando la operación por finalizada.

—Sesenta millones de euros. El trato está cerrado —dijo Fabio, indicándole a nuestro guardaespaldas que cogiera el cuadro.

—Ha sido un placer, Fabio. Espero volver a hacer negocios contigo.

Wang le dio un apretón de manos.

Encendí un cigarrillo antes de guardar el ordenador. Cerré el maletín y se lo entregué a nuestro escolta.

—Claro, ¿por qué no? —dijo Fabio con desdén.

No quería hablar más. Deseaba, casi tanto como yo, salir de allí.

## Kathia

---

Observé mi plato y, con desgana, retiré las zanahorias que cubrían un bistec poco hecho. Me hallaba en el piso de Valentino; un lujoso ático situado en la Via Conciliazione.

Había dispuesto todo para una cena romántica. Flores, el servicio exclusivo del mejor chef de la ciudad y unas velas aromáticas repartidas por toda la estancia. Su luz tenue se mezclaba con la iluminación anaranjada que desprendía El Vaticano.

Al final, no había tenido elección. Tras el enfrentamiento con mi padre, escuché que Enrico y él discutían. No entendí nada, tan solo me llegaba el rumor de sus voces acaloradas. Pero cualquiera de las cosas que dijo mi cuñado no me ahorraron estar allí, frente al Bianchi.

Valentino sonreía mientras comentaba cómo le había ido la jornada. Pero yo no le escuchaba.

Solo podía pensar en... Cristianno y en los dos días que llevaba sin verle.

«Aprovecha ese tiempo para ponerle fin a esta estúpida relación que mantenemos, ya que es evidente que yo no puedo». Mi mente insistía en lo sucedido, en su mirada de decepción cuando mencionó esas palabras.

Alguien no puede decir algo así si está plenamente de acuerdo con sus actos, y Cristianno no era de los que se arrepentían. A menos que hubiera fingido.

Ciertamente estaba volviéndome loca.

—¿No comes? —preguntó Valentino tocando mi mano.

—No tengo hambre. —Me aparté de su contacto al levantarme de la silla.

Mis pasos me llevaron hacia los ventanales y me crucé de brazos.

Me sentía molesta conmigo misma porque era tan culpable como Cristianno de lo que había pasado. Si no le hubiera hablado de aquella forma, si no le hubiera provocado y solamente hubiera ido de frente a preguntarle lo que realmente me interesaba, tal vez no hubiera tenido que soportar aquella presión constante en el pecho.

Nunca antes había sentido nada parecido. Odiaba del mismo modo que deseaba y eso me estaba matando. No tenía control sobre mis sentimientos. En el pasado, jamás me había arrepentido de nada de lo que hubiera hecho. Me daba igual si hacía daño o no. Lo hecho, hecho estaba.

Sin embargo, con Cristianno era diferente. Toda mi vida había cambiado desde que nos cruzamos. Yo misma había cambiado. No comprenderlo era lo que me desquiciaba.

No estaba cómoda, no era yo la que habitaba en mi cuerpo. Una bomba de emociones estallaba en mí continuamente. De lo único que estaba segura era de que aquello no sería algo banal y efímero. Un simple instante que olvidar.

No, sabía que me marcaría para siempre. Me lo decían mis instintos más primarios, como si fuera un vaticinio de lo que estaba por venir.

Valentino me rodeó por la cintura y me obligó a mirarle. Le obedecí, inerte entre sus manos y completamente ajena a que volvería a sentir sus labios. Me besó, aprovechando mi momentánea pasividad.

Se alejó, orgulloso del acto, y me observó tranquilo, con deseo. No esperé que fuera a repetirlo de nuevo.

Esta vez me obligó a saborear un beso mucho más intenso, del que me costaría escapar. Valentino no comprendía que mi cuerpo lo rechazaba, que no lo quería cerca y que mi repulsa por él crecía descontroladamente.

Pero en la intimidad de mi mente, tuve que darle las gracias, porque sus detestables caricias me hicieron descubrir que deseaba a Cristianno y que ya no me importaba reconocerlo.

Forcejeé con el Bianchi antes de asumir que tendría que darle una patada. No me corté y él se apartó tambaleante y se llevó las manos a su entrepierna.

—Te dije que no volvieras a tocarme —espeté señalándole con el dedo—. Supongo que soy demasiado ilusa al dar por hecho que serías alguien honrado.

Me lancé a por mis cosas, dándome apenas tiempo a ponerme la chaqueta antes de escuchar su voz bajo una petulante sonrisa.

—No. —Empezó a caminar lentamente hacia mí—. Eres tú la que no quiere entender que se me ha permitido disponer de ti cuando me plazca.

Quedarme a indagar sobre su perturbadora confesión le hubiera dado la oportunidad de hacer conmigo lo que le diera la gana.

Así que me tragué mi desconcierto y me encaminé a la puerta.

—Tarde o temprano serás mía, Kathia. No lo olvides.

—Eso ya lo veremos.

Cerré de un portazo.

Cristianno

---

No hablamos durante el recorrido ni tampoco cuando nos acomodamos en el *jet*. Pero noté cierta incertidumbre en aquel silencio. Fabio no solía actuar errático, él era demasiado armonioso en sus gestos. Algo le atormentaba, pero me molestó no haberme dado cuenta antes y, sobre todo, saber que no obtendría respuesta si le preguntaba. El hermetismo era otra de sus cualidades.

Se centró en mirar su reloj. Lo acarició cientos de veces.

—Tío...

—Es un exclusivo diseño de Patek Philippe's —me interrumpió sin alzar la vista—. Un modelo único, que yo encargué y que goza de un diseño muy peculiar. Fue fabricado en Suiza... Ah, todavía recuerdo la mágica noche antes de tenerlo en mis manos.

No sabía por qué me contaba aquello ni a dónde quería llegar. Pero, desde luego, pude advertir la terrible nostalgia en su tono de voz. No estaba alardeando de sus muchos bienes, nunca lo había hecho. Parecía más la confesión de un secreto que llevaba enterrado en su piel desde hacía tiempo.

Quizá no era tan complicado, tal vez solo estaba permitiéndose divagar debido al cansancio. Pero volvió a hablar y, entonces, temblé.

—No solo marca las horas. —Me clavó una mirada intensa, que pronto adornó con una sonrisa—. No dudes nunca en beneficiarte de él. Puede que algún día te sorprenda su utilidad.

El avión comenzó a rodar, pero apenas le presté atención a la aceleración del despegue. Estaba demasiado aturdido con lo que acaba de escuchar. Fabio, en cambio, se echó en su asiento y cerró los ojos con tranquilidad. Ya había dicho lo necesario. Era ese tipo de persona, jamás comprendería lo que decía hasta que llegara el momento propicio.

—Ya eres todo un Gabbana. Serás el mejor, no te quepa la menor duda —murmuró antes de dormirse y dejarme peor de lo que estaba.

---

Kathia

---

Deambulé por las calles sin saber muy bien hacia dónde ir. No quería preocupar a Enrico a esas horas de la noche, y regresar a casa no era una opción agradable.

Daniela se cruzó por mi mente y ese hecho me ayudó a respirar con

tranquilidad por primera vez desde que había dejado el piso de Valentino. La sensación incrementó y algo de mí supo que ella sería la única que podría darme confort en ese momento.

Lo más lógico habría sido ir en busca de Erika, o quizá pensar en ella antes que en una persona que acababa de conocer. Pero ya no era la chica dulce y alegre que tan feliz me había hecho.

Nuestra amistad poco a poco se apagaba, y ahora más que soportarnos por lo que una vez fuimos y respetar aquellos bonitos recuerdos que compartíamos, ella aprovechaba cualquier momento para entregarme su desprecio.

Tratar de arreglar aquel irremediable distanciamiento se había convertido en una tarea imposible.

Conteniendo la respiración, me detuve frente al portal de Daniela. Eché mano a mi teléfono, abrí su chat y le advertí de mi presencia. Era tarde y no quería molestar a sus padres.

Apenas unos segundos después, se abrió la puerta.

«Sube. Ya», me escribió.

Al llegar, ella me esperaba en el rellano con expresión de preocupación. Tenía el pijama puesto y el cabello despeinado. Al parecer, la había despertado.

—Siento venir a estas horas.

Me arrastró dentro.

—¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

—No, nada... Es solo que... no quería ir a casa y este fue el mejor lugar que se me ocurrió...

—¡Oh, pequeña, ven aquí! —exclamó antes de abrazarme. Daniela era tan cariñosa que con solo un abrazo reponía fuerzas para una semana.

—Tus padres...

—Tranquilo, se han ido a pasar unos días a Salermo. No regresan hasta el lunes. Y aunque estuvieran, no les importaría, créeme.

—Dani, ¿quién es, cariño? —preguntó la voz de un hombre...

De pronto, Alex apareció en el vestíbulo con un bol de palomitas en la mano. Se quedó paralizado al verme y la preciosa sonrisa que lucía desapareció de inmediato. La verdad es que su reacción me cohibió un poco. Era evidente que Alex y Dani estaban teniendo una cita y yo acababa de interrumpirles. Pero el de Rossi no estaba tan de acuerdo.

Le entregó el cuenco a Daniela y se lanzó a por mí.

—¿Qué te han hecho? ¿Te han atacado? ¡¿Les has visto la cara?! ¡Habla, mujer! ¡Dime! —Me zarandeó hasta desorientarme.

—¡Estoy bien, Alex! No me han hecho nada, tranquilo.

—Déjame decirte que no tienes buen aspecto —indicó Dani.

Ambos ya imaginaban que yo estaba allí por algo más que una simple visita. Así que decidí contárselo todo, sin dejarme ninguna parte.

—¡¿Qué?! —exclamaron los dos a la vez.

Me encogí de hombros sin saber qué más decir.

—Dios, como se entere... —murmuró Alex tan bajo que casi no se le escuchó.

—¿De quién hablas?

Daniela y yo le miramos esperando la respuesta. Pero Alex prefirió cambiar de tema.

—Chicas, ¿por qué no pasamos al salón y retomamos nuestra sesión de cine? —sugirió colocándose detrás de nosotras y empujándonos suavemente por la espalda.

—No quisiera molestar, en serio. Puedo llamar a...

—¿A quién? ¿A Erika? —Se burló Daniela cruzándose de brazos antes de tomar asiento—. Anda, no digas tonterías. Aún no comprendo cómo la has soportado todos estos años. Te quedarás aquí. Además, no puedes perderte cómo torturo a Alex con la saga de Harry Potter. —Comenzó a comer palomitas—. Vamos, pon La orden del Fénix, tú no te libras.

Alex y yo nos miramos con el ceño fruncido. Él resopló y yo solté una carcajada mientras comenzaban los créditos. Daniela me explicó que el pobre Alex estaba aguantando el tipo excelentemente.

—Espero que eso me haga ganar puntos —sonrió él antes de acariciarle el mentón a Dani.

—Conque Harry Potter, ¿eh? Te hacía más de... no sé... ¿Crepúsculo? O Moccia —dije.

—Es la saga de la semana que viene. —Me tocó el brazo—. Tengo para todos los gustos.

—Sí, claro —intervino Alex irónico.

—Oye, lo echamos a suertes, ¿no?

—Sí, pero no sabía que eso también incluyera la ñoñería de los vampiritos enamorados de humanas obsesionadas. El señor de los anillos, eso sí es una obra maestra.

—Igual que Cristianno... —murmuró Daniela.

Su nombre se hincó en mi pecho en forma de mil cristales. Intenté disimular, pero Alex se dio cuenta. Me tomó de la mano y me guiñó un ojo antes de volver la atención a Daniela, que ya estaba absorta en la película.

Me sentí bien, cómoda y muy segura. Curiosamente comprendida y agradecida con los dos, porque no comentaron nada más sobre el tema y prefirieron ayudarme a evadirme.

Me acuclillé en el sofá y respiré hondo sin esperar que mi pensamiento viajara hasta él. Fue tan intenso que casi lo imaginé allí sentado, a mi lado.

«Maldito Cristianno...».

## Capítulo · 23

Kathia

---

Al día siguiente, me encontré con Enrico en el salón de Daniela. Me había traído el uniforme y mi mochila con los libros correspondientes para las asignaturas que me tocaba aquel día. Y es que Alex le había llamado y yo, insegura, ni siquiera supe cómo mirarle.

No sabía qué tanto le había contado mi amigo, pero, aunque supiera todos los detalles, mi querido cuñado prefirió facilitarme la tarea. Me dijo que nadie en casa sabía lo sucedido dándome un par de arrumacos tiernos. Él mismo nos llevó al colegio.

La mañana transcurrió tranquila, sin nada extraordinario que recalcar, más que el notable cambio de carácter de Erika y la felicidad desbordante de Luca. Todo porque el sábado era su cumpleaños y celebraría una macro fiesta en la casa de la playa de sus padres.

—Me gustaría saber en qué piensa una mujer cuando se queda mirando la nada de la misma forma que tú —dijo Mauro al tomar asiento junto a mí en el borde de la acera.

Habíamos quedado por la tarde para ir al Giordana's y ultimar los preparativos del evento, además de ir de compras en busca de un bonito regalo para la estrenada mayoría de edad de Luca Calvani. Pero yo no fui capaz de concentrarme en nada.

Había pensado que, con la excusa del cumpleaños de uno de sus amigos más allegados, Cristiano aparecería allí. Pero me equivoqué, y en cierto modo me molestó. Maldita sea, deseaba verle.

«¿Dónde estás, puto engreído? Tendría que ser yo la ofendida. Solo buscas hacerte de rogar, ¿eh?».

—¿Por qué crees que estoy pensando en algo? —sonreí.

—Llevas unos días bastante ausente. Solo lo supongo.

Al mirarle me sentí extrañamente reconfortada. Mauro era un chico de lo más divertido y afectuoso, todo lo contrario a su primo.

Me centré en el humo del tabaco que surgía por entre sus labios. Acto que me animó a arrebatarse el cigarrillo y saborearlo junto a él.

—Vaya, vaya... Enrico me matará si se entera que fumas.

—No lo hago. Pero a veces disfruto de una calada.

—Tu secreto está a salvo conmigo. —Sonreímos cómplices antes de que él recuperara el cigarro y suspirara—. ¿Y bien? ¿Qué ocurre, Kathia? —volvió a preguntar, esta vez con más dulzura que la anterior.

Sacudí la cabeza. Sabía perfectamente lo que quería decir.

—Me gustaría saberlo... Es todo tan confuso —le confesé perdida en sus ojos.

—No puedes retener un sentimiento —dijo cariñoso, retirando mi cabello—. No siempre podemos dominar lo que realmente sentimos. Por mucho que os empeñéis en negarlo, ya habéis caído. Ahora solo falta que lo comprendáis.

Fruncí el ceño al oírle emplear aquel plural cuando solo estaba hablando conmigo. ¿Acaso había mantenido aquella misma conversación con Cristianno?

Pero aquello no había sido lo más alarmante, sino que fuera tan evidente para todos lo que había entre el Gabbana y yo.

Suspiré y volví la mirada hacia la calle. Me pregunté si aquellas personas que paseaban por allí estarían viviendo una situación tan confusa como la mía.

—Hablas como si supieras qué me ronda por la cabeza.

—Sé lo que te ronda por la cabeza. —Me empujó, bromeando—. Tiene nombre propio.

—Ya, claro... —dije incrédula.

Mauro se acercó a mi oído y me rozó con sus labios antes de hablar.

—Él se resiste porque eres la primera —murmuró—. ¿Por qué te resistes tú, Kathia?

Me sobrecogí. Un escalofrío atravesó mi cuerpo. No supe qué hacer o decir. No estaba segura de terminar aceptándolo, aunque ya lo supiera. Tenía miedo de que fuera unilateral, de enamorarme como una estúpida y convertirme en una más.

Clavé los ojos en Mauro. Estábamos solo a unos centímetros de distancia. Tenía una débil sonrisa en los labios y una mirada curiosa.

—Porque también es el primero...

No creí haber tenido el valor de mencionarlo en voz alta.

---

El coche dio la última curva y allí apareció la enorme casa que los Calvani tenían en la playa. Según Luca, había tardado cerca de un mes en convencer a sus padres de dejársela para la fiesta, y yo no entendí por qué hasta que vi semejante residencia.

De diseño vanguardista y rodeada de ventanales, aquella enorme casa se alzaba en tres pisos de una simetría discordante. Cada uno parecía ser independiente, pero se conectaban con bonitos corredores de madera y cristal. Me recordó a una muy moderna casa de árbol, y todo a poquísimos metros de la playa.

Sin embargo, lo que más me llamó la atención fue descubrir la silueta de un promontorio. Aquel precioso acantilado de roca se comunicaba con el aposento principal gracias a un pequeño puente.

—Los Calvani son demasiado ostentosos —me confesó Daniela.

Había pasado la tarde con ella, después de salir de mi casa tras aguantar el insufrible sermón de mi madre sobre Valentino. Vivía enamorada del Bianchi, no perdía ni un instante para encumbrar cada buena cualidad suya. Supongo que entre hipócritas andaba el juego, y es que desde que había escuchado la conversación que ella había mantenido con mi abuela, intentaba guardar las distancias.

No estaba bien desconfiar de una madre, pero no podía evitarlo. Sentía la inminente llegada de problemas acechando constante. Era demasiado extraña la enorme insistencia de mi familia en emparejarme con el condenado Valentino.

Pero traté de no pensar mucho más en ello.

La noche se antojaba divertida y estaba más que dispuesta a disfrutar de ella, empezando por que había logrado librarme de la presencia del Bianchi. Se había empeñado en acompañarme, y gracias al chófer de Daniela pude respirar tranquila.

Contuve un estremecimiento cuando Eric volvió a gritar asomado por la ventana del techo de la limusina. Se había presentado en casa de Dani a eso de las cinco de la tarde y comenzó a hacer preguntas un tanto extrañas sobre la identidad sexual y el amor. Tanto así que al final decidió venirse con nosotras.

Se desplomó en el asiento, trincó la botella de champán que había abierto nada más salir de la ciudad y sorbió hasta la última gota. Ni siquiera era medianoche y ya estaba medio bebido.

—Joder, hace un frío que pela ahí fuera.

Daniela lo miró satírica.

—¿Qué esperabas? Llevas cerca de media hora haciendo el gilipollas asomado a esa ventana.

Solté una carcajada que enseguida se vio coreada por la de Eric. Comenzaba a acostumbrarme al humor mordaz de la Ferro, y me encantaba. Pero ella no estaba muy por la labor de pasarlo bien. Suspiró y se estiró la falda del vestido rojo oscuro que le había dejado. Era una prenda de firma que estaba estrenando ella misma.

Daniela no vestía de ese modo, pero me había confesado (después de presionarla para que hablara) que quería sorprender. Ya iba siendo hora de dar el gran paso con Alex. Quería estar con él y no veía por qué esperar más. Aquella sería la noche. Así que arramblé con todas las prendas que tenía para ocasiones importantes y las solté encima de su cama antes de someterla a una intensa sesión de belleza.

—¡Bah! En cuanto vea a... —Eric frunció el ceño. Lo miramos extrañadas—. ¿Lucille? Sí, en cuanto vea a Lucille, se me pasará el frío.

—Ni siquiera sabe su puñetero nombre...

Al igual que yo, Dani no estaba del todo convencida de que la persona que le gustaba a Eric fuera siquiera una chica.

—¿Por qué me miráis así?

—Porque eres gilipollas.

—Eso ya me lo has dicho.

—Pues te lo vuelvo a decir.

—Me estoy enfadando, Dani.

La nombrada dio un brinco hacia él.

—¿Sabes quién es el dj de la fiesta? Yo te lo digo. Joni. Ese moreno playero cachas buenorro que trabaja en Eternia y le tira los trastos a Luca siempre que puede. Ha venido a su fiesta, gratis, simplemente por el hecho de estar con él. ¿No te parece romántico?

La insinuación era obvia. Efectivamente, Eric estaba colado por Luca y, al parecer, odiaba a Joni.

—Vale... De acuerdo.

—¿Qué significa ese «de acuerdo»?

—Simplemente, de acuerdo.

Eric se enfurruñó y a Daniela no se le ocurrió mejor idea que lanzarse a él para hacerle unas cosquillas a las que enseguida me uní. Los tres

comenzamos a dar tumbos como imbéciles, ahogándonos de la risa.

—¿Creéis que él... sentirá lo mismo? —preguntó Eric, dubitativo y completamente asustado.

No pude evitar recordar la conversación con Mauro. Me encontraba en la misma tesitura desquiciante que Eric, esa en la que temía que Cristianno descubriera mis sentimientos por él.

Daniela sonrió y torció el gesto antes de mirarme. Era increíble que Eric estuviera sincerándose de aquella forma delante de mí y quise darle mi apoyo. No podía estar segura de lo que Luca quería porque apenas lo conocía, pero había sido testigo de unas miradas que significaban mucho más que amistad.

—Solo tienes que comprobarlo. Déjate llevar —le aconsejé acariciando su mejilla—. Si no sale bien, ¿crees que un chico tan bello como tú tardará mucho en encontrar un buen compañero?

Sonrió tierno.

—Dios, ¿qué dirán los chicos?

—Los chicos te quieren y no les importará —añadió Daniela—. Parece mentira que no lo sepas. ¿Acaso no recuerdas el día que Luca os dijo que era gay?

—Como para olvidarlo. A Cristianno pareció haberle dado un aire. Se quedó en estado de shock toda la tarde.

«Cristianno...».

Se me tensó el vientre. Una oleada de nervios me sobrevino. No sabía cómo reaccionaría si me encontraba con él en la fiesta. Aunque estuviera deseando verle, ignoraba si él querría lo mismo.

Suspiré antes de que la limusina se detuviera frente a la puerta principal. Luca había desalojado la casa convirtiéndola en una especie de club de lujo. Pequeñas carpas, gogós, camareros, un podio para el dj. Todo era un derroche fabuloso para un evento al que habían asistido más de cien personas.

Alex fue el primero al que pude ver. Se lanzó hacia el vehículo a toda prisa y más que emocionado con nuestra llegada. Su atuendo marcaba su prominente y musculosa figura. Estaba guapísimo. Pero Daniela no se dio cuenta porque se había centrado en salir de la limusina, y lo hizo como si fuera una poligonera en chándal, con toda la elegancia que ello suponía.

—Dani, te he visto las bragas —comentó Eric con toda la normalidad, señal de lo acostumbrado que estaba.

—¿Y qué te parecen?

—Bonitas. De encaje negro con un lacito rosa.

—Esta me ha obligado a ponérmelas. —Me señaló mientras yo observaba absolutamente atónita la conversación que estaban manteniendo.

«Eso es conocerse, joder».

—Procura que sea el único que te las vea, por el momento.

—No lo sé. Si me muevo demasiado, siento que saldré disparada a presión. Coño. Me cago en la puta. Se me han metido las bragas en el culo.

—Maravilloso —murmuré conteniendo la risa.

Daniela terminó de bajarse la falda, que por poco se le sube hasta el pescuezo, y escupió algunos pelillos de cabello que se le habían pegado a los labios. A continuación, se irguió fingiendo ser una flor delicada.

A mis ojos, aquel había sido el espectáculo más torpe que había visto. Pero Alex no opinaba lo mismo. Consciente de todo el proceso de salida, el de Rossi contempló a su bella dama con devoción. Bueno, más bien la engulló con la mirada.

—Vaya... Dani... estás... —No sabía ni qué decir.

Ella se dio la vuelta y lo miró, ruborizada.

—Estás... —Volvió a insistir, pero ni por esas.

—Sí, sí... La culpa la tiene Kathia. —Se escudó en su ironía—. Tuve que ceder para no temer por mi vida. Puede llegar a ser muy persistente.

—Sigue siéndolo, Carusso.

Alex me guiñó un ojo antes de abrazarla. Y entonces apareció Luca y me abordó como si fuera un puñetero *quarterback*.

—¡Nena! ¡¿Cómo demonios consigues salir así de un coche?!

Fui súbitamente consciente de que todas las miradas estaban sobre mí. Incluso la de Mauro, que sonrió travieso.

Tampoco era para tanto. Me había puesto un atuendo sencillo, de pantalones y corpiño. Pero supongo que los hombros al descubierto y las botas de tacón hacían todo el trabajo. El cabello decidí dejarlo suelto. Recogerlo habría sido llamar demasiado la atención, y el conjunto ya era seductor de por sí.

—Si fuera heterosexual, te lo haría ahí mismo, créeme —bromeó Luca, avivando las carcajadas de todos.

Eric alzó las cejas, observándole fijamente.

—Preferiría que, al menos, me llevaras a la cama.

—Eso está hecho, pero tendrás que esperar a otra vida. A ver si hay suerte.

—Bueno, basta. Los piropos para Dani, por favor —repuse.

Mauro se acercó risueño, con las manos en los bolsillos. De pronto, me puso nerviosa el enorme parecido que guardaba con su primo. Sobre todo, cuando me echó un vistazo integral que culminó al darme un beso en la mejilla.

—Sé de uno que saltaría sobre ti y, en su caso, es heterosexual.

«Mierda, Cristianno...». Repentinamente tensa, tragué saliva.

—¿Está aquí? —pregunté con un hilo de voz.

—¿Tú qué crees?

Después de unos segundos asimilando la noticia, me ajusté el corsé y miré hacia la carpa que había montada justo al lado del salón. Era probable que Cristianno ya me tuviera en su punto de mira, oculto entre los invitados.

—Bien, a divertirse.

Dejé a Mauro, todavía sonriente, y caminé con decisión. Me sorprendió que Daniela apareciera a mi lado y se enroscara a mi brazo.

—¿Me has echado las sandalias en la bolsa? —me susurró caminando como si le hubieran hecho una himenoplastia.

—Además de un bonito pijama y bragas nuevas.

Entre Daniela y yo los tapujos habían muerto hacia un tiempo. Nuestra amistad estaba entrando en una zona permanente y asquerosamente honesta.

—Mierda, estás en todo. Es una suerte. Pero, ¿cómo es el pijama?

—Oh, vamos, ¿no te fías de mí?

—Ni una pizca. Escondes un demonio pecaminoso detrás de ese increíble rostro que tienes, cabrona.

—Qué bonito eso que me has dicho —sonreí.

—¿Crees que... le he gustado? —preguntó inquieta.

—Nena, pero ¡¿qué dices?! —

—No sé, no estoy acostumbrada a... ir de este modo.

Me di la vuelta y la cogí de los hombros.

—Estás increíble y ahora olvídate de todo y haz lo que te apetezca hacer. No intentes calcularlo todo, joder.

Torció el gesto mostrando una sonrisa interrogante.

—¿Piensas hacerlo tú también?

—Zorra.

—No sabes cuánto te quiero.

—Sí, sí...

«Donde las dan las toman». Ya lo advertía la directora del internado: «No intentéis dar consejos que no sois capaces de aplicar vosotros mismos».

## Cristianno

---

La niñita de la minifalda blanca no dejaba de seguirme. Intenté esquivarla colándome por todos los pasillos de aquella casa, pero aparecía cuando menos lo esperaba. Una de las veces incluso me provocó un gritito amanerado.

Al final, tuve que poner cartas en el asunto y la señalé con el dedo para que se acercara. No se hizo de rogar y llegó hasta a mí mostrándome una sonrisa digna del puñetero niño de La Maldición.

Tragué saliva. Odiaba las putas películas de terror. Sobre todo, porque siempre las había visto junto al capullo de Mauro y cualquiera le aguantaba después.

«Te estás yendo, Cristianno...». Sí, era cierto.

—Oye, cielo... ¿Necesitas algo? —pregunté rompiendo la sonrisa de su cara. Ahora se parecía a la mujer del pozo de The Ring; la versión japonesa, que daba más miedo.

—¿Te molesta que te siga?

—Bueno, un poco.

—Maldito engreído.

Me tentó responder al insulto, pero preferí regocijarme en mi logro y continuar disfrutando de mi copa.

En otro momento, me habría liado con ella y supongo que aquello era lo que esperaba de mí. Dejando a un lado su siniestra sonrisa, era el tipo de chica con la que me habría divertido en una fiesta como aquella.

«Pero eso era antes de que Kathia apareciera en mi vida», pensé resignándome a la evidencia.

Desde ese maldito instante, ninguna mujer parecía serme suficiente. Carecían de aquello que las convertían en la maldita Caruso.

«Mierda. Esto es muy preocupante, hostia».

Pero mis encuentros con el público femenino no terminaron ahí. Al parecer, estaba irresistiblemente atractivo esa noche. Tanto que incluso Erika cayó en mis redes. Me abordó nada más salir del salón, estampándose contra la pared. En todos los meses que llevaba en nuestro grupo, jamás la había visto tan ebria. Tuve incluso que cogerla para que no se cayera, y yo tampoco.

—¡Vaya, Erika! ¿Estás bien? —saludé.

—Mejor que nunca —balbuceó.

—Qué buena noticia. En fin... ¿quieres una botellita de agua? ¿Un

paracetamol? ¿Tal vez un colutorio? —Rogué por que me pidiera lo último. Apestaba a alcohol.

—Cristianno... Gabbana —hipó toqueteándome la cara.

—Sí.

—Cristianno...

—Ajá, ese soy yo.

Para entonces, ya estaba esquivando sus habilidosos dedos. Casi se me meten por los agujeros de la nariz.

—Eres tan guapo...

—Vaya, gracias.

Me golpeó el pecho dando pie a que la situación comenzara a ser desconcertante. No descartaba la posibilidad de tener que arrastrarla al baño.

—Cabronazo, tú ya lo sabes.

—Erika...

—¿Puedes responderme a una... pregunta?

—Eso espero.

—¿Por qué sois tan tiranos?

Imaginé que estaba hablando de mi primo y resoplé negando con la cabeza. Él siempre había sido sincero con ella, nunca le había prometido algo que no pudiera cumplir después y tampoco le gustaba jugar a nada que no hubiera sido aceptado con anterioridad. Aunque en ocasiones la gente lo creyera, Mauro no era ningún canalla, ni siquiera intentándolo. Así que no tenía sentido la actitud de Erika.

—La verdad, ni idea —respondí sin más. Razonar con alguien borracho era una pérdida de tiempo.

—Lo lleváis... de fábrica.

—Quizá... —La cogí de los brazos—. Erika será mejor que... —Me empujó de nuevo contra la pared y me apuntó con el dedo.

—¿Te han dicho alguna vez que las apariencias engañan?

—Erika, ¿de qué estás hablando? —Intenté cogerla de nuevo.

—¡Suéltame y responde!

—¿Qué quieres que responda? No tengo ni idea de lo que hablas.

—Si tú eres capaz de engañar de esa forma a todo el mundo, yo también puedo —me susurró casi en los labios.

—Eso es estupendo y ahora deja que te lleve a la habitación. Necesitas descansar.

Con fiereza, deslizó sus manos por mi pecho mientras rozaba mi cuello

con sus labios. Empezó a jadear y a mascullar mi nombre como si estuviéramos compartiendo un contacto mucho más íntimo. ¿Qué demonios estaba pasando?

—¿Sabe Kathia quién eres? ¿Sabe lo que haces entre horas y el poder que ostentas?

Me tensé y apreté la mandíbula, repentinamente nervioso.

¿Qué pintaba Kathia en todo aquello? ¿Por qué hablaba de ella con tanto desprecio y me mezclaba en sus desvaríos? ¿Qué coño hacía una de sus amigas tentando su ingenuidad?

No le consentiría que jugara con ella. Yo mismo me había resignado al actuar como un tirano para que escogiera odiarme y alejarme de su vida. No le haría pasar por lo mismo dos veces.

Miré a mi alrededor tratando de discernir si alguien nos había escuchado. Lo que Erika acababa de mencionar era muy controvertido.

—¿A qué demonios estás jugando? —mascullé furioso.

—Ella jamás va a estar a tu altura. No es lo que buscas. No soportaría tu mundo.

—Eso deja que lo decida yo.

Terminé por empujarla y salí de allí hecho una furia, ansioso por abandonar aquel lugar.

## Kathia

---

Bailaba con Eric mientras le escuchaba criticar a Joni por estar junto a Luca. El dj se había tomado un descanso dejando que sonara una de sus fantásticas sesiones, que a todo el mundo parecía volver loco.

—Mírale, con su pelo engominado y sus pantalones apretados. Le oprimen tanto que no sé cómo coño puede respirar. Será capullo.

—Bien, es bueno que sueltes toda la ira. Reprimirte puede crearte un trauma.

No me estaba burlando de él, pero me hacían mucha gracia sus celos. Eric no se daba cuenta de que Luca no dejaba de mirarle, poniéndose coqueto. Era evidente que estaba esperando a que se acercara y rompiera el hielo.

—Me extrañaría que pudiera tener una erección con eso puesto — continuó mi amigo. Eso sí, sin dejar de moverse.

—Vaya, que... aclaratorio.

—¿Y el otro? —señaló a Luca con la barbilla—. Encima le ríe las gracias. Es un maldito calienta...

—¡Ha quedado claro! —le interrumpí y él me miró alicaído.

—¿Qué se hace en estas ocasiones, Kathia? Porque yo no entiendo a los tíos. —Solté una carcajada—. No te rías de mí, te estoy abriendo mi corazón y solo hace unos minutos que he salido del armario —resopló, pero no pudo evitar sonreír—. Estoy haciendo el ridículo, ¿verdad?

—Qué cosas dices... —Lo cogí de los hombros y le di la vuelta—. Ve allí de una maldita vez y deja de comportarte como una criticona. Yo entretendré a Joni. Tú solo tienes que desplegar tus maravillosos encantos.

—¿Tengo encantos?

—Decenas...

—Espera, Kathia... No sé si podré...

—Lo harás bien.

Le empujé y fui tras él sin dejar de bailar. Luca me miró entusiasmado y yo le respondí con un guiño de ojos. Con gran disimulo y una bonita sonrisa, me colé entre los dos llamando de inmediato la atención de Joni.

Esa mirada traviesa que compartimos me facilitó las cosas y pude adueñarme de toda su atención, dándole así la oportunidad a Eric de iniciar una tímida conversación con Luca.

—Te recuerdo —me dijo el dj—. Fuiste el punto de mira de Cristianno en Eterna, ¿cierto?

—Desgraciadamente, sí.

—Soy Joni, encantado de conocerte.

—Lo mismo digo. Yo soy Kathia.

Nos dimos un par de besos en las mejillas y un corto abrazo. Ahora que le observaba de cerca, Joni me pareció un chico bastante bonito, con unos ojazos negros tan peculiares como hermosos; parecía dos piedras de cuarzo rutilado bajo unas pestañas tremendamente pobladas.

—Déjame decirte que lo entiendo un poco. A Cristianno, quiero decir —comentó haciéndose el inocente—. Eres guapísima y, Dios, sabes moverte la mar de bien.

—No sé si agradecértelo —bromeé toda tímida.

—¿Cómo es que no te he visto antes?

—Bueno, digamos que soy nueva en la ciudad.

—Pues quedas oficialmente invitada a cualquiera de mis sesiones. De

hecho, estaré encantado de verte por allí.

—¡Lo tendré en cuenta!

—Te veo luego, guapa. —Me dio un beso—. Tengo una fiesta que controlar, y creo que a esos dos tortolitos les vendrá bien algo más tranquilo, ¿no crees?

Señaló a Eric y Luca, que ahora se movían al ritmo de la música bien apegados el uno al otro. La cosa empezaba a funcionar y me llamó la atención que Joni conociera la atracción entre ambos.

—¿Lo sabías? —pregunté sorprendida.

—Llevo semanas provocándole, es bueno que al fin se haya animado. — Y es que Joni había motivado a Eric dándole celos.

No pude contener una risita.

—Eres una caja de sorpresas.

—A tu entero servicio, hermosa. —Hizo una reverencia muy cómica—. Tómate algo a mi salud.

—Lo haré.

Después de aquella grata e improvisada conversación, decidí tomarme un descanso. Mi cuerpo no estaba acostumbrado a tanto ajeteo, tenía el fondo de un anciano de noventa años, para qué mentirnos.

Pero el salón estaba atestado de gente. No dejaban de moverse, emocionados con la música, incluso cuando Joni seleccionó una preciosa e intensa balada.

Me detuve un instante, presa de una súbita energía dulce y conmovedora. Sentí la tentativa de cerrar los ojos y dejarme llevar por esa extraña sensación, pero alguien me tocó la mano.

Sobresaltada, me giré en busca del causante. Nunca hubiera imaginado que me toparía con aquella mirada increíblemente azul, refulgiendo en la penumbra como si fueran dos estrellas.

Se me detuvo el pulso al ser engullida por sus ojos, y regresó un rato después, apresurado. Fue maravillosamente desconcertante que Cristianno me mirara como si hubiera estado meses sin hacerlo.

Sabía que tarde o temprano me toparía irremediabilmente con él, me había preparado para ello, de verdad. Pero no creí que vernos resultaría tan asombroso.

El rubor se instaló en mis mejillas. Supuse que Cristianno gozaría de un mayor control sobre sí mismo, pero tampoco pudo remediarlo. Casi me pareció alguien completamente diferente.

Sin querer, le oteé de arriba abajo, admirando su atractivo atuendo casual que potenciaba las seductoras líneas de sus fuertes hombros y cintura. Me centré en el cinturón, que reposaba justo en sus caderas de modo insinuante. En realidad, era incapaz de levantar la cabeza. Me moría de la vergüenza.

Él sonrió al ver como respiraba entrecortada, dejando que retornara el mismo egocéntrico de siempre. Pero para qué íbamos a ocultarlo, nos enloqueció volver a vernos.

Inesperadamente, mis dedos empezaron a moverse lentamente hacia los suyos. Ahora no podía dejar de mirarle y mi mente luchaba por evitarlo. Pero acaricié su pulgar y su mano tembló. Cristianno apretó la mandíbula y desvió la vista.

No entendí bien el gesto, pero hizo que me alejara de inmediato. No sé por qué cometí tal estupidez. Salí de allí todo lo rápido que el gentío me permitió.

### Cristianno

---

Por muy débil que fuera, sentir una caricia de Kathia no era algo que pudiera prever. Mucho menos después de lo ocurrido entre nosotros. Me dejó tan estupefacto que no supe cómo reaccionar. Mi cuerpo reaccionó involuntariamente y sentí una irremediable tensión. Pero no se debió al rechazo hacia sus caricias, sino por sentir tanto con tan poco.

Observé como se alejaba, seguro de que Kathia ignoraba lo mucho que sobresalía entre la gente. Su forma de caminar, su manera de retirarse el cabello, de sonreír o hablar... Todo en ella era una constante y dulce provocación.

«Dios, cuánto la odio».

Agaché la cabeza y contemplé mis dedos, aquellos que ella había tocado, y me los llevé a la boca sintiéndome un poco estúpido.

«Quizá no ha servido de nada tanto empeño por alejarla de mí». No si ambos, inconscientemente, insistíamos sin remedio.

## Capítulo · 24

Kathia

---

Llegué a la barra y llamé al camarero. Necesitaba una copa con urgencia, algo con lo que calmar el silencioso ataque de nervios que me asolaba. Pero mi apremio podía compararse a la parsimonia del tipo, que me ignoró olímpicamente.

Cabizbaja en la barra y enganchando un suspiro tras otro, di un pequeño respingón al notar que alguien me hacía cosquillas.

—Me vas animando esa preciosa cara, Carusso —sonrió Alex cogiendo mi rostro entre sus manos y apretujándolo—. Esto es una fiesta, cariño. No un velatorio.

Solté una carcajada que se unió a la de Daniela, quien pronto se puso a mi lado y se enganchó a mi brazo.

—Llevas más razón que un santo. Pero mi humor mejoraría bastante si ese tipo me diera algo de beber.

Alex le echó un vistazo, se encogió de hombros y entonces saltó al otro lado de la barra con una agilidad tremenda. Dani negó con la cabeza mientras que yo le miraba atónita.

—La ley Gabbana, chicas. Cristianno dice que no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy. —Volvimos a sonreír—. Bueno, ¿qué queréis?

De pronto, sentí unas manos rodeando mi cintura. Estas se hicieron fuertes sobre mí y me obligaron a girarme, para descubrir a un Giulio bastante bebido. Comenzó a mecerse imponiéndome un ritmo terriblemente molesto. Hasta que apoyó su cabeza en mi hombro y susurró:

—Yo te quiero a ti... En mi cama.

Apenas me dio tiempo a entenderlo cuando vi a Alex saltar como alma que lleva el diablo y empujar a Giulio lejos de mí. La maniobra me lanzó contra la barra bruscamente y resbalé. Suerte que Dani evitó la caída.

El rostro de mi amigo se endureció mientras yo me encogía. Giulio estaba un poco borracho y su olor a alcohol eclipsó el aroma de mi perfume.

—Asqueroso hijo de puta, aléjate de mis chicas, ahora —gruñó Alex, cogiéndolo del cuello.

Teniendo en cuenta la situación, no era momento para enorgullecerme, pero no pude contener la felicidad que me causó saberme amiga de Alex. Y él protegía a sus amigos contra lo que fuera. Aquella también era otra de las leyes Gabbana.

Sin embargo, me sobrevino la duda. Cristianno también había evitado que me acercara a Giulio hacía apenas unas semanas; recordé que me hizo rabiarse utilizando el pretexto de que era una chica fácil.

Miré a Daniela. Parecía nerviosa. Sobre todo, cuando vio que el grupo de amigos de Giulio se acercaba.

—Tranquilízate, de Rossi. No le has preguntado a Kathia si está interesada.

—¿Qué haces aquí? Nadie te ha invitado.

Uno de los amigos le dio un manotazo a Alex y este quiso arremeter, llegando incluso a cogerle del cuello. Pero el gesto quedó suspendido cuando Giulio extrajo una navaja y apuntó el vientre de mi amigo.

Sentí como el tiempo se detenía, que mi entorno se congelaba por completo. Tan solo fui capaz de oír el gemido aterrado de Daniela.

Eran demasiados. Nos cuadruplicaban en número. Alex no tendría posibilidad de defenderse, mucho menos si le herían. Y analizando el rostro de esos tipos, no creí que se dieran por satisfechos con una simple puñalada. Para cuando Cristianno, Mauro y Eric llegaran, Alex podría estar peligrosamente herido.

Se desataría una fea batalla entre ambos grupos. Tenía que hacer algo. Y de repente, empujada por una fortaleza desconocida para mí, me interpose entre ellos.

—Parad, por favor. Giulio —supliqué consciente de que la navaja ahora me apuntaba a mí.

El nombrado sonrió déspota y bajó el arma.

—Ha empezado él.

—Maldito cabrón —gruñó mi amigo tratando de lanzarse de nuevo.

Se lo impedí.

—Tranquilo, ¿de acuerdo?

Él me miró suplicante y yo enseguida advertí el rastro rojo de una pequeña mancha de sangre. Resultó que Giulio sí había herido a Alex, aunque fuera algo superficial. Horrorizada, regresé la atención al desgraciado más

que dispuesta a poner medios.

—¿Querías algo, Giulio? —Aparenté tranquilidad.

—Solo una copa. —Se tambaleó al responder—. Bueno, y también un bailecito contigo.

Comenzó a moverse sin ritmo y sus amigos le rieron la gracia.

—¡Y una mierda, largo de aquí! —clamó Alex.

—¡Cállate! —le grité—. Aceptaré con una condición. Después de todo, cogerás a tus amigos y os iréis de la fiesta sin hacer ruido, ¿entendido? —dije antes de que Alex me cogiera del brazo y me arrastrara unos metros.

—¿Te has vuelto loca? ¿Tú sabes lo que le hizo a Daniela?

—¿Cómo dices? —pregunté desconcertada.

—Intentó violarla, ¿sabes? Ese cabrón se propasó con ella. Suerte que Cristianno llegó a tiempo. Por eso no comprendo qué hace aquí. Él no estaba en la lista de invitados.

¿De eso se trataba? ¿Por eso Cristianno se comportó de aquella forma? Dios mío, estaba hecha un lío y lo peor de todo era que no había forma de que aquellos tíos se marcharan sin que la sangre llegara al río.

Miré a Giulio. Sí, le creía capaz de hacer una cosa así, mucho más después de haberle visto empuñar una navaja.

Los ojos se me empañaron al tiempo que Giulio interrumpió la conversación volviéndome a coger de la cintura.

—Vamos, preciosa... —Se acercó a mis labios.

—Ni de coña —dijo Alex empujándolo.

Lo envió un metro hacia atrás antes de que uno de los chicos le soltara un puñetazo. Alex respondió tratando de cogerle del cuello al tiempo que tres tipos más se le abalanzaban. Lo amarraron, de modo que apenas podía moverse, para que así Giulio pudiera atacar con la navaja.

—¡Alex! —chilló Dani.

¡Iban a matarle, joder!

—¡Basta! —grité volviendo a interponerme. Empujé a Giulio y lo cogí de la chaqueta—. Diles que paren y tendrás lo que quieres. Pero aleja eso de mi amigo. Ahora mismo —gimoteé bajo su sonrisa.

—Claro... —Giulio levantó las manos y ordenó que soltaran Alex.

Al mirar sus ojos caramelo supe que le hería mucho más sentirse sometido que la posibilidad de salir acuchillado. Aun así, me comprendió y supo que solo me preocupaba su integridad, que haría cualquier cosa.

—Solo será un baile, Alex. —Acaricié su mandíbula.

—Tendrás que ser tú quien se enfrente a Cristiano después de esto...  
Fruncí el ceño al descubrir que Alex sabía más de lo que quería mostrar.  
—¿Prefieres que esto se complique por un simple baile? —dije bajito—.  
Él no está aquí ahora.

—Estaré vigilando.

—He cambiado de opinión. Ahora me apetece un paseo por la playa —  
sonrió Giulio tirando de mí.

Pude ver que Daniela había empezado a sollozar. Pero desvié la vista y  
me centré en mi objetivo: terminar cuanto antes con aquello.

Seguí a Giulio intentando disimular el rastro de temor que se me había  
instalado en el vientre.

«Piensa en tus amigos, Kathia». Porque mi actitud podía ahorrarnos una  
batalla.

## Cristiano

---

Caminé por el porche hasta que pude ver el mar. Más allá de la  
iluminación del corredor, avisté la bravura con la que las olas acariciaban la  
orilla. Esa noche estaba agitado y corría una brisa fría y veloz.

No me había ido para ahorrarme explicaciones. No era muy dado a las  
fiestas, pero cuando asistía a una de ellas jamás abandonaba hasta el final.

Sin embargo, en aquella ocasión se me estaba haciendo un mundo  
continuar soportando el jaleo de la gente y el rumor constante y molesto de la  
música.

Le di un trago a mi copa y apuré el cigarrillo. El sonido de unos pasos  
llamó mi atención, y fue una reacción estúpida teniendo en cuenta la cantidad  
de personas que había allí.

Pero miré ansioso por encontrarme con ella.

Kathia tragó saliva al verme y enseguida escondió parte de su rostro tras  
su largo cabello, no sin antes haberme mostrado una expresión a medio camino  
entre la timidez y el miedo, señal de lo mucho que quería ocultarme algo. Y es  
que iba acompañada de la peor escoria.

Instintivamente cerré los puños. Giulio se había encaramado a su cintura.  
Ella frunció el ceño, parecía obligada a conformarse.

—Vaya. ¡Mira quién está aquí! —exclamó el tipo con sorna.

Me froté la mandíbula más que dispuesto a intervenir. Así que me lancé hacia ellos sin esperar que la propia Kathia me detuviera. Apoyó una mano sobre mi pecho, todavía cabizbaja.

—Para... —jadeó muy bajito—. Para, por favor.

Me envió una mirada suplicante y yo fruncí el ceño. Comprendí de inmediato lo que escondían sus palabras, que la situación se había complicado y que Giulio estaba dispuesto a cualquier cosa. Los detalles me dieron igual, Kathia no era estúpida, no se habría lanzado a los lobos porque sí. Estaba evitando un enfrentamiento, seguramente porque ya sabía que la cosa se desmadraría y no era justo que liáramos un altercado en pleno cumpleaños de Luca.

Maldita sea, lo entendí bien.

Pero eso no quería decir que lo aceptara.

Acerqué mis labios a su oído. No hallé tensión en su cuerpo. Es más, acercó su mejilla y la pegó sutilmente a la mía, con los ojos cerrados.

—No te alejes demasiado, por favor —susurré y me quedé allí unos segundos más sintiendo como su cabello me acariciaba la cara.

Terminé apartándome a regañadientes. Pero cuando estuve fuera de su alcance, cerré los puños y le di una patada a la valla. Después me apoyé en ella negando con la cabeza.

Me había dado cuenta. Maldita sea, justo en aquel maldito momento supe que no odiaba a Kathia, sino que simplemente me odiaba a mí mismo por no aceptar que la necesitaba y que detestaba la idea de verla con otro.

La miré de nuevo. No apartaría la vista de ella ni un instante.

## Kathia

—

—Estás prestando más atención a tu Gabbana que a mí. Vas a hacer que me enfade —dijo Giulio conforme terminábamos de subir el promontorio.

Era cierto que no había dejado de enviar miradas furtivas hacia el porche. Cristianno estaba allí, hablando acaloradamente con su primo, Alex y Daniela. Sabía que yo era la dueña de su atención y que, en cierto modo, estaba fastidiándoles la noche. Pero había hecho un trato y debía cumplirlo por el bien de ellos.

—Lo siento...

Giulio acarició mis brazos desnudos. Mi piel se erizó aún más. Había olvidado la chaqueta y ahora me moría de frío. La brisa agitó mi cabello y me estremecí al sentirla sobre mi piel.

—¿Tienes frío? —susurró Giulio, dejando que sus labios rozaran mi frente.

Me aparté enseguida.

—Es evidente, pero no te preocupes. Estoy bien. Creo que lo mejor sería regresar ya.

Hice el amago de caminar, pero él acomodó sus manos en mi cintura para retenerme y me envolvió con aquel detestable aroma a alcohol.

—Puedo calentarte.

—Giulio...

—Estás espectacular esta noche. No sabes la cantidad de cosas que te haría.

Sus manos empezaron a deslizarse vientre abajo. Por la candencia y la presión, fue fácil deducir lo que pretendía. Las retiré con fuerza.

—Giulio, no estoy aquí porque me gustes, sino porque quiero que te largues cuanto antes. Así que acabemos con esto, ¿de acuerdo?

Insistí en caminar, pero él volvió a impedirlo, esa vez con un poco más de fuerza. Me aparté repelida por su contacto. Si volvía a tocarme, le daría una patada.

Giulio sonrió y, sin quitarme ojo de encima, derramó su bebida sobre la roca dejando que nos salpicara los pies. Después, tiró el vaso. El cristal se hizo añicos, no pude evitar sentir un escalofrío.

Dio un paso más hacia mí. Yo retrocedí. Pronto me quedaría sin terreno. Estaba demasiado cerca del borde del acantilado.

—¿Quieres que terminemos con esto? —preguntó pasándose la lengua por los labios.

—Eso es lo que he dicho. —Le reté, colocando mis brazos en jarras.

—Bien, pues terminemos cuanto antes, Kathia.

Sentí de nuevo el impulso de mirar a Cristianno. Él no dejaba de ojearme. Si gritaba su nombre, estaba segura de que no tardaría en llegar. Realmente iba a hacerlo.

—¿Sabes una cosa? —Giulio acortó nuestra distancia, seguro del poco espacio que me dejaba—. Comienza a molestarme ese corpiño.

Acarició la curva de mis pechos. Miré hacia atrás intentando descubrir cómo escapar. Todo ese intento por evitar una pelea se iría al traste si de

verdad gritaba. Cristianno descubriría aquello, le pondría en peligro, y con él, a todos mis amigos.

«¡Maldita sea!».

—También me molesta este pantalón.

Me cogió de las caderas y tiró de mí para besarme. No pude alejarle, estaba empleando toda su fuerza conmigo. Lo que sí conseguí fue apartar mi boca a tiempo de sentir su lengua, pero esta se decantó por mi cuello. Lamió mi piel mientras sus dedos atrapaban mis pechos, dolorosamente.

Pude retener la maniobra flexionando las rodillas hacia abajo y contorsionándome un poco al tiempo que le empujaba. Sin embargo, aquellos segundos de tregua no hicieron más que aumentar su efusión.

—No te resistas, Kathia. No queremos que Alex termine como un colador por tu culpa, ¿no? —mascullaba mientras deshacía el nudo de mi corsé. Coló sus manos dentro y se aferró a mi pecho desnudo.

—¡He cumplido con el trato! ¡Suéltame! —exclamé con su boca sobre la mía.

Las caricias descendieron y palparon mi centro llegando incluso a pellizcarme. La sensación de estar siendo maltratada de aquella forma me llevó a atrapar su labio entre mis dientes y apretar hasta que la sangre me inundó la boca.

Creí que cuando sintiera el dolor se apartaría y que esos segundos de confusión me darían el espacio necesario para echar a correr. Pero no podía estar más equivocada.

Le gustó mi violencia. Sonrió como un depravado mientras insistía en aquel beso sangriento, y entonces tiró de mi cabello hacia atrás.

Una lágrima de rabia se deslizó por mi mejilla en el mismo instante en que solté un pequeño y ahogado gemido. Alex llevaba razón... y también Cristianno. Tratar de evitar un enfrentamiento había sido inútil. Me sentí estúpida.

—No te escaparás... —me dijo sonriente.

Tragué saliva y le di una patada en la entrepierna. Ahora sí comenzó a gemir del dolor y se llevó las manos a sus partes doloridas. Me impulsé hacia delante dispuesta a correr, pero me trincó de la muñeca y me empujó contra él.

—¡Maldita zorra! —exclamó antes de darme una bofetada.

Y entonces, caí.

El suelo bajo mis pies se convirtió en un espejismo. El viento me envolvió impetuoso y me hundió en una trepidante velocidad. Mi voz se perdió

en mi garganta, asfixiándome.

No fui capaz de ver nada más que un cielo estrellado y tenebroso, hasta que el cabello me cubrió los ojos. Solo pude sentir como caía y caía, cada vez más rápido.

No sobreviviría. Sería imposible esquivar aquellas rocas puntiagudas que sobresalían del agua o el bravo oleaje que las acometía. No quedaba de otra más que aceptar que cualquiera de mis intentos por proteger a los chicos habían terminado llevándome al desastre.

Así que cerré los ojos sabiendo qué rostro poblaría mi mente.

«Cristianno», susurré y lo dije sin pudor alguno. Segura de que todo lo que sentía por él se vendría conmigo.

Con el murmullo de su nombre en mi cabeza, impacté en el agua. Un dolor punzante y agónico atravesó mi espalda, me cubrió de espasmos. Pero tan solo era agua, nada más. Agua helada, engulléndome y arrastrándome hacia el oscuro fondo. Solté el poco aliento que me quedaba y me ordené subir. Me obligué a luchar por conseguir una bocanada de aire.

Sin embargo, no dejé de caer.

Hasta que choqué contra una roca. Mi cabeza impactó en ella.

Sentí un crujido. Después vi un rastro de sangre.

Me sobrevino un denso estupor.

## Cristianno

---

La vi caer y en ese momento supe que estaba enamorado de ella.

Me impulsé hacia delante y salté la valla. Corrí, corrí como no sabía que podía hacerlo. Mis pies se hundían en la arena, complicaban cada uno de mis pasos, pero me dio igual. Corrí aun con más fuerza.

La agonía atravesaba mi pecho, sentía incluso que mis ojos se entelaban de inseguridad.

¡No podría soportar que le ocurriera algo!

Necesitaba a esa chica en mi vida con una ardiente urgencia, y ahora que ya me importaba una mierda reconocer mis sentimientos por ella, temía que estos no me dejaran respirar.

Toqué la orilla. Me lancé al agua. Nadé sin rumbo. No sabía dónde había caído exactamente. Tal vez, incluso, era demasiado tarde.

Sin embargo, insistí aun sabiendo que podía ser devorado por la marea.

Cogí aire y descendí a la profundidad marina. No podía ver nada, todo estaba demasiado oscuro y el frío caló mis huesos rápidamente, casi me inmoviliza. No había previsto la sensación de angustia y perdí todo el oxígeno. Así que subí a la superficie, tomé una gran bocanada de aire y me hundí de nuevo. Debía aguantar lo que fuera bajo el agua. De lo contrario, Kathia se ahogaría.

Braceando como un loco, me acerqué a las rocas. Estas eran muy puntiagudas y de gran tamaño. Si la inercia de la caída no la había desviado, Kathia seguramente se encontraba en aquella zona, a pie del promontorio. La marea había debido de empujarla contra ellas.

Así fue. Tras un saliente pude ver su cabello flotando sin rumbo. Poco a poco, descubrí que envolvía su rostro, tenía los ojos cerrados. Estaba inconsciente, atrapada entre las enormes piedras afiladas.

Conforme me acerqué, reconocí el forcejeo al que se había visto sometida. El corpiño todavía le ocultaba el pecho, pero estaba desabrochado, apenas sostenido por uno de los pasadores. Una situación que yo no advertí, aun no habiéndoles quitado ojo de encima, y es que Kathia hizo un buen trabajo disimulando. Lo que ella quería era ahorrarnos un enfrentamiento encarnizado. Alex ya me había contado lo sucedido, y precisamente por eso temí que sus heridas fueran graves. Quizá Giulio la había atacado con la navaja.

Llegué hasta ella, capturé su brazo y la arrastré con fuerza, impulsándome hacia arriba. Logré salir a la superficie y cogí aire con desesperación mientras su cabeza se inclinaba hacia atrás, dejando un pequeño rastro de sangre en mi cuello.

—¡Kathia! ¡¡¡Kathia!!! —grité desesperado sin percatarme de la ola que se aproximaba.

Nos sumergió con violencia, arrastrándonos hasta separarnos de nuevo. Fue una suerte que mis impulsos me llevaran a reaccionar rápido, y apresé su mano a tiempo. Nos empujé de nuevo arriba, esta vez aferrándola con fuerza contra mí. Soporté todo lo que pude el embate de las olas tensando los músculos.

—¡Kathia, por favor! ¡Mírame! ¡Despierta! —Mi voz sonó desquiciada, agotada.

Debía llegar cuanto antes a la orilla y buscar a ese desgraciado.

Mis pies comenzaron a tocar suelo y sujeté a Kathia preparándome para

su peso real. Podía ver a mis compañeros esperándonos, ansiosos y muy preocupados. Comenzaron a gritar nuestros nombres haciendo aspavientos con las manos. Mauro se adentró un poco más y esperó mi llegada con el agua hasta la cintura.

Cogió a Kathia, ambos conscientes de mi agotamiento, y la tumbó en la orilla antes de que mis pies se clavaran en la arena.

No presté atención a nada, aunque algo de mí supiera que mis amigos estaban estupefactos y asustados. Simplemente me arrodillé ante Kathia y cogí su rostro entre mis manos. Su tez había adquirido un pálido grisáceo. La zarandeeé y nombré un par de veces, pero no respondía. Cabía la posibilidad de que se hubiera desmayado por el golpe, hecho que provocó la libre entrada de agua en sus pulmones.

No dudé. Pellizqué sus fosas nasales y estampé mi boca en la suya para llenarla de aire. A continuación, uní mis manos y practiqué el masaje cardíaco. Realicé la maniobra un par de veces entre jadeos y ruegos que mantenían expectantes a mis compañeros.

De pronto, Kathia tosió y comenzó a escupir agua.

Me aferré a ella notando el cruel temblor de mis manos.

—¡Mírame! —supliqué y ella obedeció aturdida—. Di tu nombre.

—Kathia... Carusso —tartamudeó. Sus dedos se enroscaron a mis muñecas.

—¿Sabes dónde estamos? ¿Sabes quién soy?

—En la playa, en la fiesta de Luca. Tú eres... Cristianno Gabbana.

—Mauro... Llévatela dentro y, por favor, curadla. Se ha golpeado la cabeza —pedí mientras me levantaba—. Alex, será mejor que desalojemos...

Ahora que sabía que Kathia estaba a salvo, mi mente entró en parada. Tan solo podía pensar en una sola cosa, y hallé al receptor de mis deseos corriendo hacia su Vespa.

Avancé unos pasos. Aquel cobarde se escapaba. Ni siquiera había avisado de lo sucedido. Si no hubiese visto como caía, Kathia podría estar muerta.

Di un paso más. Estaba completamente ido, y Daniela lo supo. Se interpuso para impedirme avanzar. Había leído mis intenciones.

—Cristianno, no... —Intentó retenerme, pero levanté el brazo que quería cogerme y la esquivé—. ¡Cristianno, escúchame! —gritó.

Salí corriendo lleno de rabia. Mis pies estrellándose contra la arena con hervor. Ni siquiera me importó estar chorreando. Llegué al aparcamiento en el

momento en que Giulio aceleraba la moto provocando una humareda. El vehículo se embolsó topando con un coche cuando cogí a su dueño del cuello del jersey.

—¡Maldito cabrón! ¿Te vas sin más? —Lo tiré al suelo—. Enfréntate a mí si tienes cojones.

Le pegué una patada. Y otra, y otra. En la cara, en las costillas, en las piernas, en el pecho... Me tiré sobre él y comencé a darle puñetazos hasta que vi como la sangre y la hinchazón comenzaban a tapar su rostro.

—¿Qué te dijo ella? ¡¿Qué dijo ella?! ¡¡Contesta!!! —me desagarré la voz.

—¡Que te jodan, Cristianno! —masculló, escupiendo sangre. Alex apareció en ese momento—. Ella me provocó y después se rajó. No es más que una... —Le volví a pegar un puñetazo.

—¡Te mataré! —gritaba mientras Alex me cogía por los hombros— ¡Suéltame! ¡No descansaré hasta verte bajo tierra! —Todavía pude darle una patada en la cara.

Sus facciones se iban perdiendo, desdibujadas por la sangre, pero para mí aún no era suficiente. Entonces, miré a los lados. La gente se había agolpado a nuestro alrededor y miraba la escena escandalizada.

—¿Qué estáis mirando? ¡Largaos de aquí! —gritó Alex, sin dejar de retenerme.

Intenté soltarme, pero fue inútil. Era mucho más grande y fuerte que yo y sus brazos capturaban bien los míos. Tuve que resignarme.

La gente comenzó a marcharse. A lo lejos se escuchaba a Eric y a Luca gritar utilizando la excusa de que había fuego. Todos salían de la casa, despavoridos.

Los amigos de Giulio lo levantaron del suelo. No podía mantenerse en pie y su ropa era un amasijo de sangre y arena. Quise volver a pegarle, pero esta vez Daniela me sostuvo el rostro y me obligó a mirarla.

—¡Basta! Ya basta, Cristianno. Le has dado su merecido —dijo con convicción, intentando tranquilizarme.

Nadie nunca me había visto tan descontrolado como esa noche. Incluso a Alex le extrañaba. No dejaba de ojear a Daniela tratando de comprender.

—No estoy satisfecho.

—Deberías estarlo. Kathia está bien, está a salvo, tranquilo. Cálmate. — Me besó en la frente—. Por favor, hazlo por nosotros. Por favor.

Daniela consiguió lo que se proponía y Alex comenzó a aflojar.

Respiré hondo antes de sentirme totalmente liberado. Mi amigo aún se mantenía en alerta, pero seguro de que no volvería a saltar.

—¿Tienes el móvil? —le pregunté a Alex.

Enseguida me lo entregó y hallé en su agenda el número de Enrico. Inicié la llamada y me llevé el aparato a la oreja conforme avanzaba hacia el interior de la casa.

—¿Algún problema, de Rossi? —preguntó el Materazzi, algo adormilado. Seguramente lo había despertado.

—Soy yo.

—¿Qué pasa, Cristianno? —Empezó a preocuparse.

—Giulio Carletti. ¿Crees que puedes fingir un accidente de tráfico? —le sugerí y por el cambio que se produjo en su respiración supe enseguida que Enrico iniciaría un dispositivo inmediato.

Él conocía bien las fechorías y los gustos de aquel maldito canalla.

Alex me miró con fijeza y asintió con la cabeza, de acuerdo conmigo. Pero Dani se puso nerviosa, no estaba acostumbrada a los ajustes de cuentas.

—Hechos —quiso saber Enrico.

Ahí es donde venía la peor parte. Contarle que su preciada cuñada había estado a punto de morir.

—Intento de violación con agresión y tentativa de homicidio. La he salvado, no te preocupes. Está bien. —No hizo falta mencionar su nombre.

—Dalo por hecho.

Me colgó, tomé asiento en uno de los sillones y acepté el cigarro prendido que me entregó Alex. En la casa, apenas quedaba nadie, tan solo los restos de suciedad típicos de una fiesta.

—Cristianno... —murmuró Dani.

—Te lo prometí —la interrumpí—. Que no le haría nada si él se mantenía quietecito. Ya me arrepentí una vez, Daniela. No pienso dejarlo pasar de nuevo.

Ella mejor que nadie debía saberlo. Porque tuve que cerrar los ojos cuando se vio en el lugar de Kathia.

Un violador no tiene cabida en este mundo.

## Capítulo · 25

Kathia

---

Escuché de fondo todo el jaleo que causó la estampida de la gente al abandonar la casa. Apenas unos minutos después ya no quedaba nadie, y ahora el ruido provenía del secador. Mauro me había subido a la habitación principal, me había entregado ropa seca y había esperado paciente a que me cambiara antes de acomodarse tras de mí para secarme el pelo. Si la situación no hubiera sido tan difícil me habría reído enternecida.

En medio de la faena, llegó Dani y yo me vine abajo al sentir el contacto de sus brazos. Gesto que debería haber recibido de Erika, pero ella tan solo estaba allí observándome acusadora.

—¿Te duele? —me preguntó Dani atenta a mi herida.

—Un poco.

—He desinfectado la zona. Pero al haber una herida no puedo poner hielo para bajar la hinchazón. Así que solo nos queda recurrir a los antiinflamatorios.

Me pellizcó la nariz, provocándome una sonrisilla.

—¿Te parece bonito? —intervino Erika cuando Mauro se marchó.

—¿El qué? —Fruncí el ceño.

—Todo esto.

—Erika —le advirtió Dani, que se hacía una idea de por dónde iban los tiros. Pero a ella le dio igual y explotó.

—Has paralizado una fiesta entera por tu comportamiento. Le has destrozado el cumpleaños a Luca y, para colmo, no dejas de hacerte la víctima.

—¡Erika! —gritó Dani.

—¡No estoy diciendo nada que sea mentira!

No daba crédito. Ella pensaba que había provocado todo aquello simplemente para llamar la atención.

—¿Así que eso crees? —balbuceé al borde de las lágrimas.

—¿No ves que sí? Me decepcionas, Kathia. Sabía de tu arrogancia, pero no esperaba que la antepusieras a cualquier cosa.

—¡Se acabó, largo de aquí, maldita estúpida! —Dani la empujó.

—¿Porque tú lo digas?!

—Entonces, lo diré yo, si lo prefieres —intervino Cristianno inesperadamente. Había estado todo el tiempo apoyado en la puerta—. Fuera. Ahora.

Erika observó al Gabbana como si no pudiera creer que le estuviera hablando con tal desprecio. Alzó el mentón y resopló una sonrisa antes de avanzar hacia él.

—¡Idos a la mierda! Tú incluido, Gabbana —espetó antes de desaparecer.

Tenía ganas de llorar, todo mi cuerpo me invitaba a hacerlo, y apenas pude controlar unas lágrimas que se deslizaron por mis mejillas. A través de ellas, vi como Cristianno se acercaba a mí.

—¿Estás bien? —susurró y yo asentí con la cabeza casi por inercia.

No creo que él imaginara las ganas desbordantes que tenía de abrazarle.

—Sí, aunque un poco mareada —admití.

Entonces, sus dedos se aproximaron a mi mejilla. Cerré los ojos, expectante con la caricia, ansiosa por sentirla. Pero nunca llegó y cuando volví a mirarle descubrí que su mano se había quedado suspendida en el aire.

—Te dije que no te alejaras —masculló—. Mira todo lo que has provocado.

Tras decir aquello, salió de la habitación.

Hubiera preferido que Erika continuara allí, reprochándome, antes que recibir una recriminación del propio Cristianno.

—Yo... solo quería... protegeros —sollocé—. Tenía miedo de que Giulio le hiciera daño a Alex. No creí que trataría de forzarme ni mucho menos que me agrediría de este modo.

La cama tembló bajo mis piernas cuando Dani se lanzó a mí para abrazarme. Me aferré a ella con fuerza.

—¡Eh, lo sé! Tranquila, cariño.

—Lo siento mucho, Dani.

—No, no. Tú no has hecho nada malo. —Se apartó para cogerme el rostro entre sus manos. Ella también tenía lágrimas en los ojos—. Tú eres mi amiga. ¿Entiendes eso?

Con la preciosa emoción que aquella declaración conllevaba, me quedé

dormida en sus brazos.

## Cristianno

---

Daniela abandonó la habitación bien entrada la madrugada. La preocupación había desaparecido, pero afloró el agotamiento. Aquella no había sido la mejor noche de nuestras vidas y sabía que le había despertado recuerdos horribles.

Me acerqué a ella y la besé en la frente.

—Se ha quedado dormida —me confesó antes de mirarme—. Has sido bastante duro con ella, ¿no crees?

Asentí con la cabeza, y es que la maldita costumbre de esquivar lo que sentía por Kathia volvió a imponerse.

—Creí que la perdía... —afirmé cabizbajo—. Al final, sí has sido la primera en saberlo.

Mi amiga se mordió el labio y adoptó una expresión dulce y tierna. Ahueco mi mejilla en su mano.

—Ahora viene la parte en que le muestras a ese gran hombre que yo conozco.

No sé cómo demonios lo conseguiría, pero si para Dani era un chico tan increíble, supuse que en realidad lo era. Kathia terminaría viéndolo. O no. Quién lo sabía.

—Ve a descansar, yo me quedaré con ella.

Así fue.

Kathia dormía ajena a que yo intentaba hacer lo mismo en el sofá que había frente a la cama. No podía dejar de pensar en lo cerca que había estado de perderla y en lo estúpido que había sido por no darme cuenta antes del porqué la necesitaba tanto.

Joder, me había enamorado e incomprensiblemente me gustaba sentirlo.

Suspiré mientras contemplaba su cuerpo cubierto con una sábana. Se removió un poco, dejando su rostro plenamente a la vista. No esperé que mencionara mi nombre entre sueños. Ni mucho menos que me hiciera temblar como lo hizo.

Me levanté del sofá, caminé hacia ella y la contemplé mientras dormía. No perdía belleza ni aun inconsciente.

—Kathia... —murmuré en respuesta a su llamada.

Ella suspiró hondo y yo no pude evitar acariciar su cabello y besar su mejilla.

## Kathia

---

Sentí una fuerte punzada en los párpados. La cabeza me daba vueltas y tenía una sensación de vértigo espantosa. Parecía que volvía a caer por aquel acantilado. Me esforcé en abrir los ojos y me removí inquieta hasta que al fin vi los débiles destellos de luz que entraban por las rejillas de la persiana.

Estaba amaneciendo.

Pestañeeé y un millón de puntos multicolor aboraron mi visión. No tardaron en tornarse blancos y extenderse hasta cubrirlo todo con un manto de luz cegadora. Aquellos puntos presionaron mis sienes de tal manera que tuve que volver a cerrarlos para calmar el dolor.

Fue inútil, se intensificó.

Esperé un rato, tomé aire y repetí la maniobra. Los malditos puntitos de color ya eran menos llamativos. Ofrecían su fulgor durante unos segundos y desaparecían dejando un débil rastro oscuro, similar al humo. Como si explotaran.

Me llevé una mano a la frente mientras apoyaba el codo sobre el colchón para impulsarme hacia delante. En realidad, me hubiera gustado seguir durmiendo, pero aquel espantoso dolor de cabeza no iba a dejarme. Era precisamente lo que me había despertado.

Alcané el despertador digital que había en la mesita volviendo a estampar mi mejilla contra la almohada. Apenas eran las seis de la mañana.

—Mierda... —musité dejando reloj en su sitio.

Al cabo de un rato, me incorporé despacio y apoyé los pies en el suelo. Ese simple gesto, que tan fácil era de asimilar para cualquier humano, se convirtió en toda una proeza.

Con cuidado, me levanté. Un mareo me atravesó, pero, no duró demasiado, y me aproveché de ello caminando hacia el balcón. Tomar aire fresco podría estar bien, me devolvería los sentidos. Retiré la cortina y abrí la ventana abandonándome al escalofrío causado por la brisa matinal.

Todo iba bien. Hasta que le vi. Fue extraño, como si mi mente no fuera

capaz de procesar que Cristianno estaba allí, sentado en la arena mirando el horizonte.

«Tan cerca y tan lejos...».

Brinqué hacia atrás y me escondí tras la cortina. El corazón empezó a latir como loco, incluso me taponó los oídos. No sabía por qué me había puesto tan nerviosa. Pero me esforcé en razonar.

Toda la casa dormía y podría gozar de un tiempo prudencial a solas con él, sin que nadie interrumpiera. Tenía la oportunidad de resolver lo que había pasado entre nosotros. Tal vez lo ocurrido con Giulio nos había hecho un poco más tolerantes.

Ciertamente, la imaginación distaba mucho de cómo podían desarrollarse las cosas. Pero al menos debía intentarlo.

Por eso no me convenía tardar en decidirme, tenía que ser impulsiva. Así que me lancé al armario y cogí las primeras prendas que vi. Me atusé el cabello y salí de la habitación intentando hacer el menor ruido.

Mientras bajaba las escaleras, descubrí a Luca durmiendo sobre el pecho de Eric, y a Eric sobre las piernas de un Mauro que le abrazaba despatarrado. Era la imagen perfecta para partirse de la risa, pero no quería despertarlos.

Recorrí el pasillo, atravesé la cocina y me detuve a pies del porche. Desde allí pude ver a Cristianno con mayor detenimiento y descubrí que alguien tan vacío y altanero no se detenía a observar el mar como él lo estaba haciendo. Tenía que existir algo fascinante bajo aquella fachada de tipo despectivo.

Cogí aire, me crucé de brazos para contener mi timidez y empecé a caminar. El viento me rodeó con fuerza, me enfrió casi de inmediato. Supongo que también ocultó el sonido de mis pasos porque Cristianno no se dio cuenta de mi llegada hasta que tomé asiento a su lado, fingiendo un valor que en verdad no sentía.

Él me miró asombrado e incluso tragó saliva. Pero trató de disimular su sorpresa carraspeando. Yo era la última persona que esperaba ver, justo en ese momento.

—Hola... —musité.

—Hola —dijo él sin apartar sus ojos de mí—. ¿Qué haces aquí? Deberías estar durmiendo, aún es temprano.

Soportó el contacto visual unos segundos más hasta que me esquivó para volver a mirar al mar. Tragó saliva.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? Por tus ojos, creo que varias horas...

—No podía dormir.

—A mí me ha despertado este dolor de cabeza.

Fui honesta y apoyé la frente en las rodillas al abrazarme a ellas, aprovechando el gesto para normalizar mi respiración. Sin embargo, no hizo otra cosa más que desbocarse cuando mi piel sintió los dedos de Cristianno dibujar mi nuca.

Me estremecí. Fue un acto involuntario del que enseguida me arrepentí. No quería que Cristianno pusiera fin a su caricia por un simple temblor que nada tenía que ver con el rechazo.

—¿Te duele?

—Apenas —susurré mirándole azorada.

Él tragó saliva al toparse de nuevo con mis ojos y deslizó su mano por mi cuello antes de retirarla. Resopló y apretó la mandíbula. Se contenía o quizá le incomodaba nuestra repentina cercanía. Cristianno era un océano interminable. No estaba segura de si alguna vez llegaría a terminar de navegarlo.

—Gracias por... salvarme... Otra vez —logré decir.

—Te dije que no te acercaras a él —protestó.

—Eso ya lo has dicho. Anoche, concretamente.

Fruncí el ceño sintiendo el calor de la frustración recorrer mi cuerpo. Intentaba ser amable con él y me respondía con altivez. No conseguía ser considerado ni en un momento como aquel.

—Es bueno recordarlo ahora que pareces recuperada.

—Muy amable de tu parte, pero déjame decirte que no esperaba vivir la misma situación dos veces —mascullé mirándole fijamente. Cristianno supo bien a qué me refería y volvió a apretar la mandíbula, esta vez agachando un poco la cabeza—. Lo hice por mis amigos. No quería que hubiera una pelea. Giulio amenazó a Alex con una navaja, y su gente parecía demasiado desfasada. Tan solo... Tan solo quería evitar... —Perdí la voz.

Estaba dando demasiadas explicaciones cuando era evidente que él ya no estaba prestando atención.

—¿A mí también me consideras un amigo?

—No lo sé... Tampoco me lo estás poniendo fácil.

—Claro, solo yo tengo la culpa.

Reinó una tensa calma durante unos minutos, tiempo que se me hizo eterno. El rumor del viento, la acometida constante de las olas, el sonido discordante de nuestras respiraciones. Todo en conjunto hizo que aquel momento fuera tan dócil como incómodo.

—Cristianno... —murmuré con toda la intención de poner paz entre los dos.

Pero él se levantó de súbito y me observó estricto desde arriba.

—Te pondré al día, Carusso. Alex no necesitaba de tu protección porque sabe perfectamente protegerse así mismo.

—¿Incluso cuando un arma blanca está a punto de atravesarle el vientre? —le reproché poniéndome en pie para encararle—. Vaya, no sabía que los romanos fueran dioses inmortales.

De nuevo, nos enfrentábamos. Era como si no pudiéramos decirnos más de dos frases sin sentir la necesidad de atacarnos.

—Ha afrontado cosas peores que esa, todos lo hemos hecho.

—Felicidades.

—No sabes cómo detener esa maldita arrogancia tuya, ¿verdad?

—Parece que no...

—Ya veo.

—¿Y tú? —Le señalé con el dedo—. ¿Acaso sabes cómo dejar de ser tan condenadamente insoportable? Si tan estúpida te pareció mi reacción, entonces ¿por qué me salvaste? Podrías haberme dejado sin más.

Me regaló un vistazo de lo más severo antes de darme la espalda y alejarse de mí. Esa fue su forma de decirme que ya no quería seguir hablando conmigo.

Pero no se lo permitiría. Estaba decidida a darle fin a aquello, para bien o para mal.

Le seguí y me interpuse en su camino clavando las manos en su pecho, gesto que no le hizo ninguna gracia. Culminé mirándole furibunda.

—¿Huyes a menudo, Gabbana?

—Nunca he huido —gruñó apartando mis manos.

—¿Por qué te fuiste, entonces?

¿Por qué demonios había estado casi una semana fuera, haciéndome sentir como si yo hubiera tenido la culpa? Necesitaba saberlo.

—No es de tu incumbencia. Hay vida más allá de ti, Carusso. —Intentó volver a marcharse, pero insistí en retenerle.

—No estaba buscando ser el centro de tu universo, Cristianno. Yo solo...

De pronto, ya no supe qué más decir, ni siquiera tenía claro qué quería conseguir. Era evidente que había muchas cosas que solucionar. Se escondían tras nuestras miradas fijas la una en la otra.

Cristianno tragó saliva, me cogió de la mano y me instó a caminar. Dejé

que me llevara hasta la orilla, cerca del peñón, para colocarme frente a él con más brusquedad de la que ambos esperábamos.

—Lo siento, ¿de acuerdo? —dijo mirándome fijamente—. No estuvo bien y me arrepiento. Me he arrepentido desde ese puto momento. Te aseguro que nunca me he comportado de ese modo, y tampoco fue con el objetivo que piensas. Yo... ando extraño estos días.

Me quedé impactada. Cristiano Gabbana jamás pedía disculpas y, sin embargo, allí estaba, haciéndolo. En aquel momento parecía tan débil y perdido, que no pude hacer otra cosa más que mirarle cautivada.

—Si te hice daño, lo lamento. Si he sido un imbécil, también lo lamento. Y no, no quiero que dejes de hablarme. Ni tampoco que te alejes o me odies. De hecho, ignórame si alguna vez vuelvo a decirlo. Porque no será la verdad.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué dices eso?

—En la fiesta de Adriano, dijiste que lo mejor era que dejáramos de hablarnos. Eso... Yo no... no quiero que eso ocurra.

Sentí que el corazón se me subía a la garganta. Se me disparó el pulso.

—No iba a pasar... Solo estaba algo... aturdida. Y días antes, tú mismo dijiste que nos esquiváramos.

—Sí, lo dije.

—¿No era cierto?

—No lo era —murmuró cabizbajo.

—¿Y ser amigos?

Hizo una mueca.

—Lo intentaré.

—¿Solo intentararlo?

—Créeme, eso ya es demasiado.

—Perdona por no estar a la altura de tu amistad, don perfecto.

Tragué saliva. Intentarlo era demasiado ambiguo y no estaba segura de si lo decía porque todavía le costaba soportarme. En verdad, las palabras de Cristiano podían entenderse de mil formas. Pero me satisficieron. Aquella era, sin lugar a dudas, la primera conversación que manteníamos libre de tensión y rechazo.

—¿Puedo preguntarte algo? —susurré—. ¿Por qué... lo hiciste?

Se humedeció los labios, tragó saliva y volvió a repetir todo el proceso al menos dos veces.

—No es algo de lo que pueda hablar así como así. Si lo menciono en voz

alta me sentiré un puto desastre. Simplemente, estaba al borde de un ataque de nervios... Se me escapó de las manos.

Me estrujé los dedos, nerviosa con su sinceridad y también hechizada por estar compartiendo tal intimidad con él.

—Yo también tuve la culpa. Te provoqué —admití.

—Eso no me daba el derecho a comportarme así.

—Pues tampoco me lo daba a mí... Siento haber actuado como lo hice. Dije cosas que no debía...

«Ni sentía...», pensé. Porque la realidad era que, aunque habitualmente me molestara reconocerlo, Cristianno era lo primero que buscaba cuando llegaba a clase cada mañana.

—Estabas en tu derecho. —Se acercó un poco más a mí.

—Aun así, si hemos llegado al punto en que vamos a sincerarnos y pedir disculpas, no te creas el único que debe hacerlo.

Alzó las cejas y contuvo una sonrisa.

—¿Crees que merezco unas disculpas? Por Dios, Carusso, los últimos días he vivido para fastidiarte cada minuto.

Eso lo sabía bien.

—Pues te pido perdón por haber deseado que te atropellara un autobús.

—Qué sorpresa, también eres una sádica. —Sonrió de nuevo, pero esta vez de un modo más íntimo, como si estuviéramos compartiendo un secreto.

Tragué saliva, curiosamente atenta a su boca, delicada, atrevida y entreabierta. Tal fue la concentración en ella que no pude controlar mi sinceridad.

—Ayer tuve miedo... Cuando Giulio me atacó, pensé en miles de cosas. Incluso en lo tonta que había sido por no haberte hecho caso... Supongo que me centré demasiado en alejar a ese bastardo de la casa. No soportaba la idea de que os pudiera pasar algo. Misteriosamente, tú incluido.

El rubor se instaló en mis mejillas y me llevó a agachar la cabeza. Acostumbrada como estaba, supuse que Cristianno se burlaría de mí.

—Yo también sentí miedo... —Se me cortó el aliento y le miré sorprendida justo cuando él desviaba la vista un poco azorado—. Cuando te vi entre las rocas... creí que nunca llegaría hasta a ti. Que la marea te arrastraría lejos.

—Tú fuiste lo único en lo que pude pensar mientras caía...

«Maldita sea, ten más cuidado con lo que dices, estúpida», me reprendí.

—Ya que estamos sincerándonos, quiero contarte algo. —Dio un paso

más hacia mí. Su aliento me acariciaba los labios, la punta de su nariz tocaba sutilmente la mía. Y entonces apoyó sus manos sobre mis brazos, provocándome un temblor—. Los chicos y yo tenemos un lema. «Cumple tus promesas con honor». Yo... quiero hacerte una. Si me dejas.

—¿Cuál? —Le miré aturdida, deseando que hiciera cualquier cosa.

—No volverá a ocurrir. No volveré a tocarte... —Cerró los ojos y tomó aire incrementando el contacto sobre mis brazos—. Hasta que tú me lo pidas.

«Te lo pido, Cristianno». Sus labios rozaron los míos y sentí que mi corazón se desbordaba.

—Aunque me muera de ganas.

Se alejó. Su hombro chocó con el mío antes de marcharse, dejándome con la ansiedad en el cuerpo. Jamás había deseado que me besaran con tanta fuerza.

Me quedé mirando las olas ensimismada. Cristianno me había dicho miles de cosas con solo aquel gesto. Lo que yo sentía por él quizá era más recíproco de lo que pensaba.

Estaba dispuesto a esperar a que yo decidiera el momento. Se dejaba en mis manos sin saber que yo estaba en las suyas.

¿Ser amigos? Por supuesto que no podíamos serlo. Ahora lo entendía. Entre él y yo había demasiada energía, una atracción imposible de enterrar.

Me hubiera pasado las horas repitiendo sus palabras una y otra vez en mi cabeza. Pero escuché el rumor de una moto.

Eché a correr.

## Capítulo · 26

Cristianno

---

Estaba al borde de acelerar justo cuando Kathia apareció jadeante. Una ráfaga de aire rodeó su cuerpo y agitó su cabello permitiéndome ver sus ojos por entre los mechones. El corto instante que duró aquella imagen sentí que me asfixiaría con mi propio aliento.

«Mierda, ¿por qué tiene que ser tan increíble?», pensé.

La observé acercarse lentamente, con las manos convertidas en puños en señal de inseguridad.

—¿Te vas? —preguntó al tiempo que sonaba un trueno.

Miré al cielo. Había empezado a relampaguear. Iba a caer una buena tunda y no estaba dispuesto a que me pillara en la playa. No era amigo del mar en días de tormenta.

Aunque en realidad me iba porque no soportaba tener a Kathia cerca. No estaba seguro de poder aguantar las ganas. Deseaba tumbarla en la arena y besarla durante horas.

—Sí —admití.

—¿Por qué?

Apenas me dio tiempo a terminar de responder. Se colocó a un solo paso de mí y me observó expectante.

—Bueno... Está a punto de llover y...

—No.

—¿No qué?

—No te vayas. No puedes irte.

Maldita fuera, me había puesto nervioso. Desvié la vista.

—Créeme, es lo mejor.

—He dicho que no.

Estaba claro que me quería a su lado hasta con exigencia. Hecho que me volvió estúpidamente loco.

Me bajé de la moto, dejando mi casco sobre el sillín, y me acerqué a ella. Ese día parecíamos no estar respetando el espacio vital, ambos tratábamos de

borrarlo continuamente.

Kathia tragó saliva al comprender todas las pretensiones que ocultaban mi mirada. Y así fue como me alejé de ella, sin dejar de mirarla. Hasta que entré en la casa. Mauro había venido en moto, pero Alex había traído el coche, así que no habría problema si le dejaba sin casco.

Me acerqué a Kathia en cuanto salí y le extendí la mano.

—Ven conmigo...

Por un momento, pensé que se negaría. Pero hizo todo lo contrario. Parecía desear que me lanzara sobre ella.

Sonrió nerviosa antes de aceptar mi mano, enroscando sus dedos a los míos con suavidad y lentitud. Le entregué el casco y yo me coloqué el mío antes de subirme a la moto.

Segundos después, percibí su peso tras de mí. Sus brazos rodearon mi cintura. Dejó que su pecho se acomodara en mi espalda y me susurró al oído:

—Si tenemos un accidente, juro que te atormentaré desde el otro mundo.

Sonreí desviando el rostro hacia ella.

—Nena, tú ya me atormentas.

Aceleré con el corazón laténdome a toda velocidad.

## Kathia

—

La aceleración hizo que me agarrara a sus caderas como si un grupo de zombis hambrientos nos estuviera persiguiendo. Gesto con el que él sonrió bravucón y satisfecho con el contacto. Ya no quedaba nada del Cristianno introvertido que había visto en la playa. No había ni un ápice de inseguridad en él.

Soltó una de sus manos para abrocharse el botón superior de su chaqueta, aquel que le cubría la garganta. Era un gesto normal y común, nada destacable. Pero lo hizo con una parsimonia que me fascinó, y me sentí orgullosa de ver aquellas acciones tan naturales en él. Para colmo, no dejó de acelerar en ningún momento, parecía darle igual el peligro que conllevaba manejar con una sola mano y a esa velocidad. Lo que me hizo suponer que quizá no estaba acostumbrado a llevar paquete. Tal vez yo era la primera chica que se subía a su moto con él.

Meras gilipolleces que me hicieron sentir un poco especial.

—¿Podrías estar pendiente de la carretera? —Hablé alto para que me

escuchara por encima del fuerte viento y del casco.

—¿Tienes miedo, Carusso? —preguntó con sorna antes de soltar el manillar por completo.

Abrió las palmas de las manos y las levantó. Me agarré a él aún más fuerte.

—¡Eres un *kamikaze*, Gabbana! —bromeé sintiendo cada músculo de su vientre, había hincado los dedos en él. Suspiré mientras sus manos volvían a su sitio entre carcajadas—. No vuelvas a hacer eso, ¿de acuerdo? —Le di un manotazo en la espalda.

—Tranquila... —repuso todavía sonriente. Miró hacia abajo y observó mis manos. La solitaria carretera se abría paso ante nosotros—. ¿Tienes frío?

—No sabes cuánto... —Solo llevaba aquel jersey y estaba empezando a tiritar.

De repente, sentí el roce de sus dedos sobre mi mano. Lentamente, estudiando mi reacción, fue cubriéndola con la suya hasta apoyarla por completo. Apreté los labios, estaba cayendo por él a una velocidad estremecedora.

Cristianno tiró con suavidad de mi otra mano y cubrió ambas.

—¿Mejor? —preguntó entrelazando sus dedos con los míos.

—Sí... Mucho mejor.

Tragué saliva mientras sentía el tacto de su cinturón. Él se removió sobre el asiento para pegarse más a mí. Se encogió de hombros y cogió mi rodilla con suavidad empujándola hacia delante. Todas sus caricias se desarrollaban bajo una absoluta delicadeza. Sabía dónde tocar y por qué. Sabía cómo hacer que me descontrolara con tan solo un roce, aunque fuese cubierta por la tela más gruesa.

—No pasará nada si te acercas más... Lo prometo.

«Eso no es cierto...».

—Me engullirás... Lo sé.

—¿Eso crees?

—Sí. —Por supuesto que sí.

Retiré una de mis manos y con lentitud la acerqué hasta mi rodilla para apoyarla sobre la suya y dibujar sus dedos. No tardé en sentir como los entrelazaba con los míos. Se los llevó a su pecho antes de comenzar a disminuir la velocidad hasta detenernos en el aparcamiento de una estación de servicio.

Bajé del vehículo algo confundida, haciendo malabarismos para no

babear con su figura cuando se desabrochó la chaqueta y se quitó el casco.

—¿Qué hacemos aquí?

—Desayunar. Tengo hambre. No te preocupes, yo invito.

—¿Esta es una especie de cita? —Le provoqué.

—Bueno, siempre hay una primera vez para todo, ¿no?

Me dedicó una sonrisa preciosa antes de abrir la puerta de la cafetería y darme paso.

### Cristianno

El café más malo que había probado en mi vida ya no era el de mi tía Patrizia. Aquella camarera lo había superado con creces. Sabía a óxido y, seguramente, lo habría escupido de no haber estado tan bien acompañado.

Aquel momento era único y especial. Debía disfrutarlo.

—¿Qué preferís: huevos revueltos o el desayuno especial? —preguntó la camarera con poca gracia.

—¡Nada! —contestamos los dos a la vez—. Gracias.

En cuanto se marchó, comenzamos a reír.

—No quiero ni imaginar cómo será —bromeó Kathia.

—Esto me está haciendo quedar mal, joder.

—Tampoco es que necesite mucho. No tienes nada que demostrar.

—¿Te basta con solo mi compañía? —Me hice el interesante, demasiado centrado en la bella y succulenta curva de sus labios.

—Puede.

—No te pega ser prudente, Carusso. —Me gustó el modo en que su sonrisa se entremezcló con la mía.

Parecíamos novatos, como unos desconocidos que se cruzan por casualidad y sienten la irremediable necesidad de hablarse. En realidad, tenía tantas cosas que decir agolpándose en mi cabeza que no sabía muy bien por dónde empezar.

Aquella era la primera vez que Kathia y yo compartíamos un momento a solas sin estar buscando cualquier pretexto para atacarnos. Así que, en cierto modo, era razonable que estuviéramos nerviosos.

—¿Sientes dolor? —pregunté al verla mover la cabeza de un lado a otro, como si estuviera estirando los músculos de su cuello. Gesto que me mostró su clavícula y despertó el deseo por cubrirla de besos.

—Con el frío que he pasado durante el recorrido, créeme que se me ha olvidado —sonrió ella.

—Había pensado en hacer una visita al hospital. Después del golpe que te diste, sería recomendable.

—Estoy bien. De verdad.

—De acuerdo.

Inconscientemente, tragué saliva. La incompresible inmadurez que a veces había demostrado no me había permitido ver que Kathia me ponía nervioso. Así que allí estaba, estrujándome los dedos y humedeciéndome los labios, una y otra vez, pensando que quizá me mostraba un poco tonto.

—Pareces inquieto —advirtió Kathia.

—¿Yo? Qué va... —ironicé.

—Pues yo sí.

«Mierda, es una buena noticia», pensé. De ese modo, no me convertía en el único incapaz de procesar pensamientos como si fuera un burro.

—¿Por qué? —quise saber.

—Una parte de mí se ha acostumbrado a estar en guardia cuando te tengo delante.

—¿Crees que sería tan capullo de fastidiarte en un momento como este?

—¿Lo harías?

—Ni de coña.

—Tendré que confiar en tu palabra.

Justo entonces, Kathia arrastró su mirada hacia el exterior. Suspiró y se apartó un mechón de cabello de la cara. Me quedé atontado observando las líneas de su extraordinario rostro.

—¿En qué estás pensando?

Ella me miró y sonrió débilmente.

—Tu primo me preguntó lo mismo el otro día.

Su actitud nerviosa me insinuó que no lo admitiría, así que me levanté echando mano a mi cartera. No quería presionarla y, a pesar de sonar egoísta, necesitaba volver a sentir las manos de Kathia sobre mí, aunque solo fuera por evitar caerse de la moto.

—Le dije que quería saber dónde estabas. —No titubeó, simplemente soltó la verdad, y me recorrió un espléndido escalofrío.

Pagué nuestra desagradable consumición y salimos de la cafetería cuando la lluvia arreciaba. Podríamos regresar a Roma sin problemas, pero terminaríamos bien empapados.

Kathia caminaba delante de mí cuando me quité la chaqueta. Me acerqué a ella, aparté su cabello, sin poder evitar acariciar la piel de su nuca, y acomodé la prenda sobre sus hombros. Me apegué más de lo debido, había ejecutado cada movimiento recreándome en el contacto. Pero me gustó, aún más si cabía, que la quietud de Kathia me lo permitiera.

—¿Y qué pensabas ahí dentro? —le susurré al oído. Ella cerró los ojos un instante antes de mirarme de reojo.

—Que si vuelves a marcharte, tendré que matarte. —Enarcó las cejas, traviesa y tímida al mismo tiempo, y se alejó de mí regalándome una sonrisa juguetona.

Supe entonces que Kathia podría hacer lo que quisiera conmigo.

## Kathia

—

Me aferré con fuerza a su cintura, como si de ese modo pudiera alargar los minutos que me quedaban para estar con él. Hacía un rato ya que Cristianno había disminuido la velocidad y dado todos los rodeos posibles para llegar a mi casa. Supongo que ninguno de los dos nos atrevíamos a confesar que no queríamos despedirnos.

En cuanto entramos a mi calle, Cristianno se inclinó un poco hacia atrás sin esperar que yo respondiera presionando su vientre con la punta de mis dedos. Fue algo inesperado para ambos.

Si no hubiera estado conduciendo, seguramente nos habríamos abrazado. O al menos eso me pareció.

Resignados, nos quitamos los cascos frente a la verja de mi casa. Observamos su imponente presencia en el más absoluto silencio. Hasta que él le dio unos toquécitos a mi mano, que todavía estaba apoyada en su cintura.

—Viaje concluido, señorita, y de una sola pieza. Toda una proeza, ¿no crees? —bromeó mientras yo me bajaba del vehículo.

—Muy amable, caballero. —Hice una reverencia que terminó provocándole una carcajada.

Sus ojos, brillando de aquella forma, se clavaron de inmediato en los míos. Desde luego que Cristianno no quería despedirse.

—¿Te veré... mañana... en el instituto? —pregunté nerviosa

—Claro...

Nos observamos sin reservas, con intensidad, analizando cada mínimo detalle de nuestros rostros. Y por sorprendente que fuera, no sentí ni un ápice de vergüenza o timidez ante el escrutinio. Fue como si el mundo se hubiera congelado. Tanto que apenas pude controlar la necesidad de tocarle.

Levanté una mano y la acerqué a su cabello. Estaba un poco húmedo, cada mechón resbalaba suave por entre mis dedos. Me encantó la sensación y supuse que a él también porque cerró los ojos antes de capturar mi mano y arrastrarla hacia su pecho.

Apenas pude sentir el ritmo de su corazón, Cristianno enseguida tiró de mí y me abrazó con fuerza. Tardé un instante en asimilarlo, hasta que enrosqué mis brazos a su cuello.

—Espero que ahora no fantasees conmigo por esto —bromeó con un susurro.

—Imbécil.

—Yo también te quiero. —El sonido vibrante de su voz al mencionar aquello, resbaló por mi mandíbula, estremeciéndome.

Tuve que apartarme, tan sonriente como emocionada. Acababa de compartir un abrazo con Cristianno, no podría olvidarlo jamás.

—Hasta mañana... —Le entregué el casco y me obligué a alejarme.

Su sonrisa fue lo último que vi antes de atravesar la verja. El sonido de su moto se alejó por la calle un rato después y yo entré en casa y me apoyé en la puerta deseando que las horas pasaran rápidas para volver a verle. Todavía con el temblor en mi vientre y su aroma acariciándome la nariz.

Sentía que flotaba, que el suelo se había convertido en una esponjosa nube. Ciertamente, parecía una tonta enamorada, pero la verdad era que nunca había experimentado tales emociones.

Me disponía a subir a mi habitación, nada podía indicarme que me toparía con la versión más irascible de mi madre, que apareció de la nada y me agarró del brazo.

A continuación, me soltó una dura bofetada.

—Pero, ¿qué coño te pasa? —grité antes de empujarla.

—Si vuelvo a verte con ese Gabbana, juro que yo misma me encargaré de encerrarte hasta el último de tus días.

«¿Qué coño he hecho?!», pensé completamente estupefacta.

—¿Por qué me dices eso?!

—Tu deber es estar con Valentino, no con Cristianno.

—¡Solo somos amigos! —exclamé antes de recibir otra bofetada.

Esta vez tropecé con el escalón y caí al suelo.

—Quedas advertida. No te liarás con un Gabbana.

—¿Y qué te importa si estoy o no liada con él?

—¡Valentino es tu novio, maldita furcia!

Su reacción no solo había conseguido dejarme aturdida, sino que logró enfurecerme. Mi propia madre acababa de llamarme zorra sin venir a cuento, me estaba tratando como si fuera una cualquiera, y ni siquiera me había dado razones para comprender el ataque.

—¡Por Dios, deja de decir tonterías! —Me puse en pie como alma que lleva el diablo—. Yo no me debo a nadie, no pienso salir con quien tú me impongas y ni se te ocurra volver a insultarme.

De lo contrario, estaba dispuesta a encaramarme a su cabellera y arrancársela a base de arañazos.

—Soy tu madre —gruñó.

—Pues actúa como tal.

Volvió a cogerme del brazo y se acercó a mí. Me sentí mareada, aún no estaba recuperada de la caída al mar y tanto ajeteo me había trastocado.

—Te lo advierto, Kathia. Si te vuelvo a ver cerca de Cristianno me encargaré de complicarte muchísimo la vida.

Fruncí el ceño.

—¿Qué pasa, mamá? ¿No lograste a ningún Gabbana y te enciende que yo lo consiga?

Roja por la rabia, me empujó y se alejó de mí sin dejar de mirarme. Había dado en el clavo.

—No quieras escucharme de nuevo.

Desapareció dejándome atónita. ¿Tendría algo que ver la conversación que escuché con lo que acababa de ocurrir? ¿Por qué se empeñaba en que saliera con Valentino?

Ahí pasaba algo raro y tenía que descubrirlo.

Pero, mientras tanto, no dejaría de ver a Cristianno.

## Capítulo · 27

Cristianno

---

Estaba sentado en la terraza de mi habitación cuando la puerta se abrió de repente y entró Mauro gritando mi nombre teatralmente. El amanecer aún no se había asentado del todo, su silueta apenas era una sombra entrecortada. Pero eso no redujo que pudiera reírme al ver sus histéricos alardes.

Se acercó a la entrada de la terraza y puso los brazos en jarras.

—Querido, sí que te ha dado fuerte. Hasta madrugas y todo —bromeó marcando cada paso que daba—. Y ya estás vestido. ¡Impresionante! Kathia conseguirá incluso que te guste ir a clase.

Me palmoteó la espalda.

—Para, anda, que no es nada. Es solo que... no podía dormir.

Tomó asiento mientras enarcaba una ceja. Era evidente que ya había deducido que Kathia era la culpable de mi falta de sueño.

—Ya, claro. ¿Dónde estuvisteis?

Se encendió un cigarro y le dio varias caladas antes de pasármelo.

—Bueno, hablamos..., la invité a desayunar y después... la llevé a su casa...

—¿La invitaste a desayunar? —preguntó alucinado.

Él sabía que jamás había hecho algo así con ninguna mujer, pero con Kathia todo era una primera vez.

—Eso he dicho —contesté esquivando su mirada.

Mauro esperaba un análisis exhaustivo que yo no estaba preparado para dar. Todavía tenía que asumir que estaba enamorado de la Carusso, maldita sea.

—¿Y no pasó nada? ¿Un beso? ¿Con o sin lengua? ¿Hubo tocamientos? ¿Una tetilla, quizá?

—¿Qué coño dices?

Le di un empujón antes de pasarle el cigarro y encogerme de piernas.

—Se me hace raro que no hayas tenido nada con ella. Hablar, llevarla a

casa, desayunar juntos. Admítelo, Cristianno, nunca has hecho algo así. Ni siquiera dejás que se suban a tu moto, puto creído.

Era cierto. En todas las ocasiones, mis conquistas terminaban desnudas en mi cama sin más preámbulos. Nada de cenitas, ni despedidas a medianoche en la puerta de su casa, ni besitos al día siguiente. En general, nada que comprometiera.

—No haré nada hasta que ella me lo pida. No quiero cagarla de nuevo — confesé.

—¡Hostia puta! ¡Mi pichoncito se ha enamorado!

«Maldición, lo sabía. Sabía que esa niña terminaría volviéndome loco».

Mauro enseguida se levantó y se puso a dar vueltas de un lado a otro como si estuviera trazando un plan. Se había tensado de golpe.

—Vale, tranquilicémonos. —Le miré divertido. Era él quien debía calmarse, no yo—. ¿Lo sabe? —preguntó parándose de golpe.

—¡No jodas! —clamé irónico—. ¿Cómo quieres que lo sepa? Si se lo digo se volverá aún más arrogante.

Me levanté. Comenzaba a hacerse tarde y debíamos bajar a desayunar.

—Todavía estás con lo mismo, ¿eh?

—Es una estúpida insufrible. —Entré en la habitación y cogí la chaqueta del uniforme.

—Lo que tú digas, pero te has enamorado de la estúpida insufrible y eso es lo más impresionante de todo. ¿Quién iba a decirlo?

—Por qué no paras un rato, ¿eh? Me agotas.

Con el eco de su bonita y contagiosa sonrisa tras de mí, no esperé sentir un ramalazo de inquietud.

Todo aquello de empezar un romance con la Carusso, de admitir que me había enamorado de ella y que necesitaba pasar a su lado todo el tiempo posible, podía interpretarse como un sentimiento cautivador y genuino. Pero mis intentos por alejarla de mí, al fin y al cabo, no habían sido meros caprichos. No se debieron solamente a la alteración que me producía saber que Kathia podía enloquecerme. Sino también a que ella no conocía nada de nuestro mundo.

Tuve miedo de estar tan cerca de convertirme en ese alguien que la hiciera ver, que le mostrara todo lo que se ocultaba bajo aquella vida de opulencia.

¿Cómo se lo tomaría? ¿Qué pensaría de mí cuando descubriera quién era en realidad, qué hacía? ¿Qué haría cuando supiera que nuestras familias

dominaban Roma y hacían cualquier cosa para mantener el control? Y lo que era peor, ¿cómo se sentiría al descubrir que yo formaba parte de ello sin vacilar y hasta con orgullo?

Muy probablemente me odiaría, quizá con razón. Conclusión que me llevó a sentir una imaginaria cuenta atrás acechándome. Ni siquiera habíamos iniciado un acercamiento que ya sabía que tendría un final.

Estaba especulando, lo sabía, pero fue irremediable. Tanto que incluso Mauro se dio cuenta.

—Cristianno, sé lo que estás pensando.

—¿Y bien?

—Es demasiado pronto para que te preocupes por ello.

—O muy tarde para remediarlo.

Pensé en Valentino y en su evidente obsesión por Kathia. Aquella atracción tan perturbadora se encaminaba hacia algo peligroso. Ciertamente, no estaba bien conjeturar situaciones con inclinaciones tan contundentes, pero a mi intuición no le gustaba jugar a imposibles. Y algo de mí ya había empezado a buscar el modo de proteger a Kathia contra lo que fuera, por encima de cualquier cosa. Aunque después de todo me odiara.

—Eh, podemos evitarlo.

—No eres un iluso, Mauro. Podemos, claro que sí, pero solo por un tiempo, lo sabes... Pertenece a esto tanto como nosotros. Te recuerdo que Angelo Carusso es su padre. Lo descubrirá en cualquier momento.

—¿Qué harás entonces? ¿Volver a esquivarla, ignorar lo que sientes? Kathia no es estúpida. Tú mismo lo has dicho, forma parte de esto tanto como nosotros. Contigo o sin ti a su lado, lo descubrirá. Así que deja, al menos, que ella decida cuando llegue el momento.

Me hubiera gustado poder decirle que sus palabras me ayudaron a contener la pesadumbre, que hablar con él siempre arrojaba luz a mis pensamientos. Pero, por encima de su hombro, vi los ojos azules de mi madre.

Mi abuela me decía que tenía su misma mirada, aunque la intriga la hubiera heredado de mi padre. Así que entendía bien lo que aguardaba aquel vistazo, y sonreí.

—¡Mauro! —exclamó ella poniendo los brazos en jarras.

Del sobresalto, mi primo tiró el cigarro y lo pisoteó antes de esconderse tras de mí.

—¡Tía Graciella! Por Dios, estás especialmente guapa esta mañana. ¿Y ese carmín? ¿Chanel 414?

—424 —le corrigió ella.

Intentó adularla mientras ella fruncía los labios. Y es que todos conocíamos la estrategia de Mauro. Solía utilizar su encanto para aplacar la furia de las mujeres de nuestra familia. Pero mi madre tenía carácter Bellucci y no se dejaba influenciar. Ni siquiera por mi padre.

Ella era la soberana, la que mandaba en casa.

—Sabes que no me gusta que fumes en las habitaciones... —empezó a decir antes de que él la abrazaba por la cintura.

Retoqué bien mi corbata riéndome de la chocante conversación que mantenían.

—Lo siento, llevas toda la razón. Si yo fuera tú, me daría de hostias, en serio te lo digo.

—No creas que no lo he pensado. Te lo mereces, eso desde luego.

—Pero como me adoras tanto, haremos una excepción, ¿cierto?

—Oh, claro que sí, condenado guaperas. ¿Cómo no iba a perdonarte si te has ofrecido a echarle una mano Antonella con la cena? Le he dicho que prepare guiso de carne, de ese tan bueno que hace y que tanto se tarda en preparar.

La sutileza de mi madre no tenía límites. Era capaz de castigar con una maravillosa y dulce sonrisa en la boca. Solo Dios y la propia Antonella, sabían lo que se tardaba en cocinar aquella delicia. Mauro estaba jodido.

—Vaya, qué buena idea —sonrió con tensión.

—Soy una mujer cuidadosa con los detalles, querido. —Fue lo último que dijo antes de abandonar la habitación.

Mauro decayó los hombros y yo solté una sonora carcajada.

—Cambia esa cara, chef.

—Vete a la mierda.

Tras un desayuno bastante entretenido, con mi primo y yo burlándonos del cabello rebelde de mi hermano Diego, nos encaminamos al garaje y oteé el faro de mi Bugatti; ya estaba arreglado.

—Si piensas coger el coche, voy contigo.

—Lo imaginaba —asentí observando cómo se acomodaba en su asiento.

Lo seguí y me coloqué el cinturón tentado con la idea de reencontrarme con mi pequeño como era debido. Algo que hizo que Mauro me ojeara extrañado.

Arranqué el motor. Aquel suave rugido me inundó de placer y enseguida me envió al instante en que las piernas de Kathia terminaron sobre el capó.

«Piensa en gatos, Cristianno, montones de gatitos peluditos con sus monísimos cabezones y orejitas puntiagudas». Los gatos siempre funcionaban.

—¿Desde cuándo te pones el cinturón? —Hizo lo mismo.

—Desde que voy a poner esta preciosidad a más de doscientos, compañero. Hoy me he levantado generoso.

«Necesito adrenalina».

—Joder...

Se deslizó en el asiento. Mi corta experiencia al volante no me había restado habilidad, y Mauro sabía que era capaz de hacerlo.

—De acuerdo. Te apuesto dos de los grandes a que no llegas al San Angelo en cinco minutos —me retó.

—¿Cinco minutos? —Me crují los dedos.

—Tráfico incluido.

—Lo haré en tres —dije bravucón.

—Macho, si lo haces en tres doblo la apuesta. —No me creía capaz.

—¿Los tienes aquí?

—¿Tú que crees?

—Mira que los vas a perder.

—No vendas la piel del oso antes de cazarlo.

—Déjate de refranes y ve preparándolo, compañero.

Apreté el acelerador y salí del garaje antes de que la puerta terminara de abrirse.

«Nota mental: avisar a Enrico para que me quite la multa por exceso de velocidad y evite comentar con mi padre el desastre que estoy liando. Cambio y corto».

Frené bruscamente, me quité el cinturón de seguridad y extendí la mano en dirección a mi primo.

—Dos minutos y cuarenta y nueve segundos. Enséñame esa calderilla —sonreí mientras él cogía su cartera a regañadientes. Me entregó lo acordado con una mueca.

Aquellos papeles nos daban igual, todo formaba parte de un juego. De alguna manera, el dinero siempre regresaba a su dueño. Pero a Mauro le jodía perder contra mí, y a mí me encantaba fastidiarle.

—¿Cómo cojones lo haces? —refunfuñó.

—Maestría, esa es la palabra.

Quise salir del coche, pero, súbitamente me quedé paralizado. Kathia controló todo mi campo de visión. Sus piernas bajo aquella puñetera falda del

uniforme despertaron todas mis fantasías.

Maldita sea, nos imaginé escondidos en un rincón, arrancándonos la ropa y devorándonos a besos hasta que el deseo terminara empujándonos a hacer el amor como locos.

Sí, le hubiera hecho el amor de todas las formas posibles e imaginables.

«Gatos, montones de gatos. Gatos zombis, incluso», y creo que seguí divagando incluso cuando ella me miró.

Kathia sonrió atrevida. Supo qué estaba pensando y disfrutó de ello jugando a tentarme con sus movimientos. Por muy inofensiva que quisiera parecer, era tan condenadamente provocativa que mirarla se convertía en una tortura.

Me humedecí los labios y le respondí con un gesto pícaro. Era de tontos ignorar la tensión que siempre había existido entre los dos. Fue latente desde el primer día.

Pero ahora, ya no luchábamos por disimularlo.

Abrí la puerta y salí lentamente, sabiendo que estaba siendo observado. Me ajusté la chaqueta. Ella sonrió y se apartó el cabello.

Nadie se estaba dando cuenta de nuestro juego de provocación, lo que me excitó aún más.

## Kathia

—

Entré en clase y tomé asiento cuando Daniela se abalanzó sobre mí. Ese día había llegado un poco tarde.

—Dime que te fue tan bien como a mí —dijo exaltada.

Las voces de Mauro y Cristianno me llegaban de fondo.

—Bueno, depende de qué hicieras.

Reímos y ella miró de un lado a otro.

—Estamos saliendo —cuchicheó.

—¿Qué?! —exclamé antes de taparme la boca con las manos. Dani me dio un manotazo cariñoso—. ¡Quiero todos los detalles! ¿Te lo pidió él?

—Fue..., digamos, que algo mutuo.

—Mierda, Daniela, eso es maravilloso. —Cogí sus manos.

—Hubiera querido contártelo antes, pero ayer se presentó en mi casa de improviso y pasamos el día juntos. Fue tan bonito.

—Nena, si me hubieras llamado en un momento así, jamás te lo habría perdonado.

Justo entonces, Cristianno se agachó y la besó. Ella se aferró a su cuello sin alzarse de la silla y comenzó a reír.

—¡Me haces cosquillas!

—Seguro que no tantas como las que te hizo Alex —bromeó Mauro tirando de un mechón de mi cabello a modo de saludo.

—¡Será...! ¿Qué os ha contado? —Daniela se sonrojó.

—Nada, te has delatado tú sola. —Ambos se echaron a reír.

Fue entonces cuando Cristianno me echó un vistazo juguetón.

—¿Qué tal el domingo, Carusso? —preguntó como si nada al tomar asiento.

—No tan bien como esperaba, Gabbana.

Mauro y Dani cruzaron una mirada cómplice. Pero me centré más en girarme hacia Cristianno y mirarle de frente.

—Y a ti, ¿qué tal te ha ido?

Él se apoyó en su mesa y se acercó lo bastante como para intimidarme gloriosamente.

—Podría haber estado mejor.

### Cristianno

—

—Oye, ¿alguien ha visto al cabrón de Giulio? —comentó Eric, engullendo un *croissant*.

Nos habíamos instalado en el patio más cercano a la arboleda aprovechando que el frío hacía un inciso al regalarnos un sol resplandeciente.

—No. Anabella me ha dicho que no ha venido a clase, pero nadie sabe por qué. Ni siquiera sus amigos —cotilleó Luca, que conocía cualquier chismorreo del colegio.

—Estará recuperándose de la paliza —añadió Alex.

El comentario pilló a Kathia por sorpresa. Ella no sabía de mi arrebató y, mucho menos, de la petición que le había hecho a su cuñado.

Mauro y yo nos miramos de reojo.

—O quizá no ha querido venir —protestó Erika—. Puede que tema que le volváis a pegar sin escuchar su versión de los hechos.

Tuve un escalofrío. Después de varios días sin compartir un rato con la Bruni, nos parecía extraño que estuviera allí hablando como si nada. Pero resultó que sus opiniones no eran como cabía esperar de una buena amiga de Kathia.

—¿Qué estás insinuando? —la retó Dani.

—¿Yo? Nada. Simplemente que nadie estaba allí, ¿no?

—Tampoco es que hiciera falta —intervine severo—. Así que cuida tus palabras. Por tu bien.

Ella me clavó una dura mirada. Se puso en pie y sonrió.

—Se te da muy bien amenazar, Gabbana. Estoy deseando ver que tan bueno serás con todo lo demás.

Fue lo último que dijo antes de marcharse dejándonos a todos un tanto aturridos.

Daniela y Luca trataron de cambiar de tema, animando la conversación con anécdotas sobre la fiesta antes de que esta terminara tan abruptamente. Sin embargo, Kathia no prestó mucha atención. Solo fingía una sonrisa de vez en cuando.

Me acerqué un poco a ella y la empujé con suavidad.

—Ey, Carusso, ahora más que nunca, te pareces a un chihuahua abandonado en plena noche de tormenta —bromeé por lo bajo.

—Oh, por Dios, nos seas tan galante conmigo. Tus piropos son abrumadores. —Nos echamos a reír.

Empezaba a fascinarme esa sonrisa suya en su versión más irónica. Le revolví el cabello para disimular mi repentino sonrojo.

—Desde luego, tienes que estar en otro lado si no atacas con esa insolencia tuya.

—Me he acostumbrado a tus impertinencias —admitió ella recolocándose el pelo—. Además, en realidad estaba pensando que este es uno de los primeros recreos que paso sin ser castigada. Gracias por consentirlo, Gabbana.

—De nada, monada.

Al sonar el timbre, todos brincaron de inmediato, mientras que nosotros nos quedamos observándonos unos segundos más, resistiéndonos a dejar de hacerlo.

Fue ella quien rompió el contacto y terminó levantándose, sorprendiéndome al extenderme una mano.

Al cogerla, me aseguré de acercarme lo suficiente como para verme

reflejado en sus pupilas grises.

## Kathia

---

Salí del San Angelo con la cabeza hecha un bombo. Daniela y Luca no habían dejado de comentar, con todo lujo de detalles, lo sucedido con sus respectivas parejas durante la fiesta.

Ciertamente, me reí como una idiota en todas y cada una de las versiones. Aunque el evento terminó mal, creamos buenos recuerdos y, al fin y al cabo, aquello era lo que importaba.

La que no parecía estar de acuerdo era Erika. Su comportamiento esquivo y distante se había hecho más latente conforme avanzaba el día. Me había habituado a su nuevo carácter, pero nuestra relación empeoraba por momentos y no me gustaba.

Indecisa, me acerqué a ella.

—Erika, ¿podemos hablar?

—No, tengo prisa. —Ni siquiera me miró—. Mi padre quiere que nos vayamos unas semanas a Turquía. Dice que así podré conocer mejor a su novia. Están pensando en casarse —explicó mostrando una frivolidad nada propia en ella.

—¿Te vas? —inquirí aturdida—. ¿A mitad de curso?

—Como he dicho, solo serán unas semanas.

—Pero...

—Puede que para ti no sea importante, ya que estás demasiado ocupada mirándote el ombligo. Pero yo también tengo una vida y quiero apoyar a mi padre en esto. Así que ya hablaremos cuando vuelva, quizá. No sé...

Se iba dejándome peor de lo que ya estaba. Era evidente que no quería hablar conmigo, pero tampoco explicaba el motivo, y me hería ver cómo nos estábamos separando.

Inmóvil, observé como se alejaba. Hasta que sentí cómo unos dedos me acariciaban el brazo. Cerré un instante los ojos, cautivada por aquel contacto inconfundible.

—¿Estás bien? —me preguntó Cristianno.

Tragué saliva.

—Erika no quiere hablar conmigo. Por más que lo intento, no lo entiendo. No sé qué le he hecho... —Cristianno me escuchó respetuoso—. Se va unas

semanas a Turquía con su padre y ni siquiera ha tenido el valor de despedirse como es debido. Pero, ¿qué más da? —Reprimí las ganas de llorar, pero no tuve la misma suerte con el gemido que se me escapó—. Si no hubiera regresado, nada de esto hubiera pasado y no estaría perdiendo a mi mejor amiga.

Quise irme, pero me lo impidió cogiéndome del brazo.

—No digas eso. —Un tono brusco y dulce a la vez—. No vuelvas a repetirlo, te lo advierto. Si estás perdiendo a tu mejor amiga, puede que no sea tan buena como creías.

Le observé asombrada. Llevaba razón. Daniela me había demostrado más cariño en tres semanas que Erika en todos los años que habíamos pasado juntas en el internado.

Me zambullí en sus ojos sabiendo que Cristianno me lo permitiría el tiempo que yo necesitara. En esa mirada no hubo deseo, no en el sentido estricto de la palabra, sino serenidad y confianza con el único objetivo de reconfortarme.

La persona que menos imaginé que pudiera apoyarme, estaba allí, mirándome como si no hubiera nadie más a nuestro alrededor.

Tan ensimismada estaba en los ojos de Cristianno que no creí ser capaz de detectar nada más. Pero reconocí un vehículo tras de él. Valentino venía a recogerme. Mi madre ya le había puesto al tanto de mi amistad con el Gabbana. Él mismo me había advertido en varias ocasiones que no me acercara a él, y le desobedecía constantemente.

—Vente conmigo... —me dijo Cristianno acariciando mis dedos.

Lo deseaba muchísimo. El Gabbana tenía la habilidad de detener el tiempo y liberarlo de todo su mortificador peso.

Sin embargo, Valentino estaba allí. Si yo respondía a mis verdaderos deseos, nadie me aseguraba la ausencia de problemas.

Suspiré. Cristianno no se había dado cuenta de la presencia de Bianchi, todavía.

—¿A dónde? —No era una respuesta adecuada si en realidad no iba a tener oportunidad de hacerlo. Pero mis labios no obedecían a mi cabeza.

Él se encogió de hombros, devorándome con sus ojos azules.

—A cualquier parte.

«A cualquier parte», repitió mi mente provocando que cerrara los ojos.

—¿Qué tan lejos está ese lugar?

—Todo lo lejos que tú quieras, Kathia.

Contuve el aliento, al sentir el suyo acariciando mis labios y negué con la cabeza, cabizbaja y molesta con las imposiciones tácitas que leía en el ambiente.

Coger su mano e irnos juntos. No era difícil de imaginar. Ni tampoco complicado de desear. Ese chico ya estaba en el centro de mi corazón.

—No te creía tan indecisa —repuso consternado—. Supongo que todavía debo ganarme tu confianza, ¿no es así?

Valentino me clavó una mirada severa. Aun estando a varios metros, entendí su fuerte enfado y todo lo que este prometía si no me alejaba rápidamente de Cristianno.

—¿De verdad piensas que estoy dudando? —dije tan concentrada en el contacto de sus dedos como en las miradas de Valentino.

—Sí.

—Pues te equivocas, Gabbana. Yo iría... iría allá dónde me pidieras. — Me avergonzó mi propia sinceridad.

—Pero...

No respondí. No lo haría, porque en verdad no existía un pero y no se me ocurrían argumentos con los que mentirle.

Contra mis deseos, retiré mi mano y comencé a retroceder rogando por que no pensara que había sido un rechazo. Tan solo quería evitar el enfrentamiento que aguardaba en los ojos del Bianchi.

Y, entonces, Cristianno lo vio.

Apretó los dientes, formó un puño con sus manos y se obligó a disimular lo mucho que detestó la presencia de Valentino. No me hubiera extrañado que se marchara o que incluso arremetiera contra mí con la arrogancia de siempre.

Sin embargo, adoptó una sonrisa triste.

—Carusso...

—Sí...

—No estás sola... Y te advierto que insistiré.

Sonreí notando que el corazón se me aceleraba.

—Esa es una gran noticia.

Resignada, me encaminé hacia el coche de Valentino y subí sin dirigirle la palabra.

—¿Qué estabas haciendo? —preguntó a la vez que arrancaba el coche.

No hacía falta que me dijera las ganas que tenía de pelear, podía sentirlo con tan solo oírle. Pero no le concedería ese placer. Cristianno era lo único que ocupaba mi mente.

—Simplemente, me despedía.

—¿Cogidos de la mano?

—Basta, Valentino.

El resto del trayecto fue en silencio. El Bianchi resoplaba de vez en cuando y apretaba el volante con fuerza. Se saltó varios semáforos y casi atropella a una anciana cuando giró para entrar en mi calle.

Bajé del coche en cuanto llegamos a mi casa y me despedí de él con un gesto de mano pensando que se marcharía sin más. Pero me siguió rotundo, seguramente dispuesto a quedarse a comer y pasar la tarde.

Giancarlo nos abrió la puerta y apenas tardó en desaparecer al recibir la orden silenciosa y despectiva del Bianchi. Apreté los dientes y decidí contener mis quejas porque ardía en deseos de encerrarme en mi habitación. Sin embargo, él me impidió el paso.

Me miró pausado, mucho más relajado de lo que hubiera imaginado, dándome la sensación de estar meditando qué hacer. Nada me advirtió del peligro, ni siquiera su lenguaje corporal.

Pero, entonces, alzó una mano y la estrelló en mi mejilla.

La saña con la que me golpeó me llevó a impactar contra la puerta y tuve que hacer fuerza con los antebrazos para no caer al suelo. Me costó unos segundos reaccionar y asumir que acababa de ser agredida por él.

Lo miré estupefacta.

—El chófer te dejará en el colegio y yo te recogeré a la salida. Permanecerás en casa toda la tarde y tendrás prohibido salir los fines de semana, excepto conmigo o algún familiar, siempre y cuando se avise con antelación. —Mencionó todo aquello como si fuera su maldita lista de la compra. No podía creerlo—. Si se te ocurre saltarte alguna de esas normas, se anularán por completo todos tus privilegios.

Temblé.

—¿A qué se debe esto? —jadeé sin aliento, todavía aturdida.

—Sobran las explicaciones, querida.

—No veo el porqué.

Di un paso al frente invadida por una súbita e inesperada valentía. Me dio igual que volviera a pegarme.

—No has sabido estar quieta y obedecer. Te lo advertí, que no te acercaras a Cristianno, y tú sigues rebelándote. ¿Crees que no he visto lo cerca que estás de convertirte en una de sus putas?

—¿Es lo que soy para ti, una puta?

No dijo nada, tan solo alzó las cejas dando por sentado que entendería su respuesta.

En un arrebató, empecé a soltarle manotazos. Le aporreé una y otra vez hasta incluso hacerme daño. Tenía las de perder, lo sabía, pero me importaba un carajo. No toleraría que me convirtiera en su asquerosa marioneta.

—Nadie me da órdenes y menos un psicópata como tú. Déjame a mí decidir lo que me dé la gana. Ser su fulana es mucho mejor que verte, aunque sea de lejos.

Me largué de allí dejándolo confundido.

Corrí a mi habitación y me tendí en la cama notando la tentativa de una lágrima jugueteando en la comisura de mis ojos. El doloroso calor de mi mejilla se expandió procurándome una frustración que jamás había sentido. Mi hogar, aquel que tantas veces había echado de menos, estaba resultando ser una retorcida prisión.

No comprendía por qué se habían propuesto amargarme la vida. Debía existir algún motivo.

«Pero cuál, maldita sea».

## Capítulo · 28

Kathia

---

Pensé que Valentino no cumpliría con su palabra. No era nadie para mandar sobre mí, mucho menos cuando mi padre estaba por encima. Pero me equivoqué estrepitosamente.

Aquella se había convertido en mi segunda noche como reclusa de esa maldita tortura china.

Apenas podía hablar con Cristianno o estar con mis amigos. Ni siquiera tenía tiempo de organizarme para estudiar o compartir opiniones sobre los ejercicios.

Eso sí, por suerte, había logrado no cruzarme con Valentino gracias a sus maravillosos horarios de la universidad y al hecho de que me encerraba en mi habitación bajo llave.

Pero no bastaba. Me consumía tanta gilipollez.

Pasarían los días, esperando a... ¿a qué? ¿Qué sentido tenía todo aquello? Estaba claro que no me levantarían la imposición y Enrico no podía estar protegiéndome todo el tiempo; tenía una comisaría que llevar y estaba hasta arriba de trabajo. Bastante hacía siendo mi único apoyo en esa casa.

Sabiendo cómo serían mis días, me costaba conciliar el sueño. Apenas era la una de la madrugada y mi cuerpo ya estaba preparándose para una larga noche en vela. Había estado estudiando hasta tarde para mantener acallados mis pensamientos. Pero ni por esas...

Le echaba de menos. Cristianno.

Echaba de menos su risa y sus impertinentes bromas o sus silenciosos escrutinios que, últimamente, más que molestarme o inquietarme, me cautivaban cada vez más.

Resoplé, me arropé y me esforcé en conciliar el sueño. Pero solo logré hacer memoria del lamentable fin de semana que me esperaba.

El sábado se inauguraba la galería de arte de mi hermana. Eso suponía una mañana de compras con mi madre y sus arpías, además de una sesión de

belleza eterna. Tendría que fingir sonrisas educadas mientras se sucedían los comentarios sobre mi «relación» con Valentino. Porque ese, desde luego, sería el tema principal.

Sin embargo, aquel conjunto de agobiantes situaciones no era lo peor que podía pasarme.

Cristianno estaba invitado a la inauguración junto a su familia. Así que tendría que soportar la distancia y contener mis deseos de comérmelo con la mirada si sentía respeto por mi integridad.

Maldita sea, debería actuar como si no lo conociera.

Por si fuera poco, el domingo tampoco mejoraría.

Se había planeado pasar el día en Latina, el pueblo donde vivía mi aburrida tía materna Mariella y su torpe (aunque forrado) esposo, Danilo Pirlo; genial en lo que a mi hermana respectaba, porque podría estar todo el puto día pegada a la bragueta de Marcello, su querido amante/primo.

Después, culminaríamos la tarde limpiando nuestras conciencias yendo a misa.

Vamos, un fin de semana para enmarcar.

«Esto parece un culebrón, joder».

Y así, atrapada en el maldito guion de una historia de amores pecaminosos, volví a mortificarme con el hecho de no haberle pedido el teléfono a Cristianno, que ya había que ser estúpida.

Si, al menos, hubiera tenido ese medio, podríamos haber hablado, aunque fuera de tonterías. Quería escucharle, deseaba pasar tiempo con él.

De repente, el tono de mi móvil interrumpió mi sermón mental sobresaltándome. Extrañada, lo alcancé como pude. En la pantalla se mostraba un número que no conocía. Tal vez era Erika queriendo hablar al fin conmigo.

—¿Si...? —pregunté desconfiada.

—La noche es fresca, pero agradable. Cielos despejados, e insomnio preocupante. —La voz de Cristianno sonó jocosa y excitada.

Contuve un pequeño grito de alegría y sonreí llevándome la mano al pecho para mantener el corazón en su sitio. Los nervios me invadieron, corría el riesgo de sufrir un infarto. Parecía como si le hubiera invocado.

«¿Así que él piensa en mí tanto como yo en él? ¡Hostia puta, qué gran noticia!». Me había convertido en una maleducada mental.

—¿Cómo sabes que tengo insomnio?

Me esforcé en seguirle la conversación, toda nerviosa y contenida.

—Bueno, solo has tardado tres segundos en contestar.

—Y... ¿mi número de teléfono?

—Daniela. —Tendría que haberlo imaginado—. Dime, ¿cómo llevas el castigo, chihuahua?

Suspiré. Les había contado que no podría salir porque mis padres me habían castigado por enfrentarme a ellos, ahorrándome la parte en que Valentino me abofeteaba en el maldito vestíbulo de mi casa. No es que sirviera de mucho, Cristianno enseguida sospechó que mentía, pero calló para no presionarme demasiado.

—Lo sobrellevo.

—Mentirosa.

—Está bien... Estoy hecha una mierda, pero a ti qué más te da.

Entrecerré los ojos, inquieta, a la espera de su réplica.

—Me importa, ¿sabes? Lo estoy pasando mal —ironizó—. ¿A quién voy a molestar ahora?

—Imbécil.

—¿Sí? Pues, adiós.

Colgó dejándome con la boca abierta. Solté una sonrisilla exaltada, no podía creer que me hubiera colgado por insultarle. Ya debía de estar acostumbrado.

Tragué saliva y me atusé el cabello decidiéndome entre si llamarle yo o ahogarme en mi propio rubor. Pero el móvil sonó de nuevo bajo el mismo número.

—¿Te escaparías? —dijo nada más descolgar. No había rastro de humor en su voz—. Dijiste que te irías conmigo a cualquier parte, ¿recuerdas? Dime, ¿lo harías? Ahora mismo.

Maldita sea, claro que me iría con él. Lo que me preocupaba era encontrar el valor a ponerme en pie y vestirme a toda prisa. Me temblaba hasta el paladar.

—¿Primero me cuelgas y ahora me pides que me escape contigo?

Me hice la interesante. Cristianno Gabbana me volvía loca y quizá él ya se hacía una idea, pero no era plan de ir demostrándolo como si nada. ¿No? ¿Sí?

«Vaya tela, Kathia. ¡Espabila, mujer!».

—Solo ha sido una broma. —Soltó una carcajada, pero también lo noté algo nervioso—. Estarás de vuelta antes de que despierten, lo prometo.

No hacía falta que me convenciera, había aceptado desde el primer momento. Desde antes incluso de que me lo pidiera.

—Está bien... ¿A dónde quieres llevarme?

—Eso no te lo voy a decir... Tendrás que confiar en mí.

Miré a mi alrededor, me levanté de la cama y cogí unos vaqueros mientras hacía malabarismos para que no se me cayera el teléfono.

—Mira que eres enigmático —sonreí temblorosa—. ¿Dónde quedamos?

—Estoy en tu casa, en la puerta de atrás. Tienes cinco minutos como máximo para que puedas escapar sin que te vea la guardia.

Le colgué y comencé a vestirme. Como por arte de magia, los nervios desaparecieron. No tenía tiempo para aturdirme con que Cristianno hubiera venido hasta mi casa para estar conmigo.

Solo quería reunirme con él lo antes posible.

### Cristianno

—

Todavía no podía creer que hubiera encontrado valor para llamar a Kathia a esas horas. Y es que cuando le pedí su número a Daniela, pensé que sería como coser y cantar. Que una simple llamada era el acto más tonto que existía.

«Tampoco es para tanto», me había dicho de camino a su casa. Pero una vez me detuve frente a la verja trasera y cogí el teléfono, creí que me daría un ictus, joder.

«No me reconozco».

Kathia se acercó a la valla y apoyó un pie en ella antes de impulsarse y comenzar a trepar. Enseguida me acerqué y la cogí de la cintura para ayudarla.

No me dio tiempo ni a mirarla, rápidamente nos lanzamos al interior del coche y nos agachamos para ocultarnos de la vista de los guardias que pasaban de largo. Debía esperar a que se alejaran lo suficiente para arrancar el coche si no quería que nos descubrirían.

Kathia sonrió agitada y me contagió convirtiendo aquel momento de tensión en algo tremendamente divertido.

Me mordió cuando fui a taparle la boca.

—Serás... —Pero ella se me adelantó.

—¿Has dicho algo? —Intenté hablar en vano—. ¿El qué? No te entiendo. —Le lamí la palma de la mano consiguiendo que se alejara—. Eres un guarro.

Volvió a sonreír. El pelo en la cara, ocultando parte de sus rasgos,

aumentando el brillo de sus pupilas. Estaba guapísima, había echado de menos a aquella maldita mocosa.

—¿Lista?

—Adelante.

Arranqué el coche en cuanto los guardias se marcharon y salí de allí a toda prisa. Me costaba procesar estar con ella, en mi coche, después de haberla incitado a escaparse de su casa. Nunca había hecho nada parecido en mi vida y estaba emocionado.

¿Adónde íbamos? La llevaría a un lugar que nadie más conociera. Algo íntimo y muy mío que, sin saber por qué, necesitaba compartir con ella.

Inquieto como estaba, sentí la necesidad de fumar. Así que me encendí un cigarrillo observando de reojo la carretera. Kathia estaba echada en el asiento con el codo apoyado en la ventana. Miraba el paisaje.

«Bien, Cristianno, concéntrate en el camino. Ya has conseguido lo que querías: está sentada a tu lado».

Coloqué el cigarrillo entre mis labios justo cuando Kathia se removió y me miró con fijeza. Inesperadamente, sonrió antes de acercarse a mí para robarme el pitillo.

—¿Te importa?

Negué con la cabeza y fruncí el ceño. No sabía que fumara, ni mucho menos que me excitara verlo.

Tragué saliva ante su escrutinio. Me examinó sin miramientos. Primero mis piernas, después los brazos, perfiló mi tórax y se detuvo en mi rostro. Todo ello haciéndome sentir como si estuviera tocándome.

«La carretera, Cristianno. Solo la carretera. Y gatitos».

—¿Piensas devolvérmelo? —pregunté sonriente.

Ella colocó el cigarro en mi boca con parsimonia. Me permitió acariciar uno de sus dedos con mis labios. Finalmente, se apartó, sin cesar en su análisis, ahora un poco más juguetón. Parecía con ganas de decir algo.

—Así que te vuelvo loco, ¿eh? —dijo mordiéndose el labio.

«No sabes cuánto».

—Tampoco te lo creas, Carusso.

—Es la contestación que esperaba.

Habíamos llegado a nuestro destino y detuve el coche para acomodarme en mi lugar y responder a su mirada. Coloqué mi brazo detrás del respaldo de su asiento. Ella se extrañó, pero mantuvo su expresión traviesa.

—Admitir que me vuelves loco no me resulta difícil. La cuestión es,

¿tendrás valor para admitirlo tú?

Enarqué las cejas cuando la vi acercarse.

—No creo que necesites repuesta. Tú ya la sabes, ¿no?

Abrió la puerta, más que dispuesta a salir. Pero supongo que aquella mansión abandonada a pies de las vías de tren la impresionó más de lo que ninguno de los dos esperábamos.

No era un lugar hermoso, no podía serlo con aquella presencia tan desastrosa, pero para mí era importante. Aquellas paredes habían ocultado millones de frustraciones.

Era el lugar donde Kathia podría descubrir la auténtica versión de mí, quién era yo realmente. Tanto las facetas de chico agresivo, chulo, engreído, descarado y camorrista, como aquellas que incluso a mí me sorprendían.

Salí del vehículo, lo rodeé para llegar hasta su posición y la ayudé a salir, cogiéndola de la mano. Kathia comenzó a moverse escudriñando el entorno sin mencionar nada. Solo observaba fascinada.

Entrelacé mis dedos con los suyos notando el asombro de ambos. Era la primera vez que cogía la mano de una chica de aquella forma. Sorteamos los escombros y alguna que otra zanja cubierta de cristales hasta llegar a la entrada.

La puerta hacía algún tiempo que se había desencajado y había empezado a descomponerse, pero pude retirarla para poder pasar. Kathia entró primero y descubrió un vestíbulo lleno de telarañas y polvo. Había maderas y cristales por todas partes y una enorme lámpara colgando de un pequeño cable. Algún día caería y esparciría sus bolas de cristal por el suelo.

Kathia miró hacia la escalera y empezó a caminar entre las tablas. No se veía prácticamente nada, solo sombras. Así que me acerqué a un taquillón y cogí un viejo candelabro que aún tenía restos de una vela; aguantaría un rato.

—Creo que tenemos una gotera, cariño —sonrió poniendo sus brazos en jarras mientras observaba el techo.

Era cierto, había una gotera, pero no le hice caso. La última palabra que había pronunciado me trastocó, y fruncí el ceño mientras me perdía en su afectuosa sonrisa. Dios, resultaba tan bella salpicada de sombras.

—Podremos arreglarlo —dije acercándome.

—Cuéntame... ¿A cuántas chicas has traído aquí?

—¿Cómo?

—Quiero saber en qué posición estoy... —añadió con retintín, pero no dejé que se regocijara demasiado.

—La primera. —Lo dije rotundo y de un modo tan sincero que apenas pudimos sostenernos la mirada—. Eres la primera...

«En todos los sentidos de mi vida».

No supe si ella lo captó, pero mi corazón sí.

—Qué honor. —Se escudó en la ironía.

—Lo es, créeme.

Se atusó el cabello y retiró con la punta del pie un listón de madera que había en el suelo.

—Bueno y... ¿de qué conoces este lugar?

—Lo descubrí cuando tenía seis años. Es mi refugio.

—¿De qué tiene que esconderse Cristianno Gabbana? —Su expresión cambió. Estaba algo más seria y su tono de voz era más intenso.

¿Cómo había supuesto que me escondía allí?

Un refugio no simbolizaba un escondite, sino simplemente una zona donde poder respirar fuera del mundo. Kathia traspasó una vez más mi fachada al escudriñar en las intenciones que guardaba cuando yo visitaba el lugar y me hizo sentir inseguro. Nadie había logrado nunca atravesarme de ese modo.

Al estar allí, yo podía ser simplemente un hombre y no todo lo que la gente esperaba de mí, incluso todo lo que yo esperaba.

—Supongo... —Era difícil admitirlo—. Supongo que de mí mismo.

Nos miramos fijamente durante unos segundos antes de reanudar el camino. Kathia se adentró en la que una vez fue la sala de música. Ya solo quedaba un antiguo piano desvencijado, varios muebles y un enorme sofá de terciopelo rojo agujerado.

Sentí un poco de cortedad ante el estado de la habitación, pero a ella no pareció importarle. Observaba todo como si fuera el lugar más bonito del mundo, acariciando las paredes con la punta de sus dedos. Contemplarla moviéndose por el lugar fue la imagen más hermosa que había visto.

—¿Tú no tienes ningún escondite? —pregunté curioso, acercándome al piano de cola que había en el centro de la sala.

Me miró y entrecerró los ojos, pensativa.

—Podría ser este —sonrió con timidez—. Si tú quieres, claro.

—Hay espacio suficiente para los dos.

Kathia se echó a reír mientras yo pulsaba las teclas con suavidad. Hacía mucho que no tocaba, pero la música afloró de mis dedos con agilidad en busca de ocultar mi rubor.

Toqué la primera melodía que se me ocurrió, ajeno a que ella la

reconocería. Se colocó frente a mí, al otro lado del piano, y me contempló con firmeza.

—¿Zack Hemsey?

—Así es. La instrumental de Changeling. ¿La conoces?

—Me encanta... —Mi inquietud aumentó por su tono cadencioso—. ¿Sabes tocar? Quiero decir, tocar de verdad.

—Bueno... Se puede decir que sí.

—No te pega ser modesto, Gabbana. —Apoyó los codos en la superficie y sostuvo su cara. Yo tomé asiento en el banco.

—Terminé la carrera de música con quince años.

Era cierto. Con ocho años ya era un virtuoso y tocaba mejor que muchos del último curso. Siempre había sido mi entretenimiento favorito.

Pero lo que para mí era algo terriblemente natural, para Kathia fue todo un descubrimiento. Abrió los ojos, impresionada.

—Todo un niño prodigio.

—Ya ves. No solo tú eres inteligente.

Fingió un enfado que acompañó con una bonita sonrisa y después bordeó el instrumento, acercándose lentamente.

—¿Por qué no tocas algo para mí? —susurró.

—Ni lo sueñes...

Inesperadamente, se fue a toda prisa hacia el sofá y se desplomó en él sin importarle lo sucio que estuviera. Mirándola, daba la sensación de que se había acomodado en el mejor asiento del mundo.

—Venga. ¡Hazlo!

—Que no.

—Cagao.

—Bruja —resoplé disponiendo mis manos sobre las teclas.

No sabía si estaba preparado para aquello. Una parte de mí quería tocar para Kathia, pero la otra pensaba que era una estupidez. Jamás había tocado para alguien que no fuera mi familia o mis amigos íntimos.

Cerré los ojos y apreté la mandíbula. Me arrepentiría de aquello, estaba seguro.

—¿Alguna preferencia? —pregunté resignándome.

—Sorpréndeme.

—Te mataré en cuanto termine.

—Eso ya lo veremos.

Sin más, comencé a tocar lo primero que se me ocurrió. Kathia me había

dejado elegir, pero el libre albedrío me jugó una mala pasada. Escogí *Passion* de Utada Hikaru, y no sé bien por qué, pero percibí que había un mensaje oculto en la canción. Un tipo de aviso destinado a nosotros.

Gilipolleces, ya lo sabía, pero el sentimiento fue muy real. Había tocado muchas veces esa pieza porque a Mauro le encantaba y me obligaba a hacerlo. Pero nunca había sentido la pasión que encerraban aquellas notas, hasta que la toqué para ella.

Desde ese momento, aquella sería su canción. Algo suyo y mío, que nadie podría arrebatarnos.

## Capítulo · 29

Kathia

---

Sí, aquella sería nuestra canción. Siempre que la escuchara sabría que Cristianno estaría cerca y que la estaría tocando para mí. Tan solo debería cerrar los ojos para poder verle enfrente, consumiéndome con aquella mirada azul.

Cuando sus dedos alcanzaron el *crescendo*, levantó la vista de las teclas y me miró. Yo le observaba ensimismada. Jamás había escuchado algo así. Fue como si hubiera entrado en otra dimensión.

Él sonrió y enseguida cerró los ojos dejando que fluyera la sección alta de la canción. Por un momento, incluso me pareció un lamento.

Ni mi sentido común podía negar que me había enamorado locamente de él, de un modo tan profundo que incluso me costaba asimilar. Ya no me importaba la reciprocidad o el rechazo. Cristianno, con su delicada e intensa forma de tocar, tampoco rehusaba ese sentimiento. Seguramente también percibía esa clase de amor que acecha paciente y cálido, que sobreviene sin aviso.

La pieza terminó con suavidad y Cristianno resopló trémulo y cabizbajo antes de dejar que las manos le cayeran sobre el regazo.

Dejando a un lado mis emociones, hubiera sido fácil creer que se sentía frustrado o incluso agotado de molestia. Pero pronto me miró y adoptó una expresión expectante. Estaba esperando mi opinión, de nada le valía que le hubiera venerado en silencio. Volvía a mostrar esa timidez suya que florecía solo en las ocasiones más intensas e incontrolables. Una emoción que apenas podía expresarse con palabras y nos empujaba, cada vez más, hacia un abismo infinito.

Qué solos estábamos en el camino y qué complejo era mencionarlo en voz alta.

—Ven aquí... —me atreví a decir.

Él frunció el ceño, quizá reticente o confundido con mi petición. Supongo

que me creyó demasiado pasional.

Los segundos de silencio que siguieron al gesto le valieron para tragar saliva y suspirar hondo. Me inquieté. Pero Cristianno tan solo estaba reuniendo fuerzas. Lo supe en cuanto le vi sonreír tímido.

Se levantó, sacudió sus pantalones y comenzó a avanzar lentamente y sin esconder la aturdida tensión que sentía. Yo, mientras tanto, le observé tan descarada que no daba crédito. No podía creer que algún día vería al «loco del taxi» caminando hacia mí tan avergonzado como cautivador.

Sin embargo, fue el único que tuvo valor de soportar el contacto visual hasta el final. Cuando llegó al sofá y tomó asiento a la altura de mis rodillas, yo ya no sabía dónde meter la cabeza. El rubor ardió en mis mejillas.

Tragué saliva y reuní valentía para arrastrar mi mano hacia la suya. Cristianno aceptó la caricia sin quitarme ojo, perfectamente consciente de mi retraimiento. Fue entonces cuando mis impulsos tomaron el control y le empujé hacia mí, obligándolo a tumbarse conmigo en aquel sofá.

Él se dejó llevar respirando entrecortado. Parecía tan indefenso...

Pero solo duró un instante. Enseguida recuperó su confianza y se envalentonó a acariciar mi mejilla. Su aliento rebotaba en mis labios mientras sus dedos dibujaban mi piel.

Quise besarle, abrazarle y pedirle que no me soltara nunca. Pero no encontré mi voz y mucho menos la valentía para hacerlo.

Aun así, me regodeé observando su bello rostro tan de cerca del mío, e imité su gesto al acariciar su nariz. Bajé hasta sus labios y me detuve en su cuello. Todo ello sin valor a mirarle a los ojos, y es que el azul de sus pupilas gozaba de una potencia arrolladora.

—¿Tienes miedo a mirarme? —preguntó él en un susurro.

—Un poco sí.

—Crees que voy a engullirte.

—Lo harías.

—Por supuesto que sí.

Tuve que reír. La sinceridad en un momento como ese podía esconder grandes revelaciones, y Cristianno no era de los que se cortaban en admitir sus deseos.

Solté el aliento asediada por los escalofríos.

—Qué extraño es todo esto... —dije sintiendo como su mano se deslizaba hacia mi cintura.

La rodeó con suavidad y se impulsó acercándose aún más. Después

empujó mi pierna para colocarla sobre la suya. Mis nervios se dispararon al tener su cuerpo tan pegado al mío y, sin embargo, me gustó. Me gustó muchísimo.

Retiró un mechón de mi pelo y se acercó para besarme en la mejilla. Cerré los ojos ante la delicadeza.

—¿Por qué?

—Te he odiado. Hace unas semanas incluso te habría matado. Pero, ahora...

«Genial. Eres una cobarde», pensé.

—¿Ahora qué? Dímelo, Kathia...

El modo en que murmuró mi nombre me lanzó súbitamente a su pecho. Lo abracé creyendo que la sorpresa no le dejaría responder. Pero Cristianno me encerró en sus brazos, apasionado.

No estaba acostumbrada a ese tipo de caricias, no había tenido oportunidad de sentir las. En el internado apenas salíamos y cuando lo hacíamos no teníamos tiempo para el clásico coqueteo, seguido de arrumacos y frases bonitas. Se pasaba directamente a la acción.

Un «Hola, qué tal. Me gustas. Tú a mí también», seguido de un beso, en ocasiones, torpe y apresurado, y después el típico «Nos vemos la semana que viene» o «Adiós».

Había coqueteado con chicos, y mentiría si dijera que ninguno me gustó lo suficiente. Pero lo que Cristianno me estaba haciendo sentir distaba mucho de todo aquello.

—Ahora... Ahora me encanta estar... contigo —murmuré apoyando la cabeza en su pecho.

—No sabes cuánto deseaba oír eso.

Cristianno me volvió a besar, esta vez en la frente, y sentí como su corazón se aceleraba. Me enloqueció que él también estuviera nervioso.

Y así me dormí, aferrada a él, con mis labios apoyados en su cuello y sus manos protegiéndome, envolviéndome con su calor.

Soñé que era un poco más valiente y que despertaba en mitad de la noche para besarle hasta que nos faltara el aliento.

Cristianno

---

Desperté de súbito cuando Kathia me zarandeó. Estaba soñando con ella. Uno de esos sueños a los que se les llama subidos de tono. En él, besaba a Kathia mientras hacíamos el amor. Algo lógico después de haberla tenido durmiendo literalmente sobre mí, que uno no era de piedra.

—¿Qué hora es? —preguntó sofocada mientras se incorporaba en el sofá y se atusaba el cabello.

Sonreí como un bobo al descubrir lo bellísima que estaba recién levantada, con los ojos débilmente hinchados y la piel algo más pálida de lo normal.

—Eres preciosa... —murmuré.

Ambos nos miramos asombrados, sin saber muy bien cómo asimilar mi sinceridad. Kathia contuvo una coqueta sonrisa y agachó un poco la cabeza, toda presumida. Y yo quise que el suelo se abriera y me engullera vivo.

«Nueva nota mental: no hablar recién levantado. Mejor aún, no dormir acompañado. Jamás».

Me froté la frente y me incorporé sin darme cuenta de que me acercaba demasiado a ella. Kathia ahora tenía la vista puesta en mi pecho y me contemplaba igual que lo había hecho en mi sueño minutos antes de que nos quitáramos la ropa.

Eso no nos venía bien a ninguno de los dos, porque teniendo en cuenta mi confesión de hacía un instante, era evidente que no sabría controlarme. Lo último que necesitaba era asustarla con mis emociones.

Tragué saliva. Joder, hubiera dado un riñón por desnudarla en aquel momento.

«Control, Cristianno. Control y café. Ya. Ahora. Muévete». Mierda, qué malo era cavilar recién levantado. Me creó jaqueca.

Miré el reloj y di un salto.

—¡Joder! ¡Tenemos que irnos! —exclamé cogiéndola de la mano y echando a correr. La matarían por mi culpa, ya había amanecido.

Salimos de la casa como si una manada de orcos nos persiguiera. Conocía muy bien dónde pisar, pero Kathia no dejaba de tropezar.

—¡Cuidado! ¡Vas a matarme!

Lo sentía profundamente, pero no iba a detenerme. La quería viva.

«Tan viva como en mi sueño...».

—Los que van a matarte son ellos. Son casi las siete...

—Pues les diré que me secuestraste. —Se soltó de mi mano.

Fruncí los labios. Ya habíamos llegado al coche y lo abrí por pura

inercia. Enseguida me giré, la capturé por la cintura y la apoyé en su puerta. Ella sonrió tímidamente provocativa. Sin duda, le gustaba jugar a tentarme.

—Ah, ¿sí? ¿Y quién te creerá? —susurré mientras acariciaba su mejilla con mis labios.

—Todos...

Lo que sucedió a continuación me dejó estupefacto. Ni siquiera tuve tiempo de reaccionar. Kathia pegó su cara a la mía y definió mi labio inferior con la punta de su lengua, muy despacio. Se me escapó un estúpido gemido y sentí que todo mi cuerpo se aflojaba bajo aquel cálido y húmedo contacto.

Pero todos aquellos soniditos de capullo enamorado se congelaron cuando escuché el chasquido de una cámara de fotos.

La muy condenada había aprovechado el momento para echarme una foto con su teléfono móvil. Así que ahora la foto de Luca conmigo llevando una boa de plumas rosas no era la más ridícula que existía de mí.

—Lo que me faltaba... —asentí mientras me restregaba la cara con las manos.

—No te enfades. No es para tanto y, además, ha quedado genial, ¿no te parece?

Me mostró la imagen toda orgullosa. Había captado a la perfección mi cara de panoli embobado frente a la suya, y es que para colmo había mirado a cámara.

—Eres tan... tan...

Pero ella solo se subió al coche sin parar de reír.

—Dime, ¿qué crees que les fastidiará más: la foto o que me hayas secuestrado?

—Las dos cosas. Es evidente que me odian. —La miré antes de arrancar—. La próxima vez que vuelvas a hacer eso, juro que no respondo.

—Oh, ¿y qué harás? —dijo expectante. Aunque era evidente que se hacía una idea.

—No quieras saberlo. —Aceleré el vehículo.

—¡Venga ya! ¡Dilo!

—Debes tratarme bien... Soy de carne y hueso, hostia. Tengo mis... necesidades, muy masculinas todas ellas, ¿entiendes?

Mi explicación tan dramática le provocó una nueva carcajada que apenas tardó en contagiarme.

—Supongo que hoy no me invitarás a desayunar.

—Queremos que sigas de una pieza.

—¿Y ese plural? —Ella frunció el ceño con malicia.

Sabía perfectamente a qué me refería, mi «inseparable compañero» de las tierras bajas hacía acto de presencia siempre que podía, como en ese momento. Pero que Kathia estuviera bromeando con ese hecho me confirmó lo mucho que empezábamos a entendernos.

—Y yo pensando que era demasiado cochino...

—Lo eres —sonrió ella.

—Bueno, sí, para qué mentir.

Durante el corto trayecto, Kathia estuvo tarareando la canción que sonaba en mi reproductor mientras movía las piernas al ritmo de la música.

Sin embargo, aquel esplendoroso humor se esfumó en cuanto vislumbramos su casa. Hubiera estirado los minutos de haber sabido que no estaba castigada. Pero arriesgarnos era peligroso.

Kathia todavía desconocía el mundo en el que se movía su familia se movía y no quería que lo descubriera violentamente. Con Angelo Carusso nunca se sabía, al menos eso me decían mis instintos.

Detuve el coche creyendo que Kathia no tardaría en despedirse y salir de él. En cambio, me observó con seriedad, importándole un comino el tiempo.

Tuve que echar mano de toda mi fortaleza mental.

—Venga, vamos, te acompañaré.

Nos acercamos a la valla con libertad aprovechando la ausencia de la guardia por la zona, y me preparé para ayudar a Kathia a subir con el primer impulso, pero ella se detuvo a mirarme cuando mis manos se apoyaron en su cintura.

Me angustió un poco ver aquella expresión alicaída que adoptó su rostro.

—Yo...

—¿Ocurre algo?

—Sí.

Mierda, tal vez me había propasado o la había hecho sentir incómoda y no sabía cómo decírmelo.

—No era mi intención ser...

—Cállate. Yo solo quiero sepas que... he pasado la mejor noche... de mi vida, Cristianno —susurró mirándome fijamente.

Sus mejillas se ruborizaron al tiempo que mi pulso se disparaba. No lo pude controlar, me lancé a ella y la abracé tratando de no dejar espacio entre nuestros cuerpos.

—Al final resultará que sí terminaré engulléndote —le susurré al oído.

Kathia sonrió en mi cuello y estrujó la tela de mi jersey—. No entres a clase hoy. Espérame en el vestíbulo. Quiero... —Me alejé para mirarla—. Quiero estar contigo.

Asintió con la cabeza, me dio un beso en la mejilla y trepó la verja. Se alejó mirándome de reojo.

Volvería a estar con ella en una hora eterna.

## Kathia

---

Mirando de un lado a otro a la caza de transeúntes, me adentré en el pasillo caminando de puntillas. Diez pasos y podría subir las escaleras traseras sin que nadie me viera. Estaba hecho.

—El motor de un Bugatti es inconfundible.

La voz de Enrico me detuvo en seco e hizo que mi corazón saltara hasta mi garganta. Fue un sobresalto tan severo que incluso empecé a ver doble.

Lentamente, me giré y encontré a mi cuñado perfectamente vestido con un traje de firma mientras sujetaba un café al que no dejaba de dar vueltas con una cucharilla. Tenía una expresión a medio camino entre la incredulidad y la travesura.

—¿Y bien? —Se apoyó en la pared, enfatizando su sensual e imponente planta, y esperó a oír la excusa que yo pondría.

No había hablado y ya estaba sonriendo.

—¿Un Bugatti? —Me hice la loca—. Bueno, estamos en Roma, ¿no? Hay bastante gente con ese coche.

—Claro, una de ellas es Cristiano Gabbana.

Soltó una carcajada y yo liberé toda la tensión con un suspiro.

—No te rías de mí, Enrico. Comienzas a asustarme, en serio.

Entrecerró los ojos.

—Ya te vale. ¿No decías que le odiabas?

Me encogí de hombros. Enrico me conocía tan bien que era imposible mentirle. Además de ser una maniobra inútil ocultarle el hecho de haber pasado la noche con el Gabbana.

—Le sigo odiando, créeme.

Me acerqué y le robé el café para darle un sorbo.

—Por eso te escapas con él... Sois un desastre. Seguro que ha sido idea

suya —dijo colocando un brazo sobre mi hombro.  
—Como lo sabes.

## Capítulo · 30

Kathia

---

Mauro me dio los buenos días en silencio y con una mirada de lo más pícara. Seguramente su primo le había puesto al corriente de todo, pero tampoco tuve tiempo de averiguarlo. Daniela me abordó exigiendo información. Desde luego las noticias corrían como la pólvora y, aunque ella le había dado mi número a Cristianno, pero no creí que supiera tanto de los hechos.

—¿Cómo demonios lo has sabido? No son ni las ocho y media de la mañana.

—Recuérdame que te agreguemos al chat compartido. Aunque, tienen otro grupo para los temas candentes, los muy cabrones.

—¿Me estás diciendo que soy la comidilla mañanera de cuatro mentes calenturientas?

—Bueno, sí, para que vamos a engañarnos. Pero ahora, cuéntame. ¡Dame detalles!

Tuve que hacerle una descripción exhaustiva de todo lo ocurrido. Un copia y pega de la versión que le había dado a Enrico, pero añadiendo las partes de intimidad. Que mi cuñado no era tonto y ya se lo imaginaba, pero contarle era diferente. Además, él no conocía lo sucedido en la biblioteca.

Dani se descojonó de los momentos en que su mejor amigo y yo dudamos como si fuéramos estúpidos. Le parecía increíble que Cristianno hubiera actuado galante durante toda la noche. Y la verdad era que a mí también.

—¿Pero te besó? —preguntó al borde de un ataque.

—No.

—¿Le besaste tú?

—¡No!

—Entonces, ¿qué demonios hicisteis?! ¿Miraros las caras?

—Más o menos.

—Al menos, ¿hubo tocamientos, tentativa, no sé, sensaciones lascivas?

Algo con lo que deleitarme.

Entrecerré los ojos. Escucharla en ese momento fue como si los chicos la hubieran poseído.

—Es evidente que te has criado con ellos. —Soltó una carcajada—. ¡Por supuesto que no! Bueno, nos abrazamos y nos dimos algún que otro beso en la mejilla. Repito, mejilla.

—Lo flipo. Sin duda, tiene que estar loquísimo por ti. De lo contrario, ya te la habría metido hasta el gaznate.

—¡Bruta! —exclamé dándole un empujón.

—¡¿Qué?! Es la verdad.

Miré a Cristianno por encima del hombro de Daniela. Llegaba fingiendo una pelea con Alex.

—¿Tú crees que está...? —No pude terminar la frase y la cara de mi amiga tampoco me ayudó mucho—. Bueno, ya sabes...

—¿Enamorado?

—¡Baja la voz! Viene hacia aquí.

Daniela miró para cotejar.

—No tengo ni pajolera idea, nunca le he visto enamorado. Pero sí puedo asegurarte que los abrazos y besos en la mejilla no son su estilo. De modo que sí, creo que está enamorado hasta las trancas.

Como siempre, Daniela se enrollaba a la hora de exponer su punto de vista, pero era cristalina y tan concluyente que dejaba sin palabras.

Me recogí un mechón de pelo tras la oreja y agaché un poco la cabeza para ocultar el rubor que me ardía en las mejillas.

—En mi caso... Creo que yo también.

—¿Tú también qué? —Dani me miró incrédula y yo sonreí.

—Creo que me he enamorado de él.

—¿Crees? Joder, tuviste que darte fuerte con esa roca.

—Idiota.

Entonces, Cristianno se acercó a nosotras, me cogió del brazo y comenzó a arrastrarme.

—Te la robo, Ferro —le indicó a Daniela sin dejar de mirarme.

—Sé bueno, Gabbana. —Ella, Mauro y el resto de nuestros amigos nos cubrirían ante los profesores.

—Eso intentaremos, ¿no?

—Más te vale —murmuré.

Lo había preparado todo. Había dejado su coche escondido detrás del

colegio, al final de la ruta ciega. Tan solo tuvimos que atravesar la zona arbolada y saltar una verja, como ya era costumbre.

Después, nos acomodamos en nuestros asientos y salimos de allí todo emocionados. No sabía a dónde nos dirigíamos, pero me daba igual con tal de estar con él.

—¿Has tenido novio alguna vez? —me preguntó un rato más tarde.

Mi expresión de sorpresa tuvo que hacerle gracia porque soltó una carcajada.

—Bueno... —carraspeé—. No sé si se le puede llamar así.

—¿Has tenido novio y no sabes si lo era?

—He estado en un internado nueve años, ¿recuerdas? Puedo contar con los dedos de una mano los momentos de intimidad que he tenido. Aunque algo hay...

—Define algo —protestó.

—Pues... apenas nos veíamos una vez a la semana, si tenía suerte con la escapatoria, claro. Pero casi nunca hablábamos, pasábamos directamente a la acción.

—Define acción. —Se tensó.

—Besos y cosas así.

—¿Cosas así? ¡¿Qué más hiciste?! —inquirió con desprecio.

—Cosas... Las mismas que tú con Mia o Laura o Dios sepa quién más, maldito mojabragas.

—Sí, sí, vale. —Negó con la mano. Tuve que reír al verle celoso—. Y... ¿Cómo se llamaba?

Insistió en mantener aquella carita de enfado que tanto me gustaba.

—¿Cuál de ellos? —Le piqué.

Aunque había vivido demasiado controlada y apenas tenía experiencia, mi vida amorosa era como la de cualquier chica de mi edad.

—¿Cuántos has tenido?! —exclamó desconcertado.

—Podríamos pasarnos al menos media mañana hablando de ellos... Puede que más —mentí terminando de ofuscarlo.

—Pero, ¿qué mierda os enseñaban en ese internado?

—¿Celoso?

—No sabes cuánto. Iré a poner una reclamación, ¿sabes? —sonrió.

Pero no escapó a mis ojos el titubeo en su mirada, y mucho menos su modo nervioso de tragar saliva. Era evidente que deseaba decir algo que le inquietaba solo de pensarlo. Esperé paciente a que encontrara el valor.

—¿Cuál de ellos... fue el más... importante?

Le oteé de reojo. El interior de aquel coche se llenó de timidez mientras la autovía se abría paso ante nosotros.

—No me enamoré... de ninguno de ellos —dije temblorosa—. Pero podría decir que Edgar fue quien más... me gustó. Apenas estuvimos juntos tres meses.

—Entonces, fue... el primero, ¿no?

Agaché la cabeza y me encogí en mi asiento, empezando a estrujarme los dedos. Todavía no existía una primera vez. De hecho, Cristianno estaba peligrosamente cerca de convertirse en el primero en todos los aspectos de mi vida. Aquel momento en concreto, la noche que habíamos pasado juntos, el desayuno que compartimos tras abandonar la casa de Luca. Todo podía considerarse parte de mis primeras veces.

Pero eso él no lo sabía.

Le observé consciente de lo mucho que le hubiera gustado detener aquel coche y mirarme fijamente. Fue fácil detectar su batalla interior. A Cristianno se le estaba escapando de las manos todo lo que sentía y yo comprendía a la perfección esa emoción porque deseaba lo mismo: pertenecernos únicamente.

—Me arrepentí en el último momento... —confesé—. E hice bien porque dos días después se estaba tirando a otra.

—Puto cabrón.

—Y ahora, ¿podemos dejar de hablar de mis exnovios? No tengo por qué darte explicaciones. ¿O sí? —Arqueé las cejas dándole un toque de humor al momento.

Él forzó una sonrisa, pero nada más. Se mantuvo callado, silencio que rápidamente me llenó de preguntas y dudas que hubiera sido conveniente compartir con Dani.

Sin embargo, no me contuve. Me apetecía comentarlo con la persona de la que estaba enamorada.

—¿Cómo es? Quiero decir... ¿Qué se siente cuando...?

«Ya está, lo solté. Bueno, a medias».

No hizo ningún gesto, continuó concentrado en la carretera, tal vez pensando que un chico y una chica no hablan de sexo entre sí, a menos que ese chico fuera Luca.

Ahora que lo había preguntado, deseaba saber cómo lo había vivido él, qué había sentido.

Cristianno suspiró y frunció los labios.

—Creo que soy la persona menos indicada para hablarte del placer del sexo. Al fin y al cabo, es lo único que he compartido —repuso con sinceridad.

Dejó a un lado cualquier contención y simplemente reaccionó como alguien que desea establecer una buena confianza con su interlocutor. Curiosamente, me reconfortó confirmar lo que Dani había dicho, que nunca había estado enamorado de nadie.

—Jamás he sentido nada que no fuera una noche loca o un delirio entre clase y clase. Así que no conozco la sensación de tener a la persona que realmente amas bajo tu cuerpo... Por ahora... —Terminó susurrando y enseguida me echó una mirada fugaz.

El coche comenzó a disminuir la velocidad.

### Cristianno

—

Llevé a Kathia a un circuito cerrado que había a las afueras de la ciudad para liberar un poco de adrenalina y entretenernos con la velocidad. Su corta experiencia al volante no le restó habilidad, puso en práctica todo lo que le había enseñado en un momento.

Cosa bien distinta fue manejar mi mente calenturienta ante la sensualidad innata de la Carusso, y es que Kathia no se hacía una idea de lo extraordinariamente sexy que estaba, con la falda reposando sobre sus muslos y las manos apretando el volante.

Dejando a un lado mis pensamientos más apasionados, nos divertimos mucho bromeando y jugueteando a las carreras. Incluso fingimos una repartición de premios, que no pasó de una bolsa de palomitas.

—Puede servirnos de tentempié mientras encuentro algún lugar decente donde comer algo —dije de regreso al coche.

—Oh, vaya, ¿vas a invitarme a comer?

—Soy todo un caballero, muchacha.

Al final, terminamos en una especie de heladería/cafetería/repostería en la que nos sirvieron una pizza de cuatro quesos que más bien parecía la llanta de la rueda de un camión abandonado hacía dos décadas. Y como era de esperar, quise morirme del bochorno.

«No hay manera de acertar, hostia».

Pero a Kathia, más que molestarle, le divertía horrores.

—Comienzo a pensar que tenemos muy mala suerte con los establecimientos —admitió.

—Joder, ya te digo. Pero podemos compensarlo. Aún nos quedan un par de horas. Elige tú.

Ella apoyó los codos en la mesa y ahuecó su cara adoptando una expresión pensativa.

—Algo tranquilo, donde podamos relajarnos. Y teniendo en cuenta que ahora mismo estamos casi cometiendo un delito, debería ser techado.

Me eché a reír. Faltar a clase no era un delito, pero faltar habiendo mentido a padres y profesores podía considerarse un deporte de riesgo. Angelo no era dado a las collejas, a él le gustaba más castigar. Pero mi padre soltaba unos sopapos que desordenaban hasta el pensamiento.

Al pensar en él, se me ocurrió un lugar que reunía todas las características que Kathia había pedido. Era una hora en la que el edificio estaba solo, así que no corríamos peligro, por muy suicida que pareciera.

—Tú, chihuahua, ni pienses en probar esa cosa y levanta tu bonito trasero de ahí. Nos vamos.

Pagué la cuenta sin molestarme en avisar y cogí mi chaqueta antes de encaminarme a la salida.

—Voy a pasar por alto la referencia a mi trasero. Pero, ¿puedes decirme por qué demonios me llamas chihuahua? —preguntó Kathia siguiéndome hacia el coche.

—Son pequeñitos, muy monos y repelentes.

—Qué cosas más bonitas me dices.

—Tengo alma de poeta.

Kathia

---

Al entrar al vestíbulo del piso de Cristianno, me sentí como si hubiera ganado un pase a las profundidades de su mente. Ya había estado allí hacía unas semanas, pero aquella no tenía ni punto de comparación.

Estábamos a solas, no había nadie en todo el piso y para colmo Cristianno me observaba con la promesa de un millón de caricias bailoteando en sus ojos.

Tragué saliva solo de pensarlo.

—¿Tus padres no se enfadarán si nos pillan aquí? —pregunté, más bien para recomponerme—. Estamos en horario escolar.

—Qué va. Mi padre está en la central y mi madre en la asociación preparando el mercado benéfico semanal con tía Patrizia y mis abuelos. Tenemos al menos hasta mediodía y, para entonces, ya nos habremos ido —explicó quitándose la chaqueta.

Hice lo mismo en cuanto él me lo ofreció y después me indicó el camino hacia el salón. Creí que nos quedaríamos allí, pero continuamos caminando hacia la cocina cuando de pronto apareció Valerio Gabbana con unos documentos en la mano.

—¡Oh! —dijeron los hermanos a la vez, ambos sorprendidos.

Yo tropecé hasta estamparme en la pared y por poco me asfixio; había contenido la respiración.

—Haré como si no hubiera visto nada —comentó el mayor, haciéndose el loco al continuar con su camino.

—Te lo agradecería mucho.

—Ten cuidado con este, Kathia. No es de fiar.

—¡Vete por ahí, imbécil!

Bromeamos un poco con lo sucedido mientras picábamos algo de comer. Después subimos a la piscina y no tumbamos en las hamacas fingiendo estar en una playa paradisíaca.

Hablamos de miles de cosas, tantas que perdí la cuenta entre carcajada y carcajada. Resultó que Cristianno tenía la capacidad de hacerme disfrutar hasta la extenuación. En solo unos días, había descubierto a un hombre divertido, sarcástico, inteligente, buen conversador y, sobre todo, maravilloso. Características que jamás creí que reuniría.

Pero resultó que el tiempo no podía detenerse ni tampoco manipularse. Se acercaba peligrosamente al momento de despedirnos y, aunque ninguno de los dos quisiéramos, debíamos obedecer.

Bajamos al vestíbulo, cogimos nuestras chaquetas y nos detuvimos a observarnos, intentando alargar ese instante. No era la primera vez que nos contemplábamos de aquella manera, pero sí la primera en que la distancia se convirtió en algo insoportable.

Tenía ganas de romper esos malditos centímetros y lanzarme a su boca. No me equivocaría, sabía que Cristianno me aceptaría.

Sin embargo, descubrí algo... Un temblor extraño, una sensación estremecedora que parecía acecharme.

—Tengo miedo —admití de súbito, sorprendiéndome incluso a mí misma.

—¿De qué?

—De ti. De no saber en quién me convertiré después de esto. Si te beso... temo no poder volver a atrás.

Cerré los ojos y agaché la cabeza. No podía creer lo que acababa de decirle. No solo le había confesado algo que hasta ahora yo había ignorado, sino que además no había sentido pudor alguno al admitir que me moría por besarle.

—No será un beso cualquiera —susurró él, y avanzó un paso.

—Por supuesto que no.

—Pero... ¿cómo lo has sabido? ¿Cómo has descubierto que no será uno más? —Dio otro paso.

—Por la necesidad —reconocí sin tapujos. Si no era honesta, me arrepentiría—. Por lo que... siento cada vez que te acercas o me miras o mencionas mi nombre...

Cristianno deshizo la distancia con tanta sutileza y armonía que al mirarnos me sentí mucho más pequeña de lo que era, como si hubiera sido creada para ser devorada por un Gabbana.

—Gracias... —murmuró.

—¿Por qué?

—No sabía cómo describirlo. Tampoco lo entendía. Hasta ahora. —Clavó sus ojos en los míos—. Llevas razón. Es verdad que si te beso no sabremos qué pasará después. Pero, para cuando decidas hacerme tuyo, quiero que sepas que ya lo era mucho antes de que alguno de los dos nos hubiéramos dado cuenta.

Me estremecí, obligándome a tragar saliva y coger aire por temor a asfixiarme. Aquella no era una declaración cualquiera. Era la certeza de sus emociones, la completa afirmación de lo que sentía por mí.

Maldita sea, creí que perdería la cabeza.

—¿Cómo estás tan seguro? —jadeé.

—¿Crees que alguien como yo hablaría de esta manera con tal de obtener un simple beso, Kathia? Nunca he necesitado de palabrería para conseguirlo, aunque te parezca arrogante —sentenció.

Acercó su mano a mi mejilla y capturó un mechón de mi cabello para colocarlo detrás de mi oreja. Disfruté de la caricia con el pulso disparado y la sensación de inestabilidad bajo mis pies.

Enrosqué mis dedos a su muñeca.

—Si me enamoro de ti... —Temblé—. Si me enamoro... ¿Qué harás conmigo?

Su boca terriblemente cerca de la mía.

—¿Qué harás tú?

La intensa proximidad me hizo imaginar el sabor de sus labios. Era sencillo, tan solo tenía que desviar un poco la cabeza y dejarme llevar. Pero era Cristianno quien iba a besarme y ese hecho me apabulló demasiado.

Me alejé un poco, consciente del respeto que él me entregaba al no cruzar la línea que él mismo me había prometido.

«Por Dios, más tonta y no naces», me reprendí.

Cristianno, entonces, se recompuso, me dio un toquecito dulce en la punta de la nariz y abrió la puerta. Sabía, por la curva tensa de sus hombros, que lo último que deseaba era resistirse, que si se hubiera dejado llevar por sus impulsos y no hubiera esperado mi permiso, me habría comido a besos. Y, mierda, habría estado genial que lo hiciera.

—Volvamos —dijo amable.

—No quiero volver —gruñí súbitamente molesta.

—Yo tampoco, pero debemos hacerlo.

Se mantuvo dándome la espalda.

—Te odiaba. Maldita sea, te detestaba con todas mis fuerzas.

De pronto se giró y me entregó un vistazo severo.

—Lo sé bien, no dejabas de recordármelo.

—Entonces, explícame cómo es posible que ahora sienta todo lo contrario.

No recuerdo cómo caminé hacia él y lo empujé. Tan solo estuve segura de ello cuando sentí sus labios pegados a los míos.

Cristianno

---

Kathia se lanzó a mí. Absorbió mi asombro y un pequeño gemido que no pude controlar cuando me besó. Aun así, le dio igual la rudeza e insistió en aquel sencillo y estático contacto como si su cuerpo necesitara procesar que me tenía a su pleno alcance.

Me había enfadado con ella por creerme lo suficientemente canalla como para usar sus sentimientos a mi antojo. Todo el temor que había dicho sentir,

yo lo entendía. Era algo que también navegaba por mi cuerpo, no estaba acostumbrado a respirar a centímetros de la mujer de la que me había enamorado. Ni mucho menos a contener todas las sensaciones que me suscitara. Ni siquiera era capaz de entender cómo demonios me había vuelto tan loco.

Que Kathia tuviera miedo a algo que no podía explicar con palabras era perfectamente asumible. Conocía bien esa sensación que nos acechaba siempre que estábamos juntos, aquella que parecía susurrar lo intensa que sería nuestra conexión.

Pero todo se reducía al calor de su boca sobre la mía. ¿Qué más daba todo lo que nos deparara el futuro? Yo solo la quería a ella.

Traté de responder al beso abriendo sutilmente la boca y acariciando su cintura para atraerla hacia mí. Quería rodearla con mis brazos y eternizar una fricción que ella apenas sostenía. Pero de nuevo se impuso el miedo, dominado esta vez por un suave temblor.

Kathia se alejó.

—Lo siento...

—¿Que lo sientes? —La desafié—. ¿Qué sientes, ah?

Pero ella no respondería porque estaba demasiado asustada de sí misma.

—Tenemos que irnos.

No tuve tiempo de responder, enseguida salió al rellano y se encaminó al ascensor.

Tuve que echar mano de todo mi sentido común para soportar los minutos que todavía debíamos compartir.

Y así regresamos, sin mediar una sola palabra.

Un rato después, detuve el coche en la parte de atrás del recinto justo cuando sonó la campana. De fondo, pudimos escuchar el rumor de las voces de los alumnos y me centré en ello porque no tenía valor para mirar a Kathia.

Disponía de unos minutos más a su lado y, sin embargo, los estaba desperdiciando. No podía serme suficiente compartir con Kathia un instante destinado a terminar.

Apagué el vehículo y agaché la cabeza entre suspiros. Mis dedos acariciaron la curva baja del volante. Fue entonces cuando la miré de reojo.

Ella mantenía la mirada al frente, algo cabizbaja, acobardada con la intimidad que se había establecido de repente entre nosotros. Observé sus labios y apreté la mandíbula.

«Podrías pedírmelo ahora, Kathia», pensé. «Podrías pedirme que te

besara y dejarme demostrarte de una vez que te quiero sin control, maldita ingrata».

## Capítulo · 31

Kathia

---

Unos débiles rayos de sol salpicaban mis muslos. Estrujé el filo de mi falda notando el corazón en la punta de la lengua. Sabía bien lo estúpida que había sido.

—¿Quieres besarme? —pregunté de súbito.

Cristianno emitió una sonrisa socarrona.

—¿Cómo tienes el valor de preguntarlo?

—Solo contesta, por favor. Dilo con claridad.

Lo miré con fijeza, topándome con unas pupilas azules refulgiendo más que nunca.

—Sí —gruñó—. Lo deseo con todas mis fuerzas.

Una sacudida. Me estremecí.

—¿Y por qué no lo haces?

—Porque no me lo has pedido. Además, no creo que sea apropiado después de tu negativa de hace un rato. —Miró mis labios. Parecía que les estaba hablando a ellos.

No me había negado a él, simplemente no pude controlar todo lo que me hizo sentir aquel sencillo contacto. Estaba exagerando, lo sabía, pero mi cuerpo era indomable. Parecía estar a años luz de mi mente.

—Si te lo pidiera..., ¿qué harías?

Terminé escondiendo mi rostro, pero Cristianno acercó sus dedos a mi barbilla y me obligó a mirarle de nuevo.

—Me pasaría lo que queda de día besándote. —Se inclinó hacia delante. Su aliento acarició mis mejillas—. ¿Todavía no lo entiendes?

Sus labios empezaron acariciando mis pómulos. Descendieron lentamente, un poco temblorosos, por mi mandíbula.

Cristianno estaba ahí e iba a besarme.

Y yo me aferré a su chaqueta y tiré un poco, pensando que, si me

abandonaba a sus acciones, él sabría qué hacer.

Se me aceleró la respiración. Casi podía sentir la promesa de aquel beso, notar cómo sería.

Pero la maldita canción de mi móvil rompió el embrujo. Nos miramos sobresaltados. Sabíamos quién aguardaba tras esa llamada.

—Lo siento...

—Deja de disculparte, por favor —masculló él.

Ya era demasiado tarde para enmendar la estupidez que había cometido. No había tiempo y tampoco se me ocurría cómo arañar un par de minutos o insinuarle que volviéramos a vernos ese mismo día. Quizá por la tarde, en algún rincón secreto del jardín de mi casa.

—Tengo que... irme. Gracias por... lo de hoy.

Bajé del vehículo consciente de que había tirado a la basura una oportunidad extraordinaria. Ahora, Cristianno tal vez pensaría que mis sentimientos por él no eran lo suficientemente grandes como para desear un beso suyo. O que era una inmadura calientabraguetas.

Pero lo que seguramente no imaginaba era que mi aventura con él poco a poco se estaba convirtiendo en una fuerte necesidad para mi sistema.

Besarle de verdad sería la culminación.

Desde luego que ya no habría vuelta atrás. Al menos para mí.

## Cristianno

---

Todas las dudas que sabía que albergaba cobraron forma a través de los pasos que la alejaban de mí. Caminando cabizbaja, tensa y lánguida, Kathia solo se había planteado su función en lo que había entre nosotros. Pero no la mía. Y no creí que estuviera haciéndose una idea de hasta dónde alcanzaba lo que yo sentía por ella.

Hacérselo saber me avergonzaba casi tanto como contenerlo.

Así que salí del coche, cerré de un portazo y me encaminé hacia Kathia sintiendo una extraña y excitante adrenalina invadiendo mi cuerpo.

La capturé del brazo, ignorando su desconcierto, y tiré de ella hacia el callejón que dividía la sección del gimnasio del edificio central. La apoyé en la pared y me acerqué todo lo que pude, llegando incluso a tocar la punta de su nariz con la mía.

—Voy a besarte —le confesé mirándola fijamente—. Y si después de este beso caemos por un maldito abismo, me importará un carajo lo profundo que sea, porque no pienso soltar tu mano nunca. ¿Estás de acuerdo?

Ella tembló con brusquedad.

—Sí —gimió sin apenas aliento.

—¿Soy el único que lo desea?

—No.

—Entonces, no me detengas.

Me lancé a devorar sus labios. Pude incluso rozarlos y hacerme una idea de lo que sería besarla.

Sin embargo, la voz de mi primo contuvo el momento.

—¡Cristianno! —Ambos lo miramos aturcidos, y realmente quise mandarle a la mierda por interrumpirme, pero Mauro no era de ese tipo de hombres. Y su rostro bien lo demostraba. Observó a Kathia, iba a dirigirse a ella—. Valentino no está de humor.

—¿Qué?! —exclamó y yo apreté los dientes.

—Te está esperando en el vestíbulo.

Ya no solo venía a recogerla y administraba su tiempo cargándolo de prohibiciones, sino que además trataba a Kathia como si fuera una maldita cría estúpida incapaz de encontrar la salida.

De pronto, apareció Dani y se lanzó a ella.

—¡Vamos, tenemos que darnos prisa! ¡Se dará cuenta!

Ambas echaron a correr sabiendo que yo las observaría hasta que desaparecieran.

Puse los brazos en jarras, descolgué la cabeza y suspiré hondo. Sentí excitación y rabia a partes iguales.

—Esto empieza a ser un problema, Cristianno —mencionó Mauro con mucho tacto y yo asentí con la cabeza.

—Acabo de darme cuenta, compañero.

—Háblame del nivel que has alcanzado, tengo derecho a prepararme. — Pero no hizo falta que dijera nada. Una mirada bastó para que supiera que mi amor por Kathia era irreversible—. Mierda...

—Eso mismo digo yo...

Kathia

—

—¿Por qué tengo esta sensación de espanto? —jadeé conforme atravesábamos a trote el pasillo que nos llevaba al vestíbulo.

Dani no respondió a la pregunta, sino que se detuvo para hacernos recuperar el aliento.

—No le desafíes. Parece cabreado.

Era un consejo que podía malinterpretarse, pero ella buscaba protegerme y ahorrarme serios inconvenientes. Yo era ajena a toda aquella hostilidad que pululaba en el ambiente, así que lo mejor era hacer caso de mis personas de confianza.

—Está bien. Estoy lista.

Dani se enganchó a mi brazo, forzó una sonrisa de oreja a oreja y comenzó a caminar, mostrándonos al fin ante una versión muy molesta del Bianchi.

«Joder, qué asco le estoy cogiendo...», pensé mientras oía a mi amiga parlotear.

—Llámame esta noche y así verifico mis respuestas. No quiero volver a catear. ¡Oh, Bianchi!

Este ni siquiera se molestó en mirarla, prefirió echarme un vistazo que nos heló la sangre.

—¿Tanto se tarda en salir de una clase, recorrer medio pasillo y bajar unas escaleras? —masculló.

—¿Has contado cada puto centímetro? —gruñí, y Dani me pellizcó disimuladamente, señal de que debía callarme.

—Valentino, cambiarse de compresa requiere su tiempo. Es todo un arte, querido mío —se mofó mi amiga, ganándose una mirada asqueada del Bianchi.

—Gracias por los detalles, Ferro.

—Tú los has pedido. Por cierto, me vienes genial, ¿sabes? Hoy no tengo ganas de coger el metro. ¿Serás bueno conmigo?

Tampoco le quedó más remedio.

## Capítulo · 32

Kathia

---

Ni el increíble minivestido negro de Alexander McQueen, ni el ceñidísimo Louis Vuitton rojo rubí. Eran demasiado provocativos y llamaría mucho la atención, según mi madre. Lo que, traducido a nuestro idioma, significaba que no deseaban que pudiera robarle el protagonismo a Marzia durante la presentación de su galería.

Evidentemente ninguna de ellas imaginó que mi empeño en esas prendas se debía a mi intención de impresionar al Gabbana que más detestaban. Y de haberlo dicho, seguramente, me habrían matado.

Tras más de tres horas de polémica, Annalisa y mi madre eligieron un bonito conjunto de falda y camisa holgada, algo discreto y más elegante, con lo que pude contentarme, dejándome, a cambio, escoger los zapatos.

Le siguió una agotadora sesión de belleza y, por si no fuera suficiente, terminamos en el club de campo Costa di Castro.

Champán, críticas, platos *gourmet* y más champán. Celebraban de antemano el gran éxito que Marzia tendría esa noche. Desde luego, la adoraban. Pero lejos de vanagloriarse, ella prefirió centrar sus esfuerzos en humillarme y animar a cualquiera a que también lo hiciera.

Resoplé delante de mi cappuccino mientras miraba el reloj. Apenas eran las cuatro de la tarde. Aquel sábado se estaba eternizando.

«Resiste, Kathia. Cinco horas más y veré a Cristianno», sonreí para mis adentros.

Imaginarle rodeada de tanta estupidez fue lo más hermoso de toda la jornada.

Desde nuestra abrupta despedida en San Angelo, no nos habíamos visto. Me había pasado la noche entera en vela, imaginando lo que hubiera sido volver a disfrutar de su cercanía, ambos tendidos en el sofá agujereado de aquella mansión abandonada. Podría pasarme el resto de la vida viviendo aquel momento, una y otra vez.

El sonido vibrante de mi teléfono me extrajo de mis ensoñaciones. Le eché un vistazo sin esperar encontrarme con un mensaje de él. Tragué saliva y me obligué a mantener el tipo para que no se notara. Mi madre ya me había ojeado con desagrado.

«¿Me echas de menos? Pero qué digo, seguro que sí. Yo también quiero verte», leí.

No pude evitar sonreír mientras se me hacía un nudo en el estómago. Cristianno quería verme y yo, mientras tanto, perdiendo el tiempo con todas esas hijas de...

—¿Te encuentras bien, Kathia? —preguntó Annalisa.

Di un respingón. Maldita sea, se habían dado cuenta.

—¡Oh, sí! —exclamé incómoda.

—Pareces nerviosa —continuó llevándose la taza de té a la boca—. ¿Has recibido una noticia desagradable?

Me tensé en mi asiento.

—Bueno... Mi amiga...

—¿Qué ocurre con ella?

—¿Quién es? —preguntó mi abuela—. Porque Erika está fuera de la ciudad.

«Virgen Santa, les falta ponerme un localizador en el trasero», pensé.

—Daniela... Daniela Ferro.

—Oh, la Ferro.

—Esa chica es muy rara —dijo otra de las mujeres.

—¿Qué es lo que quiere? —intervino mi madre—. Debe de ser importante para que te interrumpa sabiendo que estás ocupada.

Joder, ¿qué era aquello, un maldito interrogatorio? Todas las presentes se me quedaron mirando inquisitivas esperando una respuesta.

—Tenemos tarea. —Dije lo primero que se me vino a la mente—. Física. Estamos... Somos compañeras de clase y tenemos que hacer un pequeño trabajo trimestral. Nada importante.

Mentí como una bellaca, y es que de haber contado la verdad, mi madre me habría arrancado las mejillas y el resto habría puesto el grito en el cielo. Mencionar a un Gabbana en aquella mesa estaba estricta y extrañamente prohibido.

—¡Vaya! ¡Eso es maravilloso! —exclamó mi tía.

—No deberías juntarte con esa chica —comentó alguien más—. Es demasiado ordinaria y muy vulgar, Kathia.

Apreté los dientes y cerré las manos en puños. ¿A cuento de qué iban a criticar a una adolescente que tan solo vivía la vida como quería y sin faltar a nadie? Daniela era mucho mejor que todas ellas unidas.

—Tenía entendido que los Ferro eran amigos de la familia.

—Los Ferro nada —interrumpió mi madre.

—Recuerdo cuando se revolcaba en la arena con los muchachos —dijo otra mujer—. Siempre creí que era uno de ellos.

—Nunca tuvo la elegancia de una chica de su clase.

Y siguieron con la retahíla de críticas. Hasta que di un golpe en la mesa.

—¡Basta! —exclamé atrayendo las miradas sorprendidas de incluso comensales ajenos. Mierda, había perdido la cabeza—. Yo... Iré al baño. Si me disculpáis.

Salí de allí lo más rápido que pude con la intención de coger un poco de aire fresco. Seguí un pasillo de ventanales hasta dar con el gran portón de cristal que llevaba a uno de los jardines.

Me adentré en él. Su diseño, tan recogido y laberíntico, invitaba a la intimidad. Incliné la cabeza hacia atrás y respiré sonoramente dejando que la brisa acariciara mi cabello.

Fueron unos instantes de paz, incrementada por el sonido de los pajarillos entre los árboles. Pero de pronto escuché unos quejidos provenientes de los frondosos arbustos que me rodeaban.

Quejidos que enseguida se convirtieron en blasfemias.

A continuación, le siguieron unos movimientos severos, como si hubiera alguien allí peleando con las ramas.

Fruncí el ceño y me acerqué un poco atemorizada, sin esperar ver el bonito trasero de un chico dando tumbos por entre los arbustos.

—Pero ¡qué...! ¡¿Cristianno?! —No di crédito.

—Mierda —se quejó sacudiéndose el pantalón—. Creo que se me ha pegado una ortiga de esas en el culo.

Se metió mano a sí mismo mientras yo le observaba incrédula. Oteé a mi alrededor para verificar que nadie pudiera vernos.

—¿¿Qué demonios estás haciendo aquí?! —exclamé por lo bajo.

—Me tienes frito hoy, ¿lo sabías? —protestó él.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Primero que si un restaurante en el centro, después que si el hotel Gran Plaza. Finalmente, el puto club. ¡Ubicaos, coño!

Le miré como una boba enamorada. Cristianno había estado siguiéndome

con la intención de verme, aunque solo fuera un instante, y ese hecho me puso terriblemente nerviosa. No había podido esperar a la noche, era como si me hubiera leído el pensamiento a distancia.

Cristianno se tensó un poco al darse cuenta de mi inspección y se rascó la nuca.

—En fin..., aquí estoy.

—Ya... Puedo verte —sonreí tontamente. Él frunció el ceño.

—¿Y no vas a decir nada más? No sé, un «Cristianno, mi amor, te has pegado un tráfico del copón solo para venir a verme. Te daré una recompensa. Un besito, por ejemplo. Con lengua. Y quizá algún tocamiento. Nada ostentoso, tampoco te flipes».

Solté una carcajada.

—¿Quieres que diga todo eso?

—Me conformó con un abrazo —susurró como si fuera un secreto.

Me lancé a él. Cristianno tardó unos segundos en responder, pero, cuando lo hizo, rodeó fuertemente mi cintura impulsándome hasta ponerme de puntillas.

Su aliento se derramaba cálido sobre mi cuello. Mi corazón se estrelló histérico contra las costillas. Sentí su cuerpo tan pegado al mío que mi deseo por él alcanzó cotas insospechadas.

—Sin duda, te temo —jadeé.

—Temes que te devore, ¿eh? —repuso algo irónico, buscando mi rostro. Nos miramos—. Te lo advierto, no pienso dejar ni los huesos.

—Fui a dar con el peor de los Gabbana.

—El peor con diferencia. —Sus ojos azules destellaron al pasar de la excitación a la seriedad en apenas segundos—. ¿Qué me has hecho, Carusso? —dijo bajito, apoyando su frente en la mía.

—No lo sé...

—Yo creo que sí. Me has vuelto loco, maldita arpía.

Mis manos se deslizaron de sus hombros a su pecho y estrujé la tela de su chaqueta empujándole un poco más hacia mí. Cristianno ya tenía mi permiso para besarme, se lo estaba dando y, aun así, no lo hizo. A diferencia de mí, él tenía perfecta visión del pasillo de ventanales y de la gente que lo cruzaba.

—Te veré esta noche. —Se obligó a alejarse—. ¿Lo soportarás?

—Puede que algo mejor que tú.

—Bruja.

—Canalla.

Su preciosa sonrisa fue lo último que vi antes de regresar al salón.

El tiempo de más que pasamos allí ya no fue tan agobiante. Cristianno se había encargado de provocarme una sonrisa que duró incluso al regresar a casa y prepararnos para el evento.

Terminaba de arreglarme el cabello cuando Carmina entró a mi habitación con un escandaloso ramo de rosas entre las manos.

—¿Qué demonios es eso, Mina?

Le abreviaba cariñosamente el nombre porque me resultaba más cálido, y a ella le confortaba escucharlo. Enrico y yo éramos los únicos en aquella casa que la tratábamos con respeto.

—Valentino la espera abajo y me ha dicho que le entregue esto.

Me tendió el ramo y yo lo solté sobre la coqueta sin importarme que varios pétalos cayeran al suelo. Descubrí la nota pegada al envoltorio.

*Sé que algún día serás mía.*

*Es cierto.*

*Te amo.*

*Valentino.*

Palabras tan exigentes y egoístas como él. Fue muy curioso que no quisiera darse cuenta de lo mucho que detestaba su compañía.

Cerré los ojos, tratando de contener la oleada de furia que se estaba propagando por mi cuerpo, y lancé la nota al suelo.

—Señorita...

—Kathia, Mina —la rectifiqué antes de que continuara hablando—. Quiero que me llames por mi nombre.

—Kathia... —sonrió. No se acostumbraba a tutearme—. También me ha dado esto. —Me entregó una caja rectangular y alargada de color granate.

La abrí con desgana y enarqué las cejas al encontrarme con una pulsera de oro con diamantes. Demasiado cargante, demasiado ostentosa. Odiaba a la gente que compraba el amor de alguien.

—¡Oh, Dios mío! —gritó Marzia irrumpiendo en mi habitación.

Empujó a Carmina para poder pasar y se lanzó a por el ramo de rosas. Se puso a bailar con él como si fuera su pareja. Hasta que vio la pulsera. Toda eufórica, soltó el ramo y se abalanzó a por la joya.

—¡Mira qué maravilla! Oro superior y doce pequeños diamantes... Un gozo para la mujer.

—Puedes quedártela. Le darás un mejor uso que yo. Para mí carece de valor.

—¿Una pulsera de miles de euros carece de valor? ¡¿Eres estúpida?!  
Salí de allí antes de ceder a la tentación de tirarme a su yugular.

## Capítulo · 33

Kathia

---

La galería Marzia Carusso había suscitado mucha expectación entre la gente, por lo que asistió todo ser importante en la ciudad.

Todos, excepto Cristianno Gabbana.

Su tío Fabio, en cambio, fue de los primeros en llegar. Se acercó a mi hermana, la saludó con toda la elegancia que le caracterizaba y le entregó un sobre a modo de regalo por su inauguración. Después se retiró a tomar una copa con Enrico. Ambos se pasaron un buen rato hablando, incluso cuando las personalidades más importantes comenzaron a llegar.

Para entonces, yo ya les había perdido de vista, y en el fondo me sentí un poco sola. Hasta que le tuve delante de mí.

—¿Buscas a alguien? —Aquella cálida voz me estremeció.

—En realidad, sí... Pero no es bueno que le mencione.

—¿Te lo prohíben? —Asentí con la cabeza.

Fabio enseguida llamó al camarero y pidió que le llenaran su copa y me sirviera un refresco. Al aceptarlo, la curiosidad me invadió.

—¿Cómo sabes que el té helado es mi favorito?

—Sé muchas cosas —sonrió invitándome a caminar—. Dime, ¿te sientes mejor ahora que te has establecido?

—No sabría responder. Por un lado, sí. Me encanta Roma y la gente que he conocido. Pero...

—¿Tu familia?

—¿De verdad tengo que responder? Eres bueno deduciendo.

Nos reímos. Estaba tan centrada en su preciosa sonrisa y en el bien que me hacía su compañía que apenas me di cuenta de que nos habíamos detenido frente a una de las obras.

—¿Qué opinas de este cuadro? —me preguntó.

El lienzo mostraba a una mujer cabizbaja, sentada frente a un piano situado bajo una ventana entre abierta. Tuve un escalofrío.

—Es solitario. Ella parece estar en constante espera. Me disgusta la sensación de nostalgia que emite. Como si echara de menos a alguien.

—Se parece a ti en este momento —susurró él y yo le miré desconcertada.

—¿Eso crees?

Fabio sonrió, le dio un sorbo a su copa y después apoyó su mano en mi hombro.

—Vendrá. La cuestión es si realmente es bueno que os encontréis.

Tragué saliva.

—¿Tan malo sería?

—Dejémoslo en manos del destino, pequeña. Pero hasta el momento, procura que nadie vislumbre lo que yo he visto.

Quise preguntarle qué había visto en mí. Qué era lo que había llamado su atención lo suficientemente para inducir aquella conversación. Pero me quedé allí, muy quieta, observando cómo se alejaba.

Suspiré, dejé el vaso sobre la bandeja de un camarero y me aparté hasta que conseguí perderme entre las obras de arte.

Aquel lugar era enorme, dividido en salas que se comunicaban entre sí a través de unos arcos de escayola que simulaban las columnas de la antigua Roma. Casi todas tenían grandes ventanales que daban a la calle. Desde la sala de arte contemporáneo, podía verse el río Tíber y el castillo de San Angelo. Una zona muy privilegiada, teniendo en cuenta que la Ciudad del Vaticano estaba muy cerca.

Me dirigí a la sala más alejada, una que ni siquiera estaba decorada, así que nadie pasaría por allí, a menos que tuviera intención de esconderse.

Apoyé mi espalda sobre la pared y suspiré pensativa.

«¿Dónde estás, Cristianno? ¿Por qué no has llegado todavía?».

Me prometió que asistiría porque acudía su familia. También dijo que tenía motivos para quedarse de principio a fin e incluso me lo confirmó cuando apareció en el club.

¿Qué estaría haciendo?

Negué con la cabeza. Mi dependencia de él estaba llegando a un punto de no retorno muy severo. Ciertamente, tenía miedo de apenas poder suponerle fuera de mi vida.

Cerré los ojos e imaginé que estaba allí. Que le tenía a mi lado...

Y entonces, sentí sus labios en mi clavícula. Hubiera creído que era ficción de no ser por su cálido aliento ascendiendo por mi cuello. Se detuvo

en la comisura de mis labios. Fue tal la emoción que palpité en mi pecho que no pude controlar un pequeño gemido.

—He llegado... —dijo bajito, dejando el cálido rastro de su voz sobre mi piel.

Me acarició con la nariz mientras envolvía mi cintura con sus maravillosas manos.

—¿Dónde has estado? —pregunté aferrándome a sus hombros.

Me miró y, entre la penumbra de aquella sala, sus ojos refulgieron con impetuosidad.

—Buscándote... ¿Qué sucedería si te besara aquí, ahora?

—Quiero que lo hagas, Cristianno. Deseo que lo hagas.

—Repítelo.

—Bésame.

—¡Kathia, querida! ¿Dónde estás? —La repelente voz de Annalisa Costa nos llegó desde el otro lado de la sala.

El muro era la único que impedía que la esposa del Bianchi descubriera la boca de Cristianno a solo unos milímetros de la mía. Su aliento apresurado me acarició la barbilla.

—¡Kathia! —insistió de nuevo.

Tuve que resignarme, y Cristianno incluso resopló angustiado, muy consciente de que esa maldita mujer no pararía hasta encontrarme. Si me descubría junto a él, tendría problemas. Todavía no sabía por qué, pero los sentía acechándome constantemente.

Traté de mirarla, pero Cristianno apoyó su cabeza en mi hombro y escondió su rostro en mi cuello.

—La verdad es que entiendo que me tengas miedo. Realmente quiero devorarte, Kathia —resopló todo excitado, clavando la yema de sus dedos en mis caderas.

Me estremecí de placer al sentirlo tan pegado a mí e incluso tuve que contener un gemido.

—Hasta no dejar ni los huesos. Lo recuerdo.

—¿Eso significa que me dejarías?

—Por supuesto que sí.

Acaricé su mejilla cuando levantó la mirada. Cualquiera pensaría que aquella era una conversación entre caníbales, pero no mentí al admitir que deseaba ser engullida por sus caricias. Supongo que empezaba a rayar ese punto de locura propia del amor más extraño y desbordante.

—Espera unos minutos antes de salir, ¿de acuerdo? —murmuré sin saber que me retendría.

—¡Kathia! ¡¿Dónde estás, chiquilla?! —Volvió a gritar Annalisa, algo más exasperada.

—Sal o tendré que matarla.

Conteniendo una carcajada, salí de nuestro escondite para toparme con la frustración hecha carne. Annalisa me cogió de la mano y me arrastró por la sala sin dejar de farfullar defectos que supuestamente yo tenía. Prácticamente me empujó al corrillo de gente compuesto por sus familiares, su hijo entre ellos. Por supuesto, también estaba mi madre, que me regaló una mirada severa.

—He tenido que registrar cada mísero rincón de este lugar para dar con ella, ¿os lo podéis creer? —espetó Annalisa entregando mi mano a su hijo.

Valentino enseguida tomó el control y me apegó a él todo lo que la ocasión le permitía.

—¡Al fin te vemos! —dijo una de las mujeres.

—Disculpe —repuse diplomática—. Estaba echando un vistazo a la selección de mi hermana.

—Estás más que perdonada —comentó Adriano risueño.

Mi corazón buscaba a Cristianno entre la multitud.

—Oh, querida, ¡felicidades! Acabamos de enterarnos y estamos encantados —añadió de nuevo aquella desconocida señora.

Fruncí el ceño. ¿De qué demonios estaba hablando?

—Yo... perdone el descuido, pero... ¿puedo saber a qué se refiere?

—¡La boda!

—¿Cómo...? —Pero no creí que mi voz hubiera sonado. Se me había formado un nudo tan denso en la garganta que temí no poder respirar.

—No sabes lo mucho que me alegro de que vayas a ser la esposa de mi sobrino. ¡Bienvenida a la familia Bianchi!

Estupefacta, miré a Valentino y después a mi madre. Ambos sonreían orgullosos. Estaban disfrutando del momento.

«Has escuchado mal, Kathia. Tranquilízate, seguro que no es nada», me dije tratando de dosificar mi respiración.

Sin embargo, no tardaron en confirmarlo.

—Qué bien suena, Kathia Carusso, la esposa de Valentino Bianchi.

—Desde luego no hay hecho más fascinante que la unión entre dos familias tan importantes, con permiso de los Gabbana, por supuesto.

Ni siquiera podía reconocer los rostros o los nombres de las personas que estaban hablando. No podía ni procesar mi aliento. Me costó incluso mantenerme firme.

—Pero ellos no forman parte de esta conversación y mucho menos de la futura ocasión. Así que mantengámosles fuera de esto —destacó mi madre mostrando una sugerente inquina hacia los Gabbana.

—Oh, cierto.

Temblé con violencia cuando mi cuerpo me advirtió de la presencia de Cristiano a unos metros. Al mirar le encontré tras una columna. Había pasado el tiempo suficiente observándole como para saber que aquella expresión no era buena. Lo había escuchado todo.

Deseé que la tierra abriera una zanja y me tragara. La angustia oprimía mi pecho, incluso di un pequeño traspie. A mi alrededor, continuaba la conversación, pero mi atención solo estaba en Cristiano y en el enorme universo que nos separaba.

Presa del pánico, negué con la cabeza. Él avanzó un par de pasos en mi dirección. Creo que en realidad no era consciente de que se movía, parecía aletargado. Entonces, su cuerpo cambió de trayectoria. Iba a marcharse de allí.

Quise lanzarme a él y pedirle que me llevara allá donde fuera, pero Valentino me besó, justo cuando mis ojos se clavaban en los de Cristiano, una vez más. Se fue mientras mis labios permanecían pegados a los del Bianchi.

«No puedes irte, Cristiano. No me dejes aquí».

Retuve mis ganas de empujar a Valentino y terminé apartándole con una sonrisa.

—¿Cuándo se hará oficial? —preguntó un hombre.

—En cuanto mi padre gane las elecciones.

Me miró recordándome que no podía ser de otro más que de él, que no podría evitarlo. ¿Cómo podía existir una rata tan repugnante? ¿Así que aquello era por lo que me habían traído de vuelta a Roma?

—Me gustaría ir al tocador. —Disimulé mis temblores apretando los labios y tragando saliva.

—Hoy te ausentas demasiado, hija mía —se mofó Olimpia.

—Será que tengo el cuerpo revuelto, mamá.

Hubo un instante de silencio antes de que Valentino sonriera.

—No tardes, cariño.

«Cristiano, no te vayas. Espérame, iré contigo».

## Cristianno

---

Me dirigí hacia la salida conteniendo las ganas de destruir cualquier cosa que se interpusiera en mi camino. Sentía una presión tan fuerte en el pecho que pensé que estallaría en mil pedazos.

Quería gritarle al mundo lo mucho que odiaba a Kathia, lo mucho que detestaba su cercanía y el maldito fuego que despertaba en mí. Decirle a ella misma que cruzarnos había sido el mayor error de mi vida, además de todas las horribles cosas que en ese momento se me ocurrían.

Pero, de haberlo hecho, de haber tenido la oportunidad, habría mentido como un estúpido condenado.

«Maldita la hora en que me enamoré de ti, Kathia. Ojalá pudiera odiarte...».

Iban a alejarla de mí y no podía hacer nada para impedirlo. De eso iba la puta historia, de mentiras y artimañas. Ese era el verdadero sentido de su regreso, el mismo que ambos habíamos desconocido hasta el momento. Y ahora yo también formaba parte del juego, aunque nadie más lo supiera.

«Saldrás de aquí, beberás hasta perder la razón y amanecerás en la cama de cualquier desconocida, Cristianno. Tienes que hacerlo...», pero mi fuero interno sabía tan bien como yo que no lo lograría, por mucho que me hostigara.

Finalmente, pertenecía a alguien más y ya no podía concebir la idea de entregarme a otra, aunque fuera por mero placer.

Alguien me capturó del brazo. Debía de estar mostrándome muy furioso entre la gente para que esa persona decidiera emplear tanta fuerza. Tiró de mí y me arrastró por un pasillo para estamparme contra la pared.

Intenté esquivarlo lleno de ira, pero me atajó bien y terminó acorralándome para evitar mi huida. Solo conocía a una persona que pudiera retenerme de aquella manera, y al mirarle quise odiarle a él también.

Enrico Materazzi debía saberlo. ¡Maldita sea, vivía en la mansión! ¡Era la puta mano derecha de Angelo! ¡Por supuesto que lo sabía! Como también sabía que me había enamorado de su maldita cuñada.

—¡Estate quieto y escúchame! —me ordenó Enrico, empujándome.

Se había dado cuenta de todo. De la conversación, de mi reacción, seguramente también de la reacción de Kathia, del jodido beso que Valentino le había dado. Pero él solo estaba sorprendido, mientras que yo había sido despedazado.

Kathia estaba prometida con la escoria de Valentino.

—¡Lo sabías! —recriminé con una rabia desaforada. Él cerró los ojos unos segundos y negó con la cabeza—. ¡Lo sabías y no me dijiste nada! ¡Dejaste que me enamorara de ella! —grité.

Trató de mantener la calma y lentamente me soltó para observar cómo me desmoronaba.

En silencio, Enrico compartió conmigo cada partícula de dolor. Pudo decir cualquier cosa y habría ayudado, de eso no me cabía duda. Pero no bastaría, no podía bastar cuando me sentía tan asqueado.

Caí sin control, y lo hice con él a mi lado.

—Si hubiese sabido que dolía tanto... —Apoyé la frente en su hombro.

—La habrías amado igual —me interrumpió mientras descansaba su barbilla en mi cabeza.

—Se casa, Enrico... Se casa con ese bastardo y nadie piensa remediarlo. Por eso la trajeron de vuelta.

—Sabes a qué mundo pertenecemos. Estaba claro que Kathia volvía porque había algo tras esa decisión. No deberías sorprenderte.

Sonó tranquilo, pero descubrí la frustración en sus ojos cuando me erguí.

—Ella no forma parte de esto.

—¡Es la hija de Angelo! ¡Por supuesto que forma parte de esto! Son negocios, Cristianno. Como todo en nuestras familias.

—¡Kathia no es un negocio! ¡Solo tiene diecisiete años, joder!

Quise salir de allí, pero Enrico lo evitó de nuevo.

—¿Crees que a mí no me importa? ¡¿Crees que no me duele verla en manos de ese puto canalla?! —preguntó iracundo—. Sabes que la amo como a una hermana. Por favor, Cristianno.

Mi cuerpo osciló. Estaba tan centrado en Enrico que apenas fui consciente del suelo que pisaba. Había perdido todo el control de mí mismo.

«Si lo mato, no tendrá que casarse». Ese pensamiento cerca estuvo de trastornarme.

—¿Cuándo? —pregunté.

—En su decimoctavo cumpleaños —repuso cabizbajo.

—No lo permitiré. Pienso llevármela lejos antes de que llegue ese día, Enrico.

—Kathia no te pertenece, Cristianno. No puedes hacer nada y lo sabes.

Negué con la cabeza mientras echaba un vistazo fuera, buscándola entre la gente.

«Mi Kathia...». ¿Qué pensaría ella de todo aquello? ¿Me necesitaría?

—No permitiré que se case con Valentino. Ella no, Enrico.

—No puedes evitarlo, no me hagas repetirlo de nuevo. Al parecer, ya hay un negocio cerrado entre Angelo y Adriano. No sé qué es, pero lo averiguaré. Te lo prometo.

—Así que los Carusso también nos ocultan cosas, ¿eh? Finalmente, llevo razón.

Torcí el gesto buscando la mirada de mi gran hermano postizo. Él sabía a qué me refería. Después de todo, Fabio no era el único traidor.

—Parece que sí.

—Llegado el momento, pensé que sería más satisfactorio oírte decir eso. Pero, ¿sabes qué? Me importa un carajo, Enrico. No lo consentiré. Pueden irse a la mierda todos los putos negocios. No pienso entregar a Kathia.

Me di la vuelta y coloqué los brazos en jarras. Las piernas se me habían entumecido y tuve un fuerte escalofrío cuando Enrico tocó mi hombro.

—Cristianno...

—No me lo pidas, por favor. No me pidas que me comporte como un Gabbana porque ahora no pienso hacerlo. No puedo si ella es la moneda de cambio.

—Decías que el amor era de débiles. Ahora es cuando tienes que demostrarlo.

Enrico sabía cómo tocar el centro de mi pecho. Era cierto que una vez lo dije, pero por entonces era un gilipollas que ignoraba lo mucho que lamentaría esas palabras.

—¡Pues no puedo! ¡He caído, joder! Y lo mataré si la toca —continué, señalando con el dedo índice—. Sabes que soy capaz de hacerlo.

—Iniciarías una guerra —me previno.

—Pues seré el primero en pelearla.

—Estás enamorado de ella... —Quiso confirmar.

—Y me culpo por ello constantemente. —Le miré por encima del hombro—. Intenté evitarlo con todas mis fuerzas, Enrico. Tú lo sabes. Y no lo conseguí... No pienso volver a intentarlo. Me... me gusta amarla.

—¿Sabes lo que eso significa?

Si se descubría, sería difícil. La solución implicaba muerte y la muerte, pérdida. No me importaba morir si lo hacía luchando por ella.

—Sí... Asumo hasta la última de las consecuencias.

Kathia apareció por el pasillo, agitada. El dolor me sobrevino de nuevo

al mirarla. Ella se detuvo en seco al verme.

Entonces supe, a través de todas las líneas de su maravilloso cuerpo, que Kathia me amaba de la misma forma que yo a ella. Supimos que ese sentimiento había pasado de ser un destructivo coqueteo sin importancia a convertirse en nuestra propia vida. Un secreto que no debía ser desvelado.

Debía irme. Por el bien de ambos.

—Hasta que llegue ese día, evita que te descubran, por favor —me dijo Enrico observándonos a los dos.

Abandoné el lugar antes de ver como las lágrimas se deslizaban por el rostro de Kathia.

### Kathia

—

Me abalancé hacia la salida, en su busca. No me había gustado lo que había leído en su rostro y mucho menos que pensara en imponer distancia entre nosotros. No lo soportaría.

Si lo alcanzaba, podría decírselo. Podría decirle que nadie tenía que enterarse, que estaba dispuesta a arriesgarme e incluso a mucho más.

Sin embargo, apenas pude avanzar un par de pasos. Valentino tiró de mí con violencia y me estampó contra su pecho. Fue hábil apresando mis brazos clavándome los dedos, pero no esperó que yo empezara a forcejear. Me resistí tanto como pude. Ambos ignorando las miradas que comenzábamos a atraer.

Y Cristianno se iba.

—¿A dónde demonios crees que vas? —masculló.

—Quiero perderte de vista. Has caído muy bajo mintiendo delante de tu familia —reprendí.

—¿Qué te hace pensar que he mentado? Que tú no supieras nada no significa que sea mentira. Ya está todo listo para que seas mi esposa. Solo tenemos que esperar a que cumplas los malditos dieciocho.

Me removí hasta que pude retirarme. Valentino hizo una mueca socarrona, dando a entender que había podido liberarme porque él lo había permitido.

—¡Y una mierda! —Mi tono de voz debió de recordarle bastante a Cristianno—. No me casaré contigo porque no te quiero. Por favor, no estamos en el siglo pasado. Puedo decidir, y ya lo he hecho. —Me acerqué a él y gruñí —: No te soporto.

Era una maldita cría. ¡¿Cómo se les podía ocurrir casarme cuando siquiera había salido de la adolescencia?!

Valentino levantó una mano, preparándose para abofetearme allí mismo. Ninguno de los dos contamos con que Fabio Gabbana le detuviera empujándole contra la pared. Lo arrinconó colocando el antebrazo en su garganta.

Enrico me rodeó con sus brazos para protegerme.

—Si vuelvo a verte amenazándola o me entero de que le pones una mano encima, descubrirás lo que significa el dolor —masculló el Gabbana antes de soltarle—. ¡Largo de aquí!

Valentino se colocó bien el traje y me observó con una sonrisa tensa en los labios. ¿Cómo podía sonreír si acababa de ser sometido?

«Maldito cobarde de mierda».

Fabio observó como se iba y luego me miró a mí. No hizo nada más, solo asentir levemente en dirección a Enrico. Respiró hondo y se alejó elegante ignorando a la gente.

—Enrico... —titubeé.

—Vete... Yo me encargo de todo, cariño —me murmuró al oído.

—¿Lo sabes?

—Vete.

No lo pensé demasiado. Eché a correr todo lo rápido que me permitía mi atuendo. Ya sabía que no alcanzaría a Cristianno, pero, aun así, no dejé de hacerlo. Ni siquiera cuando empezó a faltarme el aliento.

Me detuve más tarde, en medio de una calle que no conocía, dejándome invadir por una resignación espantosa. Aquel no era el futuro que había imaginado, ni que mucho menos hubiera presentido.

Cerré los ojos.

## Capítulo · 34

Cristianno

---

Si alguien me hubiera advertido de lo que dolía, hubiera evitado enamorarme. Pero supongo que uno no elige cuando caer, y de todos modos creo que al final hubiera terminado de la misma forma, loco por ella.

Mi móvil sonó de nuevo. Kathia me había llamado varias veces, pero no me atreví a responder. Sin embargo, en esa ocasión no se trataba de ella.

Fruncí el ceño. Una llamada de mi tío Fabio podían significar muchas cosas.

—¿Qué tienes con Kathia Carusso? —preguntó de inmediato.

Parecía serio, un poco áspero y afligido. Era extraño que Fabio me hablara así.

—Nada...

Y, en realidad, era cierto. No tenía nada con ella. No había ocurrido nada entre los dos. Tan solo eran sentimientos pululando de un lado a otro, inundándolo todo.

—Cristianno... —suspiró incrédulo.

—No ha pasado nada, tío, de verdad. Pero, yo... —No hizo falta que terminara la frase.

—Dios mío. No puedo creerlo...

«Yo tampoco».

—¿Qué hago? ¿Qué se hace en estos casos?

—Te has buscado un mal consejero para este tema —repuso, como si estuviera buscando una solución—. Joder, Cristianno. ¿Kathia? ¿En serio? ¿No había más chicas? ¿Tenía que ser ella? —Empezó a alzar la voz, dándome la impresión de que estaba enfadado.

—Lo... siento. Lo siento mucho... Sea cual sea el error.

—¡Demonios, claro que es un error! —Se detuvo a coger aire—. Maldita sea, me arrepentiré de esto, lo sé. Se ha ido tras de ti, así que ve a buscarla, Cristianno, y procura no herirla, porque de lo contrario te mataré asfixiándote

con tus pelotas. Ahora, cuelga antes de que lamente lo que acabo de decirte, maldito crío arrogante.

Ni le oí terminar. Arranqué el coche y me encaminé a obedecer su orden.

## Kathia

---

Entré en mi habitación y cerré la puerta de una patada. Había estado cerca de una hora buscando a Cristianno, sin éxito. A esas alturas, ya debía suponer que estaba locamente enamorada de él. Sin embargo, no parecía importarle demasiado si tan siquiera era capaz de contestar a mis llamadas. Le dio igual lo mucho que insistí.

Fue muy estúpido contener las ganas de llorar, sobre todo cuando me acuclillé, apoyada en la puerta. Enterré la cara en el hueco de mis brazos y me desinhibí, sollozando entre jadeos ahogados.

No se debía solamente al hecho de no haber encontrado a Cristianno. Cada instante vivido desde mi llegada a Roma había sido una cadena de despropósitos que, ni poniéndome en lo peor, hubiera supuesto.

Mi padre no mostraba ninguna empatía por mí, mi madre parecía odiarme, mi hermana siquiera se molestaba en disimularlo y Valentino se había convertido en mi mayor opresor. Dios mío, incluso iban a obligarme a casarme con él, aun siendo una estúpida chiquilla. Ni el propio Enrico podía contener mis ganas de escapar de todo aquello.

Para colmo, había perdido a Cristianno. Me había observado como si la distancia que nos separaba fuera insalvable. O quizá yo no merecía el riesgo.

Si al menos hubiera podido hablar con él una última vez le habría gritado lo que sentía, le habría dicho que me importaba una mierda que no fuera recíproco, que mis sentimientos valían por los dos.

—Qué fácil será para ti, maldito Gabbana...

Limpié las lágrimas de mis mejillas, me decidí a levantarme y entré en el vestidor para cambiarme de ropa. Ni siquiera me molesté en encender la luz. Salí de allí arrastrando los pies, deshice mi cama y me desplomé en ella hundiéndome el rostro en la almohada.

Dormir me haría bien o eso creía. Por la mañana vería las cosas de otro modo y podría pensar en buscar una solución óptima.

Suspiré.

Y el cristal de uno de los ventanales vibró.

Tuve un sobresalto antes de echar un vistazo. Pero no vi nada, tan solo las cortinas blancas de seda y las plantas que había en mi terraza.

Despacio, me levanté de la cama y caminé en alerta hacia la puerta. Quizá había sido un ave o una rama que se había partido. Corría un poco de viento.

Sin embargo, no vi nada en relación y comencé a asustarme.

De nuevo, el cristal tembló.

Entonces, le vi.

Cristianno había sorteado a la guardia de la mansión y trepado hasta mi terraza con todo el peligro que ello conllevaba.

Me recorrió un violento estremecimiento y contuve un gemido al llevarme las manos a la boca. Su apariencia resultaba tan fascinante y quimérica bajo aquel atuendo que poco importó que llevara la camisa por fuera y el nudo de la corbata deshecho.

Enseguida salté a la puerta y la abrí. La fría brisa de la madrugada me envolvió, procurándome un escalofrío que no me importó. Tenía a Cristianno frente a mí. Su calor me bastaba.

Cabizbajo, comenzó contemplando mis piernas y fue ascendiendo con lentitud. Una mirada oscura, peligrosa y atrevida. Pero también delicadamente acogedora.

—No debiste marcharte sin mí —me atreví a decir, aún aturdida y un poco avergonzada.

Cristianno intentó dominar sus impulsos. Lo supe por su forma de apretar la mandíbula y cerrar los puños. Ardía en deseos de lanzarse a mí.

—Y tú no debiste ir en mi busca.

Avanzó un paso y torció el gesto con el erotismo que caracterizaba cada uno de sus movimientos. Era malditamente involuntario.

—¿Por qué?

—Eres un simple juego.

—No te creo.

Le desafié tirando de su corbata con suavidad para arrastrarle dentro de la habitación. Él se dejó llevar y cerró la puerta tras de sí al tiempo que apoyaba su frente en la mía.

—Tan solo es atracción sexual. No me interesas de otro modo.

—Atracción sexual, ¿eh?

Sabía lo que pretendía; desilusionarme, decepcionarme, hacerme sentir

como un mero desahogo. Pero no iba a facilitarle el proceso porque sabía que mentía. A través de sus ojos podía ver que nuestros sentimientos no eran simples caprichos, sino certezas indomables.

—Podría estar follándote durante horas. Solo eso. —Trató de sonar cruel y salvaje. Y lo consiguió, pero obtuvo el efecto contrario.

Torcí el gesto.

—¿También eres cínico?

—¿No ves que sí?

Resoplé una sonrisa.

—Has tenido decenas de ocasiones para lanzarte a mí y cumplir tus deseos. No eres de los que son diplomáticos. ¿Por qué has escogido este momento para confesarlo?

—Porque eres demasiado ingenua.

—Y te compadeces de mí.

—Además de arrepentirme. Nunca me costó tanto echar un polvo.

Me acerqué a su boca.

—Mentiroso —susurré—. Si buscas alejarme tendrás que esforzarte mucho más. No se te da bien fingir ser un canalla y yo no cambio de opinión tan fácilmente.

—Kathia...

—¿Qué?

—No podemos continuar con esto... Ya no.

—Mientes gloriosamente, Gabbana —susurré arrastrando mis dedos por su pecho.

Él ahogó un suspiro mientras su corazón se desbocaba bajo la palma de mi mano.

—No vayas por ahí, por favor... Es arriesgado. Sabes que no podré detenerme —murmuró en mis labios.

Las yemas de sus dedos se deslizaron por mis caderas. Lentamente, muy despacio, Cristianno olvidaba cómo resistirse. Tanto que apenas tardé en sentir sus manos colándose bajo mi camiseta, apoyándose en mi piel.

—Me debes un beso... Dijiste que querías besarme. Que ibas a devorarme. ¿Has cambiado de opinión?

—Sí...

—¿En serio?

Capturó mi cintura y su boca absorbió la mía, apretándome fuertemente contra él. Sentí la urgencia de nuestros labios, nuestros alientos

entremezclándose con fervor, enardecidos.

En un primer instante, nos costó reaccionar y asimilar que al fin nos estábamos besando. Pero esa corta incertidumbre pronto se convirtió en un deseo visceral y casi salvaje.

Liberé un gemido cuando noté sus manos cubriendo la totalidad de mi espalda. Cristianno me instó a caminar hacia atrás, sentía su lengua contra la mía mientras nuestros cuerpos se movían. No sabía dónde quería llevarme, pero estaba dispuesta a cualquier cosa. No quería detenerme, ni que él se detuviera.

Me topé contra el mueble al tiempo que Cristianno bajaba sus caricias hacia mis caderas para elevarme del suelo. Me sentó con brío sobre el tocador provocando que el ramo de rosas que Valentino me había regalado se desparramara por el suelo.

Suavemente, sus rodillas separaron mis piernas y su pelvis se abrió paso entre ellas para apoyarse en el centro de mi cuerpo. Su creciente dureza me arrancó un nuevo gemido conforme sus besos descendían por mi cuello.

Enseguida cogí su rostro y volví a besarle.

El calor crecía sin control, la necesidad ardía entre nosotros y el deseo, poco a poco, fue tornándose exigente. Tanto que le arranqué la chaqueta y comencé a desabrochar los botones de aquella odiosa camisa. Quería su piel contra la mía, de inmediato.

Cristianno a la vez desnudó uno de mis hombros, apartando la tela, y besó aquella zona mientras su mano atrapaba uno de mis pechos.

Entonces, se detuvo a coger aire, y mis dedos perfilaron la piel de su vientre hasta el inicio de su miembro. Me atreví a echar un vistazo, hallando una atrayente protuberancia.

Él se estremeció ante la intimidad del gesto y yo descubrí la ambición desconocida de sentir aquella parte de su cuerpo entrando y saliendo de mí. Realmente lo deseé tanto que incluso me avergonzó. Al menos hasta que Cristianno atrapó mi rostro entre sus manos y me obligó a mirarle.

Mantuvimos el contacto de forma inquebrantable mientras él se acercaba mucho más a mí y me permitía sentir el urgente esplendor de su cintura pegada a mi entrepierna, regalándome un estímulo muy intenso. Gemí ante su mirada, provocándole una tenue sonrisa que le llevó a morderse el labio.

Envolví su cintura con mis piernas y arqueé la espalda dando espacio a que sus manos acariciaran mi pecho por debajo de la tela. Mi piel se agitó por el roce. Pensé que me arrancaría la camisa y que me empujaría a un clímax

tembloroso al cubrir de besos mis senos.

Sin embargo, se impuso mi ímpetu y fui yo quien terminó por arrebatarme la ropa. Acaricié sus hombros desnudos.

—¿Es lo que deseas? —musitó excitado.

—Ya deberías saberlo. —Recorrí su espalda con mis dedos.

—Acabamos de convertirnos en un serio problema a erradicar.

Todavía no sabía de la magnitud de sus palabras. Pero Cristianno no era alguien exagerado.

—No sé de qué estás hablando. Pero si tú ya lo sabías, deberías haber parado cuando todavía estábamos a tiempo —confesé más confiada que nunca—. Yo ya no podré olvidarte.

«Aunque me ahogue en una tormenta».

—Me echas la culpa...

—La tienes.

—Tú lo empezaste todo, Kathia —susurró en mi boca—. Tú fuiste la que puso mi vida patas arriba... No podrían importarme menos las consecuencias.

Me besó de nuevo. Intenso, ardiente. Y yo me perdí en sus brazos, en aquel contacto fervoroso lleno de jadeos y palabras balbuceantes.

Sin embargo, lo bueno nunca dura lo que uno quiere.

Nos detuvimos de golpe al escuchar que alguien se acercaba por el pasillo.

Contuve el aliento, creo que incluso mi corazón dejó de latir, y miré hacia la puerta mientras Cristianno se perdía en mi clavícula, suspirando frustrado.

—¿Quién crees que es? —me preguntó formando un reguero de besos hasta llegar a mi mejilla.

—No lo sé. Todos deberían estar en la fiesta.

—Pues al parecer alguno de ellos ha regresado.

Cristianno se alejó de mis piernas con resignación cuando yo salté del mueble maldiciendo a quien interrumpía aquel momento.

—Será mejor que te escondas.

—¿Que me esconda? —preguntó extrañado—. ¿En serio esperas que Cristianno Gabbana se esconda?

Le miré a los ojos y luego me perdí en la perfección de su pecho, haciendo lo posible por ignorar la excitación. Él volvió a observar mis caderas mientras se mordía un labio.

Tragué saliva.

—Kathia Carusso no quiere que te vayas, y ahora dejemos de hablar

como cavernícolas y escóndete.

Recogí su ropa y se la lancé apresurada notando que alguien se había detenido en mi puerta. ¡Mierda, iban a pillarnos!

Pero yo era la única que parecía al borde de tener un puto infarto. El muy capullo de Cristianno se estaba divirtiendo de lo lindo con mi terror.

Le empujé hacia la cama y le enterré bajo las sábanas al tiempo que yo me acomodaba a su lado con el corazón estrellándose contra mis costillas. Él soltó una carcajada ahogada.

—Vaya, me he imaginado contigo en la cama, pero no en tu habitación, y mucho menos vestido. Qué interesante —bromeó acariciando mi vientre.

—¡Cállate! —exclamé entre susurros, y temblé porque el condenado se acercó lo suficiente a mí.

La puerta se abrió. Apreté los ojos por inercia, dejando una mal disimulada rejilla por la que pude ver la silueta de Sibila, la joven sirvienta.

—Señorita... —susurró.

Me estaba haciendo la dormida, así que debía tardar en responder.

—Humm... —ronroneé a la vez que Cristianno acariciaba el filo de mis pantalones. Coló un dedito travieso hasta enroscarse al elástico de mis bragas.

Me tensó de golpe.

—Señorita, lamento molestarla, pero su madre me ha dicho que le comunique que mañana saldrán de viaje a las nueve. Acaba de llegar. —La pobre parecía avergonzada.

—De acuerdo, Sibila... —Fingí un bostezo.

—Siento mucho haberla interrumpido.

—Qué va, cariño. Ve a descansar.

—Claro. Ah, dígale a Cristianno que el cambio de turno de la guardia es a las seis de la mañana. Si sale por la parte oeste, no le verán.

—Oh... —No supe qué más decir.

—Buenas noches, chicos.

—Buenas noches, Sibila —dijo Cristianno, todavía escondido.

La encantadora muchacha sonrió antes de abandonar la habitación. Enseguida, Cristianno retiró las sábanas y se incorporó sentándose sobre sus rodillas. Miró mis tobillos y comenzó a acariciarlos subiendo muy lento.

—¿Tienes nervios de acero o qué? —pregunté nerviosa.

—Algo así —sonrió.

Dibujó mi piel deteniéndose en mis muslos. Cogió mis piernas y las abrió antes de echarse sobre mí. Deslizó sus labios por mi cuello rozando la piel

con su lengua.

A esas alturas, ya estaba demasiado descontrolada. Ni siquiera la interrupción de Sibila me había aplacado.

Cristianno continuó bajando hasta que llegó a mi vientre. Yo acaricié su cabello y me removí bajo su cuerpo antes de impulsarme hacia su boca. Le besé mientras él tiraba de mí para sentarme sobre su regazo.

Nuestros sexos se tocaron de nuevo, robándonos un gimoteo que yo ahogué escondiéndome en su cuello. Cristianno, en cambio, se aferró mi cintura y me invitó a friccionar sobre él.

Aquella sensación ardió en mi vientre y clavé mis uñas en sus hombros siguiendo el ritmo que imponía. Hasta que le empujé para que se tumbara en la cama.

Sonrió al verme a horcajadas sobre él y apretó mis caderas con fuerza, resistiéndose entre suspiros a quitarme el pantalón. Sabía que no era el momento ni el lugar para concluir aquello, pero eso no restaba el deseo.

—¿Piensas estar así toda la noche?

Me acerqué a su oreja y le arranqué un gemido entrecortado al morderle el lóbulo.

—Sé fuerte, Gabbana. Tú puedes con todo —bromeé notando que sus dedos se clavaban en mis nalgas.

—No, nena. Con tu cuerpo encima, no puedo ser fuerte.

Negó sonriente, y llevaba razón. Él no sería el único en sufrir la frustración, el calor tardaría horas en desaparecer.

Decidí tumbarme a su lado, dejando un espacio prudencial entre nosotros.

—Pero eso no significa que te alejes —dijo antes de besarme.

—Quédate y duerme conmigo.

—¿Que duerma contigo al lado? Eso será imposible.

—Vamos... podrás irte en cuanto amanezca. Ya has oído a Sibila. La guardia cambia a las seis.

Levantó las cejas, travieso.

—No hace falta que supliques. Pensaba quedarme.

—Estúpido creído, no he suplicado.

—Mi pequeña bruja.

—Creo que ese apelativo me gusta más que chihuahua.

Entre risas, se tumbó a mi lado y abrió sus brazos para que pudiera echarme sobre su pecho. Rápidamente sentí los pálpitos de su corazón.

—Por desgracia, eres la única que consigue dominarme.

—¿Te molesta? —Acaricié su vientre con un dedo.

—No sabes cuánto —susurró en mi cabello dándome un beso.

—¿Quieres que deje de hacerlo?

Busqué su mirada. Había oscuridad, pero pude ver el maravilloso resplandor de sus pupilas azules. Incliné la cabeza hacia mí y me contempló frunciendo el ceño.

—Si quisiera que dejaras de hacerlo, no estaría aquí, Kathia. ¿No te basta con todas las ñoñerías que acabo de decirte?

—Te han quedado geniales —admití risueña.

—Gracias por seguirme el ritmo.

Me incorporé un poco y comencé a repasar cada rincón de su bello rostro. Cristianno cerró los ojos con un gesto de tormento y apretó la mandíbula. Aunque lo intentáramos e incluso lográramos sonreír con nuestras ironías y bromas tontas, sabíamos que algo mucho más importante que nosotros nos acechaba cruelmente.

—¿En qué piensas, Cristianno?

—No es bueno que sienta de esta manera.

—¿Cómo te sientes?

—Faltabas tú para descubrir qué se siente al estar completo. —Lo confesó como si fuera una enorme carga que arrastraría de por vida.

—No creo que eso sea malo.

—Pues parece que sí.

—Porque... no eres mía.

## Capítulo · 35

Kathia

---

Mi corazón se paralizó de pura indignación, muy consciente de lo molesto que era haber descubierto que Cristianno me creyera fuera de su alcance.

—¿Tuya?

Me incorporé de golpe, encogiéndome de rodillas y aferrándome a la sábana. Había pasado de desear su cuerpo a querer abofetearle.

Él me siguió y se colocó tras de mí, cabizbajo. No pudo ver mi rostro, estaba oculto por mi pelo, pero sí pudo notar mi enfado.

—No era de nadie hasta hace diez minutos, Cristianno —añadí. Un suspiro ahogado resbaló por mi cuello.

—Lo siento... No ha estado bien.

—No, no lo ha estado. Porque en realidad una persona no puede ser propiedad de otra. Yo creo en la vida junto a un compañero.

—Tu compañero.

—Exacto. Mi compañero.

Tragó saliva, cabizbajo y entristecido.

—En realidad, no quería verte —confesó tras unos minutos de silencio—. Cuando he abandonado la fiesta fue con el propósito de evitar un problema. Pensar que...

Puse un dedo en sus labios para interrumpirle. No iba a permitirle que mencionara a Valentino Bianchi en un momento como aquel. Ese instante era solo nuestro y de nadie más.

—Estás aquí y lo único que yo deseo es quedarme a tu lado. No al suyo.

Su intensa mirada me atravesó violentamente.

—¿De verdad, Kathia? ¿Lo quieres con todas las consecuencias?

—No dejas de preguntar, pero tú nunca afirmas. ¿Qué quieres tú, Cristianno? Dime.

—Te quiero a ti. Conmigo.

—Pues entonces entiendes lo que yo siento.

Perdí la cuenta del tiempo que pasamos perdidos en el contacto de nuestros labios.

Cristianno

---

No había pegado ojo, tan solo pequeñas cabezadas.

Por primera vez en semanas, mi mente y mi cuerpo estaban en sintonía y ambos necesitaban observar a Kathia, que dormía entre mis brazos. Aún no podía creerme que hubiera conseguido a aquella chica tan maravillosa.

Me levanté de la cama para coger mi móvil cuando sonó la alerta de entrada de un mensaje.

«Mitin Umberto Petrucci adelantado. A las 10:00 horas domingo. Marcello francotirador». Solo debía confirmar que el buen candidato dejaba de respirar, un trabajo bastante sencillo.

Tras borrar la información, eché un vistazo a Kathia. Ella continuaba dormida profundamente. No se había dado cuenta de nada, así que la inquietud pudo abordarme a sus anchas.

Me había dicho que estaría conmigo, que lo deseaba. Pero dudé que siguiera deseando lo mismo una vez descubriera qué tipo de hombre era en realidad. De nada importaban mis putos dieciocho años de vida.

Regresé a la cama y acaricié su largo cabello. Su perfume me inundó y cerré los ojos para darle un beso en la frente. Ella se removió soltando un suave gemido. Incliné mi cabeza hacia delante y contemplé sus labios entreabiertos antes de besarlos. Fue un contacto cálido y sereno, y Kathia contestó acariciando mis mejillas. Creo que entendió que aquello era una despedida.

—Despierta, cariño —susurré pegado a ella.

Abrió los ojos y miró de reojo la ventana.

—Aún no ha amanecido —murmuró aferrándose a mi cuello.

—Pero es hora de que me vaya.

—Nooo... —renegó somnolienta.

—Terminarás por cansarte de mí.

—Dudo que eso ocurra.

La besé mientras mi mente me jugaba una mala pasada proyectando lo

que sucedería en unas horas.

—¿Te veré mañana? —me preguntó.

—Sabes que sí. Me has dado un motivo para adorar ir a clase.

Se incorporó para abrazarme. La cogí entre mis brazos y la coloqué sobre mi regazo. Era tan frágil, tan menuda... Me daba tanto placer tocarla que no me creí capaz de parar.

Volvíamos a besarnos como lo habíamos hecho durante la madrugada. Solo que esta vez supimos controlar la excitación.

Apoyó una mano en mi pecho y su frente en la mía.

—Debo irme —resoplé de nuevo.

—¿Por qué? —preguntó dibujando mi nariz. Yo acaricié sus piernas.

—Tengo algo importante que hacer.

—¿Más importante que yo?

—No hay nada más importante que tú.

—Entonces, no te vayas. —Me abrazó obligándome a tumbarme sobre ella—. Fingiré que me encuentro mal y me quedaré aquí contigo. Nos pasaremos el día entero en la cama, besándonos y haciendo el amor como dementes... —Terminó sonriendo.

Aquel era el mejor plan que podía escuchar y habría dado cualquier cosa por complacerla.

—Deja de tentarme, mujer.

—Al parecer, no está surtiendo efecto.

—Ah, ¿no?

Arqué las cejas, provocativo, pensando que iba a ser demasiado insolente. Pero, al final, no pude controlarme y capturé su mano para acomodarla sobre la evidente dureza de mi miembro. Ella contuvo un coqueto gemido.

—Y eso de tan solo pensarlo. Imagínate cómo sería si te quitaras la camiseta.

—Guarro. —Soltó una carcajada antes de darme un beso.

—El lunes me tendrás para ti sola. Te lo prometo, amor —terminé susurrando.

Aún me costaba creer que yo pudiera expresarme de aquella forma, que amara hasta sentirme asfixiado.

—No me vale...

—¿En serio? —sonreí buscando su mirada.

—Tendrás que mejorar tu oferta. —Fingió estar enfurruñada.

—¿Qué te parece tenerme el lunes, el martes, el miércoles...?

—Tampoco...

—¿Y todos los días de mi vida?

Se quedó boquiabierta, totalmente sorprendida. Mi pecho percibía como su corazón se desbocaba. Ni siquiera yo mismo era consciente de lo que acababa de decir, pero aquellas palabras salieron de mi boca sin más, y no me arrepentía.

—Eso está mejor —susurró sonrojada—. Mucho mejor...

—Son tuyos, entonces. —Rocé sus labios con los míos.

La abracé acariciando su melena.

## Capítulo · 36

Cristianno

---

«Le estoy mintiendo», pensé al contemplarme en el espejo.

El agua que empapaba mi piel no ocultó la imagen del hombre que me devolvía la mirada. El mismo que aspiraba a la mafia y algún día dominaría todo un imperio.

Kathia no merecía aquello, pero parecía demasiado tarde para echarme atrás. Había descubierto que era egoísta, porque después de haber probado sus labios sería imposible alejarme.

Sacudí la cabeza para tratar de no pensar en ello. Tenía asuntos profesionales que atender y no podía mezclar las cosas. Debía hacer mi trabajo y dar la señal a Marcello para que disparara a Umberto Petrucci.

Después, correría hasta los brazos de Kathia.

Siendo realista, nunca me había arrepentido, ni siquiera en aquel momento. Lo que era lo había elegido yo mismo, sin presiones, y disfrutaba de mi vida con libertad, incluso cuando la conocí. Aunque tampoco podía negar las horas que me había pasado culpándome por amarla. Kathia merecía alguien mejor.

Pero llevaba razón en una cosa.

«Yo ya no podré olvidarte», me había dicho y, maldita sea, yo tampoco podría. Porque además de egoísta también era orgulloso.

Salí del baño y recorrí el pasillo que conducía a la sala donde el candidato a la alcaldía de Roma impregnaba de ilusiones a los presentes. Sus palabras eran tan convincentes que por un momento hasta yo mismo las creí.

Me quedé en la puerta, apoyado en el marco, mirando incrédulo el improvisado escenario. Podría haberme mezclado con la gente, pero no quise tener que fingir y contener mis impulsos ante tanta palabrería radical.

Umberto confesaba sus ideas de una forma ferviente. Gesticulaba con las manos, alzaba la voz para que todo el mundo lo oyera con claridad y arremetía contra Adriano Bianchi elegantemente. Acciones que suscitaban el halago del

público al final de cada frase. Él se limitaba a sonreír y enseguida aseguraba que ahí no terminaba la cosa, que la política era mucho más que meras promesas.

Nadie imaginaba que ese mismo hombre, que tan bien había convencido al mundo del buen alcalde que sería, no era más que una sabandija extorsionadora.

«Maldito embustero».

Focene, Isola Sacra, Ostia. La codiciada costa romana.

Dominada por un grupo de familias que se nutrían de sus negocios y vivían de la temporada alta. Las mismas que habían tenido que recurrir a nuestra protección tras verse asediadas por los matones del Petrucci.

Su objetivo, la recalificación.

Y cuando un hombre tiene pretensiones de ladrón aristócrata, no termina bien.

De nada valía la influencia de algún que otro Cardenal de El Vaticano.

Si moría, ya no molestaría a ningún inocente.

Pero eso eran detalles que nadie más que un Gabbana debía saber. Era mejor que el resto creyera que eliminábamos a Umberto en pos de ayudar al Bianchi a ganar las elecciones. La gente echaría la culpa del asesinato a la creciente influencia de las bandas del este en la ciudad, y ante ese problema, solo el bueno de Adriano tenía la solución.

Ganaría las elecciones. Fin.

Me acerqué la muñeca a la boca con la excusa de recomponer la chaqueta de mi traje. Una pequeña pulsera de caucho la envolvía. Era un dispositivo para comunicarnos entre nosotros. Marcello ya se encontraba en los conductos y tenía a Umberto en el centro de su mirilla.

Mientras tanto, Enrico esperaba con Carlo Carusso en un coche al final de la calle. Acto que todavía no dejaba de asombrarme. Me parecía inconcebible que el Materazzi pudiera trabajar con Marcello sabiendo que era el amante de su mujer. Aunque eso dejaba claro lo poco que quería a Marzia.

—Estoy cansado de tanta palabrería —musité discretamente.

—Creí que nunca ibas a decirlo, Gabbana. —La voz de Marcello Pirlo atravesó mi oído por el auricular—. Si quieres, puedo bajar allí y coserle los labios. Le favorecería mucho tener la boca cerrada.

—Cálmate, querido. —Ahora intervenía Carlo, que tenía una voz muy parecida a su hermano Angelo—. Solo un disparo, y rápido.

—Entre ceja y ceja, Marcello. —Volví a mediar imaginándome sus

sonrisas.

Estiré los brazos y me retoqué el cabello.

Aquella era la señal.

Entonces Umberto se cayó al tiempo que un pequeño hilo de sangre cruzó su frente. El líquido resbaló por su nariz. Había sido un tiro limpio, justo como se le había pedido.

Umberto cayó al suelo con los ojos en blanco. El golpe fue tan fuerte que pude escuchar su cabeza rebotar contra la madera. A continuación, se sucedieron los alaridos. La gente comenzó a gritar desahogada mientras intentaban buscar la salida.

Los guardaespaldas de Petrucci se lanzaron al escenario. Alguno de ellos con pistola en mano, buscando entre la multitud alguna pista sobre el asesino. No lo encontrarían, porque no estaba allí.

Tampoco podían esperar averiguar nada cuando le hicieran la autopsia. La bala era totalmente lisa. El propio Marcello las preparaba con un componente indestructible que le suministraba Fabio. Era imposible encontrar al culpable.

El crimen perfecto.

«Bienvenidos a la mafia».

## Capítulo · 37

Kathia

---

Misa de cinco.

Que ya me suponía un sobreesfuerzo infrahumano asistir a misa a cualquier hora del día, pero hacerlo después de comer tenía connotaciones muy crueles. La sobremesa del domingo era para despatarrarse en el sofá y no dar un palo al agua.

Sin embargo, allí estábamos, al menos cien personas. Todos vestidos casi de gala, atentos al párroco, que no hacía otra cosa más que inundar cada rincón de aquella iglesia con su soñolienta voz.

—Porque cuando decimos que el Padre no es el Hijo, nos referimos a la distinción de personas. En cambio, si decimos el Padre es lo que el Hijo es, el Hijo lo que es el Padre, y el Espíritu Santo lo que es el Padre y el Hijo, claramente referimos la naturaleza o sustancia...

Continuó desglosando cada uno de los concilios que dieron lugar al credo que en la actualidad se conoce. Evidentemente se decantó por la oración larga, detalle que pronto me animó a dar cabezazos.

Hasta que Enrico apareció y tomó asiento a mi lado.

—Qué bueno que has venido —le susurré—. Estaba a punto de quedarme dormida. Acabo de darme cuenta del porqué lo llaman sermón. Fíjate que estúpida he sido hasta ahora.

Él contuvo una risa que amenazaba con convertirse en carcajada. Algunos invitados nos miraron bastante mal.

—No te ha servido de nada criarte en un internado católico.

—Ya ves que no. ¿Dónde has estado?

—Arreglando unos asuntos en comisaría.

La misa no se prorrogó demasiado y pronto me encontré saludando a gente que ni siquiera conocía. Hecho que se vio interrumpido con la inesperada llegada de la prensa.

Abordaron a Adriano Bianchi que rápidamente tuvo que subirse a un

coche y marcharse de allí.

—¿Es cierto que han asesinado al político Umberto Petrucci? —le pregunté a Enrico.

—Todo apunta a que sí. Ya tengo a mis hombres investigando el caso, no te preocupes.

Quizá no debía hacerlo, pero algo de mí se inquietó bastante con el tema y Enrico se dio cuenta. Por eso, se ofreció a llevarme de vuelta a Roma. Hecho que no sentó nada bien a Valentino.

Sin embargo, no regresamos de inmediato. Mi maravilloso cuñado sugirió dar un paseo por el jardín botánico de Latina.

—¿Alguna vez te has enamorado? —pregunté curiosa, enganchada a su brazo.

—¿Das por hecho que no amo a tu hermana? —Me echó un vistazo travieso.

—Si la amaras, te sugeriría ir a un neurólogo. Algo en ese cerebro tuyo no estaría funcionando bien.

Nos reímos escandalosamente. Pasar tiempo junto al Materazzi se había convertido en un acto de lo más adictivo. Podía hablar de cualquier cosa con él, ser lo que me diera la gana, sin cohibirme en absoluto.

—Nunca he sido muy romántico —admitió él.

—Eso son los peores, los llamados «no románticos». Al final siempre caéis estrepitosamente —cuchicheé.

—Mírate, te has convertido en toda una sabionda desde que llegaste.

—Eso es porque dispongo de tiempo libre, querido. Y tú me lo pones a huevo.

El atardecer se instalaba y me estremecí con la caída de temperatura. En Latina el invierno era un poco más notorio que en la capital.

Ví como Enrico se quitaba su gabán para colocarse tras de mí y cubrir mi cuerpo. Me dio un beso en cabeza y enseguida me abrazó.

—Empieza a hacer frío, vamos.

No fue hasta un buen rato después, cuando la carretera se abría paso ante nosotros, cada vez más oscura, que sentí la necesidad de hablar de Cristiano. En realidad, podría haberlo hecho antes, había tenido tiempo de sobra. Pero no supe cómo empezar.

—¿Puedo contarte algo?

—Siempre —dijo Enrico, suave y delicado.

—He... pasado la noche con Cristiano... Otra vez... En casa...

Enganché cada una de las palabras de un modo que me pareció estar sufriendo una parálisis. Pero Enrico lo ignoró porque la confesión le llevó a imaginar demasiado.

—¡No hicimos nada raro!

Él frunció el ceño y alzó una ceja, no muy seguro de mi sinceridad.

—Ah, vaya, eso me deja más tranquilo... Creo... No estoy seguro...

Tragué saliva.

—Solo nos... besamos... y pues... bueno, pues eso...

—¿Qué es eso? —dijo asfixiado.

—Eso...

—¿Qué...? ¿Te hizo algo?

—¡No! —exclamé—. Más bien..., los dos lo hicimos.

Mierda, aquello estaba tomando una inclinación que se alejaba bastante de la realidad y no tenía ni la menor idea de cómo arreglarlo.

—Retiro lo dicho. Mejor no me cuentes nada —añadió mi cuñado.

—La cuestión, Enrico... —Cogí aire al tiempo que él me echaba un rápido vistazo—. Falté a clase el viernes. Todo el día.

—Condenada traviesa.

—Si papá se entera, me matará.

—Dios, por supuesto que lo hará.

—Pero tú me ayudarás a evitarlo, ¿cierto? —Le hice unas carantoñas en el mentón.

—Te aprovechas mucho de la devoción que te tengo.

—Sabes que es mutua —sonreí antes de ser invadida por un escalofrío. Ahora debía contarle no la parte más importante—. Hay más...

—¿No me digas? —bromeó.

—Me he... enamorado de... Cristianno.

—Qué sorpresa. —Su reacción fue como si ya supiera de mis sentimientos.

—¿No lo es?

—¿Debería parecérmelo?

—Hasta hace unos días lo odiaba con todas mis fuerzas.

—Kathia, cariño, nunca lo has odiado. Ni él tampoco a ti. Lo que pasa es que sois demasiado testarudos.

Enrico disminuyó la velocidad de su vehículo al tomar un desvío hacia un área de servicio. Cruzó la sección de la gasolinera y se detuvo bajo el techado de un aparcamiento exterior, junto a un coche negro. Su dueño estaba

fumándose un cigarrillo de espaldas a nosotros.

—¿Por qué paramos? —quise saber, y Enrico bajó su ventanilla y se acomodó en su asiento para mirarme de frente.

—Quizá llevas razón con eso de que los «no románticos» somos los peores —sonrió confundíendome aún más.

Entonces, el hombre que había fuera se incorporó, caminó hacia la ventanilla de Enrico y se apoyó en ella, desvelando así quién era.

Contuve una exclamación al toparme con los deslumbrantes ojos azules de Cristianno, que destellaban bajo una sonrisa juguetona.

—¿Qué me dices, Enrico, puedo robarte un rato a la chihuahua? Prometo darle de comer —comentó sin dejar de mirarme.

—A las ocho en Termini. Ni un minuto más, ¿me oyes?

Besé a Enrico, cogí mi chaqueta, salté fuera del vehículo y eché correr hacia Cristianno para atrapar su boca con un beso efusivo. Él enroscó sus brazos a mi cintura y se aferró a mí con ímpetu.

—No podía esperar a mañana —susurró pegado a mis labios.

—Cuánto me alegra.

### Cristianno

—

No teníamos mucho tiempo y casi todo lo invertimos en explorar cada tipo de beso que existía. Floreció la adicción, una especie de necesidad incontrolable por mantener el contacto de nuestras bocas sin apenas dejarnos tiempo a respirar.

—Creo que esto empieza a írseme de las manos —jadeé.

La intensidad había llevado a Kathia a subirse a horcajadas sobre mi regazo, así que la fricción estaba empujándome al límite.

—Yo pensaba que ya se te había ido —suspiró ella, besando mi cuello.

—Bueno, sí, pero, aunque a veces no lo parezca, suelo razonar bastante bien. Y no me gustaría desnudarte por primera vez en el interior de un coche. Mereces al menos uno de alta gama —bromeé.

Soltó una carcajada.

—Oh, vaya, qué amable y atento.

—Soy todo un caballero.

Apoyó su frente en la mía, aún sonriente, y capturó mi rostro con sus manos para iniciar una caricia con la yema de sus dedos.

—Todavía me cuesta creerlo —susurró. Había cerrado los ojos.

—¿Después de quince minutos comiéndonos la boca?

Ella volvió a reír.

Puede que estuviera dándole un punto travieso a nuestra conversación, pero la verdad era que a mí también me parecía una locura tener a Kathia entre mis brazos.

Decidirnos a reconocer nuestros sentimientos por separado fue un trabajo tan complejo que ninguno de los dos creímos terminar de ese modo. Quizá porque pensamos que el rechazo primaría.

Pero ahora que Kathia estaba a mi alcance, imaginarla lejos era lo difícil. Todo lo que había sucedido entre nosotros días atrás, fue reducido a mis labios encontrándose con los suyos.

—¿Crees que durará? —dijo de súbito.

No hizo falta que adornara su pregunta con más detalles, pude ver cada uno de ellos en sus ojos, ahora repentinamente decaídos.

—¿No hemos empezado y ya estás pensando en un final? —Pero la ironía no evitaría la presencia de Valentino en aquel coche.

—No significa que lo quiera. Sino...

—Durará todo lo que tú quieras que dure, Kathia —la interrumpí—. Nadie más puede decidir sobre eso. Ni siquiera yo.

—Entonces, ¿por qué tengo esta sensación de inquietud continua?

Tragué saliva, perdiéndome en su mirada. Kathia todavía desconocía la verdad, ni siquiera podía imaginarla. Sin embargo, algo de ella ya la intuía y eso me puso nervioso.

—Tal vez por lo mismo que yo —susurré siendo yo quien ahora capturaba su rostro—. Es cierto que se nos ha ido de las manos, y esta vez no me refiero a la excitación. —Quise recrearme en esa confesión, tal vez incluso mencionar explícitamente que la quería, pero la alarma de mi teléfono comenzó a pitar—. Tengo que ser bueno y llevarte con Enrico.

Regresamos a Roma con las manos entrelazadas.

Kathia

—

Tras la cena, subí a mi habitación. Nadie sospechó que había estado con Cristianno y mucho menos que su aroma me perseguía incluso después de

tomar una ducha. Estar a solas con él debería haber bastado, pero algo de mí no lo permitió del todo.

Aunque hubiera insistido en sacármelo de la cabeza y actuar como si nada, Valentino irrumpía constantemente en mi memoria, ahora con más fuerza que nunca. Quizá porque mis sentimientos hacia Cristianno ya eran absolutos.

Enrico llamó a la puerta antes de entrar con una sonrisa y agitando un papel doblado.

—Finalmente me he convertido en todo un delincuente. Toma tu mentira, pequeña —bromeó entregándome el justificante de mi falta al colegio.

—Coartada —maticé.

Le di un beso en la mejilla y me guardé el documento en la mochila. Pero mi cuñado era mucho más que un ser increíble y cariñoso. Tenía ese don de saber todo lo que pasaba a su alrededor con tan solo echar un vistazo.

—¿Todo bien?

—Demasiado bien, diría —admití.

—Entonces, ¿por qué esa expresión? —Me pellizcó la punta de la nariz antes de acariciar mi mejilla.

—Siento que cada momento que paso a su lado es mejor que el anterior.

—¿Eso no debería alegrarte?

—Lo hace, pero no con plenitud. —Me acerqué al ventanal—. Enrico... He querido ignorarlo, porque algo de mí ni siquiera puede creerlo. Pero tú... puedes decírmelo. ¿Es verdad? Valentino y yo... ¿En serio vamos a casarnos cuando cumpla la mayoría de edad? Porque si es así, no lo soportaría...

Sentí un amago de llorar y Enrico enseguida quiso evitarlo lanzándose a mí para abrazarme.

—Eh, cariño. No permitiré que te hagan daño. Pienso protegerte con uñas y dientes.

—¿Por qué tendrías que hacerlo? ¿Acaso casarse la matará? —Marzia irrumpió allí de brazos cruzados.

Súbitamente me tensé. No sabía qué tanto había escuchado, y su falta de empatía hacia mí podía llevarla a hablar con nuestro padre y contarle que tenía algo con Cristianno.

—Marzia, esta es una conversación privada —espetó Enrico.

Ella se adentró un poco más en la habitación caminando lenta mientras acariciaba el filo del mueble. Se topó con el ramo de flores y analizó extrañada la falta de frondosidad en comparación a la noche anterior.

—Conversación que mantiene mi hermana y mi esposo. No veo por qué

debería abstenerme de participar.

—Porque nadie ha pedido tu opinión. —Pero Marzia ignoró a su esposo, y me miró.

—Sabes, querida Kathia, yo estuve en tu lugar hace unos años. Te entiendo mejor de lo que imaginas. Cuando papá entró en mi habitación y me dijo que tendría que contraer matrimonio con este hombre.

—No es lo mismo —protesté.

No iba consentirle que insinuara tal cosa. Su marido era lo que toda mujer desearía.

—¿Por qué no?

—Enrico no es Valentino, así que te pido que...

—Para mí sí —me interrumpió—. Yo lo detestaba y aún lo detesto. Tuve que dar un sonoro «sí, quiero» ante cientos de invitados, entre los que se encontraba mi gran amor.

—¡Marzia! —exclamó Enrico, acercándose a ella.

—¿Acaso es mentira?

Ambos se retaron en silencio, clavándose una mirada cargada de rencor y rechazo.

—Lárgate de aquí.

Marzia temió lo suficiente aquel gruñido porque terminó tragando saliva y obedeciendo la orden casi de inmediato. Eso sí, dio un sonoro portazo.

—¿Cómo es posible que alguien como tú aceptara estar con una mujer como ella? —pensé en voz alta.

—Hay cosas que es mejor no mencionar, cariño.

—¿Esa es una forma de decirme que me olvide de Cristianno? ¿Que simplemente lo disfrute mientras pueda?

Enrico enseguida se dio la vuelta y se acercó a mí. Estaba enfadado, asqueado.

—Kathia, en esta vida no todo es amor romántico. Hay miles de formas de amar, que muchos no entenderían. Y precisamente por ese amor sería capaz de vender mi alma. Justo como he hecho. Así que no podría arrepentirme de casarme con esa víbora. —Temblé por el asombro y por la enorme carga de su confesión—. ¿Confías en mí?

—Absolutamente.

—Entonces, es lo único que necesitas saber, por el momento. —Me dio un beso en la frente—. Descansa, pequeña.

Pero no creí conseguirlo.

## Capítulo · 38

Kathia

---

Tras hablar con la profesora Sbaraglia y enterarme de que la dirección gestionaba las faltas, fui directamente a secretaría para entregarle a Antonieta el justificante. Pero la mujer no estaba por ningún lado y las clases comenzaron sin mí.

Me quedé allí plantada sin saber muy bien qué hacer.

Hasta que pensé en escribir una nota y dejarla sobre su escritorio, aunque ello me costara tener que dar explicaciones por mi falta de puntualidad.

Cuando me dispuse a hacerlo, la puerta de se abrió de golpe. Creí que se trataba de algún profesor o de la propia Antonieta, pero no me dio tiempo ni a reaccionar. Cristianno capturó mi boca con la suya, besándome con exigencia.

La necesidad afloró de inmediato y me aferré a él tratando de borrar las horas que habíamos estado separados.

Empezamos a dar tumbos hasta que entendí que nos encaminábamos al despacho del director y sonreí al sentir la urgencia de su contacto. Me encantaba que me tomara de aquella forma.

—¿Qué estás haciendo? —murmuré entre beso y beso.

—Voy a hacerte el amor sobre la mesa del director. Es mucho mejor que un coche, ¿no crees? —jadeó subiendo sus manos por debajo de mi falda. Acarició mi ropa interior antes de cerrar la puerta con la pierna.

—Estás loco —cuchicheé risueña, aunque estaba muy cerca de arriesgarme. Cristianno me encendía.

Bajó sus manos por mis caderas, apretó mis nalgas y me sentó sobre la mesa mientras colaba su pelvis entre mis piernas. Pero se alejó un poco y me contempló con el gesto torcido, atento a mi reacción cuando sus manos comenzaran a subir por mis muslos. Resoplé cerrando los ojos.

Lo correcto hubiera sido decirle que se detuviera, que no era el momento ni el lugar, pero aquellas caricias creaban dependencia, las necesitaba con exigencia. Era como si mi piel hubiera estado esperando por aquel contacto.

Quería más, y Cristianno disfrutó al verme tan entregada.

—¿Te haces idea de lo preciosa que eres? —dijo sin tapujos. Su voz sonó tranquila, sincera.

—¿Podrías repetirlo otra vez? —susurré consciente de mi rubor.

—Eres preciosa. —Su intensa mirada lo corroboró. Y yo me lancé a abrazarle—. Podría seguir, llegar hasta el final y repetirlo constantemente. ¿Crees que para entonces me cansaría?

—Espero que no.

—Niña mala.

Enrosqué mis piernas a su cintura y le besé de nuevo, con voracidad y sin control. Yo ya sabía que aquello era un error, pero me dio igual cometerlo. Al menos hasta que escuché el rumor de unas voces aproximándose a nosotros.

Empujé a Cristianno contra la pared y le obligué a esconderse tras una estantería. Él me cogió de la mano intentando que me refugiara con él, pero me deshice de ella.

—Quédate ahí, yo les entretendré.

—¿Estás loca?

—¿Prefieres que te expulsen?

—¿Qué más daría? —Desde luego era un alborotador.

—A mí me importaría.

No dio tiempo a más. El director me cazó fingiendo estar mirando sus libros. Cristianno se tensó justo a unos centímetros de mí. Si no lo veían, sería un milagro.

—¡Oh, director!

—Señorita Carusso —dijo él arqueando una ceja—, ¿qué hace aquí?

De momento, no parecía estar cabreado ni sospechar nada.

—Venía a entregarle el justificante de falta. La profesora Sbaraglia me ha informado que dirección es quien maneja este tipo de asuntos.

—Está en lo cierto. Pero podría haber esperado al recreo, querida.

—He cometido un error, discúlpeme.

A Cristianno no se le ocurrió mejor idea que imitarme por lo bajo haciendo una mueca. Me sobrevino un sentimiento que conocía muy bien y que hacía días que no sentía, las ganas de despellejarlo vivo.

Así que aprovechando que los mayores estaban oteando la nota, le di un pisotón. Cristianno contuvo un gemido.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el director, confundido.

Di un paso al frente.

—En fin, no quisiera robarle más tiempo.

—Por supuesto, aunque ya que está aquí aprovecharé para entregarle unos documentos.

La secretaria estaba justo a su lado y abrió los ojos de par en par al descubrir a Cristianno. Temí muchísimo que hablara, pero más que eso, pareció hacerle gracia y me envió miraditas cómplices.

—¿Qué son? —carraspeé.

—Nada, no se preocupe. Son para ultimar su matrícula. Olvidé enviárselos a su padre la semana que usted inició las clases. —Me entregó una pequeña carpeta marrón—. Aquí tiene. Si es posible, tráigamelos esta misma tarde. De lo contrario, concejalía no tendrá en cuenta su valoración.

—Por supuesto. —Tragué saliva. Debía irme y no podía dejar a Cristianno allí—. Director, ¿sería usted tan amable de acompañarme a clase? No quiero importunar y su presencia facilitaría mi llegada.

Hostia, cuánto rollo tenía, pero qué bien había sonado. Me había metido al director en el bolsillo.

—Por supuesto que sí, no se preocupe.

Antonieta me guiñó un ojo para indicarme que ella ayudaría a Cristianno a salir de allí.

Le sonreí.

## Cristianno

—

—¿Os han pillado? —preguntó Daniela en cuanto Kathia terminó de contarle nuestro encuentro en la secretaría.

Enganchadas la una a la otra, cuchicheaban pensando que no podíamos escucharlas, y es que no tenían ni idea de que los chicos y yo las estábamos siguiendo hacia las gradas.

—Por suerte, no. ¿A quién se le ocurre abordarme en pleno despacho del director?

—¿A mí? —dije sobresaltándolas.

Mauro fue el primero en estallar a reír.

—Lárgate —me empujó Kathia, risueña.

Al final terminé sentado entre sus piernas. Ella enseguida rodeó mis hombros y me dio un corto beso en los labios.

—Uy, uy, uy. ¡Pero qué avance! —exclamó Luca—. Si hace una semana me lo hubieran dicho, no me lo habría creído ni borracha.

—¿Y qué harás con esos documentos? —continuó Dani como si nada.

—Tengo que llevárselos a mi padre y como vuelve tarde a casa, pues me tocará ir hasta los juzgados.

Todos la miramos fijamente. Kathia no se había dado cuenta de la información que nos había entregado, y por ello empezó a ponerse nerviosa.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Se me están ocurriendo cosas... —confabuló mi amiga.

—Estamos en sintonía —sonreí.

—¿Podéis explicarme de una vez?

—Si tienes que salir, ya no hay castigo... ¿Película en mi casa?

Al ser consciente, Kathia se emocionó.

—Dani, que te conozco —intervino Alex. Tal vez cagado con la idea de volver a repetir un maratón de Harry Potter.

—Mejor un Trivial —sugirió Mauro.

—Hostia, ¿prefieres jugar a eso antes que ver una de mis películas?

—Te juego hasta al parchís si es necesario.

—Cabrones —protestó Dani, y empezaron a debatir sobre gustos cinematográficos, pero mi atención se centró en Kathia.

Me senté a su lado y la abracé.

—¿Quieres que te acompañe? —pregunté.

—No. Nos veremos allí, no te preocupes.

—Entonces, ¿te apetece pasar la tarde con nosotros? —jugueteeé con el lóbulo de su oreja—. Mira que no pienso dejarte hablar.

—¿Te parece que quiera hacerlo? —insinuó ella.

—Joder, y luego dices que soy yo el calenturiento. No dejas de provocarme.

## Capítulo · 39

Kathia

---

La imperiosa fragilidad del edificio, hogar de los laboratorios Borelli, me produjo un escalofrío. Ricardo detuvo el coche justo enfrente.

Sibila nos había dicho que mi padre estaba allí reunido. Así que ignoré lo mucho que me extrañó el hecho, comí a toda prisa y me puse en marcha. Llevaría de vuelta los documentos a San Angelo y me iría con Cristianno lo antes posible.

—¿Desea que la espere, señorita? —me preguntó el chófer.

—No se preocupe. Tengo cosas que hacer después de terminar aquí. Así que puede irse, Ricardo.

Bajé del vehículo, despedí al hombre con una sonrisa y me encaminé a la entrada, no sin antes echarle un rápido vistazo al inmueble.

Siete plantas de diseño acristalado que se alzaban en pleno centro de la ciudad como una de las empresas más elogiadas y respetadas del país. Perteneciente a los Gabbana por parte materna, los laboratorios Borelli era el lugar de trabajo de Fabio. Labor opuesta a lo que se dedicaba mi padre, así que continuaba extrañándome que él estuviera allí. Más aún si pensaba en que Valentino no había ido a recogerme al colegio, como llevaba haciendo los últimos días.

Decidida, entré en el vestíbulo. Me dio la bienvenida una espectacular sala a medio camino entre la terminal de un aeropuerto y la recepción de un hotel de lujo, solo que mucho menos alumbrado. Hecho que me tensó un poco. Tenía un problema con la oscuridad en lugares tan grandes.

La recepcionista me miró por encima de sus gafas, frunció el entrecejo y súbitamente se puso en pie. Bordeó la mesa de cristal y corrió hasta mí arrastrando sus zapatos de tacón.

—¡Kathia, madre mía, cuánto tiempo! —exclamó al darme dos besos. Tan solo se me ocurrió sonreír, esforzándome en recordar quién era—. La última vez que te vi apenas eras una niña mofletuda. Estás guapísima. —Tuvo que

ser muy evidente mi confusión porque la mujer enseguida me observó curiosa —. ¿Recuerdas los hojaldres de miel en la finca de Lira Atessa?

Mierda, cómo para olvidarlo. Engullía aquellos pastelillos como si no hubiera un mañana.

—¡Liviana Marchetti! —La abracé—. Lo siento mucho.

—Oh, por Dios, ni te preocupes. ¿Vienes a ver a tu padre? —preguntó de regreso a su silla.

Fruncí el ceño. Por el tono tan natural que empleó, parecía acostumbrada a las visitas de mi padre al edificio.

—Así es. Tiene que firmar esto para el colegio.

—Me pillas por poco. Hoy salgo antes, es el cumpleaños de mi hijo Claudio. Cumple nueve años, está hecho todo un diablillo.

—Ya veo...

Intenté seguir la conversación y supongo que logré parecer interesada porque no dejó de hablar de sus asuntos. No es que no me apeteciera escucharla, sino que quería pasar todo el tiempo posible con Cristianno.

—Bueno, no te entretengo más. Angelo está en la última planta. Si decides irte antes, te dejo la llave de las puertas detrás de la impresora, ¿de acuerdo? —Me mostró dónde escondía la pequeña llave y volvió a sonreír—. No te aconsejo que los esperes, una reunión con ellos te puede llevar horas.

¿Una reunión? ¿Qué tipo de reunión podía mantener un juez en unos laboratorios? A no ser que fuera por una demanda médica, no tenía mucho sentido. De haber sido porque mi padre quería pasar tiempo con Fabio, no creo que hubieran escogido ese lugar.

Qué extraño era todo. Tanto que cerca estuve de marcharme. No creí que debiera estar allí.

Aunque, bien mirado, no habían dejado de pasarme cosas extrañas desde que había llegado a Roma, así que una más no importaba. O eso creía.

—Kathia, me alegro muchísimo de verte. —La voz de Liviana interrumpió mis pensamientos—. Pásate un día por aquí y tomemos un café, querida. Así hablamos de nuestras cosas.

—Claro. Pronto, lo prometo.

Dudaba que le quedara algo que contarme después de todo lo que me había dicho. Pero, al menos, su actitud parlanchina logró arrancarme una sonrisa y tranquilizarme un poco.

Me encaminé al ascensor. Este se abrió con un chasquido brusco. El gran hueco iluminado y forrado de espejos me invitó a pensar que, en cuanto

entrara, empezaría una extraña cuenta atrás. Ingresé en su interior notando una sensación vertiginosa de peligro inminente que no dejó de crecer conforme ascendía.

¿Será que todavía estaba a tiempo de evitarlo? Tal vez si regresaba a casa y esperaba a mi padre me sentiría más tranquila. Perdería una tarde con Cristianno, pero podía sugerirle vernos de madrugada.

«No es bueno sugestionarse tanto. Son gilipolleces fruto del estrés», pensé un instante antes de llegar a mi destino.

Entonces, un disparo atronó mis oídos.

Y Fabio Gabbana cayó al suelo con el pecho ensangrentado.

La estupefacción me paralizó, y enseguida me sobrevinieron los temblores.

«No es cierto, no es real», me dije.

«No es cierto, no es real», me dije. «Estoy teniendo una alucinación debido a mis estúpidas divagaciones. No es real».

Pero sí lo era.

Fabio agonizaba en el suelo y mis ojos se empañaron de puro terror. Los cerré con fuerza pensando que al volver a abrirlos saldría de aquella pesadilla. Pero no desaparecería de allí simplemente porque lo deseara. Acababa de entrar en la boca del lobo y este iba a engullirme sin miramientos.

Muerta de miedo como estaba, me flaquearon las piernas. Tuve que apoyarme en la pared para no precipitarme al suelo. Creí que aquello ya era más que suficiente, que aquella imagen era el límite. Pero me equivoqué.

Alguien sonrió. Alguien que conocía bien.

Mi padre parecía disfrutar con que uno de los suyos hubiera matado al menor de los Gabbana a sangre fría. Se sentía orgulloso.

«¿Qué demonios significa esto? ¿Quién eres, papá?». No podía creerlo.

Tropecé, provocando un leve crujido seco que alertó al asesino, quien todavía empuñaba el arma. Ese hombre era Valentino Bianchi y sus ojos verdes esmeralda fueron lo último que vi antes de agacharme.

Valentino había disparado, había matado a Fabio delante de todos.

—No te asustes, hijo. Es el ascensor —dijo Adriano. Su padre también estaba allí.

¿Pero qué clase de reunión era aquella?

«Mierda, tengo que salir de esta». Me tapé la boca. Estaba demasiado nerviosa y asustada, temí que pudiera escapárseme un gemido.

—Será mejor que nos vayamos. Enviaré a unos hombres para que se

deshagan del cadáver cuanto antes. Si los Gabbana descubren quién lo ha hecho, estamos perdidos —dijo mi padre, saliendo del laboratorio.

¿Si los Gabbana lo descubrían? ¡Joder! ¿Qué estaba pasando? ¿De qué iba todo aquello?

Me obligué a mantener el control y a respirar con normalidad sabiendo que sería en vano. Las lágrimas no dejaban de caer, no podía ver con claridad, y ellos se estaban acercando a mi posición. ¡Iban a descubrirme!

«¿Y después qué? ¿Me matarán a mí también?».

Me encogí y comencé a gatear hasta ocultarme bajo una mesa. Unos segundos después, reconocí a Jago Bianchi al llamar al ascensor. Este se abrió de inmediato.

—¿Lo ves, hermanito? Ha sido el ascensor —dijo.

Conté seis hombres, y entraron en el elevador dejándome ver que todos tenían las manos enguantadas. En cuanto la maquinaria se puso en marcha y empezaron a bajar, salí de mi escondite y me lancé a por Fabio. Debía comprobar por mí misma si era cierto que estaba muerto. De lo contrario, tenía que salvarlo.

El agujero de bala no dejaba de borbotear. Me hincé de rodillas, sintiendo cómo las lágrimas caían sin control, e instintivamente presioné la herida para detener el sangrado. Me acerqué a su nariz y noté que todavía respiraba débilmente. Empecé a zarandearle para que despertara.

Sus ojos azules se dilataron de puro espanto cuando me descubrieron. Pero yo solo me centré en la oportunidad que se nos había presentado: Fabio aún estaba vivo.

—¡Oh, Dios mío! —Lo abracé sin dejar de presionar la herida. Y la sangre brotó de su boca cuando quiso hablar—. No digas nada, tengo que sacarte de aquí —sollocé entre jadeos.

Con la poca fuerza que le quedaba, Fabio cogió mi brazo y negó con la cabeza.

—Yo... ya estoy... muerto..., Kathia —balbuceó provocándome un llanto aún más desconsolado.

—No, tú solo aguanta. Te salvaré, Fabio. Te pondrás bien.

El dolor ansiaba paralizarme, era tan espeso que temí perder la cabeza. ¿Cómo le sacaría de allí si ni siquiera tenía fuerzas para dejar de llorar?

—Mírame... —Fabio acarició mi cara y me aferré a su mano—. Toma esto... —Con la otra mano, me entregó un pequeño dispositivo, un *pendrive* negro—. Cógelo... y vete.

—No, no te dejaré. Ya te lo he dicho.

Su mirada era tan paternal... Mi padre jamás me había mirado así. Tampoco me había sonreído nunca de aquella forma. Fabio lo hizo aun sin tener fuerzas ni para respirar.

—Eres... tan hermosa... —Esta vez sí se le estaba escapando la vida—. No me guardes... rencor, mi... pequeña. Tienes que... prometérmelo... Por favor...

—Sí, Fabio, lo prometo. Ahora, vámonos.

No tenía sentido lo que decía, pero asentí solo para que se tranquilizara y dejara de hablar. Estaba perdiendo todas las fuerzas que necesitaba para salir de allí.

Lo cogí por los hombros y lo arrastré por el suelo sin dejar de llorar. Él soltó un gemido de dolor.

—No, déjalo. Ven... Ven aquí... Abrazame.

Obedecí y me lancé a sus brazos sin saber que iba a escuchar sus últimas palabras.

—Cuida de... ellos... De mi Cristianno y mi... pequeño... Ellos... son quienes más peligro corren...

—Voy a llamar a una ambulancia y te pondré a salvo. No puedes irte sin más, Fabio.

Forzó una sonrisa que incluso iluminó sus ojos. Parecía que había dejado de sufrir, que ya no sentía ni un ápice de dolor.

—Te... quiero. —Aquel susurró me atravesó duramente.

Entonces, exhaló un último aliento antes de irse a un lugar al que ya no podía alcanzarlo. Murió en mis temblorosos brazos.

—¿Fabio? ¿Fabio?! —Arranqué a llorar histéricamente—. ¡No! Di algo, Fabio. ¡No puedes irte!

Pero no pude hacer nada más que aferrarme a su cuerpo inerte y dejarme engullir por el dolor notando que algo de mí moría con él.

Cristianno

---

Kathia tardaba.

Había dicho que para las seis de la tarde ya habría llegado a casa de Dani. Sin embargo, habían pasado cerca de veinte minutos y ni siquiera

contestaba mis mensajes. No era motivo de preocupación, pero algo de mí se inquietaba por momentos.

—Cristianno, ¿qué estás haciendo? —preguntó mi amiga.

Agité mi teléfono.

—Le escribía a Kathia. Se ha hecho un poco tarde.

Al decirlo en voz alta, me sentí un poco tonto. No quería parecer el típico tío absorbente. Pero supongo que era demasiado pronto para saber manejar la situación. Kathia era lo más serio que había tenido nunca y todavía estaba en proceso de creérmelo siquiera.

—¿Sabes que el enamoramiento te ha subido el guapo? —bromeó Dani con dulzura.

—Eso es porque tú me ves con buenos ojos. —Besé su frente.

—Algo que empieza a molestarme —intervino Alex, entrando en la terraza con una sonrisa.

Me acerqué un poco más a Daniela, incitando a mi gran amigo a que hiciera una mueca.

—Recuérdame que nos encontremos cuando tu novio no esté presente —susurré sin dejar de mirar a Alex—. No queremos que se ponga celoso.

—Capullo. —Se lanzó a mí y me dio un palmetazo en el hombro. Me encantaba jugar con él y mucho más saber que me seguía el rollo.

—Oye, ¿dónde se ha metido la Carusso? —curioseó Mauro apareciendo con una bolsa de *snacks* en la mano.

—Aún no lo sé.

—Coño, pues llámala, atontao.

—Cómo te estás pasando, Mauro. —Aquella amenaza tan sugerente hizo más gracia que otra cosa.

Puede que mi primo hubiera utilizado unas formas que me hicieron sentir incluso más estúpido que hacía unos minutos, pero eso me dio la valentía para decirme a llamar.

Ciertamente, telefonar a alguien no era una tarea muy complicada y, en todo caso, yo era un hombre bastante atrevido. Pero Kathia había despertado reacciones en mí completamente desconocidas.

Me preparé para marcar su número, pero me sobresaltó ver que su nombre aparecía en pantalla. Ella se había adelantado.

Descolgué emocionado.

—¿Dónde está mi preciosa bruja? —pregunté.

Sin embargo, ella respondió como nunca hubiera imaginado.

Rompió a llorar descontroladamente. Entre jadeo y jadeo, escuchaba mi nombre ahogándose en sus lágrimas.

—Kathia, ¿qué pasa? ¿Dónde estás?

Los nervios me consumían, se hacían cada vez más grandes. Y ella no decía nada, no dejaba de llorar. No imaginaba la cantidad de escenarios en los que estaba pensando, todos ellos terriblemente crueles.

¿La habrían herido? ¿Robado? ¿Atacado? ¿Secuestrado?

—¡Kathia, por Dios, dime dónde estás! ¿Qué ocurre? —grité al tiempo que los chicos se tensaban confirmando que, en realidad, estábamos ante un serio problema.

Mauro dijo algo, no supe qué. Escuché su voz pegada a mí, pero no lo entendí. No pude.

—Estoy... —Kathia se sorbió la nariz—. Estoy en los laboratorios Borelli...

¿En los laboratorios? ¿Por qué?

—Fabio... Fabio ha... ha muerto... Lo han matado..., Cristianno. Y yo no he... podido hacer nada.

Se me cortó el aliento. No fui capaz ni de sentir el suelo que pisaba. Todos empezaron a parlotear aturridos, todavía confundidos con la situación. Pero Kathia y yo permanecimos callados. Fue como si nos hubiéramos cogido de la mano y hubiéramos caído por ese abismo que varias veces habíamos mencionado. Nos marcaría de por vida.

¿Así que ese era el motivo por el que me había sentido inquieto? ¿Lo había sentido? El cuerpo sin vida de mi tío estaba entre los brazos de la mujer que amaba, la misma que lloraba al otro lado de la línea.

Escuché un chasquido seguido de un tintineo.

Entonces Kathia colgó.

Y yo eché a correr como un loco.

Kathia

---

Valentino había regresado.

Salía del ascensor y se acercaba a mi posición a toda prisa.

Pronto me descubriría, y sabedora de lo capaz que era de herir a alguien hasta la muerte, no me convenía toparme allí con él. No era algo que Fabio

hubiera deseado y, aunque me doliera espantosamente abandonar su cuerpo, tenía que esconderme.

Besé la frente helada del Gabbana y corrí a agazaparme tras una estantería. El llanto insistía, se mezcló con el terror más absoluto. Si me abandonaba a esa emoción, yo misma me delataría.

Apoyé la espalda en la pared, me encogí de piernas y apreté los dientes antes de taparme la boca con las manos. Fue lo único que se me ocurrió para contener los espasmos. Ahora no podía llorar, tenía que recuperar el control.

Escapar.

Miré a través de la estantería descubriendo que Valentino registraba la sala con aire irascible. Buscaba algo, desesperado. Al no encontrarlo en rededor, se acercó al cuerpo de Fabio para hurgarle en los bolsillos. Evidentemente, no halló lo que quería y se incorporó observando al Gabbana con cinismo. Fue una suerte que no se hubiera dado cuenta de que lo había arrastrado.

«Maldito bastardo. ¿Qué clase de bestia eres? Deberías estar en su lugar».

Fruncí los labios. Detrás del dolor, detecté la rabia y esta me dio fuerzas. Tenía miedo, no podía negarlo. Había visto cómo asesinaban a alguien querido. Pero no me sentí cobarde. La adrenalina y el odio corrieron por mis venas con ímpetu.

Valentino, entonces, adoptó una mueca bravucona y le dio una patada en las costillas a Fabio. Giré el rostro deseando no haberlo visto. Se estaba regocijando con el cadáver de un gran hombre.

Debía escapar antes de que me viera. Tenía que reunirme con los Gabbana e informarles de inmediato. No podía permitir que un asesino anduviera suelto.

Vi la puerta de la escalera de emergencia. El Bianchi se iba. No había encontrado lo que buscaba, quizá porque yo misma lo tenía en las manos, y ahora lo aferraba con fuerza.

Justo cuando se encaminó al ascensor, comencé a arrastrarme a gatas hacia la puerta de las escaleras. Pero no conté con que se me caería el móvil. Había olvidado que lo tenía en el regazo.

El ruido alertó a Valentino y le detuvo en seco. Yo me quedé muy quieta, observando desde el suelo cómo él empuñaba su pistola.

Avanzó un paso, tragué saliva.

Avanzó otro. Cargó su arma. El sonido atravesó mis oídos.

Aquella bala sería para mí.

«Sal de aquí, Kathia. ¡Ahora!».

Cogí el móvil y me abalancé dando tumbos hacia la puerta. Esta se abrió con violencia y me incitó a salir desbocada al rellano. Me estampé contra la barandilla de las escaleras, tratando de clavar mis pies en el suelo para no terminar cayendo los siete putos pisos de altura.

La oscuridad me envolvió, tan solo interrumpida por las señales luminosas que indicaban la información sobre la planta. Bastaría para ver los escalones, así que me puse la capucha de mi chaqueta para ocultarme y empecé a bajar, aterrorizada.

Al llegar al sexto piso, Valentino apareció saltando los peldaños de tres en tres mientras intentaba apuntarme. Por suerte, me había convertido en una maldita sombra amparada por la penumbra.

Ya en el cuarto piso, comenzaron los disparos. Una bala impactó en la barandilla. Sentí el temblor bajo mi mano. ¡Iba a matarme!

Aceleré aún más, consciente de que mi equilibrio era demasiado inestable. No dejaba de dar tumbos con cada estruendo. Y entonces me estrellé contra la puerta de la planta baja. Tras ella estaba el vestíbulo. Tras la impresora estaba la llave. Tras la enorme cristalera estaba la calle, y con ella, mi salvación.

Pero la maldita puerta no se abría y Valentino se acercaba más y más. Le di una patada.

«¡¿Qué mierda de escalera de emergencia tiene las puertas cerradas, joder?!».

No me quedó otra que arriesgarme a subir al primer piso y escapar por allí. Y la fortuna parecía de mi lado, porque pude lograrlo a tiempo de ser alcanzada por el condenado Bianchi.

Entré en la sala en sintonía con un nuevo disparo. Tratando de evitarlo, tropecé con un sofá y caí sobre él duramente. Enseguida me puse en pie y retomé mi ritmo sin saber muy bien qué dirección tomar.

Sabía que el ascensor no vendría a tiempo y no había otra maldita escalera. Tan solo podía esconderme en el despacho más alejado.

Fue lo que hice. Me agazapé tras el escritorio, cubriendo mis jadeos asfixiados con las dos manos.

Estaba atrapada.

Los pasos de Valentino pronto darían conmigo. Y después... Después estaría en manos de cualquiera de sus decisiones.

Entonces, vi el conducto de la ventilación. Era de un tamaño aceptable para mi corpulencia y no estaba atornillado. Si tiraba de habilidad podría huir a través de él.

Pensarlo de más hubiera sido arriesgado, así que me levanté a toda prisa, cogí una silla y arranqué la rejilla. Trémula, me impulsé dentro del agujero y comencé a arrastrarme por el conducto al compás de una nueva oleada de disparos. Otro tipo de temor me abordó. Valentino era listo, sabía que no podía seguirme dada su envergadura. Por tanto, introduciría su arma dentro y dispararía.

No habría escapatoria, a menos que me diera prisa y tomara un desvío. Me dio igual ensangrentar mis rodillas. Corrí más rápido que nunca, y giré a tiempo de evitar un disparo. No sabía dónde acabaría, pero tenía que aguantar allí como fuera.

Mis dedos clavándose en la fría superficie. Mis lágrimas derramándose veloces por mis mejillas. Mi corazón a punto de escapárseme por la boca. Me asfixiaba en mis propios gimoteos.

Sin embargo, no llegaría lejos manteniendo aquel ritmo. Aquel lugar no estaba hecho para la presencia humana.

De repente, la chapa comenzó a tambalearse. Me detuve colocando las palmas de mis manos en la pared con la intención de hacer presión para mantener mi peso, pero la base terminó cediendo.

Primero tembló y luego se desprendió, arrastrándome al vacío.

Supe un instante antes que me estrellaría contra la mesa de cristal del vestíbulo, que mi espalda la haría añicos.

Impacté en el suelo arrastrando un millón de cristales.

## Capítulo · 40

Cristianno

---

Vi a Kathia estrellarse contra la mesa al tiempo que yo frenaba bruscamente. Los cristales se extendieron por el suelo y terminó salpicada por cientos de ellos.

Salté de la moto como alma que lleva el diablo y me lancé hacia la entrada del edificio, importándome un carajo a qué o a quién debía enfrentarme.

Era cierto que odiaba la idea de sacar el arma delante de Kathia, pero no me quedaban opciones, su vida estaba muy por encima de cualquier cosa, incluso de mí mismo. En cuanto descubriera quién quería hacerle daño, le descuartizaría.

Cogí la pistola que llevaba en la espalda y disparé al cristal de la entrada antes de echar a correr hacia Kathia. Las puertas del ascensor se abrieron justo cuando me arrastré tras el mostrador, evitando ser visto por el agresor.

Yo, en cambio, sí pude verle a él. Y, maldita sea, no me sorprendió, porque una condenada parte de mí suponía desde hacía tiempo que algún día un Bianchi nos traicionaría.

Kathia permanecía tras la madera doliéndose de una rodilla. Tenía sangre por todas partes, en el rostro, en la ropa, en las manos y piernas. La sangre de Fabio, mezclándose con sus propias heridas.

Alcancé su brazo y la arrastré hacia mí.

—¿Estás bien? —gemí. Valentino comenzó a disparar en nuestra dirección.

Aterrorizada, Kathia se aferró a mi chaqueta entre sollozos y temblores. Yo la protegí con mis brazos, masticando la ira, tomándome un instante para ordenar mis ideas.

Entonces, la cogí del rostro y la obligué a mirarme.

—¡Kathia, escúchame! —Asintió con la cabeza—. Tienes que hacer todo lo que te diga, ¿me oyes? No tengas miedo, estoy aquí, ¿de acuerdo, cariño?

Volvió a asentir cuando de pronto avistó el arma que colgaba de mis dedos. Creí que sus pupilas no podrían dilatarse más de lo que ya estaban, pero me equivoqué. Luchaba por comprender qué hacía yo empuñando algo tan letal.

Sin embargo, no era momento de preocuparme por su posible rechazo hacia mí. Acababa de perder a una persona que amaba con locura. No resistiría perderla a ella también.

—Corre hacia la puerta cuando yo te diga, ¿entendido?

—¿Y tú? No pienso irme sin ti. —Su voz sonó rotunda, aunque las lágrimas seguían cayendo por su mejilla.

—Iré tras de ti, lo prometo.

Eché un vistazo al vestíbulo. Valentino se había escondido en el pasillo de las escaleras de emergencia, seguramente para recargar. Unos segundos después, volvió a disparar y Kathia tiró de mí para protegerme.

—No pasa nada —susurré. Ella frunció el ceño.

—No es la primera vez, ¿verdad?

Mi silencio le dio la respuesta y me tranquilizó un poco la confianza que hallé en su mirada. Quizá todo no estaba tan perdido.

Reparé en el cartel indicativo que colgaba del techo. Si disparaba a los alambres que lo sostenían, caería sobre Valentino y su desorientación nos daría los minutos que necesitábamos para huir.

No lo pensé demasiado. Me humedecí los labios al incorporarme y apunté sabiendo que Kathia me contemplaba estupefacta.

Jamás hubiera creído que terminaría descubriendo mi mundo de aquella manera tan fulminante. Con sus ojos clavados en mí, supe que Kathia había entendido que yo no era un chico normal, que Valentino tampoco lo era. La muerte, el dolor. El miedo.

Disparé, notando una terrible presión en el pecho. Como estaba previsto, el panel se soltó y cayó sobre la espalda de Valentino, arrastrándolo al suelo.

—¡Ahora, corre! —grité tirando de ella para que se pusiera en pie.

La empujé delante de mí, para evitar que fuera vista. Si Valentino la descubría su vida correría peligro, de eso estaba seguro.

Salió corriendo sorteando los trozos de cristal. Una vez en la calle, pude adelantarme a su paso, guardándome la pistola, y me subí a la moto. Enseguida me siguió y se enganchó a mi cintura al tiempo que yo aceleraba.

Con cada metro que me separaba de los laboratorios Borelli, más crecía la agonía. Mi tío estaba muerto. Mi querido Fabio se había ido y se había

llevado consigo las noches conversando, cada una de sus bellas palabras, sus caricias, sus peculiares bromas, la necesidad de su presencia.

—Necesito que pares —jadeó Kathia, y obedecí ocultándonos en un callejón poco concurrido que había cerca de mi edificio.

Ella enseguida se bajó y caminó errática hasta pegarse a la pared. Con una mano en la boca y la otra apoyada en el muro, Kathia fue deslizándose al suelo, asfixiándose en su propio llanto.

La seguí contagiándome de sus lágrimas. Las mías cayeron más lentas, un poco más ardientes, y el nudo en mi pecho se hacía cada vez más grande. No quería caer. No quería llorar la pérdida. Hacerlo le daría más realismo.

Pero tampoco podía negar lo evidente. Ya no había vuelta atrás.

Acaricié el hombro de Kathia. Tan solo por un instante. Ella se estremeció al apartarse y me miró asustada. Sé que fue involuntario, que su cuerpo todavía conservaba el miedo, era demasiado pronto para deshacerse de él. Pero me hirió no tener la oportunidad de consolarla. De llorar juntos.

—Está muerto... —sollozó trémula. Sus ojos grises consumidos por un rojo voraz.

Agaché la cabeza, apreté los dientes. Iba a estallar. La garganta se me cerró, respirar se convirtió en una tarea casi imposible, y lo único que pude hacer fue hincarme de rodillas en el suelo, completamente derrotado.

«Sí, está muerto...», pensé, y por un instante la idea de seguir a mi tío no me pareció tan mala.

Kathia apoyó su mano en la mía. La miré de súbito, un tanto sorprendido. Me temía, pero se imponían los sentimientos. Nos aferramos el uno al otro con brío.

—Deja que te lleva a casa... Por favor... —jadeé.

Ya pensaría después en cómo mi vida se había convertido en un putito infierno en apenas unos minutos.

## Kathia

—

Entré en el salón de Cristianno aferrada a su mano. Su familia reaccionó de inmediato, pero aquellos cortísimos segundos de inadvertencia me permitieron observarles.

Estaban todos reunidos, tomando café y parloteando entretenidos ajenos

al desastre. Me pareció una escena tan entrañable que odié con todas mis fuerzas ser la persona designada a romperles el corazón.

Graciella Bellucci, la madre de Cristianno, se puso en pie como un resorte. Fue la primera en vernos.

—¡Oh, Dios mío! ¡¿Qué ha pasado?! —gritó lanzándose a por mí.

Todos se levantaron. Sabía lo que habían visto. Estaba cubierta de manchas de sangre.

Comenzó a inspeccionarme asustada, con la respiración agitada y las manos temblorosas. Enseguida se le unió su cuñada Patrizia, la madre de Mauro.

—¡Tienes las rodillas desgarradas! ¿Has tenido un accidente?

Negué con la cabeza, sin apenas fuerza.

—No es solo suya... —masculló Cristianno, impotente.

Sentía que iba a desplomarme en cualquier momento. Pero ver el rostro de Enrico hizo que encontrara la manera de aguantar erguida, y de nuevo me abordaron las lágrimas cuando él se lanzó a mí para abrazarme. Aferrada a su pecho, miré a Cristianno.

Él se había concentrado en los ojos de su padre, y reinó el silencio, solo interrumpido por los resuellos de sorpresa de las mujeres. Se estaban hablando sin que nadie pudiera escucharles.

—¿De quién es, Cristianno? —preguntó Alessio.

Bastó como respuesta que su sobrino bajara la cabeza para ocultar la tentativa de las lágrimas.

—¡Cristianno! ¡Oh, joder! ¿Estáis bien? —exclamó Mauro entrado de súbito junto a Eric y Alex.

—¿Dónde está mi hermano? —habló Silvano esperando que su hijo le mirara de nuevo. Pero no lo hizo hasta que gritó—: ¡Contesta, maldita sea! ¡¿Dónde está mi Fabio?!

Cristianno se humedeció los labios después de morderlos. Estaba totalmente desconsolado, afligido. Habían matado a su tío, a quien él tanto adoraba. Sus ojos reflejaban la enorme cantidad de tristeza y sed de venganza.

Enrico, entonces, me soltó para mirarme atónito. Buscaba la confirmación en mis ojos y la encontró, porque retrocedió un par de pasos. Mauro, enseguida, cubrió su lugar al verme tan inestable. Me aferré a sus brazos, tratando de controlar el llanto.

—¿Tú estabas allí? —murmuró Enrico en voz muy baja.

Asentí justo en el instante en que Cristianno se venía abajo. Se desplomó

contra la pared llevándose las manos a la cabeza. Yo arrastré la mirada hacia Silvano.

—No he podido... evitarlo... Yo podría haberle salvado, pero no supe qué hacer y había mucha sangre —sollocé acercándome a él, suplicándole perdón—. Lo siento mucho... Silvano. Lo siento tanto.

—Cállate. —Tiró de mí para rodearme con sus brazos—. Cállate, pequeña.

Las mujeres rompieron a llorar, Diego golpeó la pared, los chicos empezaron a blasfemar todo tipo de cosas. Alessio incluso terminó hundido en el sofá.

—¿Dónde? —gruñó Diego.

—En los laboratorios... —suspiró Cristianno.

Graciella cogió la mano de su hijo.

—Kathia, cariño, escúchame. ¿Viste a alguien? —preguntó Valerio.

Me alejé de Silvano y le observé temerosa. Debía decirles la verdad, que mi padre estaba allí y que seguramente dio la orden. Tenía, al menos, que darles la oportunidad de saber quién había sido el que se había llevado a un familiar.

—Adriano Bianchi. También sus dos hijos y... mi padre... El resto eran... guardias. —Contuve el sollozo que resbalaba por mi garganta—. Dijeron que... llamarían a sus hombres para que... se deshicieran del cuerpo... antes de que vosotros lo supierais.

Entonces, nos miramos. Cristianno me contempló con fijeza, lo hizo con tal intensidad que casi pude sentir sus manos sobre mi cuerpo. Fue como si todo lo demás desapareciera, como si los metros que nos separaban se redujeran a la nada.

En ese momento, poco pudimos hacer para ocultar que nos amábamos. Todos lo descubrieron, así como supieron que nuestro amor no sería fácil.

«No, no es momento de pensar en eso, hay cosas mucho más importantes». Pero esa certeza me golpeó el vientre, bruscamente.

—Valerio, Diego, llamad a mis inspectores —ordenó Silvano, en actitud más bien ida—. Que vayan y levanten el cadáver. No quiero que toquen a mi hermano.

Me quedé allí plantada, en el centro del salón, contemplándolo todo inerte mientras el mundo se movía caótico a mi alrededor.

Cómo había cambiado mi vida en unos minutos.

Tan absorta estaba en ello que no le vi venir. Cristianno me cogió de la

mano y me arrastró con delicadeza hacia las escaleras.

## Capítulo · 41

Cristianno

---

Venganza.

Ardía en mi piel como si alguien me hubiera echado encima las brasas de una hoguera. Me corroía por dentro. Había tomado el control de mi cuerpo e incluso estaba haciéndome divagar sobre qué tipo de muerte les daría a los asesinos de mi tío. Pero ninguna de ellas me parecía lo suficientemente cruel y agónica.

Supongo que siquiera me bastaba con matarlos. No me devolvería todo lo que había perdido esa tarde.

Sin embargo, por encima de mis demencias sobre la muerte de mis enemigos, y aunque ese sentimiento fuera casi imposible de acallar, había algo incluso más importante.

«Fabio ha perdido la vida en los brazos de Kathia», pensé por enésima vez, y supe que ese hecho me perseguiría sin cesar.

Traté de coger aire. No terminó de llenar mis pulmones. El aliento surgió trémulo al expirar. Me escocían los ojos. Deseaba romper a llorar como un loco, realmente lo necesitaba. Pero las lágrimas prefirieron jugar en la comisura, aumentando la irritación y mi desesperación.

Eché un vistazo al baño.

Kathia estaba dentro de la ducha, podía verla por el hueco de la puerta. La silueta de su cuerpo desnudo empañada por el vapor que desprendía el agua caliente. Era la primera mujer que entraba en mi habitación y, sin embargo, ese hecho ya no valía nada. Porque quizá sería la última.

El dolor por la muerte de Fabio se había desinhibido en mí porque sabía que portaba consigo el desprecio de Kathia. Lo que habíamos compartido aquellos bonitos días juntos, desaparecía con cada segundo que pasaba, desencadenando el abrumador final de una historia que ni siquiera había comenzado.

¿Qué haría ahora que les había perdido a los dos? Nada. Seguramente me

centraría en cobrarme la venganza y después... Nada. Porque Fabio y Kathia se lo habrían llevado todo de mí.

La vi salir de la ducha.

Cruzó desnuda y empapada el baño y alcanzó las prendas que le había entregado mi madre. Cabizbaja, comenzó a vestirse. Ignoraba que yo la observaba, que detecté a la perfección la hinchazón de sus ojos y el temblor de sus dedos. El dolor y el miedo experimentado la perseguiría de por vida. Pero también la decepción causada por haberse enamorado de un hombre como yo.

Se me empañó la vista.

Si Kathia elegía odiarme, estaría en su derecho. No había sido sincero con ella. Considerar que la había mentado no era del todo correcto, pero sí que había eludido darle una explicación que le permitiera decidir. Tan solo conocía de mí la parte más amable, la que más le convenía. Por tanto, la evasión podía indicar una mentira.

Y no una sencilla, ni siquiera piadosa.

Vivía cruzando del bien al mal a mi antojo, llegando incluso a no apreciar la diferencia. Así había sido desde incluso antes de que mis padres nacieran. Incluso antes de que mis abuelos existieran. Un estilo de vida más allá de la ley, basado en el poder.

Matar, extorsionar, traficar.

No, era mucho más que todo eso. Nosotros estábamos por encima. Éramos los dueños de Roma, la riqueza de Italia, por nuestras labores oficiales y también por las ilícitas.

Soportar esa verdad sería condenadamente difícil para Kathia.

Lo supe bien en cuanto la vi salir del baño.

Su forma de mirarme. Fría, distante, completamente ida. Hasta un poco cruel. Me indicó que ahora venía la peor parte. Se acercó a mí caminando taciturna, ni siquiera pude leer sus expresiones.

—¿Quién eres? —preguntó bajito, frente a mí.

Agaché un poco la cabeza. No podía soportar enfrentarme a su mirada glacial.

—Cristianno Gabbana —murmuré, y ella resopló una sonrisa.

—No. El Cristianno Gabbana que yo conozco es capaz de muchas cosas, pero no va por ahí empuñando un arma como si esta misma fuera una extensión de su propio brazo... —espetó casi despiadada—. El Cristianno que yo conozco no es un mentiroso.

Me cortó el aliento. Un terrible escalofrío me atravesó el pecho,

provocándome una fuerte sacudida. No supe darle una explicación al corrosivo miedo que me embargó en ese instante.

—Kathia...

—¿Qué? ¿Qué dirás? —me desafió.

—Nada... No puedo decir nada —gemí.

—Entonces, guarda silencio. Eso se te da bien.

Continuó observándome inclemente, con una severidad que temí. Qué lejos estábamos el uno del otro.

—No he mentado...

—No lo has hecho. Eso es verdad. Pero me has mirado a los ojos consciente de todos tus secretos. ¿Pensaste que algún día saldrían a la luz, eh, Cristianno? —Sonó irónica, un tanto déspota.

—Creí que podría hacértelo fácil.

—Ya ves que no...

Se alejó un par de pasos, en dirección a los ventanales, abrazándose el cuerpo. No creo que fuera consciente de ello, aunque Kathia estuviera luchando por ser cruel conmigo. Más bien parecía terriblemente herida con lo sucedido, y yo no sabía cómo arreglarlo, cómo hacerle entender que aquella dura situación sería un poco más sencilla si nos teníamos el uno al otro.

La dejaría ir si me lo pedía. Dios, o lo que sea que hubiera allí arriba, sabía que lo único que me importaba era su bienestar y seguridad, incluso si ello estaba por encima de mi amor por ella.

Pero una cosa era cierta y no podía evitarse. Si decidía dejarme atrás, se llevaría mi corazón para siempre. Ya no habría vida después de ella.

—Lo que ha pasado hoy... me ha ayudado a entender muchas cosas. Ha dado respuesta a todas mis dudas —dijo sabiendo que sus tenues palabras llenarían toda la habitación—. Soy un maldito negocio... Por eso quieren entregarme a Valentino. Por eso mi madre discutía con mi abuela. Por eso mi padre siquiera se molesta en tratarme con amabilidad. —Me miró por encima del hombro y sonrió mordaz—. No soy más que un instrumento en lo que sea que hayan planeado. Y tú... formas parte de todo ello.

De nuevo, una estocada. Esta vez el temblor me atravesó el vientre y no solo me estremeció, sino que me hirió con violencia.

Mi Kathia había desaparecido. Sabía que estaba bajo aquella fachada de mujer severa, pero yo ya no podía verla y no creí que ni ella misma pudiera sentirla.

—Has sido capaz incluso de provocar que me enamore de ti como una

demente... —Agachó la cabeza para ocultarme sus ganas de echarse a llorar.

—¿Qué estás insinuando? —Di un paso al frente, extrañado.

—¿Planeaste el incidente del taxi? —rezongó, mirándome iracunda.

Rabia que enseguida yo adopté y me llevó a contemplarla con la misma saña que ella estaba utilizando. Apreté los dientes y convertí mis manos en puños. Kathia estaba sugiriendo que la había utilizado para mis objetivos.

—¿Cómo se te ocurre pensar algo así? ¿De verdad me crees tan canalla? —gruñí.

—No lo sé. Ya no sé nada.

—Kathia... —Intenté acercarme, pero negó alzando una mano.

—Deberías al menos haber contado con mis reacciones. Haber supuesto, aunque solo fuera por un instante, que me herirías y que, en realidad, no lo merezco.

No le consentiría que desmereciera mis sentimientos por ella porque eran lo más auténtico que había sentido jamás.

—Es lógico que ahora mismo no seas capaz de razonar como es debido. Pero nada de lo que estás imaginando es cierto.

—Imagino muchas cosas, Cristianno. —Torció el gesto. La mirada se le enteló—. Incluso que el amor tiene un límite. Un final.

Una lágrima se escapó de sus ojos. Cruzó su mejilla al tiempo que yo me tambaleaba. Nos odiamos en silencio, nos amamos como nunca antes. Incapaces de mencionarlo, nuestros cuerpos se encargaron de expresar la enorme cantidad de emociones que nos invadía. La necesidad era una de ellas, pero el orgullo parecía más importante.

Kathia miró a su alrededor antes de dirigirse a la puerta.

—¿Qué estás haciendo? ¿Te vas? ¿No vas a dejarme siquiera darte una explicación? —Soné desesperado.

—¿Qué podrías decir que esté a la altura de tus actos? No me creas tan estúpida, Gabbana.

Me dio la espalda y yo me interpuse en su camino para volver a mirarnos de frente, esta vez a unos pocos centímetros.

—Ni se te ocurra, Kathia. Que salgas por esa puerta y te alejes de mí no cambiará nada. Seguiré siendo tuyo, incluso aunque no quieras.

—Tú nunca podrías ser de nadie, más que de ti mismo —atacó y me sobrevinieron las ganas de gritar.

—¡Cállate! —La cogí de los brazos y la zarandeeé—. Estás cargándome con culpas que no tienen que ver conmigo. No eres la única que ahora sufre.

—Le he visto morir... ¿De verdad puedes compararte?

—¡Era mi tío, Kathia! ¡Mi Fabio! ¡Tú le has tenido unas horas! ¡Yo me he pasado la vida a su lado! ¡¿Cómo puedes pensar que no me duele?!

Forcejeamos. Ella tratando de soltarse, yo luchando por impedirlo.

—Escúchame, Kathia. Escúchame —le supliqué.

—Suéltame... —sollozó.

Y maldita sea, la dejaría ir si finalmente era lo que deseaba. Pero no podía robarme la oportunidad de pelear por ella.

—No negaré quién soy. Mi verdadero yo puede decepcionarte, lo comprendería. Pero no puedo permitir que me creas capaz de haber jugado contigo. Porque no es cierto. Si te vas, te lo llevarás todo de mí. Absolutamente todo, Kathia. —Ella gimió de dolor e inclinó la cabeza hacia atrás en busca de aire—. He perdido a alguien a quien amaré toda mi vida. No hagas que te pierda a ti también —gimoteé herido.

—Yo... ya no sé... No lo sé, Cristianno. Ni siquiera sé cómo demonios estoy siendo capaz de hablar contigo en este momento.

No me di cuenta de que había empezado a llorar con ella hasta que saboreé mis propias lágrimas.

—¿Puede bastar que te ame, Kathia? ¿Bastaría, cariño? ¿Sería suficiente para ti? —sollocé.

—Lo ha sido. Te juro que lo ha sido...

—Pero ahora...

—Deja que me vaya... Cristianno...

«Aquí está el final... Debo decirle adiós...».

No dije nada más. Creo que el silencio era la mejor opción. De haber hecho lo contrario, seguramente, habría alejado a Kathia aún más. Así que antepuse sus deseos a los míos y liberé su brazo.

Kathia salió de mi habitación arrastrando los pies.

Y yo me hincé de rodillas dejando que la pérdida me inundara.

Kathia

—

Tras salir de la habitación de Cristianno, me escondí en un rincón del pasillo y rompí a llorar de nuevo. En esa ocasión, siquiera pude gimotear, un enorme nudo en la garganta me robó la voz.

Simplemente lloré en un silencio escalofriante hasta que me vi capaz de ponerme en pie y, aunque lo hice tambaleante, me pudieron las ganas de huir de allí.

En verdad, no estaba segura de adónde ir porque ni siquiera mi casa la sentía como tal. Pero no soportaba un instante más en el edificio Gabbana.

Al bajar las escaleras, me topé con Enrico a punto de subirlas. Se quedó a medio apoyar el pie en uno de los peldaños antes de retroceder y mirarme cauteloso. En apenas un rato, se le había oscurecido la mirada, fruto de la hinchazón de las ojeras.

Él sería quien peor lo tendría. Sabía que adoraba a Fabio como si fuera un padre. Seguramente debía fingir que no le hería su pérdida una vez llegara a la mansión.

A él también lo odié.

Pero detesté muchísimo más las fortísimas ganas de refugiarme en sus brazos hasta que todo aquello terminara. Enrico Materazzi era mi hogar.

—¿Puedes sacarme de aquí? ¿Puedes simplemente llevarme lejos?

De lo contrario, temía regresar a Cristianno.

Me tendió la mano en señal de conformidad, pero no me atreví a tocarle. Pasé de largo en dirección al ascensor. Él me siguió dentro antes de que las puertas se cerraran. Me observaba de reojo, expectante. No descubriría mucho, más que una expresión inerte. Ya no me quedaban fuerzas para nada más.

Agaché la cabeza, apreté los dientes y suspiré hondo.

—Tú también estás involucrado, ¿verdad? —mascullé.

Enrico frunció los labios y torció el gesto, atormentado.

—Me temo que sí... —dijo timorato.

—¿Y el resto? ¿Quién más está dentro?

—Todos.

Mi respiración se atropelló coincidiendo con una nueva oleada de lágrimas. Tuve que echar a mano a la poca fortaleza que me quedaba para poder contenerlas.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Le miré acusadora.

—No es algo que se pueda contar... Uno lo descubre con el tiempo. Pero tú no has estado aquí para saberlo antes.

—Entonces, ¿cuál es límite?

—No existe.

—¿Vale cualquier cosa que imagine? —Por mi mente se paseaban

situaciones de lo más perturbadoras.

Enrico agachó la cabeza, no quería seguir. Supuse que se había dado cuenta de que con él podía echar un valor que no era capaz de encontrar estando frente a Cristianno. Supuse también que él sabría mejor que nadie cada uno de los detalles.

—Responde, Enrico —ordené.

—Todo. Excepto la traición.

—¿Y qué pasa con aquellos que la cometen?

—Kathia... —me suplicó.

—Dímelo.

—Caen.

—No seas condescendiente conmigo.

—Mueren, Kathia —espetó cruel—. Se les elimina, por traidores.

Esa mirada que me entregó me heló la sangre, no por su crudeza, sino por lo mucho que le hería ser quien tuviera que contármelo. Era cierto que en el mundo en que vivíamos no se mencionaban ese tipo de cosas. Sino que se daban por hecho, como él ya me había dicho.

—¿Sin excepciones? —indagué.

—Así es.

Por tanto, mi padre, Valentino y los demás partícipes ya estaban condenados. Ojo por ojo, diente por diente.

—¿Tú lo has hecho alguna vez?

Las puertas del ascensor se abrieron y Enrico me cogió de la mano y tiró de mí hacia el garaje. Me colocó de frente y tomó una gran bocanada de aire.

—Puede que el shock que te ha causado esto necesite alimentarse con los conceptos más escabrosos, pero no pienso ser quien los mencione. Estoy en mi derecho de reservarme esa información.

—Qué hombre tan honorable —ironicé.

—No te excedas, Kathia. Lo lamentarás después.

Ya lo estaba lamentando, pero no era el sentimiento que más me preocupaba en ese momento.

—Quiero que me lo digas —dije—. Quiero que menciones la palabra que lo engloba todo, Enrico, y dilo alto y claro. O de lo contrario no volverás a verme en toda tu condenada vida.

Necesitaba escucharlo. Necesitaba confirmar lo que mi mente me gritaba. Enrico me miró preocupado. Ese también era un detalle escabroso, pero supo que no podría escapar de él.

—Amenazar con las emociones también es una forma de extorsionar, Kathia.

Algo debía haber heredado de Angelo Carusso y Olimpia di Castro. Tal vez era una asquerosa víbora como ellos y todavía no lo sabía.

—Dilo —exigí.

—Mafia.

«Mafia...», me dije a mí misma.

Aquella palabra asustaba.

—¿Tú lo eres? ¿Eres... parte de ella?

—Lo soy. —No lo dudó ni un instante.

Contuve el aliento. La mirada se me empañó.

—¿Y él...?

—También...

Lo peor de todo fue descubrir que toda aquella información no cambiaba mis sentimientos.

Estaba enamorada de un... mafioso.

Retrocedí un par de pasos y lentamente me giré, hacia la puerta del garaje. Enrico me llamó, lo supe por un escalofrío. Pero no pude escucharle. Mi mente y mi corazón ya estaban muy lejos de allí. De mí.

Avancé hacia la puerta, taciturna e ida. No percibí el frío, ni el barullo de la gente en la fontana, ni de nuevo la voz de Enrico.

Fue como si mis oídos solo pudieran reproducir un sonido, el de los recuerdos. El de todos los momentos que había vivido desde que había llegado a Roma.

El despotismo de mi madre, el desapego de mi padre, la animosidad de mi hermana. La obsesión de Valentino, la protección de Enrico. Las extrañas intervenciones de Fabio.

Pero, sobre todo, el rechazo de Cristianno.

Tal vez había tenido razón al mencionar que jamás había jugado conmigo. Quizá se refería a que quiso evitar con todas sus fuerzas caer por mí, porque era consciente de la que se nos venía encima. Porque sabía que nunca terminaría de ser honesto conmigo.

Las voces de esos recuerdos era lo que me apabullaba. Lo que ni siquiera me permitía respirar. Y entonces, como impulsada por una desconocida energía, eché a correr.

## Cristianno

---

—¿Que se ha ido?! ¿A dónde? —le grité a un Enrico que no dejaba de moverse de un lado a otro, trasteando su teléfono.

—¡No lo sé!

Al bajar al salón, me lo había encontrado llamado desesperado a la central para que iniciaran un dispositivo de búsqueda relacionado con Kathia. La noticia le había trastornado tanto que había echado a correr antes de que el propio Enrico tuviera tiempo de reacción.

—¿Cómo has dejado que se vaya en su estado?!

—¿Crees que esto no es difícil para mí?! —chilló agobiado—. Kathia necesita entenderlo, necesita procesar todo lo que ha ocurrido. Por Dios, Cristianno acaba de ver morir a Fabio.

—Por ello, lo último que le conviene es estar sola.

Me llevé las manos a la cabeza. Aquella se había convertido en la peor tarde de mi vida, con suma diferencia. Jamás había experimentado tal descontrol emocional. Mirase donde mirase, se respiraba el desastre, incluso cuando en aquel salón apenas estábamos Enrico y yo. Del resto poco sabía, tan solo que mi padre se había ido a la central para organizar el levantamiento del cadáver de mi tío. Supuse que mis hermanos se habían ido con él.

De pronto, sonó un timbre. Enrico enseguida se llevó el teléfono a la oreja y yo me acerqué a él en busca de escuchar lo que sea que dijera su interlocutor.

—Thiago. No, todavía estoy en el edificio. ¿Dónde está? Encárgate de que regrese a salvo, yo tengo que ir a los laboratorios Borelli. De acuerdo. —Colgó—. La han encontrado en las escaleras del Puente Cavour. —Me lancé a la puerta sin esperar que me detuviese—. ¡No, Cristianno!

—Tengo que ir, Enrico.

—No me hagas ser cruel, compañero. Lo odiaría con todas mis fuerzas —dijo indulgente, y supe bien por qué.

Después de cómo habían terminado las cosas entre Kathia y yo y de los motivos que lo habían provocado, ir a por ella hubiera supuesto un gran problema. Ni Kathia estaba preparada para volver a verme, ni yo sabía cómo actuar.

—Te quedarás aquí, apoyarás a tu familia, llorarás la muerte de tu tío y solo entonces, hablaremos de cómo afrontar a Kathia. ¿Puedes hacer eso? —

Enrico acarició mi mejilla.

Agaché la cabeza, amenazado por las lágrimas.

—Si lloro a Fabio, sentiré que le he perdido para siempre —gimoteé.

—Y si no lo haces te arrepentirás el resto de tu vida.

Mi cuerpo me exigió apoyarme en Enrico y enseguida sentí como sus brazos me rodeaban. Pude notar el sonido discordante de su corazón sobre mi pecho. Para él seguramente estaba siendo más duro que para mí. Porque Fabio lo había sido todo en su vida.

—Volveré, lo prometo —me susurró antes de mirarme con la mirada entelada.

—Sé que lo harás. Tú nunca me fallarías.

—Eres mi hermano.

Por supuesto que lo era, y ni la sangre podía cambiar ese hecho.

## Kathia

—

No esperé que nadie pudiera encontrarme allí y mucho menos el segundo de Enrico.

Al echar a correr, no lo hice del todo consciente, así como tampoco lo era del lugar en el que me encontraba. De haber decidido regresar sola, no habría sabido por dónde ir.

—Ey, ratoncita, sabes esconderte —dijo Thiago tomando asiento a mi lado.

Le miré sin deshacer mi postura encogida, con los brazos aferrados a mis piernas.

—No ha sido premeditado.

—Estás helada. —Me frotó la espalda—. No hace clima para ir con el cabello mojado y sin chaqueta, pillarás un resfriado.

—Qué más da... —resoplé y vi de reojo su gesto de hastío.

Thiago debía saberlo, debía pertenecer a ese universo presidido por los Gabbana. De lo contrario, me costaba creer que se hubiera convertido en el inseparable de mi cuñado. Por tanto, quizá ahora estaba siendo acariciada por otro mafioso.

Tuve un escalofrío.

—Tú... ¿tú también lo sabes?

—¿Eso cambiaría algo? —Sus ojos se encontraron con los míos, llenos de bondad y respeto—. Que Enrico o Cristianno formen parte de algo que desconoces, ¿cambiaría el amor que sientes por ellos?

«Eso no sucedería ni en un millón de años...». Thiago entendió mi respuesta sin necesidad de oírla.

—Pero me han mentido —jadeé—. Todos. Mis amigos, mi familia.

—Cariño, no es mentira lo que no se dice. Es protección.

Esa era una buena conclusión con la que ya había coqueteado.

—Soy una estúpida.

—Si lo fueras no lo admitirías. —Me acarició la cabeza—. Y, en todo caso, si continuamos aquí serás una estúpida congelada y yo hombre muerto. Me han encomendado llevarte a casa. Viva, al ser posible.

Me hubiera gustado reír, pero apenas logré fruncir los labios. Imaginarme dentro de las paredes que alzaban la mansión Carusso me aterrorizó.

—No puedo ir. Les... tengo miedo.

—Enrico jamás permitiría que te hicieran daño. Y yo tampoco.

—¿Y cuando no estéis? —Me estremecí de tan solo pensarlo.

—Oh, cariño, puede que la mafia sea macabra, pero, créeme, mis hombres no lo son y tu casa está plagada de ellos.

## Capítulo · 42

Kathia

---

No bastó la tranquilidad transmitida por Thiago, ni tampoco el silencio que se instaló entre nosotros hasta que me dejó en casa. Ni siquiera me calmó que no hubiera nadie, más que el servicio y los guardias.

Al encerrarme en mi habitación, mi mente volvió a recrear el instante en que entraba en el laboratorio de Fabio y cubría su herida con mis propias manos. Todavía sentía mi cuerpo embadurnado con su sangre y su aroma irrumpió en mis fosas nasales llevándome a un llanto desconsolado.

Aún no podía creer lo que había visto y todo lo que había descubierto. Mi familia, su familia, amigos, conocidos. Todo lo que me rodeaba... Todos ellos eran mafia. Todos estaban dentro, incluso mi Enrico.

Ahora comprendía muchas cosas. Y no soportaba la idea de pensar que Cristianno supiera empuñar un arma, que quizá hubiera matado, que estuviera tan ligado a todo eso.

Ciertamente, no era un mentiroso, porque no hizo ni el intento por negarlo. Pero me sentía engañada. Cristianno había estado mirándome a la cara sabiendo que yo era una moneda de cambio. Que era un negocio. Mi boda con Valentino no era más que un trueque de intereses. Un hermanamiento de familias para engrandecer sus respectivos clanes y ganar en una guerra absurda que ellos mismos se habían inventado.

Clanes. Mafia. ¿Por qué no se me ocurrió antes?

«Necia. Maldita necia».

Me levanté de golpe y corrí hacia el lavabo cerrando de un portazo. Sin pensarlo, salté dentro de la ducha y abrí el grifo. El agua se derramó sobre mí, cubriendo mis lágrimas, y comencé a frotarme los brazos y las piernas con fuerza. Aunque fuera un espejismo, necesitaba eliminar el rastro de la sangre de Fabio y el maldito aroma de Cristianno.

«Cristianno...».

Sus huellas impregnándose, no se borrarían tan fácilmente. Había

probado su boca, sentido sus manos sobre mí. Le había escuchado decir palabras que nunca creí oír de un hombre como él. Y lo peor de todo era que me había convertido en alguien adicta a su presencia y contacto.

Debía olvidarle, tenía que hacerlo, aunque le amara incluso más de lo que los dos imaginábamos. Más de lo que yo misma hubiera esperado.

Al final había sido cierto que me había engullido y que, por supuesto, había caído por ese abismo que tanto había temido.

Me acuclillé en la bañera y abracé mis rodillas. Deseaba que el agua me arrastrara con ella. Quería desaparecer.

Pero un pequeño chasquido me recordó que no lo haría, que estaba más viva que nunca.

El pequeño *pendrive* de Fabio se me había caído del pantalón.

En casa de Cristianno, cuando me cambié, pensé que lo mejor era esperar un momento más adecuado para dárselo. Recién recibida la noticia de una muerte, nadie necesitaba más incertidumbre. Yo custodiaría aquel objeto, al menos, hasta después del entierro.

Lo miré un instante antes de reaccionar, cogiéndolo aprisa y lanzándome fuera de la bañera para secarlo. Una vez conseguido, me quedé observándolo sobre la palma de la mano.

«¿Qué contiene? ¿Qué puede desvelar algo tan pequeño?», me pregunté al tiempo que la puerta de mi habitación se abría. La voz de Sibila llegó desde el otro lado de la madera.

—Señorita, ¿se encuentra bien? —preguntó temerosa.

Sibila estaba a mitad de sus veinte y llevaba dos años trabajando para mi familia. Puede que ella también lo supiera todo. Pero a alguien tan dulce y amable no podía tenerle miedo. ¿O sí?

De todos modos, escondí el *pendrive* tras la tubería del váter y después abrí la puerta temerosa, dejándole que me encontrara tan empapada como desolada. Ella se abalanzó a por una toalla, me cubrió y me invitó a caminar hacia mi cama.

—¡Iré a por ropa seca! Tenemos que cambiarte de inmediato.

Despareció un momento dentro del vestidor y regresó para ayudarme a vestirme. Me dejó llevar por sus manos.

—Debemos deshacernos de estas prendas. Si la ven con ellas, sabrán que son de Graciella.

Ese detalle me aturdió. No sabía cómo reaccionar ante ella. Si me delataría, si me amenazaría, si quizá estaba perdiendo la puta cabeza. Sibila

notó mi escepticismo y cogió mi rostro para acariciarme.

—No corre peligro conmigo.

—¿Por qué debería hacerle caso? —Me alejé un poco.

Una mueca acongojada cruzó su rostro, como si mi actitud hubiera confirmado lo que se temía.

De pronto, se puso a rebuscar entre la ropa hasta dar con una carpeta que yo conocía bien. Era la misma que me había entregado el director, la que había olvidado en los laboratorios tras ver morir a Fabio.

—Ya están firmados.

Asombrada, cogí la carpeta sin dejar de mirar a Sibila. Me temblaron los dedos, sentí cómo se me dilataban las pupilas.

No era posible que a ella le hubiera dado tiempo a ir a los laboratorios. Y de haberlo hecho, tenía que estar al tanto de todo, ser algo más que una asistente que trabajaba para una importante familia.

—¿Cómo la ha conseguido? —balbuceé.

—Enrico la encontró. —Tragó saliva—. Temió al ver su nombre escrito en ella. Todos están muy nerviosos intentado descubrir quién es la persona que Valentino perseguía.

—¿Cómo demonios sabe todo eso alguien como usted?

—Señorita...

—Dejad de llamarme así, por favor. Es muy molesto —protesté.

Desde que había llegado, la gente me trataba como si yo fuera la maldita heredera al trono de un país, joder. Era asqueroso porque yo me sentía alguien muy normal.

Sibila asintió con la cabeza.

—Kathia, a veces no queda más remedio que aceptar lo que a uno le toca vivir.

—¿Debo tomarlo como un consejo?

—Por ahora, sí. Por su integridad y, sobre todo, su bienestar.

Sonreí asqueada y atormentada.

—Lo sabe... Usted también está en esto, ¿cierto? —No fue necesario que contestara, su expresión alicaída lo dijo todo—. ¿Para quién trabaja?

—Mi lealtad es para el señor Materazzi. Solo obedezco lo que él dice. Nada más.

—Y nada menos. —Agaché la cabeza y me obligué a respirar hondo—. ¿Por qué? ¿Qué necesidad tiene usted? Es joven, guapa y lista.

—Tengo un hijo. —La miré de súbito. Sabía que iba a explicarme más,

pero si hubiera decidido no hacerlo, la habría entendido bien. Sus motivos eran más que suficientes—. Su padre nos abandonó cuando nació. Nos robó todo y nos dejó sin nada, en la calle. Logré salir adelante, hasta que él regresó y me arrebató a mi pequeño. Enrico me ayudó a recuperarlo... Y yo quise devolverle el favor.

—Infiltrándote en la mafia.

—Protegiéndola. A usted.

Por tanto, Enrico se había abastecido de la lealtad de Sibila porque sabía que yo regresaría a Roma en algún momento y mi posición sería muy vulnerable.

—Debo ser protegida... Eso no es muy halagüeño. ¿Mina también?

—Carmina solo sale adelante. Servir a la mafia no indica que pertenezcamos a ella.

—Entiendo...

Me apoyé en su hombro y volví a llorar. Solo que esta vez sentí que ella me abrazaba. No dijo nada, pero estuve segura de que conocía cada uno de los motivos de mi llanto.

—Les hemos dicho a sus padres que no ha salido de casa en toda la tarde, Ricardo también está al tanto. Así que tiene que ser lo más natural posible. No puede mostrarse nerviosa, trate de actuar con normalidad. La verdad solo la sabemos nosotros, y así debe seguir siendo, ¿comprendido?

—De acuerdo. Pero papá no ha sido quien ha firmado los documentos. Si el director llama, se enterará. Además, me he cruzado con la señora Liviana Marchetti. Las cámaras de seguridad han debido de registrar ese momento...

—Enrico ya se ha encargado de ello.

No salía de mi asombro. Las habilidades de mi cuñado rayaban lo desconcertante.

—Es demasiado pronto para que lo entienda. Tómese su tiempo, asimile la situación y simplemente regrese a como era esta misma mañana.

—No sé si lo conseguiré, Sibila. Ahora mismo no estoy segura ni de mí misma... —sollocé.

—Le subiré algo caliente para que le ayude a calmarse. Diré abajo que se ha pasado la tarde estudiando y está agotada. Así que trate de descansar un poco.

Asentí con la cabeza.

En cuanto se marchó, me desplomé en la cama para hacerme un ovillo.

«Cristianno...». Lamenté haber pasado por alto su dolor.

## Cristianno

---

Mamá y tía Patrizia se quedaron con mi abuela, Ofelia. Habían tenido que llamar a un médico. La noticia sobre el fallecimiento de su hijo le provocó un colapso que la llevó a la inconsciencia. El oxígeno no le llegaba a los pulmones y tuvieron que administrarle respiración asistida.

Eso fue lo que me dijo el doctor cuando salió de la habitación y nos miró a mi primo y a mí con gran respeto y tristeza. Quizá porque no podía evitar recordar que aquella misma mañana había estado desayunando con su amigo Fabio, quien ahora yacía muerto.

Con mi abuelo, Domenico, la cosa tampoco mejoró. En su caso, tuvieron que sedarle. El doctor sugirió que lo mejor era mantenerle adormecido, dado su edad y los problemas de corazón que ya de por sí tenía.

Así que el edificio se sumió en un desastroso silencio.

Mi padre no apareció en casa esa noche. Ni siquiera cuando la madrugada se asentó con plenitud. Simplemente me envió un mensaje anunciándome las novedades. Se quedaría en el centro forense hasta que terminara la autopsia. Eran evidentes los motivos por los que Fabio había muerto, pero quería tener clara su magnitud.

Con el amanecer, mis amigos, Mauro y yo abandonamos el edificio y nos reunimos con él para trasladar el cadáver de Fabio. La autopsia ya había revelado que la muerte había sido por impacto de bala, a unos dos metros de distancia. La fuerza astilló varios de los huesos, provocándole una hemorragia interna.

Me lo explicaron mucho más detalladamente, pero yo solo pude quedarme con un hecho: mi tío había muerto por una bala Bianchi y sabía quién era su asesino porque mi Kathia lo había visto en riguroso directo.

—Deberías entrar —gimió Mauro.

—¿Por qué?

—Porque tú eres el más fuerte de los dos.

Ver las lágrimas contorneando sus ojos añadió más desconsuelo al asunto.

—No te desmerezcas, Mauro.

Creí que acariciarle le haría bien, que al menos le tranquilizaría un poco. Pero me equivoqué. No hizo más que aumentar su lamento.

—Yo... —Tragó saliva mientras las lágrimas cruzaban sus mejillas—. Le

vi marcharse, ¿sabes? Nos cruzamos en el vestíbulo e incluso me hizo una broma sobre el putito vello de la barbilla. Me dijo que parecía un chivo. Y después me abrazó como si fuera su propio hijo. Todavía siento los putos latidos de su corazón pegados a mi pecho.

Se señaló la zona, incapaz de continuar hablando porque los gemidos le absorbieron la voz. Tal fue la emoción, que Alex y Eric enseguida nos rodearon. Al mirarles a los tres, Mauro deshecho por la pena y mis amigos, a los que amaba como hermanos, adoptando nuestro dolor como suyo propio, me dije que aquello no podía estar pasando. Que era demasiado para nosotros.

Eché mano de una fuerza inexistente.

—¿No ves la suerte que has tenido? —murmuré apoyando mi frente en la de Mauro—. El último recuerdo que tienes de él es un abrazo.

Amparé los temblores de su llanto sabiendo que estos terminarían en los brazos de mis amigos, porque ellos nos abrazaron a nosotros. Estuvimos así más tiempo del que recuerdo.

Hasta que Mauro me miró de nuevo.

—Vete. Tu padre te necesita. No saldrá de ahí si tú no entras.

Pero cruzar aquella puerta de metal no era tan sencillo, y cuando lo hice creí que era un buen momento para despertar de esa pesadilla. Quizá si apretaba mucho los ojos y después volvía a abrirlos, estaría junto a Kathia sonriendo entre beso y beso, seguro que al regresar a casa Fabio estaría allí.

Sin embargo, las fantasías no existen, y encontré a mi padre aferrado a la mano de su hermano pequeño.

La frialdad de aquella sala me cortó el aliento.

—Papá... Papá, tenemos que irnos —dije bajito, evitando mirar a Fabio tendido en aquella camilla de acero, cubierto hasta los hombros por una sábana.

—Está muy quieto —repuso mi padre sin dejar de mirar a su hermano pequeño. Estaba completamente ido—. Él siempre fue el más tranquilo de los tres, pero en realidad nunca dejaba de moverse.

Apreté los dientes, debía ser fuerte. Pero la mirada no tardó en empañarse.

—Tiene las manos heladas, tengo que darle calor. Alcánzame una de esas sábanas, esta no es suficiente.

Comenzó a frotarle los nudillos y a echarle un poco de vaho para calentarlos.

—Papá... —sollocé y tuvo que ser un lamento muy deplorable porque

enseguida me miró aterrorizado.

Se levantó de golpe.

—Sí... Sí, hijo mío. —Me acarició las mejillas—. No llores, no me gustan tus lágrimas. Vayámonos, ¿eh? Llémosle a casa. Donde debe estar. Con su familia.

Volví a sentirme un pequeño crío cuando sus grandes brazos me consumieron.

## Capítulo · 43

Cristianno

---

Con Fabio enterré mi relación con Kathia.

Habían pasado dos días. Sabía que ninguno de los dos habíamos asistido a clase. ¿Quién hubiera querido hacerlo en medio de una situación como aquella? Pero cuando me enteré de su ausencia, tuve un poco de miedo.

Enrico me había dicho que mentir había sido sencillo. Nadie en la mansión sospechaba nada de Kathia, y la hinchazón de sus ojos ayudó a darle veracidad a su fingido resfriado.

Me contó que no había salido de su habitación, que se pasaba las horas en cama, mirando la nada y que ni siquiera cruzaba palabra con Sibila. Mucho menos con él mismo.

Daniela corroboró ese aislamiento. La había llamado infinidad de veces, pero Kathia no le contestó.

Me tentó intentarlo, enviarle algún mensaje, pero recapacité a tiempo de escribir cuánto la quería. No creí que Kathia necesitara tal declaración cuando apenas soportaba la idea de mi existencia.

El tintineo de una campanilla me devolvió de golpe a la realidad, como si me hubieran dado un porrazo. El padre Mateo anunciaba el fin del cortejo fúnebre que se había llevado a cabo desde la iglesia hacia el cementerio y abrió las puertas del panteón Gabbana.

Dentro de aquel enorme templo de piedra maciza y sofisticada arquitectura, se encontraban mis ancestros, con sus nombres grabados en las lápidas que cubrían sus restos. Toda una estirpe de Gabbana de más de dos siglos.

El padre Mateo se adecuó en el altar, bajo los pies de un Cristo crucificado, dando así paso al féretro transportado por los hombros de mi padre, mi tío Alessio y mis hermanos.

Algunos de los clanes presentes tomaron mi ausencia y la de mi primo como un gesto deshonroso, pero ninguno de ellos conocía bien el dolor que

suponía para nosotros. No teníamos que explicar nada. Simplemente nos superó esa idea.

Enrico también estaba entre ellos. A los Carusso les pareció conveniente que estuviera presente, aprovechando la fuerte relación que nos unía a él. Pensaron que, tras el giro de los acontecimientos y la evidente tensión que ahora existía entre las dos familias, Enrico podía servir de chivato para así protegerse de las represalias.

Al parecer, en la mafia también existían los ilusos.

Miré el centro, un cajón de piedra que acogería el ataúd de mi tío. Se había dispuesto con exuberantes motivos florales y velones de pie. Después de la misa que se oficiaría en un mes, lo retirarían para unirlo a los demás difuntos.

Ese hecho lo hizo todo aún más real, y tuve que esforzarme en contener las lágrimas, agachando la cabeza. No quería ver el instante en que los míos introdujeran a Fabio allí dentro; él odiaba los espacios cerrados, joder.

Entonces, recordé lo que una vez me dijo, que un Gabbana no podía ser débil, que por nuestras venas corría una sangre honorable. Pero jamás comentó qué debía hacerse en momentos como aquel.

Sentí el calor de las manos de mi madre acariciando mi espalda.

—Mamá... —sollocé a punto de venirme abajo.

—La debilidad no habita en el acto de llorar, cariño —me dijo ella consciente de lo mucho que había evitado derramar una lágrima.

—Pero yo no quiero que él se vaya... —Y si lloraba su muerte, sentía que no volvería a verle.

—Ya se ha ido. Ahora está en un lugar mejor —gimoteó antes de señalar mi pecho—. En tu corazón.

Bastó aquel gesto para derribar todas mis barreras.

—¿Puedo salir? —jadeé sin apenas aliento.

—Por supuesto que puedes. Ve... —murmuró con ojos entelados.

No sería bien visto, no era bueno perderme el último adiós de mi tío. Pero ni a él ni a mí nos importaba la gente y sus opiniones. Así que abandoné el panteón con las primeras gotas de lluvia.

«Qué curioso que llueva en un día como este...», pensé. Yo no era en absoluto creyente, pero en ese momento poco importaba.

Miré al cielo y cerré los ojos, notando como esas gotas rebotaban en mi cara.

Habían sido unas horas muy duras. Ver a mi familia devastada, a mis

abuelos tan desolados, a mi padre tan ido, mis hermanos, mis primos, mis amigos. Patrizia...

Ella era la que menos había hablado. Tan solo asentía con la cabeza y se dejaba llevar. La había visto sostener algo, pero la intensidad con la que se había aferrado al objeto siquiera me dejó ver qué era.

Al pensar en el profundo desconsuelo de mi tía, enseguida hallaba una contraposición. Virginia Liotti, convertida ahora en la viuda de mi tío.

Ella. Vestida de negro. Manteniendo la postura. Barbilla erguida. Mirada arrogante. Por más que me esforcé, no encontré señal alguna de duelo. Ni ojos hinchados, ni amago de llanto, ni siquiera congoja por haber perdido a su esposo. Sabía bien que su matrimonio era puro trámite, que la familia Liotti tenía fama de gélida y cruel, pero creí que la fuerza de la costumbre le arrancaría un par de lágrimas.

Traté de coger aire. No pensaría más. No llenaría mi mente con ningún pensamiento, me libraría de ellos como fuera. Me centraría en mi entorno, rodeado de espesos árboles y figuras de piedra y dejaría que la tormenta hiciera el resto.

Sin embargo, era mucho pedir, y la intensidad que lentamente cobraba el clima me hizo pensar que tal vez estábamos expuestos a una emboscada. Lo temí de verdad, aun sabiendo que decenas de guardias nos custodiaban.

Supongo que aquello tenía que ver con mis ansias de venganza.

Tuve un sobresalto con el crujido de una rama. Alguien más estaba allí y enseguida apoyé mi mano en el arma que llevaba en la espalda, buscando el origen del ruido a mi alrededor.

No esperé toparme con unos ojos plata, más penetrantes que nunca, al cobijo del tronco de un árbol.

Liberé un gemido al asimilar que se trataba de Kathia. Pálida y ojerosa, no se daba cuenta de que ni todo el dolor del mundo menguaba su belleza.

Empecé por avanzar hacia ella con pasos tímidos. Kathia tragó saliva toda nerviosa. Se había vestido de negro e incluso llevaba guantes.

—¿Qué haces aquí? —pregunté en un susurro al llegar hasta ella.

Kathia suspiró y agachó la cabeza. Comenzó a estrujarse los dedos.

—Enrico me dijo que hoy era el entierro.

—Si descubren que has venido, tendrás serios problemas.

Podría haber escogido cientos de cosas que decirle, pero el miedo fue la más importante.

—Ya lo he tenido en cuenta... —Claro, porque seguramente Enrico lo

había organizado todo.

Cabizbajo, pidiéndole un permiso tácito, me acerqué un poco más a ella. Kathia soportó la cercanía, nerviosa y tratando de actuar distante. Pero la soportó, al fin y al cabo, y eso me doy motivos para continuar creyendo en lo que existía entre nosotros.

—Creí que no volvería a verte —susurré.

—Y ese era el plan... Al menos hasta que vi la imagen de Fabio en los periódicos. —Cruzó una corta mirada conmigo antes de proseguir con el escrutinio del paisaje—. Dicen que ha sufrido un infarto. Qué adecuado, ¿no te parece?

—Kathia...

—Incluso domináis el flujo de información en los medios.

Fruncí los labios y tragué saliva. Sabía qué escondían sus palabras, sabía que buscaba entender nuestro mundo y prepararse para él. Pero, tras todo eso, descubrí el reproche. Me culpaba de algo que yo simplemente había heredado y no iniciado.

—¿Prefieres que digamos que ha sido un asesinato?

No debí ser tan cruel. Kathia se estremeció con violencia y me clavó una mirada atónita.

—He venido a despedirme...

—¿De quién? —gruñí acercándome hasta que mi nariz tocó la suya.

Ella trató de retroceder en vano.

—Eso lo dejaré a tu criterio. Sé que podrás suponerlo —masculló asustada.

Entonces, me di cuenta de lo dispuesto que estaba a suplicarle. De la cantidad de cosas que haría por ella.

Ignorando premeditadamente el escalofrío que sintió cuando la acaricié, capturé su rostro entre mis manos y apoyé mi frente en la suya.

—No me hagas esto, Kathia —murmuré en sus mejillas—. No puedo perderte a ti también. Ahora no. Ya es demasiado tarde... Estoy muy implicado. Tú lo sabes.

«No me apartes de tu vida, por favor», rogó mi alma mientras Kathia temblaba entre mis manos.

—Es cierto, ya es demasiado tarde. —Intentó alejarse.

—Ni siquiera me estás dando la oportunidad de luchar. De recuperarte. ¿Qué puedo hacer? Dímelo. Pídeme lo que quieras. Lo que sea.

—Cristianno. No he venido hasta aquí para hacerte rogar...

Simplemente... —Se contuvo. No sabía cómo seguir. Todavía estaba demasiado desconcertada. Se liberó de mis manos—. Tengo que irme. Lamento mucho que Fabio haya muerto. Solo quería decírtelo en persona.

Y me dio la espalda, sin esperar que mi voz la detuviera.

—¿Lo soportarás? ¿Soportarás esto que sentimos el uno por el otro?

—Tendré que aprender... Debo.

Me coloqué tras ella y acerqué mis labios a su oído.

—Si algún día lo logras, por favor, enséñame cómo —suspiré.

—Eso significará que te habré olvidado, y ambos sabemos que no tendré tanta suerte.

Se marchó dejándome en mitad de aquella siniestra arboleda, sintiéndome un poco más desolado que hacía unos minutos.

Miré mis pies y el suelo que estos pisaban. Quizá, bajo él, estaría mejor. Tal vez, la muerte me ahorraría el tormento de estar respirando cuando ya no quería hacerlo.

Sin embargo, fue un pensamiento que se fue tan rápido como vino. Y de pronto la lluvia ya no caía sobre mí.

Me vi a mí mismo reflejado en la vidriera del salón de mi casa, mirando a los asistentes en aquella reunión de duelo.

Mi abuelo encontró fuerzas para sostenerse en pie por sí solo y pidió la atención de la gente dándole unos golpecitos a su copa. El murmullo de la estancia cesó enseguida para observar al gran jefe, quien suspiró y contempló a su familia, siendo yo el último.

—Un padre nunca... Nunca debería enterrar a su hijo. Eso no está bien. No es un dolor que se pueda soportar... —Apoyó una mano en el bordillo de la chimenea, amenazado por el vértigo del llanto. Fue mi madre quien enseguida se acercó a él para sostenerle—. Oh, gracias, mi querida Graciella.

—Deberías sentarte, Domenico —dijo ella cogiéndole de la mano con fuerza.

—No, no. Debo decir esto.

—Papá... —Alessio también trató de persuadirle, pero no lo logró.

—¡No! —exclamó—. Esta familia. Todo lo que es y simboliza. Esos canallas están ultrajando... Malditos...

Comenzó a balbucear por lo bajo palabras sin congruencia, dejando a todo el mundo trastornado al presenciar cómo Domenico Gabbana, el cabeza de la familia, caía a la fosa más recóndita de sus propias emociones.

No pude soportarlo y me lancé a él para coger su rostro. Le obligué a

mirarme. Sabía que el gesto le haría reaccionar, que le traería de regreso a nosotros. Mauro se incorporó rápidamente y frotó su espalda. Los ancianos ojos azules de nuestro abuelo se clavaron en él, y después en mí.

—Abuelo —murmuró Mauro.

—Debemos ser fríos. Implacables. Enrico. —Le buscó entre la gente—. ¿Dónde está Enrico? Silvano.

—Aquí. —Ambos se acercaron.

—Sí, sí. —Cogió nuestras manos y comenzó a amontonarlas unas encima de otras, coronadas por las suyas propias—. Esos canallas... Malhechores...

—Abuelo, por favor —le supliqué porque odiaba la idea de que pudiera sufrir un síncope. Su corazón no lo resistiría, maldita sea.

—La muerte de mi Fabio no es más que el comienzo de una guerra. Ellos... ellos lo han elegido así. Un imperio como este no perderá ante esas ratas. —Nos miró, uno a uno, a los cuatro—. ¿Cierto?

—No caeremos —masculló Enrico—. Jamás.

—No, claro que no. No puedo perder a nadie más.

—Papá... —Silvano se hizo con el control de su cuerpo y le ayudó a abandonar el salón, dejando a Alessio en representación de la familia.

Mi tío enseguida se disculpó con los presentes y trató de normalizar la situación. Yo, mientras tanto, respiré hondo y me topé con un detalle escalofriante.

Virginia Liotti y su expresión impertérrita.

La observé hasta que un rato más tarde abandonó el salón discretamente. Pude haberme quedado quieto, asumiendo que la viuda de mi tío necesitaba estar a solas. Pero mis instintos nunca fallaban. No se habían equivocado con los Carusso, ni con Valentino. Ni siquiera conmigo mismo cuando empezaron a advertirme de mis sentimientos por Kathia.

Así que no dudé cuando me escabullí tras ella.

Había cogido el ascensor. El panel indicaba que había bajado al segundo piso. Cualquiera persona habría creído que iba a casa. Yo, en cambio, supuse que haría el paripé. Bajé las escaleras a trote, evitando hacer ruido. Ya en el rellano del tercer piso, me acuclillé y esperé unos minutos.

La puerta se abrió.

«¡Bingo!».

Virginia se había cambiado de ropa y endosado complementos que la ayudaban a disimular su identidad, como el gorro o la bufanda que llevaba.

Bajó a pie, conmigo siguiéndole a hurtadillas.

Salió del portal, la vi atravesar la fuente y encaminarse por la Via Stamperia, seguramente en dirección a la Via del Tritone, desde donde podría tomar un taxi.

Coger cualquiera de mis vehículos era arriesgado, pero más lo sería no descubrir lo que la Liotti se traía entre manos. Capturé las llaves del Mercedes y salí del garaje aprisa sabiendo que debía dar un rodeo para que Virginia no sospechara.

Llegué a tiempo de verla coger un taxi, y la seguí hasta que el vehículo se detuvo frente al hotel Plaza. Entró mirando a su alrededor como si fuera una convicta. Y, maldita sea, sabía que mi hermano iba a enfadarse mucho al descubrirme fuera del edificio, pero él era el único que podía ayudarme sin pedir demasiadas explicaciones.

—¿Qué ocurre, Cristianno? —preguntó Valerio al descolgar.

—Ódiame por lo que voy a pedirte en un momento como este, pero no lo haría si no fuera urgente.

Le oí respirar hondo.

—Te escucho.

—Necesito que accedas a la base de datos del hotel Plaza.

Valerio era enormemente habilidoso con la informática. Cualquier cosa que tuviera que ver con ordenadores resultaba un juego de niños en sus manos. Así que en unos minutos tendría el número de habitación de Virginia y si había ido a reunirse con alguien.

—¿Qué buscas en concreto? —preguntó mientras yo apartaba el coche de la calle.

—Tú entra en esa base, por favor.

Nos mantuvimos en silencio durante más de diez minutos, tan solo escuchaba el ruidito constante de las teclas.

—Bien, nombre —preguntó. Lo había logrado.

—Virginia Liotti.

—¿¿Qué?! —exclamó extrañado.

—Busca. Te lo explicaré después, lo prometo.

—Más te vale. —Volvió a callarse unos segundos—. No hay rastro de ella.

¿Cómo podía ser? La había visto entrar hacía más de quince minutos. Pero, claro, ¿quién se hospeda en un hotel bajo su propio nombre si tiene algo que esconder?

«Bien jugado, Virginia», pensé. «Pero no has contado con todas las

posibilidades».

—¿Puedes verificar los nombres de las personas alojadas en las *suites* o la posibilidad de nombre falso?

—Dame un momento. Debo verificar cada nombre con la base de datos de la policía.

Esperé paciente, divagando sobre las posibles razones que habían llevado a Virginia hasta ese hotel el mismo día que habían enterrado a su esposo. Ninguna de ellas le procuraba nada a su favor. Ni siquiera un caso hipotético de extorsión.

—Joder, Cristianno... Puede que esté desvariando, pero hay un nombre registrado que conocemos bien.

—Sorpréndeme.

—Jago Bianchi.

Apreté los dientes y cerré un momento los ojos. Atar cabos se me daba muy bien.

—¿Estás seguro?

—He cotejado sus datos. Es él, sin duda.

—Pues tenemos un problema, Valerio.

—Uno bien gordo, además. Sugiero silencio por el momento. Es mejor que tú y yo estemos seguros antes de dar el paso, ¿de acuerdo?

—Completamente de acuerdo.

## Capítulo · 44

Kathia

---

—Cuéntanos, Kathia, ¿ya estás mejor de tu resfriado? —comentó mi abuela, cortando un trozo de carne para llevárselo a la boca.

Aquella era la primera noche que cenaba junto a mi familia después de haber estado dos días asumiendo todo el caos.

Me parecía ingrato estar ante una mesa elegantemente dispuesta, con dos lacayos atentos a nuestro servicio y la sutil presencia de un vino gran reserva llenando las copas de cada uno, como si de algún modo estuvieran regocijándose en los hechos. Eran conscientes de la muerte de Fabio, maldita sea.

Miré a Enrico. Me pareció que su increíble presencia, de cuerpo definido y rostro tentador, no encajaba allí. Él, no solo me había dado tiempo en mi propio silencio y aislamiento, sino que además me había protegido. Por tanto, debía seguirle el juego y actuar como si realmente hubiera estado enferma.

—De lo contrario, sería muy desgraciado por tu parte compartir tus virus con nosotros —rezongó mi hermana, sentada frente a mí.

Justo a mi lado, Enrico se movió incómodo y le echó un vistazo que su esposa evitó excusándose tras su copa de vino.

—Me temo que no hace falta ser impertinente, Marzia —comenté esforzándome en actuar como hacía habitualmente con ella—. Créeme, soy la última persona que quiere compartir mesa contigo.

—Basta, chicas. Estamos intentando tener una cena amable —intervino mi padre. Creo que fue lo que activó aquella parte suicida que habitaba en mí, y me lancé a tentarle.

—¿Por qué? ¿Estamos celebrando algo?

Solté los cubiertos y clavé los ojos en él disfrutando de aquellos cortos segundos de sorpresa.

—Querida, parece que estos días de convalecencia te han vuelto un poco más huraña. Te invito a que aplaques ese carácter.

Enrico tocó mi rodilla por debajo de la mesa. Señal que indicaba el terreno tan peligroso al que entraría si seguía desafiando. Obedecí agachando la cabeza, y me obligué a cenar. Pero no hice más que mover las verduras de un lado a otro.

—Oh, querida, ¿no tienes apetito? —preguntó mi tía Úrsula.

—La verdad es que todavía no estoy bien del todo.

—Entonces, será mejor que subas a descansar —me animó Enrico.

Me estaba dando la oportunidad de salir de allí, así que no lo dudé ni un instante.

—Sí, llevas razón.

Pero mi padre apenas esperó a que abandonara el salón. Probablemente le daba igual que pudiera escucharle.

—No la consientas tanto, Enrico. Tiene la arrogancia de una soberana, y no interesa que se lo crea demasiado.

—Es solo una cría, Angelo —atajó él—. No pierdas el tiempo en controlarla tanto.

Sabía que debía tomármelo como una sutil defensa, pero me hirió sentirme como un objeto. En aquella casa, yo no valía más que cualquiera de los bonitos jarrones que había en las estanterías.

Subí a mi habitación y me adentré en el ropero. Me abordaron los mismos latigazos que había sentido aquella tarde cuando vi a Cristianno en el cementerio. Cada vez que mi mente lo evocaba, me notaba un poco menos fuerte, como si él fuera mi sustento.

Dejarle era lo correcto. Alejarme de él y de todo su mundo. Por su bien y por el bien de los que amaba. No me casaría con Valentino, no obedecería las normas, no haría nada de lo que me exigieran.

Porque iba a escaparme.

Todavía tenía la tarjeta de mi padre, podía sacar dinero antes de deshacerme de ella y huir. En las estanterías del vestidor había una mochila, cogería lo necesario y esperaría a que se adentrara la madrugada para salir a hurtadillas. Conocía los movimientos de la guardia, sabría sortearlos.

Lo preparé todo, me metí en la cama y traté de reunir fuerzas. Dormir un poco me vendría bien. Pero ocurrió todo lo contrario.

«De verdad, ¿huir es lo mejor?». No, no lo era. Me buscarían hasta debajo de las piedras y no conocía tanto del mundo como para lanzarme a sus brazos.

«Quizá si esperas un poco...», me dije. Pero esa voz interior era la

misma que mencionaba a Cristianno y me empujaba a él. No podía fiarme de ella.

En los últimos días, había sopesado el valor de mi presencia. Yo ya sabía que les importaba un carajo. Pero, al parecer, me necesitaban para su objetivo. Si desaparecía, todos los planes se irían al traste, la guerra que amenazaba en el horizonte se congelaría.

Tenía que protegerle. A mi Cristianno. Y a Enrico.

No dejaría de repetírmelo hasta borrar cualquier rastro de duda de mi mente.

Me abracé a la almohada imaginando que era su cuerpo. Había dicho la verdad en cuanto a la suerte que tendría si lograba olvidarle. No podría hacerlo si él me había regalado el mejor sentimiento que había sentido nunca.

—Maldita crédula, pensar que podría haber salido bien...

Mi voz se entremezcló con el ruido de la puerta. Alguien acababa de entrar y, al mirar un tanto atemorizada, descubrí la silueta de un hombre caminando aprisa hacia mí.

—¿Quién...? —Me incorporé como un resorte, con el corazón en la boca.

—¿Ni siquiera puedes reconocerme? —dijo Enrico tomando asiento al filo de mi cama—. La Kathia que yo conozco lo habría sabido de inmediato.

—Enrico... —Sentí el amago de echarme a llorar.

—Y también me hubiera abrazado....

No pude evitarlo y me tiré a él para abrazarle como si fuera una cría de tres años. Incluso me senté sobre su regazo. Enrico me apresó con sus brazos y suspiró profundamente con el rostro enterrado en mi hombro.

—Te he echado de menos, mi pequeña —murmuró quebrado.

—Lo siento...

—No, no hay nada que sentir.

Se apartó para mirarme y acariciarme las mejillas.

—Te escuché, cuando abandoné el comedor —admití—. Lo que dijo... Sonó como el peor de los insultos.

—Ha estado acertado al escoger sus palabras. Sabe bien que solo respondo ante mi reina. —Esa preciosa sonrisa triste que me regaló me estremeció con intensidad.

—No seas tonto.

—Sí, *milady*.

—Para. —Le di un golpecito en el pecho—. No me he portado bien contigo. No te he apoyado en la pérdida. He sido egoísta y arrogante y no

estoy orgullosa de ello...

—Basta, Kathia. Lo he perdido, para siempre. Pero, créeme, Fabio no hubiera querido que me sumiera en la tristeza que deja su ausencia. Sabía que existían cosas muy importantes por las que luchar, y debo continuar batallando. Por él, por su memoria. Será mi forma de rendirle respetos y honor.

El amor que sentí que había entre ellos dos inundó aquella habitación. Para mí Fabio tan solo era un recuerdo de momentos un poco borrosos de mi infancia y cortos encuentros llenos de amabilidad y cortesía que echaría de menos siempre. Pero para Enrico suponía una vida entera.

—Le amabas como a un padre —sollocé.

—Para mí lo era. Aunque no compartiéramos sangre.

Fue una declaración de lo más honesta y afectuosa, pero se equiparó a la sensación de peligro que sentía acechándome.

—Hablas de luchas y batallas... ¿Por qué?

—No puedes saberlo todo sin antes asumir el terreno que pisas. Y para ello deberías empezar por el principio. Vístete.

Enrico tuvo que ayudarme a ponerme en pie. No tenía ni la menor idea de qué pretendía y mucho menos si sería correcto. Pero su insistencia terminó alentándome.

Me lancé al vestidor y me enfundé unos vaqueros y el jersey que estaba más a mano. Ni siquiera encendí la luz para vestirme. Me coloqué unas deportivas y salí a la habitación atusando mi cabello.

—No hables y evita hacer ruido. Todos duermen y no queremos que nos vean —susurró antes de coger mi mano y salir casi corriendo por el pasillo.

Bajamos las escaleras de puntillas y recorrimos el vestíbulo. Cogió su chaqueta y me lanzó la mía. Me la coloqué con rapidez antes de sentir el céfiro de la madrugada. Enrico había abierto la puerta con una maestría brutal.

—¡La guardia! —exclamé tirando de él.

—Son mis hombres, Kathia. —Me acarició—. Sígueme.

Asimilando el poder del que gozaba en el más estricto de los silencios, salimos de allí en su coche.

Eran más de las dos de la madrugada. La ciudad respiraba tranquila mientras Enrico la atravesaba centrado en conducir. Me di cuenta de su terrible agotamiento. Sin embargo, allí estaba, compartiendo un instante conmigo, en vez de estar recuperando la energía perdida en los últimos días.

No dejé de mirarle hasta que la silueta del Castillo de San Angelo se dibujó cuando cruzamos el río. Se detuvo en uno de los callejones, y yo tomé

aire y esperé su reacción cuando la luz apenas se derramaba.

Pero no se movió, siquiera hizo el amago de hacerlo.

—Enrico...

—Tranquila.

Tragué saliva. Estaba empezando a asustarme. Él no acostumbraba a comportarse de ese modo tan misterioso. Sabía que era enigmático, pero no hasta el punto de alarmarme.

Entonces, otro vehículo se detuvo a nuestro lado.

Enrico bajó la ventanilla e hizo una señal con la mano. Me incliné hacia delante para ver de quién se trataba, pero apenas vi el asiento trasero. Tuve un escalofrío. Se parecía demasiado al coche que utilizó Cristianno el fin de semana, cuando nos encontramos en medio del camino de vuelta a Roma desde Latina.

—Pásate atrás —me ordenó Enrico con tranquilidad.

—¿No vas a contarme por qué?

—Sé que confías lo suficiente en mí.

Obedecí, pero no pude contener la incertidumbre que me carcomía. No comprendía qué ocurría ni tampoco cuáles eran las intenciones de Enrico al llevarme a ese lugar. ¿Acaso me ayudaría a abandonar la ciudad?

Me desplomé sobre el asiento al tiempo que la puerta se abría. Fui incorporándome conforme vislumbraba la figura de un hombre vestido de negro. Se preparaba para entrar y yo sentí el amago de huir. Me enganché al tirador de la puerta, pero mis manos olvidaron qué acción emprender al escuchar su voz.

—Kathia...

Apreté los ojos, reteniendo la quemazón de unas lágrimas. Por un segundo, me olvidé de todo, de quién era, de cómo vivía su vida, del peligro que corríamos juntos.

—Os dejaré a solas —mencionó Enrico—. Cristianno, no olvides lo que hemos hablado.

—Sí...

Lo habían organizado todo. Habían esperado unos días a que yo estuviera receptiva para disponer un encuentro entre Cristianno y yo. Señal de hasta dónde alcanzaba sus sentimientos y lo mucho que me costaría esquivarlos.

Maldita sea, lo odié con todas mis fuerzas. Porque no dejaba de tentarme. Porque su aroma inundó aquel maldito coche, y Enrico había participado.

—Kathia... ¿No piensas mirarme?

—Dije que seguramente no tendría la suerte de poder olvidarte, pero si no dejas de aparecer ante mí, ¿cómo demonios esperas que te supere? —mascullé, todavía de espaldas a él.

—Es lo último que quiero. No tengo por qué ocultarlo.

Le clavé una dura mirada. Ni siquiera cuando lo detestaba como simples compañeros de clase logré hacerlo de un modo tan cruel. Cristianno tembló al recibirlo. Pero era obstinado, esquivaría el resentimiento y escudriñaría hasta toparse con todo el amor que sentía por él.

Empezó por levantar una mano para retirar una de mis lágrimas. No había sabido de su existencia hasta que él le dio importancia. Pero el contacto me estremeció y me alejé acobardada.

—No me tengas miedo, Kathia. Por favor —murmuró conmovido.

Era precaución, no miedo. Si le tenía demasiado cerca, flaquearía y terminaría lanzándome a sus brazos. Gesto que no nos convenía en absoluto.

—No podría sentirlo ni aun sabiendo de todas las atrocidades que hayas cometido. —Solté con dureza—. Sé que nunca me harías daño. Y eso es otra de las cosas que me molestan.

—¿Te molesta que sea honorable? —ironizó.

—¿Desde cuándo un hijo de la mafia es honorable?

—Kathia...

—¿Por qué estoy aquí? —le interrumpí severa.

Aquella versión de Cristianno no era ni de lejos la que había visto. Era un hombre completamente diferente al chico chulo, engreído y enigmática. Había dejado de ser el «loco del taxi», el muchacho que me mostró su escondite o me besó tras colarse en mi habitación.

En ese momento tenía ante mí a un mafioso terriblemente peligroso, y ahora comprendía por qué le tenían tanto respeto. Curiosamente, yo había sido la única ajena a todo y había estado desafiándolo desde que nos conocimos.

—He venido a dejar clara mi postura —indicó.

—Entonces, aprovecharé para dejarte clara la mía. Al parecer, no la has entendido del todo.

—Deja de ser tan insolente. Entiendo muchas cosas, pero como ya te he dicho, no puedes robarme la oportunidad de reaccionar.

—Pero es que no quiero que reacciones.

Si lo hacía, no sabría cómo alejarme. Cristianno ya me tenía, no debía disculparse. En verdad, no había hecho nada malo. Tan solo ser quien era, y yo no quería cambiarle, porque habría dejado de ser el hombre del que estaba

enamorada.

Pero los últimos días me habían hecho entender demasiado y Valentino poblaba continuamente mis pensamientos. Todas esas amenazas que había recibido de él ahora tenían sentido. Había disfrazado de obsesión un objetivo mucho más grande: deshacerse de cualquier Gabbana. No estaba dispuesta a arriesgar la integridad de Cristianno por estar junto a él.

Sin embargo, eso no tenía por qué entenderlo y yo tampoco quería darle alternativa. Prefería provocar que me odiara. Y parecía estar funcionando porque me observó iracundo.

—Bien, entonces, escuchemos lo que la todopoderosa Carusso tiene que mencionar.

—No volveremos a vernos —exigí.

—Qué ilusa eres —se mofó.

—No quiero que... sigamos con... esto —mentí, y Cristianno se burló aún más.

Alzó las cejas, incrédulo, e hizo una mueca con los labios muy cercana a una sonrisa.

—¿Y qué tenemos, mi amor?

—Lo que sea que haya sido... Quiero... que termine. Si realmente fuera tan importante para ti, no me habrías mentido.

—Es que no lo he hecho. Nunca lo hice —gruñó.

—Para mí lo ha sido.

Apretó la mandíbula y apoyó sus codos en las piernas. Después hundió la cabeza entre las manos. Aun en situaciones como aquella, mantenía su estremecedora belleza. Tensé los músculos para no lanzarme a él y abrazarle.

—¿Cómo explicarlo, Kathia? ¿Qué habrías hecho tú en mi lugar, cariño?

—Deja de llamarme así, por favor. —Cerré los ojos un instante.

—¿Tienes miedo de oírme y que te haga cambiar de opinión?

—En absoluto.

—Pues tendrás que soportarlo. Me hablas como si fuera el asesino de mi tío, pasando por alto todo mi dolor...

—Yo no...

—Cállate. —Súbitamente se acercó a mí, acorralándome entre su cuerpo y la puerta. No tuve escapatoria, más que agachar la cabeza y contener la respiración—. Eres demasiado inteligente, y si no me dejas hablar, más tarde sé que te arrepentirás.

Me mantuve quieta, sin saber qué hacer o decir. Cualquier cosa

aumentaría el número de errores que había cometido desde que Cristianno se había subido a ese coche.

—No he jugado contigo —murmuró—. Puede que tardara en darme cuenta de lo que siento por ti, pero no puedes esperar que los sentimientos que me despiertas desaparezcan a tu antojo.

—No es eso lo que te he pedido.

—Cierto. No lo es. Tú solo quieres que me aleje de ti sin oponer resistencia.

—¿Acaso no dijiste que podía pedirte lo que quisiera?

—Y lo cumpliré, pero debo al menos intentarlo.

«No le mires, Kathia. Ni se te ocurra levantar la cabeza, estúpida», me obligué a obedecer.

—No podía decirte nada —suplicó Cristianno—. No sabía cómo explicar algo tan complejo como esto. Pensé que... En cientos de ocasiones pensé en contártelo. Pero tuve miedo, y es evidente que no me equivocaba al sentirlo.

Comprendí bien su explicación. Empatiqué demasiado con las decisiones que había tomado, con sus temores. De haber estado en su lugar, muy probablemente habría hecho lo mismo.

Sin embargo, Cristianno no debía saber que le daba la razón. Iba por muy buen camino, tan solo me faltaba un último empuje.

«Si le alejas, estará a salvo», o eso creía.

—No tienes que justificar tu modo de vida —repuse un tanto asfixiada—. Simplemente debes asumir que yo no tengo cabida en él. Quizá porque mi amor no está a la altura del tuyo. Tal vez incluso fuiste un capricho.

Él resopló una sonrisa triste.

—Se te da bien ser cruel. No eres menos mafiosa que yo.

Le miré enfurecida.

—¿Qué pasa, Cristianno? ¿Te duele ser el rechazado? ¿Tan acostumbrado estás a ganar, que no eres capaz de asumir que esta vez has perdido?

Incluso a mí me dolió escucharme. Nunca había sido tan destructiva en toda mi vida, y lo supe bien cuando descubrí la ira refulgiendo en sus ojos.

—Juegas conmigo porque sabes que estoy en tus manos. Desde luego que eres insolente —rezongó.

«Un poco más, Kathia». Torcí el gesto y entrecerré los ojos.

—¿Debo pensar que corro peligro?

La ira le llevó a cogerme de los brazos y forcejear conmigo.

—¿Cómo te atreves?! ¡¿Qué maldita clase de monstruo crees que soy, ah?! —chilló.

Me estampó contra su pecho, furioso, jadeaba por el enfado. Me hizo daño, pero no me importó. Le estaba sugiriendo algo horrible, algo que ni yo misma creía.

«El momento llegó en cuanto volvió a pisar Roma», recordé las palabras de mi madre. «Aléjate de él o me veré obligado a hacer cosas que no deseo. Cristiano Gabbana no es de fiar», y también recordé las palabras de Valentino.

Cristiano y yo tan solo éramos una equivocación. Una anomalía que erradicarían con violencia.

—¡Jamás te haría daño! ¿Entiendes? ¡Jamás! —Me zarandeó. La mirada se le enteló, no soportaría verle llorar—. ¡No vuelvas a repetirlo! Hazme todo el daño que quieras, de cualquiera de las maneras. Pero no con eso. No digas eso...

Resultó que verle llorar hubiera sido mejor que aquello.

—¿Qué es lo que quieres, Cristiano? —sollocé.

—A ti. Eres lo único que me importa. ¿Aún no te has dado cuenta? ¡¿Acaso necesitas que lo grite?! Lo haría... si me lo pidieras.

Cerré los ojos echando la cabeza hacia atrás. No podía continuar con aquello, era demasiado para mí. Habían ocurrido tantas cosas en tan poco tiempo que apenas me quedaban fuerzas. La peor de todas fue verme luchando por echar a Cristiano de mi vida.

—Si tu decisión es dejarme, lo acepto. Aunque... aunque no soporte la idea. Te dejaré ir, lo prometo. Pero... pero no puedo soportar que... sea por miedo —gimoteó.

—Es rechazo, Cristiano. —Las lágrimas ya no podían disimularse.

—¿Seguro que solamente es eso? ¿Puedes prometérmelo, Kathia? —Su aliento acariciando mi boca, me estremeció—. Porque si de verdad es así, me iré. Te dejaré en paz, te lo aseguro. Simplemente...

Se quedó sin voz y agachó la cabeza mientras sus manos caían sobre mi regazo, en gesto de abatimiento.

En realidad, nada había cambiado. Daba igual lo que supiera de él, daba igual lo que hiciera. Ya compartía su estilo de vida, aunque acabara de descubrirlo. Yo también pertenecía a la mafia.

—Tú mismo lo dijiste. Que seremos un problema a erradicar.

—Y tú respondiste que tendríamos que habernos detenido cuando todavía

estábamos a tiempo —protestó—. ¿Esperas ahora que me aleje de ti como si nada? ¿Realmente esperas que no me duela? Duele, Kathia. Muchísimo.

—Es cierto. Pero podría doler aún más en el futuro, ¿no?

Al mirarnos, ambos nos asombramos con el extraordinario grado de complicidad emocional que guardábamos. Cristianno se dio cuenta de mis razones. Dejó a un lado todo lo que aquella conversación nos estaba hiriendo y vio a través de mí.

—Eso no es rechazo, Kathia. Estás anteponiendo mi protección a tus sentimientos, ¿es eso?

Tragué saliva, sintiéndome terriblemente expuesta.

—No negaré que algo de mí duda —admití—. Que tengo miedo de nuestro mundo... Por supuesto que lo tengo. Pero...

—Pero qué —gruñó.

—¿A qué te referías esa noche, Cristianno? —La misma en que nos dimos nuestro primer beso—. Ahora lo sé... Estar juntos no es una opción. No lo permitirán, ¿cierto? ¿Sientes cómo se acerca el peligro? No puedo estar a tu lado dosificando ese temor.

—Lo haré por los dos, entonces.

—¿Y hacerme esperar quieta en un rincón viendo cómo luchas por nosotros?

—Luego volvería a tus brazos. Es la única recompensa que quiero —atajó cortándome el aliento—. Dame un motivo mucho más grande que mi protección, Kathia. Dámelo y te juro que me alejaré de ti. Pero si no lo haces, tendrás que soportarme.

—Me obligarás a estar contigo...

—No de ese modo.

—Corro peligro... ¿Es por la boda?

—Es porque vives bajo el techo de unos tiranos que quieren utilizarte para su beneficio —masculló—. No puedes pedirme que mire hacia otro lado.

Ahora sí que nos entendíamos, como nunca antes, además. En ese momento, nos convertimos en Kathia y Cristianno, y sentí como me inundaba una emoción mucho más grande que el amor, algo a lo que ni siquiera pude darle un adjetivo.

Supe bien que aquel chico era un hombre que había ligado su vida a la mía, y que esa certeza me alejaba por completo de la forma que tenía la gente corriente de entender el amor.

Podía resultar demasiado enrevesado, exagerado quizá. Pero aquella

vorágine de sentimientos era tan incomprensible como esencial. No tenía por qué entenderse, simplemente debía sentirse.

—Yo solo quería vivir un romance normal contigo —jadeé un poco desolada—. Robarnos un beso, hacer el amor, terminar el instituto juntos. Quizá irnos a vivir a un bonito apartamento al comienzo de la universidad. Cosas habituales con las que disfruta cualquier pareja.

—Siento mucho no poder darte esa clase de amor. Pero espero que te valga que mis sentimientos estén muy por encima de lo que describes. Nunca pensé que lo diría, pero tú le das forma a mi vida... «Yo ya no podré olvidarte». —Mencionó mis palabras—. Fue así como lo dijiste, ¿no?

—Y era cierto. No podré.

Me derrumbé, considerándome un poco cobarde al ver que él insistía en luchar una batalla por la que yo ya me había resignado. Aquello ya no iba de miedos o mafia. En aquel vehículo, no había nadie más que él y yo consumiéndonos en nuestras miradas y nuestras propias palabras.

¿Cómo podía dudar ahora? ¿Qué más daba lo que viniera? Podríamos resistir, sabía que podríamos si estábamos juntos.

Me lancé a él con desesperación, colocándome a horcajadas sobre su regazo, y me dejé embargar por aquel aroma que tanto me gustaba cuando Cristianno reaccionó consumiéndome en un abrazo.

—No me dejes ir, Cristianno. No dejes que me alejen de ti —lloré.

Me perdí entre sus brazos. Era aquello lo que quería, lo que necesitaba, y no podía tirarlo por la borda. Todavía no comprendía su magnitud, probablemente nunca lo haría. Pero estaría a su lado y él al mío.

—Cómo iba yo a dejarte —susurró antes de besarme.

Respondí con exigencia mientras me aferraba a él. No iba a soltarle jamás. No, no lo haría.

—Lo siento —dije entre sus labios—. Lo siento mucho.

—No, cariño. Tú eres la que tiene que perdonarme a mí.

Acaricié su rostro húmedo por mis lágrimas. Él cerró los ojos dejándome dibujar cada línea, emitiendo pequeños jadeos trémulos. Sus dedos apretando mis caderas, su pecho ardiendo bajo el mío.

—Nunca vuelvas a decirme adiós a menos que de verdad lo sientas, ¿de acuerdo? —musitó tan bajo que casi no pude oírle.

—Eso no creo que suceda...

—Aun así, estoy hecho para cumplir tus deseos...

Aquel comentario perduró en mí incluso cuando regresé a mi habitación.

Nos habíamos devorado a besos con tanta intensidad que todavía notaba el hormigueo en mis labios. Y nos despedimos a regañadientes, conscientes de las pocas horas que faltaban para el amanecer. Tiempo que supuse podría pasar durmiendo plácidamente. Pero nunca debía confiarse en la oscuridad.

Lo supe bien cuando me vi lanzada contra la pared.

Desorientada, traté de forcejear, pero la fuerza de aquella sombra resistió bien los embates. Reconocí su identidad al sentir su mano apoyándose en mi boca. Valentino no quería que nadie escuchara mis gritos cuando decidiera pegarme. Empezó dándome un rodillazo en el estómago.

Un quejido murió en sus dedos.

—Sucia zorra —sonríó siniestro—. Dime, ¿has disfrutado mientras tenías al maldito Gabbana entre tus piernas? —masculló deslizando una de sus manos por mi pecho. Empecé a graznar antes de recibir un nuevo golpe—. Te he visto besarle. Supongo que como ya eres toda una mujer, muy mentirosa además, estarás lista para que te folle, ¿verdad?

Aterrorizada con la idea, intenté zafarme gimiendo entre lágrimas. Como respuesta, Valentino me empujó contra la cama. Me desnivelé y caí de bruces al suelo convirtiéndome en la receptora de un nuevo golpe, esta vez en la cara.

Le siguió una patada en las costillas y después me cogió del cabello y me arrastró hasta la cómoda golpeando mi cabeza contra la madera. Escupí la sangre que emanaba de mi boca antes de que volviera a cubrirla con su mano.

—Oh, no, no. Ya no te pega actuar como una chica indefensa. Ambos sabemos lo puta que eres. —Me tiró del pelo hasta hacerme inclinar la cabeza—. Te advertí una vez. He sido bueno contigo, Kathia. La próxima, le mataré. De la misma forma que a Ricardo: cortándolo en pedazos. Te entregaré sus ojos para que puedas llorar su muerte.

Me empujó al suelo. Ni siquiera me importó el golpazo, enseguida me encogí para consolar el dolor en mi cuerpo. Valentino, mientras tanto, se puso en pie y se ajustó su indumentaria.

No podía creerlo. ¡Había matado a Ricardo creyendo que fue él quien me llevó hasta Cristianno! El terror se mezclaba en mi pecho con el alivio al pensar que no sospechaba de Enrico.

—Me detendré aquí, porque me atrae más la idea de verte de esta manera. Pero quedas advertida. Esto es lo más suave que llegaré a hacerte —dijo regodeándose antes de caminar hacia la puerta—. ¡Ah, lo olvidaba! Mañana no finjas encontrarte mal. Quiero ver cómo disimulas mi obra en San Angelo.

Me encogí mientras mis lágrimas se mezclaban con la sangre.

## Capítulo · 45

Cristianno

---

—Mamá... —murmuré llamando su atención.

Se había acomodado en la *chaise longue* que había en la biblioteca y observaba la terraza con aire ausente mientras sostenía una taza de café caliente. Creo que aquel fue el único instante en que la vi en otro lugar que no fuera a los pies de la cama de mi abuela.

—Oh, mi pequeño.

Dejó la taza sobre la mesa y abrió los brazos, invitándome a acomodarme en ellos. Tomé asiento a su lado y apoyé la cabeza en su pecho como cuando era niño.

—Esos ojos... ¿Sigues sin poder dormir? —dijo dulcemente.

—A ratos. ¿Cómo está la abuela?

—Resiste y eso ya es más de lo que cualquiera podría esperar.

—¿Y tú? —La miré sin deshacer la postura.

—Ya sabes que adoraba a tu tío como si fuera mi propio hermano. No tengo recuerdos sin él. Descubrimos tantas cosas juntos...

Prácticamente, habían nacido a la vez y se habían criado, compartiendo cada instante. Para mi madre, el dolor de perder a Fabio se equiparaba al sufrimiento de mis abuelos. Creo que en el edificio nadie escapaba a ese tormento.

Me quedé mirando la nada, pensando que no había tenido la oportunidad de contarle a mi madre todo lo que había experimentado las últimas semanas.

—¿Qué es lo que barruntas? —preguntó.

—¿Por qué lo crees?

—Eres mi hijo y un libro abierto para mí. Kathia, ¿verdad?

Cogí aire, me incorporé y comencé a estrujarme los dedos en actitud inquieta. Después de haber aclarado las cosas con ella, el conflicto que nos acechaba cobró una fuerza que no esperaba y no estaba seguro de si gozaría de la suficiente habilidad para hacerle frente. No dudaba de mí mismo, sino de

las cosas que Kathia y yo tendríamos que enfrentar.

—La amo, mamá —admití—. Puede que parezca imposible, pero estoy locamente enamorado de ella.

Se acercó a mí para acariciarme la mejilla.

—Siempre supe que tú serías quien amaría con más fervor.

—Pero tengo miedo...

—Es lógico, el amor nunca viene solo. Y sé a qué temes. Pero decidas lo que decidas, esta familia luchará a tu lado.

Así era mi madre, una mujer capaz de tocar el último rincón de mi alma con una dulce y bella sonrisa en los labios. Hablar con ella siempre fue tan sencillo.

—Será difícil.

—¿Qué importa? —La voz de mi padre nos sorprendió a ambos, y le descubrimos adentrándose en la biblioteca con severa templanza.

—Papá...

—Se avecina una tormenta de la que nadie podrá escapar —nos advirtió—. No imaginas cuánto alienta que tú te hayas enamorado. Es un motivo de alegría.

Apoyó una mano en mi hombro al tiempo que mi madre enredaba sus dedos a los míos.

—No abandonaremos a Kathia en manos de esos traidores —añadió ella.

Me inundó una emoción de profundo bienestar que apenas pude disimular. Me llevó incluso a suspirar. Contar con el apoyo de mis padres me facilitaba las cosas.

—Me siento un poco egoísta —confesé.

—Y aunque lo fueras, no estarías haciendo nada malo. Si dudas de ti, recuerda entonces que nos tienes a nosotros —sentenció mi padre.

Me aferré a ellos y traté de demostrarles cuánto les amaba.

## Kathia

---

Esperé a que el barullo de la entrada se dispersara para entrar, pasando todo lo inadvertida posible. Había conseguido ocultarme bajo un gorro y mi propio cabello, además de varios kilos de maquillaje. Pero los cardenales insistían en mantener su protagonismo y, por más potingues que le echara, no

se disimulaban. Cualquiera podría ver que algo me había pasado.

Por suerte, Cristianno y los chicos no asistieron ese día. No los había visto, ni tampoco sus vehículos. Así que supuse que podría evadir dar explicaciones. Pero Daniela resultó ser una amiga de lo más audaz y ella que sí había ido a clase.

La vi buscándome en los pasillos, un tanto ansiosa y preocupada. No entraría al aula hasta cerciorarse de que yo aparecía. Ella también debía saberlo todo, como hija de una familia aliada a los Gabbana, además de ser la mejor amiga de Cristianno.

Sin embargo, que fuera o no parte de la mafia, me dio igual. La echaba de menos con todas mis fuerzas y necesitaba horrores estar a su lado.

Pero el dolor en mis costillas me recordó que por ahora lo mejor era guardar las distancias. Lo último que quería era que ella me descubriera.

—¿Kathia?

Maldita sea, no me dio tiempo a esconderme en los lavabos.

—Llegamos tarde... —La esquive.

—Que le den. Ven aquí. —Trató de abrazarme, pero enseguida me aparté.

—¡No! —Me arrepentí de inmediato al ver su expresión desolada—. No quiero perderme más clases... No te preocupes por mí, estoy bien.

—No, no es cierto.

Me cogió de la mano y me arrastró hacia el final del pasillo, al aula de música. Nos encerró dentro y me obligó a tomar asiento en un taburete. Traté de esquivar sus intenciones, pero finalmente Daniela descubrió lo que trataba de ocultarle al apartar mi cabello.

Contuve la respiración al tiempo que ella ahogaba una exclamación llevándose las manos a la boca.

—No se lo digas a Cristianno, por favor. Jamás debe enterarse, Dani —le supliqué recordando las palabras de Valentino. Lo mataría si volvía a acercarme a él.

—¿Ha sido él? —No hizo falta mención. Abrió los ojos, aterrada—. ¡Oh Dios mío! ¡Está loco!

—Me pilló anoche con Cristianno. Ha matado al chófer.

—Tenemos que...

—¡No! No puedes, por favor. Tú misma lo has dicho, Valentino está loco. —Las lágrimas se derramaron—. Tengo miedo, Daniela. Tengo... miedo. No sé cómo actuar, no sé qué decir cuando estoy con ellos. Es como si en cualquier momento fuera a estallar una bomba. Ni siquiera soy capaz de

conciliar el sueño.

—Esto es demasiado, Kathia —suspiró ella, contagiada por mis emociones.

—Me... me he puesto maquillaje —tartamudeé echando mano a mi mochila—. Lo he traído por si acaso...

Le mostré el pequeño neceser que contenía las pinturas. Mis manos temblaban. Dani lo vio y tomó asiento a mi lado para detener la maniobra. Me acarició con tanto cariño que no tardé en derrumbarme y ella me abrazó haciendo suyas cada una de mis lágrimas.

—Deja que te vea bien... —Analizó cada rincón de mi rostro—. Hijo de puta —gruñó por lo bajo—. ¿Cómo se te ha ocurrido venir así, cariño?

—Me ha obligado.

Miré hacia la ventana. Estaban empezando a caer pequeños copos de nieve que se convertían en agua cuando tocaban el suelo. Aquel día hacía un frío espantoso, alrededor de tres grados. Había sido la coartada perfecta para abrigarme en exceso.

—¿Y quién coño se cree que es?

—Tú debes saberlo mejor que yo, ¿no?

Al ver su expresión abatida, fue sencillo ponerme en su lugar. Es difícil hablar de secretos cuando estos son tan grandes. En cierto modo, la entendí. Yo ni siquiera sabía qué hubiera hecho, y tampoco nos conocíamos tanto. Bastante bien había actuado Dani, haciendo cosas por mí que ni mi propia familia había hecho.

—¿Me perdonarás? —tartamudeó sollozante.

—Oh, Dani. —Me lancé a ella—. Te quiero muchísimo. —Y me importaba un carajo si era un sentimiento exagerado. Realmente fui sincera.

—¿Qué puedo hacer, Kathia?

—Solo abrázame. No sabes cuánto significa eso.

Estuvimos un rato más así, tanto que incluso la campana sonó advirtiendo de la segunda hora de clase.

—Tenemos que arreglar ese maquillaje —dijo tratando de recomponerse. Capturó la bolsita que había traído y extrajo la polvera—. Diremos que te caíste por las escaleras. Habiendo faltado estos días, te creerán de seguro.

De pronto, alguien entró en el aula, sobresaltándonos.

—¿Qué demonios hacéis aquí?! —gritó el profesor. Enseguida agaché la cabeza—. ¡A clase inmediatamente!

No nos quedó más remedio que obedecer, y aunque valió la excusa que

dimos sobre mi estrepitosa caída, no dejé de llamar la atención ni un segundo. Ni siquiera en el recreo. El rumor corrió como la pólvora.

—Mi prima también se ha dado cuenta —dije observando de reojo las miradas de Giovanna desde el otro lado de la cafetería.

—Ignórala —me advirtió Dani, cogiéndome del brazo para salir de allí—. Si la miramos demasiado, lo interpretará como una provocación y sabiendo lo que siente por Valentino, no me extrañaría que te buscara más problemas.

—Razonas como una mafiosa.

—Me lo tomaré como un cumplido.

El resto de las clases tampoco fueron mejores. Tuve que dar explicaciones a cada profesor que entraba. Así que cuando la campana anunció el fin del día escolar casi salté de alegría. Sentimiento que Dani no compartió.

Empalidecido brutalmente.

—¿Qué pasa? —pregunté asustada.

—Los chicos... están aquí.

—¿Todos? —Me estremecí.

—Me temo que sí.

—¿Por qué? Si ni siquiera han venido a clase.

Estaba aterrorizada. Valentino también vendrían. Si se cruzaba con Cristianno la situación podía descontrolarse.

—Supongo que para protegernos. La situación está muy tensa. Pero no te preocupes, les mentiré.

Pero yo ya no escuchaba. Cristianno estaba al final del pasillo, terminando de subir las escaleras. Me detuve en seco. Daniela me miró desconcertada hasta que también lo vio.

—Dani.

—Vete.

Eché a correr. Con suerte, podría esquivarle por las escaleras del gimnasio y montarme en el coche de Valentino antes de que viera mis heridas y se enzarzaran en una pelea.

No pareció que me siguiera, pero no dejé de correr. Hasta que llegué al vestíbulo y me estampé de bruces contra él. Mi cartera cayó al suelo.

Cristianno me sostuvo de los hombros y me observó frunciendo el ceño, extrañado. Traté de alejarme y volver a escapar, pero me retuvo con fuerza.

—Suéltame. Me haces daño, Cristianno —murmuré, forcejeando.

—Me estás esquivando —afirmó en un tono de voz que no agradó a ninguno de los dos. Suspiré y él apretó la mandíbula.

—Es solo que... tengo prisa, me están esperando —dije manteniendo mi cara oculta.

A él no le convenció en absoluto mi respuesta y decidió acercarse un poco más. Cometí el error de mirarle de reojo. Lo que yo ignoraba era que él ya se había dado cuenta de todo.

Levantó sus dedos y acarició la herida de mi ceja y después la de mi labio atravesando el moratón de mi pómulo, que creí oculto bajo el maquillaje.

—¿Qué es esto? —gruñó.

—Me caí... Yo... Al llegar... —No pude continuar.

Entonces, él se acercó para atraparme en un abrazo. Me quedé muy quieta, permitiéndole el contacto y resistiendo los quejidos. Sabía lo que estaba haciendo, sus manos inspeccionaban los rastros de mis heridas. Ya sabía que le había mentado.

—Tuvo que ser una caída muy aparatosa, ¿no? —dijo bajito, pegado a mi oído.

—Ni siquiera me duele... —Pude ver el coche de Valentino—. Todo estaba tan oscuro.

Se alejó para mirarme y torció el gesto adoptando una expresión que me dejó ver en todo su esplendor al mafioso que llevaba dentro, tan espeluznante como extraordinario. Supongo que eso fue lo que hizo que me aterrorizara.

—Tiembles —afirmó.

—Tengo frío.

—No. No es frío. —Una sonrisa escalofriante.

—Cristianno.

—¿No se te ocurrió mencionar mi nombre antes?

Asumiendo la sacudida que me provocó su comentario, Cristianno clavó la mirada por encima de mi hombro.

Dio un paso al frente. Yo ya no era su objetivo, más bien siquiera me creía en su campo de visión, por muy cerca que estuviera.

Lo supe. Supe qué iba a hacer. Y me interpuse.

—¿Valdría si te suplico?

—No.

Su hombro chocó conmigo al avanzar. Fue entonces cuando me di cuenta de la presencia de Mauro, Alex y Eric, que siguieron los pasos de su

compañero sin molestarse en preguntar. Se entendían demasiado bien para perder el tiempo con las palabras.

Valentino y Cristianno se miraron en la lejanía. El primero sonrió orgulloso de lo que se avecinaba. El segundo, en cambio, cerró los puños y apretó los dientes tan fuertemente que creí que se partiría la mandíbula.

Ese gesto quizá fue lo que me empujó. Me lancé a él, frenética. Acababa de comprender por qué Valentino me había obligado a ir a clase en aquel estado. No había venido solo porque sabría que terminaría provocando a Cristianno.

Clavé mis manos en su pecho.

—Cristianno, por favor. Escúchame. —Forcejeé con él tratando de cortarle el paso. Ni siquiera me miró—. Solo me caí. ¡Tan solo fue una caída estúpida! ¡Tienes que creerme!

—Entonces, miente mejor. —Con un empujó, caí en los brazos de su primo—. Llévatela, Mauro, y vuelve rápido.

—¿Este es el aspecto que tiene? —inquirí mirándolo estupefacta.

Aquello no sería un simple enfrentamiento. Sino la mafia, más que dispuesta a imponerse.

—No debiste pensar que sería amable —murmuró Mauro—. Ahora entra, es lo mejor.

«No obedezcas...».

—¡Cristianno! —grité echando a correr. Él me ignoró hasta que mis dedos tiraron de su jersey. La inercia me llevó a rozar sus labios con los míos—. Te lo suplico, por favor. No me hagas verlo.

Pero no valió de nada. Prestó más atención a las burlas de Valentino con sus colegas.

Cristianno me apartó, avanzó un par de pasos más y se detuvo frente al Bianchi. Antes de que pudiera reaccionar lo cogió del cuello y lo empujó hacia atrás alzándolo un palmo del suelo. La espalda de Valentino impactó con fuerza en el asfalto.

Ahugué una exclamación y me quedé boquiabierta al ver como Cristianno se colocaba sobre él y comenzaba a pegarle puñetazos en la cara. El Bianchi trató de defenderse, pero no le dejó alternativa. Cada intento tenía una respuesta aún más violenta.

Uno de sus amigos supo que debía intervenir. Fue el primero en abalanzarse a por Cristianno y lo apartó con un duro empujón. Motivo por el que Alex y Eric se metieron de lleno en la pelea. Mauro trató de hacer lo

posible por mantener a Valentino en el suelo y le dio un par de patadas.

La misma que Cristianno recibió en las costillas.

Un ramalazo de ira me invadió, tan espesa como desconocida. No tenía tiempo de analizar de dónde había surgido, enseguida me lancé a ese tipo y le entregué un puñetazo con todas mis fuerzas.

—¡Aléjate de él! —clamé mientras el chico caía al suelo.

Ni siquiera pude vanagloriarme o quejarme del daño que me había hecho. Valentino tiró de mí en dirección al coche. Pero se lo impidieron al recibir un puñetazo.

Cristianno me empujó y volvió a enfrascarse con él de un modo un poco más encarnizado. Ambos cayeron al suelo. Valentino rodó centrando toda su fuerza en el cuello del Gabbana. Lo asfixiaría.

Enseguida me acerqué y traté de evitar la maniobra, el Bianchi insistía y terminó empujándome al suelo. El tiempo que tardé en recuperarme, encrudeció el enfrentamiento entre los dos.

Empecé a temerme lo peor un instante antes de levantar la vista. Se estaban apuntando mutuamente con una pistola. Cristianno separó el martillo de la suya sin dejar de observar aquellas pupilas verdes. La pelea se detuvo en ese instante. Todo el mundo los contemplaba, y yo me hallaba de rodillas en el suelo, en medio de los dos.

«Estoy dentro. Este es el corazón de la mafia».

—¿Piensas disparar? —preguntó Valentino, con tono orgulloso. No dejaba de sonreír, aunque tuviera la cara ensangrentada. Le daba igual.

En respuesta, Cristianno disparó a la nada, muy cerca del Bianchi. Ahogué un grito llevándome las manos a los oídos.

—Te lo dije una vez. Lo haré, aunque me atraiga más la idea de despedazarte con mis propias manos —masculó.

—Es mía, Cristianno. Me pertenece y no puedes impedirlo. Soy yo quien va a casarse con ella.

—No lo creo. —Torció el gesto intentando una sonrisa—. Tú no eres el elegido.

—¿Lo eres tú, entonces?

—¿Acaso no te quedó claro anoche?

Valentino cargó su arma y se acercó aún más al Gabbana.

—Bien, esto es sencillo. Solo puede quedar uno —le desafió.

Tuve tan claro que dispararía, tuve tan claro que Cristianno podía morir que no me importó interponerme. Y me levanté del suelo a tiempo de desviar

un nuevo disparo.

—¡No! —Un grito que se entremezcló con el rumor de una bala atravesando el cielo.

No sabía cómo, pero me había lanzado a Valentino en un extraño abrazo. Este sonrió seguramente observando a Cristianno por encima de mi hombro.

—Me quedo contigo —le gimoteé al oído—. Deja que se vaya. Me quedo contigo.

Aún sonriente, se alejó un poco para mirarme. Me descubrió temblorosa y sollozante, lo que le emocionó bastante.

—Qué bien suena. ¿Lo has oído, Cristianno? Finalmente, la he sometido.

Entonces, me besó, con los ojos abiertos y clavados en su enemigo. Y yo lo acepté, maldita sea, y rogué por que Cristianno entendiera mis intenciones.

No sé si lo hizo, pero subí al coche sin atreverme a confirmarlo.

## Capítulo · 46

Cristianno

---

Lo supe bien. Mierda, lo supe tan bien que poco importaba lo mucho que me hirió verlo. Al principio, me costó asimilar cómo una persona tan neófita en los entresijos de la mafia pudiera responder con tal osadía.

Kathia se había interpuesto entre una bala y mi propio cuerpo. Desvió su trayectoria y se aferró a Valentino como si él lo fuera todo para ella.

Mintió. Y lo hizo también cuando se entregó a él, porque yo era lo único que le importaba.

Se arriesgó a recibir una bala por mí y ese no era el objetivo.

Yo tan solo quería matar al Bianchi por haberle puesto una mano encima, por haber marcado su rostro de aquella manera y, para colmo, utilizarla de excusa para provocarme, como si no lo hubiera hecho bastante con la muerte de Fabio.

Me sentí impotente, colérico. No era Kathia quien debía protegerme a mí, sino yo a ella.

Grité con todas mis fuerzas antes de encaminarme a mi coche y golpear el guardabarros. No era un demente. Por mucho que quisiera ir tras ellos, hacerlo suponía un riesgo enorme, más allá de mí.

Estaba atrapado. Cualquiera de mis decisiones podía explotar en algo mucho más cruento. Eso era lo que me carcomía por dentro.

Los chicos me siguieron, con Daniela a trote portando la mochila de Kathia.

—Vayamos... —trató de decir Mauro.

—¡No! Si eso sucede, iré yo solo.

—Nadie irá a ninguna parte —protestó mi amiga. Nos echó un vistazo cargado de reproche a los cuatro—. ¿Realmente esperabais que esta pelea tuviera un final feliz? Os habéis enfrentado delante de todo el mundo. ¿Sabéis lo que eso supone?

—Cariño... —intentó tranquilizarla Alex.

—¡Déjame hablar!

La zona ya se había despejado. Apenas quedaban alumnos, los más curiosos nos oteaban tímidos. Visto desde una perspectiva más calmada, sacar una pistola en mitad del colegio no había sido el mejor de los actos.

Daniela se acercó a mí, observándome fijamente con valentía e indignación.

—Conozco cada una de tus facetas, Cristianno. Ser insensato no es una de ellas. ¿Qué coño te ha pasado?

—¿Eres ciega, Dani? ¿Has visto su rostro?

—Por supuesto que sí. Lo he tenido delante de mí todo el día y he sufrido. No eres el único que quiere a Kathia. Esta pelea no ha hecho más que exponerla a un peligro aún mayor.

Ya lo sabía, maldita sea. Pero no esperé que pudiera terminar así. Creí que ella sería un poco más cobarde y obedecería a mi primo. Pensé que haría frente a Valentino sin tener que preocuparme por que mis balas recayeran en ella.

No era en absoluto un insensato, claro que no. Pero supongo que todavía no tenía control suficiente sobre aquella versión de mí mismo, enamorado por primera vez.

—¡Gabbana! —exclamó alguien. Al mirar vi a dos carabinieri caminado a trote hacia nosotros—. La gente ha llamado, dicen que han oído disparos. ¿Estáis bien?

—No se preocupe, Livio —dije apoyando una mano en su hombro—. Ha sido una reyerta sin bajas. Solo le pido que no informe al comisario Materazzi o a mi padre. Yo mismo lo haré.

—De acuerdo —asintió con la cabeza, y enseguida se despidió de los chicos en silencio antes de marcharse.

Yo quise hacer lo mismo y abrí mi coche. Me despojé de la chaqueta y la lancé dentro.

—¿A dónde vas? —quiso saber Dani.

—Hablaré con Enrico y después me colaré en la mansión. Si el Bianchi ha sido capaz de pegarle una vez, no quiero ni imaginar lo que puede llegar a hacerle. Seguramente la tendrán incomunicada.

—Iré yo.

Su bravura nos impresionó a todos por igual.

—¡Ni hablar! —se quejó su novio.

—Alex, lleva razón —añadió Eric, y en realidad el de Rossi lo sabía.

Sabía que Dani no tendría que dar tantas explicaciones, que una visita suya era algo muy natural y sería aceptado en la mansión.

—Es mejor entrar por la puerta principal que hacerlo a hurtadillas como un delincuente —dijo ella—. Además, el Bianchi no me hará nada. Aunque cueste de creer, le gusta mantener las apariencias.

—Te ha visto en la pelea —comentó Mauro—. No es seguro que te deje entrar.

—Lo hará, porque Cristianno hablará con Enrico. Él sabrá qué hacer para que yo pueda poner un pie en el vestíbulo de esa puta casa. Además, tengo una buena excusa.

Nos mostró la mochila de Kathia.

## Kathia

—

Valentino tiró de mí fuera del coche cuando se detuvo frente a la escalinata de la entrada a la mansión. Forcejeé todo lo que pude, pero lo único que logré fue perder la poca energía que me quedaba.

Me había entregado a él, pero ambos sabíamos que no existía mentira más grande. Así que no tenía por qué contener la irascibilidad que sentía.

Giancarlo abrió la puerta aprisa tras oír que Valentino la golpeaba como un loco. En cuanto entramos, me arrastró hacia el pasillo que llevaba al despacho de mi padre.

El miedo empezó a desbordarse. Lo había masticado durante el trayecto, pero no imaginé que llegaría a sentirlo como si fuera una losa de mil kilos apoyada en mis hombros.

No hacía falta que me dijeran quién se encontraría en el despacho. Valentino no se hubiera encaminado allí a menos que supiera de la presencia de Angelo Carusso.

Entró sin llamar, sorprendiendo a los presentes con nuestra repentina irrupción, y me lanzó contra el escritorio.

—¿Qué demonios...?! —gritó mi padre, levantándose impetuoso de su asiento.

—Cristianno es su amante, Angelo —masculló Valentino.

—¿Qué?! —Aquella exclamación provino de varias personas.

Fue entonces cuando descubrí a Adriano Bianchi y a mi tío Carlo. Mi

padre me observó con un odio que pronto hizo titilar sus pupilas. Era estúpido suponerlo, pero me pareció que el miedo también reclamaba su atención.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Se ven a escondidas. Anoche pude comprobarlo. Ricardo les estaba ayudando, por eso lo maté.

—¡Un Gabbana!

—Ese Gabbana, concretamente —dijo Valentino con desprecio.

Me incorporé como pude, estupefacta. La aversión contra los Gabbana que flotaba en el ambiente por poco me asfixia. No tenía sentido. Ellos habían sido sus socios desde hacía mucho tiempo. Clanes hermanados o como mierda se dijera. Pero qué podía esperar de las personas que habían matado a Fabio.

Aquello debía considerarse el pistoletazo de salida.

—Nómbrales como te plazca cuando tu vergüenza esté a la altura de ellos. —Mis palabras se derramaron sin autoridad.

De haber sido mucho más templada no habría mencionado aquello sin reserva alguna. Fue como si un espíritu violento me poseyera, y causó exactamente la reacción esperada. Los cuatro hombres me miraron con un rechazo, que en el caso de mi padre, incluso rozó la violencia.

Iban a devorarme viva.

Entonces, Adriano rompió a reír entre aplausos.

—¡Por todos los santos, nos ha salido guerrera, Angelo! —dijo animando al nombrado a que también sonriera.

A Valentino, en cambio, no le hizo tanta gracia. Resopló asqueado y se apoyó en la estantería cruzándose de brazos. Supongo que esperaba que me apalearan nada más mencionar a Cristianno. Debía de estar muy decepcionado. Pero no se daba cuenta de que las agresiones físicas a veces no alcanzaban el terror que suscitaba la coacción oral. Tanto que sentí que vomitaría el corazón en cualquier momento.

—Lo que no entiendo es por qué lucharía una guerrera de poca monta como ella. —Acarició el filo de su mesa con la punta de un dedo—. ¿Sabes acaso contra quién luchas? ¿Cuentas con las armas pertinentes o te crees tan ilusa como para desafiarme?

—No te he desafiado... Tan solo he dicho la verdad...

—La verdad se reduce a mí cosiéndote esa bonita boca con hilo de pescar.

—Todo lo que una hija espera oír de su padre.

«Cállate, Kathia. Por Dios...». Apreté los dientes y traté de contener el

ramalazo de pavor que me recorrió la espalda ante el escrutinio de mi padre.

Él sonrió, orgulloso de mi espanto y de saberme sola en medio de aquella sala.

—Si vas a enfrentarte a mí al menos evita temblar. En fin... ¿qué haremos contigo? Es evidente que necesitas un escarmiento. No quiero que una de mis hijas vaya por ahí fornicando con un Gabbana.

Tuve un escalofrío.

—Tendrías que estar pensando en cómo responder a mis preguntas —me atreví a decir, y debía de ser una gran comediente porque de nuevo provoqué sus sonrisas.

Me esforcé en ignorarlas, más centrada en averiguar por qué me habían traído de vuelta a Roma, por qué querían que me casara con Valentino, por qué me habían mentido de aquella manera tan brutal y desconsiderada. Tantos porqués herían demasiado.

—La gente como nosotros no responde, querida, y tú no estás en disposición de ordenar a nadie —espetó mi padre—. Y mucho menos tomar decisiones. En todo caso, deberías acatarlas.

—No lo haré... Tengo mi propio criterio.

Contuve el aliento al ver cómo torcía el gesto.

—Qué divertido. Venga, ilústranos.

Aquella momentánea sobredosis de coraje me llevó a enumerar las cosas que no estaba dispuesta a tolerar.

—No me casaré con Valentino. No consentiré que me retengáis como a un preso. Sobra decir que no pienso dejar de ver a Cristianno. Me da igual si es de vuestro agrado o no. No me convertiré en vuestra excusa para librar una guerra.

—Verborrea —escupió Adriano.

—Kathia, ¿cómo lo diría el gran Fabio Gabbana? —Convertí mis manos en puños al escuchar su nombre—. Veamos, solo eres un trozo de carne de primera calidad que tiene su final en el plato de un buen restaurante. Un trozo de carne no se queja, no replica los deseos de su comensal. ¿Quieres saber por qué?

Su cinismo me hizo temblar y mirarle atónita. Meditar sobre el amor que me tenía habría sido como perder el tiempo en discernir la línea que separa el bien del mal.

Se acercó un poco más a mí. Agaché la cabeza, presa del pánico.

—Vamos, Kathia, ¿quieres saberlo? —Pero no respondí, y entonces él

dio un fuerte golpe en la mesa antes de vociferar—: ¡¡¡Porque la carne no habla!!! —Clavó sus dedos en mis brazos—. No volverás a ver a Cristianno.

Me aparté dándole un empujón y le miré encolerizada.

—¿Quién lo impedirá?! —chillé con todas mis fuerzas.

—¡Tu padre, maldita furcia! —bramó dejándome paralizada.

A través de la espesa niebla que empezaba a cubrir mis ojos, vi a Valentino riéndose por lo bajo. Gesto que me empujó a gritar de nuevo.

—¡Ojalá no lo fueras! Ojalá fuera una Gabbana. Ellos tienen un honor que tú no conoces.

Supe que les había dejado atónitos, pero se resarcieron de la sutil humillación cuando mi padre me estampó un duró bofetón. Mi mejilla empezó a arder de inmediato, causándome dolor incluso en el cuello, avivando el resquemor de las heridas que ya tenía.

Alguien sonrió, orgulloso. Adriano estaba disfrutando casi tanto como su hijo.

—¿Te hace gracia? —mascullé.

—La verdad es que sí. Es curioso lo idolatrada que tienes a la estirpe Gabbana.

Una palabra tan simbólica como la de estirpe quedó como el mayor de los insultos en sus labios. Pero entendí que tenía las de perder, que la furia que sentía no me ayudaría a hacerle frente a algo tan desconocido para mí como lo era la mafia. Aunque fuera consciente de su existencia, no gozaba de la destreza para combatir.

—Voy a ponértelo fácil, Kathia —convino mi padre, inclinándose hacia mí—. Si vuelves a encontrarte con él, si dejas que sus asquerosas manos se acerquen a ti, juro por todos mis ancestros que lo mataré y me encargaré de que tú estés presente en ese momento. —Me temblaron hasta los labios—. ¿Entiendes ahora cómo funciona nuestro mundo, hija mía?

No me quedó más remedio que asumir la situación. Ceder me daría una tregua y pondría a salvo a Cristianno hasta que encontrara el modo de darle fin a aquel desvarío. Fingiría acatar sus órdenes, sería complaciente y, en silencio, aprendería a formar parte de aquel mundo, hasta dominarlo con la misma ferocidad que ellos.

—Sí, padre —obedecí.

Salí de allí caminando errática. Debía mostrarles lo debilitada que me habían dejado. Pero en cuanto supe que ya no podían verme, eché a correr a mi habitación. Me encerré con pestillo y me lancé al baño en busca del *pendrive*

de Fabio.

Mi padre no había mencionado el castigo, pero tampoco hizo falta. Sabría que pronto me dejarían incomunicada, así que me di prisa. Cogí mi portátil, lo encendí e introduje el dispositivo.

No era quién para escudriñar algo que parecía tan serio. Pero si quería estar al nivel de ellos, debía averiguar todo lo posible y, de paso, encontrar la forma de entregarle aquello a los Gabbana.

De pronto, una ventana se abrió mostrando un mosaico de carpetas. No me costó deducir que habían sido enumeradas por fechas, siendo la primera una de las pocas que podría abrir, de los más de cien ficheros que albergaba el *pendrive*.

Descubrí un informe médico sobre un alumbramiento. Tuvo lugar un trece de abril de hacia diecisiete años en la ciudad de Londres, poco antes de las cuatro de la madrugada. Pero junto a él, también se detallaba la defunción del recién nacido, que ni siquiera había llegado a los cinco minutos de vida. Falleció por causas «desconocidas».

Fruncí el ceño, extrañada y un tanto nerviosa. Más allá de la tensión y el miedo que todavía sentía, aquello no me ahorró aturdimiento.

¿Por qué tenía Fabio aquella información? ¿Acaso había sido padre?

Según explicaba el informe, él mismo había exigido una autopsia que le fue denegada debido a la desaparición del pequeño cadáver.

Podía dar por hecho que Virginia Liotti, su esposa, había dado a luz a su primogénito, coincidiendo quizá con alguna escapada al Reino Unido. Pero resultó que la madre también había desaparecido. Lo que me llevó a pensar que quizá Fabio tenía una amante inglesa.

Una investigación realizada semanas después, aclaró al Gabbana que la mujer abandonó el hospital por su propio pie, en mitad de una lluviosa madrugada y dejando un reguero de sangre por los pasillos.

Su nombre, Hannah Thomas Andersen.

El aturdimiento empezó a pasarme factura y el aliento comenzó a amontonarse en mi boca empujándome a jadear. Pensé que aquello podría ser lo más controvertido que vería, pero resulté demasiado ingenua.

La mayoría de las carpetas contenían ficheros encriptados con contraseña. Fui abriendo aquellos a los que tenía libre acceso, asombrándome hasta la estupefacción con su contenido.

Eran unas fotos en las que aparecía Virginia en situaciones de lo más controvertidas junto a Jago Bianchi, el hermano mayor de Valentino. Según la

fecha que deduje en el título de cada imagen, las fotos databan de hacía un par de años hasta la actualidad. Fabio sabía que su esposa tenía un amante, y no uno cualquiera, sino alguien que más tarde le mataría.

Entonces, llegué al plato fuerte.

El proyecto Zeus.

Documentos sobre experimentos, actas en varios idiomas, pruebas de pandemia, análisis sobre los síntomas que provocaba dicha pandemia. Más imágenes, esta vez de personas fallecidas a causa de los experimentos llevados a cabo en ellas.

Asimilar tanta información fue una tarea imposible, y mucho más si tenía en cuenta que aquello era propiedad de Fabio.

Helena.

Esa carpeta en concreto siquiera pude abrirla, estaba encriptada, e intentar probar suerte tal vez bloquearía lo que sea que contuviera.

Salté de mi silla y comencé a dar vueltas de un lado a otro, llevándome las manos a la cabeza y tratando de controlar mis pulsaciones. No podía pensar con claridad. Me sentí un tanto desesperada. Apenas había aceptado mi universo y este ya me exigía de un modo arrollador y desbordante.

Sin embargo, todas mis emociones quedaron suspendidas bajo el estremecimiento que me causó el golpeteo de la puerta. Miré de súbito y tragué saliva.

—Kathia. ¿Puedes abrir, por favor? —La voz de Sibila me llegó en una exclamación susurrante.

Enseguida me lancé a la madera y retiré el pestillo. En efecto, era Sibila, pero no estaba sola. Al reconocer el rostro de la persona que le acompañaba liberé un jadeo de alivio. Salté a los brazos de Daniela casi con desesperación.

Sibila nos empujó con suavidad hacia el interior de la habitación antes de cerrar la puerta de nuevo para dejarnos a solas.

—¿Qué haces aquí? —Me alejé para mirarla.

—Los chicos y yo nos quedamos muy preocupados. Temíamos que te hicieran daño. Mi presencia no cambia mucho las cosas, pero me da igual mientras esté contigo.

—Oh, Dani. —Volvimos a abrazarnos.

—Te he traído la mochila. —La dejó en un rincón y me cogió de las manos antes de tomar asiento en el filo de la cama—. ¿Qué ha pasado?

Cogí aire.

—Valentino me ha llevado ante mi padre. No quieren que me mezcle con un «sucio» Gabbana.

—Vaya, parece que la hipocresía no era una suposición de Cristianno. —Detalle que me sorprendió bastante.

—¿Qué quieres decir? —Fruncí el ceño.

—Él nunca confió en tu familia —me aseguré—. Lo ha comentado poco, pero todos sabemos bien que ninguno de ellos es querido por el «sucio Gabbana». Y en el fondo, deberíamos hacerle caso, es un chico muy intuitivo.

—Tal vez por eso se le da bien ser quien es.

Sonó un poco nostálgico, como si una parte de mi mente echara de menos al Cristianno que había conocido hacia unas semanas, ese al que miraba completamente ajena a todo lo que nos rodeaba.

Pero en realidad estaba sorprendida con las habilidades que tenía. La intuición de Cristianno no podía estar más en lo cierto y me asombraba que siendo tan joven conociera tanto de la soberbia y la vanidad de las personas.

Apreté las manos de Daniela. Ella se acercó un poco más a mí, quería asegurarse de que me llegaba todo su apoyo.

—Me han amenazado —le confesé—. Si sigo viéndole estaremos en peligro, él más que yo. Me siento como si fuera una marioneta en manos de mi padre y sus malditos siervos. —Controlé bien las lágrimas que jugueteaban en mis ojos—. Además, he descubierto algo.

Me puse en pie y extraje el *pendrive* del portátil.

—¿Qué es eso? —dijo confundida.

—Es de Fabio. Él mismo me lo entregó antes de morir.

—Dios mío, Kathia. ¿Qué hay dentro?

—No lo sé. Tan solo he podido ojear algunas carpetas. El resto están bloqueadas. Debo entregárselo a los Gabbana. No puedo mantenerlo en esta casa por más tiempo.

Entonces, se me ocurrió algo. Ciertamente, no me dejarían salir, pero conocía a la persona idónea para ayudarme. Sabiendo cómo estaban las cosas, mantener aquel objeto era un suicidio.

—¿Tienes teléfono? —le pregunté a Dani, que enseguida se echó mano al bolsillo de su chaqueta—. Dime que conoces a Thiago Bossi y tienes su número.

—Por supuesto que lo tengo. —Tecléó en la pantalla y me entregó el móvil—. Llamando.

Me acerqué el aparato a la oreja al tiempo que me mordisqueaba una uña.

Estaba nerviosa.

—Thiago. Soy Kathia —dije al descolgar.

—¿Ocurre algo, pequeña?

—¿Dónde estás?

—No tardaría en llegar a la mansión. ¿Me necesitas?

Tan solo habíamos compartido un par de ocasiones juntos y ya nos entendíamos como si nos conociéramos de toda la vida. Ese hombre era increíble.

—Con urgencia. No me dejan salir de casa y necesito ver a Enrico.

—Voy para allá. —Colgó porque ya imaginaba que no había tiempo que perder.

### Cristianno

—

Cuando Enrico me vio entrar en su comisaría, pensó que la última sala de interrogatorio sería lo más adecuado. En aquel lugar no había ventanas, solo disponía de dos puertas y las paredes gozaban de insonorización. Con solo ver mi rostro ya supuso que mantendríamos una conversación de lo más controvertida.

Sin embargo, no participó en ella como hubiera esperado.

—Tiene hematomas por todas partes, Enrico —insistí caminando de un lado a otro. Pero él parecía en otra parte, sentado en la silla con los codos apoyados en la mesa y la cabeza gacha—. ¿Estás escuchándome?

—Sí... —repuso ausente, echándome un rápido vistazo.

Me acerqué a él, extrañado.

—¿Estás bien? Has empalidecido.

—No he dormido bien. Solo eso... —Cogió aire hondamente y recompuso su postura—. ¿Crees que has hecho bien enfrentándote a Valentino en pleno San Angelo?

Se lo había contado todo, basándome en los detalles que me había dado Daniela antes de despedirnos. Pero el Materazzi no estaba reaccionando. Ni siquiera había mostrado ira.

—¿Estás reprochándome? —espeté.

—Te importaría una mierda si lo hiciera. A ti, todo te da igual. —Fue más un pensamiento en voz alta que una amonestación.

Apoyé las manos en la mesa y me incliné hacia él.

—¿Y ese es el amor que dices procesarle a Kathia? «La quiero como a una hermana».

—¿Lo pones en duda?

—El puto Bianchi le ha pegado una paliza y ha matado al chófer. Sin embargo, ¡tú prefieres quejarte de mi comportamiento frente a ese canalla! ¡¿Cómo no quieres que dude?! —exclamé.

De pronto, Enrico se puso en pie de un salto, me cogió del cuello del jersey y me estampó contra la pared. Su rostro impertérrito me indicó, aunque pareciera imposible, lo atormentado que estaba. Una agonía que iba mucho más allá de todo aquello.

—Cuando hables, procura contar con todos los datos —masculló a unos centímetros de mi cara—. Y si no los conoces del todo, no me juzgues o des cosas por sentado.

—Habla, entonces. Dame los putos datos —le encaré.

Pero no me sentí cómodo haciéndolo. Podíamos considerar aquella como la primera vez que Enrico me enfrentaba de esa manera.

Me liberó y se alejó un par de pasos de forma un tanto errática, como si no tuviera fuerza. Le cogí del brazo.

—Enrico...

—Me gustaría ser más como tú... —murmuró cabizbajo—. Desinhibir la rabia, aunque solo fuera un poco... —Entonces me miró y apoyó su mano en mi hombro—. Lo siento, hermano.

No, aquello no era un simple cruce de palabras o un desacuerdo entre los dos. Sabía que su mente contenía mucho más, que guardaba consigo pensamientos que se habían convertido en severas responsabilidades.

—Oye... —Imité su gesto—. Yo siempre estaré contigo, incluso para escuchar tus pensamientos más escabrosos. Jamás te juzgaría.

Asintió con la cabeza.

—Dame un poco más de tiempo, por favor. —Por supuesto que se lo daría, y quise decírselo en voz alta, pero su teléfono comenzó a sonar—. Thiago. ¿Qué? Por supuesto, venid aquí. Ya me encargaré yo después. —Me miró al colgar—. Viene de camino. Junto a Kathia y Daniela.

Contuve el aliento.

Kathia

—

Thiago nos hizo cruzar la comisaría hasta unas escaleras que descendimos en riguroso silencio. Al llegar al sótano, un lugar sobrio, diáfano e iluminado con una cegadora luz blanca, recorrimos un par de pasillos y nos detuvimos frente a una puerta metalizada.

En cuanto descubrí que Cristianno estaba dentro de aquella habitación, salté dentro y me lancé a sus brazos. Él me aceptó con fervor, y se aferró a mi cintura mientras su respiración acelerada se derramaba en mi cuello.

—¿Estás bien? —preguntó al apartarse y capturar mi rostro con sus manos—. ¿Te han hecho algo?

—No...

—Déjame ver —intervino Enrico antes de mirarme de frente.

Examinó mi rostro con detenimiento, dejando que apenas asomara un sutil y bien disimulado temblor en el labio.

—Daniela, ve a recepción —dijo unos segundos después—. Dile a Francesca que te ponga en contacto con el doctor Terracota y explícale la situación. Le abonaré el traslado.

—Estoy bien, Enrico —traté de decir, pero él me ignoró.

—Ve, Daniela.

—Sí, yo me encargo.

Vi como mi amiga abandonaba la sala antes de que Thiago nos encerrara a los cuatro dentro.

—Siéntate —me sugirió Enrico, acomodándose al otro lado de la mesa.

—No es necesario que Dani se quede fuera de esto —comenté.

—Ella está tan dentro como tú, pero no es el arma. Y ninguno de los que estamos aquí queremos que se convierta en un blanco directo.

Explicación con la que estuve más que de acuerdo, pero no pude evitar el ramalazo de tensión que atravesó mi espalda.

Agaché la cabeza.

—No dejáis de insinuar escenarios terribles. Es estúpido ignorar el miedo que me causa.

La mano de Cristianno se enroscó a la mía bajo la madera.

—¿Cuándo fue? —quiso saber Enrico.

Había algo extraño en él, un decaimiento al que no estaba acostumbrada.

—Me estaba esperando en la habitación —admití.

—Cuéntame los detalles, Kathia.

—¿En qué cambiaría el resultado? Además, hay otras cosas mucho más importantes.

Tenía cientos de preguntas agolpándose en mi cabeza. Cientos de dudas que sabía me perseguirían constantemente. Si yo era el arma, como habían sugerido, debía saber el porqué. Si iba a vivir bajo el yugo de mi familia, merecía respuestas.

—No se me ocurre nada más importante que tu estado —confesó Enrico—. Pero, adelante. Te sigo.

—¿Seguro? —Miré a cada uno, dejando a Cristianno para el final, y esperé a que su silencio me diera la valentía para hablar.

«Sin remilgos, Kathia», me dije.

—¿Quién es Hannah Thomas Andersen? ¿Qué es el Proyecto Zeus? ¿Y por qué os ha causado tal reacción?

Sus rostros se habían helado, palidieron de golpe sin quitarme ojo de encima. Cristianno incluso tembló en torno a mis dedos. Sabía que había sido un poco brusca, pero buscaba ese tipo de respuesta para cerciorarme de la magnitud de aquello.

—¿Cómo lo has descubierto? —preguntó asfixiado.

Entonces liberé su mano, capturé el *pendrive* de mi bolsillo y lo coloqué sobre la mesa. El chasquido que produjo inundó aquella sala.

Enrico fue el primero en hablar.

—¿Has visto su contenido?

—Solo las carpetas que me permitieron acceso. La gran mayoría están bloqueadas.

—¿De dónde lo has sacado?

—Fabio me lo entregó antes de morir...

Me detuve a tragar saliva por pura inercia, la tensión que se respiraba allí dentro me había secado la garganta.

—No sé qué tan importante es —continué—, pero creo que mi padre anda tras la información que contiene.

—¿Por qué lo crees?

Sabía que Enrico no deseaba ser brusco conmigo ni tampoco comportarse como el buen comisario que era, pero su actitud me estaba lastimando.

—Porque Valentino regresó al laboratorio. Fabio... yacía en mis brazos... Tuve que dejarle y correr a esconderme.

—Por eso se cortó la llamada... —murmuró Cristianno, recordando aquella tarde.

Asentí con la cabeza.

—Valentino se puso a buscar como un loco, incluso registró el cadáver. Y le dio una patada...

Tuve que hacer malabarismos para no caer de nuevo en el dolor que me producía aquel recuerdo. Lo conseguí cuando Cristianno volvió a cogerme de la mano.

—¿Dónde lo has estado guardando? —interrogó Enrico.

—Tras la tubería del retrete de mi baño. Pensé que lo mejor era esperar a después del entierro para entregároslo.

—¿Qué más has visto?

—No mucho. Solo algún que otro documento suelto. Una partida de nacimiento y fallecimiento. Información sobre un proyecto llamado Zeus. Y fotos.

—¿Fotos? ¿De qué o quién?

—De Virginia... Liotti...

—¿Qué tipo de fotos, Kathia?

Me mordí el labio. Ni siquiera era capaz de mantener la mirada puesta en mi cuñado por más de cinco segundos. Sus ojos azules no dejaban de engullirme.

—Muy sugerentes junto a...

—¿Quién?

—Jago Bianchi...

Suspiró con fuerza antes de ponerse en pie y capturar el *pendrive* para dárselo a su segundo.

—Thiago, entrega esto a Valerio. Ponle al tanto de todo, él sabrá qué hacer. Y avisa al edificio de que iré mañana.

—De acuerdo.

—Es suficiente.

Ambos se encaminaron a la puerta. Para ellos había terminado aquella conversación y ni siquiera habían respondido ninguna de mis preguntas. Me puse en pie de un salto.

—¡Pero Enrico...!

—Por hoy, Kathia, es suficiente —espetó.

Y probablemente lo estaba haciendo para protegerme, pero en ese momento no era lo que más necesitaba, maldita sea.

Aun así, no pude decir mucho más. La llegada del doctor lo contuvo todo, y llegué a la mansión sintiéndome un poco vacía.

Al entrar al vestíbulo, Valentino esperaba cruzado de brazos. Si no hubiera sido por la presencia de mi cuñado, seguramente habría saltado sobre mí para abofetearme hasta sangrar.

—Valentino. Te hacía en tu casa a estas horas. —La frialdad de Enrico, al parecer, no tenía límites. Habló con tanta normalidad que me estremeció.

—No me parecía bien irme sin saludar —ironizó Valentino, echándome vistazos cortos y severos.

—Bien, ya lo has hecho. ¿Se te ofrece algo más?

—Sí. Me gustaría saber cómo consigue una rata escabullirse sin importarle las consecuencias.

Me encogí un poco inclinando el cuerpo hacia Enrico, en busca de su calor.

—¿Te refieres a ti mismo?

—¡Bromas aparte, Enrico! —gritó Valentino acercándose a él—. Angelo, le ha prohibido salir. Y yo estoy completamente de acuerdo.

—Ah, ¿sí? ¿Lo estás? —El Materazzi torció el gesto de un modo espeluznante—. Déjame que te diga algo, Valentino. Lo que tú entiendes por castigo, yo lo entiendo como un secuestro. Y tratándose de una menor, tendrías problemas muy serios. Así que, si te has planteado meter tu hocico por estos lares, te conviene bastante saber a qué te enfrentas, querido.

Tragué saliva.

—¿Piensas decirle lo mismo a Angelo?

—En cuanto pongas un pie fuera de esta casa —sonrió.

Llegados a ese punto, Valentino comprendió que no tenía nada que hacer frente a Enrico. Jamás lograría vencerle, así que en realidad lo mejor era marcharse, para mi alivio.

—No te vanaglories demasiado con la devoción que te tiene el viejo. Ambos sabemos que no durará eternamente —susurró Valentino a Enrico pensando que yo no le escucharía.

—Ese es el plan.

En cuanto se marchó, mi cuñado acarició mi espalda y me invitó a caminar hacia las escaleras.

—Sube a descansar.

—Supongo que es mucho mejor que preguntarte sobre lo que acaba de ocurrir, ¿cierto?

—Poco a poco, Kathia. No tengo intención de ocultarte nada, pero tampoco pienso excederse.

Aunque la indagación se impusiera, entendí bien el interés de Enrico por dosificar la información que se me daba.

—Está bien... Buenas noches, Enrico.

Le besé y subí a mi habitación.

### Cristianno

---

Convencer al Materazzi para que me permitiera colarme en la mansión Carusso surtió efecto en cuanto se dio cuenta de que lo haría con o sin su permiso. Y es que tenerle de mi parte facilitaba el proceso. Así que apenas tardé unos minutos en saltar a la terraza de Kathia.

No había nadie en la habitación, pero descubrí el filo de luz que surgía bajo la puerta del baño. Debía de estar allí dentro y pude confirmarlo cuando la vi salir con el albornoz y aquella expresión entristecida en el rostro.

Se quitó la toalla de la cabeza liberando su larga cabellera y se miró al espejo. Aún no había encendido la luz, tan solo iluminaba la que procedía del baño. Pero me bastó para ver la irritación en sus ojos y toda la pesadumbre que albergaban.

Golpeé el cristal con suavidad. Kathia se sobresaltó, hasta que me vio. Enseguida brincó hacia la puerta de la terraza.

—¿Qué haces...? —Engullí sus últimas palabras con un beso voraz.

Me colé en el interior de la habitación aferrado a su cintura, dando tumbos de un lado a otro, mientras ella aprovechaba para cerrar el ventanal.

—Si te descubren... —jadeó en mi boca.

—¿Ves que me importe? Yo solo respondo ante ti. —La abracé con fuerza—. Me siento como si hubiera estado años lejos de ti.

Ella gimoteó en mi cuello sin poder controlar la incontrolable sacudida que atravesó su cuerpo. La sostuve hasta que cesó y después me alejé para mirarla. Lo último que necesitaba era compartir un momento con ella cargado de incertidumbre. No podría soportarlo de nuevo.

—Ey, ¿qué pasa? Kathia... —Capturé su rostro entre mis manos.

—Es todo tan confuso... —se sinceró—. Siento tanta fragilidad. Cristianno...

Apoyó su cabeza en mi pecho.

—Estoy aquí... Di todo lo que tengas que decir. No he venido solo para

besarte.

—Lo necesito. Necesito que me expliques qué sucede. Estar en medio de todo esto, sin saber a qué me enfrento... Ni siquiera me deja dormir.

—Te desengañaría... Puede incluso que te decepcione.

Ahora era ella quien se alejaba para mirarme y lo hizo enredando mi jersey con sus dedos.

—Pero eso es algo que tengo decidir yo y no vosotros. Se me debe al menos la oportunidad. No asumas mis reacciones, Cristianno. Sería muy decepcionante convencerte de mis sentimientos por ti.

Negarme, evitarlo, ignorar. Hubiera sido como retroceder a los días en que Kathia no era más que un simple recuerdo de infancia, como si una parte de mí no quisiera estar junto a ella. Pero el Cristianno en el que me había convertido no soportaba la idea de alejarla.

Era verdad que aquello significaba dar un paso muy duro, seguramente el último a partir del cual todo cambiara para siempre. Pero no contárselo evitaría su poder de reacción, la pondría en una posición mucho más peligrosa.

La llevé hacia el escritorio y tomamos asiento en las sillas.

—Empecemos por lo que has averiguado esta tarde. Cuéntame qué viste en ese *pendrive*.

## Capítulo · 47

Cristianno

---

Kathia me lo explicó todo, empezando por los detalles recopilados sobre la tal Hannah Thomas Andersen.

Aprovechando que nos habíamos acomodado frente a su escritorio, encendió su portátil y me mostró en pantalla las capturas que había hecho. Un acto de lo más peligroso, pero no era momento para sugerírselo; más aún cuando iba borrando las imágenes conforme me las mostraba.

Hannah.

La había mencionado aquella misma tarde, sorprendiéndome con su existencia. Al parecer, había sido amante de mi tío durante unos años y, en la actualidad, se encontraba en paradero desconocido. Pero, puestos a pensar en las pocas personas que debían saber de aquella verdad, no me hubiera extrañado que Fabio supiera dónde se encontraba.

—Por lo que he analizado, Fabio utiliza los nombres «Zeus» y «Helena» en clave. A este último, siempre se refiere con extrañas muestras de cariño... —Se detuvo a coger aire—. Dado que ni el acta de nacimiento ni fallecimiento informan del sexo del bebé, es difícil saber si es que Helena era el nombre escogido.

—Aunque me mostraras una imagen de mi tío con ese bebé en brazos no podría creer nada de esto.

Me llevé una mano a la cabeza, tan asombrado como alterado.

—¿Hablas en serio? —quiso corroborar.

—Kathia, por Dios... —repliqué.

—Hay más. Si mis sospechas son ciertas, Jago y Virginia llevan siendo amantes desde hace unos dos años.

—Lo sé.

—¿Cómo?

—El sábado, tras el entierro de mi tío, seguí a Virginia —le confesé echando mano a mi paquete de tabaco por pura inercia. Lo solté sobre la mesa

conteniendo las ganas de fumar—. Su actitud me hizo sospechar y no quise quedarme con la duda. La vi entrar en el hotel Plaza. Según los registros, Jago Bianchi se hospedaba allí.

—Cristianno, Jago participó. —Lo suponía. No había dejado de pensar en ello desde que descubrí a Virginia—. Vio a Valentino disparar a Fabio, sonrió complacido, joder. No dejó de pensar que... —No terminó por respeto hacia mí.

—Continúa, Kathia.

—Creo que Virginia está detrás de la muerte de Fabio. Un triángulo amoroso, más poder, más dinero... No sé el motivo, pero algo me dice que ella está detrás de todo esto.

Asentí y le cogí la mano. Kathia no se equivocaba, todas mis alertas estaban en sintonía con las suyas, así que algo debía significar.

—Yo también lo creo. Valerio ya ha empezado a investigar, se lo comunicaremos a mi familia lo antes posible —le advertí.

De inmediato, seleccionó todas las capturas y las eliminó hasta no dejar el mínimo rastro de ellas en el portátil. A continuación, agachó la cabeza y dejó que sus manos cayeran sobre su regazo. Mantuvimos el silencio durante unos segundos. Ambos conocíamos la pregunta que flotaba en el ambiente.

—Dices que no sabías nada de la existencia de esa mujer inglesa ni de su hijo, y te creo —repuso con voz suave, todavía cabizbaja—. Pero... ¿sucede lo mismo con el Proyecto Zeus?

—No. —Fui honesto.

Ella se irguió en su silla y me miró atenta y respetuosa.

—Bien. Seré quien escuché ahora.

Me sobrevino un poco de miedo. Iba a mostrarle mis profundidades y temía que no le gustaran en absoluto. Me consideraba alguien íntegro, pero también capaz de cualquier cosa. Esa osadía, tal vez, se convertiría en mi enemiga.

—¿Es necesario? —Casi le rogué.

—¿Tú qué crees?

—Si menciono cualquier cosa relacionada con ese proyecto, dejarás de ser Kathia Carusso.

—¿En qué me convertiré?

—En parte de la tripulación. —Resoplé una sonrisa porque había escogido un modo de decirlo realmente sutil.

Se inclinó hacia delante para acariciar mi mano.

—Pues veamos hasta dónde llega ese barco, capitán.

Cogí aire y me aferré a sus dedos un instante antes de ponerme en pie. Esa vez sí cogí un cigarrillo, lo prendí y me acerqué a la puerta de la terraza para dejar que entrara un poco de la fría brisa de la noche.

—El proyecto Zeus... —susurré tras darle una calada al cigarrillo. Kathia no me quitaba ojo de encima—. Nadie nunca supo qué pasó por la mente de Fabio cuando dio con la idea, ni el objetivo que guardaba. Pero exponiéndolo en términos simples, la intención era crear una epidemia nacional con pretensiones continentales.

Lo solté sin más, sin tapujos ni remilgos. De nada servían ya las florituras.

Oteé el rostro de Kathia. Ni se inmutó. Ni siquiera se consternó por ello. No estaba nerviosa, no tenía miedo. Se cruzó de brazos y me miró atenta.

—Al ser familias hermanadas desde hace generaciones, mi padre nos reunió y expuso el proyecto tras ser convencido por Fabio. Aquello iba más allá de lo que estábamos acostumbrados a hacer. Algo con lo que muchos nunca terminamos de estar de acuerdo. Pero por aquel entonces yo era demasiado joven para tener voz y voto.

—De todos modos, ¿qué bien hace la existencia de la mafia?

Sonreí por la manera en que Kathia mencionaba aquella palabra, como si fuera algo terriblemente oscuro y depravado.

—Te equivocas en algo, mi amor. No somos un cartel, ni un grupo de malhechores asesinos y traficantes.

—Tampoco sois ángeles.

—¿Existen, acaso? ¿Qué tiene de angelical ser un ente que apenas hace nada cuando le necesitamos? ¿No muere gente injustamente cada día? —ironicé sintiendo aquel regusto placentero que siempre me causaba ser tan consciente del control. Fue una suerte tenerlo de mi parte en ese instante—. Lo creas o no, con el tiempo descubrirás que nuestro estilo deambula en el poder, cariño.

—Corrupción. —Se puso en pie y caminó lentamente hacia mí.

—Empiezas a acercarte —dije con doble intención—. La mafia no solo existe en las barriadas, no solo maneja la droga, la prostitución, las armas. Medio planeta trabaja en ella, enfundado en un bonito traje de pinzas o en una falda entubada. Incluso hasta el más decente de los funcionarios.

—Dando por asumida esa parte, ¿por qué un hombre tan honorable como tu tío sería capaz de idear tal aberración? —Un comentario que me estremeció

de puro orgullo.

Kathia había escudriñado en toda la oscuridad que existía en nuestro mundo para hallar un razonamiento consistente.

—Otro de los grandes secretos de Fabio.

—¿Y qué dice tu intuición? —Me robó el cigarrillo.

—Que escondía una enrevesada venganza.

—Contra mi familia —afirmó. Qué fácil me lo estaba poniendo.

—Odiaba que ellos se beneficiaran sin aportar nada. Con la propagación del virus, los laboratorios Borelli serían los únicos en comerciar el antídoto. Miles de millones de euros en ganancias a repartir.

Me devolvió el cigarro antes de agachar la cabeza para coger aire.

—En cierto modo, es indignante.

Lo logró de nuevo, fascinarme. Todavía no le había contado lo que podía considerarse una traición por parte de Fabio y ya estaba de su lado e incluso le creía honorable.

Me acerqué a ella torciendo el gesto y comencé a susurrar.

—Creamos el virus. Una toxina capaz de eliminar a cualquiera en menos de dos semanas. Se contagia por el aire, la sangre, la saliva... —Acaricié su mejilla con mis nudillos pensando en cómo sería no volver a tocarla—. Todo el mundo estaría expuesto. Una simple caricia íntima y estás muerto. Es el virus más letal que ha existido nunca.

Kathia tragó saliva, no por el temor a lo que yo explicaba, sino porque el contacto descendió por el camino entre sus pechos.

—Si alejas tus dedos de mí para que pueda pensar con claridad, me gustaría saber cómo se desarrolla en el organismo para que sea tan letal. —Levanté la mano en señal de rendición y conteniendo una sonrisa.

El tema a tratar no era sinónimo de burla, pero me sentía tranquilo al saber que no existía tensión entre nosotros. Facilitaba las cosas que Kathia fuera tan perspicaz.

—Hay dos fases. La primera: fiebre alta o hipotermia, vómitos, mareos, temblor. La primera semana, aparentemente, parece una neumonía. En los siguientes días, comienzan los eritemas, inflamación de garganta, faringe y esófago, necrosis. La necrosis es...

—Muerte celular en el tejido corporal; precede a la gangrena, lo sé —me interrumpió, y yo la miré orgulloso.

—En la segunda fase, la cosa cambia.

—¿Cómo se sabe que es la segunda fase? —Entrecerró los ojos.

En ese momento supe que Kathia estaba creada para manejar la mafia. Que la había descubierto, odiado, enfrentado y asumido en tan poco tiempo que no cabía duda. Escuchaba atentamente, analizaba cada detalle, no se intimidaba. Con cada segundo que pasaba, se alejaba más y más de aquella chica ingenua.

—Se empiezan a perder facultades —continué—. Pérdida de visión progresiva, dificultad para hablar y mantener el equilibrio. Pérdida de memoria. Posible ataque epiléptico o paro cardíaco. Hipoxia y coma. Llegados al estado comatoso todo está perdido. La función cardíaca y la presión arterial podrían, en realidad, mantenerse, pero...

—No habría respuesta cerebral —susurró Kathia, con la mirada perdida—. Por tanto, la segunda fase es irreversible...

—No del todo. Se puede evitar siempre y cuando no se caiga en coma —reiteré las últimas palabras.

—Aun así...

Kathia se llevó las manos a la cabeza y se atusó el cabello húmedo con la intención de controlar las emociones. Siendo tan apasionada, sabía cómo debía sentirse. Por eso me impresionó tanto que se obligara a proseguir.

—De eso va todo... Fabio, siendo el creador de ese plan, tendría que ver cómo los Carusso y los Bianchi se vanagloriaban y enriquecían a su costa.

—Creo que era mucho más que eso.

—Entonces ¿por qué murió? ¿Por qué... le mataron? —Le costó hacer la pregunta.

—Para crear el antivirus, mi tío necesitaba un componente específico que anulara toda la toxina, pero solo podía conseguirse en China...

Clavó sus ojos asombrados en los míos.

—Estuviste allí...

Súbitamente, salté al instante en que la noche hongkonesa se abría paso frente a mí y me sometía.

—Me fui porque no era capaz de mirarte a la cara —admití guardándome las manos en los bolsillos y echando un vistazo al exterior—. No quería verte, no quería saber nada de ti... En cambio, más que olvidarte, aquel viaje me hizo darme cuenta de lo muchísimo que te necesito a mi lado.

Fue una suerte que no estuviera mirándola de frente y que apenas hubiera luz en la habitación. Sentí que el rubor me asfixiaría. Decirle «te quiero» no habría sido más honesto que aquella confesión, y ella lo supo. Pero controlé toda necesidad de lanzarme a su boca retomando la conversación.

—Hice el viaje con mi tío sin que nadie se enterara. Solo lo sabía Enrico, pero él no podía ir; hubiera llamado demasiado la atención. Llegamos a un acuerdo con Wang Xiang. Él nos entregaba el componente y nosotros le pagábamos el doble de lo acordado en la reunión oficial.

—Entiendo... —Asintió con la cabeza—. Y las elecciones electorales tienen mucho que ver, ¿cierto?

Ni siquiera había insinuado esta parte, y ella ya había sospechado. Kathia imaginaba a la perfección el objetivo y las intenciones. Pero, en el fondo, lamentaba mucho su astucia, aunque nos ahorrara discursos agotadores y situaciones controvertidas.

Al mirarnos, también reconocí la incertidumbre. Estaba asimilando tanta información con un talante digno de admiración, pero no ahorraba desconcierto. Kathia se hacía preguntas, las mismas que yo. Preguntas que por mucho que mencionáramos en voz alta, tenían su respuesta en alguien que se había ido.

Fabio jamás fue macabro o malévolo, no hubiera creado algo tan infame como el Proyecto Zeus a menos que existiera un motivo. El tiempo que tardáramos en comprenderlo, solo el destino lo sabía.

—¿Por qué tú? —repuso Kathia, con sus ojos aún clavados en los míos—. Apenas estás al final de tu adolescencia. No pongo en duda tu capacidad, pero...

—Yo seré quien herede el imperio Gabbana. —Lo dije sin tapujos, como si una parte de mí quisiera preavisarla—. Fabio lo sabía, todos lo saben.

—¿Porque eres el más capacitado?

—Porque soy el más letal, Kathia. Y no me incomoda admitirlo y mucho menos llevarlo a la práctica.

Contenerse habría sido lo mejor, pero no quería que existieran mentiras entre nosotros. Ella tragó saliva y se humedeció los labios.

—¿Y tus hermanos? —murmuró.

—Valerio es demasiado intelectual para este tipo de labor. Y Diego bastante inestable.

—Suenas a descartar —sonrió antes de agachar la cabeza—. Tú... ¿Quieres serlo? El dueño de todo...

—He nacido para ello. —Di un paso hacia ella—. La cuestión que ahora te planteo es si tú quieres compartirlo conmigo...

No era el momento para hacerle tal petición, pero mis impulsos cobraron un protagonismo incontrolablemente.

—Tendré que acostumbrarme.

—Qué modesta...

La besé en la frente conforme sus manos trepaban suaves por pecho.

## Kathia

---

Los labios de Cristianno descendieron hacia mi mejilla y se quedaron apoyados en mi piel sin importarle en absoluto que mis manos percibieran el ritmo acelerado de su corazón.

Fue un logro saber que él se sentía tan inquieto como yo. No fingiría que no me había sorprendido nada de lo comentado. Mi estima por los Gabbana estaba en una posición tan estable y encumbrada que no les imaginaba de otro modo. No había cambiado mi opinión sobre ellos, pero tampoco justificaría el mal que pudieran haber hecho. Y, aun así, imaginarles exponiendo vidas inocentes era muy difícil de creer.

Bajo toda aquella capa de pernicioso interés por el poder, debía existir un motivo mucho más grande. A veces, el honor cobra formas muy complejas de entender.

De pronto, Cristianno tembló bruscamente. Se alejó de mí de un salto y dejó que sus ojos se perdieran en la nada. La expresión que adoptó su rostro me inquietó bastante.

—*La belle Ferronière*... —murmuró, pensando en voz alta.

—Cristianno... ¿qué ocurre? —quise saber, acariciando su brazo.

—Por eso lo ocultó, porque había encargado dos copias.

Fruncí el ceño, aturdida. No comprendía qué balbuceaba.

—¿De qué estás hablando, cariño?

—El componente del que te he hablado. —Asentí con la cabeza—. Lo introdujimos en Europa camuflado en las fibras de un cuadro...

—Una réplica de la obra de Da Vinci.

—La favorita de Fabio —especificó empezando a moverse de un lado a otro—. Él sabía que estaba vigilado. No confiaba en Virginia, de ahí que llevara tanto tiempo investigándola, sabía que ella ocultaba algo.

Detalle que acentuaba mis suposiciones sobre la implicación de la Liotti en el asesinato de Fabio. Por tanto, pensar que Virginia se había convertido en una espía no era tan descabellado. Más aún, si los propios instintos de

Cristianno insistían en lo mismo.

—Fabio decidió jugar al despiste encargando dos copias del mismo cuadro —concreté.

—Una portadora y una copia simple.

—Virginia robó la copia y al descubrirlo...

—Mataron a Fabio —sentenció Cristianno.

Me sobrevino un escalofrío muy desagradable. Todo estaba tan reciente que todavía no conseguía librarme del aroma a sangre. Pensar siquiera en su nombre rescataba cada uno de los segundos que pasé con su cuerpo inerte entre mis brazos.

Negué con la cabeza, obligándome a mantener la calma. Tenía un objetivo, dar castigo a los ejecutores, y me importaba un carajo que mi padre estuviera entre ellos. Quería hacer justicia, quería la verdad.

—Pero Fabio... —Tuve que pararme a coger aire—. Si él sabía tanto como para adelantarse a los acontecimientos, ¿por qué demonios no intuyó que le matarían?

—¿Quién intuye algo así, Kathia?

—Estamos hablando de matar, Cristianno —gruñí un tanto atemorizada—. Estamos asumiendo que tú también podrías morir. Y si eso pasa, yo... —enmudecí, sintiendo que un súbito estremecimiento me asfixiaba.

Tan evidente fue que Cristianno enseguida se acercó a mí.

—Kathia...

—Debemos trazar un plan —dije precipitada—. Acabar con esto y seguir con nuestras vidas como si nada hubiera sucedido. Debe existir algo con lo que podamos empezar.

Cristianno se dio cuenta de que prefería esquivar suposiciones pesimistas y se decantó por seguirme.

—La caja fuerte —anunció captando toda mi atención—. Fabio guardaba en ella todo tipo de material controvertido.

—¿Cómo podemos abrirla?

—Es complejo. Se instaló en los cimientos del edificio y goza de una enorme seguridad, así que el único modo de abrirla es con un código de acceso que cambia dos veces al mes y un puto examen ocular.

La insinuación llegó a mí como si algo invisible me hubiera golpeado la cabeza. No supe si la racionalidad bastaría.

—Vas a exhumar su cadáver... Oh, joder.

Me llevé las manos a la cabeza.

—¿Qué otra alternativa tenemos, Kathia?

Y era cierto. Cristianno no había sugerido nada como aquello de haber tenido elección. Pero era su familia la que estaba amenazada. No podíamos ser emotivos.

—Estás sugiriendo ir al cementerio, abrir su tumba y arrancarle un ojo a tu tío, a riesgo de no hallar nada dentro de esa maldita caja.

—¿Tenemos otra opción que no pase por tirar el edificio abajo?

La tristeza se paseó por su rostro antes de agachar la cabeza y apretar los dientes. Cristianno no necesitaba que yo le dijera qué estaba bien y qué mal porque él ya entendía la diferencia y ello no le ahorraba dolor. Él buscaba mi apoyo, mi consuelo.

—Afrontar y aceptar la muerte de Fabio es algo que no conseguiré nunca —gimoteó—. Pero imaginar que todo el dolor causado por su ausencia podría repetirse con cualquier otro miembro de mi familia... —Se contuvo echando la cabeza hacia atrás para coger aire antes de volver a mirarme—. ¿Crees que Fabio me guardaría rencor por hacer algo así?

Me acerqué a él y capturé su rostro con mis manos.

—Fabio pensaría lo mismo que yo, que eres un hombre extraordinario y que el bienestar de la familia bien vale cualquier acto.

Apoyé mi frente en la suya, compartiendo el aliento, disfrutando del contacto de sus dedos al enredarse a mis muñecas.

—Hagámoslo. Juntos —susurré.

—¿Qué? No, ni hablar. —Se alejó de mí.

—Cristianno...

—No pienso arriesgarte.

—¿En serio quieres hacerme rogar? —protesté.

—Ni siquiera eso valdría.

—Cristianno, tengo que hacerlo.

—No tienes que hacer nada —espetó él y supe que de haber podido, me habría gritado—. No sabrías cómo actuar ante una hipotética situación de peligro.

—Pues enséñame —exclamé con un susurro—. Tú gozas de la experiencia y yo de las intenciones. Te lo he dicho antes, no puedes esperar que me quede aquí sentada esperando a que mi hombre entre por esa puerta, vivo o muerto. Si estoy en esto, si pertenezco a este mundo, quiero afrontarlo contigo de todas las maneras posibles. Y ni tú puedes impedírmelo. Merezco aprender a defenderme. Tú desearías lo mismo.

Me observó a medio camino entre el absoluto rechazo y la satisfacción. Fue una suerte que no me creyera una simple caprichosa, porque mis deseos eran mucho más que eso. Buscaba luchar y proteger con el mismo fervor con el que Cristiano lucharía y me protegería a mí. De haber discrepado, se hubiera contradicho a sí mismo.

Me echó un indecoroso vistazo, tomó asiento a los pies de mi cama y se desplomó en el colchón si apenas fuerza.

—Estás loca... —resopló.

—Supongo que me has contagiado —repuse al tumbarme a su lado.

Apenas pude apoyar la cabeza en su pecho que Cristiano se lanzó a mí para besarme. Engulló mis labios con voracidad, enroscando su lengua a la mía mientras mis pulsaciones se aceleraban por el contacto.

—Me encanta cuando me besas así... —jadeé enroscando una pierna a su cintura.

Cristiano se me quedó observando un instante, atento a la franja de albornoz por la que se veía parte de mi pecho. Un ramalazo de timidez me invadió, pero ni siquiera pensé en cubrirme. El hombre que tenía ante mí hizo que me sintiera la mujer más hermosa del mundo con tan solo una mirada.

—¿Te parecería indecente confesar que me muero por hacerte el amor? —jadeó acercando un dedo a mi clavícula para comenzar a descender.

—Decir que sí me haría ver estúpida.

Cerré los ojos conforme su caricia abría un poco más la franja y llegaba a mi ombligo. Se posó allí y echó un vistazo. Ambos sabíamos que no había nada más que aquella simple tela blanca cubriendo mi desnudez, que su mano estaba increíblemente cerca de alcanzarme. Que, de hacerlo, maldita sea, no lo impediría.

Continuó bajando.

Las yemas de sus dedos me acariciaron el pubis y volvió a detenerse hasta que el silencio le valió como invitación a seguir. Su índice fue el primero en abrirse paso. Contuve un gemido y arqueé la espalda ante el ramalazo de placer que me causó.

No pudimos haber previsto algo así, tan solo nos dejamos llevar. Su mirada encendida, su caricia incrementando la presión. Cristiano acercó su boca, creí que iba a besarme de nuevo. Pero, en cambio, optó por bajar un poco más y capturar con los dientes el filo del albornoz, desvelando así uno de mis pechos. Temblé al sentir su lengua situándose en la punta.

Me sentí gloriosamente expuesta, una satisfacción a la que siquiera pude

dar adjetivos, y no dejó de crecer. Se intensificó hasta que comencé a darle forma a la locura. Me contorsioné, abrí un poco más las piernas y acepté con total plenitud todo el esplendor de su contacto, que lentamente me llevaba al clímax.

—¿Qué estás haciendo? —balbuceé temblorosa, aferrándome a él entre jadeos.

—Observar cómo disfrutas entre mis brazos. —Cristianno devoró mi orgasmo con un beso impetuoso.

—No es justo... —Porque solo yo lo había disfrutado.

—Para mí es más que suficiente. Por ahora...

La promesa que contenían sus palabras me hizo desear que llegara el momento. Necesitaba de él mucho más que una caricia.

## Capítulo · 48

Cristianno

---

—¡No me parece buena idea! —exclamó Mauro, enfadado.

En cuanto amaneció, quedamos en reunirnos en un antro que había en San Basilio para ponerles al tanto de las novedades. Por el momento, no quería que mi familia supiera nada. Me encargaría de encauzar la situación antes de exponer los hechos.

Además, me preocupaba Enrico. Ahora que teníamos el *pendrive* de Fabio en nuestro poder y el Materazzi se haría cargo de su investigación junto a Valerio y Thiago, me inquietaba que cargara con más dificultades.

Sin embargo, eso no significaba que estuviera solo. Mis amigos soportaron mucho mejor que mi primo la noticia sobre la intervención de Kathia.

—Está en su derecho —advirtió Alex.

—No vayáis ahora de comprensivos —se quejó Mauro, de nuevo—. Cualquiera en su sano juicio vería que es una locura y un riesgo innecesario.

—La misión no tiene por qué complicarse —añadió Eric—. Tomémoslo como algo rutinario.

—Profanar una tumba y arrancarle un ojo a mi tío no es algo rutinario, Eric.

—¡Mauro! —protesté.

—¿Es qué no lo ves, Cristianno?!

—Por supuesto que sí, pero nadie puede decidir sobre ella.

Aunque me fastidiara tener que admitirlo y sobre todo aceptarlo, Kathia llevaba razón. De haber estado en su lugar, jamás hubiera podido quedarme quieto. Así que yo no podía exigirle lo contrario.

—No eres el único que la quiere —espetó Mauro—. Puede que no me interese del mismo modo que a ti, pero Kathia es igual de importante para mí.

—Aunque me negara... Sé que iría por su propio pie.

—Maldita obstinada de mierda.

—Lo es. Mucho. Pero en el fondo sabes que tiene razón.

—Es algo nuevo, que una mujer quiera formar parte de la acción —expuso Eric—. Ya lo hizo una vez, en la fiesta de Luca. No debería sorprendernos.

Apoyé una mano sobre el hombro de mi primo.

—Sabiendo que tú estás a mi lado, temo un poco menos.

Él nos echó un vistazo escéptico.

—Putos persuasivos. Qué asco os tengo ahora mismo.

## Kathia

---

La guardia cambió de turno a quince minutos para la medianoche. Lo que significaba que la ronda de vigilancia no se iniciaría hasta en punto. Por tanto, podía abandonar la mansión por la parte de atrás sin ser vista.

Atravesé agazapada aquella sección del jardín y me lancé a trepar la valla. Me había vestido para la ocasión.

Clavé mis pies en el suelo al tiempo que un coche se detenía justo frente a mí. Agachada en el suelo, un tanto cohibida ante la posibilidad de haber sido descubierta, me armé de valor y miré.

Descubrí a Cristianno frente al volante de aquel coche negro mate que tanto me había recordado a un espectro acechando en la sombra.

Sonreí aliviada y me lancé al asiento del copiloto en cuanto él me abrió la puerta. Tras cerrar y acomodarme, me topé con sus ojos, que me observaron de arriba a abajo con esa sensual lentitud que le caracterizaba. Supuse que le había sorprendido verme en chándal, y no era de extrañar porque a mí me sucedió lo mismo.

—¿Te han visto? —Se obligó a preguntar mientras aceleraba.

—¿Estaría aquí si así fuera? —Soné coqueta.

—Niña mala.

Aunque habíamos tratado de resultar cordiales e incluso le habíamos dado un punto de travesura a nuestra corta conversación, enseguida percibí la tensión de lo que estábamos a punto de hacer.

—Sigues pensando que no debería estar aquí —murmuré al reconocer la pesadumbre en el rostro de Cristianno.

—No discutiré por eso. Ya está todo dicho. Pero los chicos... Mauro, en

concreto, no lo lleva tan bien como yo.

—¿Cómo tú? Ni que fueras el colmo de la comprensión —bromeé para quitarle hierro al asunto.

Él formó una sonrisa.

—Todavía estoy a tiempo de arrepentirme.

Acercó su mano y entrelazó sus dedos a los míos como si quisiera coger fuerzas.

Un rato más tarde, rodeábamos el cementerio para detenernos en la parte de atrás. Los chicos nos esperaban apoyados en su vehículo. Alex y Eric saludaron con la mano, pero Mauro siquiera se molestó en mirar como era debido. Tan solo me echó un vistazo frío que culminó cuando bajé del coche.

—Mauro —le advirtió Cristianno al seguirme fuera. Se estrujó las manos algo tenso.

Yo ya sabía que podía ser peligroso, pero los extremos eran los más eficaces a la hora de enseñar. Así que prefería aquella infecciosa adrenalina recorriéndome que estar esperando noticias en casa.

—Hola, chicos —dije antes de verme besuqueada por Eric.

—Te estás volviendo toda una mafiosa —sonrió y supe que lo hacía para rebajar la tensión que había.

—Mauro, yo... —Intenté acercarme a él, pero se alejó.

—No me parece bien que estés aquí y no me disculparé por ello. Acabemos cuanto antes —espetó.

—Eres tan obstinado como tu primo.

—Pero a mí no puedes convencerme con un beso —atacó dejándome sin palabras.

—Mauro, te estás pasando... —gruñó Cristianno, pero yo solo tenía ojos para su primo, que no pudo contener la oleada de arrepentimiento que le invadió—. Pongámonos en marcha.

Al parecer, ya traían aprendida la lección porque no cruzaron ni una palabra. Eric sería el encargado de inspeccionar la zona, Mauro se quedaría al mando del vehículo, listo para salir en caso de emergencia. El resto entraríamos en el cementerio y llevaríamos a cabo la maniobra de exhumación. Me incluí en ese grupo porque nadie me dijo lo contrario, dando por hecho que me quedaba con Mauro. Y es que Cristianno había accedido a que viniera, pero no para participar.

Así que fui la primera en saltar.

## Cristianno

---

Me lancé a por los pies de Kathia para retenerla, pero su habilidad se impuso a mi reacción. Saltó al otro lado, clavando sus pies en la tierra húmeda después de haber trepado con precisión. Nos dejó a todos sin qué decir, asombrados por los movimientos de los que tan orgullosa se sintió, pues en cuanto recompuso su postura, Kathia me miró desafiante.

Pateé la valla de pura frustración.

No me detuve a contemplar la fascinación de mis compañeros, conocía bien el sentimiento. Enseguida, tomé impulso y salté al otro lado.

Kathia enfatizó la arrebatadora silueta de su cuerpo enfundada en aquella indumentaria negra. Definitivamente, era una mujer sorprendente, y también odiosa.

—¿Crees que esto es un juego? —la encaré furioso.

—Eres tú el único que lo ha mencionado. No estoy aquí para jugar.

—Entonces, déjame aclararte algo. Esto es una jerarquía. El jefe ordena y el resto obedece. Tú perteneces al segundo grupo. ¿Eso lo entiendes?

—Llego hasta ahí —replicó.

—Regresa.

—No.

Maldita fuera, era tan difícil de persuadir, y no comprendía su interés en hacer el trabajo sucio.

—Que haya aceptado que vengas no significa que...

—No voy quedarme fuera si tú entras —me interrumpió ella—. No soy tu soldado, sino tu compañera. Iré contigo hasta las putas entrañas del planeta, y es mi última palabra.

—Desde luego que eres obstinada, joder.

Eché un vistazo a mis compañeros. Sabíamos bien cómo funcionaba la mafia, ninguna mujer deseaba participar en los temas más escabrosos. Siempre se mantenían al margen y respetaban la palabra de los dirigentes. Nosotros no queríamos que participaran y ellas no querían participar. Pero con Kathia aquel lema se iba a la mierda.

—Cristianno... —Intentó decir ella, pero la callé empujándola contra mi pecho.

—No quiero que formes parte de esto, joder.

—Creo que es demasiado tarde para que me lo digas. —Se acercó a mis

labios—. Soy tu novia y lo único que me queda por descubrir de ti es tu cuerpo desnudo sobre el mío. —Atónito con su confesión, tuve que contener el ramalazo de excitación que me abordó al imaginarme en tal situación junto a ella—. Asume de una vez que estaré en esto el tiempo que tú decidas estar. O los dos o ninguno. Pase lo que pase.

Tan perdido estaba en sus pupilas plata que ni siquiera me di cuenta de que Alex había saltado, linterna en mano.

—Todo eso suena muy bien —enfrenté a Kathia—. Puedes tener mi cuerpo desnudo sobre el tuyo las veces que te dé la gana. Créeme, estaría más que encantado. Pero, ¿qué harás cuando me veas empuñar un arma y arrebatarme la vida a alguien? Iras corriendo a tu habitación a llorar. Pobre chiquilla.

—¿Tan débil me consideras? —gruñó ella.

—No es debilidad, sino desconocimiento.

—Sé todo lo altanero que quieras, no me harás cambiar de opinión.

—No me gustaría cortaros el rollo —intervino Alex cegándonos con la linterna—, pero deberíais dejar la discusión para más tarde. Hemos llegado.

Me sorprendió descubrir que habíamos estado hablando conforme caminábamos. El panteón Gabbana se iluminó ante nosotros en cuanto Alex dirigió la luz hacia la piedra. Kathia escudriñó cada rincón del mausoleo mientras yo apretaba los dientes por la impotencia.

De noche imponía más respeto. La oscuridad siniestra que lo rodeaba no le restaba suntuosidad.

Cogí aire hondamente al tiempo que la gélida brisa nocturna nos acariciaba. Se avecinaba tormenta, lo presentía en la humedad del ambiente, y sentí un escalofrío. Kathia lo vio y deslizó su mano entre mis dedos para transmitirme su apoyo.

«Solo me faltaba alegrarme que esté aquí, joder».

Me liberé de ella para acercarme a Alex. En ese momento, no me convenía centrarme en las emociones, sino hacer mi trabajo, y eso Kathia debía aprenderlo sobre la marcha, si tan empeñada estaba.

Alex me entregó la linterna para que enfocara mientras echaba mano a la argolla de alfileres que llevaba en el bolsillo. Se le daba muy bien aquel tipo de tareas, era tan mañoso que a veces sorprendía.

La cerradura chasqueó y Alex enseguida apoyó la palma de la mano en la madera para dar el golpe de gracia y terminar de abrir la puerta. Tiré de Kathia para colocarla delante de mí.

Nos dio la bienvenida un hedor embebido mezclado con incienso y tierra. Era tan denso que tuvimos que cubrirnos la nariz. Me obligué a caminar hacia el sarcófago de piedra y apoyé las manos sobre la superficie, evitando leer su nombre.

«Puedes hacerlo, ¿verdad?».

Empujé. No podía dudar. Fabio nunca lo hubiera hecho, y sabía que no me guardaría rencor.

Alex y Kathia se incorporaron para ayudarme, y entre los tres conseguimos apartar la cubierta de aquella caja de piedra maciza. Pensar demasiado era muy problemático, así que lo evité ligando una maniobra tras otra. Introduje las manos para abrir el ataúd.

La hediondez se hizo más fuerte y tuvimos que apartarnos. Fabio solo llevaba unos días muerto, pero eran suficientes para comenzar a descomponerse.

Eché mano al bolsillo de mi chaqueta, cogí la navaja y capturé el filo de la sábana rojiza que cubría el rostro de mi tío. Dudé. Tras aquella maldita tela se encontraba Fabio, joder. ¿Cómo no iba a dudar?

—Démonos prisa, Cristianno —me urgió Alex. Él no quería que yo sufriera.

Asentí con la cabeza y retiré la tela. Su rostro ya tenía señales de descomposición. La piel estaba más tirante y pálida, y un cerco amoratado rodeaba sus ojos. Los labios se habían tornado azulados. Seguía siendo Fabio... Seguía siendo mi tío por mucho que la muerte le hubiera encontrado.

«No solo marca las horas...», recordé su voz. Aquel día, en el *jet*, de regreso a Roma.

El reloj. Había sido enterrado con ese reloj.

Demonios, no tenía ni la menor idea de lo que había querido decir, pero mi intuición prácticamente me gritó que lo cogiera y contra eso no podía luchar.

El brazo rígido, la muñeca tensa. Sería muy complejo coger el reloj, a menos que cortara la correa. Le hice un tajo.

—¿Por qué lo has cogido? —preguntó Kathia, asombrada.

—Fabio era todo un enigma incluso para sí mismo —dije en voz baja, sin esperar que la esfera chasqueara al presionar un pequeño botón sobresaliente.

El reloj se abrió unos centímetros, mostrándome un compartimento donde habitaba una pequeña tarjeta. No barruntaría qué había allí en un momento como aquel. Cerré el reloj, me lo guardé en el bolsillo y me preparé para

seccionar.

Pero me detuvo un crujido. Una rama, tal vez, quebrada por el viento que empezaba a levantarse. Sin embargo, no dudamos. Me lancé a Kathia para empujarla tras de mí y empuñé el cuchillo. Alex capturó su arma y me indicó en silencio que saldría a investigar. Abandonó el lugar lento y atento mientras Kathia liberaba el aliento contenido.

—Debemos darnos prisa... —le susurré justo cuando la lluvia hacia acto de presencia. Las gotas comenzaron a aporrear el cristal de la bóveda que teníamos sobre nuestras cabezas.

Cogí una bolsa de plástico transparente y se la entregué a Kathia. Miré a mi tío. Tan inmóvil, tan frío, tan inerte. ¿Me estaría viendo allí donde estuviese? ¿Qué estaría pensando de mí? ¿Me seguiría queriendo después de aquello?

Cogí aire, acerqué el cuchillo a la cuenca del ojo y presioné. Un pequeño surco de sangre resbaló por su mejilla. El ojo tembló por la presión antes de saltar y resbalar en mis manos.

Kathia retiró la mirada unos segundos, pero enseguida recuperó la fortaleza y me entregó la bolsa, donde introduje el ojo. Lo guardé en el bolsillo interior de mi chaqueta al tiempo que Kathia contenía una exclamación.

Sus ojos se abrieron aterrorizados.

Y entonces lo noté.

El cañón de una pistola apoyándose en mi cabeza.

—Buenas noches, Gabbana. —La voz de Valentino sonó ronca y excitada.

De nada servía lamentarse ni decirme a mí mismo lo preparado que estaba para que algo así sucediera, porque en ambos casos habría sido estúpido. Ni quise lo primero, ni acepté lo segundo. Así que lo mejor era asumir que teníamos un problema y Kathia estaba allí conmigo.

Ella tragó saliva y yo intenté transmitirle calma. La necesitaba de mi lado, más fuerte y valiente que nunca.

—¿Qué te trae por aquí, Bianchi? —pregunté con sorna.

—Hace buena noche para dar un paseo. —Me siguió el juego bajo el asombro de Kathia.

—No creí que el panteón Gabbana fuera adecuado para pasear.

—Tengo una retorcida predilección por lo macabro, amigo mío.

Kathia insistía en observarnos completamente aterrorizada y clavé mis ojos en los suyos rogándole que resistiera, que no dejaría que le hicieran

daño.

—Seré un buen anfitrión ofreciéndote mis servicios como guía, querido —continué con la mofa.

—Muy gracioso. Dame el ojo.

—No interrumpas una conversación tan amable con tonterías. Lo estamos pasando bien.

Sentí como Valentino se acercaba a mi oído, con toda su atención puesta en Kathia.

—¿Crees que a tu pequeña zorra le está gustando que hablemos cosas de mayores delante de ella?

Contuve mis ganas de apretar los dientes, no quería mostrarle ni un ápice de furia, aunque esta estuviera consumiéndome por dentro.

—Es mucho más lista que todo eso.

—Y suicida —sonrió sorprendiéndonos al verle caminar—. Dime, Cristianno, ¿es de las que gritan? ¿O prefiere hacerse la mojígata mientras te la follas?

Torcí el gesto. Ahora que podía mirarme a la cara, debía esforzarme aún más en contener mis arrebatos.

—Empiezo a sospechar que estás un poco obsesionado con el sexo, Valentino.

—No lo negaré. Pero en mi defensa diré que ella tiene la culpa. —Señaló a Kathia con el arma, provocando que temblara—. Me pone muy cachondo. Tanto que podría plantearme el hacerlo aquí mismo, sobre el cadáver de tu tío. Podría dejar que intervinieras. Aparcar un pequeño momento el odio que te tengo y compartir el trofeo. Te permitiré incluso elegir el orificio.

Quise abalanzarme, pero acercó el arma a la sien de Kathia.

—Shhh, quieto —susurró—. A veces pienso en cómo sería matarte. Pero luego descubro que me atrae mucho la idea de verte sufrir. Podría matarla a ella y dejar que agonices. ¿Agonizarías, Cristianno? ¿La amas tanto?

—Valentino... —gimoteó Kathia.

El terror ya no era una emoción, sino un ente que se paseaba en el corto espacio que nos separaba. Yo apenas lo sentí, mi conflicto estaba en la ira, densa e hiriente, y en obligarme a pensar cómo lo hubiera hecho de estar a solas con Valentino.

El Bianchi cambió su objetivo y regresó a mí, adoptando su postura inicial, con el cañón apuntando mi nuca.

—Kathia, mi pequeña zorra, yo que tú me apartaría si no quieres que su

sangre te salpique.

—Toda tu verborrea está genial, e idílica —intervine socarrón—. Pero ¿qué te hace pensar que lo conseguirás?

—Bueno, yo soy quien te apunta con un arma.

—¿Crees que por eso debería tenerte miedo? —Le guiñé un ojo a Kathia.

—No tientes a la suerte, Cristianno. Puede que la bala atravesase dos cuerpos.

Mi rostro se tensó. Ahora sí sentí la punzada de temor atravesándome. A Valentino se le estaba ocurriendo jugar con la vida de Kathia y eso no lo consentiría jamás.

—¿Te lo has pensado mejor? —preguntó irónico—. Dame el ojo, Cristianno.

Ahugué las ansias de responder y eché mano a la chaqueta. Kathia comprendió mis intenciones y aparcó un instante el miedo para negarme con la mirada. Prefería el peligro a entregarle algo tan valioso a Valentino.

Sin embargo, ella olvidaba una cosa.

«Soy un Gabbana y nada ni nadie cambiará ese hecho».

Miré la puerta.

## Kathia

—

Olvidé todo lo demás. No había nada más importante que los ojos de Cristianno clavados en los míos. Ni siquiera el ronroneo de la sonrisa orgullosa de Valentino, segura de haber vencido.

Pero no era así.

Cristianno torció el gesto. Miró la puerta.

«Huye». Me pareció oír su voz en mi cabeza.

Sin embargo, la idea de dejarle solo ante el peligro me aturdía casi tanto como ser el objetivo de un arma.

«Confía, Kathia», porque Cristianno llevaba la mafia en la sangre. Que fuera la primera vez en que yo me topaba con una amenaza de ese calibre no indicaba que él no lo hubiera vivido antes.

«Sí, confío», me dije.

Cristianno era fuerte, ágil, habilidoso. Sabría perfectamente cómo actuar ante una situación así. Y entonces me maldije por no haberle hecho caso, por

haberle puesto en peligro de aquella manera. Si no hubiera entrado al cementerio, él hubiera sabido cómo salir de allí sin mí convertida en su lastre.

«Pero ahora no es buen momento para reproches».

Lo hecho, hecho estaba.

Y yo era casi tan mafiosa como ellos dos.

Alcé el mentón. Apreté los puños. Agudicé la mirada. Prepararé a mis piernas para echar a correr. Más me valdría hacerlo bien bajo la lluvia.

Un sutil descuido de Valentino valió para arremeter. Cristianno le dio un codazo en la nariz antes de girarse para trincarle del cuello. La pistola cayó al suelo.

—¡Corre, Kathia! ¡Ya! —gritó Cristianno.

Aquella era la única forma de ayudar que podía ofrecer en ese momento. No sabía luchar, no sabía disparar, tan solo huir con rapidez. Di un paso hacia atrás, observando cómo Valentino se revolvía por el dolor. Cristianno estaba bloqueándole los brazos tras la espalda y tiraba con fuerza. Incluso escuché sus huesos crujir.

—¡Joder, Kathia! ¡Vete!

Obedecí saliendo de allí como si me hubieran empujado violentamente. La lluvia me golpeó el cuerpo al tiempo que un dolor increíblemente intenso se expandía por mi pecho, tumbándome con brusquedad.

Escuché a Cristianno gritar bajo el rugido de un trueno. Entonces, Valentino le dio un puñetazo que lo lanzó contra el sarcófago. Se golpeó la cabeza para luego caer al suelo mientras yo me retorcí de dolor sin poder hacer nada por él.

Al Bianchi no le bastó y quiso asfixiarle. Me removí con la intención de ir en su busca, pero alguien lo hizo por mí. Un hombre enorme vestido de negro y empapado por la lluvia me cogió del brazo y me puso de pie. Tuve que apoyarme en su pecho para no tambalearme.

—¡Llévatela al coche y ácala! —gritó Valentino mientras Cristianno comenzaba a toser.

Unos minutos más y dejaría de respirar.

«No puedes permitirlo, Kathia». Aquella voz interior sonó tan fría, tan imperiosa que me produjo un escalofrío. Bastó para llenarme de valentía.

Fingí debilidad y me hincé de rodillas en el suelo sabiendo que el esbirro volvería a empujarme. La inercia me ayudaría a atacarle y le di una patada en la entrepierna. Incluso arrodillado era enorme, pero no me amedrenté y volví a patearle, ahora en la cabeza.

Increíblemente, le dejé fuera de juego.

Cogí el garrote con el que había sido golpeada y entré de nuevo al panteón descubriendo la evidente asfixia de Cristianno. Aporreeé la espalda de Valentino con todas mis fuerzas. Él enseguida se desplomó.

Me lancé a Cristianno.

—¿Estás bien? —dije entre jadeos. Valentino se removió y le di una patada en la boca—. ¡Maldita rata!

Cristianno se incorporó apoyándose en mí y se inclinó hacia delante con la intención de levantarse.

—Vete... —masculló arrebatándome el garrote.

No quería dejarle, pero hacerlo nos daba la oportunidad de buscar ayuda.

Eché a correr descubriendo la intromisión de los refuerzos del Bianchi. Si entraban en el panteón, Cristianno no podría hacerles frente solo, y no sabía dónde estaba Alex. Así que comencé a gritar como una demente para llamar su atención y que me siguieran a mí.

«Mauro y Eric. Tengo que alcanzarles», me dije con el aliento amontonándose en mi boca.

Surtió efecto. Varios tipos cambiaron su inclinación y echaron a correr hacia mí. Apreté el paso tanto que incluso mis pies se hundían en el barro y la lluvia arreciaba empapando mi cuerpo.

Fue la sombra de Alex en la lejanía lo que me dio el ímpetu que el clima se empeñaba en arrebatarme. Por entre la bruma de la lluvia, pude ver como le partía el cuello a un tipo y disparaba a otro.

El cementerio estaba plagado de hombres y varios de ellos se estaban acercando a mí, preparados para disparar. Me tenían a su alcance, tenía que ser más veloz que ellos, y aumenté el ritmo todo lo que mi aliento me permitió.

Hasta que le vi. A Cristianno, corriendo entre los hombres, como si fuera uno de ellos. Empuñando un arma. Centrado solamente en mí y no en el peligro que nos rodeaba.

Me detuve dándome la vuelta para mirarle de frente, a él y a nuestros enemigos. Fue como si el tiempo se congelara, como si solo fuera capaz de sentir el agua cayendo sobre mí mientras mi cuerpo esperaba ansioso el calor de Cristianno.

Conté cinco hombres. Avanzaban. Iban a alcanzarme. Les enorgullecía capturarme. Pero ignoraban que su adversario se había detenido. Cogió aire, levantó sus brazos, apuntó y disparó sin pensarlo, dejándome ver cómo

aquellas balas atravesaban sus cuerpos.

Debería haber sentido miedo al toparme con el verdadero Cristianno. No el que empuñaba un arma, eso ya lo había visto. Sino el que era capaz de arrebatar una vida con destreza. Pero solo pude sentir alivio y eso quizá me convertía en alguien orgullosamente malvada, tan solo preocupada por la distancia que lentamente se acortaba entre nosotros.

En el camino hacia mí, Cristianno remató a un hombre que se removía en el suelo. Le dio igual cuán fríos resultara a mis ojos, y yo le observé con firmeza incluso cuando apenas nos separaban unos centímetros.

Oté su boca entreabierta, el jersey pegándose a su vientre, sus dedos aferrados a su arma, con el índice apoyado en el gatillo, en alerta.

—Volverás a la valla, subirás al coche junto a Mauro y te alejarás de aquí. —Sonó severo, seguro de que trataría de protestar. Levantó un dedo—. Y no pienso escuchar ninguna queja, ¿me oyes?

Negué con la cabeza y me acerqué a él hasta rozar sus labios.

—No puedes pedirme que te deje sin saber que estarás a salvo.

—Los refuerzos están en camino...

—¿Cómo lo sabes? —grité.

—¿Olvidas quién soy?

—Eso no traerá a los refuerzos.

No pude contener una lágrima y apreté los ojos más que dispuesta a contener las que vendrían. Pero con una bastaba, con una ya fue suficiente para que la inquietud me desbordara.

Cristianno apoyó su frente en la mía y ahuecó mi mejilla con la mano que le quedaba libre.

—Mi familia ya debe estar tomando la entrada del cementerio, así que deja de llevarme la contraria y márchate.

—¡No! —Cogí aire al tiempo que me aferraba a su jersey—. ¡No pienso dejarte aquí e irme sin saber cómo va a terminar todo esto!

—¡No puedes hacer nada! ¡Solo pondrías tu vida en peligro!

—¿Y la tuya? ¿Acaso no importa?

—Eso es lo que estoy haciendo, mi amor, poner mi vida a salvo.

No era el momento adecuado para echarme a llorar y desear besarle al mismo tiempo. Sin embargo, contenté a mis instintos haciendo ambas cosas, y apoyé mis labios en los suyos simplemente para sentir su contacto.

—Por favor... —Me resigné, debía facilitarle las cosas—. Te cubriré hasta los árboles. Después, camina recto y encontrarás la valla. —Cogió mi

mano y me entregó el reloj—. Escóndelo en un lugar seguro, ¿de acuerdo?

Tuve un escalofrío. El proyecto Zeus estaba en mis manos y Cristianno ni siquiera vaciló al entregármelo.

De pronto, los disparos se sucedieron y rebotaron en nuestros pies. Cristianno me trincó del brazo y me empujó tras una cripta. No tuvo que parecerle suficiente, y me tiró al suelo para colocarse sobre mí a modo de escudo. Si alguna bala llevaba mi nombre, él sería quien la recibiría.

—¡Cristianno! —chillé.

—¡Tengo que sacarte de aquí! —gritó aprovechando la pausa de nuestros enemigos para recargar sus armas. Me obligó a levantarme—. ¡Corre, yo te cubriré! —Y en verdad lo hizo.

Comenzó a disparar alcanzando a uno de los tipos que se ocultaba tras los árboles. Yo, mientras tanto, eché a correr como me había pedido, sin esperar que una bala alcanzara a Cristianno en el brazo.

Me detuve como si me hubiera estrellado contra una pared invisible. Grité. Grité hasta el punto de sentir como me desgarraba la garganta. Y entonces la noté, la ira, el caos, hundiendo todo lo que había sido hasta el momento para forjar una versión desconocida de mí.

«Dejarás de ser Kathia Carusso», me había dicho Cristianno, y llevaba razón. Lo entendí bien. Ahora sabía lo que había querido decir, y no me arrepentía del cambio, ni lo haría en el futuro. Porque aquel hombre, aquel «sucio Gabbana» era mi vida.

Quise capturar la pistola de Cristianno e intentar un fuego de cobertura que me diera tiempo a ponerle a salvo. Pero unos dedos se enroscaron a mi tobillo y me hicieron caer de bruces. Al girarme, Valentino me capturó del cabello para ponerme en pie.

Cristianno se incorporó de un salto.

## Cristianno

---

Aunque me creí veloz, no pude evitar que Valentino arrastrara a Kathia hasta perderse en la oscuridad. Y la bala en mi brazo insistió en quemarme, recordándome que ella también era importante. Pero no podía esperar que el dolor físico se comparara con la agonía de la incertidumbre.

En manos de un Bianchi, Kathia jamás estaría segura.

«Y aun así no has podido hacer nada para evitarlo...», me maldije cuando la oleada de disparos comenzó de nuevo.

—¡Cristianno, joder! —gritó Alex al lanzarse a mí para protegerme. Echó mano a mi herida—. ¿Sigues dentro?

—Solo ha sido un rasguño.

—Tenemos que irnos. La cosa se está encrudeciendo.

—Se ha llevado a Kathia. —Los ojos de Alex se inundaron de oscuro rencor—. He dado la alarma. Los refuerzos no tardarán, así que hazte con el control mientras voy a buscarla.

—No irás solo. —Me capturó por los hombros—. Saldremos de aquí y la buscaremos juntos, ¿me has oído?

Me empujó hasta ponerme en pie y trotamos hacia los árboles, agazapados. Se preparó para disparar.

—¿Puedes correr? —gritó.

—Sí.

Fue relativamente fácil llegar a la valla porque nos escabullimos con rapidez aprovechando que el clima entorpecía la vista.

Conforme nos acercamos, vimos a Mauro recargando su arma y a Eric manteniendo fuego de cobertura. A unos metros de ellos, varios cadáveres, señal de que también habían sufrido una emboscada que habían podido controlar.

Alex y yo nos estampamos contra la verja.

—¡Al coche! —grité por encima del ruido de los disparos y los truenos. Eric enseguida nos cubrió ayudándonos a saltar sin tener que preocuparnos por un balazo.

Mauro respondió rápido y Eric saltó dentro del vehículo en cuanto supo que todos estábamos a salvo. Las ruedas chirriaron, algunas balas rebotaron en los cristales blindados.

—¡¿Qué cojones ha pasado?! —preguntó mi primo al ver la sangre.

Aceleró con violencia.

—Eso no importa. Valentino se ha llevado a...

—¡Kathia! —gritó Eric.

—¡Joder! —Mauro golpeó el volante antes de clavarme una mirada.

El modo en que nos entendimos fue estremecedor, y sin apenas darme cuenta, Mauro incrementó la velocidad en dirección a la entrada del cementerio, seguro de que les encontraríamos allí.

En efecto, los Bianchi habían tomado el acceso al recinto y llegamos a

tiempo de ver como Valentino entregaba a Kathia a dos tipos. Estos trataron de empujarla al interior de un coche, pero no contaron con que era una mujer briosa y osada. Clavó sus pies en la carrocería y empujó con todas sus fuerzas, dejándonos incluso a nosotros terriblemente sorprendidos con su valentía.

—Acelera, Mauro, por Dios —gruñí al ver que Valentino intervenía dándole un puñetazo en el vientre para doblegarla. De otro modo, no hubiera podido.

—¡Maldito hijo de puta! —gritó Alex.

El Bianchi arrancó su coche. Apenas nos separaban unos metros de la trasera, vimos a Kathia el interior insistiendo en el forcejeó con uno de los esbirros.

Capturé mi arma y la verifiqué echando mano al cargador que llevaba en el bolsillo trasero de mi pantalón. Nuestro vehículo osciló de un lado a otro. Valentino trataba de jugar al despiste.

—Espero que Kathia me perdone... —murmuró Mauro al golpear el trasero del vehículo.

—Trata de ponerte a su altura, voy a pegarle un puto tiro.

—Si disparas a esta velocidad, se estrellarán.

Llevaba razón, pero la impotencia estaba haciendo estragos y solo me permitía desear matar a ese canalla.

«Piensa, Cristianno. Abordar un vehículo en marcha sin heridos».

—Podrías disparar a las ruedas.

A Mauro le pareció un buen plan y trató de colocarse a una buena distancia.

Me centré en el forcejeo. El esbirro no lograba contener a Kathia, por más que le agredía para debilitarla. Ella siempre respondía y todos allí odiamos un poco ese hecho, pero comprendimos bien qué se proponía cuando bajó la ventanilla.

—¡Lo ha conseguido! —gritó Eric—. Acércame, Mauro, me colaré en el interior y tomaré el control del volante.

No lo debatimos demasiado. Eric enseguida bajó su ventanilla y sacó medio cuerpo, arma en mano, para disparar al tiempo que yo hacía lo mismo contra una de las ruedas traseras. El coche chirrió y se desvió del camino.

Pero Valentino era tan cabrón como obstinado. Enderezó el vehículo lo suficiente para colocarlo frente a nosotros y frenar bruscamente.

Mauro se vio obligado a hacer lo mismo para evitar un golpazo de bruces. Y entonces vimos como el Bianchi saltaba fuera del coche, capturaba a

Kathia del cabello y la arrastraba fuera hasta situarse en el hueco que nos separaba.

La hincó de rodillas en el suelo y apuntó su cabeza con un arma. Se había atrevido a utilizar a mi compañera de escudo para que ninguno de nosotros pudiéramos pegarle un tiro.

Abrí la puerta y salté fuera, encolerizado y aferrado a mi arma con tanta fuerza que temí desgarrarme los nudillos. Miré a Kathia. No parecía asustada por su integridad, sino centrada en mi herida y en la locura que suponía exponerse de aquella manera. Pero debería haber sabido que por ella me daba igual morir.

Me detuve frente a ellos, dejando un margen de unos dos metros, al tiempo que mis compañeros hacían lo mismo un poco más atrás. Supe que ellos se centrarían en los esbirros de Valentino que se habían incorporado, así que pude concentrarme en el Bianchi sin temor a más.

Lancé la pistola al suelo, levanté las manos y torcí el gesto.

—Aquí me tienes —gruñí—. Tú y yo. Nadie más.

—Pero es que este juego es mucho más divertido si Kathia participa, ¿no es así, pequeña zorra?

Tiró de su cabello, pero ella contuvo su queja y me miró suplicante. No le importaba el dolor, tan solo quería que yo volviera al coche y me largara de allí.

Me eché a reír. Una carcajada amplia e irónica que dejó a todos un tanto estupefactos.

—¿Has cambiado las normas, Bianchi? —pregunté, todavía risueño.

Más me valía disfrazar el odio con ingenio o mataría a Kathia.

Valentino tragó saliva, dubitativo.

—He concluido que me atrae mucho más la idea de verte sufrir.

—Entonces, mátame lentamente.

Los ojos de Kathia se abrieron de golpe, me observó enfurecida.

—Eso haré. Si la mato a ella.

—No, no lo harás. Porque la necesitas para tus objetivos. ¿No es así, eh, Bianchi? —Volví a reír, esa vez un poco más confiado.

Tentaba demasiado. Estaba arriesgándome. Pero empezaba a surtir efecto.

—¡Dame el ojo! —chilló Valentino, loco de rabia.

—Suéltala y entonces negociaremos.

—La mataré, Gabbana. —Apretó la pistola contra la cabeza de Kathia con más fuerza. Ella gimió de dolor—. La mataré porque sé que te destrozará

y eso me complace muchísimo más que los beneficios que me aporta su existencia.

Control. Fue la palabra que inundó mi cabeza.

Tragué saliva.

—Supongamos que acepto. ¿Qué me darás a cambio?

—Tendrás que averiguarlo... —Nos miramos fijamente—. Sabes cómo funciona, esto es la mafia, Gabbana. Oh, sí, tú lo sabes mejor que nadie. Es a lo que te dedicas, ¿no? A ir de puta en puta, desglosando tu imperiosidad, fruto del orgullo de otros.

Entrecerré los ojos, comprendiendo al fin el motivo central de la malicia innata de Valentino. Casi me pareció tierno.

—Así que es eso. Envidia. Por no gozar del poder del que dispone mi familia.

—¡No es justo! —chilló como si fuera un crío enrabiado.

De no haber sido porque Kathia era su rehén, habría mirado a los chicos y nos habríamos echado a reír. Porque no había motivación más estúpida que aquella. Pero las cosas no eran tan sencillas, y los ojos de Kathia insistían en el terror.

«Por ella...».

—Tú quieres lo que yo tengo. Y yo quiero lo que tú tienes. ¿Hay trato? —ofrecí.

—¿Cuánto estás dispuesto a entregar?

Valentino torció el gesto, emocionado ante la idea. No me atreví a mirar a Kathia. Pero sí miré a Mauro, esperando su permiso para lanzarnos juntos por un precipicio del que nunca podríamos salir. Ni siquiera cuando el tiempo marcara distancia.

Sin embargo, Kathia bien valía un imperio. Y Mauro lo sabía. Por eso asintió con la cabeza.

—Pide. Se te dará —dije—. Pero ella se viene conmigo.

—El hijo pródigo traicionando a todo un imperio por un estúpido amor —se carcajeó—. Me encantará ver cómo te repudian.

—Y aun así no podrás manejarlo —masculló Kathia, que se llevó las manos a la cabeza para tratar de contrarrestar el tirón—. No eres más que una rata. Puedes obtener un imperio completo, pero nunca podrás controlar el poder como imaginas. No gozas de la suficiente destreza.

—Cállate —gruñó Valentino. Ella me miró.

Tras toda aquella capa de enfado contra mí, sabía que habitaba un amor

intenso, pero no lo vi por ningún lado. Kathia me odiaba por estar negociando tanto por lo que ella consideraba tan poco.

—El débil nunca arriesga. —Atacó de nuevo—. Tan solo roba lo que otros consiguen o heredan. Nunca ganarás esta guerra.

—¡Que te calles! —bramó Valentino tirando de ella.

El gesto le llevó a colocarla de frente. Sus rostros estaban tan cerca el uno del otro que me costó creer que Kathia pudiera siquiera gesticular. Pero lo hizo, y sonrió.

—No has nacido más que para ser la sombra de un Gabbana. Un mezquino que no está a la altura.

—¡Kathia! —grité para detenerla.

Sabía lo que estaba haciendo, sabía que prefería entregarse a verme perderlo todo por ella y, maldita sea, la odié con todas mis fuerzas.

De pronto, un coche frenó bruscamente junto a Valentino.

—¡Los Gabbana! Han tomado el control. ¡Tenemos que irnos!

El Bianchi respondió rápido y empujó a Kathia dentro del vehículo.

—¡No! —clamé tratando de ir en su busca.

Alex me trincó por la espalda, impidiendo que me moviera. No me quedé más remedio que resignarme a ver como Kathia desaparecía junto a Valentino, llevándose todo de mí.

Varios vehículos se detuvieron derrapando a mi lado, mi familia ya había tomado el lugar. Pero yo no me moví, me quedé allí, contemplando la nada, asfixiándome en mi propio pulso.

Me hincé de rodillas en el suelo. Mis manos cubiertas de sangre. El lugar donde Kathia se había arrodillado, vacío. Mis pensamientos suspendidos.

«Resiste, Kathia...», supliqué en silencio. «Resiste mejor de lo que yo te he protegido». Cerré los ojos al sentir la mano de Mauro apoyarse en mi hombro.

—Ha llegado tu padre, Cristianno.

—Demasiado tarde...

Desvié la mirada al tiempo que él se detenía frente a mí y me extendía su mano.

—En pie, hijo —me ordenó—. Y ahora cuéntame qué ha pasado.

Eché mano a la bolsa y le mostré el ojo azul de su hermano sin pararme a medir su aturdimiento.

—Esta es la única llave que abre la caja fuerte de Fabio. Dentro está lo

que buscan los Carusso.

Se lo entregué y me dispuse a irme, pero mi padre se recompuso como pudo y me retuvo.

—¿Qué tiene que ver el proyecto Zeus con lo que acaba de ocurrir? Exijo una explicación, Cristianno.

Cabizbajo, apreté los dientes y me obligué a coger aire. El tiempo corría en mi contra. No podía abandonarme a la frustración.

—Se han llevado a Kathia... Y no he podido evitarlo... —dije sin pensar, volviendo a asombrar a mi padre. Le miré—. Ni siquiera me atrevo a pensar en lo que puede ocurrirle.

Mi padre cogió aire e hizo una mueca que me advirtió de su indignación ante mis actos. Llevaba razón, había sido un completo gilipollas.

—Sube a ese coche y no escatimes en detalles, Cristianno. No me gustaría tener que presionarte.

—No tendrás que hacerlo. Os lo explicaré... todo.

## Capítulo · 49

Kathia

---

—Me gustaría saber qué has visto en él —dijo Valentino centrado en la carretera con una expresión de retorcido deleite en su puto rostro.

Estábamos solos en el vehículo. El esbirro que nos había recogido en el cementerio, se había ido después de que su joven jefe le sugiriera un «largo de aquí».

El olor a ambientador de pino me estaba revolviendo las tripas y tenía un fuerte dolor de cabeza. Mi cuerpo estaba totalmente magullado y empapado. Quise abrir la ventana en varias ocasiones, pero el maldito Bianchi lo impidió.

—Vamos, puedes contármelo —insistió—. Prometo no enfadarme.

—Las razones son más que evidentes.

—Para mí no.

—Entonces, lo resumiré. Es mucho más hombre que tú.

Valentino soltó una sonrisa socarrona al tiempo que se detenía frente la verja principal de mi casa.

Cerré los ojos. Hacía solo dos horas que había huido de allí, orgullosa con la idea de participar en algo necesario. Sin embargo, todo había salido mal. No sabía lo que me esperaba, aunque algo me temía, pero estaba mucho más preocupada por Cristianno que por mí misma.

—Eso no lo sabes... —murmuró Valentino, recogiendo un mechón de mi cabello—. A mí no me has probado... Todavía. Créeme que haré de ese momento algo que jamás puedas olvidar.

Aparté su mano de un manotazo cuando leí sus intenciones de acariciarme el muslo. En respuesta, me cogió de los brazos y me atrajo hacia su pecho.

—No te equivoques, Kathia —masculló pegado a mi boca. Desvié el rostro—. Estaré en la mierda, pero tú lo estás conmigo. Y de no ser cierto, me encargaría de arrastrarte.

—¿Has terminado?

—Ni siquiera he empezado. ¿De verdad pensaste que no te veríamos? Tus preciosos muslos saltando la valla...

Me estremecí. ¿Acaso sugería que me espiaban y yo misma, ajena a todo, les había llevado hasta el cementerio?

Valentino era el rey de las artimañas, trataría de jugar conmigo para lograr una verdad a costa de una mentira. Tal vez con otros le había funcionado, pero yo no caería en sus redes.

—Mientes...

—¿También lo hace el localizador que llevas en el reloj? —Capturó mi muñeca y la agitó—. Somos demasiado listos, Kathia. Ni siquiera te has dado cuenta del cambio.

Soltó una carcajada al liberar mi mano; esta cayó sobre mi regazo, y agaché la cabeza. Mentiría si no reconociera que aquel descubrimiento había erizado hasta el último rincón de mi cuerpo. Pero, de pronto, lo único que me importaba era precisamente un objeto.

El reloj de Fabio. En el bolsillo de mi pantalón.

Apreté los dientes coincidiendo con el acercamiento de Valentino. Sus labios acariciaron el lóbulo de mi oreja.

—Te agradezco mucho que nos hayas llevado hasta el cementerio —susurró y me obligó a mirarle cogiéndome de la barbilla—. Facilitaste los argumentos de Virginia, corroborando la existencia de la caja fuerte del Gabbana. —Sus labios muy cerca de los míos—. Te has ganado una recompensa.

No caería en la trampa de maldecirme o reprocharme a mí misma por los errores cometidos. Ya sabía bien que la había cagado, así que regodearme en mi fracaso era perder energías que necesitaba con urgencia.

—¿Entonces vas a darme una compensación? —pregunté forzando una ironía que no sentía.

—A veces soy bastante comprensivo. Pide por esa boca, Carusso.

—Aparta tus asquerosas manos de mí.

Valentino volvió a sonreír.

—Vamos, amor, no te enfades conmigo. —Capturé su mano a tiempo de evitar que me tocara la entrepierna. Pero no conté con que me acariciaría con la otra—. Prometo consolarte, ni siquiera notarás su ausencia...

De nada valió que me resistiera. Valentino me acorraló y estampó sus labios contra los míos para besarme con brusquedad. Su mano finalmente se abrió paso hasta mi centro y yo apreté las piernas para impedirle cualquier

tipo de movimiento.

Noté su lengua palpando la mía con la torpeza digna de la rudeza, pero no le importó. Insistía con tanta saña que no me dejó alternativa. Más que morderle el labio hasta hacerle sangrar. La maniobra me costó un duro bofetón, pero bastó para que me dejara.

Salió del coche consolándose la herida con el dorso de la mano y se dirigió a una furgoneta blanca que había justo enfrente de la casa. Dos hombres esperaban fuera aprovechando que había dejado de llover. Se irguieron al ver a Valentino, como si fueran militares saludando a su general. Me sorprendió mucho ver el respeto que le tenían aun doblándoles la edad.

Pero no era momento de analizar detalles tan estúpidos y mucho menos para quejarme del dolor causado por la agresión. Ajena a lo que iba a pasarme o el castigo que sufriría, no podía fiarme de llevar el reloj de Fabio encima.

Tenía que deshacerme de él.

Sin dejar de otearles, lo saqué de mi bolsillo y trasteé el contorno hasta que logré abrir la esfera. En su interior había una pequeña tarjeta. Lo que fuera o para qué sirviera me daba igual, debía protegerla. Así que la cogí y me la escondí en el calcetín, asegurándome de colocarla en una zona que al pisar no la destruyera. Tras lograrlo, me erguí con disimulo y lancé el reloj entre los arbustos de la verja. Gesto que coincidió con la llegada de los dos tipos.

El primero llevaba una bolsa de tela negra. El segundo optó por quedarse rezagado y ocultar lo que portaba. Pero no era tonta, iban a amordazarme, de eso no me cabía duda. Sobre todo, si tenía en cuenta la sonrisa complaciente de Valentino.

Abrieron la puerta, me cogieron de los brazos y tiraron de mí fuera del coche.

—¿Qué estáis haciendo? ¿Adónde me lleváis? —grité antes de que me sellaran la boca con un trozo de cinta adhesiva.

Después, me cubrieron la cabeza con la bolsa.

«Reza todo lo que sepas, Kathia. Ahora estás en sus manos...».

Cristianno

---

Nos invadió el silencio más escalofriante que mi familia hubiera experimentado jamás. Y perdí la cuenta del tiempo que duró atrapado en la

mirada de Enrico. La indolencia que hallé en sus ojos me aniquiló.

Aquella no había sido la mejor manera de explicar a la cúpula Gabbana las cuestiones que empezaban a dar forma a nuestra guerra. No habíamos tenido tiempo de prepararnos y, mucho menos, documentarnos lo suficiente como para exponer alguna suposición estable, más allá de la que cada uno intuyera.

Simplemente recitamos todo lo ocurrido en las últimas horas, incluyendo lo poco que todavía se sabía del contenido del *pendrive*, que, por suerte, Valerio ya les había explicado por la mañana.

Así que la pelota cayó sobre mi tejado. Me tocaba aportar la información que solo Mauro, los chicos y yo teníamos. Aquella que esperé poder contarles desde la calma del logro una vez amaneciera, y seguro de que Kathia estaba a salvo en su casa.

Pero no fue así, y justifiqué a la perfección que tras la fría mirada de Silvano Gabbana y Enrico existieran deseos de abofetearme.

Mi padre apagó su cigarrillo y nos dio la espalda para otear el horizonte a través de los ventanales. Apoyado en la pared como estaba, evité con todas mis fuerzas hacer lo mismo. Me hubiera recordado cuán lejos estaba de Kathia y lo difícil que era soportar la incertidumbre.

—Pensar en contener una información puede ser admirable, pero solo a veces —dijo mi padre provocándome un estremecimiento.

Aquellas palabras entraron en mi pecho como cuchillas. No acusaba a nadie de las equivocaciones cometidas, pero su contundencia nos hizo sentir culpable a muchos, yo incluido.

—Papá... —Traté de decir.

—Respondedme a algo, todos. Dejando al margen que he sido informado de forma escueta, ¿en qué maldito momento habéis olvidado que soy el regente de este imperio? —Se volvió hacia los presentes repartidos por aquella sala.

—Nunca... —Intenté de nuevo, pero me miró con desaprobación.

—Cállate.

—No puedo. —Di un paso al frente—. En todo lo que digas, te daré la razón, porque la tienes. Pero imagina por un instante qué hubieras hecho tú en nuestro lugar. ¿Cómo explicas algo que ni siquiera entiendes? —declaré suplicante.

—Aunque me disguste admitirlo en este momento, lleva razón, Silvano. —Me secundó Enrico, tragándose su lógico malestar contra mí.

—Esto no va de razones, Enrico —negó mi padre, comenzando a avanzar

hacia la mesa—. Va de las pruebas que tenemos sobre la traición de una integrante de esta familia. Del castigo que los Carusso impondrán a Kathia. Del maldito artilugio que contiene todos los secretos de la vida de un hombre muerto. ¡Va del hecho de tener que soportar que el ojo de mi hermano pequeño esté sobre esta condenada mesa! —Golpeó la madera con el puño cerrado sobresaltándonos a todos. Mi padre pocas veces gritaba de esa manera, era un hombre tranquilo y comprensivo—. ¿Quieres que siga, Enrico?

En respuesta, el Materazzi agachó la cabeza y de nuevo se instaló el silencio, tan solo interrumpido por lo pasos de mi padre al moverse de un lado a otro.

—Quién lleve la razón poco importa —añadió más tarde, pellizcándose el entrecejo—. O por lo menos no tanto como los hechos.

—Papá... —Me coloqué frente a él—. Lo último que necesito es que me odies.

—No utilices esa palabra tan a la ligera, Cristianno. Nunca odiaría a uno de mis hijos.

—Entonces, mírame y acepta mi perdón.

Obedeció, en ambas peticiones, y lo supe por el extraordinario calor que me invadió cuando recibí su mirada.

—La venganza no se encuentra por instinto o coraje, hijo. —Acarició mi mejilla—. Sino por astucia y estrategia. Cualidades de las que dispones de sobra. No me hagas recordártelo de nuevo. Seré cruel contigo. —Asentí con la cabeza, aceptando la reprimenda más que gustoso—. Ahora, ocupémonos de lo más inmediato. Enrico.

—Desconozco el paradero de Kathia. Por ahora.

—Bien, lo dejo en tus manos. ¿Estás de acuerdo, Cristianno? —me preguntó como advertencia.

Pero confiar en Enrico era incluso algo más natural que confiar en mí mismo. Así que, aunque me aterrorizara la idea de que a Kathia pudiera pasarle algo, sabía que con el Materazzi de por medio el peligro menguaba.

Acepté en silencio, asumiendo que la espera sería tan dolorosa como una herida abierta en el pecho.

Entonces, Valerio entró de súbito en la sala llamando la atención de todos. Tras la explicación sobre la caja fuerte del tío Fabio, se marchó a comprobar el estado de la misma para corroborar todos los datos que proporcioné. Así que se había perdido el resto de la conversación, incluyendo el momento en que el silencio de mi padre hizo que me sintiera como una

maldita alimaña.

—Papá, lamento interrumpir —dijo.

—¿Qué sucede?

—He comprobado la caja. En efecto, la apertura depende de un examen de retina —comentó señalando el ojo, pero evitando mirarlo—. Sin embargo, para acceder al panel principal, se necesita una llave electrónica. Una especie de tarjeta.

Un murmullo inundó el lugar. Los presentes no pudieron contener la frustración que la noticia suscitaba.

—¿Qué tan seguro estás? —replicó mi tío Alessio.

—No sabría decir, pero Fabio codificó muy bien la caja. Por la clave de acceso, no debemos preocuparnos, puedo generar un puente. Pero sin esa llave, no hay nada que hacer.

—Destruirla, por ejemplo —protestó Diego—. No veo por qué hemos de ser tan meticulosos.

—Si no te importa la integridad del edificio, adelante.

—Maldita sea... —balbuceó mi padre y le siguieron más protestas, pero yo ya no las escuché.

Me centré en cada uno de los instantes que me habían llevado hasta ese momento en concreto. Cada detalle abriéndose paso en mi mente, dándole forma a las respuestas que necesitaba.

«No solo marca las horas...».

De nuevo la voz de Fabio en mi cabeza al tiempo que cerraba los ojos para volver a verle sentado frente a mí, acariciando aquel reloj con la yema de sus dedos. Por entonces no sabía que aquel preciado objeto esposado a su muñeca contenía parte de su vida escrita.

—Hay más. —Mencioné de pronto.

—Sorpréndeme —parloteó mi padre.

—Sé dónde está la llave.

Bastó aquella corta revelación para que todos comprendieran que Kathia formaba parte de ella. Ni siquiera me atreví a mirar a Enrico. A esas alturas, no quería matarme a golpes, sino enterrarme vivo. Sus miradas me atravesaron.

—Por todos los dioses, Cristianno...

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Valerio.

—Fabio llevaba consigo esa tarjeta, dentro del reloj. Lo enterramos con él.

Mi padre volvió a pellizcarse el entrecejo, solía hacerlo a menudo cuando se veía aquejado por una de sus jaquecas. Era evidente que su dolor de cabeza no dejaba de crecer.

—Así que Kathia tiene en su poder la única herramienta que abre esa condenada caja y que, además, es lo único a lo que podemos aferrarnos, por ahora —pensó en voz alta, mirándome. Yo agaché la cabeza en señal de respeto—. Ese silencio tuyo vale más que cualquier palabra.

Alcancé a ver como Enrico se incorporaba hacia delante y apoyaba los codos en la mesa preparándose para hablar.

—Puedo suponer que más de uno ya lo imagina, pero Kathia preferiría arriesgar su pellejo antes que exponer a Cristianno. Por tanto, ese detalle se aplica a los demás componentes de la familia. Esa tarjeta está a salvo con ella. —Terminó echándome un vistazo severo.

—Lealtad y amor, qué combinación más peligrosa —intervino mi abuelo, por primera vez, clavándome una mirada intensa que me hizo sentir muy pequeño.

Aquel hombre había visto demasiado, no le costaba explorar a las personas y mucho menos escarbar en cualquiera de sus pensamientos. Los míos pronto estuvieron a su alcance.

Por supuesto, corroboró que la lealtad y el amor eran dos emociones que yo sentía de sobra por Kathia. Pero creo que además se dio cuenta de que mis sentimientos estaban en perfecta sintonía con ella, que nuestra relación no era un mero capricho adolescente.

—O sea que la menor de los Carusso nos está protegiendo —confirmó Diego.

—Indudablemente —corroboró Mauro. Él quería rescatarla casi tanto como yo.

—Nadie ha puesto en duda la honestidad de esa muchacha —advirtió mi padre—. De hecho, esa lealtad que mencionas es lo que más me preocupa ahora.

Sí, precisamente temía por eso.

Entonces, Domenico Gabbana se puso en pie, importándole un comino su reciente convalecencia. Se ajustó la bata que le cubría y nos observó a todos anunciando tácitamente que tomaría la palabra sin aceptar interrupciones.

—No sé bien qué podemos hacer ni por dónde debemos empezar. Ni siquiera sé por qué ha muerto mi hijo a manos de unas familias que creía aliadas. Pero si todos esos hechos nos están empujando a pelear, aceptaremos

esa lucha sin censura. Ya habrá tiempo de entenderlo. O no. Eso lo dejo a criterio de cada uno. Sin embargo, no consentiré que especulemos desde el temperamento.

No podía considerarse reprimenda aquello que indicaba incertidumbre y rabia. Ni tampoco podíamos pretender actuar como si lleváramos media vida preparándonos para una situación como aquella. Poder o mafia, poco importaba si ni siquiera comprendíamos el porqué de la traición Carusso.

Las tres generaciones de Gabbana que había en aquella sala siempre habían velado por la estabilidad y concordia, logrando objetivos a costa del intelecto. No por ello éramos menos capaces de afrontar una guerra, todo lo contrario. Pero lo que mi abuelo quería nada tenía que ver con un derramamiento de sangre grotesco, al menos no si podíamos elegir.

Si debíamos vengar e imponer nuestro honor, lo haríamos al estilo Gabbana.

—Iremos a descansar. Dejaremos que Enrico solucione lo más inmediato, como es la integridad de esa chiquilla. Con el amanecer, convocaremos a toda la cúpula y pensaremos en algo que empiece por lograr que mi querida nuera vomite hasta la última de sus malditas entrañas.

Kathia

---

Mil trescientos ochenta segundos.

Lo que equivalía a veintitrés minutos del trayecto, que terminaron conmigo estrellándome contra el amasijo de hierros que había en el interior de aquella furgoneta.

El corto instante previo a que abrieran la puerta y me arrastraran fuera me sirvió para sentirme al borde de la inconsciencia.

Y es que el miedo no es amigo de la razón.

Pero la gente olvida con frecuencia que existe una emoción mucho más peligrosa que el miedo. La incertidumbre. El completo desconocimiento de lo que está por pasar. Si será doloroso. Cruento. Quizá agónico. Tal vez incluso intermitente.

Esa incertidumbre quiso hacerme gritar, pero sabía que no serviría de nada y que quizá complicaría aún más los resultados. Además de estar amordazada con cinta.

Me empujaron fuera, iniciando con desdén un camino que recorrí a ciegas. Tropecé en varias ocasiones por la inestabilidad, pero también para saber cuántos hombres me sujetaban. Por las sonrisas y protestas, deduje cuatro, pero solo sentí a dos oprimiendo mis brazos.

Bajo mis torpes pies, un terreno arenoso que enseguida cambió a una superficie de cemento. Teniendo en cuenta el tiempo de viaje y la ausencia de tráfico debido a la madrugada, no creí siquiera que estuviéramos en la capital.

—Dámela, vosotros quedaos aquí y vigilad el perímetro —dijo alguien con una voz robusta, que me estremeció la piel.

—Sí, jefe —le respondieron.

De pronto fui empujada contra el pecho de un tipo. Este me sostuvo a tiempo de caer, pero no me ahorró dolor con la maniobra de sujeción.

El aliento se me amontonaba en la boca para cuando empezamos a descender una escalera de acero. Mis hombros fueron dando tumbos de un lado a otro de la pared hasta llegar a lo que deduje un sótano. El tipo me sentó en una silla con brusquedad y me quitaron el saco de la cabeza. Una luz cegadora me dio la bienvenida.

Tardé unos minutos en adaptarme y empezar a vislumbrar que, en efecto, estábamos en el sótano de una fábrica abandonada. El estado del lugar me produjo un escalofrío, bien parecía el escenario de una película de terror. Todo bajo una mugrienta capa de polvo grisáceo, trastos cubiertos con sábanas ennegrecidas, pasillos delimitados por estanterías de metal, llenas de herramientas y botes oxidados.

La decoración poco importaba teniendo en cuenta la humedad y las ratas que se paseaban de un lado a otro.

Me centré en el roedor que tenía más cerca. Por el modo en que se movía pretendía alcanzarme el pie, detalle que hizo bastante gracia a varios de los presentes. Pero no tuve ni la oportunidad de identificarles debido al sobresalto que me produjo un disparo.

La rata reventó salpicando la pared con su sangre. Eché un vistazo al causante, un hombre bien engalanado en su traje, alto y corpulento, que me sonrió en cuanto cruzamos miradas. El pañuelo rojo que colgaba del bolsillo de su chaqueta hizo que terminara de amedrentarme.

Aquello era la mafia.

No un sueño, ni un libro o una película. Yo estaba allí, amordazada y atrapada en ella. Asumiendo que mi padre no haría nada por evitarlo.

Me tomé un instante en analizar a cada una de las personas que había,

evadiendo todo lo posible la arrogancia petulante de Angelo Carusso. Casi me pareció al borde de echarse a reír.

Conocía a la mayoría, mi tío Carlo, la familia Bianchi, amigos cercanos de mi padre con los que me había cruzado en alguna que otra comida en el club, y varios de los esbirros de cada uno. Incluso había asistido mi tío materno.

Toda mi familia estaba allí y nadie hacía nada por mí.

Pero lo que más me impactó y aturdió fue una asistente en concreto.

Virginia Liotti, sentada sobre el regazo de Jago Bianchi. Ataviada con un luto sedicioso que adornaba con detalles rojos, como sus zapatos altos y el pañuelo de seda atado al cuello.

Era la única mujer presente, exceptuándome a mí.

Me sobrevino una delirante frustración, porque no entendía cómo demonios elegía estar con aquella sabandija horrible en lugar de su esposo, Fabio. El Gabbana no solo gozaba de inteligencia, carisma o elegancia, sino que era asombrosamente atractivo.

De haber sido una mujer con creces habría valorado su suerte. Pero Virginia solo buscaba el poder corrosivo y una vida de vicio, cualidades que Fabio no conocía. Así que no podía molestarme en entenderlo.

Ojeé a Valentino, que fumaba con tranquilidad apoyado en la pared con su habitual actitud déspota, justo antes de que mi padre se levantara de su asiento e hiciera un gesto a uno de sus esbirros. Este se acercó a mí y me arrebató la cinta de la boca. Contuve un gemido de dolor agachando la cabeza, no quería que me vieran débil.

—Debo admitir que me has sorprendido, querida. Más de lo que crees. —Empezó diciendo Angelo, echando mano a su encendedor para prender un puro que colgaba de sus dedos.

«Lo mejor es que guardes silencio, Kathia», me dije a mí misma. Responder a las provocaciones o tratar de defenderme no iba a ayudarme en absoluto. Me mantuve cabizbaja y con la mirada fija en el suelo.

—Oh, ya veo, has optado por callar. Todo lo que digas podrá ser utilizado en tu contra, ¿es eso? —Se burló animando a los presentes a sonreír—. En fin, ¿dónde está Enrico? Él es el experto en interrogatorios —preguntó oteando a Valentino, que tragó saliva.

—El edificio está demasiado inquieto. Sabiendo lo imprevisibles que son los Gabbana, ha preferido estar allí para recoger todos los detalles —explicó.

Se mantuvieron la mirada con severidad y respeto. Algo había sucedido

entre ellos, eso desde luego.

—Hablabamos después de tus malditas mentiras, Bianchi —rezongó mi padre antes de mirarme—. Ahora es momento de hacer balance sobre lo acontecido hasta el momento. Nueve años de reclutamiento en un internado, del que sales en plena adolescencia, e inicias tu vida en una nueva ciudad, llena de oportunidades. Es lógico que pierdas un poco la cabeza.

»Puedo perdonarte eso. Pero cuando el capricho de una niña tonta se convierte en un problema para la estabilidad de esta familia, debo poner límites. Los mismos que tú no has obedecido. Lo que me lleva a pensar que tu grado de estupidez es más alto de lo que creía.

Sin embargo, aquello iba mucho más allá de la molestia de un padre por el romance inadecuado de su hija. Escondía algo enrevesado y tóxico que llevaba demasiado tiempo gestándose. Pero por mucho que sospechara, no bastaba para confirmar. El desconocimiento sobre los objetivos que tenía cada una de las personas que había allí, se convirtieron en desiertos insondables para mí.

—No es estúpida, Angelo, sino cándida —comentó Adriano con entusiasmo—. La pobre no ha podido evitar caer en las garras del lobo feroz.

Las alusiones a un cuento infantil causaron bastante diversión en todos y un fuerte estremecimiento en mí.

Angelo miró a su amigo por encima del hombro.

—Pero como padre, estoy en mi derecho de advertirla sobre ese lobo. Un hombre de buena cuna, que ha convertido Roma en su salón de juegos. ¿Realmente no puedes ver que tú tan solo eres un pasatiempo para él? En cuanto logre llevarte a la cama, perderá el interés, y tú te habrás convertido en una traidora. —Capturó mi barbilla y me obligó a levantar la cabeza.

No negaré que me hirió muchísimo descubrir que todos pensaban que los sentimientos que había entre Cristianno y yo tan solo eran fruto de la fogosidad del momento.

Hubo un tiempo en que yo también lo creí, pero la complejidad de esa emoción se hizo cada vez más grande. No les culpaba por no entenderlo, pero odiaba que lo cuestionaran y aún más, que se burlaran de mí.

—El mérito de un hombre no está en lo que consigue, sino en cómo lo consigue. —Aquellas palabras me secaron la garganta—. Y la intimidación es una de las herramientas clave. Pero como soy benévolo, te daré la oportunidad de resarcirte de tus errores.

Buscaba provocarme, sabía que era una mujer insolente y terca, que

cualquier cosa me hacía saltar. Pero olvidaba que no era tonta, y no hablaría. Principalmente porque la tarjeta ardía bajo mi pie, recordándome constantemente que en cualquier momento podían descubrirlo.

Bien mirado, aquella era mi familia. Todavía estaba a tiempo de contenerles y ganarme su respeto. Es más, si hubiera sido obediente, nunca hubiera provocado tal situación. Pero tenía principios y estos no me permitía posicionarme donde me obligaran.

Quizá era demasiado pronto para elegir un bando, tal vez no debía dejar que el corazón tomará partido en una decisión tan importante. Pero no podía evitar que todos mis instintos me empujaran a defender a los Gabbana.

Para bien o para mal, yo ya había elegido.

—¡Habla! —gritó mi padre, y Virginia se echó a reír.

Le clavé la mirada. Aterrada como estaba, fue una sorpresa reconocer la furia que me inundó al toparme con su expresión altanera.

—No soy más traidora que ella... —mencioné sin quitarle ojo—. Sin embargo, soy yo la que está maniatada.

El duro silencio que causó mi confesión se rompió cuando Jago Bianchi aplaudió emocionado mirando a su hermano.

—¡Sí, señor! —exclamó—. Gran titular. Tiene huevos, eso has de reconocérselo, Valentino.

Pero el pequeño Bianchi estaba más centrado en mí y en las ganas de asfixiarme con sus propias manos que en la jactancia de su mayor.

—Existe una diferencia entre ella y tú —gruñó Valentino.

—Yo no se la veo —mascullé.

—Es respetable todo lo que vaya a nuestro favor —intervino mi padre—. Lo contrario, debemos erradicarlo.

Entrecerré los ojos.

«Seré estúpida, pero me debo, al menos, disfrutar de esta momentánea osadía». Alcé el mentón y miré desafiante al puto regente de la cúpula Carusso.

—¿Vas a eliminar a tu hija por no compartir tus convicciones de demente? Una Gabbana jamás haría eso —me mofé atenta a la súbita oleada de furia que atravesó su rostro.

—En tu caso, prefiero someterte —me advirtió antes de erguirse y chasquear los dedos—. Valentino, procura no tocarle el rostro.

Fruncí el ceño, ajena a lo que había querido decir. Aunque no tardé demasiado en comprenderlo.

Aparecieron dos hombres portando un barreño de agua que dejaron a los pies de Valentino. Un tercer esbirro intervino para entregarle una toalla blanca. El Bianchi la aceptó con una sonrisa que enseguida se mezcló con la de Virginia. Ambos estaban disfrutando, incluso antes de que hubiera empezado.

Apreté los dientes tratando de contener el temblor en mis labios. Era estúpido fingir entereza cuando todos sabían que estaba muerta de miedo, pero esa parte de mí más arrogante y obstinada se resistía a caer. Podían herirme si querían, pero no conseguirían hacerme rogar.

Valentino enrolló la toalla para convertirla en una gruesa cuerda. La dobló por la mitad, se acuclilló frente al barreño y la hundió hasta cubrirla de agua. Había comenzado a silbar una canción.

Una vez estuvo satisfecho con el resultado, se puso en pie y caminó hacia mí dejando un reguero de agua a su paso. Ni siquiera se molestó en escurrirla.

Entonces, recibí un fuerte golpe en los riñones que me estampó contra el suelo. Se me cortó el aliento, pero no me dio tiempo a recuperarlo que enseguida recibí otro golpe, y después otro. Y varios más. Tan solo se oía el chasquido de la toalla golpeando mi cuerpo, mis gemidos de dolor y las inspiraciones de Valentino al imprimir su fuerza, que cada vez me dejaba más y más herida.

Ni un atisbo de sangre, ni una señal de lesión, solo mi dolor interno y mi respiración descontrolada.

—Basta. —Le detuvo mi padre.

El Bianchi obedeció y yo creí que gozaría de unos minutos aovillada en el suelo para recuperarme. Pero se acercó a mí obligándome a levantar la cabeza con un tirón de pelo.

Mi padre se acuclilló a su lado sin sentir ni un ápice de preocupación por mí.

—Bien. Me haces falta, Kathia, no lo negaré —comentó, le escuchaba muy difuso—. Como bien imaginas no iré más allá de una paliza. Pero puedo asegurarte bastante sufrimiento, lo que dependerá del respeto que tengas por tu integridad.

—Más te vale responder, cariño —amenazó Valentino.

¿En qué cambiaría hacerlo? Pero lo cierto era que manteniendo silencio también había perdido. Así que me importó un comino.

—Tú mismo lo has dicho —balbuceé como pude—, que soy el juguete de Cristianno. ¿Qué te hace pensar que quiero dejar de serlo?

—¿Prefieres entonces que recurramos a la violencia?

Se sucedieron los golpes.

Esa vez, Valentino olvidó la precisión y me atizó con rabia, sin mirar el lugar y lo que podía ocasionarme. No le importó mi cabeza, ni mi pecho o la falta de aliento, ni tampoco el hecho de estar al borde del desmayo y tener la boca llena de sangre.

Se detuvo y de nuevo se acuclillaron a mi alrededor.

—Conoces la existencia de esa caja fuerte —masculló Angelo Carusso—. Se necesita el examen ocular y una tarjeta. Cristianno ha solucionado lo primero, pero no sabemos dónde está lo segundo. Ya que te has convertido en su puta lacaya, seguro que conoces esa información, ¿cierto?

—No sé de qué me hablas —gemí sin fuerza.

—Oh, vamos, Kathia, he visto esto muchas veces. No caigas en la misma trampa. ¿Dónde está la llave?

Un escalofrío atravesó mi espalda. Pensé que era la señal que me empujaría a la inconsciencia. Sin embargo, incomprensiblemente, se trataba del inicio de una sonrisa que terminó por convertirse en carcajada.

—Se la ha comido el lobo feroz —terminé susurrando.

Lo último que recuerdo antes de desmayarme fue el grito desgarrador y enajenado de Valentino al darme un puñetazo.

## Capítulo · 50

Kathia

---

Gemí mientras volvía en mí, notando una infinidad de dolores en cada rincón de mi cuerpo. Por un momento, creí que me habían empujado desde la azotea de un edificio, con la dudosa fortuna de haber sobrevivido a la caída.

Con el regusto amargo de la sangre en mi boca, traté de moverme despertando nuevos dolores. Habría sido más sencillo deducir qué parte no me dolía.

—Quieta... —dijo una voz masculina al tiempo que unas manos me obligaban a permanecer tumbada.

Obedecí porque no tenía fuerzas para lo contrario e invertí todos mis empeños en lograr ver con claridad. Un mareo me atravesó con violencia provocándome náuseas y una presión muy desagradable en el vientre. Lo calmó un poco el paño húmedo que se apoyó en mi frente.

—Enrico... —balbuceé por inercia.

—Estoy aquí, pequeña.

Y sé que dijo más, algo que no iba dirigido a mí, pero mi mente saltó al sentir como alguien me desnudaba.

—No... La tarjeta...

Fue entonces cuando logré vislumbrar a Enrico acompañado por Sibila. Estaban limpiándome las heridas y cambiándome de ropa porque mis raptos me habían lanzado a la cama como si fuera un trapo viejo. Mis músculos apenas respondían, no podía incorporarme y alcanzar el calcetín, así que me aferré a la mano de Enrico para atraer su atención.

—Está en el calcetín... Cógela.

—No te preocupes por eso ahora. Tienes que descansar. —Me acarició las mejillas con una dulzura que por poco me hace llorar.

—Me duele todo el cuerpo.

—Te he inyectado un sedante. Eso calmará los dolores.

—Pero... tengo muchas preguntas que hacerte... —Me costó hablar, los

párpados se me venían abajo, como losas.

—Habrá tiempo de hacerlo cuando despiertes, cariño.

—Necesito... saber... —La cabeza comenzó a darme vueltas—. Quiero saber... Cristianno... —No pude terminar.

Caí en un sueño.

## Cristianno

---

El alba despuntaba tímida en el horizonte. Concentrado en ella, me di cuenta de que llevaba un rato sin pensar en nada, como si mi mente hubiera entrado en un punto muerto.

Tanto pensamiento amontonándose uno encima de otro, tratando de alcanzar el protagonismo, y al final ninguno de ellos venció, sino que me envió a un mutismo casi impuesto.

Eso también me hizo sentir culpable. Estaba preocupado por Kathia, debería haber podido pensarla continuamente, maldita sea.

—Cristianno... —dijo Mauro en voz bajita, tras de mí—. Sin descanso no podrás hacer demasiado.

Pero dormir no era una opción. No lo habría conseguido, aunque me lo hubiera impuesto con un somnífero.

Miré a mi primo de reojo cuando se colocó a mi lado y se apoyó en la barandilla de la terraza.

Alex y Eric también se habían quedado, y el sueño les había vencido en los sillones de la biblioteca. Seguramente cuando despertaran se sentirían angustiados al creer que no me habían apoyado, pero no imaginarían cuánto me sirvió tenerles cerca.

—Debería haber sido más inflexible —confesé volviendo la vista al frente—. Todo eso de aprender a entender nuestro mundo y defenderse en él sonaba muy idílico. Me pudo su entusiasmo, y ahora lo estoy pagando con creces.

El único culpable era yo por haber permitido que Kathia se contagiara de una valentía perniciosa sin saber a qué podía llegar a enfrentarse.

—Nadie imaginaba una emboscada, Cristianno.

—Tú sí, y yo también. Ambos sabemos que una misión tan sencilla siempre termina complicándose. Te he arrastrado conmigo para cometer una

gilipollez digna de un principiante.

Mauro no diría más, por el momento. Sabía que no valdría de mucho porque necesitaba fustigarme con el error cometido, lo merecía.

Me lancé a mi teléfono cuando este sonó.

«He convocado una reunión. Adelántate». Era un mensaje de Enrico.

—Vamos... —me instó Mauro, acelerado.

Al entrar en la biblioteca, se encargó de despertar a los chicos conforme yo me dirigía al ascensor. Bajamos en riguroso silencio, cada uno preocupado a su manera por lo que Enrico iba a decir sobre Kathia.

Se abrieron las puertas. El Materazzi y su segundo, Thiago, ya esperaban en la sala de reunión.

—¿Cómo está? —pregunté ansioso, lanzándome a él.

Ignoré su expresión afligida y el modo en que cogió aire.

—Sedada —terminó admitiendo.

Fruncí el ceño.

—¿La has sedado tú? ¿Por qué? —Pero la respuesta no necesitaba mencionarse en voz alta. Fue sencillo deducirla a través de su lenguaje corporal—. Oh, ya veo...

Retrocedí varios pasos hacia atrás, sintiéndome fuera y dentro de mi cuerpo al mismo tiempo. Le habían dado una paliza a Kathia, una situación que podría haberle ahorrado de haber sido listo. De alguna manera, yo también había participado en la agresión, siendo el detonante.

Se me empañó la mirada de pura rabia. Apreté los puños y los dientes. Un fuego abrasador me inundó el pecho, aceleró mi pulso.

—Hijos de puta —masculló alguien, creo que fue Mauro, no estaba seguro.

—Lo imaginabas, ¿cierto? —dije de pronto, mirando a Enrico.

De no haberlo supuesto, no habría recurrido al sedante rehabilitador creado por Fabio. Por tanto, no hubiera abandonado el edificio sin antes detenerse en el piso de mi tío, entrar en su laboratorio personal y coger uno de los frascos y una jeringa. Al dirigirse a la mansión, Enrico ya imaginaba que Kathia estaría herida.

—Cristianno...

—Podrías al menos haberlo dicho —le interrumpí.

—¿Qué hubiera cambiado? Habrías esperado noticias completamente desesperado, en el mejor de los casos.

—¿Qué te hace pensar que no lo estoy ahora? —Me pellizqué el

entrecejo—. En fin... Necesito saber qué ha pasado.

Tardó un par de segundos en hablar, que invirtió en coger aliento y humedecerse los labios.

—La interrogaron. Saben de la existencia de la tarjeta. Virginia estaba allí y, al parecer, ya les había informado.

Asentí con la cabeza.

—Y como ella guardó silencio, se ganó una buena paliza, ¿me equivoco? —Me costó creer que la rabia estuviera permitiéndome respirar, aunque fuera entre jadeos—. ¿Fue Valentino? —Silencio—. ¡Dímelo!

Sabía que Enrico se estaba tragando todo lo que pensaba de aquello, todos los reproches que pudiera tener contra mí, porque le importaba mucho más mi estado. Pero su sutileza no me hacía ningún bien.

—Sí. Utilizaron toallas.

—Porque no dejan marcas —intervino mi padre terminando de entrar en la sala junto a mi abuelo. Se acomodaron en sus asientos, seguidos por mis hermanos y mi tío—. Cristianno, si no te ves capaz de continuar, nadie te juzgará por no estar presente.

Pero de haber aceptado irme, ¿qué hubiera hecho?

—No, no. No voy a permitir que me debiliten. —Tenía recomponerme y luchar por Kathia, se lo debía—. ¿Qué más tienes que contar? —le pregunté a Enrico mientras tomaba asiento al lado de mi primo.

Mauro me dio un pequeño apretón en la rodilla, transmitiéndome calma, y yo me preparé para lo que iba a escuchar apelando a mi versión más fría.

—Bastante —reconoció el Materazzi.

Y entonces comenzó a explicar.

Angelo llegó a la mansión acompañado por los Bianchi descubriendo que Enrico les esperaba en el vestíbulo. Pronto supo que no era el único enfadado, el Carusso siquiera medió palabra cuando se lanzó a su despacho sabiendo que todos le seguirían. Una vez allí dentro, le soltó un puñetazo a Valentino.

Llegados a esta parte, un ramalazo de placer corrosivo me embargó y apreté de nuevo los puños.

Enrico continuó comentando que el menor de los Bianchi siquiera tuvo tiempo de asimilar que había sido aporreado. Enseguida fue trincado del pelo y Angelo le murmuró una amenaza. Resultó que el Carusso no había sabido de la existencia de un informante hasta esa noche, por tanto, desconocía que Virginia estaba aliada a ellos. Pero no había querido mostrarse ofendido o sorprendido para evitar verse debilitado ante los suyos.

«Si vuelves a ocultarme información o a jugar como te dé la gana, será lo último que hagas en esta vida, y me aseguraré de que la abandones muy lentamente», le dijo Angelo conteniendo cualquier réplica de Adriano o Jago.

Tras eso, un silencio incómodo se impuso. El Carusso incluso obligó a Valentino a disculparse con Enrico por no haber contado con su presencia. Detalle que ensalzó la confianza ciega que Angelo tenía en él, lo que nos daba una ventaja asombrosa.

—Me ha pedido que vigile el edificio. No se fía de vuestras reacciones. Mucho más teniendo en cuenta que hoy es día de elecciones.

—Hace bien —afirmó Diego.

—Por otro lado, es evidente que Kathia es su herramienta perfecta para llevar a cabo un hermanamiento entre clanes. Todavía no entiendo los por menores, que son demasiados, pero no he querido forzarle. Angelo es muy peligroso si piensa bajo presión. Así que he tratado de consolidar la seguridad de Kathia advirtiéndole que no la esponga más de la cuenta si no quiere arriesgar el acuerdo.

—Como si fuera ganado... Qué interesante —resoplé cabizbajo.

—Ganado o no, Cristianno, lo que importa aquí es su bienestar.

—¿Qué nos asegura que Angelo obedezca?

—Me da igual si obedece, la sacaré de allí antes. Y tú juegas un papel muy importante en todo eso. Pero antes de llegar a esa parte... —Eché mano a su bolsillo y extrajo una pequeña tarjeta—. La llave.

Todos ahogaron una exclamación. Kathia la había protegido incluso a costa de su integridad. Otro error más que añadir a mi lista de infortunios, porque cuando se la entregué no pensé que la situación se tornaría en su contra.

—Esa niña es admirable —admitió mi abuelo, clavándome la mirada.

A continuación, se desarrolló un intercambio de opiniones.

Ni siquiera podía hacerme una idea de lo que estaban comentando, no presté atención. Mi mente halló una posibilidad bajo toda aquella capa de recriminación y lamento.

—El yate —pensé en voz alta sin esperar que todos enmudecieran.

—¿Qué quieres decir? —curioseó mi padre, atraído.

Entonces la idea cobró mucha más forma.

—Falta una hora para que se abran los colegios electorales. Hemos trabajado bien en la campaña de Adriano Bianchi. Sabemos que ganará por mayoría y, hasta hace unos pocos días, nosotros éramos invitados de honor a la

asegurada celebración por el triunfo que habrá mañana.

El yate de Annalisa Costa acogería uno de los eventos más sonados del año, el cambio de un gobierno progresista a uno más conservador. Algo que reuniría a varios de los clanes aliados a los Carusso.

—Ese barco tiene cincuenta metros de eslora y una seguridad ajena a nosotros de más de cien hombres, Cristianno —aludió Valerio—. Es casi imposible acceder al perímetro a estas alturas, aún más teniendo en cuenta cómo está la situación entre las familias.

Llevaba razón, pero...

—Virginia Liotti está invitada —intervino Enrico centrado en mí, leyéndome el pensamiento—. Es cierto que imposible, pero ella tiene libre acceso.

Una sonrisa asomó en sus labios, contagiándome.

—Nitroglicerina —sugirió Mauro poniéndose en pie de un salto.

Chasquéé los dedos al señalarle.

—Paulo podría tenerla lista en un par de horas. —Y es que mi primo materno era experto en explosivos.

—Me gusta. —La vena sanguinaria de mi hermano Diego comenzaba a hincharse.

Él sabía que en mi plan reinaría la sangre y ya se estaba frotando las manos, impaciente con la idea de ver a todos aquellos bastardos salpicar el mar con sus extremidades. Kathia y Enrico abandonarían el barco justo antes, así que no había nada que temer.

—Y tanto que te gusta. Dejaríamos que se convencieran, que disfrutaran un rato de la fiesta, y entonces haríamos estallar el puto barco. —Miré a mi abuelo—. Sé que es mucho más feroz de lo que te gustaría, pero...

—Caerían todos a la vez —añadió Mauro.

—Es una idea muy viable, pero para llevarla a cabo necesitamos a Virginia —dijo Valerio, que quería tener todos los cabos bien atados antes de alegrarse.

—La cual se hospeda en el hotel Plaza y tiene restringidas las visitas por orden mía, consensuada por Angelo. De día sería controvertido acceder, pero por la noche todos los gatos son pardos —sonrió Enrico, mostrándonos una vez más su enorme habilidad para controlar la situación.

La idea ya había calado en todos. No parecía tener ningún inconveniente, más que el regente de la cúpula Gabbana diera luz verde para llevarse a cabo. Así que todos esperamos en silencio a que Silvano se pusiera en pie y nos

echara un vistazo.

—Bien. Valerio, coge esa tarjeta y averigua lo que puedas. —Empezó a ordenar—. Thiago, consigue los planos de ese yate. Alessio, llévate un equipo de hombres y supervisa la zona. El resto mantened controladas las ubicaciones pertinentes. El colegio electoral donde votarán los Carusso y los Bianchi, la mansión y cualquier lugar que os suponga necesario.

La sala pronto comenzó a vaciarse de hombres más que dispuestos a realizar su misión. Pero hubo alguien que siquiera dio un paso. Mi tío Alessio se quedó muy quieto, observando a su hermano mayor con una expresión que no pude descifrar.

—Alessio, ¿algún problema, querido? —dijo mi abuelo.

—No, padre.

—Entonces, muévete.

Obedeció, pero no me pareció del todo conforme a hacerlo.

Minutos más tarde, Enrico y yo nos habíamos quedado a solas. El sol iluminó el lugar con su luz dorada y la ciudad empezaba a moverse frenética. Supuse que la adrenalina del plan de venganza duraría más, pero me abandonó casi tan rápido como vino a mí.

—Dices que yo jugaría un papel muy importante en el futuro de Kathia.  
—Miré a Enrico—. ¿Cuál es?

—Que ambos desapareceréis.

## Capítulo · 51

Cristianno

---

No encendimos la luz. Queríamos causar sorpresa cuando Virginia entrara en su *suite*. Nos habíamos colado en el hotel al anocheecer aprovechando que la viuda de mi tío estaba cenando en el restaurante.

La espera se prolongó bastante, sabedor del gusto de la Liotti por los vinos gran reserva que disponía la carta del Plaza. Por tanto, no me quedó más remedio que invertir aquel tiempo en pensar y terminé analizando lo acontecido durante el día.

Paulo se había dado prisa con el pedido, la guardia Gabbana había ubicado un punto ciego en el perímetro del puerto desde donde podía verse el yate y, como estaba previsto, Adriano Bianchi ganó las elecciones con mayoría absoluta.

Pero todos esos detalles ya imaginaba que sucederían.

Excepto el plan de Enrico.

El Materazzi no era alguien pesimista, pero sí previsor. La intención de deshacernos de todos nuestros enemigos era tan buena como arriesgada. No podíamos descartar la posibilidad de fracasar. Por tanto, debíamos tener un plan de emergencia previsto.

Me llevaría a Kathia a Londres.

No me cabía duda del porqué de ese destino. Los Carusso nunca pudieron extender sus redes a Reino Unido, como sucedía en casi toda Europa: clanes que habían preferido seguir con ellos a pesar de la traición cometida. Además, contábamos con la ayuda de un importante aliado al que todavía no conocía.

Se oyó el chasquido de la puerta.

Pronto se abrió y nos mostró a una Virginia desprendiéndose de los tacones y caminando descalza hacia el salón.

Su rostro se congeló al encontrar a Enrico y Silvano sentados en el sofá y a mí mismo apaciblemente junto a los ventanales. Pero no fuimos las únicas personas que Virginia oteó asustada.

Ofelia Borelli y Domenico Gabbana. Mis abuelos paternos. Sentados frente a la mesa. Cogidos de las manos. Ante ellos, una caja dorada.

Nadie pudo negarse a su presencia allí, tenían derecho a mirar a uno de los partícipes de la muerte de su hijo pequeño.

Virginia hizo el amago de abandonar la habitación descubriendo que Emilio y una guardia de seis hombres lo impediría.

—Buenas noches, Liotti —habló Enrico, anunciándonos que empezaría aquella conversación echando mano de su ácida ironía—. He oído hablar de la magnífica carne a la brasa que cocinan en este restaurante. Después de más de dos horas de cena, espero que tú puedas corroborarlo.

Ella tragó saliva y no disimuló la tensión que recorrió sus brazos. En contraposición, alzó el mentón.

—La cocina cierra tarde, seguro que puedes justificar tu ausencia en la mansión en pos de una buena comida.

Enrico se echó a reír y caminó hacia la mesa.

—Buen apunte. Pero resulta que en la mansión nadie cuestiona mis decisiones. De lo contrario, tú no estarías aquí, ¿estoy en lo cierto? —Cogió una silla y la arrastró hacia Virginia—. Siéntate.

—No es necesario.

Su maldita arrogancia me hizo apretar los dientes. Deseaba con todas mis fuerzas saltar sobre ella y estrangularla con mis propias manos. Ni siquiera recuerdo cómo demonios me contuve.

Enrico ojeó a nuestros guardias, saltaron sobre la mujer y la obligaron entre forcejeos a que tomara asiento. Emilio, mientras tanto, echó mano de unas esposas y encadenó las muñecas de Virginia a la silla.

Fue entonces cuando mi padre se incorporó. Ella lo observó caminar adoptando una mueca altiva.

—¿Qué te ofrecieron? —preguntó sabiendo que su cuñada guardaría silencio—. Virginia, de no responder, me veré obligado a emplear otros métodos. Y créeme cuando te digo que me da igual que mueras en el proceso. Repetiré la pregunta, ¿qué te ofrecieron?

—Nada —gruñó ella.

—Lo que nos empuja a considerar que Jago es el principal problema —intervine, aún desde mi posición.

Virginia me clavó una mirada furibunda.

—No le metas en esto.

—Él se ha metido solo. —Torcí el gesto antes de acercarme a ella—.

¿Quién tuvo la idea? ¿Tú? ¿Él? ¿Has pensado que quizá no eres más que un instrumento para lograr su objetivo?

—Eso no es cierto. —Alzó un poco la voz.

Me incliné hacia su rostro.

—Entonces, ¿la idea fue tuya?

Inesperadamente, ella sonrió.

—No negaré que me ha impresionado vuestra visita, pero debo recordaros, especialmente a ti, Cristianno, que si me tocáis, Kathia no tardará en hacerme compañía.

Quise lanzarme a ella, pero Enrico me contuvo a tiempo y forcejeó conmigo hasta estar seguro de que la distancia se imponía y mi temperamento menguaba. No tuve más remedio que aceptar ambas cosas, aunque la sonrisa de Virginia me lo complicara.

Eché mano a mi pistola. Un tiro en la cabeza terminaría con todo.

—Estate quieto —me pidió Enrico en un susurro.

—Has escogido mal al involucrar a esa muchacha, y sobre todo te equivocas al pensar que la noticia tan solo afecta a mi hijo —expuso mi padre—. Meterte con Kathia Carusso supone declararnos la guerra, querida.

—¿Tan importante es una cría maleducada e insolente?

—Cuán importante sea no es la cuestión aquí.

—Pero es uno de los puntos. Y déjame decir, Silvano, que su uso tiene fecha de caducidad.

Un tiro quizá era demasiado y destrozaría todos nuestros planes. Pero empujarla al extremo no lo era tanto.

Además, mi revólver no era la única arma de la que disponía.

Alcancé el cuchillo que llevaba en el cinturón y salté sobre Virginia, esquivando los intentos de Enrico por volver a retenerme.

La trinqué del pelo, tiré hacia atrás y apoyé la hoja del cuchillo sobre su garganta.

—¿Lo ves? —murmuré pegado a su oído—. Podría destriparte aquí mismo y ni siquiera tendrías tiempo de reacción. Pero prefiero advertirte de algo antes. Código siete seis siete nueve. ¿Te suena de algo?

Ella se tensó. Por supuesto que conocía aquellos cuatro putos números. Eran la clave que daba acceso a la vivienda de Jago.

—Tenemos una guardia de una docena de hombres esperando impacientes a marcar ese número e irrumpir en el precioso apartamento de Jago —continué—. ¿Quieres eso? ¿Quieres ver cómo le arranco la vida ante tus putos ojos,

Virginia?

Empezó a ponerse nerviosa. Los labios le temblaban, los ojos se le humedecieron y la respiración comenzaba a amontonarse en su boca.

—No me han ofrecido nada. —Casi rogó, y yo me eché a reír, alejándome para guardarme el cuchillo. Ya había conseguido lo que quería: vulnerabilidad.

—Oh, les está protegiendo, qué tierna. Emilio... —Chasquéé los dedos.

Nuestro jefe de seguridad cogió su teléfono para dar la orden. Virginia gritó.

—¡Fabio robó a los Carusso algo que les pertenecía por derecho!

—¡Basta! —Mi abuelo dio un golpe severo contra la mesa.

A continuación, miró a su esposa. Ella aceptó la mano que le ofrecía, se puso en pie y comenzó a caminar en dirección a Virginia. El matrimonio no se miró, porque ambos ya sabían lo que debían hacer.

No dejaba de sorprenderme que ella hubiera querido venir. Siempre se había mantenido al margen. Pero en aquel momento no se trataba de un simple negocio. Su hijo había muerto y quería vengarlo tanto o más que el resto.

Se detuvo frente a su nuera y observó durante unos segundos con una templanza y frialdad que daba miedo. Después tomó aire y negó con la cabeza antes de que Domenico se acercara y colocara una mano en su espalda. Quería compartir el dolor con su esposa.

Sin previo aviso, mi abuela le dio una bofetada que retumbó en todos los rincones de la *suite*. Virginia ni siquiera se atrevió a levantar la cara, se ocultó bajo el flequillo y se quedó mirando el suelo.

—Tengo un obsequio para ti —dijo mi abuela—. Leandro, querido, ¿podrías alcanzarme la caja?

El joven guardia asintió, capturó la caja y se la entregó a la matriarca con una sonrisa orgullosa en la boca. Mi abuela levantó la tapa y extrajo un vestido rojo que aturdió a Virginia. Era evidente que sospechaba y no pudo controlar el escalofrío que la invadió

—Espero que sea de tu agrado. Un Roberto Cavalli, ese diseñador que tanto te gusta, ¿no es así? No me convence el corpiño en este tipo de vestidos, pero me he permitido una excepción contigo, ¿quieres saber por qué?

Pero mi abuela no dijo más, sino que me pidió con la mirada que yo mismo continuara. Si el motivo era porque no resistía o porque quería darme ese placer, poco importaba, simplemente obedecí.

—El corpiño lleva unos filamentos de fibra de carbono rellenos de

nitroglicerina. Se unen a un pequeño dispositivo que hay en la cintura; «tu esposo» lo diseñó. De esa forma, no explotará antes de lo previsto. —Me acerqué a la caja y capturé el dispositivo de detonación para agitarlo frente a sus narices—. En el momento en que se presione este botón, se iniciará una cuenta atrás irreversible. La nitroglicerina hará explotar un perímetro de doscientos metros. Espero que comiences a entender lo que te estoy explicando.

Virginia tenía los ojos abiertos de par en par y sus pupilas temblaban. Ya no le quedaban fuerzas para burlarse. Estaba aterrada. Había entendido perfectamente. Ella sería la bomba.

—Kathia estará en el barco —repuso titubeante—. ¿También piensas hacerla saltar por los aires?

Tuve que parecer demasiado insensible porque incluso los presentes se sorprendieron al mirarme.

—Para cuando tus extremidades se unan a las de los demás invitados, Kathia estará a salvo, conmigo.

Virginia apretó los dientes antes de enseñarlos cual perro rabioso.

—Asistirás a la fiesta. Si intentas quitarte el vestido, morirás. Si piensas hacer alguna estupidez también morirás.

—¿Y si les aviso? —Me provocó, y yo caminé hacia su posición.

Me coloqué tras ella, retiré su cabello con delicadeza y acaricié su nuca. La piel de su cuello se erizó y su cuerpo se estremeció. Eso me dio más seguridad. Me incliné hacia su oído y lo rocé con mis labios.

—Mañana morirás de cualquiera de las formas. De ti depende que Jago te haga compañía. —Mentí en lo último.

Kathia

---

Me despertó un curioso hormigueo en la parte frontal de la cabeza. Se extendía por mi pecho hasta el vientre y enseguida retomaba su curso hacia la planta de mis pies.

Una parte de mí hacía rato que había tomado consciencia; pero la otra, la más realista, tenía miedo de sufrir las consecuencias de mis heridas. Aun así, no pude controlarlo, y terminé abriendo los ojos como si en cualquier momento fuera a caerme una piedra encima.

Me atenazó el miedo al dolor, pero este nunca llegó. Poco a poco fui cobrando sentido y descubriendo la ausencia de molestia. Recordé que Enrico

había comentado algo sobre un sedante. Este debía ser de lo más potente si ni siquiera me dolía encoger las piernas.

Oteé la terraza. El sol ya despuntaba, la luz del día se derramaba en la habitación, cada vez más intensa. Reinaba un silencio apacible, tan solo interrumpido por el murmullo lejano de unas voces que provenían del jardín.

Me incorporé con cuidado, no quería tentar a la suerte y terminar retorciéndome de dolor. Puse los pies en el suelo y me impulsé hasta enderezarme ayudándome de las manos. Supongo que los síntomas del medicamento debían de seguir en mi organismo porque sentí un ligero vaivén en la cabeza.

Sin embargo, no me impidió caminar y avancé hacia las ventanas descubriendo de dónde provenía el ruido. En la verja principal, un grupo de más de cincuenta periodistas agolpados en torno a Adriano Bianchi, que trataba de entrar en las dependencias de la mansión sin ser perseguido.

Finalmente lo logró, para enseguida aferrarse a los brazos de su gran amigo Angelo Carusso. Ambos se fundieron en un contacto lleno de palmadas y orgullo.

Fruncí el ceño. ¿Qué demonios era aquello?

De pronto, se oyó el chasquido de mi puerta. Miré sobresaltada sin saber que me toparía con la hermosa mirada de Enrico. Suspiré aliviada.

—Ey, dormilona —dijo antes de abrazarme. Me aferré con toda la fuerza de la que disponía.

—¿Cómo está Cristianno? ¿Les has entregado la tarjeta? —pregunté en cuanto me aparté un poco de él.

—Con calma. Si acabas de despertar lo mejor es que te des un momento. —Capturó mi rostro entre sus manos—. Cristianno está bien, preocupado por ti, pero bien. Y Valerio ya está trabajando en el material de la caja.

—Me siento demasiado descansada, resulta agobiante, y no me duele nada.

Era cierto. Tan solo notaba el constante hormigueo que lentamente empezaba a desaparecer.

—El medicamento ha hecho bien su trabajo —comentó Enrico.

—¿Cuánto tiempo he dormido?

—Un día.

—Dios... —Me atusé el cabello un tanto inquieta y señalé la ventana—. ¿Qué es eso?

Pero Enrico no respondió de inmediato. Cogió aire, tomó una de mis

manos, me clavó una mirada seria.

—Adriano ha ganado las elecciones. —Aquello era una mala noticia. Le daba un poder demasiado enorme a los Carusso—. Se va a celebrar una fiesta en el yate de Annalisa, esta noche. No quiero que te separes de mí, ¿entendido?

—¿Por qué? —quise saber, extrañada.

Sin embargo, no tendría oportunidad de escuchar la respuesta. Olimpia entró en la habitación acompañada de Marzia y tres doncellas.

—Buenos días, querida. Vaya, tienes mejor aspecto del que me esperaba. —Dio dos palmadas—. Ahora, si nos permites, Enrico, tenemos muchas cosas que preparar.

Sería la primera vez que quedarme a solas con mi madre me producía escalofríos.

## Capítulo · 52

Kathia

---

Entregarse a ciegas, sin nada a lo que poder aferrarse más que a la persona que implora confianza, la mayoría de las veces supone un riesgo; el mismo que yo acepté casi por instinto.

«No te separes de mí», me había dicho Enrico y me bastó con eso. Pero me inquietaba el desconocimiento, y todos mis intentos por saber más se vieron frustrados. Ni siquiera pude cruzar una palabra con él, por corta que fuera.

Así que cuando me quedé a solas con Valentino dentro de aquella suntuosa limusina, el miedo no fue lo único que me atenazó. De nuevo, la incertidumbre. Esa vez un poco más ácida.

El lujoso vehículo se detuvo a pie de una alfombra roja que marcaba el camino hacia el yate. Los fotógrafos y los periodistas se agolpaban a ambos lados, tan solo contenidos por unos cordones y el propio personal de seguridad. Gritaban sus preguntas e insistían en la continua lluvia de *flashes*, histéricos por lograr atraer la atención de uno de los invitados.

Sin embargo, la prensa no era la única presente.

El jaleo se había descontrolado con la llegada de varias decenas de civiles, seguidores del partido político de Adriano Bianchi.

Aquello parecía más el estreno mundial de una superproducción cinematográfica del vanagloriado Hollywood que una ceremonia gubernamental.

—Veo que nadie te ha enseñado el protocolo de vestimenta —se quejó Valentino echándole un vistazo a mis piernas—. No deberías haberte puesto un vestido tan osado. Se trata de una ceremonia, no de un cóctel ni nada parecido.

—Díselo a mi madre. Ella lo ha escogido —repuse con desdén. Ni siquiera me molesté en mirarle.

Olimpia se había decantado por una prenda de seda en color negro, con una falda de aperturas, hombros descubiertos y unos gruesos tirantes que se

unían a un escote corazón. Era un buen diseño, elegante y muy sofisticado, pero me añadía casi una década. Más que una adolescente rozando la mayoría de edad, parecía una esposa bella y sumisa al borde de los treinta. No me sentía yo misma.

Quizá por eso, y aunque se hubiera quejado, Valentino no dejaba de comerme con la mirada. Lentamente, acercó un dedo tieso a mi clavícula y trazó un sutil camino hacia la curva de mi hombro. No pude hacer nada más que desviar el rostro y estremecerme.

—Tienes buen aspecto, amor. —Se regodeó.

—No me llames así —gruñí.

—¿Por qué no? Pronto serás mi esposa.

Quise contestar, pero el chófer nos interrumpió al abrir la puerta.

—Señor Bianchi, cuando usted guste —dijo desvelándome el recelo que sentía por su nuevo jefe.

Desglosando toda su arrogancia, Valentino salió del coche sabiendo que arrancararía los gritos de todos los presentes. Se permitió unos minutos de gloria, simulando el estúpido saludo de un monarca, y entonces me extendió una mano.

Me sobrevino el instinto más travieso. Ser insolente no podía disimularse con facilidad, y aquel era un buen momento. Con tanto invitado, Valentino no se atrevería a desvelar su verdadera identidad.

Saqué una pierna mostrando parte de mi muslo a través de la apertura. Fue divertido ver como los fotógrafos se peleaban por sacar una instantánea. Así que les di una motivación extra deslizando la otra pierna. Quería provocar y lo estaba logrando, al pequeño Bianchi se lo comía la rabia.

Salí del coche y me acerqué a él sintiéndome arrogante y sorprendentemente segura de mí misma.

—Qué contrariedad, ¿no te parece? —le dije por lo bajo, con una sonrisa en la boca—. Cualquiera puede ser llamado señor...

—Es curioso las licencias que te tomas aun sabiendo las represalias que puedes tener. ¿No tuviste suficiente con las toallas? ¿Debería cambiar de método?

—Hazlo, pero esta vez no me maniates. Veamos qué tan hombre eres en igualdad de condiciones.

Nos miramos fijamente, ensalzando la locura entre la gente por aquel momento tan íntimo que estábamos regalando. Me hubiera gustado ver sus caras de haber oído nuestra conversación.

—Mi pequeña gatita —sonrió y decidió tomar las riendas.

Me cogió de la cintura para acercarme a él antes de estamparme un beso. Y no fue un beso cualquiera, sino uno digno de grabar.

La indignación estalló en mí cortándome el aliento. La mitad de Roma me habría colgado por odiar aquellos labios. Todo el mundo adoraba a aquel muchacho de veinte años que copaba las revistas y los periódicos al menos tres veces al mes.

Sin embargo, la prensa admiraba a Valentino por lo complicado que tenían acercarse al codiciado Cristianno Gabbana; tenían prohibido usar su imagen. Por tanto, debían abastecerse de sobras como el Bianchi.

Puse fin al beso tras hincarle las uñas en el pecho. A continuación, quise zafarme de él, pero me arrastró para atender a la prensa. Fue entonces cuando vi a Enrico, ya en la cubierta del barco. Percibí lo mucho que odiaba pedirme que resistiera, pero no se lo haría más difícil de lo que ya era. Cerré los ojos y apreté los dientes. Podía superarlo, de eso estaba segura.

—¿Por qué os comprometéis tan jóvenes? —Alcancé a oír.

—Eso mismo le he preguntado yo —intervine irónica.

—Bueno, nos amamos demasiado y es una tontería esperar, ¿no es cierto, cariño? —Si las miradas matasen, ambos por igual hubiéramos caído fulminados.

Fue una suerte que no se explayara con las respuestas y decidiera jugar a hacerse el interesante. Enseguida nos encaminamos hacia el barco.

Ya en la cubierta, Valentino me liberó casi con un empujón, más que encantado con la idea de saludar a sus colegas y a las «damas» que los acompañaban.

Yo me escabullí hacia la sección más solitaria y alejada de tumulto del puerto. Observé la vasta línea nocturna del horizonte delimitado por el mar y la oscura silueta de la bahía salpicada por unos débiles destellos de luz. No era una imagen halagüeña, me hizo sentir un poco sola, pero aprecié el instante de silencio.

Hasta que unos dedos acariciaron mi brazo.

Cerré los ojos.

—Estás preciosa —me susurró Enrico al oído. Le miré por encima del hombro.

—Tú tampoco estás mal —bromeé, y es que el Materazzi era tan extraordinariamente atractivo que costaba describirle. Acaricié su rostro provocándole un tierno suspiro—. Siento haberte asustado, y también ser tan

cabezota.

Él se acercó a mí y me besó la frente.

—Con lo de cabezota tendríamos que hacer algo. —Nos echamos a reír—. Sigue sonriendo mientras te hablo —comentó aprovechando la cercanía.

Me tentó fruncir el ceño, sabedora de que iba a contarme algo complejo y temía que nos cazaran. Tragué saliva y mantuve una mueca alegre.

—Te sienta bien el color negro —le halagué.

—El barco estallará a medianoche.

Un escalofrío me atravesó con violencia.

«Sonríe, Kathia», me obligué.

—Pero casi todo el mundo está usando esmoquin. ¿Por qué no has hecho lo mismo?

—Virginia lleva el explosivo encima, dentro de su vestido.

Por encima del hombro de Enrico, veía a la orquesta y a los camareros ir de un lado a otro con sus bandejas. El barco había comenzado a moverse. Nos estábamos alejando del puerto.

—Pues yo creo que un esmoquin te hubiera quedado genial.

Maldita sea, qué difícil estaba siendo.

—Cristianno está en la bahía. —Súbitamente, le busqué con la mirada—. ¡No mires! Continúa. Kathia —me ordenó Enrico cogiéndome de las manos.

—Aun así, eres bello de cualquiera de las formas —tartamudeé.

Ya no sabía qué más decir para mantener aquella farsa.

—Procura no alejarte de mí, abandonaremos el barco quince minutos antes de medianoche.

—Quince minutos —murmuré con los ojos clavados en los suyos.

Alguien golpeó un micrófono.

—Por favor, presten atención, solo será un momento —dijo Valentino—. Quiero aprovechar esta pequeña reunión para hacer público algo muy importante para mí.

«Pequeña reunión, será imbécil».

—¿Dónde está mi Kathia? Mi amor, sal de tu escondite y ven. —Su fingido tono romántico arrancó las sonrisas de los presentes.

—No pienso ir —musité, negándome.

—Quince minutos antes de las doce, ¿recuerdas? —Me animó Enrico.

«Cristianno, en un rato estaré contigo», pensé y entonces avancé.

Me sonrojé al percibir las miradas de todo el mundo. Subí al escenario y cogí la mano de Valentino.

—Bien, todos sabéis que esta es una noche muy importante. Si por mí hubiera sido, la habría celebrado mucho antes. ¿Quién demonios dudaba de la victoria? —Las carcajadas se desataron con el chiste—. Por eso, porque estamos aquí después de conseguir un gran logro, creo que es el momento adecuado para desvelar que estoy completamente enamorado. —Se oyó un «¡Oh!» al unísono que me revolvió las tripas—. Quiero que todos seáis testigos de este ello, de lo mucho que ha cambiado mi vida gracias a esta preciosa mujer. —Valentino me miró y se acercó a mí—. Kathia, ¿quieres casarte conmigo?

Mi corazón se paralizó y todos los invitados me observaron expectante ante mi respuesta. Se les notaba emocionados. Tanto que algunos incluso empezaron a pregonar ánimos a voz en grito.

Enrico se atusó el cabello con nerviosismo y mi padre me hacía señas para que dijera el puñetero «Sí, quiero» de una vez.

Entonces vi a Virginia apoyada en la barra. Me miraba por encima de su copa mientras Jago le besaba el cuello. No me casaría con Valentino, solo debía fingir que lo haría.

Le miré y sonreí dulcemente.

—Sí, claro que sí.

La gente estalló en aplausos y vítores mientras Valentino asumía con una mueca de extrañeza que le había seguido el juego como nunca antes. Terminó sonriendo bravucón y capturó mi rostro entre sus manos para darme un beso. Lo bueno fue que entre tanto júbilo nadie se dio cuenta del sutil empujón.

—Has estado genial —susurró.

—Lo sé. Ahora espero que sirva para que no te acerques a mí en lo que queda de noche.

—Puedo conceder tu deseo —sonrió arrogante.

Me alejé deprisa esquivando a toda la gente que se empezaba a agolpar alrededor para felicitarnos. No sabía dónde iría a parar, tan solo quería desaparecer un momento y procesar toda la información.

Descendí unos escalones y entré en una pequeña sala. Después crucé un pasillo hasta los lavabos. Entré empujando con fuerza y me lancé al grifo para mojarme la cara. Repetí la maniobra varias veces antes de terminar contemplándome en el espejo.

Maldita sea, el barco iba a explotar en un rato. Toda la condenada gente que había en él moriría. Debería haberme sentido apabullada con la idea, aterrorizada ante la matanza que se llevaría a cabo. Pero lo único en lo que

podía pensar fue en Cristianno esperándome en la bahía.

Si me había convertido en un monstruo por pensar de aquel modo, por parecer frívola, asombrosamente, me importaba un carajo. Ya me encargaría después del peso de los recuerdos.

Todo terminaría aquella noche.

Sin embargo, al oír como el pomo de la puerta chirriaba al girarse, la duda me golpeó el vientre, y terminó de instalarse en mí cuando me topé con la sonrisa espeluznante de Virginia.

—Vaya, vaya, mira a quién tenemos aquí. La futura señora Bianchi.

Cerró la puerta tras de sí para apoyarse en la madera.

Corté el agua y abandoné el baño. Quería mirarla de frente y demostrarle que no le tenía ningún miedo.

—Déjame decirte que te favorece muchísimo ese atuendo.

—Qué imprudente que eres. —Sonó a amenaza.

—No soy yo quien tiene un pie en la tumba. —Torcí el gesto.

## Cristianno

---

Virginia sabía que teníamos acceso a cualquiera de sus conversaciones a través del dispositivo de comunicación inalámbrico incorporado en su vestido. Deshacerse de él le costaría la vida.

Así que, escucharíamos todo lo que dijera, incluso los intentos por pedir ayuda; algo que podía costarle la vida antes de lo previsto dado que, además de su atuendo, varios francotiradores controlaban sus movimientos.

El barco no iba alejarse más de trescientos metros, y apenas había recorrido unos cien; un disparo desde esa distancia era más que viable para personas como mi hermano Diego o Thiago.

Pero mi condenada tía política era una persona de recursos. Consciente de sus limitaciones, no le importó buscar alternativas. Por eso me entiesé cuando escuché la voz de Kathia por el auricular, sabiéndola a solas con esa víbora.

A falta de un rato para que el barco estallara, aquello era lo peor que podía pasar.

Apreté los dientes con tanta fuerza que creí que me partiría la mandíbula. Tan solo el contacto de Mauro sobre mi hombro logró disminuir un poco la

furia.

—Tú eres tan traidora como yo —dijo Virginia en tono altivo—. No te hagas la tonta, sabes de lo que hablo.

Al parecer, Kathia la miró incrédula.

—Al menos yo no he matado a nadie —masculló.

—Lo harías.

—Sí, pero no por los mismos motivos que tú. Si no lo amabas, solo tenías que alejarte. Pero elegiste traicionarlo y permitir que lo mataran.

No fui el único en estremecerse con el aplastante comentario de Kathia. Todos allí escuchábamos atentos, nos sentíamos divididos entre el orgullo hacia ella y el temor a que sus palabras la pusieran en peligro.

—Tú no sabes nada de eso —farfulló Virginia.

—Lo vi todo. Estuve allí, vi cómo caía. Cómo se desangraba. Tu amor por otro le llevó a la tumba, y ni siquiera derramaste una lágrima. Eres una sucia ramera.

Esa vez fue mi padre quien se tensó al percibir la angustia en la voz de Kathia. Inevitablemente, saltamos al instante en que entraba en el salón de mi casa con la sangre de mi tío empapando su ropa.

Me sobresaltó el ruido de un golpe seco y enseguida di un par de pasos hacia delante, como si de ese modo fuera capaz de evitar lo que sea que iba a pasar.

Desde aquella parte del puerto no podía ver mucho, más que la silueta del barco salpicada de luces y el rumor musical de la orquesta mezclándose con el suave azote de las olas y la brisa nocturna.

—Toda esa integridad tuya resulta muy noble, pero olvidas que acoges entre tus piernas a un puto mafioso sin escrúpulos. —No quise centrarme en ese hecho y en lo que suponía para Kathia escucharlo de un modo tan absoluto, porque el forcejeo que se oía de fondo me pareció más importante—. No se te ocurra darme lecciones de moralidad, en la traición no eres menos zorra que yo.

Mis dedos se deslizaron hacia la culata de mi revólver y perfilaron su contorno advirtiéndome de lo rápido que se me estaba agotando la paciencia. Echar a correr, cruzar a nado los metros que me separaban del yate, buscar a Kathia. Matar a Virginia. Sabía que abandonarme a mis impulsos y hacer aquello suponía saltar por los aires. Pero, maldita sea, estaba en mi límite.

—Puede que lleves razón, pero en mi caso, no lo disimulo —masculló Kathia—. Yo solo amo a Cristianno y no pierdo el tiempo en jugar a dos

bandas. En cambio, tú nunca tuviste el valor de posicionarte.

Contuve el aliento. La palabra amar junto a mi nombre surgiendo de los labios de Kathia, fue mucho más de lo que mi corazón podía soportar. Sin embargo, aquella sensación de plenitud duró muy poco.

Seguían escuchándose los jadeos de Kathia, dándonos a entender que estaba siendo retenida

—Cuidado, Carusso —amenazó Virginia—. Cristianno podría sufrir el mismo final que tu respetable Fabio Gabbana.

—Si le tocas un pelo, te aseguro que tú serás la primera en mi lista de muertes.

—¿Podrías presionar un gatillo? ¿Realmente podrías, niña tonta e inocente? —se mofó la Liotti.

—Podría incluso hacerlo con mis propias manos. —Su voz sonó gutural, desconocida para mí.

Entonces, empezó la contienda. A través de los gruñidos, de las palabras de rabia balbuceantes y el ruido de unos golpetazos continuos fue sencillo asumir que Virginia y Kathia se había enzarzado en una lucha.

Pronto se escuchó el alboroto de los tumbos que iban dando de un lado a otro y las colisiones contra el mobiliario.

—¡Avisad a Enrico! —exclamó mi padre.

—¡No! —Lo impedí corriendo hasta él—. No pienso ponerles a los dos en peligro. Iré yo.

Era lo mejor para todos. Sacaría a Kathia. Enrico solo tendría que preocuparse por abandonar el barco y todo saldría como habíamos previsto.

No fallaría.

No podía fallar.

Silencio.

El jaleo cesó tan abruptamente que me produjo un escalofrío, y no se me ocurrió mejor forma de soportar la entereza que refugiándome en los ojos preocupados de mi padre.

—Siéntete orgulloso, Cristianno —dijo Virginia, sabiendo que escucharíamos—. Es la última vez que la oirás hablar.

Quise gritar, quise correr hacia el barco. Me daba igual cómo saliera todo, si mis reacciones gustarían o no a mi familia. Lo único en lo que pude pensar fue en volver a tener a Kathia entre mis brazos. Ya pediría perdón después.

Pero mi padre lo supo. Y me cogió del brazo.

—¿Crees que soy tan estúpido como para ignorar que ibas a traicionarnos de nuevo? —comentó dirigiéndose a Virginia, con la mirada sobre mí.

—Por Dios, Silvano, una navaja de doce centímetros puede matar. Tú lo sabes bien —ironizó ella, anunciándonos que había logrado un arma y que con ella apuntaba a Kathia—. Es sencillo, su vida por la mía. No hay nada que pensar, en realidad. Solo asumir que has perdido. Alguna vez tenía que ser la primera.

Con el rumor de sus carcajadas y empeñado en sostener la mirada de mi padre, alargué una mano en dirección a Mauro. Él enseguida me entregó dos cargadores.

—No, mi querida Virginia, esto termina cuando yo lo diga. —Mi padre desconectó el micrófono para que la pelirroja no pudiera escuchar lo que hablaba, pero continuar escuchándola a ella. Kathia gimió por un golpe mientras mi padre miraba el reloj—. Tienes diez minutos para sacarla de allí. El barco explotará en veintiuno. Más te vale darte prisa o no te lo perdonaré.

Eché a correr.

## Kathia

---

Perder o ganar.

Existen personas que reducen el significado de sus vidas a esas dos palabras. Pero ignoran con demasiada frecuencia el sinfín de posibilidades que acoge el espacio entre lo uno y otro.

Basándome en los principios que normalmente definían a los Gabbana, no les importaría perder la oportunidad de ganar si ello les aseguraba la supervivencia de los suyos.

Vivir, sentir, respetar, amar. Factores mucho más importantes.

La punta de aquella navaja me rasguñó el cuello cuando contraataqué. Virginia se tambaleó hacia atrás sin esperar que una patada en la pierna terminara lanzándola al suelo al tiempo que yo me ponía en pie. El cuchillo salió despedido bajo uno de los muebles.

No estaba acostumbrada a luchar, quizá por eso me había vencido la primera vez. Pero ya no me dejaría atrapar tan fácilmente.

Al incorporarse, Virginia me dio un bofetón y yo arremetí dándole un puñetazo en el pecho. Se le escapó un gemido al toparse con una estatua y

aproveché para lanzarme sobre ella y golpearla con todas mis fuerzas.

Pero olvidé cubrir mis costillas. Bastaron dos puñetazos para robarme el aliento.

Virginia se irguió como pudo y me cogió del pelo sin darme tregua. Me arrastró hacia la mesa y capturó un abrecartas antes de ponérmelo en el cuello.

—Esto también puede atravesarte. ¿Quieres verlo?

Ahogué una exclamación que le hizo mucha gracia. Mi intención no era amedrentarme, pero la vi muy capaz de herirme hasta la muerte.

—Camina.

No me quedó más remedio que obedecer. Empecé a moverme dando tumbos, con el corazón latiéndome en la lengua. Salimos de aquella sala, recorrimos un pasillo y comenzamos a subir los escalones que nos llevaban a la cubierta principal. La misma donde se concentraba la mayor parte de la celebración.

Se oyeron jadeos de aturdimiento y algún que otro vaso haciéndose añicos, pero yo tan solo pude mirar a mi cuñado. Por su expresión, ya debía de estar al tanto de lo ocurrido.

La situación se había complicado y ambos lo sabíamos muy bien.

Virginia se abrió camino por entre los invitados que iban alejándose de nosotras. La punta de aquel abrecartas haciendo presión sobre mi cuello.

—¿Qué demonios es esto?! —gritó mi padre.

—Angelo, querido, lamento interrumpir la fiesta. Pero en el futuro me lo agradeceréis —ironizó Virginia—. Más te vale evacuar el barco.

—¿Por qué? —preguntó Valentino desde el fondo de la cubierta.

Le habíamos interrumpido una conversación bastante caldeada con una morena de metro ochenta.

—Tengo entendido que la nitroglicerina mata y bajo este vestido llevó la suficiente como para reventar el barco entero. Agradecédselo a nuestros invitados de honor esta noche, los Gabbana. Pero como tengo este gran seguro de vida, creo que podremos ahorrarnos saltar por los aires. ¿Me vais captando?

—¡Todo el mundo fuera! —ordenó Adriano Bianchi.

La mayoría de invitados empezaron a correr despavoridos en dirección a los botes. Otros, mucho más precipitados, optaron por saltar al mar. En apenas segundos, se formó un caos frenético que culminó en mí cuando perdí de vista a Enrico entre el tumulto.

—¿Qué opinas ahora, Silvano? —dijo Virginia, sabedora de que el

Gabbana escuchaba—. Si haces estallar la bomba, Kathia morirá conmigo. Así que dile a tu hijito que la desconecte si no quiere recoger a su novia en trocitos.

—¡No! —grité antes de darle un cabezazo en la nariz.  
Salí corriendo de allí en busca de Enrico.

### Cristianno

---

Me aferré a un cabo y empecé a trepar hasta la barandilla mientras el aliento se me amontonaba en la boca. Rogué porque el agotamiento no hiciera mella en mí cuando salté en la cubierta techada de popa.

Todavía acuclillado en el suelo, eché mano de mi arma y la cargué al tiempo que deducía la voz de Virginia a lo lejos. No me molesté en esforzarme en escuchar lo que decía. Enseguida oteé mi entorno y me adentré agazapado en la pasarela que conectaba con la cubierta principal.

Gocé de un corto instante para ver a Kathia retenida por Virginia. Pero de repente alguien se lanzó a mí desde atrás, cogiéndome del cuello. Preparado para la posibilidad de ataque, me escabullí hábilmente de los fuertes brazos del tipo y le di un puñetazo. Él me respondió de la misma forma, pero no contó con que llevara un arma.

El disparo se ahogó con el silenciador al atravesar su vientre. Su cuerpo sin vida cayó sobre mí con los ojos aún abiertos.

Me removí hasta incorporarme, le arrastré hacia la barandilla y le empujé al mar. El ruido tampoco trascendió, confundido con el caos que invadió de golpe del barco. La gente comenzaba a correr sin saber adónde ir. Gritaban atemorizados después de descubrir que Virginia portaba una bomba.

Quería actuar. Poco importaba si me reconocían. Mi único propósito se reducía a Kathia. Pero mis sentidos se activaron de golpe. Me alertaron de la presencia de alguien tras de mí, y es que a los esbirros del Carusso y el Bianchi les gustaba muchísimo atacar por la espalda.

Me concentré y esperé a que estuviera cerca. No era un solo hombre, sino dos. Entonces arremetí dándole a uno de ellos un fuerte golpe en el estómago. Disparé al otro y, a continuación, miré al superviviente y atravesé su cabeza de un balazo.

Al estar incomunicado y sin la manera de ponerme en contacto con mi

padre, registré los bolsillos de uno de los tipos en busca de algún teléfono.

Con el pasillo controlado y la gente yendo de un lado a otro, se hizo fácil volver a mirar hacia la cubierta principal. Virginia insistía en retener a Kathia, amenazando su cuello con un objeto punzante.

Alguien descolgó.

—Papá, tengo a Kathia en el punto de mira. Tiempo.

—Siete minutos. Sal de ahí.

—Dile a Enrico que yo me encargo.

Lancé el teléfono por la borda.

Súbitamente, Kathia le dio un cabezazo y echó a correr entre la gente hacia la parte de estribor, en dirección a la popa. Mientras tanto, Virginia trataba de recomponerse. No lo pensé demasiado. Me abalancé hacia ella y le di en la nuca con la culata de mi revólver, llevándola a la inconsciencia.

Deshice mis pasos y me adentré en la pasarela, corriendo en paralelo a Kathia, por babor. Aceleré todo lo que pude, consciente de que tenía que llegar antes que ella a la popa para evitar la posibilidad de que se ocultara en el interior del barco.

Más que dispuesto a girar hacia el otro lado, alguien me disparó obligándome a resbalar para evitar el balazo. Tuve que esconderme tras un banco de madera que había cerca. Para responder al ataque, debía saber a quién me enfrentaba y dónde estaba.

Hallé a mi oponente en el interior del gran salón, agazapado en la ventana. Traté de alcanzarle con un par de disparos, pero el tipo parecía de piedra. Los esquivó y se las ingenió para venir hacia mí. Su envergadura me asombró bastante, sobre todo cuando ninguno de los golpes que le propiné en la cara sirvieron de nada.

Me trincó de la cabeza con ambas manos y apretó con toda la intención de darme un cabezazo. Me adelanté con una patada en las pelotas que terminó arrodillándole. Repetí la maniobra dándole un rodillazo y entonces capturé su enorme cabeza, eché mano de mi cintura y le clavé un puñal en el cuello antes de partírselo.

Varios hombres se acercaban. Capturé mi arma, la cargué todo lo rápido que pude y disparé con precisión.

Suponía un alivio que hubiera podido controlar la situación, pero me había hecho perder minutos y todavía no había dado con Kathia.

Empuñé el arma y avancé en posición de ataque hasta la cubierta techada de popa. No imaginé que terminaría apuntando a Kathia con ella. Y entonces

apreté el gatillo y dejé que una bala atravesara la distancia que nos separaba.

## Kathia

---

Me detuve bruscamente, con el aliento amontonándose en mi boca.

Cristianno me apuntaba con su arma. Su rostro inmutable, su mirada clavada en mí, ni siquiera parpadeaba. Sabía que no debía tener miedo, y de hecho no lo sentía, pero todo su cuerpo indicaba peligro.

Disparó y la bala emprendió su curso en mi dirección permitiéndome notar su velocidad al pasar por mi lado. Un instante después, escuché el último aliento de un hombre antes de caer al suelo justo cuando un escalofrío me invadió con violencia.

Miré mis pies. Junto a ellos estaba el brazo empuñando el arma del tipo que me hubiera matado de no ser por Cristianno y su asombrosa habilidad.

Temblorosa, busqué su mirada a tiempo de verle guardarse el arma en la espalda y correr hacia mí. Me abrazó con fuerza aferrándose a mi cintura entre jadeos de alivio. No pude hacer otra cosa más que comenzar a sollozar, pero no cayó ni una lágrima de mis ojos. Aquello simplemente fue el desbordamiento de todo lo que había sucedido desde la maldita noche en el cementerio.

Se apartó para cogerme del rostro y besarme con premura.

—Dime que estás bien —exclamó hablando a unos centímetros de mi boca.

—Ahora lo estoy...

Me miró el cuello y retiró la sangre que había con sus dedos. Después besó la pequeña herida y regresó a mis labios.

—Voy a sacarte de aquí.

—Pero Enrico...

—Conmover. —Me interrumpió una voz—. Es maravilloso ver a los amantes tan acaramelados —dijo Valentino, tras de mí.

Cristianno me empujó y reboté contra la barandilla del barco. Bastaron los segundos que tardé en recomponerme y mirar para descubrir al Bianchi golpeando a Cristianno en las costillas. El porrazo le tambaleó, pero enseguida arremetió dándole una patada. Valentino se hincó de rodillas en el suelo ajeno a que su oponente le partiría la nariz.

La sangre empezó a derramarse frenética, y gritó de pura rabia al lanzarse a por Cristianno. Ambos se estrellaron contra el suelo, pero Valentino logró colocarse encima y atrapar su cuello.

No me detuve a pensar. Salté sobre su espalda y empecé a darle puñetazos allá donde alcanzara. Pero no surtió el efecto imaginado porque el Bianchi se deshizo de mí con un simple revés. Me estrellé contra la cubierta como si fuera una maldita pluma insignificante.

Al incorporarme, Cristianno ya había logrado hacerse con el control y empujó a Valentino a la inconsciencia a base de golpes en la cara. Le importó un comino el resultado.

Rápidamente, le dejó allí tirado, se acercó a mí y me instó a correr cogiéndome de la mano. Fuimos sorteando los cadáveres que nos encontrábamos en el camino hacia la proa del yate. Pero apenas llegamos a la pasarela central.

Atrapados en mitad de un barco a punto de estallar, Virginia sonrió emocionada ante la idea. Había abandonado todo empeño en sobrevivir y aceptado la idea de morir, convencida de que no lo haría sola.

Descalzada, con restos de sangre en los pies, y el cabello enmarañado, torció el gesto y cerró los ojos como si fuera el mismísimo diablo. Cristianno aprovechó el movimiento para echar mano de su pistola sin dejar de sostener mi mano. Pero no contamos con la intervención de alguien más.

Le escuchamos chasquear la lengua, y a continuación el cañón de una pistola se apoyó en la parte posterior de mi cabeza. Contuve el aliento tras haber ahogado un gemido, y presioné su mano. Virginia comenzó a reír casi a carcajadas. Incluso aplaudió.

—Ya está aquí. Ya llegó. Viene a comerse tu corazón —canturreó siniestra—. ¿Conoces alguna canción pagana, Kathia?

Tragué saliva descubriendo por el reflejo de la ventana quién era mi agresor.

Al final resultó que Jago Bianchi y Virginia Liotti se amaban hasta el punto de entregarse juntos a la muerte.

—Pero qué más da los putos paganos, no tenemos tiempo para ser creativos. Según este chisme, apenas quedan dos minutos para estallar. ¿Qué opinas, Silvano? Me llevé a tu hermano y ahora me llevo a tu hijo con un polizón incluido.

Apreté los dientes.

«Tan solo quiere asustarte, no puedes permitirle que lo consiga».

Una oleada de rencor me atravesó con violencia y apreté la mano de Cristianno. Yo ya sabía que él estaba pensando en algún plan para escapar, pero quería transmitirle osadía.

—Supongo que todos viajaremos juntos al infierno —añadió aquella maldita mujer.

El arma de Jago presionó aún más mi cabeza y me obligó a inclinarme. Solo durante un instante, porque después fui yo quien presionó en sentido contrario.

Cristianno frunció los labios al comprender mis intenciones. No sabía si saldría bien, pero la confianza que depositó en mí a través de su mirada hizo que me sintiera espléndidamente segura. Solo tendría que seguir la estela de sus movimientos y después saltar con rapidez.

¡Podía salir bien!

—Cuarenta segundos —dijo Virginia mirando a su amante.

—Vuestras últimas palabras —ironizó Jago.

—Sí... —Cristianno torció el gesto mostrando una mirada de lo más sombría.

—Pues date prisa. Se agota el tiempo... —Virginia taconeó el suelo de madera, mientras sonreía y se acercaba a su amante.

—Solo tienes que sostener el arma con fuerza y estar segura de lo que vas a hacer —murmuró Cristianno mirándome fijamente.

Jago dio por hecho que no necesitaba seguir ejerciendo la amenaza y decidió invertir los últimos instantes de vida en devorar a su amante. Ambos se enfrascaron en un beso de lo más repugnante.

—Treinta segundos —tarareó Virginia paseando su lengua por los labios del Bianchi.

—¿Dónde tengo que apuntar? —pregunté lista para que Cristianno actuara.

—Hazlo en la cabeza.

No sé si estaba bien o no sonreír en un momento como ese, pero lo hice y me sentí invulnerable y atrevida.

—Cuando quieras, amor. —Mi sonrisa contagió a Cristianno.

Diez segundos.

Cristianno dio un fuerte golpe al brazo de Jago. La pistola cayó al suelo. Virginia se retiró sobresaltada mientras yo me agachaba a por el arma. Ella comprendió al fin nuestra conversación y se llevó las manos a la cabeza, aterrada.

Por un momento, todo se ralentizó y los acontecimientos parecieron desencadenarse a cámara lenta. Cogí la pistola. Me incorporé con decisión.

«Sostener con fuerza y seguridad. Apuntar a la cabeza», repitió mi mente antes de presionar el gatillo.

La bala atravesó la frente de Jago arrebatándole la vida de forma instantánea. Cayó al suelo al tiempo en que la sangre embadurnaba su rostro.

Había conseguido el disparo previsto en menos de lo esperado y, maldita sea, no sentí ni un ápice de arrepentimiento, más que un ligero temblor en mis piernas y en mis manos.

Virginia chilló lanzándose a por su amante. Pero no vi si tuvo opción de alcanzarle. Cristianno tiró de mí y me empujó hacia la barandilla.

—¡Salta! —gritó antes de impulsarnos al vacío.

Impactamos con violencia en el agua a la vez que el barco explotaba.

Lo primero que sentí fue una fuerte opresión en el pecho y calor. Mucho calor. La piel me abrasaba.

Le siguió una fuerza imperiosa que nos arrastró hacia el fondo alejándonos al uno del otro. El mar me absorbió bajo una lengua de fuego mientras braceaba en busca de Cristianno.

Entonces, todo se iluminó con una luz anaranjada. Me quedé suspendida en mitad de profundidad observando cómo mi entorno amenazaba con engullirme.

«¿Sabes qué sentí al verte, Cristianno?», pensé. «Miedo... a no encontrar el modo de describir cuánto te amo».

Cerré los ojos.

Y alguien me cogió del brazo.

Sus labios se apoderaron de los míos.

El aire inundó mis pulmones.

## Capítulo · 53

Kathia

---

Aferrada a los hombros de Cristianno y todavía con los labios apoyados en los suyos, llegamos a la superficie para coger aire desesperadamente.

A nuestro alrededor, la imagen de un paisaje devastador. Y en contraposición, unos increíbles ojos azules observándome como si yo fuera su único universo.

No contuve las lágrimas y dejé que cayeran por mis mejillas sin vergüenza alguna. Acerqué mis dedos a su bello rostro. Él cerró los ojos al sentirlos sobre sus mejillas.

—Creí que... que... —sollocé.

—Shhh... —Me dio un suave beso—. No puedo morir tan fácilmente. ¿Qué haría yo sin ti al otro lado?

Me abracé hasta que los latidos de mi corazón se mezclaron con los suyos, estrellándose acelerados contra nuestras costillas, obligándonos a jadear como si hubiéramos corrido una maratón.

—Tienes que nadar, ¿de acuerdo? Tienes que hacerlo muy rápido. Debemos llegar hasta la bahía —me dijo empujándome a hacerlo.

No había mucha distancia, pero el agua pronto nos heló y la tensión me dominaba.

«Nada, vamos. Solo quedan unos metros», me decía a mí misma, y eso fue lo que hice. Me concentré en llegar lo antes posible.

Conforme nos acercábamos, vislumbré a varias personas esperando, preparadas para sacarnos del agua. Tensé mis brazos y continué nadando con fuerza.

—Vamos, cariño, solo quedan unos metros —me animó Cristianno.

—Recuérdame... que nunca hagamos... un crucero —resoplé costosamente, y tuve que ser muy graciosa porque le arranqué una carcajada.

Cristianno acarició el dique del puerto y me extendió la mano para arrastrarme contra su cuerpo y cogermme de la cintura. Varios hombres

asomaron sus brazos para que pudiera aferrarme a ellos y subir. No había ninguna escalera, por lo que tendrían que tirar de mí a pulso.

Las manos de Cristianno me impulsaron por la cadera y me agarré a uno de los brazos de un hombre que me sacó del agua con total facilidad.

Estaba completamente aterida. El frío punzante era lo único que sentía y no podía controlar la tiritona que recorría mi cuerpo. Entre convulsiones, distinguí a Silvano, que se abrió paso entre sus hombres y caminaba hacia mí, acelerado. Se quitó su gabardina y la pasó por mis hombros, ayudándome a introducir los brazos en las mangas. Su calor me inundó y noté una extraña y protectora sensación de bienestar cuando sus manos ahuecaron mis mejillas.

Me miró con orgullo y cariño, pero sobre todo con respeto.

—Cuando todo esto pase y te mires al espejo, espero que reconozcas lo que estoy viendo ahora mismo.

—¿Y qué es? —pregunté casi sollozante.

—A una mujer extraordinaria. —Mis lágrimas volvieron a hacer acto de presencia al tiempo que Silvano besaba mi frente—. Cuida de mi hijo, mi querida niña.

## Cristianno

—

Fue Diego quien primero se lanzó provocándome que ahogara una exclamación. Él no era muy dado a las demostraciones de cariño. De hecho, podía contar con los dedos de una mano las veces que había recibido un abrazo suyo.

Pero siempre que se decidía a hacerlo, sentía lo mismo. Aquella sensación pueril que me empujaba a abandonarme en sus brazos hasta que el peligro pasara.

—Maldito mocoso —gruñó, y yo me aferré a él con más fuerza—. Vas a pillar una puta pulmonía, gilipollas.

Me empujó para quitarse la chaqueta y ponérmela.

—Cuidado, no vayas a asfixiarte con tanta delicadeza —bromeé tiritando como un condenado.

Eché un vistazo al frente. Kathia se había enganchado a Mauro en cuanto este la rodeó. Pronto se le unieron Alex y Eric y permanecieron allí, perdidos los unos en los otros mientras mi tío y mi padre les observaban embelesados.

Era una despedida, todos lo sabían.

—Cristianno —dijo Valerio, llamando mi atención. Ni siquiera le había visto venir—. Toma. En este sobre tienes lo necesario para llegar a Londres —me informó al entregarme los documentos.

—¿Has podido descubrir algo? —Con todo el revuelo, ni siquiera estuve presente en el momento en que abrieron la caja.

—Poca cosa. Números sin sentido y varias tarjetas de memoria.

Fruncí el ceño.

—¿No había un diario o algo parecido? —Aunque no hubiera tenido tiempo para demostrarlo, estaba esperanzado en hallar algo importante.

—Tengo confianza en que encontraremos algo —me tranquilizó Valerio, agitándome el cabello—. Así que céntrate en tu misión. —Eché un vistazo a Kathia.

—¿Me informarás con cualquier novedad?

—Sí, jefe.

—Hostia, que tío más pesado —se quejó Diego dándome un empujón—. Vete de una puta vez.

—Capullo de mierda, cuando falte me echarás de menos. —Le respondí al empujón.

—Desvarías.

—Vale, ya me voy. —Pero no lo haría sin antes volver a abrazarles.

Mis hermanos, de los que nunca me había separado, quienes siempre habían estado a mi lado. Alejarme del contacto fue complicado, como también lo fue despedirme de cada uno de mis compañeros y del resto de mi familia.

Pero Mauro y mi padre...

—Ey, no me iré para siempre —le dije a mi primo, que me esquivó cuando percibió que se acercaba su turno.

—¿Quién te crees que soy, la puta neurona de la pena o qué? —protestó haciéndose el arrogante.

—¿De qué coño hablas?

—La neurona de esa película, la de Disney que tuvo a Alex llorando una semana... —Trató de explicarse—. Bah, déjalo, te quedaste dormido en cuanto empezaron los créditos.

—Oye... —Quise decir, pero Mauro enseguida lo impidió abrazándome con fuerza.

—No creas que te librarás de mí tan fácilmente, cabronazo —murmuró—. Pienso seguirte en cuanto pueda.

—Es bueno que tú hayas sido el primero en decirlo. No quería sonar demasiado moñas.

—Cómo te odio.

Con pasos reticentes, me acerqué a mi padre. Le había ido dando esquinazo porque alejarme de él suponía el mayor de los esfuerzos y no me creí valiente para hacerlo.

—Te llamaré nada más llegar, lo prometo —dije pensando en mi madre—. Cuida de mamá y dile que la quiero muchísimo. También de los abuelos, ¿de acuerdo? Y dile a Enrico que...

—Él os seguirá en unas semanas. Pierde cuidado. —Detalle que me tranquilizó bastante, pero no entendí.

Supuse que cuando estuviéramos fuera del país, tendría tiempo de preguntar.

Agaché la cabeza y me froté la cara sintiendo un estúpido escozor en los ojos.

—Soy un debilucho cuando me hablas así —admití al tiempo que él apoyaba sus manos en mis hombros. Me acarició el cuello.

—Eso es porque ante mí solo eres mi hijo, y no sabes lo mucho que me enorgullece ese hecho. —Apoyó su barbilla sobre mi cabeza mientras mis dedos se aferraban a su jersey. El aroma a puro y a perfume, la propia esencia de mi padre que tanto confort me proporcionaba, no tardó en invadirme—. Estaréis bien, y para cuando todo esto pase, volverás a tu hogar, a Roma, con esa asombrosa mujer de la mano.

—Papá...

—Largo de aquí, vamos —Me exigió desviando el rostro.

Obedecí y me subí al coche donde Kathia esperaba. Arranqué el motor y me alejé de allí dejando a mi gente reflejada en el espejo retrovisor.

Kathia me observó en medio del silencio armonioso que se instaló el interior del vehículo. Alargó su mano, acarició mi mejilla con delicadeza y después la deslizó hasta la mía para enredar nuestros dedos.

Teniéndola a ella a mi lado, la ausencia de Roma y de todas las personas que amaba sería menos dolorosa.

## Capítulo · 54

Cristianno

---

Mis abuelos tenían una finca en Cesarina, una pequeña villa rodeada de terrenos agrícolas y prados verdes próxima a la reserva natural de Marcigliana.

Cerca de allí, también se encontraba un recóndito aeródromo desde donde partiríamos hacia Londres al amanecer. Pero hasta entonces, debíamos descansar, y mi familia ya se había encargado de despejar la zona para librarnos de cualquier imprevisto.

Con lo sucedido, los Carusso y los Bianchi estaban absolutamente desconcertados y replegados. Sin embargo, también estaban enfurecidos. Sabían que no podían emprender una ofensiva de inmediato, porque en un momento como ese no gozaban ni de la calma ni de las herramientas para llevarlo a cabo. Pero no podíamos confiarnos.

Sabían de muchas de las propiedades de mi familia, y conocedores de que Kathia no estaba entre ellos, supondrían que yo tendría algo que ver. Querrían buscarla y probablemente empezarían por los lugares relacionados con los Gabbana.

Por suerte, aquella finca apenas se había comentado. Poca gente la conocía. De hecho, ni siquiera yo la había visitado. Así que nuestra seguridad no parecía un problema.

Al llegar, dos hombres abrieron el portón para que pudiera acceder a la parcela. Otros dos más salían de la casa y otearon el porche. Kathia les observó todavía con la cabeza apoyada en la ventanilla.

No habíamos cruzado palabra en todo el trayecto ni para mencionar el frío que pronto empezó a calarnos hasta los huesos. Siquiera la calefacción del coche nos hizo entrar en calor. Hubo un momento en que su silencio me hizo creer que se había quedado dormida, pero cada cierto tiempo me enviaba una mirada timorata y sus dedos se apretaban en torno a los míos.

Al detener el coche a pie de la escalinata de la casa, acerqué una mano a

su mejilla y la ahuequé observando cómo se acomodaba en el contacto. Debajo de su cansancio y el miedo que había tenido que soportar, el cariño que me procesaba sobresalió espléndido.

Una parte de mí se hubiera quedado anclada en esa caricia toda la noche, pero no era plan de dormir en un coche. Así que bajé primero y abrí su puerta. Kathia continuaba tiritando cuando la cogí de la mano y subimos la escalinata. Se nos acercó uno de los hombres.

—Gabbana, todo listo, podéis estar tranquilos.

—¿Y los accesos a la carretera? —pregunté. Al adentrarme en la zona, había avistado al menos tres sendas de tierra, además del camino central.

—Controlados. Tenemos hombres vigilando cada zona. No contamos con ningún imprevisto, pero, si se da el caso, estaremos listos para atacar.

—De acuerdo. Avisadme con cualquier novedad.

—No lo haremos, Cristianno, a menos que sea extremadamente necesario —me reprendió del mismo modo que lo haría Enrico, lo que me indicó bien que era uno de sus hombres—. Así que entrad ahí y olvidaos de lo que pase fuera de esa casa. Del exterior, yo me encargo.

—Está bien —murmuré con una sonrisa.

Tras cerrar la puerta, nos dio la bienvenida una suave oscuridad interrumpida por un destello anaranjado que provenía del pasillo. Por su modo de titilar supe que se trataba de la chimenea de la habitación principal. Seguramente los hombres habían prendido el fuego.

Kathia se liberó de mi mano y comenzó a mirar alrededor, curiosa.

—¿De quién es este lugar? —preguntó señalando la enorme estantería que había en una de las paredes.

Plagada de libros y de diarios escritos del puño y letra de mis antepasados, aquella librería era una de las tantas que poblaban, no solo esa propiedad, sino cada una de ellas.

—Es de mis abuelos paternos. A Domenico le encanta leer y se ha esforzado en conservar cada ejemplar. Digamos que esto forma parte de una herencia de lo más antigua.

—¿Quieres decir que aquí hay libros del siglo pasado?

—Y del anterior. Pude que incluso de antes.

Se acercó a la estantería y acarició con la punta del dedo algunos de los lomos. No le importó el polvo que albergara.

—Es bonito —susurró.

—La verdad es que sí. Me ha sorprendido.

Era una residencia bastante austera en comparación a otras que teníamos. Pero ese toque de cortijo era precisamente lo que la hacía tan encantadora.

—¿Nunca habías venido?

Negué con la cabeza y me acerqué a ella.

—Será mejor que te des un baño para entrar en calor.

—De acuerdo.

La acompañé al servicio que había junto a la habitación. Nos habían preparado toallas y material de aseo además de un par de mudas para dormir cómodos.

Dejé a Kathia a solas y yo me adentré en el dormitorio descubriendo unas maletas en uno de los rincones. Les eché un vistazo y, por el orden tan metódico, supe que mi madre había participado.

Yo no había tenido tiempo de organizar nada, pensaba comprar cuando llegáramos a Londres. Pero ella supuso que querría algunas de mis cosas y se encargó de seleccionarlas.

Sonreí un tanto nostálgico. La había visto aquella tarde, pero ya la echaba de menos. Con la muerte de Fabio, la traición de Virginia y los Carusso y mi inminente ausencia por tiempo indefinido, tenía miedo de su tristeza.

Cogí aire, capturé un par de prendas y entré en el baño de la habitación. Tomar una ducha quizá me calmaría antes de ir a dormir. Pero el aluvión de pensamientos no hizo más que crecer conforme pasaban los minutos y no hubo modo de silenciarlo. Siquiera cuando me senté sobre la alfombra, frente al fuego.

Me centré en el crepitar, inquieto y bastante más atormentado de lo que había estado en toda mi vida.

—Me da miedo verte tan pensativo. —La voz de Kathia me produjo un respingón—. ¿Qué es lo que te carcome?

La miré a tiempo de verla tomar asiento a mi lado. Llevaba el cabello húmedo colocado a un lado y un ancho pijama blanco que le daba un aspecto mucho más pequeño e inocente.

Tragué saliva. La belleza de Kathia no era algo a lo que uno pudiera acostumbrarse con facilidad. De hecho, no creí conseguirlo ni en décadas. Pero cuando su asombroso atractivo se equiparó a los sentimientos que me despertaba, me hería aún más haberla arrastrado a mi mundo, a mi forma de vivirlo.

—No sabría explicarlo. —Devolví la vista al fuego—. Creo que puedo resumirlo diciendo que me preocupa todo. Pero lo que más me inquieta eres tú

y lo que callas.

Ambos lo sabíamos, a ambos nos atormentaba. Kathia había tenido que matar para sobrevivir. Había tenido que huir de su propia familia. Había conocido un temor que pocos creen que exista.

—Comentarlo no arreglaría nada —repuso cabizbaja. Había empezado a estrujarse los dedos.

—Probablemente no. Pero seríamos dos cargando con el peso.

Ahora sí nos miramos de frente. No tenía sentido estar exigiéndole que me contara cómo se sentía porque podía hacerme una idea. Pero supongo que era alguien autodestructivo. De haberme dicho que yo era el culpable de todo su mal, lo habría asumido casi orgulloso, porque en verdad lo era.

—¿No te basta con todo lo que tienes encima? —espetó—. No me gustaría darte más preocupaciones.

Suspiré.

—Todo esto... Hubiera sido diferente si...

—¿Si qué? —atacó—. ¿Si no nos hubiéramos cruzado? ¿Si no me hubiera enamorado de ti? ¿Estás insinuando que todo lo que ha pasado, en cierto modo, es nuestra culpa? ¿Tu culpa?

Era una gilipollez.

—Cuando lo pienso detenidamente no me lo parece —dije bajito—. Sé que tú hubieras sido tan protagonista como lo eres ahora, que tu padre seguiría teniendo los mismos objetivos y que no tendrías a nadie en quién apoyarte, más que en Enrico. —En realidad, casi había sido positivo el habernos enamorado, porque ahora me tenía a su lado para protegerla—. Pero mi participación en esto, mis... sentimientos por ti han empeorado la situación, y eso no me lo puedes negar, Kathia.

Ella hizo una mueca de tristeza y cerró un instante los ojos antes de volver a mirarme.

—Si lo que te hiera es que haya apretado el gatillo de un arma contra una persona, déjame decirte que será un recuerdo que me perseguirá de por vida —declaró con las pupilas temblorosas y brillantes. Enroscó sus manos a las mías—. Pero no hemos sido nosotros quienes hemos elegido algo así, ni tú ni yo. Y las circunstancias no lo justifican, Cristianno, pero ¿qué más podemos hacer? ¿Morir?

Sonreí con tristeza antes de besar su frente y apoyarme en ella.

—Eres mucho más fuerte de lo que cualquiera imaginaría, Carusso.

—Ese apellido... Ya no quiero que me llames así. Me recuerda todo lo

malo...

—No lo haré, entonces.

Acaricié su rostro mientras el silencio se imponía entre los dos bajo el crepitar de las llamas del fuego. El calor que inundaba la habitación era de lo más reconfortante, todo nuestro entorno lo era. Además de la apacible sensación que nos embargaba. Pero existían dudas y estas insistían en molestar.

Fue Kathia la primera en darles forma.

—¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Qué nos queda? —preguntó en voz baja acariciándome la mandíbula con la punta de la nariz.

«No lo sé... Ni siquiera estoy seguro de que todo esto vaya a salir bien...», pensé, pero decírselo hubiera sido aumentar su desasosiego. Kathia no necesitaba más aturdimiento, al menos no por ahora.

—Pasear por la ciudad, ir a cenar, ver alguna película. —Traté de normalizar la conversación—. Quizá discutir porque no he bajado la taza del váter.

Ella sonrió consciente de que estaba mintiéndole, de que nos costaría mucho vivir un romance normal. Pero aun así quiso disfrutar de la mentira tanto como yo.

—¿Todo eso? —dijo traviesa.

—Puedo darte absolutamente todo lo que me pidas, Kathia. Incluso mi vida —susurré al borde de sus labios. Contuvo un suspiro.

—Empieza, entonces, por darme un abrazo.

Enseguida enrosqué su cintura y la empujé contra mí incitándola a subirse a mi regazo a horcajadas. Kathia rodeó mis hombros y se apretó a mi pecho permitiéndome sentir los latidos apresurados de su corazón.

Perdí la cuenta del tiempo que pasamos en esa posición, aferrados el uno al otro sin decirnos nada. Hasta que ella se alejó y capturó mi rostro entre sus manos clavándome una mirada libre de cualquier tapujo.

Kathia

—

Me sobrevino un escalofrío que pronto me erizó la piel. Una parte de mí todavía no creía que aquel chico osado y peligroso tuviera la habilidad de abandonarse a mis manos como si estuviera creado para ello. De parecer

dulce e indefenso, a la espera de ser protegido.

También me costaba asimilar estar viéndome a la perfección reflejada en sus pupilas como el más claro de los espejos, como si no fuera capaz de mirar nada que no fuera yo.

Aquel chico, que no lo era tanto, que tan rápido había tenido que convertirse en hombre, me observaba a mí sin disimular todo lo que estaba sintiendo, sin perder ni un solo ápice de la impetuosidad que definía su identidad.

Parecía exagerado saberme afortunada por tenerle. Pero no podía evitar sentirlo de ese modo. Y no era el amor lo que me había nublado, sino la evidencia. Cristianno era tan fascinante que incluso un ciego lo hubiera visto.

Fue él quien me besó después de un rato perdidos en nuestras miradas. Comenzó lento, saboreando el contacto mientras sus manos se deslizaban por mi espalda hacia mis caderas. No tenía prisa, no quería correr, tan solo disfrutar de la sutil presión de su boca contra la mía, incluso cuando su lengua se abrió paso.

La acepté enroscándome a ella con parsimonia. Sus manos continuaban bajando, definiendo mis muslos hasta la curva de mis rodillas, para luego volver a subir a mis caderas y empujarme un poco más hacia él. No tardé en percibir su creciente dureza pegada a mi entrepierna, y un estremecimiento me llevó a frotarme contra él.

Cristianno se apartó de mis labios y liberó un ronco jadeó al tiempo que clavaba sus dedos en mis nalgas. Las capturó con suave decisión y me invitó a volver a repetir la maniobra. Esta vez la fricción fue un poco más intensa y lenta y la llevé a cabo mirándonos con fijeza.

—Debería estar nerviosa —tartamudeé. Y en realidad lo estaba, pero me podía la excitación.

—Ya lo estoy yo por los dos —jadeó él.

—No te creo.

No podía ser posible que alguien acostumbrado a ese tipo de intimidad estuviera tenso.

Cogió una de mis manos y la llevó hacia su pecho. Enseguida percibí los atolondrados latidos de su corazón.

—¿Y ahora?

—Eso no es inquietud —sonreí dándole un corto beso.

—No, no lo es. Es la prueba palpable de que tú eres la única que ha conseguido enamorarme como un loco.

Ni siquiera pude asimilar su extraordinaria confesión. Rápidamente, Cristianno se lanzó a mi boca y, al instante, me vi tendida en la alfombra con su cuerpo sobre el mío. Me trasladó con una habilidad que por poco me arranca una exclamación.

Pero eso no fue lo más asombroso, sino el modo en que su mano se abrió paso bajo mi jersey. Trepó por mi vientre hasta apresar uno de mis pechos y yo arqueé la espalda para darle más acceso.

Tuve que pararme a respirar pensando que él haría lo mismo. Sin embargo, descendió y comenzó a dibujar un reguero de besos hasta el inicio de mi ombligo.

Temblé. No, más bien fue una convulsión que se repetía conforme sus labios ascendían y se acercaban peligrosamente al centro de mis pechos.

—Te dije una vez que pensaba devorarte —susurró gutural—. Ahora es un buen momento para negarse. De lo contrario, no podré parar.

Aquella mirada voraz y desafiante guardaba la amenaza de apoderarse de mí sin reservas.

—¿Qué te hace pensar que quiero que te detengas? —gimoteé y él volvió a besarme mientras sus manos me arrancaban el jersey.

Me importó un comino que los destellos del fuego no ayudaran a ocultar mi desnudez, que le mostraran a Cristianno toda mi piel sin barreras. La vehemencia era mucho más grande que el pudor. Así que me liberé de la prenda ansiosa por el siguiente paso.

Cristianno equiparó el gesto quitándose su camiseta y la lanzó tras él antes de sentarse sobre sus talones. Allí quieto entre mis piernas, conmigo tendida en el suelo medio desnuda, eligió controlar su calor en pos de engullirme en el más estricto de los silencios.

Tragué saliva tan excitada como abrumada con la intimidad que estábamos compartiendo. Por mucho que la pasión nos desbordara siempre que habíamos estado juntos, jamás había sentido tanto deseo agolpándose en mi interior.

No quise quedarme atrás, deseaba memorizar cada instante, cada detalle de lo que sea que hiciéramos aquella noche, y empecé contemplando su maravilloso torso salpicado de luces doradas y sombras grisáceas, terminando en la curva de una cadera definida por la cinturilla de su pantalón.

—¿Eliges mirarme por encima de tocarme? —dije entrecortada.

—Estoy asimilando que te tengo a mi alcance.

Apoyó un dedo en mi esternón y lo deslizó con lentitud hacia el ombligo

donde se detuvo a dibujarlo hasta estremecer la zona.

Cerré los ojos e incliné un poco la cabeza. Quise gemir y, de hecho, sentí la tentativa muriendo en mi garganta. Pero, al final, contuve el aliento al tiempo que me inundaba un desconocido deseo. Quizá ansiar su cuerpo con tanto fervor me convertía en alguien obsceno, pero llegados a ese punto todo me daba igual.

Continuó bajando hasta chocar con la gomilla de mi pantalón y entonces introdujo el dedo debajo de la tela. Ese simple y casi pudoroso contacto, tan cerca del centro de mi cuerpo, volvió a estremecerme y pronto me llenó de plácidas sacudidas que vibraron en mis muslos. No me estaba tocando lo suficiente y, sin embargo, me parecía estar sintiendo su mano justo allí, sobre mí, pegada a mi sexo.

La expectación me consumía lentamente y no pude controlar retorcerme bajo su mirada.

—Así que es cierto que no estás nerviosa, ¿eh? — resopló sin ocultar su deseo.

—Mentía —tartamudeé atenta al movimiento de su dedo. Tiró de la prenda. Iba a quitármela.

—No lo parecía.

Jugó a tocar mis piernas furtivamente mientras deslizaba los pantalones. Sentí el amago de cerrarlas cuando terminó la maniobra, pero una de sus manos lo impidió con sutileza al apoyarse en la cara interna de mi muslo. Ya había probado antes el placer que era capaz de ofrecerme al regalarme un prodigioso orgasmo, así que supongo que aquello era lo que más me alteraba.

—No te escondas de mí, Kathia —susurró—. No tienes nada que no desee...

—Yo también quiero... tocarte.

Y habría sonado realmente contundente si no hubiera desviado la vista hacia la chimenea, como si de algún modo pudiera hallar en ella el valor que me faltaba para actuar.

—Nada te lo impide.

Cristianno separó mis rodillas y coló su pelvis entre mis piernas antes de apoyar sus brazos, uno a cada lado de mi cabeza. Se inclinó hacia mí, haciéndome creer que me besaría de nuevo. En cambio, se quedó suspendido observándome con fijeza. Me estaba invitando a intervenir, a hacer lo que me diera la gana. Apenas pude levantar lentamente mis manos para apoyarlas en sus caderas.

—Sé que eres mucho más atrevida que eso.

—Yo también lo creía, hasta que me has desnudado. —Tenía toda la maldita concentración en la cercanía de su pelvis. Notaba la humedad ardiéndome. Estaba al borde de empezar a retorcerme.

Poco a poco deslicé mis manos hacia la cinturilla de su pantalón e imité su gesto al introducir los dedos bajo la tela. Cristianno esperó paciente y contuvo el sutil estremecimiento que le embargó con el contacto. Sabía que quería más y fueron mis impulsos quienes decidieron dárselo terminando de introducir la mano y capturando una de sus nalgas. Lo empujé contra mí y un ramalazo de placer me atravesó al notar la dura protuberancia de su pelvis contra mi sexo.

Cristianno aprovechó la inercia e hizo fricción. Creo que aquel gesto fue lo que terminó por desatar la locura y me aferré a sus hombros para devorarnos en un beso frenético.

Sus manos se apoderaron de mis pechos y las mías gatearon por su espalda mientras me contraía bajo su cuerpo. Con el aliento apresurado, Cristianno deslizó su boca hacia uno de mis pechos y absorbió la punta con firmeza. Sentí su lengua lamiendo la turgencia, provocándome espasmos que terminaban estremeciendo mi centro. No pude contener las ganas por sentirle dentro de mí.

Pero no quería ser la única que disfrutara del contacto. Así que deslicé mis caricias hacia su vientre y dejé que una de mis manos se adentrara bajo su pantalón. Las yemas de mis dedos rozaron el inicio de su ostentosa dureza, robándole un suspiro que le obligó a detenerse.

Confiada por lo que había sido capaz de causarle con tan solo un toque, decidí aventurarme a atrapar su miembro.

Entonces, le miré a los ojos.

—Desnúdate.

Sin apartar la mirada, Cristianno se alejó, se puso en pie y obedeció mi petición. Se mostró ante mí sin esconder el rubor que asomaba en sus mejillas ni tampoco la tímida entereza de estar al borde de hacer algo que ambos deseábamos locamente.

Le observé. Examiné cada rincón de su cuerpo en todo su esplendor. Su hermosa y pálida piel, abultada en las zonas donde el músculo cobraba mayor protagonismo, como lo eran los brazos, el vientre y sus muslos. Cristianno era tan bello que incluso me costó respirar.

—No es justo que sea el único expuesto... —murmuró antes de tragar

saliva.

Me puse en pie un tanto azorada. Apenas nos separaban un par de centímetros, pero a Cristianno le bastaron para explorarme sin reparos. Me intimidó, pero al mismo tiempo me sentí absolutamente cautivada.

Acercó una mano al hueso de mi cadera y muy despacio la arrastró hacia mi vientre. Sus dedos sobre mi piel, estremeciéndola a su paso, acelerándome el pulso conforme se acercaban a mis pechos. Perfiló uno de ellos.

—¿Recuerdas el día que dijiste que me tenías miedo? —susurró observando todo lo que estaba causando su caricia.

—Sí —musité sin apenas aliento.

—Ahora entiendo a qué te referías.

—No fue un beso cualquiera...

—En absoluto. —Me miró—. Pero tampoco es un amor cualquiera, Kathia. Eres todo lo que siempre he soñado.

Agaché la cabeza sintiéndome casi al borde de desplomarme e incluso echarme a llorar. Cristianno no se hacía una idea de cuánto valor tenían sus palabras. Yo ya sabía que mis sentimientos no eran corrientes, pero no creí que él opinara igual.

—Supongo que esperas que acepte ese comentario con total entereza mientras me observas de ese modo.

—Ya te lo he dicho. Estoy tan nervioso como tú. —Retiró un mechón de cabello y me obligó a levantar la cabeza.

—Sin embargo, eres capaz de decir esas cosas.

—Porque las siento y no me avergüenza admitirlo. Hasta eso has conseguido, maldita bruja. —Sonreímos.

Decidí ser honesta y exponerle las introversiones que me inundaron al entrar en aquella habitación y verle sentado frente al fuego, perdido en la infinidad de su mente.

Apoyé mis manos en su pecho, él me rodeó de la cintura, apegándome a su cuerpo. Estábamos tan cerca que no creí poder hablar.

—Quiero que me hagas el amor sin limitaciones —dije en un susurro—. Quiero que te olvides de quién eres, de dónde provienes o qué se espera de ti, y simplemente me tomes, asumiendo el rol de ser el primero que lo hace. —Había logrado impresionarle, y me gustó sentirle tan nervioso como él decía que estaba—. Pero por encima de todo, deseo algo mucho más importante que todo lo que he dicho.

Subí mis manos hacia su cuello y lo rodeé apoyando mi frente en la suya.

—¿Qué es? —jadeó.

—Ser el último —admití rotunda—. No importa qué suceda o todo lo que nos espera, tan solo sueño... con que tú, Cristianno Gabbana, seas el último. ¿Es demasiado?

—Repetiré mis palabras: Puedo darte cualquier cosa que pidas.

Me besó aferrándose a mí como si hubiéramos estado décadas sin vernos. Y yo respondí al contacto con el mismo deseo desbordante que empezaba a quemarnos.

La impetuosidad le llevó a cogerme en brazos y enrosqué mis piernas a su cintura mientras él nos trasladaba a la cama. Nos desplomamos en ella sin darnos tiempo a coger aliento y enseguida retomamos el beso con incluso más voracidad.

Una de las manos de Cristianno se perdió entre mis piernas y contuve un grito al sentir como un dedo se abría paso en mi interior. Me expuse al contacto, retorciéndome contra él y permitiéndole completo acceso a que devorara mi pecho.

No duraría demasiado si continuaba de ese modo, Cristianno lo sabía. Por eso se acomodó en mi entrada.

Se detuvo a mirarme un instante mientras yo me perdía en la maravillosa visión de saberle a punto de entrar en mí. Comenzó lento. Muy despacio. No aparté la vista. Me embargaron los temblores. Un extraño y placentero dolor desgarrándome. Era puramente adictivo.

En el corto espacio que nos separaba, quedaron atrapadas todas las pretensiones por tomarnos con premura y ferocidad. Cristianno quería irrumpir con delicadeza, permitirme que me acostumbrara a él. No tardé en sentir la plenitud de su cuerpo llenándome por completo.

Liberó un jadeo y se desplomó sobre mí, extasiado.

—¿Estás bien? —pregunté inquietada, abrazándole.

—Esa debería ser mi pregunta —me susurró al oído—. Pero, sí, estoy extraordinariamente bien.

Capturé su rostro entre mis manos y tomé aliento de su boca. Se me había empañado la mirada. Pero, lejos de avergonzarme, me sentí orgullosa.

—Mi Cristianno... —murmuré notando como su presencia en mi interior se hacía cada vez más grande.

—Sí, soy todo tuyo, mi amor...

Con sus labios sobre los míos, comenzó a moverse muy despacio. No negaré que la invasión me resultó un poco dolorosa, pero las acometidas se

sucedieron con una suavidad tremenda, permitiendo que me aclimatara a su presencia. Lo sentía a la perfección.

Sin embargo, la exaltación crecía con violencia y me exigía más. Me uní casi por instinto a los movimientos de su pelvis, invitándole a incrementar el ritmo.

En cambio, se detuvo y salió de mí, atrapó mis muñecas y colocó mis brazos por encima de mi cabeza. Me observó como si fuera un depredador, con una imperiosidad que por poco me lleva al orgasmo.

Volví a sentir la punta de su miembro rozando mi entrada y, entonces, con los ojos clavados en los míos, me invadió con firmeza.

Grité y me contraje bajo su cuerpo al compás de una nueva acometida. Repitió el gesto de nuevo, y otra vez, y otra. Y continuó con un beso anhelante mientras sus manos se hacían con el control de mis caderas. Las mías arañando su espalda.

No hubo miramientos. Yo no quise que los tuviera. Ya había pasado el periodo de adaptación y ahora deseaba sentir a Cristianno en su versión más apasionada y erótica, tomarlo todo de él.

Simplemente, me abandoné a la dura inercia de las embestidas, que salían y entraban de mi cuerpo, empujándome a la locura.

La tensión comenzaba a alcanzar un punto extraño y muy desconocido para mí. Se arremolinaba en mi vientre. Me ardía. Me asfixiaba. Me convertí en jadeos. En ruegos inteligibles que Cristianno, misteriosamente, supo interpretar y satisfacerlos mucho mejor de lo que él imaginaba. Fui temblor y deseo desbordante, y también locura y desenfreno. Me entregué y acepté todo lo que ello suponía.

Pero aquello tan solo era la ascensión y Cristianno quiso asegurarse de que al llegar a la cumbre siquiera fuera capaz de ver con claridad. Atravesó mi cuerpo con una de sus manos y la enterró en mi centro. No supe qué se proponía hasta que lo sentí y el placer me produjo una descarga. Se me contrajo hasta el último rincón de mi cuerpo. Una reacción que tuvo su réplica en Cristianno. Gimió en mi boca.

—¿Qué me estás haciendo? —jadeé ahogada.

—Me has pedido que te haga el amor...

El modo en que lo dijo, la afonía de su voz y el beso que le siguió terminaron de empujarme por un precipicio al que caí junto Cristianno entre temblores y resuellos.

## Capítulo · 55

Cristianno

---

Tardé más tiempo del que recuerdo en controlar las convulsiones de mi cuerpo. Jamás había sentido un orgasmo tan desbordante, como si fuera a estallar en mil pedazos. Me sobrevino con una violencia tan desgarradora que ni siquiera pude contener mi voz.

Todavía dentro de Kathia y asolado por la enorme sensación de bienestar que me producía estar en su interior, la miré. Tenía los ojos cerrados y la boca entreabierta. Trataba de dosificar su respiración.

Acaricé su mejilla y le di un corto beso.

—Debo de parecer una estúpida —resopló fatigada.

—Eso es porque aún no me has mirado. —Abrió los ojos—. Hola de nuevo, compañera.

—Hola... —Me contagié con su sonrisa mientras nos besábamos.

—Vamos a tener que volver a ducharnos —dije echándole un vistazo a la sutil capa de sudor que perlaba nuestros cuerpos.

—Pues tendrás que llevarme al baño, no puedo moverme.

El comentario no tenía como objetivo preocuparme, sino más bien insinuar la intensidad que habíamos compartido durante el sexo. Pero aquella había sido su primera vez y, aunque había tenido cuidado de no herirla durante el inicio, al final terminé abandonándome a los impulsos.

Me incorporé de un salto.

—¿Estás bien? ¿Te he hecho daño? —quise saber, ansioso.

Kathia se encogió, cubriendo sus pechos con disimulo, y se acercó a mí.

—Mucho daño. ¿No ves cómo tiemblo? —bromeó.

Eso me tranquilizó un poco, y el reguero de besos delicados hizo el resto. Dejé que Kathia explorara mi cuello con sus labios, disfrutando del contraste de su cálido aliento sobre mi piel húmeda.

Hasta que me aparté y me puse en pie.

Ella me miró extraña y un tanto apabullada con la idea de tenernos

completamente desnudos. Desde luego era algo insólito, nunca me había mostrado ante nadie de aquella manera.

Entonces, tiré de ella, la cogí en brazos y me encaminé al baño.

—¡Ah! ¡¿Qué haces?! —exclamó sonriente y avergonzada.

—Has dicho que no puedes ir sola, ¿no?

—¿Piensas ducharte conmigo?

—Entre otras cosas —susurré gutural.

La idea de volver a hacer el amor, y en un lugar tan íntimo como el baño, me aceleró el pulso.

Me adentré en la ducha y dejé a Kathia en el suelo antes de girar el grifo de agua caliente.

—Ahora empiezas a parecerte al Cristianno de siempre —coqueteó.

—Me lo tomaré como un cumplido.

El agua se derramó ardiente sobre nosotros. Apoyé a Kathia en la pared y engullí su boca mientras mis manos navegaban por su entrepierna. Ella liberó un gemido. Todavía estaba sensible. Lo más recomendable hubiera sido esperar a que yo también me recuperara un poco, pero mi cuerpo no opinaba lo mismo, y reaccionó de inmediato.

Giré a Kathia para terminar con su espalda apoyada en mi pecho. Ella inclinó la cabeza hacia atrás para acomodarla sobre mi hombro, ansiosa por saber cuál sería mi siguiente movimiento. Besé su cuello, capturé sus caderas y las acerqué a mi miembro.

—Quizá es demasiado... —jadeé pegado a su mandíbula—. Pero necesito sentirte de nuevo.

—Me parece bien...

Un escalofrío la invadió y terminó contagiándome conforme el calor de su sexo lentamente me absorbía.

—Tiemblas —murmuré.

—Tú tienes la culpa.

Con una amable embestida, regresé a su interior y le hice el amor de nuevo. Esta vez sin sutilezas, siendo un poco más indecentes. Disfrutando de la vibración de sus gemidos, del tacto de sus pechos en mis manos, de su lengua enroscándose a la mía.

Entrando y saliendo, entrando y saliendo.

Hasta que la culminación nos azotó de nuevo bajo una lluvia de agua cálida.

## Kathia

---

Tendida en la cama, contemplé el modo en que mi dedo trazaba círculos sobre el vientre de Cristianno. El fuego de la chimenea hacía rato que había empezado a extinguirse y ahora nuestros cuerpos apenas eran salpicados por unas tímidas luces. El calor había descendido, pero persistía en nuestra cercanía, y ninguno de los dos queríamos cubrirnos con la manta.

Tenía la cabeza apoyada en su pecho, su brazo me rodeaba y de vez en cuando me daba un beso en la frente. Deberíamos haber caído rendidos después de haber hecho el amor. Pero de alguna manera nos resistíamos al cansancio, como si dormir después de tantas emociones fuera una pérdida de tiempo.

Sin embargo, la relajación era evidente y no hubiera cambiado aquel instante por nada en el mundo. Tan solo existíamos Cristianno y yo en el universo de aquella habitación.

Entonces, percibí un cambio. Tenía los latidos de su corazón pegados a mi oreja y no se me escapó el aumento de su pulso. De pronto, Cristianno me pareció nervioso, un poco tenso.

—Cásate conmigo —murmuró inesperadamente.

Después de un rato sin escuchar su voz, esta me hizo temblar con brusquedad. Me cortó el aliento, cada músculo de mi cuerpo se contrajo hasta helarme. Tuve que echar mano de toda mi fortaleza para mirarle a los ojos. No me devolvió la mirada hasta pasado un rato, cuando sintió que yo no la apartaría.

Tenía la impresión de haber escuchado mal.

—¿Qué estás diciendo?

—Si te convierto en mi esposa, nadie podrá hacerte daño. Y en cualquier caso no es algo que no deseé con todas mis fuerzas —explicó enviándome miradas furtivas.

—Cristianno... —jadeé incorporándome hasta sentarme en la cama con las piernas encogidas—. Ni siquiera he cumplido la mayoría de edad.

Él me siguió, pero se quedó tras de mí.

—No me importa esperar. Estamos en febrero y tu cumpleaños es en junio. Solo faltan cuatro meses. —Me sorprendió que supiera aquel dato—. Merece la pena, y después nadie podrá interponerse en lo que sea que decidas. Podrás elegir y tener autoridad sobre ti misma.

Le eché un vistazo un tanto indignada.

—¿Amor o protección?

—Ambas.

—No lo parece —espeté.

Agaché la cabeza y cerré un momento los ojos. Hacía apenas unas horas que se había hecho oficial mi supuesto compromiso con Valentino, y ahora Cristianno me pedía que me casara con él. Era imposible no deducir la cantidad de intenciones que guardaba aquella proposición.

Se acercó un poco más a mí y me obligó a mirarle al cogerme de las manos.

—Te quiero —dijo de súbito.

Una punzada atravesó mi pecho y me sentí algo mareada. Jamás imaginé que Cristianno pudiera mencionar aquellas palabras. No hasta que yo las hubiera dicho primero. Sin embargo, acababa de pronunciarlas con la mayor sinceridad.

—¿Me... quieres? —pregunté algo amedrentada.

—Tanto que... incluso me cuesta ponerlo en palabras —jadeó sin apenas aliento—. Estoy profundamente enamorado de ti, Kathia... ¿No te parece un motivo suficiente?

Cogí aire.

—Es algo muy serio, Cristianno.

—Escúchame. Entiendo que te aturda pensar en el matrimonio cuando apenas nos conocemos y ni siquiera hemos salido de la adolescencia. Pero esto es mucho más que un capricho, Kathia. No tienes por qué responder ahora. Incluso puedes aceptar y después destruir el contrato. No me interpondré. Tan solo te pido que me permitas entregarme a ti y protegerte. Aunque solo sea por un tiempo limitado.

Hablaba de peligro, de daño, de un contrato, de deshacerlo cuando me cansara de él. Más que una alianza matrimonial, me parecía el arriendo de un esclavo. Cristianno me entregaría su libertad, arriesgando todo lo que fuera necesario para librarme del enlace con Valentino y así ahorrarme estar bajo su yugo.

Era estoico y admirable, pero también conmovedor y pesimista. Porque, aunque no lo hubiera mencionado, el conflicto acechaba amenazante y ni él se veía capaz de vencerlo.

«Tiempo limitado», repetí sus palabras y estas me causaron un desbordamiento de emociones. Dichas sin apenas darle importancia,

escondían un poder superior. La posibilidad de una separación o algo incluso peor, como su propia muerte.

—Tienes miedo. Eso puedo verlo. Pero ¿de qué? —Necesitaba saberlo para poder enfrentarlo a su lado.

—No es eso lo que importa...

—Sí que lo es —le interrumpí—. No puedes negarlo, ni siquiera por mi bien.

—Entonces deja al menos que tenga mis reservas.

Negué con la cabeza. Hacia un rato habíamos estado haciendo el amor y ahora sentía ese momento muy lejos de mí.

—Lo honesto hubiera sido alejarte —confesé—. Es evidente que nos enfrentamos a algo superior a nosotros, algo que no me cuentas. Sin embargo, me arriesgo porque confío plenamente en ti. Pero aceptar tu proposición no sería leal.

—¿Por qué? —masculló.

—Por encima de todo, de mi seguridad, de las pretensiones de un loco, de la muerte, la mafia o lo que sea todo esto, yo te quiero y no soportaría la idea de perderte en pos de sobrevivir.

Quise levantarme, tal vez salir de la habitación, beber un poco de agua, fumarme un cigarrillo, tomar el aire. Gritar. No lo sabía. Pero estar a su lado en ese instante me pesaba demasiado. No podía manejarlo.

Cristianno leyó mis intenciones y se aferró a mí, apegándose a su cuerpo de modo que apenas dejó espacio entre los dos.

—Mi proposición es mucho más egoísta de lo que imaginas, Kathia —murmuró—. Te quiero solo para mí. Pero admitirlo con todas las palabras me convertiría en alguien codicioso.

Eso lo sabía. Era muy sencillo vislumbrar sus sentimientos hacia mí. Ellos me habían arrastrado. Cristianno fue el primero en caer y yo simplemente le seguí como una orgullosa demente. Así que no tenía por qué justificar su explicación.

Acarició mi mejilla.

—Cásate conmigo, porque te quiero a mi lado cada segundo de mi vida. —Se me empañó la mirada.

Darle una respuesta no era difícil. La idea de estar a su lado hasta el final de mis días era un sueño hecho realidad. ¿Cómo iba a negarme?

«Ya nos ocuparemos de los problemas cuando estos caigan sobre nosotros», pensé dejándole espacio a la emoción que me embargaba unir mi

vida a la de Cristianno.

—Quiero casarme en Japón. —Mi voz le cortó el aliento—. En una pequeña aldea rural, bajo un manto de estrellas. Tú me esperarás en un puente forrado de flores e iluminado con velas y el río fluyendo tranquilo bajo nuestros pies. —Cerré los ojos imaginando ese momento—. Después me cogerás entre tus brazos y haremos el amor hasta que amanezca.

Al abrirlos me topé con unas pupilas azules empañadas y un poco enrojecidas.

—¿Eso es un sí? —Tembló.

—Por supuesto que lo es —jadeé antes de lanzarme a su boca.

## Capítulo · 56

Kathia

---

Me despertó la suave presión de los labios de Cristianno sobre mi espalda desnuda. Bajó hasta la curva de la cadera y regresó lentamente a mi hombro.

Formé una sonrisa antes de abrir los ojos y descubrir sus deslumbrantes pupilas azules salpicadas por el debilucho destello de sol incipiente que se colaba por la ventana. Amanecía.

—Tenemos que irnos. El *jet* sale en menos de una hora —susurró.

—¿A dónde piensas llevarme, demonio?

—Al mismísimo infierno.

—Al menos no pasaremos frío.

—Tú ya me calientas lo suficiente. —Me encogí risueña esquivando sus cosquillas.

A continuación, se levantó de la cama y se acercó a una de las maletas. Él ya estaba medio vestido, con una sudadera blanca y unos vaqueros colgando de sus caderas sin abrochar. Cogió la maleta, la subió al colchón y la abrió mostrándome su interior debidamente doblado.

Me senté abrazándome las piernas.

—Mi madre te ha preparado algo de ropa para unos días —dijo, y a mí me sobrevino una nostalgia punzante.

—Graciella... —murmuré alarmando a Cristianno, que enseguida se acercó a mí.

—¿Estás bien?

—Sí...

—No es verdad.

No, no lo era.

—Anoche... Silvano, tus hermanos. Todos sabían lo que iba a pasar. Todo esto, de alguna manera, estaba preparado.

—Era un plan de contingencia, sí —admitió un poco triste.

—Por si salía mal lo del barco.

—Así es.

Me parecía asombroso saber que los Gabbana estaban tan unidos incluso en momentos como aquellos. Se apoyaban sin restricciones, algo a lo que no estaba acostumbrada y jamás había sentido. Por eso tenía miedo de su seguridad. Si mi padre descubría que ellos habían participado en mi huida, no podía ni imaginar qué podría ocurrirles.

—¿Ellos estarán bien? Enrico...

Cristianno capturó mi rostro y acarició mis mejillas.

—Por supuesto que lo estarán, cariño. Y además no nos vamos para siempre. Volveremos a verlos, te lo prometo. Abrazarás de nuevo a Enrico.

—¿Él también lo sabe?

—No imaginas lo mafioso que es. —Me eché a reír por el modo en que lo dijo.

Cogí aire hondamente y salté fuera de la cama. Cristianno tragó saliva y miró hacia un lado antes de ponerse en pie y acomodarse los pantalones.

—Dejaré que te cambies —dijo dirigiéndose a la puerta. Me interpuse.

—Me has visto hasta las amígdalas. No tendrías por qué ponerte nervioso.

—Y son maravillosas, pero eso no significa que soporte ver cómo te paseas desnuda delante de mí. Créeme, corres grave peligro, nena.

Me acerqué a su boca.

—Qué sexy te ha quedado.

—¡Deja de tentarme, mujer! —Me provocó una carcajada.

—¡Cobarde! —bromeé al verle salir de allí.

Entonces eché un vistazo a la maleta. Graciella había dispuesto todo lo necesario para una chica de mi edad. Desde productos de higiene íntima hasta ropa interior. Me asombró que absolutamente todas las prendas tuvieran la etiqueta puesta, lo que indicaba que se había molestado en ir a comprarlas para mí.

Acaricié la tela sin imaginar que terminaría topándome contra el filo de una tarjeta que había escondida en uno de los laterales. Extrañada, cogí las primeras prendas que tuve al alcance, me vestí aprisa y tomé asiento en el filo de la cama más que dispuesta a leer lo que contenía aquella nota.

*Querida Kathia,*

*Para cuando leas esto, quizá estarás a punto de abandonar el país y*

*probablemente te sentirás abrumada y asustada. No puedo decirte nada que aplaque esas emociones, pero si confesarte que, aunque el tiempo haya jugado en nuestra contra, no cambia que te considere parte de la familia.*

*Eres la compañera de mi hijo, la mujer que ha elegido y de la que yo me siento orgullosa. Por eso, espero que estas palabras te reconforten y en esta nueva etapa, un poco caótica y cruel en su comienzo, termine siendo el inicio de todo a lo que aspiras en la vida. Un pedazo de mí ya está contigo, te consuela por mí. Tan solo deseo que cuando cierres los ojos y te sientas colapsada, recuerdes que Graciella Bellucci, de algún modo, está a tu lado.*

*No me extenderé más. Estaremos esperándote en Roma, toda tu familia.  
Un beso, mi pequeña niña.*

Supé que había empezado a llorar en cuanto una lágrima caló el papel, justo sobre el nombre de Graciella. Me llevé una mano a la boca y enterré en ella unos gemidos ahogados y temblorosos. Aquello era mucho más de lo que cualquiera imaginaría. Un extraordinario chute de valor y energía. Había pasado de no tener nada, más que a mi querido Enrico, a formar parte de los Gabbana como una componente más.

De fondo, escuché que un guardia había entrado en la casa. Le dijo a Cristianno algo sobre el tiempo. Tenía que darme prisa, así que guardé la nota donde la había encontrado y terminé de arreglarme.

Cuando salí al salón, todavía emocionada, encontré a Cristianno guardando un sobre en una pequeña mochila negra mientras masticaba algo. Debía disimular.

—¿Qué escondes? —Quise darle un toque de normalidad.

Él me envió una mirada jocosa.

—Nuestros pasaportes —sonrió irguiéndose.

—¿Utilizaremos nombres falsos o algo así? —Mantuve mi postura y traté de sonreír conforme Cristianno se acercaba a mí.

—¿Qué nombre escogerías?

—Veamos... Alessandra. Sí, ese nombre estaría bien.

—Me gusta más Kathia. —Me besó antes de que pudiera reaccionar—. Toma, come algo —dijo mientras me daba una pequeña bolsa con un bollo de azúcar dentro.

No tenía mucha hambre, pero tampoco quería que Cristianno descubriera qué me ocurría. Su madre era muy importante para él y enseñarle la carta que me había escrito le haría derrumbarse. Sabiendo que debíamos partir, lo mejor

era ponérselo fácil.

Me comí el panecillo siguiendo sus pasos fuera de la casa. Los guardias se encargaron de nuestro equipaje y lo acomodaron en el maletero del coche. Los saludé con la mano antes de subirme.

Cristianno me siguió un rato después.

—Y tú, ¿qué nombre escogerías? —pregunté.

—Veamos, déjame pensar... —Fingió pensar—. Cristianno es un nombre fantástico. Además, me favorece mucho, ¿no crees?

—Sin duda —sonreí mientras él encendía un cigarrillo y enseguida arrancaba el coche. Se lo quité de los labios.

### Cristianno

—

—Sé lo que te pasa —le dije al cabo de un rato.

Kathia había estado muy callada y un poco triste. Se había esforzado en disimular el enrojecimiento de sus ojos, pero la conocía y sabía que no mencionaría nada para no consternarme.

—¿Qué me pasa? —Trató de sonar divertida.

—Has leído la nota, ¿cierto?

Ella tragó saliva.

—¿Cómo lo has sabido?

—Porque la vi al comprobar cuál de las dos maletas contenía tu ropa.

Me detuve en un semáforo. El día cada vez se asentaba más, por la pequeña rendija de la ventanilla se colaba un maravilloso aroma a maleza.

—No quería decirte nada para no complicar más la situación —admitió ella, dándole la razón a mis suposiciones.

Asentí con la cabeza y apreté el volante. No dudaría a esas alturas. Pero fue irremediable.

Me centré en la carretera. El vasto paisaje agrícola moteado con la luz del sol, irradiando una paz idílica que cerca estuvo de hacerme bajar del coche y tumbarme sobre la espesura. Sensaciones que se enfrentaban a cómo me sentía en realidad, inseguro y un tanto aturdido.

En un rato, abandonaríamos el cielo romano, surcaríamos Europa, dejando atrás el epicentro de una tormenta que cada vez se hacía más y más grande. No era un hombre dado al pesimismo, pero sí era realista y, de alguna

manera, no tenía buenas sensaciones.

Oteé a Kathia. Se había enroscado a mi brazo y apoyado la cabeza en mi hombro. Parecía cómoda y relajada. Después de haber intimado con ella, mis sentimientos se habían desbordado todavía más y habían entendido que no existía un techo. Tendría que habituarme a convivir con el hecho de amar a Kathia incontrolablemente.

Quizá por eso me sentía un poco ruin.

—¿Estás segura de lo que vamos a hacer? —inquirí de súbito. Pude ver que el aeródromo se dibujaba a lo lejos, en un extremo de la carretera.

Kathia se incorporó y me miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué me lo preguntas ahora?

—Porque a veces soy un poco necio.

—Podemos arreglarlo cambiando la pregunta.

Resoplé una sonrisa coincidiendo con la caricia que me entregó en la mejilla.

—Ilústrame.

—¿Qué plan tienes? Eso es algo que deberías contarme, al ser posible antes de subir mi trasero a un *jet*.

—Evitemos insinuaciones eróticas. —Me mordí el labio—. Soy capaz de entristecerme y ponerme cachondo al mismo tiempo.

Ella liberó una carcajada. Pero no pudo evitar que descubriera con un simple vistazo el matiz de incertidumbre que se escondía en su mirada.

Aunque estuviéramos luchando por disimular, ambos estábamos nerviosos.

—Iremos en Londres una temporada —confesé—. Allí contaremos con la ayuda de un aliado de mi padre.

—¿Londres?

—Los Carusso no tienen ningún tipo de influencia allí. Es por eso que, aunque nos descubrieran en la ciudad, poco podrían hacer sin aliados.

—Entiendo... —Asintió con la cabeza—. ¿Se sabe algo del contenido de la caja fuerte?

—Poca cosa. La abrieron el sábado, pero no estuve presente. Según Valerio, encontraron anotaciones con números sin aparente sentido y varias tarjetas de memoria.

Liberó un suspiro.

—Trato de no pensarlo demasiado, pero todo esto es...

—Lo sé, en realidad yo me siento del mismo modo. Pero estaremos bien.

—Cogí su mano—. Mi familia sabrá cómo hacer frente a toda esta basura.

—Si tan seguro estás, ¿por qué pareces nervioso? —Definió mis nudillos con la punta de un dedo.

Maldita sea, Kathia era demasiado perspicaz. Apenas me dejaba oportunidades para esconderme. Ella siempre me descubría.

—Supongo que influye tenerte a mi lado.

—Daniela me dijo una vez que no sabes mentir. Discrepo.

—Callar no es mentir.

—Además de callar, disimulas y esquivas. Eso me da a entender que estás mintiendo —comentó en un tono animado.

La miré de reojo.

—Eres una sabionda de cuidado.

—Bueno, al menos me ahorro el ser llamada chihuahua.

La conversación quedó suspendida por las risas, que tanto escondían, y la proximidad al aeródromo.

## Kathia

---

La zona estaba totalmente vallada, casi parecía una cárcel, pero con un cariz de cooperativa agrícola. Disponía de una pequeña torre de control a la que se subía por unas escaleras exteriores de metal. No vi a nadie allí dentro, aun cuando un pequeño *jet* esperaba en la pista. Pero no le di importancia, tal vez los pilotos habían elegido seguir las instrucciones del aeropuerto comercial.

Sin embargo, tampoco había nadie en la cabina de seguridad o en los alrededores del aeroplano. El silencio era tan sepulcral que no tardó en estremecerme y se hizo todavía más funesto cuando vi a Cristianno fruncir el ceño, tan extrañado como yo.

Por tanto, acerté al sentir un ramalazo de preocupación por la inactividad de la zona. Teniendo en cuenta que la casa donde habíamos dormido había estado vigilada durante toda la noche, aquel sosiego no era buena señal.

Apreté la mano de Cristianno y forcé una sonrisa con el objetivo de disimular mi inquietud. No quería someterle a preocuparse por mí, además del entorno. Así que se me ocurrió que lo mejor era fingir que no me estaba dando cuenta del conflicto que acechaba.

«No hay nada de qué preocuparse», me dije a mí misma, como si fuera un mantra. Después de todo lo ocurrido, estábamos demasiado susceptibles. Teníamos que calmarnos. «A media mañana, estaremos desayunando en el Támesis».

Cristianno se adentró en el aeródromo con suavidad. Observaba todo a nuestro alrededor con una mueca en los labios que me indicó lo mucho que estaba esforzándose en aparentar serenidad.

Miré el *jet*.

La escalera ya estaba lista para que subiéramos. La puerta abierta de par en par. Se suponía que allí dentro debían de estar el comandante del vuelo, su copiloto y una azafata. Tan solo teníamos que bajarnos del coche, subir al avión y prepararnos para despegar. Maniobras sencillas.

Pero cuando colocamos nuestros pies en el asfalto, algo en mí vibró hasta causarme un escalofrío. Traté de ignorarlo y me acerqué a Cristianno aceptando su mano antes de iniciar el ascenso por las escaleras.

Apenas llegamos al cuarto escalón cuando le vi echar mano a su espalda. El sonido metálico de su arma siendo envuelta por sus dedos me hizo darme cuenta del rastro de sangre que había en la entrada al *jet*.

Me encogí. La puerta estaba manchada de huellas ensangrentadas. La quietud del lugar poco a poco cobró sentido.

Cristianno, me colocó tras él y avanzó con sigilo, indicándome con un gesto que no hiciera ruido. Asentí y apreté los labios para que no se me notara que había empezado a temblar.

Esquivamos el charco de sangre para entrar en el avión. Los hombros de Cristianno tensos como rocas, atento a cada detalle. La puerta de la cabina abierta. El silencio atronador. Indicios de forcejeo en la moqueta, en los armarios. Un vaso hecho añicos. El aroma a muerte. No parecía haber nadie con vida.

Respiré hondo e intenté dominarme. No podía dejar que el miedo se apoderara de mí, Cristianno me necesitaba fuerte.

Me acerqué al *catering* que se había dispuesto para el viaje y cogí un cuchillo de hoja afilada con extraordinaria prudencia. Tal vez era un acto inútil, apenas sabía manejar un arma como aquella, pero necesitaba algo con lo que poder defenderme en caso de peligro y Cristianno no se opuso.

Asintió con la cabeza y oteó la cabina de pilotaje. Debíamos empezar por asegurar aquella zona, así que avancé con cuidado tras él.

La imagen que intuimos encontrar apareció ante nosotros, causando

impresión solamente en mí. Los pilotos estaban muertos, los cristales salpicados con su sangre. Uno de ellos había caído al suelo y a su alrededor podía verse la tentativa de arrastrarse. Puede que hubiera intentado escapar. Tenía dos disparos, uno en la pierna y otro en el pecho.

Cerré los ojos. Me temblaron las manos y el aliento comenzó a amontonármeme en la boca. Apenas tardé en sentir los dedos de Cristianno acariciando mi mejilla. Le miré topándome con unos ojos suplicantes.

No era momento para las lamentaciones o los temores, debíamos avisar a refuerzos y salir de allí antes de ser cazados por quienes fueran los perpetradores de aquel lamentable escenario. Cristianno se acercó a los mandos y comenzó a inspeccionar en busca de algún teléfono.

Un chasquido. Creo que fue cristal. Muy sutil, casi escalofriante.

Había alguien allí.

Cristianno se puso en guardia y empuñó el arma avanzando hacia mí. Me indicó que me quedara quieta mientras él revisaba el lugar. Me tragué el temor y asentí apretando fuertemente el mango del cuchillo.

Se marchó cauteloso y yo agaché la cabeza y miré el rostro ensangrentado del piloto. Vestía de modo informal, nada de la indumentaria característica de los aviadores. Una alianza de casado colgaba de su dedo corazón. Aquel hombre tenía una esposa. Quizá hijos. Una familia esperándole en casa.

Es posible que supiera para quién trabajaba, pero tal vez no tuviera nada que ver con la mafia. Puede que solo lo hiciera para ganarse el sueldo y llegar a fin de mes de la mejor forma posible.

Sentí un escalofrío atravesándome la nuca. Cabizbaja como estaba no me costó echar un vistazo a la hoja del cuchillo. Vi el reflejo de unas esbeltas piernas cubiertas con unas medias negras. Se había descalzado para no hacer ruido.

Muy despacio, giré la hoja. Era una mujer y supuse que se trataba de la azafata por el recogido de su cabello y el lazo azul marino que llevaba atado al cuello.

Su distorsionada sonrisa indicaba que me creía ajena a su presencia, así que aproveché aquella ventaja y la encaré empuñando el cuchillo en su dirección. Trató de disimular la sorpresa, pero terminó torciendo el gesto y ensanchando su sonrisa al tiempo que me señalaba con un revólver.

—Así que tú eres Kathia.

—Y tú debes de ser la asesina de estos hombres, ¿estoy en lo cierto? —  
Le sostuve la mirada con firmeza.

—En efecto.

«No te amedrentes ahora, Kathia», eché valor mientras ella me analizaba con un vistazo de repulsa.

—¿Quién eres? —gruñí.

—No creo que sirva de mucho presentarme, pero qué más da. Soy Giselle Dara. La misma que se folló a tu querido Gabbana hace apenas unas semanas. Créeme, fue de lo más salvaje.

Lo dijo deseando herirme, creyendo que el dato me haría sentirme utilizada y desmerecida. Pero no podía ofenderme. Cristianno y yo no estábamos juntos en ese entonces. Y sabía del tiempo porque supuse que ella había sido la asistente en su viaje a Hong Kong.

—¿Es así como te presentas? —ironicé—. ¿Mencionando lo fácil que te dejas follar?

Ella hizo una mueca.

—Vaya, eres justo como te describió Valentino.

—¿Y cómo soy?

—Insolente, mordaz, arrogante, entre otras muchas cosas.

—Soy insolente con quien debo serlo. Contigo, por ejemplo.

—Nena, te estoy apuntando con una pistola. No he vacilado en matar a los pilotos, ¿crees que me detendría contigo?

Su amenaza no me hizo decaer, debía resistir como fuera posible. Cristianno estaba cerca, tarde o temprano nos escucharía y vendría. Un cuchillo no podía hacer nada frente a una pistola, pero él tenía habilidad para mucho más.

—¿Por qué les has matado? —Tenía que ganar tiempo y a Giselle le gustaba bastante vanagloriarse.

—Bueno, digamos que cada uno tiene sus intereses y los míos se resumen a Cristianno. Cuando te conocí, creí que solo sería una aventura más. Pero me equivoqué, y que esté haciendo todo esto por ti me molesta mucho. Así que me he tomado la libertad de llamar a tu padre y a Valentino. Espero que no te enfades, la recompensa es más que suculenta.

Así que era eso lo que quería. Obtener una remuneración por mi captura y, de paso, llevarse a Cristianno. No le había importado matar o traicionar. Los celos y la ambición estaban por encima.

—No puedes obligarlo a elegirte —espeté.

«Cristianno, ¿dónde estás?».

—No me importa que esté conmigo por obligación, Kathia. No soy como

tú.

Supuse que se refería a mi relación con Valentino.

Miré el reloj con el rabillo del ojo. Habían dado las siete de la mañana.

—¿Cuánto te han ofrecido?

—Madre mía, nena, creas dolor de cabeza.

Enarqué las cejas. Había escuchado algo así con anterioridad y, por increíble que pareciera, me hizo reír.

—Eso mismo me dijo Cristianno antes de besarme. —Me tomé la libertad de cambiar un poco el contexto.

—Cállate —bisbiseó.

Debería haberme asustado, pero por mucho que estuviera amenazándome con disparar, a Giselle no le interesaba matarme. Perdía demasiadas cosas y sus objetivos suponían una ventaja para mí.

—¿Qué es lo que más te molesta? ¿Que Cristianno esté con otra o que no quiera nada contigo?

—He dicho que te calles.

—Entonces, dime cuánto te han ofrecido.

Ella entrecerró los ojos.

—Que te respondan ellos mismos.

Entonces, saltó sobre mí.

## Cristianno

—

—Buenos días, Gabbana —saludó Angelo Carusso con sorna.

Se había acomodado en uno de los sillones, cruzado de piernas mientras le daba vueltas a un café que todavía humeaba. Pero no fue él quien más me impresionó.

Había dejado a Valentino noqueado en el barco. Todo apuntaba a que la inconsciencia le duraría hasta el momento de la explosión y ello le arrancaría la vida. Sin embargo, allí estaba, vivo y sin ninguna señal de castigo, más que un moratón en el ojo y la nariz algo hinchada.

«Así que tú también saltaste...», pensé tratando de contener la rabia que ello me suscitaba. Él pareció darse cuenta de mis pensamientos y formó una sonrisa orgullosa y sádica, pagándose de sí mismo.

Me hubiera gustado reaccionar. Saltar sobre él, capturar el cuchillo que

llevaba en la cinturilla del pantalón y clavárselo en el cuello. Pero, aunque hubiera tenido la oportunidad, nadie me aseguraba la supervivencia.

Miré mi jersey blanco, cuatro puntos rojos titilando sobre mi pecho. Parecían estar jugando entre sí. Cualquier movimiento me aseguraba un disparo. Pero lejos de estar nervioso o tener miedo, pensé en Kathia y sus impulsos. De saberme en peligro, se interpondría, estaba seguro.

Tenía que controlarme y pensar en el modo de salir de allí con ella, sanos y salvos.

Valentino, Angelo, dos esbirros. El interior de aquel *jet* no era un problema. Lo que me preocupaba era el exterior.

«¿Cómo lo hago? ¿Qué puedo hacer? Piensa, Cristianno. Tienes que encontrar la manera».

—Fue muy despreciable vuestro comportamiento de anoche —se quejó Angelo, lastimero—. Os tenía por hombres nobles y honorables. Si queríais venir a la fiesta solo teníais que decirlo y no detonar un yate tan exclusivo. Annalisa está rota de dolor.

Su sarcasmo le dio un punto macabro a la situación.

—¿Por el yate o por su hijo? —ironicé también al tiempo que Valentino se preparaba para saltar sobre mí.

Angelo lo evitó chasqueando los dedos sin dejar de mirarme. Era evidente lo bien amaestrado que tenía al pequeño Bianchi.

—Tú... —Me señaló con el dedo y una sonrisa en la boca—. Eres sin duda alguien cruel y malicioso. Un veneno de gran calidad, digno de representar a tu infame familia.

Torcí el gesto.

—Hablas como si todo lo que has logrado viniera de tu propio esfuerzo, olvidando que eres quien eres por un Gabbana. De infame nada, Carusso.

La mueca que atravesó sus rostros me indicó lo sorprendidos que estaban con mi autoridad sobre mis emociones. De creer que conseguirían despertar mi locura, habían pasado al desconcierto. Me gustó que así fuera.

—Para colmo, tienes una lengua afilada —arremetió el Carusso, olvidando sonreír. Su rostro se convirtió en un témpano—. No le debo nada a nadie. Tú maldito tío nos traicionó...

—Piénsate bien el mencionarle.

Entrecerró los ojos. En realidad, no daba crédito a que estuviera enfrentándole aun sabiéndome en máximo peligro. Ya no eran cuatro puntos rojos sobre mi pecho, sino seis.

«Deben de estar escuchándome...», pensé.

—Me amenazas. —afirmó el juez poniéndose en pie para interponerse entre el Bianchi y yo. El joven insistía en arremeter, en contra de la intención de conversar de Angelo—. Tranquilo, Valentino, tranquilo.

—Obedece, chucho, porque en realidad no tienes nada que reprochar — provoqué.

—Habéis matado a mi hermano y eso tiene un precio —prosiguió Valentino, y yo negué con la cabeza.

—Ya ha sido pagado, ¿no crees? Tú matas, yo también. Una muerte por otra. Sabes cómo funciona la mafia. Lo sabes muy bien.

—No basta.

—Por primera vez, estoy de acuerdo contigo —asentí.

—Dime, Cristianno, ¿de dónde sacas el coraje y la entereza? —se mofó Angelo. Sus esbirros acariciaron la culata de sus revólveres—. Hemos tomado el control del aeródromo. Tengo a varios francotiradores apuntándote y, aun así, me encaras. Probablemente se deba al maldito gen Gabbana, Fabio se comportó del mismo modo antes de que una bala le perforara el pulmón.

Tragué saliva. El fuego se desató en mi vientre. Fue fácil imaginarme lanzándome contra él. El muy canalla había recurrido a la muerte de mi tío con la intención de amedrentarme. Pero había logrado lo contrario, y resistir ahora era un poco más difícil.

«Fabio no hubiera querido que perdiera los estribos por unas pocas palabras», me recordé.

Cogí aire hondamente.

—Y aun habiendo hecho gala de todo tu poderío, tan solo buscas someterme —dije impertérrito.

Angelo se acercó al mini bar, trincó un vaso, se sirvió hielo y vertió un poco de *whisky*. Le dio un par de vueltas antes de olisquear su aroma.

—En realidad, nunca te tuve rechazo —repuso—. Empecé a desarrollarlo cuando decidiste meter tu hocico entre las piernas de mi hija.

Apreté los dientes con disimulo. La verdad era que había tardado demasiado en incluir a Kathia en la conversación, así que de algún modo estaba preparado para la ocasión.

—Es un buen lugar donde vivir —espeté.

—Lo que hagas con ella poco me importa —gruñó asqueado con el hecho de no poder hacerme flaquear—. Pero cuando tu capricho se interpone entre mis objetivos y yo y amenaza con destruirlo todo, empieza a molestarme

tenerte pululando a mi alrededor.

Entonces, ¿era cierto? El enlace de Kathia con Valentino escondía altas pretensiones y ella era la herramienta perfecta. Confirmar ese hecho no era esencial, porque ya lo había imaginado desde hacía un tiempo. La cuestión estaba en el porqué. ¿Qué tenía Kathia que la hacía tan necesaria? ¿Qué escondía Angelo que apenas le importaba despertar la ira de un Gabbana?

Súbitamente, sonreí. No sé por qué lo hice, fue algo espontáneo.

—¿Te ríes? —masculló Valentino, iracundo.

—¿Qué otra cosa esperas, que me eche a llorar? —bromeé.

—Tengo entendido que no estás solo en este avión. —Y hasta ahí llegó mi risa.

El miedo me atravesó como una lanza al ver a Kathia aparecer por el pasillo arrastrada por la azafata.

—Ah, sí, ese rostro me gusta más —se mofó el Bianchi—. Giselle, querida, acércate. La recuerdas, ¿cierto? Según nos ha contado, te la tiraste por detrás.

Convertí mis manos en puños, oteé los ojos de Kathia y después mi pistola. Me habían obligado a deshacerme de ella. Estaba sobre la mesilla más cercana a Angelo.

Giselle, la misma chica que nos había acompañado a Hong Kong, La misma con la que creí que podría resarcirme y sacar a Kathia de mi cabeza. Estaba allí, apuntando a la mujer de mi vida con un arma.

—¿Qué queréis? —me obligué a decir.

—Oh, se ha abierto un canal de negociación. —Aplaudió el Carusso—. Fíjate lo que has logrado, Kathia. El Cristianno Gabbana que yo conozco se hubiera puesto a pegar tiros como un loco. Supongo que estar en desventaja te contiene un poco, ¿no? ¿Ya no tienes ganas de hablar?

—He dicho que qué queréis —gruñí de nuevo.

—Comenzaré enumerando lo básico. Entréganos el proyecto Zeus y aléjate de mi pequeña. Su valor es alto, a estas alturas ya te habrás dado cuenta, eres muy listo. De otro modo, no tendría sentido que te hayas encaprichado en ella.

Kathia tragó saliva. Contenía su miedo, se esforzaba en mantener la entereza. Eso me dio fuerza, incluso cuando su propio padre había insinuado que mi amor por ella era una mera estrategia. Fue una suerte que ninguno de los dos nos tambaleáramos.

—Mis caprichos no tienen nada que ver con tus ambiciones —protesté—.

No hay trato si Kathia está de por medio, así que tendrás que mejorar la oferta.

—Eres tú quien negocia. Yo no tengo intención de hacerlo. Yo ordeno y tu obedeces. Es sencillo.

Me humedecí los labios.

—Respóndeme a algo, Angelo. ¿No sientes nada cuando utilizas a tu hija?

La pregunta lo desconcertó, pero supo recomponerse.

—Las decisiones que ella ha tomado no son las correctas, y si tengo que hacerla cambiar de opinión de esta forma, lo haré. Da igual cuántas vidas se cobre. El negocio es el negocio.

Evité cruzar una mirada con Kathia. Verla desloada me hubiera vuelto loco y ambos necesitábamos mi sentido común si queríamos salir de allí con vida.

—¿Eres tan ruin? —reproché—. Se trata de tu propia hija.

Una carcajada.

—¿Quién lo dice?

La insinuación nos golpeó cruelmente. Recibir un balazo hubiera sido menos desconcertante que aquello.

Todos mis instintos empezaron a divagar, tratando de atar cabos, de darle sentido y forma a lo que sea que habitara en la mente de Angelo. Sin embargo, cada una de mis suposiciones rallaban lo insólito. No creí que pudiera estar en lo cierto.

«No, ¿verdad?».

—¿Qué quieres decir? —mencioné con cuidado.

—Te lo he dicho, eres listo, Gabbana. —Torció el gesto, se estaba divirtiendo.

Y yo podría haber continuado a la deriva, insistiendo en dar con una respuesta coherente, pero algo llamó mi atención. Ya no había seis puntos, sino cinco. Al mirar, cayó otro.

«Están aquí», pensé. «Mi familia ha llegado».

Eché un disimulado vistazo por la ventana. Me bastó para reconocer el Maybach de mi padre. Seguramente Enrico les había avisado, por eso no estaba allí junto a Angelo.

Volví la vista al Carusso, todavía ajeno a la ofensiva que se les venía encima. Ni siquiera advirtió el modo en que los puntos rojos en mi pecho disminuían abruptamente. Nada qué decir de Valentino. Él continuaba en actitud arrogante, con el mentón levantado.

Kathia, en cambio, sí se había dado cuenta. Lo único que le había

preocupado era la elegante amenaza que me acechaba, y ahora que había desaparecido, comenzaba a sospechar lo que iba a ocurrir.

Tragó saliva, contuvo los sutiles temblores que insistían en sus brazos y asintió con la cabeza imperceptiblemente, como dándome permiso para hacer lo que sea que deseara. Ella me seguiría, incluso a riesgo de caer.

Desde luego, no tenía intenciones de poner su vida en peligro, pero tampoco podía descartar la dificultad de la maniobra.

—¿Qué tan listo me consideras, Carusso? —dije de pronto. Más valía dejar de pensar y comenzar a actuar. Era evidente que mi gente nos cubriría.

Angelo soltó una sonora carcajada.

—Debo reconocer que tus preguntas tienden a ser de lo más elocuentes.

—¿Seguirás opinando lo mismo cuando descubras que ahora estamos en igualdad de condiciones? —Le señalé mi pecho y él ahogó una exclamación al tiempo que Valentino empalidecía. No hizo falta más.

Empecé a caminar. Los esbirros se inquietaron mirando de un lado a otro, tratando de discernir desde dónde vendría el ataque.

—Es lo que tiene una guerra, nunca sabes cómo responderá tu adversario —continué acercándome a él. Le quité el vaso y le di un sorbo—. Por lo que sé de historia, son pocos los hostigadores que terminaron venciendo. De algún modo, siempre han caído.

—Pero han dejado un enorme reguero de desgracia tras de sí —se obligó a decir, amenazándome—. ¿Podrás cargar con ello?

—Yo no soy el dictador aquí, pero, si te complace creerte sabio, ponme a prueba.

Una bala atravesó el cráneo de Giselle empujándola hacia atrás con la suficiente violencia como para tirar a Kathia, quien enseguida se arrastró hacia un rincón.

Entonces, me lancé a por mi arma y disparé a uno de los esbirros; el segundo murió avasallado por las balas de los francotiradores. Así que pude centrarme en Angelo. Pero este echó a correr hacia la habitación y se encerró en ella a la vez que Valentino saltaba tras la barra del bar.

Poco importaba si morían o no ese día, me interesaba más llegar a Kathia y sacarla de allí. La encontré encogida, con las manos tapándose los oídos mientras su cuerpo se sacudía con cada estruendo.

Eché un vistazo fuera, tomando por cobijo un punto ciego para que las balas que destrozaban todo a su paso no me hirieran por casualidad. El aeródromo se había convertido en una batalla campal. Mi familia tenía casi

toda la zona rodeada, pero los esbirros del Carusso no se rendirían tan fácilmente.

El único modo de salir del avión era por la escalera. Bajarla, atravesar unos metros sin obstáculos y llegar hasta el coche más inmediato. Diego estaba cerca. Podíamos conseguirlo.

Sin embargo, teníamos al enemigo dentro. Valentino se incorporó y trató de dispararme. Pude escabullirme hasta Kathia, que se aferró a mí con la intención de protegerme.

—Tenemos que salir de aquí, cariño —jadeé echando mano al móvil de Giselle que estaba cerca. Marqué el número de mi hermano—. Diego, Kathia va a salir.

Ella empezó a negar con la cabeza. Valentino seguía disparando.

—¡De acuerdo! —gritó él antes de colgarme.

—Vendrás conmigo, ¿cierto? —gimió Kathia, y yo capturé su rostro entre mis manos.

—El coche de mi padre está cerca. Solo tienes que correr hacia él sin pararte. Diego te cubrirá —expliqué asimilando que Valentino se había parado a recargar su arma.

—No has respondido.

—Kathia...

—¡Responde! —exclamó asustada.

—Iré tras de ti, lo prometo. —Le di un corto beso—. ¿Estás lista?

Ella asintió con la cabeza coincidiendo con un nuevo ataque del Bianchi. Respondí a su ofensiva con más disparos mientras me movía hacia la puerta con Kathia siguiendo mis pasos de cerca.

Nos detuvimos en el pequeño hueco de la puerta. Desde allí, Valentino no podía alcanzarnos y teníamos visión del exterior. La explanada plagada de hombres disparándose entre sí y Kathia cada vez más nerviosa.

—¡Agáchate ahora! —grité. Mi hermano ya estaba preparado—. Espera en el último escalón a que Diego te dé la señal, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Después, corres hacia el coche. ¿Me oyes? —Vi que el vehículo ya tenía la puerta abierta.

—Corro hacia el coche, sí —repitió de nuevo, echando todo el valor del que disponía.

Entonces sus ojos se abrieron enormemente y se dilataron. Un instante después, Valentino me golpeó con fuerza. El traspíe me empujó contra Kathia y

ambos impactamos en la pared junto a la puerta de la cabina. Ni siquiera me di tiempo a reaccionar. Aparté a Kathia y ataqué al Bianchi dándole un codazo en la boca.

—¡Vete! —grité.

—¡No! —clamó Valentino y trincó a Kathia del brazo evitando así que pudiera escapar.

Lo golpeé de nuevo, pero insistía en retenerla y los disparos comenzaban a colarse dentro. Kathia estaba demasiado expuesta. No descartaba la posibilidad de que alguien la alcanzara.

Ataqué con fiereza, logrando al fin que soltara su brazo. Pero en respuesta y furioso con el resultado, golpeó a Kathia en el estómago. Ella se quedó sin aliento y tropezó hacia atrás.

Todo sucedió muy rápido. Me quedé sin opciones. Tan solo pude estirar el brazo en busca de alcanzar su mano. Sin embargo, apenas rocé sus dedos y la impotencia que me procuró ese hecho me llevó a gritar como un loco.

Kathia cayó rodando por las escaleras y no se detuvo hasta estamparse contra el suelo, inconsciente.

Los brazos extendidos, las piernas dobladas, su cabello cubriéndole el rostro.

Tan pequeña, tan frágil, en medio de aquella lluvia de fuego que amenazaba con alcanzarla. Cada segundo que pasaba era como un puñal insistiendo en mi pecho.

—¡Diego! —chillé. Él ya la había visto y trataba de acercarse lo más rápido posible.

Quise lanzarme escaleras abajo, pero Valentino atacó de nuevo. Le esquivé y arremetí contra él tirándole al suelo. Sujeté con fuerza mi arma, apoyé el cañón en su frente y presioné el gatillo. La bala terminó atravesando uno de los muebles. Angelo había evitado la muerte del Bianchi dándome un empujón.

Pude quedarme allí y responder, pero escogí aprovechar la confusión para salir del avión y cerrar la puerta. Sabía que desde fuera no se podía bloquear, pero me daría unos minutos.

Bajé las escaleras a toda prisa sin importarme las balas que rebotaban en la barandilla. Alex, Eric y Diego cubrieron el descenso. Me arrodillé ante Kathia y la cogí en brazos.

Su cuerpo inerte mientras corría hacia el coche. Apenas tuve tiempo de tumbarla en los asientos. El cristal delantero estalló en mil pedazos y yo me

lancé a Kathia para cubrir su cuerpo.

Esperé unos segundos antes de alcanzar la pistola que había en la guantera.

## Capítulo · 57

Kathia

---

Me desperté de súbito. El rugido constante de los disparos sucediéndose continuamente. No había sido una pesadilla, como había creído por un instante.

Tras un escalofrío, sentí un tremendo dolor de cabeza. Me llevé las manos a la nuca. Noté algo viscoso, la sangre de la herida que seguramente me había hecho al caer por las escaleras.

Poco a poco, me fui incorporando. Estaba rodeada por una marea de cristales a la que enseguida se le sumó la luna trasera. Esta reventó en pedazos por el impacto de una bala que iba destinada a herirme.

Me encogí aterrada, sintiendo el amago de cubrirme las orejas. Ya no soportaba el ruido. El miedo cada vez se hacía más grande, e ignoraba dónde estaba Cristianno.

Con mucha precaución, me asomé.

—¡No salgas del coche, Kathia! —gritó Mauro a pocos metros de mí—. ¡Agáchate!

Obedecí pensando que, aunque me muriera de ganas por hacer algo, por ayudar, por encontrar a Cristianno, por saber si estaba a salvo, por detener todo aquello, lo único que podía hacer era quedarme allí.

Mi intervención podía distraer y todos sabíamos lo que suponía un despiste cuando decenas de balas amenazaban con arrancarles la vida. El valor emocional, la fortaleza mental, nada de eso llevaba a empuñar un arma con habilidad y esquivar la muerte con destreza. No era cuestión de carácter, de eso me sobraba, sino de preparación.

Finalmente terminé agazapada en el asiento, cubriendo mis orejas. Me latían las sienes, tan solo podía escuchar el sonido de mi respiración, discordante y trémula. De fondo, el estruendo de los disparos entremezclándose con los latidos de mi corazón.

«Cristianno...», repetí su nombre una y otra vez.

Entonces, se abrió la puerta.

Por un momento, me pareció estar viendo su bello rostro, sus preciosos ojos azules clavados en los míos. Pero me equivoqué y esos valiosos segundos que perdí imaginándole sirvieron para que mi primo Marcello me apuntara con un arma.

No lo pensé demasiado cuando le di una patada en el brazo. La pistola cayó entre los asientos. Me lancé a por ella. Estaba dispuesta a disparar.

Apenas pude acariciar la culata, Marcello me trincó del pelo y me arrastró fuera del coche. Traté de forcejear, pero a más insistía más dura se hacia la sujeción.

Mauro lo vio todo y no pudo hacer nada porque mi querido primo se encargó de utilizarme de escudo. Si el Gabbana disparaba yo recibiría esa bala.

—¡Replegaos! —ordenó Marcello entre gritos, obligándome a caminar hacia el meollo. Di con Cristianno, a cubierto tras la barandilla de las escaleras del avión—. ¡Gabbana, me llevo este polizón! ¡Si no quieres verla morir, detén el fuego!

Aquella orden hizo efecto de inmediato. Los disparos cesaron casi al unísono. Los ojos de Cristianno sobre mí, la distancia que nos separaba convirtiéndose en un universo lleno de polvo y terror. Me centré en él con tanto ímpetu que todo lo demás empezó a desenfocarse.

¿Qué podía hacer? ¿Qué poder tenía una chiquilla tonta atrapada en la mafia?

Suspiré y cerré los ojos.

Recordé un beso de Cristianno. Sus labios sobre mi piel. Su calor dentro de mí. Aquella fascinante energía encerrándonos en un abrazo intenso lleno de palabras de amor y deseos, ahora, imposibles.

Tenía dos opciones.

Luchar o perecer.

La segunda estaba asegurada. La primera me daba la opción. ¿Qué más daba el resultado si todo estaba perdido? Intentarlo no estaba de más.

Apreté los dientes antes de darle un cabezazo a Marcello. Este me liberó al dar un traspies y centrarse en el reguero de sangre que le causé en la nariz. Pero no esperé demasiado. Enseguida le di una patada en las pelotas y después un puñetazo. No me paré a pensar de dónde había sacado la fuerza para tumbarlo. Simplemente, cogí el arma que él mismo había liberado y disparé.

Grité y disparé.

Y volví a gritar y a disparar hasta que vacié el cargador. Y aun así continué gritando y apretando un gatillo que ya no disparaba.

Pero la voz de mi padre me atravesó.

—¡Basta!

No me atreví a mirar. Me encogí de hombros, súbitamente aterrada con la imagen que me esperaba cuando me diera la vuelta. De soslayo, vi a todo el clan Gabbana entumecido.

«Una simple orden no somete de esa manera...», me dije.

Miré.

Cristianno. El cañón de una pistola apoyado en su frente. La mueca de orgullo en el rostro de mi padre. Su brazo tensado, sosteniendo el arma. Vi todo aquello como si en cualquier momento fuera a despertar de una pesadilla.

Comenzó en mis tobillos, una vibración tan fría que me heló la sangre. Se abrió paso hacia lo más profundo de mis entrañas y neutralizó absolutamente todos y cada uno de los temores que me habían asolado. Fue como si esa parte inocente, ingenua, pueril, muriera de súbito.

Me acerqué lentamente y empuñé mi arma en dirección a Angelo Carusso, causando un extraordinario desconcierto en todos los presentes.

—Aléjate de él —gruñí.

—Si hace unas semanas me hubieran dicho que te vería de esta manera, juro que no lo hubiera creído.

—Qué hecho tan extraordinario.

—¿Dispararías a tu propio padre por salvar a un Gabbana? —Hizo una mueca de fingida tristeza.

—¿No puedes ver que sí? —Le desafié.

—Venga, adelante, entonces, Kathia.

Angelo apretó el cañón contra la frente de Cristianno empujándole ligeramente hacia atrás. Avanzó para mantener la cercanía, creyendo que yo vacilaría. Pero me mantuve severa.

Silvano quiso acercarse, pero algunos de los esbirros Carusso se lo impidieron.

—Te mataré, juró que atravesaré tu cabeza si no le sueltas —dije en voz alta.

—Hazlo —sonrió—. Pero si disparas, mi querida niña, él se viene conmigo.

Y aquella sonrisa terminó por convertirse en una carcajada escalofriante. Angelo no temía mi amenaza, tenía las de ganar.

No podía creer que mi padre y yo estuviéramos llegando a ese punto. Estaba poniéndome a prueba. Me fijé en el temblor de Mauro, en la mirada dubitativa de sus hermanos, en el rostro desencajado de Silvano.

Debía hacer algo. Si mataba a mi padre, todos los Gabbana estaban perdidos. Caerían tras él porque estaban rodeados.

Entrecerré los ojos.

—Sé lo que buscas —mascullé.

—¿Puedes dármelo? —se mofó. Ahora era él quien me desafiaba.

—Kathia... No... —Trató de intervenir Cristianno, sabedor de mis intenciones.

—¡Cállate! —le grité, reanudando las carcajadas del Carusso.

Estuvo mal, lo sabía. Pero su voz, sus ojos, cualquier movimiento que hiciera, me debilitaría. Ni Cristianno ni su familia merecían mis dudas y temores. Así que me obligué a no mirarle, a fingir que nada de aquello lo hacía por salvar su vida.

—Está bien, acepto —repuse confiada—. Pero no me entregaré hasta que bajes el arma y le dejes marchar. A él y a todos.

Un murmullo de frustración se desató entre los Gabbana. Supe que en ese momento me odiaban, pero no me importó.

—No, no dejaré que lo hagas, Kathia —masculló Cristianno dando un pequeño paso hacia mí. Mi padre lo detuvo—. ¡Kathia! —Insistí en esquivarlo.

—¡Decide! —le clamé a mi padre.

Maldito fuera, no estaba segura de cuánto más podría soportar la tensión, me sentía al borde del desmayo.

—¡Hecho! —Bajó el arma y empujó a Cristianno a mis brazos.

—¿Qué coño has hecho, ah?! —me gritó capturando mi rostro entre sus manos—. ¿Qué has hecho, maldita estúpida?!

Me aferré a sus muñecas, apoyando mi frente en la suya.

—Sé que lo entiendes... —susurré pegada a su boca.

—No me importa entenderlo.

—Tú hubieras hecho lo mismo.

Una lágrima se perdió entre nuestras mejillas, no supe si era mía o de él. Pero ambos temblamos al sentirla.

—Kathia... —gimoteó.

—Te quiero. —Y entonces le besé.

«Un último beso», pensé mientras mi boca se perdía ansiosa en la suya.

Nos consumimos en un contacto que pudo haber sido voraz. Pero apenas se quedó en un acto presuroso, lleno de aliento y temblor.

Alguien tiró de mi cintura.

—No, no... ¡Soltadla! —Se resistió Cristianno, aferrándose a mis brazos —. ¡Kathia! ¡Kathia!

No le importó que Mauro se encadenara a él cuando los esbirros de Valentino tentaron con golpearle, ni tampoco que tuviera que ser reducido hasta caer al suelo. Cristianno solo quería alcanzarme, y yo no pude hacer nada más que dejarme arrastrar por el Bianchi hacia su coche.

Me empujó al interior y rápidamente tomó asiento frente al volante y arrancó el motor. Cristianno continuaba forcejeando. Mis manos se estrellaron contra el cristal.

Quise gritar.

Quise pedirle que dejara de luchar, que no quería que viniera en mi busca, que no era eso lo que más me importaba.

Pero mi voz no salió y la distancia comenzó a imponerse cuando Valentino comenzó a acelerar.

Cristianno gritó mi nombre.

Una y otra vez.

Me desplomé en el asiento, apreté los ojos. Creí que el corazón se me saldría por la boca. Era extraordinariamente consciente de lo poco que valía mi vida si él no estaba a mi lado. Todo lo que para mí tenía significado llevaba su nombre. Ese nombre que retumbaba en mi cabeza con más intensidad que nunca.

Cristianno, Cristianno, Cristianno.

Le vi reflejado en el espejo retrovisor. Su figura cada vez más lejos. Mis lágrimas cada vez más ardientes.

¿Sabría él por qué lo había hecho? ¿Por qué me alejaba? ¿De verdad que lo entendía?

«De todos modos, me da igual. Yo solo quiero un mundo en el que tú existas, Cristianno Gabbana».

## · CRÉDITOS ·

Algunos de vosotros ya habíais leído esta historia antes. Por ello seréis más conscientes de los cambios y notaréis que algunas cosas toman un rumbo algo diferente. Solo deseo que os haya emocionado tanto como la anterior, pues esta es la versión que en verdad habita en mi cabeza desde el principio.

Para aquellos que habéis experimentado BCPR por primera vez, quiero deciros que esta aventura no ha hecho más que empezar y espero de todo corazón haberos hecho disfrutar, además de volver a veros.

Como suelo decir, el proceso de creación de un libro es realmente intenso y agotador. Me enorgullece enormemente que ahora mismo tú lo tengas en tus manos.

Gracias por acompañarme.

Nos vemos muy pronto.

Hasta entonces, un gran abrazo.

*Alessandra Neymar*

¿QUIERES SEGUIR DISFRUTANDO DE TU  
LECTURA?

¡No te lo pierdas!

## LOS HIJOS DEL CAOS



Hazte con tu ejemplar solo en:



Disponible en físico y en digital.

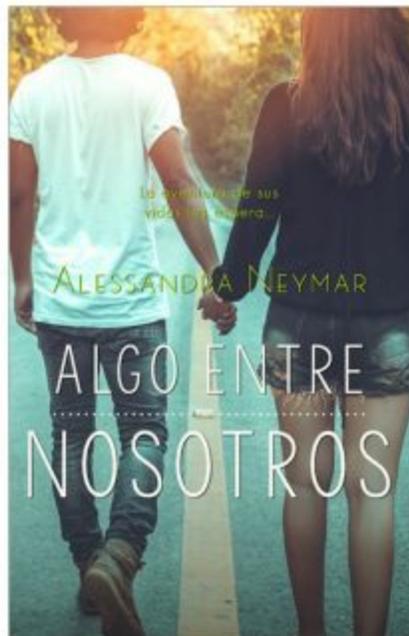
**Advertencia:** Esta trilogía contiene fuertes spoilers de BCPR.

# COLECCIÓN *Crazy Love*

Disfruta de tu lado más romántico y divertido con la colección Crazy Love. Relatos cortos con finales concluyentes que te emocionarán y sacarán una sonrisa. Déjate cautivar por los protagonistas de estas peculiares y entretenidas historias.

Para más información sobre la colección, visita la web  
[www.alessandraneymar.com](http://www.alessandraneymar.com)

Ya disponible el primer título de la colección.



Hazte con tu ejemplar solo en:



Disponible en físico y en digital.